# ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL BOLIVIANA

Herbert S. Klein

*Mario Murillo* | Estudio introductorio

**Herbert S. Klein**

Nació en Nueva York, en el barrio del Bronx, el 6 de enero de 1936. Estudió en la Universidad de Chicago, donde se doctoró en 1963 con una especialización en Historia y Antropología. Fue profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Chicago, desde 1962 hasta 1969, y, después, desde 1969 hasta 2005, en la Universidad de Columbia. Después de jubilarse, fue director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford hasta 2011. Desde ese año hasta 2017, fue investigador y conservador de la Colección Latinoamericana de la Institución Hoover de la misma universidad.

Ha publicado 37 libros y más de 200 artículos sobre la historia de Bolivia, Brasil, Estados Unidos y México. Sus principales temas de interés son la historia de la esclavitud, la trata de esclavos en el Atlántico y, con particular interés para nuestro país, la historia fiscal colonial y la historia demográfica. De su extensa obra, para comprender Bolivia, son esenciales *Orígenes de la revolución nacional boliviana* –que también fue publicada en México por la editorial Grijalbo– y su *Historia de Bolivia* –con seis ediciones bolivianas (Juventud y GUM), una mexicana (El Colegio de México) y traducciones al japonés y chino.

# Orígenes de la revolución nacional boliviana
## La crisis de la generación del Chaco

# Orígenes de la revolución nacional boliviana

## La crisis de la generación del Chaco

Herbert S. Klein

Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional
BOLIVIA

CIS
Centro de Investigaciones Sociocomunitarias

BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

Klein, Herbert

Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco / Herbert S. Klein – 7.ª ed. – La Paz : Vicepresidencia del Estado Plurinacional – Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2025.

456 p.; 23 cm – (Biblioteca del Bicentenario de Bolivia ; 32) (Historias y Geografías)

1. Historia – Bolivia 2. Revolución nacional – Bolivia I. Murillo, Mario, estudio introductorio II. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, – Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional ed. III. Título.

1.ª edición, La Paz: Juventud, 1968
2.ª edición, La Paz: Juventud, 1987
3.ª edición, México: Grijalbo, 1993
4.ª edición, La Paz: Juventud, 1995
5.ª edición, La Paz: G.U.M., 2009
6.ª edición, La Paz: G.U.M., 2012
7.ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2025

Derechos de la presente edición
© Vicepresidencia del Estado Plurinacional - Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2025
Calle Mercado n.º 308
(591 2) 2142000
La Paz, Bolivia

500 ejemplares

ISBN 978-9917-33-102-5 (tapa dura)
ISBN 978-9917-33-101-8 (tapa blanda)
DL 4-1-137-2025 P.O. (tapa dura)
DL 4-1-138-2025 P.O. (tapa blanda)

Imprenta: Editora Presencia S.R.L.
Impreso en Bolivia

Imagen de cubierta: *Plaza Murillo. La Paz. Aniversario de la revolución, 9 de abril de 1953*. Archivo Fotográfico Histórico, Archivo de La Paz.
Edición: Boris Paredez Gonzales
Corrección de estilo: Carla Reyes López
Diseño y diagramación: Jose Fuentes Arzabe e Ignacio Prudencio

# Índice


Presentación [7]

Estudio introductorio
*Herbert Klein, la reflexión detallada sobre la revolución de 1952 en Bolivia*
por Mario Murillo [9]

Bibliografía de Herbert Klein [31]

Bibliografía sobre Herbert Klein [43]

Sobre esta edición [47]


## Orígenes de la revolución nacional boliviana
### La crisis de la generación del Chaco


Introducción a la presente edición [53]

Prefacio [59]

I. Establecimiento del sistema de partidos políticos [63]

II. El Partido Liberal en el poder [85]

III. La era republicana: Saavedra [117]

IV. La era republicana: Siles [145]

V. Salamanca y el advenimiento de la guerra [173]

VI. La guerra del Chaco [219]

VII. El gobierno transitorio de Tejada Sorzano [257]

VIII. David Toro y el establecimiento del socialismo militar [285]

IX. La ascensión de Germán Busch [323]

X. Primer experimento de Bolivia en el constitucionalismo social: la Convención Constituyente de 1938 [337]

XI. La dictadura de Busch y el fin de una era [355]

XII. Quintanilla y el resurgimiento de la oligarquía [387]

XIII. El surgimiento de la izquierda nacional [399]

Bibliografía [437]

Presentación

# La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Bolivia cumplirá 200 años de vida independiente en 2025. La preparación de tan importante aniversario ha dado pie a varios proyectos políticos y culturales; entre ellos, el mayor emprendimiento editorial del Estado: la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB). 200 títulos, repartidos en las cuatro series, forman su colección: Historias y Geografías; Letras y Artes; Sociedades; y Diccionarios y Compendios. Cada uno de estos libros fue ardua y responsablemente discutido y consensuado por especialistas reconocidos en las áreas que abarca la Biblioteca, de abril a diciembre de 2014. Desde entonces, los libros están siendo editados para constituir esta Biblioteca de y para todos los bolivianos. Como toda selección, no está exenta de polémica por ausencias o demasías; el mismo hecho de que se piense y discuta sobre los títulos es ya un logro para la vocación dialógica de este proyecto cultural.

Desde su génesis, en la BBB han participado académicos y expertos de diversas disciplinas y múltiples contextos. En la selección de los títulos, en la elaboración de las antologías o en la escritura de los estudios introductorios se reconocen tantas voces y evocaciones que aportan a la Biblioteca la que es, quizá, una de sus mayores cualidades: la pluralidad. Las obras que constituyen la BBB atraviesan el tiempo y el espacio, transitan siglos, un viaje ineludible; abarcan geografías e ideologías, escriben bolivianos y extranjeros; son una mirada caleidoscópica que puede inspirarnos para conocernos mejor, un espejo que nos permite mirarnos de cerca, de lejos, desde varias perspectivas.

Entre el afán educativo y la vocación lectora, la BBB ha consolidado un espacio en el imaginario y en la agenda de muchos lectores, pero son más a los que queremos llegar. Aumentar el número de lectores, mejorar la calidad de la lectura, agudizar el pensamiento crítico o desarrollar la sensibilidad estética pueden parecer objetivos difíciles, incluso en países con mayor tradición editorial, pero son el desafío que se ha planteado la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. Es nuestro anhelo que este proyecto siga adelante, se consolide y crezca. 200 libros para los 200 años es un eslogan atractivo, mas no tiene por qué ser un límite, sino un punto de partida. Por lo pronto, editar esos libros y publicarlos es la gran responsabilidad que asumimos con los lectores que tenemos y con los que esperamos.

La Paz, agosto de 2020

Estudio introductorio

# Herbert Klein, la reflexión detallada sobre la revolución de 1952 en Bolivia

Mario Murillo*

*Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*, de Herbert S. Klein es una historia detallada de la vida de los partidos políticos en Bolivia y de los cambios sociales y geopolíticos que prepararon la revolución de 1952, desde las últimas décadas del siglo XIX. El historiador norteamericano lleva adelante una narrativa cronológica que fusiona una periodización historiográfica canónica con una novedosa descripción densa de cada uno de los momentos más importantes del periodo.

Klein desgrana los cambios y continuidades del sistema político boliviano, desde la guerra del Pacífico, en 1879, hasta los años inmediatamente anteriores a la insurrección popular de 1952, guiada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que capitalizó los frutos políticos tras el derrocamiento del régimen del Sexenio. Lejos de posiciones retóricamente estridentes o doctrinariamente tajantes, el libro explica cómo el cambio en las orientaciones políticas estructurales incidió en el estallido de la revolución de 1952, «quizá el acontecimiento más extraordinario de toda la historia de la República», en palabras de René Zavaleta Mercado (2013: 64).

* Es catedrático de la carrera de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Es autor de los libros *Vida cotidiana, democracia e hiperinflación en La Paz: 1979-1985* (Plural, 2024), *La pelota no se mancha: Una etnografía de la Liga Deportiva El Tejar en Bolivia* (IDIS, 2013) y *La bala no mata sino el destino: Una crónica de la insurrección popular de 1952 en Bolivia* (Plural, 2012), y de colaboraciones, notas y crónicas publicadas en volúmenes colectivos y en diarios y revistas europeos y americanos. Con Diego Loayza, es coautor de la novela *La isla trasnochada* (Plural, 2016), publicada bajo el pseudónimo de Belisario Flores.

## Un vínculo largo con Bolivia

El historiador Herbert S. Klein nació en Estados Unidos, en el barrio neoyorquino del Bronx, el 6 de enero de 1936. Se doctoró en 1963, con una tesis defendida en la Universidad de Chicago. Enseñó Historia de América Latina en Chicago, desde 1962 hasta 1969, y en la Universidad de Columbia, desde 1969 hasta 2005. Fue director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford, desde 2006 hasta 2011. También en Stanford, desde 2011 hasta 2017, fue investigador y conservador de la colección latinoamericana de la Institución Hoover.

El recorrido intelectual de Klein cruza sucesivos y diversos, pero pronto convergentes y simultáneos, ámbitos de interés e investigación histórica. Sus trabajos configuran un panorama que incorpora distintas preocupaciones geográficas, temporales, temáticas, problemáticas y teóricas.

Su atención se ha concentrado, entre otros temas, en estudios sobre los partidos políticos, la hacienda y la propiedad de la tierra en Bolivia; en el tráfico de esclavos y los cambios de la composición poblacional en Estados Unidos; también en el tráfico de esclavos, en Brasil, pero desde una amplia variedad de preocupaciones que incluyen la demografía, el comercio y los regímenes militares, entre otras; y, en México, en el análisis del influjo de la Real Hacienda del Imperio Español y en la historia contemporánea de este país. Aunque estos han sido los espacios geográficos privilegiados, mayoritariamente, en sus publicaciones, sus investigaciones también incorporan a otros países como Argentina, Chile o Cuba.

A su vez, sus estudios americanos cubren un amplio arco temporal. Ha emprendido investigaciones sobre el periodo colonial: la historia fiscal y el vínculo entre la metrópoli y sus colonias, las características productivas y el mercado laboral (Klein, 1982, 1979), sobre los ciclos de la independencia en relación a sus consecuencias económicas (Klein, 1982), y sobre la evolución demográfica de la población (Klein, 1971).

Sus trabajos se extienden a buena parte de los procesos de constitución de Bolivia y Brasil y al devenir de toda su historia, desde su posición colonial, en el contexto de los imperios ibéricos, hasta su vida como repúblicas sudamericanas independientes. Para el caso boliviano, sus investigaciones cubren por entero los siglos xix y xx. Destaca su panorámica *Historia de Bolivia* (2022), pero también ha publicado estudios particularizados de diversos ciclos, como el que se extiende desde el periodo preincaico hasta la Independencia (Klein, 1991) o el del periodo de 1880 a 1952 (Klein, 1969). A las décadas posteriores a

la revolución de 1952, Klein ha dedicado varios estudios pormenorizados (Kelley y Klein, 1981; Klein, 2003) y sus preocupaciones llegan hasta la historia contemporánea del siglo xxi (Klein, 2011; Klein y Peres-Cajías, 2014).

Esta diversidad geográfica y temporal se combina con una ambición temática notable, en sus planteos y resultados. Sus emprendimientos son, muchas veces, (trans)disciplinarios y cubren distintos horizontes: la historiografía política, social, económica, monetaria, agrícola, minera y demográfica.[1]

El interés de nuestro autor por la historia de Bolivia surgió en la Universidad de Chicago, a principios de la década de 1960. Allí, asistió a un curso de Ciencias Políticas sobre América Latina, con el profesor George Blanksten. Klein se interesó por la revolución de 1952 y trazó un plan para un proyecto de investigación enfocado en la etnohistoria,[2] que, como veremos más adelante, cambió en su orientación radicalmente.

Herbert Klein llegó a Bolivia en 1960. Desde Sopocachi, donde residía, recorría a pie las calles de la ciudad. En la Biblioteca Municipal, revisaba, minuciosa y obsesivamente, periódicos de las últimas décadas y leía las publicaciones históricas bolivianas.

Entre las múltiples amistades que influyeron en su estadía paceña, una protagonista en sus recuerdos es Teresa Gisbert. La historiadora colonial impartía cursos sobre el devenir de la cultura boliviana en la Universidad Mayor de San Andrés (umsa). Klein se inscribió en ellos y pudo asistir hasta que Gisbert fue expulsada de la universidad por sus ideas políticas. El nexo con Gisbert lo debía al argentino Bernardo Blanco-González, director de tesis de Klein y profesor en el departamento de español de la Universidad de Chicago, desde 1957, luego de haber vivido por diez años en La Paz (1946-1956), donde había sido profesor en la umsa.[3]

---

1 El detalle del progreso de su trabajo y sus intereses historiográficos se puede encontrar en la bibliografía del autor (p. 33), que expresa suficientemente la diversidad geográfica, temporal y temática de Klein.

2 Años después, en una entrevista con Ximena Medinacelli, Klein subrayará la vitalidad de esta disciplina en el ámbito latinoamericano (Klein, 2015: 31-34).

3 Blanco-González había llegado a La Paz en 1946, después de dejar la Argentina, cuando no le renovaron el nombramiento docente en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza), al inicio de la primera presidencia de Juan Domingo Perón. Blanco-González se había licenciado en Derecho y doctorado en Letras, en la Universidad de Buenos Aires (uba). En La Paz, enseñó Latín y Literatura comparada en la Facultad de Filosofía y Letras de la umsa y en el Instituto Normal Superior Simón Bolívar. Colaboró en el suplemento literario de *La Razón* y en la revista *Kollasuyo*, y fue el primer director del Teatro Experimental de la umsa. En 1956, abandonó Bolivia y, en 1957, aceptó una cátedra en la Universidad de Chicago

Durante seis años seguidos, cada invierno paceño y verano norteamericano, Klein prosiguió en Bolivia su investigación. A partir de allí, el vínculo con el país se ha mantenido intenso, a través de amistades, visitas y reediciones de sus libros. Un rasgo destacado, al respecto, son los historiadores bolivianos y bolivianistas que han estudiado con Klein en la Universidad de Columbia; destacan, entre otros, los nombres de Antonio Mitre, Brooke Larson, Clara López Beltrán, Manuel Contreras, Mary Money, autores de obras centrales para comprender Bolivia.

Cuando Klein se interesó en la revolución de 1952, su hipótesis inicial fue:

> […] la idea de que los excombatientes aymaras y quechuas que habían participado en la guerra se habían radicalizado y fueron cruciales en la eventual revolución nacional de 1952; por supuesto, cuando llegué a Bolivia en enero de 1960 descubrí que no era así, ya que estos excombatientes se integraron tranquilamente en sus comunidades tradicionales y no se radicalizaron en ese momento. Así, para mi sorpresa, acabé escribiendo como tesis una historia política de los orígenes de la revolución nacional. Sería mi primer y último esfuerzo en este campo (H. S. Klein, comunicación personal [vía virtual], 22 de agosto de 2024).

En efecto, Klein escribió un libro que es una historia política de los orígenes de la revolución de 1952 en Bolivia. Retrospectivamente, una preocupación que luce excepcional en su itinerario de investigación, esta es la única obra de este tipo en la trayectoria de nuestro autor. Klein aborda el periodo que cubre los años de 1880 a 1951, con énfasis en el periodo liberal (1880-1920) y en la década posterior a la guerra del Chaco (1932-1935).

## La fundación de un sistema de partidos y la era liberal

La narrativa de Klein principia con un análisis y una descripción del sistema político que destruyó la estructura convencional que había regido a la República de Bolivia, nacida en 1825, hasta la década de 1870. Con el resurgimiento de la industria minera y el ascenso de una nueva élite de

---

(Barnadas, 2002: 324). Su libro más importante es *Del cortesano al discreto: examen de una decadencia* (1962), un estudio sobre la decadencia de España en el siglo XVI. En su reseña, Richard Herr destaca el método historiográfico de Blanco-González: «utiliza dos enfoques principales: un análisis de textos literarios y jurídicos para recuperar la 'atmósfera' de la época […] y un estudio de la evolución social y económica basado en gran medida en la historia de los precios» (Herr, 1964: 45, la traducción es mía). Estas dos vías son también las que transita Klein en su obra.

la oligarquía tradicional se desmoronó la vieja estructura caudillista. Esta élite buscó la estabilidad política, como base para promover el crecimiento económico del sector privado, y como, tras la derrota en la guerra del Pacífico de 1879, los tradicionales gobiernos militares y caudillistas habían sido desvirtuados, se abrió la posibilidad de un nuevo escenario político. Este proceso cristalizó en 1883, cuando las condiciones económicas, y la estabilidad y paz sociales, permitieron la consolidación de un gobierno civil como resultado de la constitución de un sistema de partidos políticos.

Las transformaciones económicas fueron tanto o más profundas que las políticas. El cambio de la minería de la plata por la del estaño convirtió a este metal exportable en el principal recurso económico del país y el mayor contribuyente del Tesoro Nacional. El más importante empresario minero, Simón Patiño, es el protagonista central por antonomasia de esta coyuntura histórica.

Klein ofrece una caracterización estructural-funcionalista de la organización y actuación del Partido Liberal, que gobernó Bolivia durante aquellas décadas del «metal del Diablo», focalizándose en la figura de Ismael Montes, dos veces presidente (1904-1909 y 1913-1917).

Al respecto, después de la rotunda victoria en las urnas de Montes, en 1904, el autor dice que:

> […] el Partido Liberal no confrontó ninguna oposición formal en el escenario nacional hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, hecho insólito en la historia política de la república y especialmente en la época de los partidos políticos. No solamente el Partido Liberal podría gobernar por largo tiempo sin oposición organizada, sino que también la misma nación no experimentaría un solo caso de intento revolucionario para derrocar al gobierno de 1899 a 1920, ¡récord nunca igualado hasta entonces! (pág. 92).[4]

En la segunda década del siglo XX, la situación de estabilidad y crecimiento se agotaba. En julio de 1920, el gobierno del presidente José Gutiérrez Guerra, «el último oligarca», fue derrocado por un levantamiento del Partido Republicano.

> De esta manera, 21 años de gobierno liberal llegaron a su fin, casi como en una derrota electoral, pacífica y eficientemente elaborada. Nuevos nombres y nuevas personalidades emergieron en los años sucesivos, pero los fundamentos puestos por el liberalismo, de 1899 a 1920, sobrevivieron intactos por otra década (pág. 115).

4 Nota del editor [NE] Las citas del libro de Klein provienen de la presente edición de la BBB, 2025. Por ello, en adelante, solo se mencionará el número de página citada (pág.).

Cabecilla golpista, Bautista Saavedra fue el primer presidente republicano (1920-1925). Su gobierno, tenso y caótico, contrastaba con la tranquilidad que había dispensado y disfrutado el régimen liberal. La violencia política recrudeció y el Ejército, y unas inéditas clases medias, empezaron a intervenir de manera cada vez más intensa en los asuntos de gobierno.

Nuevos partidos políticos ingresaron en un sistema que se volvía más competitivo y multilateral. En 1921, se fundó el Partido Socialista, donde destacaba la figura de Tristán Marof (seudónimo de Gustavo A.). En el gobierno de Hernando Siles (1926-1930), la gravitación política de la juventud universitaria no dejó de crecer. Además de los grupos estudiantiles, otros jóvenes intelectuales, marginados de la política parlamentaria, fueron convergiendo hasta coincidir en la fundación de un partido de rasgos novedosos y propios. En enero de 1927, se anunció oficialmente la creación del Partido de la Unión Nacional, denominado popularmente Partido Nacionalista (pág. 150). En paralelo, el movimiento obrero había ido creciendo sin pausa, y se había ido organizando: la expresión mayor de este proceso fue el Partido Laborista, fundado en 1930, pronto conocido como Partido Socialista.

En 1930, Siles fue derrocado por militares que entregaron el poder a una Junta Revolucionaria presidida por el general Carlos Blanco Galindo.

> La implicación militar en este golpe de Estado fue la más dramática intervención castrense en la política nacional, desde el decenio de 1890; sin embargo, el ejército aún seguía cuidadosamente subordinado a los civiles y rápidamente cedió su poder a esas fuerzas (pág. 173).

Así llegó al poder el Partido Genuino, en 1931. El nuevo presidente, Daniel Salamanca, en medio de una difícil crisis económica y en oposición a su propio alto mando, llevó a Bolivia a la guerra en 1932. En este punto, Klein se detiene, con exactas descripción y caracterización, en los sucesos de la guerra del Chaco (1932-1935).

La situación de Bolivia cambiaría para siempre bajo el influjo de nuevos actores marcados por este conflicto bélico.

> Amargado, como solo puede estar un ejército derrotado, compuesto por estudiantes y civiles intelectuales de la clase media que, por primera vez, tomaron íntimo contacto con las otras clases de la nación, y quienes, por primera vez, fueron llamados a sacrificarse por el orden existente, los veteranos que sobrevivieron en el Chaco probarían ser el caldo de fermentación del cual surgiría un nuevo orden político en Bolivia (pág. 255).

## La generación del Chaco

La tesis central de Klein sobre las transformaciones que suscitó la guerra del Chaco se resume en estas palabras:

> […] la guerra del Chaco había insuflado la rebelión política en la clase media y, en los años subsiguientes, su repudio a los viejos partidos de la oligarquía vería la destrucción de esos partidos, a medida que desaparecía su base y, al mismo tiempo, el surgimiento de nuevos partidos que, eventualmente, se solidificarían en una gran fuerza revolucionaria. En las elecciones de 1950, la clase media votaría para elegir a un presidente de las filas de la misma clase media (pág. 264).

Este proceso se intensificó con el crecimiento de

> […] la despierta clase media, de los artesanos y trabajadores urbanos de cuello blanco, de los pequeños comerciantes y propietarios de minas, de los profesionales y de los empleados públicos, y de los estudiantes moderados, es decir, de los hombres que habían experimentado un verdadero despertar con la guerra del Chaco (*ibid*.).

En un contexto de crisis económica, de consolidación de nuevos actores políticos y de intentos de reorganización de los partidos tradicionales, el 17 de mayo de 1936, el teniente coronel Germán Busch y el general David Toro tomaron el poder. Formaron una Junta Militar que presidió los destinos de la República boliviana. «De esta manera, después de cincuenta años de luchas, el sistema de los partidos políticos civiles fue derrocado por una nueva y despierta institución militar» (pág. 284). Con este suceso, dio inicio el periodo conocido como «socialismo militar», sobre cuyas consecuencias despliega Klein un análisis sutil y escrupuloso.

Con el suicidio de Busch, el 23 de agosto de 1939, en su casa del barrio paceño de Miraflores, terminó este periodo que nuestro autor había sintetizado como «una etapa de incubación y desarrollo del radicalismo boliviano, en la que las clases media y popular empezaron a organizarse para una acción política independiente, como nunca había ocurrido en la historia boliviana» (pág. 386).

El sistema de partidos tradicionales fue destruido por las consecuencias de la guerra del Chaco. Pero, antes del colapso definitivo del sistema político tradicional, la oligarquía resurgió fugazmente con los gobiernos de Carlos Quintanilla (1939-1940) y Enrique Peñaranda (1940-1943).

Los años posteriores verían la emergencia de distintas organizaciones de la izquierda nacional. El Partido Obrero Revolucionario (POR), en 1935; el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), en 1940; y en 1942, el más importante: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

Todos estos procesos condujeron al fin de la presidencia de Peñaranda y a su remplazo por un gobierno militar que duraría tres años (1943-1946), encabezado por un aliado del MNR, el mayor Gualberto Villarroel. Klein destaca este proceso:

> En medio del pasmoso asombro de la nación y de los Estados americanos, había nacido el primer gobierno de Bolivia verdaderamente revolucionario. El primer fruto de Catavi y de la nueva izquierda nacional, que fueron los tres violentos años de la era de Villarroel, haría pedazos lo que quedó de los partidos políticos tradicionales e iniciaría una era de violenta actividad política revolucionaria (pág. 435).

El gobierno de Villarroel abolió el pongueaje, coadyuvó a la organización de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) y aumentó los alcances sociales de la nueva Constitución Política del Estado de Bolivia, que se había aprobado en 1938 (Klein, 1966).

Estas reformas se desarrollaron caóticamente, en medio de una atmósfera cada vez más autoritaria y represiva. En julio de 1946, en medio de movilizaciones multitudinarias, el presidente Villarroel fue colgado en plena plaza Murillo, en el centro de La Paz, frente al Palacio Quemado, sede del Poder Ejecutivo nacional.

Después, seis años de gobiernos débiles conformaron el Sexenio anterior a la insurrección de abril de 1952 y a la revolución nacional.

Klein termina su libro de manera abrupta, lo detiene antes del mayor acontecimiento del siglo XX en Bolivia, con un párrafo monumental:

> A pesar del «terror blanco» de los seis años de gobierno conservador civil-militar, el MNR ganó las elecciones presidenciales de 1951, y, a pesar del destierro de sus dirigentes y haber sido declarado el partido fuera de la ley, emergió en 1952, con nueva posición radical, como el líder de la izquierda revolucionaria. Amalgamándose con la mayoría de los miembros del POR, después de 1946, el agrandado MNR dirigió la revolución nacional de abril de 1952, con los lemas de nacionalización de las minas y reforma agraria, de socialismo e indigenismo, con los ideales que la izquierda había estado martillando, desde 1920 en adelante, y con la creación de la coalición revolucionaria de los trabajadores y de la clase media, que definitivamente revolucionaría la sociedad boliviana (pág. 436).

## El contexto y la influencia de *Orígenes de la revolución nacional boliviana*

El libro de Klein es un pionero en la investigación y la producción de la historiografía y las ciencias sociales angloamericanas, dirigidas a analizar y entender la revolución nacional boliviana. Esta labor, en las décadas de

1950 y 1960, se desarrolló en el contexto de la Guerra Fría y de la expansiva hegemonía política y cultural de «los líderes del mundo libre» en el hemisferio occidental.

La obra de Robert J. Alexander, contemporáneo de Klein e historiador norteamericano profesional que trabaja en su mismo contexto institucional, es significativa y representa una importancia de primer orden. El análisis de Klein dialoga con *The Bolivian National Revolution* (1958), que Alexander publicara en 1958, primer libro monográfico dedicado, en inglés, al 1952 boliviano. En su libro *Prophets of the Revolution: Profiles of Latin American Leaders* (1962), resultado de dos décadas de investigación en América Latina, Alexander delinea el perfil de once líderes políticos latinoamericanos –desde José Batlle y Ordóñez hasta Fidel Castro, pasando por Lázaro Cárdenas, Víctor Raúl Haya de la Torre y Juan Domingo Perón. Los dos líderes de la revolución nacional boliviana, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Zuazo, son mostrados, allí, ejerciendo una imantación definitiva.[5] En otras publicaciones importantes, como *Bolivia: Past, Present and Future of Its Politics* (1982), Alexander emprende un estudio de mayor alcance y escribe una visión de conjunto de la historia boliviana, con la revolución nacional en el centro del análisis.[6] El trabajo sostenido de Alexander continuó con *A History of Organized Labor in Bolivia* (2005), donde aborda la historia larga del movimiento obrero boliviano.

Más acá de Alexander, otros autores comparten el enfoque historiográfico angloamericano, con relación a las nuevas transformaciones políticas, en un horizonte global cambiado por la descolonización y el desmantelamiento de los imperios formales (e informales), europeos y occidentales: un panorama en el que se inscribe el trabajo de Klein. *Expectant peoples. Nationalism and Development*, editado por K. H. Silvert, en 1963, resulta de una investigación coordinada, puesta en marcha por The American Universities Field Staff, un conglomerado de universidades de Estados Unidos cuyo objetivo era analizar la situación de los países en vías de desarrollo. El texto tiene como objetivo explicar y evaluar

5 A través de una descripción de los dos hombres de abril, Alexander explica el devenir del MNR y los cambios decisivos que ambos impulsaron: «Juntos, Paz Estenssoro y Siles han liderado una revolución que se sitúa, junto con la Revolución Mexicana, como una de las transformaciones sociales más profundas ocurridas en América Latina en el siglo XX» (1962: 218, la traducción es mía). Otro importante trabajo de Alexander es *Latin American Political Parties* (1973).

6 En su bibliografía comentada, Alexander recomienda *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, de Klein: «Muy útil para el estudio de los partidos y la historia política general de Bolivia anterior a la revolución nacional» (1982: 141).

el «nacionalismo contemporáneo» en los países «en vías de desarrollo», desde «Manila hasta La Paz» (1963: VIII) –el volumen reúne trabajos sobre Afganistán, Arabia Saudita, Bolivia, Indonesia, Filipinas, Brasil, India, Sudáfrica, Argentina, Israel y Japón. El capítulo sobre Bolivia, «Peasantry and National Revolution: Bolivia», de Richard W. Patch, define a la revolución de 1952 como un momento en que tanto «la revolución como el nacionalismo serían reivindicados al unísono» (1963: 109). Otras iniciativas significativas son el volumen editado por Jerry R. Ladman, en 1982, *Modern-Day Bolivia: Legacy of the Revolution and Prospects for the Future*[7] y el estudio *Bolivia, Press and Revolution, 1932-1964* (1986), de Jerry W. Knudson.

En *Bolivia. A Land Divided* (1954), Harold Osborne emprende un estudio general de la Bolivia moderna:

> […] primer estudio general de la Bolivia moderna que se publica en Inglaterra, cuyo objetivo es ofrecer una visión concisa pero completa de las condiciones políticas, sociales y económicas de esos países en beneficio del lector y el estudiante no especializados (1954: VII, la traducción es mía).

A partir de su inscripción en esta corriente, la obra de Klein ha tenido una amplia influencia que ha llegado hasta el presente.

El volumen colectivo *Vértigo liberal. Sociedad, economía y literatura en la Bolivia de entreguerras (1880-1930)* (2019), de Machicado, Soruco y Soto, se acerca a la era liberal desde diferentes disciplinas y perspectivas, desde una mirada más amplia que «las convicciones profundas del nacionalismo o del antinacionalismo» (2019: 9) y sus enfoques proceden de las ideas centrales de Klein.[8] Su influjo también destaca en la reciente *Historia de Bolivia: Miradas plurales en su Bicentenario* (2024), de la Coordinadora de

7 Reúne artículos de varios estudiosos bolivianos y norteamericanos, sobre las consecuencias de 1952. Colaboran el mismo Robert J. Alexander, Sylvia Borzutsky, Juan L. Cariaga, L. Enrique García-Rodríguez, Ray Henkel, E. James Holland, Herbert S. Klein, Jerry R. Ladman, James M. Malloy, Juan Antonio Morales, Salvador Romero Pittari, José Isaac Torrico, E. Boyd Wennergren, Morris D. Whitaker, James W. Wilke y Cornelius H. Zondag. Los trabajos fueron el resultado de un congreso que agrupó a todos ellos en el campus universitario de Temple, Arizona, en 1978.

8 Afirman las autoras: «Este proyecto exigió estabilidad política, pero no estuvo exento de conflicto y violencia. Por ello, la modernización del Estado pasó por la formación de partidos políticos que, pese a sus postulados diferentes, compitieron en elecciones establecidas cada cuatro años, un ciclo que inició en 1884 con la elección de Gregorio Pacheco y que continuaría sin interrupciones –salvo la Guerra Federal de diciembre de 1898 a abril de 1899– hasta el 12 de julio de 1920, es decir, hasta el golpe de Estado de Bautista Saavedra. Durante estos años, se expandió la burocracia, se reorganizó el Ejército y se institucionalizaron las relaciones internacionales en busca de capitales» (2019: 10).

Historia. El capítulo cinco, «Derrumbe del liberalismo y emergencia de lo nacional y popular», escrito por Ana María Seoane, Alfredo Seoane Flores, María Luisa Soux y Patricia Fernández de Aponte, construye buena parte de su argumentación sobre las ideas centrales de Klein.[9]

La reflexión de Klein sobre la situación política y social después del Chaco lo vincula directamente con los aportes más sugestivos sobre los antecedentes y el devenir de la revolución de 1952. *Bolivia: la revolución inconclusa* (1989), de James Malloy, puede leerse como una extensión de las ideas de Klein sobre el periodo 1936-1952, para los gobiernos emenerristas posteriores, hasta 1964. La lectura atenta de Klein se revela en obras capitales para la historiografía boliviana y latinoamericana, como *Historia contemporánea de América Latina* (1969), de Tulio Halperin Dongui; *Lo nacional popular en Bolivia* (1986), de René Zavaleta Mercado, o *Rebelión en las venas* (2003), de James Dunkerley.

Mencionamos solo a estos trabajos porque son emblemáticos, pero la influencia de Klein se extiende a una diversidad de estudios en Bolivia, Estados Unidos, México y España.[10]

## Cambios en las concepciones sobre la revolución de 1952

A lo largo de su carrera posterior, en varios libros y desde distintos enfoques, Klein desarrollará otras concepciones e incluso reconsiderará algunos de los argumentos centrales de *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*. Como bien enfatizó, en diálogo con el autor de este estudio introductorio, él no recomienda como mejor o superior a otros ni el método, ni el punto de vista, ni el «marco teórico» que adoptó en este libro. Gracias a este sobrio principio es que ha podido desarrollar estas miradas complementarias sobre las causas y consecuencias de la revolución de 1952.

Seguramente el libro más importante sobre la revolución boliviana es el que resultó de un estudio que emprendió, junto a Jonathan Kelley: *Revolution and the Rebirth of Inequality. A Theory Applied to the National Revolution*

9 «De la guerra del Chaco hasta la revolución de 1952 se presentó un camino tortuoso que el país debió recorrer y que amerita una constante mirada comprensiva: fue tanto la manifestación de la decadencia de las estructuras sociales del pasado, que pervivían en rasgos colonialistas, como el paulatino despertar de la energía contenida, inmersa en un proceso de modernización y liberación de yugos económicos, sociales y políticos (Klein, 1982)» (Coordinadora de Historia, 2024: 447).

10 Los más importantes son los de Brooke Larson (2024); Carmenza Gallo (1991); Edwin F. Ackerman (2022); Leslie B. Rout Jr. (1970).

*of Bolivia* (1981). A partir de un detallado trabajo de historia estadística, los autores abordan los cambios estructurales que hubo en los años posteriores a las reformas resultantes de las jornadas de abril. En términos estructurales, entonces:

> […] la desigualdad disminuyó en los primeros años que siguieron a la revolución, pero luego empezó a crecer lenta y constantemente en las décadas siguientes. El renacimiento de la desigualdad condujo a su vez a un claro aumento de los privilegios heredados, ya que las familias con ingresos y propiedades pudieron comprar de nuevo a sus hijos un comienzo ventajoso en la vida (Kelley y Klein, 1981: 184, la traducción es mía).[11]

También destaca el artículo «Social Change in Bolivia since 1952», parte del volumen *Proclaiming Revolution: Bolivia in Comparative Perspective* (2003), editado por Pilar Domingo y Merille Grindle. En este texto, Klein aborda los principales cambios sociales que se suscitaron en Bolivia, a partir de 1952, y los compara con la situación de otros países de América Latina.

En la edición mexicana de *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco* (1993), Klein aporta una nueva introducción, casi treinta años después de haber escrito el libro. Ofrece un balance muy diferente del MNR en el poder. A su vez, se puede notar algunos cambios argumentativos o focales, como que el nacionalismo recibe poca atención, mientras que ganan resonancia la reforma agraria, la alfabetización y la marcha al Oriente.[12]

---

11 En términos detallados el proceso fue el siguiente: «Estos cambios redujeron la desigualdad de ingresos y propiedades, dejando a los pobres en mejor situación y a la sociedad en su conjunto menos estratificada tras la revolución. Y al hacerlo, la revolución casi eliminó las ventajas que las familias ricas habían podido transmitir en el pasado a sus hijos. Unos pocos afortunados ya no podían contar con que sus padres les compraran un comienzo ventajoso en la vida. Pero, al destruir la base física de la riqueza y el estatus, el régimen revolucionario dejó necesariamente intacta una fuente de desigualdad aún más omnipresente e importante: el capital humano. La educación, las habilidades, la lengua, las capacidades administrativas y otros atributos del capital humano no pueden redistribuirse. Y siguieron siendo valiosos incluso en medio de la revolución» (Klein, 1981: 184).

12 Aunque Klein no duda de las consecuencias: «En conclusión, uno podría preguntarse si la revolución nacional afectó las vidas cotidianas de la masa de la población, de esta sociedad tan increíblemente pobre. La respuesta es afirmativa, el MNR y los gobiernos subsecuentes revolucionaron el sistema educativo de Bolivia y alfabetizaron a la mayoría de la población. […] Aunque Bolivia sea, todavía, una de las naciones más pobres de América, ello no niega el hecho de que, como resultado de la revolución nacional de 1952, muchas cosas han cambiado para los bolivianos» (1993: 15).

En *Orígenes de la revolución nacional boliviana*, la secuencia témporo-causal identificaba a la rosca y a Salamanca como impulsores de la guerra del Chaco, y el conflicto bélico, a pesar de la derrota (o aun a causa de ella), favorecía, creaba, y configuraba para Bolivia un nacionalismo más genuino. Este movimiento haría la revolución indetenible, alzaría en abril de 1952 a los obreros y excombatientes; estos, a su vez, alzarían a los campesinos, acabarían con la rosca y con el *establishment* y nacionalizarían las minas de los grandes mineros que habían apoyado la guerra. Este argumento, sobre el papel asignado al campesinado en las jornadas de abril del 52, y en los años y meses que las precedieron, ha cambiado, con el tiempo, en la perspectiva historiográfica de Klein.

El artículo de James Dunkerley, «The Origins of the Bolivian Revolution in the Twentieth Century: Some Reflections» (2003), discute, pone en contexto y sobre todo en perspectiva los cambios en la interpretación de Klein. A partir de un análisis de los dos principales «esquemas explicativos» del 52 –uno centrado en el «relato nacionalista», el otro en la economía política–, Dunkerley nos brinda la más completa valoración sobre la argumentación de Klein: un razonamiento que «se adhiere firmemente a la experiencia de la guerra del Chaco (1932-1935) y destaca la 'lógica política' de un activismo en ascenso de forma casi teleológica a lo largo de 17 años, desde el armisticio hasta la revuelta» (Dunkerley, 2003: 135-136). Klein habría asumido esta posición porque «los números para sostener cualquier explicación de la revolución de 1952 a través de la miseria económica y la movilización social no cuadraban» (*ibid*.: 144). De allí que, para Klein, el «motor histórico» de la revolución de 1952 fuera la guerra del Chaco.

Los dos esquemas explicativos que menciona Dunkerley se refieren a la polémica entre Klein y Lawrence Whitehead sobre las causas de la revolución de 1952. La argumentación de Klein, presente en el libro que introducimos y también en «The Crisis of Legitimacy and the Origins of Social Revolution: The Bolivian Experience» (1968),[13] es cuestionada por Whitehead, en «El impacto de la gran depresión en Bolivia» (1972), en donde, junto con Mario R. dos Santos, escriben: «Para Klein la revolución

13 Klein escribe en este artículo: «La pregunta entonces sigue siendo, ¿por qué este Estado atrasado, menos politizado y mucho menos industrializado, con una élite más homogénea, se convirtió en el Estado que iba a producir una revolución social? La causa inmediata más obvia, que los propios bolivianos reconocen firmemente, fue el accidente histórico de la gran catástrofe de la guerra del Chaco (1932-1935)» (1968: 106).

social de 1952 debe ser entendida, por consiguiente, como un resultado casi exclusivo de la guerra del Chaco y de las nuevas tendencias políticas producidas por ella» (1972: 73). Y añaden: «El origen de la revolución nacional puede ser rastreado en las oficinas de Patiño Mines and Enterprises Incorporated, tanto como en los 'arenales del Chaco'» (*ibid.*).[14]

Dunkerley propone una mirada complementaria entre ambos enfoques, permitiendo una interpretación compleja de las causas de la revolución de 1952.

> Sostengo que cada uno de ellos debe revisarse a la luz del otro y despojarse de las motivaciones ideológicas que a menudo subyacen tras ellos y que oscurecen sus vínculos. En resumen, ni la guerra del Chaco ni la industria del estaño explicaron por sí mismas 1952, sino su interacción y agravamiento mutuo. En consecuencia, nuestro análisis debe abordar simultáneamente la historia cultural y la económica (2013: 136, la traducción es mía).

## El trabajo con las fuentes: una periodización canónica alimentada de detalle

Para recrear el devenir del sistema político boliviano y las transformaciones ideológicas, durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del XX, además de material primario –entrevistas con dirigentes e intelectuales, informes institucionales y programas políticos–, Klein se apoyó principalmente en dos fuentes: bibliografía sobre historia boliviana y periódicos de la ciudad de La Paz. De allí que su libro sea único para su época, pues combina una estructura convencional con el detalle.

Nuestro autor leyó historias generales, estudios sociológicos, biografías y ensayos sobre Bolivia; revisó minuciosamente todo ese material secundario para conocer la historia del país y tener una mirada general de su devenir en el tiempo.

---

14 Otra de las críticas a la interpretación de Klein se concentra en la desatención a factores internacionales. Al respecto, la reseña de Roberto F. Lamberg es significativa de esta objeción: «Nos parece una lástima que en una obra tan rica, bien documentada y –visto el interés del historiador Klein en complejos socioeconómicos– bien equilibrada, falte una visión más penetrante de los aspectos de política internacional en los antecedentes de la revolución, especialmente por lo que toca al análisis de la influencia que ejerció la 'nueva Europa' nazifascista sobre la Bolivia de los años treinta y cuarenta, y que se dejó sentir –como lo ilustran las tendencias antisemitas de esos tiempos– aun después de consumada la revolución» (1971: 277-278).

A su vez, con un minucioso trabajo hemerográfico, revisó los periódicos paceños *La Calle*, *El Diario*, *La Razón* y *La República*. Klein recuerda: «Yo leí y copié horas y horas distintos materiales, pero sobre todo periódicos. Los periódicos realmente estaban llenos de material» (H. S. Klein, comunicación personal [vía virtual], 22 de agosto de 2024).

La revisión de las historias generales y otras fuentes secundarias le brindaron el marco estructural con el cual Klein ordenó los ciclos del periodo abordado (la era liberal, el socialismo militar, etc.). El libro adopta una periodización convencional, heredada de historias generales clásicas, como las de Alcides Arguedas (1922) o Enrique Finot (1946).[15] Pero, en ese marco estructural, lo que destaca es el detalle, la descripción minuciosa de eventos y procesos. Y ese detalle viene de la lectura de los periódicos paceños.

Esta combinación tuvo como resultado un libro apasionante y tal vez único en la historiografía boliviana. Uno de sus principales atractivos viene de este modelo, que surgió del proceso de investigación que Klein emprendió en La Paz.

> Empecé leyendo [a] todos los historiadores clásicos, entonces tuve una idea general de las cosas y poco a poco comencé a leer sobre cada una de las épocas. El modelo que yo creé fue un modelo basado en las viejas historias que más o menos estuve siguiendo para este libro. Es decir, las épocas son las tradicionales y mis argumentos [son] más afinados para cada una de estas épocas, entonces no fui revolucionario en crear un nuevo sistema sino poniendo gran detalle y las líneas entre un grupo y otro grupo (H. S. Klein, comunicación personal [vía virtual], 22 de agosto de 2024).

Como resultado, tenemos una mirada sobre el periodo que combina un marco estructural tradicional, en donde se incorpora la pulpa de la política, la economía y la sociedad. Esta descripción minuciosa –de la mano de interpretaciones que cubren un periodo amplio de tiempo, de 1880 a 1952– está presente a lo largo de todo el libro. Sin embargo, conviene compartir algunos ejemplos que ilustren esta estrategia argumentativa que ha rendido tan buenos frutos.

El análisis de la forma en que se fue gestando el movimiento minero se nutrió, por ejemplo, de la descripción detenida de las diversas huelgas que se suscitaron en 1920. Las descripciones de los principales líderes políticos se complementan con las citas de declaraciones de prensa. Las discusiones

15 En el capítulo sobre Bolivia, que escribió Klein (en *The Cambridge History of Latin America*, vol. 5), destacan –en el ensayo bibliográfico que finaliza el libro–: la *Historia general de Bolivia*, de Alcides Arguedas, y la *Nueva historia de Bolivia*, de Enrique Finot.

internas de los diferentes partidos políticos se describen pormenorizadamente, lo que permite comprender en profundidad las posiciones e intereses en juego. El recuento de la guerra del Chaco, además de los sucesos en el campo de batalla, incorpora el estado de la situación y las percepciones en las ciudades, mientras se desarrolla el conflicto. Los cambios en el sistema político se hacen visibles en las grandes y pequeñas organizaciones; desde el foco del libro, todas merecen atención y el resultado es un amplio y complejo fresco de las diversas formaciones políticas que fueron apareciendo a lo largo del periodo. Y, además de estas organizaciones, se detallan sus protagonistas y sus programas, porque la descripción de un periodo político se complementa con las descripciones precisas de sus principales líderes, y con las tensiones que estos enfrentan. Los acontecimientos centrales –como las Convenciones Constituyentes, los días claves en el Parlamento o los Congresos de movimientos sociales– son también descritos puntualmente.

## Una reflexión histórica, nunca estridente, desde las ciencias sociales

En *Orígenes de la revolución nacional boliviana*, el detalle viene acompañado de profundidad analítica. Klein integra una descripción minuciosa de los ciclos del periodo elegido con la interpretación compleja de sus condiciones y situaciones sociales. A lo largo del texto, esta combinación permite establecer explicaciones estructurales de los ciclos que analiza.

Este rasgo se puede apreciar desde el principio mismo del libro, donde el autor describe la situación de la sociedad boliviana de preguerra. Su análisis devela aspectos constitutivos: la composición y estratificación sociales, en una sociedad altamente jerarquizada; la dicotomía entre la hacienda y las comunidades indígenas, como expresión de los rasgos estructurales de la propiedad de la tierra;[16] las condiciones de los indígenas en una sociedad de herencia colonial.

En estos análisis, la mirada concentrada en la dinámica social triunfa sobre los prejuicios que postulan una realidad que no ha cambiado en el tiempo. Al respecto, es central el énfasis sobre la movilidad social, que se extiende a lo largo del libro, desde las primeras reflexiones sobre las

16 Un análisis que Klein desarrollará en detalle en el libro *Haciendas y ayllus en Bolivia: la región de La Paz, siglos* XVIII *y* XIX (1995). Sus estudios localizados en La Paz dialogan bien con los trabajos de Brooke Larson sobre Cochabamba: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1550-1900* (2017) y *The Cotton Textile Industry of Cochabamba, 1770-1810* (1982).

pequeñas posibilidades de movilidad abierta para los indígenas, a través de la migración a las ciudades, hasta las reflexiones sobre los cambios expresados en el surgimiento de inéditas clases medias.

A la par que las transformaciones, Klein propone también un análisis que identifica la continuidad en aspectos centrales de la nación. Sobre la situación y condición de los campesinos, dice:

> La sociedad boliviana de 1930 seguía siendo, en muchos aspectos, la misma que la que había sido en 1825. A pesar del dramático crecimiento de la urbanización, la minería y el movimiento laboral, desde 1900, la mayoría de la nación aún seguía desarrollando el sistema agrario latifundista de la Colonia (pág. 219).

En diálogo continuo con las ideas de Guillermo Francovich, que habían sido expuestas en *La filosofía en Bolivia* (1945) y *El pensamiento boliviano en el siglo* XX (1956), Klein desgrana las orientaciones ideológicas de los actores y las organizaciones de la política boliviana, y los cambios más importantes al respecto. Desde los políticos de las últimas décadas del siglo XIX, influidos fuertemente por las ideas positivistas y evolucionistas de Augusto Comte y Herbert Spencer, así como por la certidumbre absoluta en el *laissez faire* («dejar hacer» al mercado), hasta las nuevas generaciones que, desde 1930, irán incorporando las distintas versiones de la crítica marxista en sus postulados políticos, Klein identifica los principios rectores durante los ciclos que cubren el periodo estudiado y reflexiona sobre sus implicaciones. El libro puede leerse, paralelamente a la descripción de los sucesos, como una historia de las ideas políticas en Bolivia a lo largo de casi un siglo.

La densidad analítica de nuestro autor también procede de su oficio como historiador demográfico, pues acopia datos de largo alcance que le dan profundidad a sus hallazgos. James Dunkerley destacó este aspecto en su texto sobre la bibliografía boliviana: «Herbert Klein ha estudiado el perfil estadístico de Bolivia desde 1952 más de cerca que nadie» (Dunkerley, 2013: 334). Muchas veces, su análisis político se nutre de presupuestos estatales, indicadores educativos, cifras económicas, para analizar los cambios en las orientaciones políticas, en diálogo con los rasgos estructurales de la sociedad boliviana.

La reflexión acuciosa y profunda de Klein –a diferencia de muchos de los acercamientos ensayísticos e historiográficos al periodo liberal y al momento de transición hacia la revolución de 1952, caracterizados por posiciones extremas–, jamás es estridente ni tajante. Relieves estos, ni estridentes ni tajantes, que son tanto más contrastantes si se confrontan

con posiciones de las más populares del ensayismo boliviano, particularmente la veta nacionalista e indianista.[17]

La actitud reflexiva de Klein se refleja también en las biografías políticas de personajes centrales de la política boliviana, que el autor reconstruye y que le merecen valoraciones complejas, nunca reduccionistas, apologéticas ni fustigadoras. Conviene citar los retratos de figuras como Ismael Montes –«No obstante sus defectos, Montes insufló un dinamismo único al gobierno nacional. Realizó un vasto programa de construcciones ferroviarias, urbanización pública, construcción de escuelas, caminos y obras públicas, profesionalización militar y, finalmente, creó un gobierno viablemente económico» (pág. 93)– y Bautista Saavedra –«un individuo fuerte, que proyectó un gran prestigio público y una robusta personalidad privada. Tenía cincuenta años cumplidos cuando juró a la presidencia, el 28 de enero de 1921.[18] Saavedra fue siempre un hombre experto en varias profesiones, y se encontraba aún en la mejor parte de su vida» (pág. 122)–, para mostrar la forma en que encara a los personajes de nuestra historia.

*Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco* es un estudio ambicioso y clarificador. Y estas propiedades surgen de una reflexión meditada, nunca tajante ni fanática, que permite comprender en plenitud las profundas transformaciones que vivió Bolivia durante los siglos XIX y XX. El libro es la historia de un periodo de cambios y avances, y también de continuidades y retornos. Sin embargo, es en el fondo, sobre todo, la historia de una transformación. Después de todo lo vivido esos años, Bolivia ya nunca más sería la misma.[19]

## Bibliografía citada

Ackerman, Edwin F.
2022 *Origins of the Mass Party Dispossession and the Party-Form in Mexico and Bolivia*. London: Oxford University Press.

17 En la reconstrucción histórica que Carlos Montenegro emprende en *Nacionalismo y coloniaje* (2016), define el periodo de 1880 a 1920 como el de la comedia, en el sentido de farsa. Montenegro afirma: «Nació con ella la etapa histórica de la comedia que, como esta misma, constituye solo una versión falaz de la realidad, no una realidad histórica» (2016). Fausto Reinaga, en *La revolución india* (2010), reduce el régimen liberal a la «Caja de Pandora de donde salen todos los males que desde entonces devoran a este país» (2010: 63).

18 *El Diario,* 28 de enero de 1921, p. 4.

19 Agradezco a mi colega, el Dr. Alfredo Grieco y Bavio, la lectura del primer borrador completo de este estudio introductorio.

Alexander, Robert J.
2005 *A History of Organized Labor in Bolivia*. Westport, Connecticut / London: Praeger.
1982 *Bolivia. Past, Present and Future of Its Politics*. New York: Praeger.
1973 *Latin American Political Parties*. New York / Washington / London: Praeger.
1962 *Prophets of the Revolution. Profiles of Latin American Leaders*. New York: The Macmillan Company.
1958 *The Bolivian National Revolution*. New Brunswick / New Jersey: Rutgers University Press.

Ameringer, Charles D. (ed.)
1992 *Political Parties of the Americas: 1980s to 1990s Canada, Latin America, and the West Indies*. Westport, Connecticut / London: Greenwood Press.

Arguedas, Alcides
1920-29 *Historia general de Bolivia*. La Paz: Arnó.

Barnadas, Josep
2002 *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre: Grupo de Estudios Históricos.

Blanco-Gonzales, Bernardo
1962 *Del cortesano al discreto: examen de una decadencia*. Madrid: Gredos.

Dunkerley, James
2013 «The Bolivian Revolution at 60. Politics and Historiography». *Latin American Studies*, vol. 45, núm. 2, pp. 325-350.
2003 *Rebelión en las venas*. La Paz: Plural.

Finot, Enrique
1946 *Nueva historia de Bolivia. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Fundación Universitaria Patiño.

Francovich, Guillermo
1956 *El pensamiento boliviano en el siglo* xx. México: Fondo de Cultura Económica.
1945 *La filosofía en Bolivia*. Buenos Aires: Losada.

Gallo, Carmenza
1991 *Taxes and State Power Political Instability in Bolivia, 1900-1950*. Philadelphia: Temple University Press.

Halperin Dongui, Tulio (comp.)
1978 *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires: Sudamericana.
1969 *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.

Herr, Richard
1964 «*Del Cortesano al Discreto: Examen de una Decadencia*. Bernardo Blanco-González» (reseña). *The Journal of Modern History,* vol. 36, núm. 1, pp. 44-45.

Klein, Herbert S.
2022 *Historia de Bolivia. De los orígenes al 2020*. La Paz: G. U. M.
2017 *Brazil, 1964-1985, The Military Regimes of Latin America in the Cold War* (coautoría con Francisco Vidal Luna). New Haven: Yale University Press. [1991]
2015 «Herbert Klein: La etnohistoria boliviana es probablemente la más avanzada en América Latina», entrevistado por Ximena Medinacelli. *Revista Tinkazos*, vol. 18, núm. 37, pp. 31-34.
2014 «Bolivian Oil and Natural Gas under State and Private Control, 1920-2010» (coautoría con José Alejandro Peres-Cajías). *Bolivian Studies Journal / Revista de Estudios Bolivianos*, vol. 20, pp. 141-164.
2012 *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*. La Paz: Juventud. [1968]
2011 «The Historical Background to the Rise of MAS, Bolivia 1952-2005». En: Adrian Pearce (ed.), *Evo Morales and the Movimiento al Socialismo in Bolivia: The First Term in Context, 2006-2010*. London: Institute of the Americas, pp. 27-61.
2003 «Social Change in Bolivia Since 1952». En Pilar Domingo y Merille Grindle (eds.). *Proclaiming Revolution: Bolivia in Comparative Perspective*, pp. 232-258. Boston: Center for Latin American Studies / Harvard University Press / University of London Latin American Institute,.
1995 *Haciendas y ayllus en Bolivia: la región de la Paz, siglos* XVIII *y* XIX. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1993 *Orígenes de la revolución nacional boliviana: la crisis de la generación del Chaco*. México: Grijalbo. [Edición revisada]
1991 *Bolívia do período pré-incaico à independência*. São Paulo: Brasiliense.
1986 «Bolivia from the War of the Pacific to the Chaco War, 1880-1932». En: L. Bethell L. (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. v. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 553-586; 886-891.
1982 «The State and the Labor Market in Rural Bolivia in the Colonial and Early Republican Periods». En: Karen Spalding (ed.), *Essays on Politics and Society in Colonial Latin America*. Delaware: Department of Anthropology / University of Delaware, pp. 95-106.
1981 *Revolution and the Rebirth of Inequality. A Theory Applied to the National Revolution of Bolivia* (coautoría con Jonathan Kelley). Berkeley: University of California Press.

1979 «The Impact of the Crisis in 19th century Mining on Regional Economies: The Example of the Bolivian Yungas, 1786-1838». En: David J. Robinson (ed.), *Social Fabric and Spatial Structure in Colonial Latin America*. Syracuse: Department of Geography, pp. 315-338.
1971 «Latin America Since Independence - Bolivia». En: Charles C. Griffin y J. Benedict Warren (eds.), *Latin America. A Guide to the Historical Literature*. Austin: University of Texas Press, pp. 513-524.
1969 *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*. Cambridge: Cambridge University Press.
1968 «The Crisis of Legitimacy and the Origins of Social Revolution: The Bolivian Experience». *Journal of Inter-American Studies*, vol. x, núm. 1, pp. 102-106.
1966 «Social Constitutionalism in Latin America: The Bolivian Experience of 1938». *The Americas*, vol. xxii, núm. 3, pp. 258-276.

Knudson, Jerry W.
1986 *Bolivia, Press and Revolution, 1932-1964*. Lanham, md: University Press of America.

Ladman, Jerry R.
1982 *Modern-Day Bolivia. Legacy of the Revolution and Prospects for the Future*. Temple, Arizona: Arizona State University.

Lamberg, Roberto F.
1971 «Herbert S. Klein. *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*» (reseña). *Foro Internacional*, vol. 12, núm. 46, pp. 276–280.

Larson, Brooke
2024 *The Lettered Indian Race: Nation, and Indigenous Education in Twentieth-Century Bolivia*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press
2017 *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia. Cochabamba, 1550-1900.* La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia. [1992]
1982 *The Cotton Textile Industry of Cochabamba, 1770-1810*. West Germany: University of Bielefeld.

Machicado,Cristina; Ximena Soruco y Kurmi Soto
2019 *Vértigo liberal. Sociedad, economía y literatura en la Bolivia de entreguerras (1880-1930)*. La Paz: Carrera de Historia umsa / Instituto de Investigaciones Literarias.

Malloy, James
1989 *La revolución inconclusa*. La Paz: ceres.

Montenegro, Carlos
2016 *Nacionalismo y coloniaje. Su expresión histórica en la prensa de Bolivia.* La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional / Biblioteca del Bicentenario. [1944]

Osborne, Harold
1954 *Bolivia. A Land Divided*. London: Oxford University Press.

Patch, Richard W.
1963 «Peasantry and National Revolution: Bolivia». En: K. H. Silvert (ed.).*Expectant peoples: Nationalism and Development*. New York: Random House.

Reinaga, Fausto
(2010) *La revolución india*. La Paz: MINKA.

Rout Jr., Leslie B.
1970 *Politics of the Chaco Peace Conference 1935-1939*. Austin, Texas: University of Texas Press.

Seoane, Ana María; Alfredo Seoane Flores, María Luisa Soux y Patricia Fernández de Aponte
2024 «Derrumbe del liberalismo y emergencia de lo nacional y popular». En: Coordinadora de Historia, *Historia de Bolivia: Miradas plurales en su Bicentenario*. La Paz: Coordinadora de Historia / Plural.

Whitehead, Lawrence y Mario R. Dos Santos
1972 «El impacto de la gran depresión en Bolivia». *Desarrollo Económico*, vol. 12, núm. 45, pp. 49-80.

Zavaleta Mercado, René
2013a *50 años de historia.* En: *Obra completa*, t. II. La Paz: Plural. [1977]
2013b *Lo nacional popular en Bolivia*. En: *Obra completa*, t. II. La Paz: Plural. [1986]

# Bibliografía de Herbert S. Klein

## Libros

1968 *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco*. Traducción de Rodolfo Medrano. Revisión de Alipio Valencia Vega. La Paz: Juventud.

1993 *Orígenes de la revolución nacional boliviana. La crisis de la generación del Chaco.* Edición corregida. Introducción de Herbert S. Klein. México: Grijalbo / CONACULTA ("Claves de América Latina").

1969 *Parties and Political Change in Bolivia 1880-1952*. Cambridge: Cambridge University Press. Reimpreso en 2009. El texto inglés de Klein 1968, más el capítulo nuevo "El advenimiento de la revolución. 1943-1952" (en versión castellana, en Klein 2018b, pp. 245-282).

1981 (con Jonathan Kelley) *Revolution and the Rebirth of Inequality. A Theory Applied to the National Revolution of Bolivia*. Berkeley: University of California Press.

1982a *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*. New York: Oxford University Press. Se publicó una edición en español como: *Historia general de Bolivia* (1982). La Paz: Editorial Juventud. Una segunda edición revisada se publicó como: *Historia de Bolivia* (1991). La Paz: Editorial Juventud.

1982b (con John TePaske) *Royal Treasuries of the Spanish Empire in America, 1580-1825*. Peru, Upper Peru, Rio de la Plata and Chile. 3 vv. Durham, N. C.: Duke University Press.

1986-1988 *Ingresos y egresos de la Real Hacienda en Nueva España.* 2 vv. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

1986a (con Edmar Bacha, eds.) *Transição incompleta: Brasil desde 1945*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

1986b *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. New York: Oxford University Press.
1986c *Esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Madrid: Alianza Editorial.
1987 *Escravidão africana: América Latina e Caribe*. São Paulo: Editora Brasiliense.
1991 *Bolívia do período pré-incaico à indepéndencia*. São Paulo: Editora Brasiliense.
1993 *Haciendas and Ayllus: Rural Society in the Bolivian Andes in the 18th and 19th Centuries*. Stanford: Stanford University Press.
1994a *A imigração espanhola no Brasil*. São Paulo: Editora Sumaré / IDESP-FAPESP.
1994b *Las finanzas americanas del imperio español: 1680-1809*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa e Instituto Mora.
1995 *Haciendas y ayllus en Bolivia: La región de la Paz, siglos* XVIII *y* XIX. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1996 *La inmigración española en Brasil*. Colombres: Fundación Archivo de Indianos.
1998 *The American Finances of the Spanish Empire, 1680-1809*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
2003a (con Francisco Vidal Luna) *Slavery and the Economy of São Paulo 1750-1850*. Stanford: Stanford University Press.
2003b *A Concise History of Bolivia*. New York and Cambridge: Cambridge University Press. 2011, segunda edición revisada. 2022, tercera edición revisada y aumentada.
2006 *Evolução da sociedade e economia escravista de São Paulo, de 1750 a 1850*. São Paulo: Editôra da Universida de de São Paulo.
2007a (con Francisco Vidal Luna) *Brazil Since 1980*. New York / Cambridge: Cambridge University Press.
2007b O *Brasil desde 1980*. São Paulo: A Girafa Editora.
2007c (con Ben Vinson III) *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. New York: Oxford University Press.
2008 *La esclavitud en América Latina y el Caribe*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
2009a (con Francisco Vidal Luna y Iraci del Nero da Costa) *Escravismo em São Paulo e Minas Gerais*. São Paulo: EDUSP e Imprensa Oficial do Estado de São Paulo.
2009b (con Francisco Vidal Luna) *Slavery in Brazil*. New York / Cambridge: Cambridge University Press.
2011a *Historia de Bolivia: de los orígenes al 2010*. Traducción de Josep Barnadas. La Paz: GUM.
2011b *Escravismo no Brasil*. São Paulo: Imprensa Oficial do Estado de

São Paulo y EDUSP.

2013 *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y el Caribe*. Edición revisada. México: El Colegio de México.

2014 (con Francisco Vidal Luna) *The Economic and Social History of Brazil since 1889*. New York / Cambridge: Cambridge University Press.

2015 *Historia mínima de Bolivia*. Traducción de Lucia Rayas. México: El Colegio de México.

2017a (con Francisco Vidal Luna) *Brazil, 1964-1985. The Military Regimes of Latin America in the Cold War*. New Haven: Yale University Press.

2017b (con José Carlos Chiaramonte, eds.) *El exilio de Perón: Los documentos del Archivo Hoover*. Buenos Aires: Sudamericana.

2018a (con Francisco Vidal Luna) *An Economic and Demographic History of São Paulo 1850-1950*. Stanford: Stanford University Press.

2018b *Población y política en la historia de Bolivia*. La Paz: Gisbert. (Volumen coordinado por Clara López Beltrán).

2019 (con Francisco Vidal Luna) *Feeding the World: Brazil's Transformation into a Modern Agricultural Economy*. New York: Cambridge University Press.

2020a (con Francisco Vidal Luna) *Modern Brazil: A Social History*. Cambridge: Cambridge University Press.

2020b (con John TePaske, Álvaro Jara y Jacques Barbier) *La Real Hacienda del Imperio Español: España, México, Perú y Río de la Plata, siglos XVI-XVII*. México: Instituto Mora.

2022 (con Francisco Vidal Luna) *Social Change. Industrialization and the Service Economy in São Paulo, 1950-2020*. Stanford: Stanford University Press.

2023a (con Francisco Vidal Luna) *Brazilian Crops in the Global Market: The Emergence of Brazil as a World Agribusiness Exporter Since 1950*. London: Palgrave MacMillan.

2023b (con Francisco Vidal Luna) *Brazil: An Economic and Social History from Early Man to the Twenty First Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

### Artículos y capítulos de libros

1964 "American Oil Companies in Latin America: The Bolivian Experience". *Inter-American Economic Affairs*, vol. XVIII, núm. 2, pp. 47-62.

1965a (con Marcello Carmagnani) «Demografía histórica: la población del obispado de Santiago, 1777-1778». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, vol. XXXII, núm. 72, pp. 57-74.

1965b "David Toro and the Establishment of 'Military Socialism' in Bolivia". *Hispanic American Historical Review*, vol. XLV, núm. 1, pp. 25-52.
1965c "The Creation of the Patiño Tin Empire". *Inter-American Economic Affairs*, vol. XIX, núm. 2, pp. 3-23.
1966a "Social Constitutionalism in Latin America: The Bolivian Experience of 1938". *The Americas*, vol. XXII, núm. 3, pp. 258-276.
1966b "Sociedades esclavistas en las Américas: Un estudio comparativo". *Desarrollo Económico*, vol. VI, núm. 22-23, pp. 227-245.
1968a "German Busch and the Era of 'Military Socialism' in Bolivia". *Hispanic American Historical Review*, vol. XLVII, núm. 3, pp. 166-184.
1968b "The Crisis of Legitimacy and the Origins of Social Revolution: The Bolivian Experience". *Journal of Inter-American Studies*, vol. X, núm. 1, pp. 102-106.
1969a "The Colored Freedmen in Brazilian Slave Society". *Journal of Social History*, vol. III, núm. 1, pp. 30-52.
1969b "The Trade in African Slaves to Rio de Janeiro, 1795-1811: Estimates of Mortality and Patterns of Voyages". *Journal of African History*, vol. X, núm. 4, pp. 533-549.
1971a "The Internal Slave Trade in Nineteenth Century Brazil: A Study of Slave Importations into Rio de Janeiro in 1852". *Hispanic American Historical Review*, Vol. LI, núm. 4, pp. 567-585.
1971b "The Patterns of Settlement of the Afro-American Population in the New World". En: Nathan Huggins, Martin Kilson y Daniel M. Fox (eds.), *Key Issues in the Afro-American Experience*. New York: Harcourt, Brace & Jovanovich, pp. 99-115.
1971c "Latin America since Independence-Bolivia". En: Charles C. Griffin y J. Benedict Warren (eds.), *Latin America. A Guide to the Historical Literature*. Austin: University of Texas Press, pp. 513-524.
1971d "Prelude to Revolution". En: James Malloy y Richard Thorn (eds.), *Beyond the Revolution: Bolivia Since 1952*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp. 25-52.
1972 (con Ester Hermitte) "Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos: Belén, 1678-1869". *Instituto Torcuato Di Tella: Documento de Trabajo*, núm. 78, 46 pp.
1973a "Las finanzas del virreinato del Rio de la Plata en 1790". *Desarrollo Económico*, núm. 50, pp. 369-400.
1973b "Structure and Profitability of Royal Finance in the Viceroyalty of the Rio de la Plata in 1790". *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, núm. 3, pp. 440-469.
1973c "Slavery in Latin America". En: Joseph Tulchin (ed.), *Problems in Latin American History*. New York: Harper y Row, pp.205-211.

1974 "History of Bolivia". En: *Encyclopaedia Britannica.* 15ava edición, pp. 9-13.
1975a "Haciendas y ayllus en el Alto Perú durante el siglo XVIII: Estudio demográfico de la población Aymara en los distritos de Chulumani y Pacajes en 1786". *Desarrollo Económico*, vol. 15, núm. 59, pp. 421-444.
1975b "Hacienda and Free Community in 18th Century Alto Peru: A Demographic Study of the Aymara Population of Pacajes and Chulumani in 1786". *Journal of Latin American Studies*, vol. VII, núm. 2, pp. 193-220.
1976 "El impacto de la crisis minera sobre la sociedad rural en los primeros años de la vida republicana en Bolivia". *Historia y Cultura*, núm. 2, pp. 125-150.
1977a (con Jonathan Kelley) "Revolution and the Rebirth of Inequality: A Theory of Stratification in Post-Revolutionary Society". *American Journal of Sociology*, vol. 83, núm. 1, pp. 78-99.
1977b (con J. Kelley y R. Robinson) "Movilidad social en Bolivia rural: Comparación con los Estados Unidos". *Estudios Andinos*, vol. VIII, núm. 13, pp. 183-191.
1978a "Haciendas y ayllus en el Alto Perú durante el siglo XVIII: Estudio demográfico de la población Aymara en los distritos de Chulumani y Pacajes en 1786". En: Tulio Halperin Donghi (ed.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica: temas de historia económica y social*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
1978b "German Busch and the Era of 'Military Socialism' in Bolivia". En: Lovemen y Thomas M. Davies Jr. (eds.), *The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America.* Lincoln: University of Nebraska Press.
1979 "The Impact of the Crisis in 19th century Mining on Regional Economies: The Example of the Bolivian Yungas, 1786-1838". En: David J. Robinson (ed.), *Social Fabric and Spatial Structure in Colonial Latin America*. Syracuse: Department of Geography, pp. 315-338.
1980 "Revolution and Inequality: A Reply to Eckstein". *American Journal of Sociology*, vol. 85, núm. 4, pp. 959-964.
1980 "The Structure of the Hacendado Class in late Eighteenth Century Alto Peru: The Intendencia de La Paz". *Hispanic American Historical Review*, vol. LX, núm. 2, pp. 191-212.
1981 (con Jonathan Kelley y Robert V. Robinson) "A Theory of Social Mobility with Data on Status Attainment in a Peasant Society". En: Donald J. Treiman (ed.), *Research in Social Stratification and Mobility*. Greenwich / Connecticut: JAI Press, pp. 27-66.
1982a (con John TePaske) "The Seventeenth Century Crisis in New Spain: Myth or Reality?". *Past and Present*, vol. 90, núm. 1, pp. 116-135.

1982b "Bolivia Prior to the 1952 Revolution". En: Jerry R. Ladman (ed.), *Modern-Day Bolivia: Legacy of the Revolution and Prospects for the Future*. Tempe: Center for Latin American Studies, Arizona State University, pp. 15-62.
1982c "The State and the Labor Market in Rural Bolivia in the Colonial and Early Republican Periods". En: Karen Spalding (ed.), *Essays on Politics and Society in Colonial Latin America*. Delaware: University of Delaware Press, pp. 95-106.
1983a "Peasant Response to the Market and the Land Question in 18th and 19th Century Bolivia". *Nova Americana*, vol. v, pp. 103-133.
1983b "Reflexiones sobre la Revolución Nacional de 1952". *Historia Boliviana*, vol. III, núm. 2, pp. 155-157.
1983c "Acumulación y herencia en la elite terrateniente del Alto Perú: El caso de Don Tadeo Diez de Medina". *Histórica*, vol. VII, núm. 2, pp. 179-213.
1983d "La formación del imperio del estaño de Patiño". Versión revisada y ampliada. *Historia Boliviana*, vol. III, núm. 2, pp. 237-252.
1984a "Rentas de la Corona y Economía del Virreino de Nueva España". *Hacienda Pública Española*, núm. 87, pp. 107-134.
1984b "The Population of Minas Gerais: New Research on Colonial Brazil". *Latin American Populations History Newsletter*, vol. IV, núms. 1-2, pp. 3-7.
1984c "Últimas tendencias en el estudio de la hacienda colonial hispanoamericana". *Papeles de Economía Española*, vol. 20, pp. 39-48.
1985a "Accumulation and Inheritance among the Landed Elite of Bolivia: The Case of Don Tadeo Diez de Medina". Version revisada. *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, vol. 22, pp. 199-226.
1985b "Respuesta campesina ante las demandas del mercado y el problema de la tierra en Bolivia, siglos XVIII y XIX". Edición revisada. En: Nicolás Sánchez-Albornoz (ed.), *Población y mano de obra en América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 127-148.
1985c "La economía de la Nueva España, 1680-1809". *Historia Mexicana*, vol. XXXIV, núm. 136, pp. 561-609.
1986a "Bolivia from the War of the Pacific to the Chaco War, 1880-1932". En: L. Bethell L. (ed.), *The Cambridge History of Latin America Vol. V*. Cambridge University Press, pp. 553-586; 886-891.
1986b (con Katia M. de Queirós Mattoso y S. L. Engerman) "Trends and Patterns in the Prices of Manumitted Slaves: Bahia, 1819-1888". *Slavery and Abolition*, vol. 7, núm. 1, pp. 59-67.

1986c "Coca Production in the Bolivian Yungas in the Colonial and National Periods". En: Deborah Pacine y Christine Franquemont (eds.), *Coca and Cocaine: Effects on People and Policy in Latin America*. Boston: Cultural Survival, pp. 53-64.
1987a "Producción de coca en los Yungas durante la colonia y primeros años de la República". *Historia y Cultura*, vol. 11, pp.3-16
1987b "A demografia do tráfico atlántico de escravos para o Brasil". *Estudos Econômicos*, vol. 17, núm. 2, pp. 129-150.
1987c "Un continente di schiavi". En: Valerio Castronovo y Enrico Castelnuovo (eds.), *Europa moderna. La disgregazione dell'Ancien Régime*. Milano: Banca Nazionale del Lavoro, pp. 521-527.
1987d "El crecimiento de la población forastera en el siglo XIX boliviano". En: Olivia Harris, Brooke Larson y Enrique Tandeter (eds.), *La participación indígena en los mercados surandinos*. La Paz: CERES, pp. 559-582.
1988 "Últimas tendencias en el estudio de la hacienda colonial hispanoamericana". Versión revisada. *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, vol. III, núm. 2, pp. 111-124.
1988a "Research Access and Equity in the Social Sciences between the United States and Latin America". En: S. Gopinathan, W.K. Cummings y G. Shive (eds.), *North-South Scholarly Exchanges: Access, Equity and Collaboration*. London: Mansell Press, pp.77-83.
1988b (con Jacques Barbier) "Recent Trends in the Study of Spanish American Colonial Public Finance". *Latin American Research Review*, vol. XXIII, núm. 1, pp. 35-62.
1988c "Ayllus y haciendas en el mercado boliviano en los siglos XVIII y XIX". *Cuadernos Simón Rodríguez*, núm. 12. Buenos Aires: Biblos.
1989a "La estructura de las haciendas en Bolivia a fines del siglo XIX: las provincias del norte del Lago Titicaca". *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, vol. 4, pp. 115-128.
1989b "La integración social y económica de inmigrantes españoles en Brasil". *Revista de Historia Económica*, vol. VII, núm. 2, pp. 439-457.
1989c "A oferta de muares no Brasil Central: O mercado de Sorocaba, 1825- 1880". *Estudos Económicos*, vol.19, núm. 2, pp. 347- 372.
1990a "The Distribution of Landed Wealth in Late 19th Century Bolivia: The Hacendados of the Department of La Paz in 1881-1882". En: Mats Lundhal yThommy Svensson (eds.), *Agrarian Society in History: Essays in Honor of Magnus Mörner*. London: Routledge, pp.71-88.

1990b (con Stanley Engerman) "Methods and Meanings in Price History". En: Lyman Johnson y Enrique Tandeter (eds.), *Growth and Integration in the Atlantic Economy: Essays on the Price History of Eighteenth-Century Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 9-20.

1990c "Ayllus y haciendas en el mercado boliviano en los siglos XVIII y XIX". En: Daniel Santamaría (*et al.*), *Estructuras sociales y mentalidades en América Latina, siglos XVII y XVIII*. Buenos Aires: Fundación Simón Rodríguez / Editorial Biblos, pp. 87-145.

1991a (con Francisco Vidal Luna) "Slaves and Masters in early Nineteenth Century Brazil: São Paulo". *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XXI, núm. 4, pp. 549-573.

1991b "Las Economías de Nueva España y Perú, 1680- 1809: La visión a partir de las Cajas Reales". En: Heraclio Bonilla (ed.), *El sistema colonial en la América Española*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 154-217.

1991c "La estructura de las haciendas en Bolivia a fines del siglo XIX: las provincias del norte del Lago Titicaca". *Data. Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos*, núm.1, pp.51-60.

1992a "Métodos y significados en la historia de precios". En: Lyman Johnson y Enrique Tandeter (eds.), *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 17-30.

1992b (con Stephen Haber) "As consequencias econômicas da independencia brasileira". *Novos Estudos*, núm. 33, pp. 236-248.

1992c (con Clotilde Paiva) "Escravos e livres nas Minas Gerais do século XIX: Campanha em 1831". *Estudos Económicos*, vol.22, núm. 1, pp. 129-151.

1992d "La Revolución Nacional, 1952-1954". *Data. Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos*, vol. III, pp. 9-23.

1994 "Fiscalidad real y gastos de gobierno: El virreinato del Perú, 1680-1809". Instituto de Estudios Peruanos, *Documento de Trabajo*, núm. 66.

1995a "The Great Shift: the Rise of Mexico and the Decline of Peru in the Spanish American Colonial Empire, 1680-1809". *Revista de Historia Económica*, vol. XIII, núm.1, pp. 35-62.

1995b "A Participação Política no Brasil do século XIX: Os votantes de São Paulo em 1880". *Dados. Revista de Ciéncias Sociais*, vol. 38, núm. 3, pp. 527-544.

1995c "Bolivia". En: Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, vol XI. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 455-462

1996a "Recent Trends in Bolivian Studies". *Latin American Research Review*, vol. 31, núm.1, pp. 162-170.

1996b (con Clotilde Paiva) "Freedmen in a Slave Economy: Minas Gerais in 1831". *Journal of Social History*, vol. 29, núm. 4, pp. 933-962.

1996c "Impuestos reales, gastos gubernamentales: La Audiencia de Charcas, 1680-1809". *Data*, vol. VII, núm. 6, pp.23-54.

1996d "La estratificación interna dentro de las comunidades indígenas: los Ayllus de Bolivia en el siglo XIX". En: Heraclio Bonilla y Amado A. Guerrero Rincón (eds.), *Los pueblos campesinos de las Américas. Etnicidad, cultura e historia en el Siglo* XIX. Santander: Universidad Industrial de Santander, pp. 43-61.

1998 "The Bolivian National Revolution of 1952". En: Jack Goldstone (ed.), *The Encyclopaedia of Political Revolutions*. Washington D. C.: Congressional Quarterly, pp. 44-46.

1999a "Las finanzas reales en el Rio de la Plata, 1630-1809". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia / Editorial Planeta, pp.13-30.

1999b "Migração internacional na historia das Américas". En: Boris Fausto (ed.), *Fazer a América: A imigração em massa para América Latina*. São Paulo: EDUSP / Memorial / FUNAG, pp. 13-32.

2000a (con Francisco Vidal Luna) "Free Colored in a Slave Economy: The Case of São Paulo and Minas Gerais, 1829-1830". *Hispanic American Historical Review*, vol. 80, núm. 4, pp. 913-941.

2000b (con Francisco Vidal Luna) "Características da população em São Paulo no início do século XIX". *População e Familia*, vol. 3, pp. 71-92.

2000c "Origin and Volume of Remissions of Royal Tax Revenues from the Viceroyalties of Peru and New Spain". En: Antonio Miguel Bernal (ed.), *Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica*. Madrid: Marcial Pons, pp. 269-292.

2001a (con Francisco Vidal Luna) "Nota a respeito de medidas para grãos utilizadas no período colonial e as dificuldades para sua conversão ao sistema métrico". *Boletim de História Demográfica*, vol. VIII, núm. 21, pp. 1-3

2001b (con Francisco Vidal Luna) "Observações a respeito dos preços agrícolas em São Paulo (1798/1836)". *Boletim de História Demográfica*, vol. VIII, núm. 21, pp. 3-5.

2003a "Social Change in Bolivia Since 1952". En: Pilar Domingo y Merille Grindle (eds.), *Proclaiming Revolution: Bolivia in Comparative Perspective*. Boston: Center for Latin American Studies) / Harvard University Press / University of London Latin American Institute, pp. 232-258.

2003b (con Daniel C. Schiffner) "El origen de los Amerindios: Debates Actuales". *Revista de Indias* (número especial sobre historia demográfica en honor a Woodrow Borah, editado por Nicolás Sánchez-Albornoz), vol. LXIII, núm. 227, pp. 19-30.

2004 (con Francisco Vidal Luna) "Slave Economy y Society in Minas Gerais and São Paulo, Brazil in 1830". *Journal of Latin American Studies*, núm. 36, pp. 1-28.

2006a "La historia cuantitativa en América Latina". En: E. C. Rezende Martins y Héctor Prérez Brignolli (eds.), *Historia de América Latina*, vol. IX. Madrid: UNESCO, pp. 91-102.

2006b (con Gustavo Prado) "La Revolución Nacional y su impacto en el Banco Central de Bolivia". En: *Historia Monetaria de Bolivia-Siglo* XX*: Los siete momentos capitales en los 77 años de historia del* BCB. La Paz: Banco Central de Bolivia, pp. 125-181.

2006c "The Old Social History and the New Social Sciences". *Journal of Social History*, vol. 39, núm. 3, pp. 935-944.

2009a "American Slavery in recent Brazilian scholarship; with emphasis on Quantitative Socio-economic Studies". *Slavery and Abolition*, vol. 30, núm. 1, pp. 113-135.

2009b "Ethnic Politics and Political Mobilization in Bolivia". En: Christine Hunefeldt y Misha Kokotovic (eds.), *Power, Culture and Violence in the Andes*. Brighton: Sussex Academic Press, pp.145-157.

2010a (con Francisco Vidal Luna) "Escravidão africana na produção de alimentos. São Paulo no século 19". *Estudos Econômicos*, vol. 40, núm. 2, pp. 295-317.

2010b "La emigración de los Latinoamericanos a España y los Estados Unidos. Un estudio comparativo". *Historia y Política*, núm. 22, pp. 15-53.

2011a "The Historical Background to the Rise of MAS, Bolivia 1952-2005". En: Adrian Pearce (ed.), *Evo Morales and the Movimiento al Socialismo in Bolivia: The First Term in Context, 2006-2010*. London: Institute of the Americas, pp. 27-61.

2011b "La evolución de la población latinoamericana después de las guerras de Independencia". En: Heraclio Bonilla (ed.), *La cuestión colonial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 537-568.

2014a (con Francisco Vidal Luna y William Summerhill) "A agricultura paulista em 1905". *Estudos Econômicos*, vol. 44, núm. 1, pp. 153-184.

2014b (con Francisco Vidal Luna) "Creando un estado de bienestar en un régimen autoritario: el caso de Brasil". *Revista Economía y Política*, vol. 1, núm. 1, pp. 31-78.

2014c (con José Alejandro Peres-Cajias) "Bolivian Oil and Natural Gas under State and Private Control, 1920-2010". *Revista de Estudios Bolivianos*, núm. 20, pp. 141-164.
2016 "The First Americans: The Current Debate". *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 46, núm. 4, pp. 543-561.
2018 "La Seguridad Nacional y la destrucción de los regímenes democráticos en América Latina". *Políticas de la Memoria*, núm. 18, pp. 49-63.
2019a (con Sergio Serrano) "Was there a 17th century crisis in Spanish America?". *Revista de Historia Económica*, vol. 37, núm. 1, pp. 43-80.
2019b (con Francisco Vidal Luna) "Transformações da Agricultura Brasileira desde 1950". *História Econômica & História de Empresas*, vol. 22, núm. 2, pp. 277-307.
2021a "International Migrations to Latin America and the Caribbean until 1820". En: Rafael Dobado-González y Alfredo García-Hiernaux (eds.), *The Fruits of the Earl Globalization: An Iberian Perspective*. London: Palgrave, MacMillan, pp. 69-93.
2021b "History and the Study of Inequality". *Journal of Interdisciplinary History*, vol. LI, núm. 3, pp. 429-411.
2021c (con Francisco Vidal Luna) "The Growth of the Soybean Frontier in South America: The Case of Brazil and Argentina". *Revista de Historia Económica*, vol. 39, núm. 3, pp. 427-468.
2022a (con Francisco Vidal Luna) "The Development of a Modern Cellulose Industry in South America". *Latin American Research Review*, vol. 57, núm. 4, pp. 753-774.
2022b (con Francisco Vidal Luna) "Dinâmica da atividade agrícola até meados do século XIX". *Revista da* USP, vol. 132, núm. 1, pp.17-36.
2022c (con Francisco Luna, Lélio Luiz de Oliveira y Renato Leite Marcondes) "Dinâmica comparada: fluxos dos escravizados africanos em São Paulo, Minas Gerais e Maranhão (1804-1848)". *Revista Brasileira de Estudos de População*, núm. 39, pp. 1-26.
2022d (con Francisco Vidal Luna) "The emergence of Brazil as the Leading World Exporter of Chicken Meat". *Historia Agraria de America Latina*, vol. 3, núm. 2, pp. 75-99.
2022e (con Francisco Vidal Luna) "The Impact of the Rise of Modern Maize Production in Brazil and Argentina". *Historia Agraria*, vol. 86, pp. 1-38.
2023a (con Francisco Vidal Luna) "The Evolution of Brazilian Cotton Production". *América Latina en la Historia Económica*, vol. 30, núm. 2, pp. 1-35.

2023b (con Francisco Vidal Luna) "The Evolution of Brazil as a Major World Sugar and Ethanol Producer". *Economic History of Developing Regions*, vol. 38, núm. 3, pp. 256-280.
2023c (con Francisco Vidal Luna) "A Evolução da Pecuária no Brasil". *História Econômica & História de Empresas*, vol. 26, núm. 3, pp. 561-598.
2024a "Current Debates about the Colonial Economy and Government from the Spanish Royal Treasury Records". *Hispanic American Historical Review*, vol. 104, núm. 3, pp. 213-242.
2024b (con Francisco Vidal Luna) "The Complex Evolution of Wheat Production in Brazil". *Historia Agraria*, vol. 93, pp. 1-25.
2024c (con Francisco Vidal Luna) "The population and household structure of a provincial capital: São Paulo, 1804 to 1829". *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, núm. 128, pp. 15-70.

## Entrevistas

1993 Entrevista con Gustavo Prado. *Datos*, núm. 4, pp.167-180.
1996 *Revista de Humandidades y Ciencias Sociales* de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, vol. 2, núm. 1, pp. 135-154.
2015 Entrevista con Ximena Medinacelli, "Herbert Klein: La etnohistoria boliviana es probablemente la más avanzada en América Latina". *Revista Tinkazos*, vol. 18, núm. 37, pp. 31-34.
S/f. Entrevista con Sandro D. Velarde. *Medios y mediaciones*, TVU.

# Bibliografía sobre Herbert S. Klein


Ackerman, Edwin F.
2022 *Origins of the Mass Party Dispossession and the Party-Form in Mexico and Bolivia*. Oxford: Oxford University Press.

Acosta Rodríguez, Antonio
1984 "Reseña de *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*". *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 28, pp. 173-191.

Albó, Xavier y Josep Barnadas
1990 *La cara india y campesina de nuestra historia*. La Paz: UNITAS / CIPCA.

Ameringer, Charles D.
1992 *Political Parties of the Americas, 1980s to 1990s: Canada, Latin America, and the West Indies*. Westport, Connecticut / London: Greenwood Press.

Andrade, Everaldo de Oliveira
2007 *A Revolução Boliviana*. São Paulo: Editora UNESP.

Carter, William E.
1983 "Reseña de *Bolivia: The Evolution of a Multi-Ethnic Society*". *Hispanic American Historical Review*, vol. 63, núm. 1, pp. 189–191.

Catepillán Tessi, Tomás
2017 "Reseña de *Historia mínima de Bolivia*". *Historia mexicana*, vol. 67, núm. 2, pp. 1027-1031.

Chen Charpentier, Jorge
1972 *El reformismo militar boliviano entre 1935 y 1952 y su interrelación con el* MNR *(1942-1952)*. Tesis. Colegio de México.

Coordinadora de Historia (Bolivia)
2024 *Historia de Bolivia: Miradas plurales en su Bicentenario*. La Paz: Coordinadora de Historia / Plural.
2015 *Bolivia: Su historia*. Tomo v. La Paz: Coordinadora de Historia / La Razón.

Dunkerley, James
2013 "The Bolivian Revolution at 60: Politics and Historiography". *Latin American Studies*, vol. 45, núm. 2, pp. 325-350.
2003 *Rebelión en las venas*. Traducción de Rose Marie Vargas Jastram. La Paz: Plural.
1984 *Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia, 1952-1982*. London: Verso.

Eckstein, Susan
1978 "Comment on 'Revolution and the Rebirth of Inequality' by Kelley and Klein". *American Journal of Sociology*, vol. 84, núm. 3, pp. 724-727.

Gallego, Ferrán
1993 "La política económica del 'socialismo militar' boliviano". *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 50, núm. 1, pp. 213-234.

Gallo, Carmenza
1991 *Taxes and State Power: Political Instability in Bolivia, 1900-1950*. Philadelphia: Temple University Press.

Gildner, R. Matthew
2012 *Integrating Bolivia: Revolution, Race, Nation, 1952-1964*. Disertación PhD. University of Texas at Austin.

Gordillo, José
2000 *Campesinos revolucionarios en Bolivia: Identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964*. La Paz: PROMEC / Universidad de la Coordillera / Plural / UMSS.

Halperin Donghi, Tulio
2013 *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza. [1969].
1978 "Introducción". En: Tulio Halperin Donghi (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 9-13.

Irurozqui, Martha
2019 "*A bala, piedra y palo*". *La construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional-Biblioteca del Bicentenario. [2000]

Knudson, Jerry W.
1970 "Reseña de *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*". *The Americas*, vol. 27, núm. 2, pp. 207-208.
1986 *Bolivia, Press and Revolution, 1932-1964*. Lanham: University Press of America.

Lamberg, Roberto F.
1971 "Reseña de *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*". *Foro Internacional*, vol. 12, núm. 46, pp. 276–280.

Larson, Brooke
2024 *The Lettered Indian Race: Nation, and Indigenous Education in Twentieth-Century Bolivia*. Durham / London: Duke University Press.

MacLeod, Murdo J.
1970 "Reseña de *Parties and Political Change in Bolivia 1880-1952*". *The Hispanic American Historical Review*, vol. 50, núm. 4, pp. 802–804.

Malloy James
1989 *Bolivia: la revolución inconclusa*. Traducción de Rose Marie Vargas. Bolivia: CERES.

Mesa, José, Teresa Gisbert y Carlos Mesa
2019] *Historia de Bolivia*. La Paz: Gisbert. [1997

Molina, Eduardo
2022 *Revolución obrera en Bolivia: 1952*. Buenos Aires: IPS.

Munch, Francis J.
1970 "Reseña de *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*". *Revista de Historia de América*, núm. 70, pp. 513–517.

Niebuhr, Robert
2018 "The Road to the Chaco War: Bolivia's Modernisation in the 1920s". *War & Society*, vol. 37, núm. 2, pp. 91–106.

Rivera Cusicanqui, Silvia
1984 *Oprimidos pero no vencidos: Luchas del campesinado aymara y qwechwa, 1900-1980*. La Paz: UNRISD / HISBOL / CSUTCB.

Rout, Leslie B.
1970 *Politics of the Chaco Peace Conference 1935-1939*. Austin / London: University of Texas Press.

Siekmeier, James
2017 *Latin American Nationalism Identity in a Globalizing World*. London / New York: Bloomsbury Publishing.
2011 *The Bolivian Revolution and the United States, 1952 to the Present*. University Park: Penn State University Press.

Soliz, Carmen
2021 *Fields of Revolution: Agrarian Reform and Rural State Formation in Bolivia, 1935-1964*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
2022 *Campos de Revolución: Reforma agraria y formación del Estado en Bolivia, 1935-1964*. La Paz: Plural.

Whitehead, Laurence
1991 "Bolivia since 1930". En: L. Bethell L (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, vol. VIII. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 509-586.

Whitehead, Lawrence
1972 "El impacto de la gran depresión en Bolivia". *Desarrollo Económico*, vol. 12, núm. 45, pp. 49-80.

Zapata, Francisco
2020 "Reseña de *Historia mínima de Bolivia*". *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 82, núm.1, pp. 232-238.

Zavaleta Mercado, René
2013 *Lo nacional popular en Bolivia*. En: *Obra Completa*, tomo II. La Paz: Plural. [1986]

# Sobre esta edición

La presente edición se ha basado en la edición de *Orígenes de la revolución nacional boliviana: la crisis de la generación del Chaco* (1993), publicada por Grijalbo. El trabajo de edición ha consistido en corregir erratas evidentes, así como ciertos desfases entre la edición en español y la edición en inglés. Se ha modernizado la ortografía y la puntuación. Asimismo, se ha revisado la coherencia en la redacción, dado que algunas oraciones presentaban una estructura que sugería una traducción literal del inglés, lo que afectaba la claridad del mensaje. Por ello, se han realizado los ajustes necesarios para garantizar una redacción más precisa y natural en español.

# Orígenes de la revolución nacional boliviana

## La crisis de la generación del Chaco

*A Raquel*

# Introducción a la presente edición*

Ya han pasado cuarenta años desde la revolución de abril de 1952, y aproximadamente treinta desde que escribí este libro. Mis impresiones, y las del pueblo, sobre la revolución nacional de abril de 1952 se han transformado profundamente desde ese entonces. Cuando por primera vez llegué a Bolivia, en 1959, la etapa revolucionaria de los gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) llegaba a su fin, pero existía todavía la creencia generalizada de que aún podían lograrse muchas cosas. Los años siguientes han modificado este entusiasmo inicial, reflejado en mi introducción original, y han traído, por un lado, una visión más madura de las limitaciones de la revolución nacional y, paradójicamente, por otro, un reconocimiento de los profundos cambios suscitados en la sociedad boliviana como resultado de las consecuencias intencionales y no intencionales de esta revolución.

Actualmente, se está de acuerdo con que la reforma agraria de 1953 fue, por mucho, el acto más importante de los regímenes revolucionarios. Aunque investigaciones académicas recientes han subrayado la importancia de las comunidades indígenas, incluso después de que se las privara de derechos civiles en 1874, y de su rechazo activo hacia la expansión de haciendas, durante la década de los cincuenta, sigue siendo cierto que la eliminación de la clase terrateniente en los centros de densa población indígena, en el altiplano, puso en movimiento una reestructuración significativa del orden social boliviano. La clase de los hacendados, a menudo de origen reciente, fue el factor dominante en el mundo rural que, en ese

* Traducción, Cecilia Olivares.

entonces, contenía a la mayoría de la población del país. Por primera vez, desde la conquista, las masas campesinas tenían la posibilidad de desarrollar una vida autónoma en lo económico, social y, sobre todo, político.

La reforma agraria no fue un triunfo absoluto para las masas campesinas, ya que dejó sin resolver problemas enormes relacionados con la propiedad de la tierra, por un lado, y con demandas encontradas entre las excomunidades y los peones residentes de muchas haciendas, por otro. Trajo consecuencias negativas para comunidades que aún conservaban sus tierras y un gobierno autónomo. Finalmente, la reforma agraria no tuvo mucha influencia en las regiones poco pobladas de Santa Cruz ni en los valles de las tierras bajas de la zona oriental del país, durante la etapa posterior a la reforma, lo que dio lugar a la evolución de latifundios y agroindustrias en estas regiones. Pero la reforma sí legitimó la organización sindical de las comunidades y creó organizaciones campesinas regionales y nacionales poderosas. Estas organizaciones, cuyas acciones generaron el interés del gobierno por las masas rurales, tardaron muchos años en encontrar su voz. En varias ocasiones se aliaron con los regímenes militares del periodo 1964-1970, en acciones contra los mineros y la clase trabajadora urbana. Pero en las dos últimas décadas, finalmente, han logrado estar a la cabeza de la federación laboral nacional y expresar una posición política mucho más sofisticada y autónoma, con el resultado de que se ha producido un cambio en el compromiso del gobierno hacia sus intereses y preocupaciones.

El surgimiento de la fuerza económica y política de las masas campesinas fue solo uno de los aspectos del impacto de la revolución nacional de 1952. Durante la primera presidencia de Víctor Paz Estenssoro (1952-1956), la acción más ostensiblemente revolucionaria fue la nacionalización de las minas de estaño y el establecimiento de un cogobierno con los trabajadores para la administración de la nueva empresa estatal, COMIBOL. El otorgamiento de un tremendo poder político y económico a los mineros parecía presagiar el advenimiento de un régimen socialista. Pero el posterior desplome de la economía nacional y la necesidad de depender de la ayuda estadounidense, cortó este potencial revolucionario antes de que floreciera. Durante el gobierno militar radical de Juan José Torres (1970-1971), aparecería de nuevo este potencial, bajo la participación de la federación laboral nacional, la Central Obrera Boliviana (COB), en la llamada Asamblea Popular, que remplazó temporalmente al gobierno central, como una especie de *soviet* de los trabajadores. Pero, para ese entonces, el deterioro progresivo de la fuerza laboral sindicalizada, urbana y minera, y su alejamiento de las masas campesinas eran tales, que la derrota no

se hizo esperar. A pesar de que en esa época la coparticipación de los trabajadores parecía representar el experimento más radical de este tipo en América Latina, desde la revolución mexicana, fue un experimento que estaba condenado al fracaso, debido a que la mayor parte de los líderes del MNR eran blancos de clase media.

Pero así como el desplome económico de mediados de los años cincuenta obligó a la reorganización de la COMIBOL según lineamientos capitalistas, liquidando de ese modo la fuerza potencial de los trabajadores mineros organizados, provocó también un cambio profundo en la sociedad nacional. El impacto combinado del desmoronamiento de la clase terrateniente y la hiperinflación, virtualmente, destruyó a las antiguas clases altas y medias. Aunque emergería una nueva clase media, estrechamente ligada al gobierno, y todavía bastante blanca; esta no tenía la fuerza para dominar, a la vez, al mundo urbano y al rural, como la élite tradicional anterior a 1952. La sociedad rural de Bolivia quedó en manos de una nueva clase mercantil dominada por los cholos (como se llama a los mestizos en Bolivia). Este grupo, bilingüe y que inclusive conserva su vestimenta tradicional (una mezcla de elementos indígenas y blancas), se ha vuelto, lenta, pero, resueltamente, la clase más dinámica de la sociedad boliviana en las últimas dos décadas. Aunque la nueva clase media europeizada dominó en el periodo posterior al *boom* de la OPEP, durante los regímenes autoritarios de Hugo Banzer y sus sucesores, el retorno de la hiperinflación y la eliminación de la industria minera del estaño, durante los primeros años de la década de 1980, debilitaron seriamente su posición hegemónica. Como consecuencia, la élite chola comienza a perfilarse como un retador poderoso, a la vez que retiene todas sus normas culturales tradicionales. Los cholos, que ya son universitarios, ya ganan puestos políticos y obligan al gobierno central a incorporarlos, junto con sus demandas, al régimen político nacional.

Al hacer una recapitulación, descubrimos que entre las reformas del MNR la menos interesante, y la que menos éxito tuvo, fue la nacionalización de las minas de estaño, cuyo producto en esa época representaba dos tercios del valor de las exportaciones bolivianas. Como demostró el economista boliviano Walter Gómez, en su excelente estudio sobre la industria minera, si el Estado hubiera gravado a la industria privada, habría generado mayor riqueza para sí mismo que la que generó con la nacionalización. Los tres grandes «amos del estaño» (Patiño, Aramayo y Hochschild), temiendo anticipadamente la nacionalización, habían descapitalizado sus industrias. Por otro lado, Bolivia se convertía en un productor con costos muy altos, en un mundo en el que bajaban los

precios del estaño y la minería de acarreo surgía como una alternativa barata. A pesar de una enorme inversión de capital, las minas se vinieron abajo una a una, hasta que, a principios de los ochenta, Bolivia dejó de ser el principal productor de estaño de América Latina; Brasil ocupaba ya el primer lugar. Los intentos por refinar los metales crudos bolivianos dentro del país también fallaron y, como resultado, el mismo Víctor Paz Estenssoro, en su tercer periodo presidencial, decidió aceptar lo inevitable y desmanteló casi totalmente la COMIBOL, a mediados de la década.

En cuanto al legado político de la revolución nacional de 1952, su interpretación resulta más complicada que la de sus efectos sociales y económicos. Aunque el MNR intentó construirse a sí mismo como partido dominante, basado en la representatividad corporativa y de clase, a semejanza del modelo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano, demostró ser incapaz de conducir en la práctica esta gran coalición. El ejército, que había sido reformado totalmente y era comandado por una nueva clase de oficiales dominada por el MNR, escapó pronto del control del partido. Las clases medias tradicionales, afectadas gravemente por la hiperinflación de los primeros años de la revolución, abandonaron el MNR y se aliaron, en un principio, con la Falange boliviana. A pesar de que el MNR aplastó a este partido, las clases medias no volvieron nunca al Movimiento. En vez de ello, buscaron la representación en una amplia serie de partidos cristianos y liberales y, a la larga, encontraron refugio en una extraña amalgama de movimientos que se unieron alrededor del liderazgo del general Hugo Banzer. Un nuevo grupo de propietarios de minas y tecnócratas capacitados en las universidades emergieron del régimen autoritario de Banzer en los años posteriores al auge de la OPEP. Aunque las fuerzas populares democráticas pusieron término a dicho régimen, más tarde, el expresidente Banzer emergió, por su propio derecho, como un líder civil democrático. El único grupo que se mantuvo leal al MNR fue, por supuesto, el de los campesinos, pero lo abandonó de buena gana cuando los regímenes militares populistas le prometieron su apoyo. A pesar de todo, cuando se retornó a un gobierno civil, fueron las masas rurales las que llevaron a Paz Estenssoro nuevamente a la presidencia, bajo el viejo lema de lealtad a la reforma agraria.

Aunque los partidos que proporcionaron estabilidad al escenario político, en los primeros años de la década de los ochenta, se dividían convenientemente en izquierda, centro y derecha, en realidad, existe una mínima diferencia, hoy en día, entre los diversos partidos formales. Los experimentos radicales del primer gobierno del MNR y los del gobierno de Torres exploraron algunas de las propuestas principales del pensamiento

latinoamericano nacionalista y de izquierda. Al mismo tiempo, la realidad social de Bolivia obligó a los partidos de izquierda, que tenían sus bases en las ciudades y habían intentado crear una alianza revolucionaria con los trabajadores mineros y urbanos de habla española, a repensar sus planteamientos. Ningún partido de izquierda puede sobrevivir en Bolivia si no toma en cuenta a los campesinos y acepta, de entrada, su identidad multilingüe. Finalmente, los dos asaltos brutales de hiperinflación, que sufrió el país en un periodo de treinta años, crearon una demanda desesperada de estabilidad económica, aun a costa del crecimiento económico. A pesar de que el MIR y el MNR se inclinan, obviamente, más hacia la izquierda en varias cuestiones sociales, sus propuestas no son muy diferentes a las del grupo de Banzer.

Así, a comienzos de la década de los noventa, el escenario político boliviano, dominado por tres agrupaciones políticas, ofrece un panorama muy complejo. Las clases alta y media, ambas blancas, y parte de los grupos urbanos apoyan al partido tecnocrático de Hugo Banzer; la antigua izquierda del MNR se ha aglutinado en un partido de izquierda, bajo el mando del MIR; y, por otro lado, está el elemento central reconstituido del antiguo MNR. Este último agrupa a una sección importante de los sindicalistas campesinos, a la mayoría de la clase trabajadora urbana y a elementos de la clase media. Esta amalgama actual no es, sin embargo, totalmente estable. Con el crecimiento de las demandas de los cholos, ha surgido un nuevo grupo de líderes populistas, sin ninguna ligazón con los movimientos tradicionales, que exigen reformas culturales y un poder más directo para sus partidarios cholos.

En conclusión, uno podría preguntarse si la revolución nacional afectó las vidas cotidianas de la masa de la población, de esta sociedad tan increíblemente pobre. La respuesta es afirmativa, el MNR y los gobiernos subsecuentes revolucionaron el sistema educativo de Bolivia y alfabetizaron a la mayoría de la población. La construcción masiva de un sistema moderno de carreteras enlazó, en un mercado común, a gran parte de la nación, lo que se tradujo en una mayor riqueza para el campo y en el acceso a los niveles mínimos de salud para toda la población. Aunque Bolivia sea, todavía, una de las naciones más pobres de América, ello no niega el hecho de que, como resultado de la revolución nacional de 1952, muchas cosas han cambiado para los bolivianos.

*Herbert S. Klein*
México, mayo de 1992

# Prefacio

Cualquiera que sea la interpretación de la dirección fundamental de la revolución nacional boliviana de 1952, nadie puede negar su tremendo impacto en la historia de Bolivia. De tanta importancia como la Conquista, la Independencia o el descubrimiento del estaño, la revolución nacional boliviana ha reformado profundamente las instituciones nacionales y creado una nueva era en el desarrollo social, económico y político de la república. Esta revolución ha destruido a una élite tradicional feudalista y ha abolido su poderío económico. Ha liberado a las masas campesinas indígenas y, por un tiempo breve, incluso colocó a las clases obreras, mineras y urbanas, junto a los centros del poder político.

Reconocidamente, la revolución fue un lance incompleto. Aunque destruyó a una élite, no reorganizó por completo la vida política nacional, y el caos de la destrucción revolucionaria aún no conduce a un nuevo orden político estable. Tampoco, por la abolición incompleta de los derechos de propiedad y el surgimiento de nuevas élites adineradas, fundamentalmente, ha alterado la estructura de clase de la sociedad urbana. Sin embargo, destruyó el feudalismo rural, una oligarquía que había oprimido a la sociedad prerrevolucionaria, y efectivamente liberó a las masas indígenas rurales –que representaban la mayoría de la nación– de su condición de servidumbre. En este sentido, la revolución nacional boliviana compartió más las cualidades de la revolución francesa que de la revolución rusa, puesto que destruyó las instituciones feudales y llevó a la nación más hondamente hacia la corriente de la sociedad moderna, sin destruir el orden normal de las clases.

Ahora que la revolución nacional está en su curso y la nación ha ingresado a una nueva era de reorganización termidoriana, es tiempo

para intentar un análisis del sistema prerrevolucionario y de las causas de su colapso. Como en cualquier levantamiento de esta magnitud, la revolución nacional boliviana de 1952 fue precedida por un largo periodo de descomposición de los fundamentos básicos del viejo orden y por el surgimiento de un dirigente revolucionario capaz de derrocar a ese régimen. Mi interés en estudiar el periodo comprendido entre 1920 y 1943 ha sido el de describir este proceso de crecimiento y decadencia revolucionaria, que empezó en la década de 1920 y se completó a principios de la década de 1940. El tema central de este periodo, por supuesto, está en el impacto de la guerra del Chaco sobre la sociedad boliviana. Todos están de acuerdo con que la derrota sufrida por Bolivia en su guerra con el Paraguay, desde 1932 hasta 1935, destruyó los fundamentos del viejo orden e inició el proceso revolucionario. Pero, para precisar este impacto, pocos han intentado presentar una evaluación cuidadosa y documentada.

Es mi intención llevar a cabo un detallado estudio económico, social y, sobre todo, un análisis político del impacto de la guerra del Chaco sobre la tradicional sociedad boliviana. Por esta razón, he creído necesario detallar la estructura básica de la sociedad boliviana de preguerra, así como la crónica del colapso de su estructura y el surgimiento de una nueva era revolucionaria.

Para este trabajo y búsqueda de documentos, he contado con el apoyo de numerosos amigos y eruditos bolivianos, y particularmente deseo expresar mi profundo agradecimiento al personal de la Biblioteca Municipal Mariscal Andrés de Santa Cruz, de La Paz, por colaborar en la búsqueda de periódicos bolivianos. También deseo agradecer al señor Guillermo Lora por permitirme el uso de su excelente archivo personal; al doctor Ismael Montes por su consistente ayuda y al señor Rafael Urquizo por su cooperación para editar este libro. Finalmente, deseo expresar mi gratitud a las muchas personas que permitieron que las entrevistara.

A lo largo de la preparación de este libro, he tenido la permanente ayuda y crítica del profesor Bernardo Blanco-González, excatedrático de la Universidad Mayor de San Andrés, y ahora de la Universidad de Chicago. También tuve el bondadoso apoyo, en los muchos años de la preparación de este libro, del profesor Charles Arnade, de la Universidad de Florida del Sur, quien igualmente me compartió su amplio conocimiento de la política e historia de Bolivia. En toda mi labor, mi esposa ha sido una directora y crítica perceptiva, y este manuscrito se debe en mucho a su invalorable ayuda.

Mis viajes de investigación a Bolivia fueron financiados por los miembros de la Henry Land and Doherty Foundation, de Princeton, lo que me

permitió permanecer un año en Bolivia, desde diciembre de 1960 hasta diciembre de 1961, y posteriormente otros tres meses en el verano de 1963, con la ayuda de la Fulbright Travel Grant y la Harris Foundation, de la Universidad de Chicago.

*Herbert S. Klein*

# I
# Establecimiento del sistema de partidos políticos

En las postrimerías de las grandes guerras de la Independencia sudamericana, un grupo de diputados se reunió en la ciudad andina de Chuquisaca para decidir la suerte de su región. Mientras las tropas de Bolívar derrotaban a los últimos restos del ejército real en las provincias del Bajo Perú, los representantes del Alto Perú decidieron declararse república independiente. El 6 de agosto de 1825 proclamaron solemnemente «a la faz de la tierra entera, que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos [...] y el sostén inalterable de su santa religión católica, y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad».[1]

Sobre esas frases elocuentes nació la República de Bolivia, con las provincias que habían formado la antigua Audiencia de Charcas; pero pese a sus intenciones y a la sangre que se derramó, la declaración de la Independencia no fue más que un asunto anticlimático, porque el Estado que emergió no fue esencialmente distinto de su predecesor. La oligarquía que había gobernado antes seguía siendo la misma, aunque ya no era responsable de sus acciones ante una corona distante.[2]

Las esperanzas de estas oligarquías republicanas, para continuar con las glorias del pasado en los moldes de la nueva república, fueron frustradas, pues la nación que había surgido, después de quince años de guerra civil en las altas planicies andinas, fue paradójicamente establecida en una región económicamente rezagada a pesar de su legendaria riqueza y prominencia colonial. La República de Bolivia, divorciada de sus originales provincias aliadas del Bajo

1 Malagón, 1955, p. 17.

2 Para una completa consideración del movimiento de la independencia, véase Arnade, 1965.

Perú, era una nación encerrada y confinada a una planicie montañosa, cuyos vastos e inexplorados territorios circundantes no le depararon otra cosa que guerras de expansión, provocadas por sus vecinos desarrollados.

En el mapa de Bolivia figuraba una costa marítima: el gran desierto de Atacama a lo largo del Pacífico; pero, en realidad, Bolivia era una nación mediterránea. La nueva república estaba rigurosamente dividida en tres regiones distintas y recíprocamente aisladas, siendo una sola de ellas explotada. Sobre el Pacífico estaban situadas las provincias costeras, casi deshabitadas, con un pequeño e insignificante puerto en Cobija. Aislada de esta costa desierta, por una barrera de altas montañas de casi 5000 metros de altura, estaba el verdadero núcleo de la nación: el *altiplano.* En una planicie interandina, con un promedio de 3657 metros de altura, el altiplano se extiende desde las playas meridionales del lago Titicaca a las faldas de las montañas de la Argentina, y contiene casi toda la vida agrícola de la nación. En el altiplano y los valles acantilados del oriente andino (por ejemplo, los Yungas y Cochabamba) están localizados todos los importantes centros urbanos, tres cuartas partes de la tierra cultivable de la nación y todas sus minas. Históricamente, asociado con Lima hasta los últimos tiempos del coloniaje, el altiplano estaba conectado con el mundo exterior por acémilas que se dirigían a los puertos peruanos de Arica y Tacna, y la mayor parte de las mercaderías importadas, así como la exportación de minerales, utilizaban los puertos peruanos, a pesar de la existencia de sus propias líneas costeras.

Aislada, tanto de la región costera del Pacífico como del altiplano, está la región de las llanuras orientales conocidas como *oriente*. El oriente, separado del altiplano por la gran cordillera oriental, contenía el grueso de la masa territorial de la nueva república, pero estaba igualmente inexplotada y deshabitada, como la costa occidental de Atacama. Extendiéndose desde los bosques tropicales hasta las praderas y conectándose con los grandes sistemas hidrográficos del Amazonas y del Río de la Plata, esa región, de hecho, tenía más afinidad con el Brasil y la Argentina que con sus propias tierras altas. De esta manera, los 1.358.000 kilómetros cuadrados de la república, en esencia, conformaban un yermo inexplotado. En realidad, la nación tenía 42.800 kilómetros cuadrados o más del altiplano, con un clima frío y áspero donde el hombre, en relación con la tierra, había hecho de esa región una de las zonas más densamente pobladas de todas las Américas, y donde el suelo era uno de los más pobres agrícolamente.[3]

3 Una excelente consideración sobre la geografía de Bolivia está en la obra de Osborne, 1956, pp. 1-33. Para las primeras rutas comerciales de la república, véase Herndon y Gibbon, 1854, pp. 100, 113 y 123.

La fabulosa riqueza minera ya no era evidente cuando fue creada la república. La nueva república era una nación económicamente estancada –aun en términos de la América del Sur contemporánea– y no fue sino una sombra de su gran predecesor colonial. En el apogeo del periodo colonial, el Alto Perú fue una de las regiones más ricas y más desarrolladas del imperio español en América. En los siglos XVI y XVII, las minas de plata de Potosí fueron las más ricas del mundo, y las grandes masas de campesinos indígenas sedentarios de la Audiencia mantuvieron en el lujo a una confortable aristocracia española minera y agraria del Viejo Mundo. La declinación de la producción de plata durante el pasado siglo XVIII, la dislocación de las rutas comerciales causada por la temporal amalgamación de la Audiencia de Charcas con Buenos Aires, y la grave destrucción del comercio y la minería en los largos quince años de guerras durante el periodo de la Independencia redujeron a esa otrora próspera región a ser un país estancado y de escasa autosuficiencia.[4]

Bolivia no solo fue una de las naciones nuevas más atrasadas económicamente, sino también una de las más densamente pobladas de indígenas, que había surgido del imperio español en el Nuevo Mundo. Ubicada en los antiguos confines del viejo imperio incaico, Bolivia, en 1825, tenía una población indígena, de habla aymara y quechua, de aproximadamente 800.000 almas. Los llamados blancos o criollos alcanzaban solo 200.000, mientras la mezcla de blancos e indios, o *cholos,* llegaba a 100.000.[5] Esta proporción de indios a blancos y cholos era más elevada que en el Perú y Ecuador, naciones surgidas de la antigua región incaica, así como en

4 Hanke, 1956, pp. 1-6; Rojas, 1916, pp. 25, 66-69, 73-74; Peñaloza, 1953, pp. 251-254, 257-263. Considerando que la población de Potosí en 1950 había sido de 160.000, en 1835 solo tenía 13.000 habitantes. El gran naturalista francés Alcides D'Orbigny, cuando visitó la ciudad, en 1835, dijo que «se había sorprendido por el gran número de casas y minas abandonadas» en esa otrora legendaria ciudad, y encontró que «casi no se extraían minerales», D'Orbigny, 1958, pp. 858 y 860. En el primer Congreso boliviano, según cálculos del gobierno, había 5000 minas abandonadas en la república, Rojas, 1916, p. 98.

5 Estas cifras estadísticas están basadas en los cálculos del inglés Joseph Barclay Pentland, que visitó Bolivia en 1827, en una misión científica para el gobierno británico. Humphreys, 1940, p. 176. Para un sumario de otros cálculos de censos en Bolivia, a comienzos del siglo XIX, véase Rosenblat, 1954, pp. 199-200.

Es interesante comparar estas cifras de 1827 con las de 1900, año en que por primera vez se realizó un censo completo en Bolivia. La descomposición de cifras por *castas* era, entonces, casi idéntica para blancos e indios, 231.088 y 903.126 respectivamente; sin embargo, la población mestiza o chola tenía más del cuádruplo, o aproximadamente 485.293. Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica (de aquí en adelante se la referenciará como ONIEPG), 1905, p. 240.

México y Guatemala, los otros dos de los cinco Estados indoamericanos de la América Latina.[6]

Como en todos los Estados indoamericanos, Bolivia era altamente estratificada en su sociedad, con una pequeña élite de blancos gobernando a la masa de campesinos indios. Más de dos tercios de la población nacional estaban ocupados en la agricultura, pero esta permanecía en los moldes existentes de la tecnología anterior a la conquista. Del millón y medio de habitantes, calculado en el censo de 1854, únicamente 214.470 residían en las ciudades capitales de provincias, los únicos verdaderos centros urbanos de la nación, y la ciudad más grande, La Paz, tenía solo 40.000 habitantes; 1.300.000 personas estaban ocupadas en el cultivo y cosecha de granos agrícolas no comerciales, que en muchas regiones ni siquiera producían una dieta adecuada para la población.[7] La misma tierra estaba dominada por una pequeña oligarquía blanca de latifundistas, propietarios de las más ricas y accesibles tierras de la nación. Estos latifundistas, que en 1847 se calculó que estaban compuestos por 5000 familias, lograron conservar el trabajo libre y los servicios personales de los *colonos* o *pongos*, como se les denominaba a los indígenas de esas propiedades, a cambio de proveer a estos indios sin tierra el uso y usufructo de una muy pequeña parte de la propiedad del latifundio para su mísera subsistencia.[8]

Aunque menos de la mitad de los indios de la nación, en los primeros días de la república, eran colonos sin tierras, las comunidades indias que poseían tierras libres no estaban mucho mejor que sus semejantes en términos de beneficios económicos, aunque sí algo mejor en la posición social o política. En tanto que manejaban los asuntos de su propio gobierno de la comunidad, y dividían la tierra de acuerdo con sus necesidades, eran casi tan duramente explotadas como los colonos. Los funcionarios explotadores cholos, conocidos como corregidores, gobernaban a los dirigentes de la comunidad local, mientras todos los indios libres eran sujetos a dura

6 Para comparar estadísticas sobre Indoamérica, véase Averanga Mollinedo, 1956, p. 90; Rosenblat, 1954, inserta en la Carta 1, opuesta a la p. 20.

7 Peñaloza, 1953, p. 288; Averanga Mollinedo, 1956, p. 32, para la población de La Paz. Aún a fines de 1900 prevalecía una dicotomía similar entre la población rural y urbana, con el 73% de la población clasificada como rural y solamente 27%, como urbana, Averanga Mollinedo, 1956, p. 29.

8 En el famoso censo de 1847, de Dalence, se calculó que 23.107 personas eran miembros de familias de hacendados (5135 haciendas), 478.084 eran de comunidades indígenas y 360.000 colonos, Peñaloza, 1953, pp. 281-282.

capacitación discriminatoria, trabajo gratuito y otros tipos de legislación abusiva que efectivamente les impedía ejercer la ciudadanía.[9]

Los indios, con tierras o sin ellas, por la total falta de facilidades de educación, de oportunidades económicas y dominio del idioma español, se mantenían completamente aislados de la vida política nacional. Estos indios aymaras y quechuas, que tenían su propia herencia cultural de la preconquista, una histórica forma de vida agraria y puntos de vista propios acerca del mundo, así como un idioma no europeo, estaban aislados de las costumbres occidentales y tenían poca o ninguna concepción ni participación en las formas de vida y cultura no indias. Finalmente, los indios que poseían tierras, y los que no las tenían, producían exclusivamente la agricultura total de la nación y laboraban las minas en pequeña escala, pero estaban casi completamente aislados del mercado de la economía nacional. De esta manera, los aymaras y quechuas, política, cultural y económicamente formaban una doble sociedad, o subsociedad, y tenían poca acción recíproca con la minoría de la élite blanca occidental, que a sí mismos se llamaban *bolivianos*. Aunque las masas indígenas eran explotadas completamente, y formaban la base laboral de la república, constituían un sector que no participaba de la sociedad nacional.

La única ruta de movilidad abierta para los indígenas bolivianos, fuera de este estatus de tipo de casta, fue a través de la emigración a las ciudades, donde podían aprender el comercio urbano o alguna cierta habilidad, además del idioma español. Estos indígenas trasplantados y reeducados se convirtieron en una nueva casta, que fue denominada de *cholos* o mestizos. Si bien los cholos constituían la clase proletaria urbana inferior y pasaron a formar parte consciente de la vida nacional, seguían, sin embargo, bajo la sujeción de los gobiernos oligárquicos del siglo XIX, es decir, era un grupo no privilegiado a quien se le negaba el acceso al poder y aun a tener voz en la definición de su propio destino. Formando los rangos inferiores del ejército, de los jornaleros y obreros artesanos, a menudo servían como instrumento político en las acciones tumultuosas de las varias facciones de la oligarquía. Aunque algunos pocos gobiernos demagógicos, como el de Belzu, solicitaron su apoyo y otros permitieron la incorporación de individuos de talento a los cuadros de la oligarquía, generalmente, se negaba a las masas de cholos el acceso a la función pública, al poder y al voto. El número de cholos urbanos en los comienzos

9 Urquidi Morales, 1941, p. 79 y ss. Se calculó que más del 50% de los ingresos del gobierno nacional, en este periodo, provenían de esta capacitación especial de las comunidades indígenas, Peñaloza, 1953, p. 288.

del siglo era relativamente pequeño, probablemente no más de 100.000 a 200.000, y esta falta de mayoría los inhibía de habilitarse para hallar su autoexpresión en términos políticos. Su constante expansión en número, a través del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y las nuevas oportunidades económicas que se habían desarrollado con el renacimiento de la minería, crearon, en la tercera década del siglo XX, un grupo consciente de sí mismo, poderoso y decisivo, que estuviera al medio de las masas indígenas inarticuladas y no participantes, y de la antiguamente poderosa oligarquía blanca.

Pero hasta ese entonces, la vida política nacional fue de exclusivo monopolio de un pequeño y relativamente estable número, que no se incrementaba (aproximadamente 200.000), de blancos definidos racial y culturalmente. Esta élite vestida a la usanza europea, ilustrada y hablante del español, basaba su liderazgo intelectual en la casi exclusiva posesión de la alfabetización y cultura europeas, y su poder económico provenía del sistema latifundista.[10] A pesar de esta firme base económica en agricultura, excepto en el valle de Cochabamba, el absentismo de los propietarios fue la regla prevaleciente del latifundismo, y casi cada hacendado blanco tenía una residencia urbana y una profesión liberal.[11] Empero, como la producción agrícola era escasamente autosuficiente y la exportación principal y el capital, que se obtenía de la industria minera, estaban completamente desorganizados, la fuerza económica de esta élite estaba severamente limitada. De hecho, en la gran parte del siglo XIX, el gobierno era una de las fuentes más lucrativas de ingreso en la nación. Así, a pesar de su liderato social y económico con respecto a otras clases y castas de la nación, la oligarquía boliviana carecía de fuerza económica e independencia para controlar su propio destino.

No obstante que los blancos criollos habían tenido éxito en suprimir levantamientos de cholos e indios durante las guerras de Independencia, y habían emergido en 1825 con el control exclusivo del nuevo gobierno, fueron incapaces de mantener ese control y crear los instrumentos de poder que garantizaran su dominación pacífica. Los largos años de guerra civil que condujeron a la Independencia dejaron a la nación y a la oligarquía en condiciones económicas deprimentes, y socavaron las vitales energías reconstructivas de la élite criolla, quedando esta como

10 De acuerdo con el censo de 1900, había solamente 218.845 personas alfabetizadas en la república y más de 1.000.000 de analfabetos, ONIEPG, 1905, p. 241.

11 El censo de 1900 enumera 49.647 personas ocupadas en profesiones liberales, *ibid*., p. 246.

una clase pasiva y esencialmente parásita. La república, debido al patrón de asentamiento de la población y al terreno difícil, también heredó un gran problema de localismo extremo: las élites provinciales estaban más interesadas en la *patria chica* que en los problemas integrales de la nación. Por último, la nueva república, desafortunadamente, heredó una fuerte tradición de militarismo y violencia política como resultado de las guerras de Independencia, junto con la presencia de nuevos caudillos militares que muy pronto rivalizaron recíprocamente por el control del gobierno y de sus limitados recursos fiscales. Todos estos factores crearon en Bolivia la clásica era latinoamericana del *caudillismo,* que perduró hasta la última cuarta parte del siglo XIX. La era de los caudillos, periodo de constantes levantamientos militares y sucesiones ilegales, fue de anarquía carente de partidos políticos e ideologías, aunque, moderadamente, estuvo afectada por las formas civiles constitucionales de gobierno.[12]

El último factor que ayudó a la caída del gobierno constitucional ordenado fue el problema de la intervención extranjera. La inhabilidad de Bolivia para desarrollar o incluso controlar sus vastos territorios inexplotados, en el litoral y en el oriente, fue la causa principal de la prolongación de su inestabilidad interna en esos primeros años. Un Estado fuerte y progresista, como Chile, pronto vio la riqueza de los territorios bolivianos fronterizos como irresistible tentación. Sin trabas políticas ni división social, Chile, en la década de 1830, tenía un gobierno civil estable, dominado por una poderosa y comercialmente desarrollada oligarquía, que volcó toda su atención al desierto de Atacama de Bolivia, iniciando una activa expansión hacia el norte.

Otra potencia extranjera que pronto intervino en los asuntos de Bolivia fue el Perú, que, cultural, económica y geográficamente, formaba parte natural de la república boliviana, y fue inevitable que existiera un fuerte sentimiento de amalgamación en ambos países en los primeros años republicanos. Desde 1825 hasta bien entrada la mitad del siglo, una sucesión constante de intervenciones recíprocas en los asuntos internos del otro fue la práctica de ambas naciones. El primero en iniciar tal intento de unificación fue el mariscal Andrés de Santa Cruz, líder de las guerras de Independencia y uno de los más grandes presidentes de Bolivia. Confrontando la amenaza de la expansión chilena, Santa Cruz intentó compensar la debilidad boliviana, mediante la unificación con un Perú más poderoso, en una Confederación estrechamente política y

12 Para una interesante tipología del desarrollo sociopolítico de América Latina, véase Germani, 1962, p. 147 y ss.

económica. Esta Confederación, que tuvo corta vida, fue desbaratada por Chile, país que justamente la miraba como la más grande amenaza a su propia dominación de la costa del Pacífico, y en 1838-1839 las armas chilenas pusieron fin al experimento.[13] Sin embargo, por varios años, desde entonces, la amalgamación y los movimientos de anexión continuaron creando el caos interno en ambas repúblicas.

La derrota de Santa Cruz y de la Confederación puso término a los breves intentos de Bolivia de constituirse en líder de la costa del Pacífico, y en los años subsiguientes continuó como plaga de la nación el estancamiento económico y político, invitando así a la intervención y agresión de sus vecinos. La intervención vino a ser aún más pronunciada después de la década de 1830, cuando se descubrieron los ricos depósitos guaneros del desierto de Atacama. Mientras los bolivianos permanecían indiferentes, los contratistas chilenos con capital angloamericano comenzaron exclusivamente a desarrollar esos depósitos, junto con los campos de nitrato extremadamente ricos, que fueron descubiertos en la misma región, en la década de 1860. Con la facilidad que tenían para obtener concesiones del gobierno débil y desinteresado del altiplano, los capitalistas chilenos pronto estuvieron abogando por la directa expansión territorial chilena sobre la provincia boliviana.[14] A este deseo de expansión, el gobierno chileno demostró su aceptación y la bandera pronto empezó a seguir al comercio. A partir de la década de 1830, Bolivia se encontró en apuros para defender sus fronteras contra la agresión chilena, y la supervivencia de la costa devino como uno de los grandes problemas que confrontó la república.

La depresión económica, que estaba experimentando Bolivia en las primeras décadas de la Independencia, estaba hermanada con un estancamiento político e intelectual que le impedía confrontar este u otros problemas serios. Mientras Bolivia produciría aún dirigentes individuales de cierta calidad, después de Santa Cruz, la pauta del desarrollo político tras la destrucción de la Confederación fue la firme sucesión de caudillos y revueltas palaciegas, que era clásica tradición de la mayor parte de los Estados emergentes de la América Latina. Bolivia incluso sufrió un caso extremo en la figura de Mariano Melgarejo, caudillo que no vacilaba en ceder vastas extensiones de territorio nacional a potencias extranjeras.

Aunque los civiles de la aristocracia blanca tuvieron éxito en ganar el control del gobierno de tiempo en tiempo, especialmente con Ballivián

13 Crespo, 1944, p. 120 y ss.; Basadre, 1948; Burr, 1955, pp. 42-44.

14 Peñaloza, 1953, pp. 257-258; 1954, pp. 98-99, 122-129.

y Frías, fueron incapaces de establecer un gobierno constitucionalmente ordenado, o apartar al ejército y sus caudillos de la escena política. Tampoco pudieron establecer partidos políticos viables u otras alternativas institucionales en lugar del uso de la fuerza, la dominación personalista de los gobernantes y el dominio de las facciones.[15]

Este modelo caudillista fue destruido finalmente en la década de 1870, con el resurgimiento de la industria minera del altiplano y el ascenso de una nueva élite minera dentro de la tradicional oligarquía. Esta nueva élite demostró ser una fuerza dinámica y progresista, y pronto empezó a trabajar hacia un cambio fundamental en la estructura política, para lograr una estabilidad necesaria que garantizara el continuo crecimiento del sector privado de la economía. Afortunadamente para este grupo, tanto las pautas de gobiernos militares como de caudillos fueron totalmente desvirtuadas, en 1879, con el gran desastre de la guerra del Pacífico, guerra que también resolvería la disputa fronteriza de Bolivia con Chile y Perú.

La guerra del Pacífico fue el resultado inevitable de la expansión chilena sobre la costa boliviana y su anhelo de dominar la estructura potencial de los Estados a lo largo del Pacífico. A pesar de que era inevitable y, por mucho tiempo, anticipado por los observadores, incluyendo a los peruanos, la guerra del Pacífico tomó a Bolivia completamente por sorpresa. Frente a la constante presión sobre sus ricos territorios litorales, los políticos del altiplano continuaron ignorando esta amenaza hasta el último momento, cuando toda esperanza de resistencia exitosa ya no pudo ser admisible. Mientras los capitalistas peruanos, con la ayuda de fondos de Estados Unidos, intentaban neutralizar la evolución chilena sobre el litoral boliviano, y el Perú, militar y diplomáticamente, estaba preparado para la inevitable prueba de fuerza, Bolivia andaba a tientas, concentrando todas sus energías en las altas tierras andinas. Como resultado de ello, cuando estalló la guerra, Bolivia solo pudo ofrecer una pequeña ayuda a su aliada peruana. La guerra también sorprendió a la nación en uno de sus periodos acostumbrados de caudillaje reaccionario. Después de un breve turno de gobierno civil, que siguió al derrocamiento de la tiranía de Melgarejo, el general Hilarión Daza había restablecido un régimen militar con base en su propia jefatura de la élite del ejército, que era el batallón Colorados. Daza era un político típico de la época y, sin poseer conocimientos técnicos, demostró su incapacidad para conducir a la guerra a una nación inicialmente nacionalista y optimista. La derrota, el desgobierno

15 Para un mejor estudio de este periodo, véase Finot, 1954, p. 205 y ss.

y los atrasos, pronto sumieron a un pueblo de exaltado patriotismo en la amargura y el derrotismo, y el liderazgo civil de la nación fue capaz de expulsar de los cuarteles al caudillo, con la ayuda de un mando militar reprimido y subordinado.[16]

En diciembre de 1879, bajo la dirección del coronel Eliodoro Camacho y con el apoyo completo de los dirigentes civiles, Daza fue derrocado y el popular general Narciso Campero ocupó su lugar. Hombre de mucha experiencia política, Campero también fue uno de los pocos oficiales de ejército instruidos en Europa y una figura nacional altamente respetada.[17] Asumiendo provisionalmente la presidencia, Campero, de inmediato, convocó a una asamblea nacional en la misma fecha en que dio nueva vida a los esfuerzos bélicos de Bolivia.[18] La convención nacional fue organizada en mayo de 1880, después de elecciones generales, y estuvo compuesta por civiles notables de Bolivia. Ratificando sus renovados esfuerzos militares, Campero fue oficialmente elegido por un periodo de cuatro años, junto con dos prominentes civiles como sus vicepresidentes. Empero, la armonía política interna tuvo poca duración, pues durante las deliberaciones de la convención llegaron noticias de la crucial derrota de los aliados en la batalla de Tacna, que en realidad significaba el fin de la resistencia boliviana y la completa pérdida del territorio litoral. El presidente Campero rehusó aceptar este aparente desastre final de las armas aliadas, y no solamente propuso continuar la guerra en gran escala contra Chile, sino que también firmó un protocolo preliminar de unión federal con el Perú.[19]

Con una continua oposición inútil y frente a poderosos grupos económicos que demandaban la paz, la acción de Campero en prolongar la guerra causó un gran cisma en la vida política nacional. Pronto se hizo evidente una clara división entre aquellos que deseaban la paz con Chile, para terminar con la guerra, y aquellos que apoyaban a Campero, para continuar los esfuerzos bélicos hasta el fin. La fracción antiguerrista, y por ende antiperuana, estaba dirigida por el vicepresidente de Campero, Aniceto Arce, y por un notable parlamentario de la época, Mariano Baptista. Este grupo se lanzó enconadamente como opositor a la política del régimen. Se hizo tan agresiva la reacción de Arce al protocolo de unificación con el Perú, que a principios de 1881 fue desterrado por el

16 Basadre, 1948, pp. 387, 389-391; Arguedas, 1922, libro sexto.

17 Basadre, 1948, pp. 397-398.

18 *Ibid*., p. 483.

19 *Ibid*., pp. 575-576.

gobierno de Campero. Sin embargo, la tolerancia de Campero con respecto al debate libre permitió a Baptista movilizar a la opinión pública en favor de la posición pacifista, especialmente en vista de que la guerra continuaba su curso calamitoso. El conocimiento de la victoria de esta posición llegó cuando el Senado, en 1883, invitó a Arce a regresar a su posición gubernamental y presidir las sesiones como vicepresidente de la República. Este llamado también significaba que Campero, finalmente, había admitido la imposibilidad de modificar la victoria chilena.[20]

Mientras parecía que la resolución de la guerra y el reconocimiento por parte de todos los bolivianos de la última derrota había puesto fin al incipiente crecimiento de estos grupos claramente definidos en política, esto no ocurrió. Bolivia, en 1883, había llegado a un estado de crecimiento económico y estabilidad que demandaba el establecimiento de un gobierno más responsable políticamente, y seguro de la conclusión de los despreciables regímenes del caudillaje militarista que habían sido experimentados hasta esa fecha. De esta manera, mientras la inmediata *raison d'etre* para los dos partidos, claramente definidos en su formación política, había terminado, ambos grupos admitieron la necesidad del establecimiento de partidos políticos organizados y disciplinados, de manera que pudiera formarse un gobierno legal dominado por los civiles.[21] Que uno de estos grupos pudiera denominarse Conservador y el otro Liberal tenía menos importancia que el reconocimiento de ambos de la necesidad de un gobierno sensible a la dirección civil que pudiese promover el desarrollo económico de la nación. Esto se reflejó claramente en el hecho de que, cualesquiera que fuesen sus diferencias de plataforma o aun de sus filosofías profesadas, tanto liberales como conservadores sostenían firmemente la idea de un gobierno representativo como promotor del desarrollo económico de la nación.[22] Bolivia, en resumen, había llegado a la madurez en el modelo de gobierno de la oligarquía civil del siglo XIX,

20 Finot, 1954, pp. 308-311.

21 Esta idea fue expresada, convincentemente, por uno de los líderes políticos de la nueva era, con la consigna: «¡Viva el orden, abajo las revoluciones!», Basadre, 1948, p. 579.

22 De esta manera anunciaría su programa el primer candidato conservador a la presidencia: la «creación de la industria nacional mediante [el] desarrollo libre del espíritu de asociación; ensanche de relaciones comerciales mediante la realización, por empresa nacional, de una vía férrea que cruzando nuestro suelo nos ponga en contacto inmediato con el mundo. Impulso al trabajo; movimiento de capital; seguridad y expansión del crédito como factores de la gran evolución económica que se debe iniciar en Bolivia», Prudencio Bustillo, 1951, p. 111.

dividida en las líneas conservadoras y liberales. Que a la nueva época de partidos políticos pudiese calificársele de «época de la plata» y, posteriormente, «siglo del estaño», ciertamente no fue accidental, porque Bolivia, antes de emerger a esta política altiplánica más avanzada, tenía que salir de su decadencia económica, que había estado vigente desde el establecimiento de la república.

A pesar de que Bolivia ya había dedicado grandes esfuerzos a la agricultura, que absorbía alrededor de dos tercios de su fuerza laboral, la producción agrícola nacional apenas era suficiente para las necesidades internas. No obstante, la industria minera, incluso en sus períodos más desfavorecidos, siempre dominó el comercio de exportación y proveía a Bolivia la mayor parte de sus ingresos en divisas. Pese a las medidas que se habían tomado, la industria minera, en el periodo anterior a la república, estaba en condiciones sumamente atrasadas. No fue sino hasta la década de 1860 que la industria de la plata comenzó a resurgir de su depresión iniciada en la preindependencia. El primero de los empresarios modernos en la explotación de la plata fue el famoso José Avelino Aramayo, quien, a fines de la década de 1850, fue el primero en reabrir, a gran escala, las ricas minas de Potosí.[23] Aramayo fue seguido por Aniceto Arce, quien, en 1865, estaba explotando los depósitos argentíferos de Huanchaca, una mina que en el siglo XIX había demostrado ser la segunda productora de plata más grande del mundo moderno. Después de varias reorganizaciones, y con la inversión de grandes cantidades de capital chileno, la Compañía Huanchaca de Bolivia, de Arce, tenía más de 1500 obreros para 1877 y, en ese entonces, era uno de los principales productores de este mineral en el mundo.[24]

Después de Arce, el próximo magnate principal fue Gregorio Pacheco, quien, a mediados de la década de 1870, tuvo éxito en organizar la Compañía Guadalupe que operaba en algunas de las principales minas de la nación.[25] Fueron estos hombres, con amplio respaldo de capital chileno, quienes iniciaron una nueva era en la historia de la minería en Bolivia; y con el resurgimiento de la plata empezó un crecimiento general de la economía interna de Bolivia y de su comercio internacional. Para fines de la década de 1890, la industria minera boliviana de plata nuevamente estaba con buen pie. Bolivia era uno de los mayores productores de este metal. A pesar de los quebrantos, tanto de la guerra del Pacífico como

23 Peñaloza, 1954, p. 179.

24 *Ibid*., pp. 67-83 y 187.

25 General Narciso Campero, pariente de Pacheco, fue socio en la empresa.

de la declinación general del mercado mundial de la plata, después de 1870, este metal era parte de una industria floreciente, casi hasta fines de la década de 1890.[26]

Esta nueva clase de empresarios de la plata necesitaba un gobierno estable, como requisito para su actividad económica, así como un gobierno estrechamente aliado con Chile. Mientras la guerra sorprendió a estos hombres, la derrota de las armas bolivianas les dio una excusa para establecerse prominentemente en la vida política nacional. Que Pacheco, Arce y Alonso,[27] todos ellos potentados de la plata, llegaran a la presidencia de Bolivia, en los años inmediatamente siguientes a la guerra, es prueba del vital interés que estos tuvieron en la transformación de la estructura política de su nación.

En la búsqueda de una base institucional que pudiera dar la estructura para la deseada estabilidad, la Convención de 1880 revisó la historia constitucional de la nación. Mariano Baptista declaró ante la comisión constitucional de la Convención que, después «de examinar las diversas Constituciones, había encontrado que la de 1878 llenaba no solamente las necesidades y aspiraciones de Bolivia, sino también de cualquier país más avanzado».

La Constitución de 1878 había sido redactada, sorpresivamente, bajo el gobierno de Daza. Deseando dar legalidad a su usurpación militar, Daza había convocado a una Asamblea Constituyente en 1877 para que redactara una nueva Carta y, lo más importante, para que lo eligieran legalmente como presidente. Asegurando este último objetivo, Daza permitió que la Convención tuviera libre acción para redactar la Constitución, que fue preparada por algunos de los más avanzados pensadores de la época, hombres que también fueron extremadamente sensibles a los trabajos del orden político boliviano. Con la perspectiva de una república unitaria, y con un gobierno parlamentario más fuerte que nunca en la historia constitucional de Bolivia, la Constitución estableció una legislatura bicamaral con importantes poderes de veto a la rama ejecutiva del gobierno. Senadores y diputados eran elegidos por voto directo y el Congreso, a su vez, elegía a los miembros de la Corte Suprema. La tolerancia religiosa fue rechazada, y el catolicismo, mantenido como religión del Estado, en tanto que el estado de sitio tuvo reconocimiento constitucional. Con las recomendaciones de esta comisión, la Convención de 1880 adoptó

26 Peñaloza, 1954, pp. 103,179-189.

27 NE: Se refiere a Severo Fernández Alonso, a quien el autor llama simplemente Alonso.

la Carta de 1878 como la suya propia, añadiendo únicamente pequeñas modificaciones. Esta satisfacía las necesidades de la nueva era de los partidos políticos, lo que se puede ver en el hecho de que sobrevivió con solo cambios menores hasta 1938, siendo el periodo más largo de vigencia de cualquier Constitución en la historia de la república.[28]

En los congresos de 1882 y 1883 las tendencias de los dos partidos políticos se definieron con mayor claridad, en especial, a medida que se acercaban las elecciones presidenciales de 1884. La facción constitucionalista, como primeramente fue llamada, miró a Mariano Baptista como a su jefe, especialmente después de su famosa defensa del tratado de paz con Chile en las sesiones legislativas de 1883. Entre tanto, el coronel Eliodoro Camacho, jefe de la revuelta contra Daza, a su regreso de la prisión en Chile, en 1883, formó un grupo de simpatizantes en torno a su bandera de liberalismo.[29] No solamente sus seguidores eran antichilenos y antipacifistas, sino que también, bajo la hábil dirección de Camacho, buscaron formar un partido con base en las clásicas doctrinas liberales del siglo XIX, con saludable aspiración de ideología positivista, filosofía que entonces ganaba gran aceptación en toda América Latina.[30] A principios de junio de 1883, en un periódico de Oruro, Camacho esbozó las bases del Partido Liberal. Atacando el modelo clásico de los políticos bolivianos, a principios del periodo nacional, y mostrándolos como personalistas sin ideología, señaló que «puesto que en el movimiento político de Bolivia, como en el de todo pueblo, existen tendencias conservadoras y progresistas, autoritarias y liberales, dictatoriales y legalistas», solo era necesario que cada partido escriba «en su bandera el nombre de sus propósitos y adapte su conducta al título que lleva» para que se creara un verdadero sistema ideológico. Camacho afirmó que él y sus seguidores eran devotos de la libertad, y que bajo este sagrado ideal se proponían fundar un partido ideológico.[31]

Baptista aceptó este desafío y buscó moldear una ideología alrededor del grupo político de los pacifistas. Rápidamente acusó a los liberales de tener tendencias revolucionarias y poner en peligro las instituciones básicas de la república. No fue sino hasta fines de la década de 1880, que el tema de la Iglesia fue lo suficientemente notable para que Baptista adoptara el principio de defender la fe contra el asalto de los liberales

28 Trigo, 1958, pp. 112-117.

29 Finot, 1954, pp. 311-313; Arguedas, 1922, pp. 418-419 y 422.

30 Francovich, 1956, pp. 13-17.

31 Partido Liberal, 1916, pp. 8-9.

ateos, positivistas, anticlericales y masones. El ataque de Baptista dio en el blanco, como lo admitiera oficialmente Camacho en su famoso programa del Partido Liberal de 1885, documento que sirvió como base del programa oficial del partido desde ese tiempo. El liberalismo, escribió Camacho:

> […] no consiste, como piensan quienes nos difaman, en romper bruscamente con las tradiciones del pasado entrando a saltos en innovaciones violentas o adoptando sin criterio todas las reformas imaginables; ni hacer gala de licencia en las ideas, de grosería en el lenguaje, de inmoralidad en las costumbres; ni en ostentar indiferencia y descreimiento religioso o menosprecio por la fe […] No tratamos de fundar una nueva escuela filosófica, ni una secta religiosa que venga a perturbar la vida regular de Bolivia. No. Nos proponemos tan sólo establecer sobre instituciones libres, el régimen político que ha adoptado Bolivia desde su independencia y que, sin embargo, sólo le ha producido tiranías o sediciones que la aquejan hace más de sesenta años. En una palabra, el liberalismo que proclamamos, es el que dio gloriosa existencia a la Gran República Americana: no aquella aberración que produjo las catástrofes sangrientas de la revolución francesa o los repugnantes excesos del socialismo europeo, que es más bien enemigo de la libertad.[32]

Como se aproximaban las elecciones de 1884, el general Campero, aunque partidario del grupo liberal belicista encabezado por Camacho, prometió abstenerse de interferir de ningún modo en las elecciones, y mantuvo fielmente su promesa. En esta singular atmósfera libre para los políticos bolivianos, los dos grupos se unieron alrededor de las candidaturas de Camacho y Baptista. Sin embargo, el magnate de la plata, Gregorio Pacheco, emergió súbitamente, para sorpresa de todos, con una coalición inclasificable de viejos politiqueros desplazados y de novatos políticos, un recién organizado Partido Democrático, que se autoproclamó como partido de reconciliación nacional. Baptista reaccionó a este reto dejando a un lado su candidatura y señalando a su principal adherente, el millonario Aniceto Arce, como candidato de su partido. Repentinamente, la campaña electoral se transformó en algo nuevo para Bolivia, en una contienda política entre civiles capitalistas, en vez de los militares de

32 *Ibid.,* p. 13. El programa positivo del nuevo partido, de acuerdo con este mismo documento fue enunciado como sigue: «Los principios que sustenta la escuela liberal, se cifran en los derechos individuales que amparan la vida, la libertad, el honor y la propiedad del hombre, en la soberanía del pueblo, el sufragio popular consciente y depurado, la descentralización administrativa y municipal, la concentración y unidad política, la tolerancia de opiniones, la instrucción obligatoria para el pueblo y gratuita por el Estado, la libertad de la palabra, la libertad de asociación, la libertad de trabajo, la inviolabilidad de la conciencia, etcétera», *Ibid*., pp. 13-14.

cuarteles, presagiando para Bolivia una nueva y total era política, donde el prestigio de la moneda remplazaría al antiguo pretorianismo.

Ante el ingreso de Pacheco en las elecciones, se cree que Arce habría advertido que opondría a su colega magnate «cheque contra cheque y billete contra billete».[33] Periodistas y electores fueron comprados a diestra y siniestra en la campaña electoral más libre y abierta que había experimentado Bolivia. Los hombres cambiaron de lado a menudo, como el dinero cambia de manos, y cuando todo concluyó, Pacheco ganó por una mayoría simple, seguido por Arce y luego Camacho.[34] Debido a la falta de mayoría electoral, la decisión correspondió al Congreso, donde el Partido Liberal contaba con el bloque más grande de votos, aunque no con la mayoría. En esta atmósfera de regateos, los liberales demostraron no ser tan flexibles y Baptista pudo reconciliar a los dos magnates que anteriormente eran hostiles. Con el compromiso democrático-constitucionalista, Pacheco recibió la presidencia con la promesa de apoyar a Arce como su sucesor. Como garantía del pacto, Mariano Baptista debía estar presente en el gobierno de Pacheco como vicepresidente.[35]

Con el gobierno de Pacheco comenzó el régimen llamado «oligarquía conservadora», término rápidamente adoptado por la oposición del liberalismo y por los historiadores para definir a esa nueva era política. Como Pacheco no era un líder dinámico, y como su partido de oportunistas y de la vieja línea de políticos buscaban mantenerse contra la arremetida de los nuevos partidos, no logró retenerlos juntos por mucho tiempo. Sin embargo, Pacheco gobernó con excepcional tranquilidad. Esta paz política interna estaba firmemente basada en la promesa de Camacho de respetar los resultados electorales, promesa que le había hecho a Baptista en la víspera de la campaña de 1884. No obstante que las luchas partidistas de algún modo se intensificaron durante el periodo gubernamental de Pacheco y fueron la causa original para el desarrollo de los partidos, el advenimiento de la paz resolvió todas las disputas, porque al fin Bolivia, durante el gobierno de Pacheco, firmó la tregua con Chile, largamente demorada. Pero nuevos problemas surgieron rápidamente para remplazar los debates sobre política externa. Baptista y el cofundador del verdadero Partido Conservador, monseñor Taborga, se aprovecharon completamente de la abierta adopción del anticlericalismo y positivismo por las fuerzas

33 Finot, 1954, pp. 314-315.

34 Arguedas, 1954, pp. 422-427.

35 Finot, 1954, p. 316.

adelantadas del liberalismo, para agudizar y mantener la división concentrándola en los asuntos de la Iglesia y el Estado. Sosteniendo que su grupo era el verdadero defensor de la fe y campeón de las creencias del pueblo boliviano, Baptista, orgullosamente, asumió esta posición como marbete del Partido Conservador.[36] Los principios de este Partido, de acuerdo con Baptista, fueron:

> Libertad en orden, fundada en la ley social del cristianismo. Nuestras libertades políticas y sociales fueron conquistadas a las tiranías individuales y deseamos mantenerlas sin someterlas a las corrientes del jacobinismo, de la tiranía colectiva, inconstante y anónima, más sangrienta e inconstante en meses de dominación que la tiranía de los reyes en un siglo de imperio. Y porque deseamos mantener esas libertades puras exentas de sofismas en su concepción, puras de violencias en sus prácticas; porque deseamos esto, ellos nos llaman conservadores.[37]

Pero, pese a estos marbetes, Baptista realmente se complacía en tomar el rótulo del conservadurismo para llevar a su partido nuevas fuentes de vigor, con el fin de superar al Partido Liberal, obviamente más popular, y esto le dio a su grupo un tinte ideológico del cual carecía, y que en apariencia lo distinguió de sus oponentes. Aunque se hablaba mucho de religión en los dos lados, hubo un acuerdo fundamental entre ambos partidos sobre la urgencia de lograr un gobierno dominado por los civiles y responsable de las necesidades económicas del país. Ambos grupos, de hecho, provenían de las altas clases blancas que buscaban conducir a la nación hacia una era de paz y prosperidad, a través del gobierno constitucional, cuyos objetivos eran la estabilidad, la unificación nacional y el fomento del desarrollo económico.

A pesar de que el Partido Conservador desempeñó un importante papel en el gobierno de Pacheco, aun absorbiendo mucho de su Partido Democrático, Pacheco intentó permanecer imparcial en el conflicto que se avecinaba entre los dos partidos, a medida que se acercaban las elecciones de 1888. Pero el compromiso entre los dos grupos demostró ser imposible porque los conservadores rehusaron abstenerse de comprar abiertamente al electorado, obviamente popular, de las filas del liberalismo, y también rechazaron todo plan alternativo para la presidencia. El resultado de esto fue que la elección de 1888 se convirtió en un asunto violento y sangriento, con la abstención final de los liberales resentidos, como gesto de desafío contra el fraude electoral.[38]

---

36 *Ibid.,* pp. 319-320.

37 Francovich, 1945, pp. 118-119.

38 Arguedas, 1922, pp. 456-460.

El cambio pacífico de gobiernos, inevitablemente, debía durar poco, de acuerdo con la historia política de la nación, y era para demostrar la imposibilidad de su realización desde entonces hasta hoy. Porque una vez en funciones, y cerca de la única fuente principal de riqueza de la nación, al margen de la minería, los políticos se resistían a dejar sus cargos públicos y no existía tradición de compromiso político que los obligase a observar moralidad o prácticas políticas básicas. Las votaciones fueron abierta y rápidamente controladas por personas nombradas por el gobierno central, en todos los distritos locales, y la elección presidencial y de legisladores fue fácilmente ganada. Mientras el partido oficial aseguraba su mayoría en el Congreso, permitía invariablemente una buena representación de todos los partidos políticos de la oposición, como una válvula de escape, fácilmente tolerable, que no pudiera amenazar seriamente el control sobre los cargos públicos, cuyos nombramientos emanaban del Poder Ejecutivo. Fue esta negativa a permitir elecciones libres para la presidencia lo que hizo que aun el pacífico Camacho, cuyo lema había sido «Viva el orden, abajo las revoluciones», volviera a la violencia como único medio de ganar control sobre el gobierno, y todos los políticos de la oposición que le siguieron, tarde o temprano, llegarían a la misma conclusión. En tanto que el recurso de las elecciones para obtener el Poder Ejecutivo fue abandonado como posibilidad sin esperanzas, el sistema de los dos partidos continuó floreciente, ya que la victoria congresal era una débil posibilidad y el Congreso mismo siempre ofrecía una excelente oportunidad para el desarrollo de la propaganda partidista, el liderato y la oposición al gobierno.

Es evidente que tanto Camacho como Baptista tenían plena comprensión respecto a las necesidades de la nación, por el hecho de que los partidos que ellos habían creado y el sistema bipartidista que habían desarrollado, sobrevivirían sin ellos. De esta manera, el gran desarrollo político del último cuarto del siglo XIX, en la historia de Bolivia, fue la creación de un sistema viable de partidos políticos civiles que gobernaran sin oposición en la vida subsecuente de la nación. Que tal sistema no llegó a madurar completamente y que líderes carismáticos surgieran de cuando en cuando y dominaran completamente a sus adherentes, y dividieran o crearan nuevos partidos, fue naturalmente un suceso inevitable que daba base socioeconómica similar a todos los partidos políticos de ese periodo, y al pequeño número de activos militantes en política. Pero, a pesar del predominio de personalidades eminentes sobre los asuntos e ideologías

en estos primeros años,[39] el modelo político del partido gubernamental fue firmemente establecido y perduraría, excepto en un corto periodo de regímenes militares entre las décadas de 1930 y 1950. Estos trastornos siempre fueron temporales, porque no solamente el sistema de partidos políticos demostró ser esencial al gobierno de la oligarquía boliviana, sino que también surgirían nuevos grupos socioeconómicos y nuevas ideologías, que también coincidían con que el sistema de partidos políticos era instrumento indispensable para la expresión de su fuerza política.

Con la elección de Arce, en 1888, el Partido Liberal, abiertamente, recurrió a la fuerza. Tan pronto como Arce asumió el mando, se vio obligado a dirigir un ejército durante varias semanas, en duras campañas, para dominar un poderoso levantamiento liberal. Riguroso en la represión contra los liberales, suprimiendo sin reservas las libertades políticas, su gobierno fue, sin embargo, uno de los más constructivos en la historia de la república. Con escasos recursos llevó adelante el programa más ambicioso de obras públicas que jamás se había intentado hasta entonces. Obsesionado por conectar a Bolivia con el mundo exterior, mediante vías férreas, y terminar el aislamiento interno de las ciudades del interior. Arce –cuando aún era ciudadano particular– había comenzado a dedicar su dinero y energías a esta finalidad. A pesar de la agitación política, de las acusaciones de abrir las puertas del país a la fácil invasión chilena, y de ser justamente conservador, Arce, a fuerza de voluntad, logró realizar el ferrocarril del puerto chileno de Antofagasta al altiplano. Junto con este proyecto, se construyeron las primeras carreteras que conectaron a varias capitales del interior, como Sucre, Cochabamba y Potosí; se establecieron bancos e institutos militares, con la modernización y profesionalización del arcaico ejército de Bolivia. Todas estas obras se realizaron mientras aumentaban los ingresos del gobierno y sin recurrir a préstamos extranjeros. Arce fue verdaderamente un presidente dinámico y uno de los más grandes que tuvo la nación; mientras sus enemigos lo atacaban intensamente, a él

39 Finot, 1954, pp. 321-326; Basadre, 1948, pp. 582-585. Como Carlos Montenegro, correctamente, puntualiza los términos liberal y conservador, aplicados a los partidos que gobernaron Bolivia de 1884 a 1920: «Ciertamente no significa ninguna oposición ideológica entre ellos. Los dos partidos rinden idéntica devoción al pensamiento liberal, individualista y constitucionalista. Su alternancia en el poder es similar a la de los demócratas y republicanos en Estados Unidos, o a los liberales y conservadores en Inglaterra, productivo solamente […] como un cambio de rama de la clase privilegiada por otra, en el ejercido del gobierno». Montenegro, 1953, p. 179.

o a su visión, a su vez tuvieron que adoptar muchas de sus extraordinarias iniciativas para usufructuarlas en los años que siguieron.[40]

Antes que completara su periodo, Arce tuvo que aplastar, en 1890, un nuevo levantamiento liberal, esta vez dirigido por el activo coronel José Manuel Pando. Para las elecciones de 1892, Mariano Baptista, el viejo Mago, como sus enemigos políticos lo apodaban, se sometió al fin a la decisión de su partido y fue candidato oficial a la presidencia. En una agitada elección, el popular Partido Liberal, coaligado con los remanentes del Partido Democrático de Pacheco, ganó el control del Congreso, amenazando así la precaria victoria minoritaria de Baptista, puesto que las elecciones serían decididas por el nuevo Parlamento. Baptista ofreció un compromiso, proponiendo a los liberales que ocuparan dos ministerios en el Gabinete, ofrecidos como anzuelo; pero Camacho se opuso y demandó las bancas de todos los liberales elegidos al Congreso y la promesa del gobierno para respetar las decisiones de la mayoría congresal y la destitución de los funcionarios acusados de intentar el escamoteo de las elecciones. Baptista rechazó estos términos y, al día siguiente de que fracasaron las conferencias, el gobierno de Arce procedió a desterrar a los principales liberales y dejar sin curules a sus representantes al Congreso, asegurando de esta manera la aprobación parlamentaria en favor de Baptista.

Mientras que Baptista había aumentado su ultracatolicismo en su vejez, continuaban sus tendencias progresivas a la estimulación gubernamental del desarrollo económico de la nación. Se realizó una importante labor pionera bajo su gobierno, en el campo de la educación, y en la exploración y penetración de la región gomera del Beni, en tanto se completaba la construcción del ferrocarril de Antofagasta a Oruro. Bajo su administración, se firmaron varios tratados de límites con los vecinos de Bolivia y un protocolo preliminar de paz con Chile, en 1895, que implicaba una promesa de salida al mar para Bolivia, promesa que fue desbaratada por la oposición interna boliviana y por el posterior restablecimiento de la armonía de Chile con Perú y la Argentina.[41]

El último presidente del Partido Conservador fue Severo Fernández Alonso, abogado y propietario de minas como sus predecesores Pacheco y Arce. Alonso, sin embargo, carecía de la visión dinámica y de la energía de sus antecesores, y de esto tomó ventaja la enconada oposición liberal. En 1894, el Partido Liberal, en su Convención Nacional, y bajo la dirección

40 Prudencio Bustillo, 1951, pp. 187-215.

41 Basadre, 1948, pp. 585-588; Guzmán, 1957, pp. 135-144.

de su antiguo jefe, Eliodoro Camacho, eligió como su nuevo candidato presidencial al líder del partido, coronel José Manuel Pando. Este, experto artillero y héroe de la guerra del Pacífico, dirigente de varias revueltas liberales y célebre explorador de la región del Beni en varias administraciones de los conservadores, era una personalidad popular e iba a ser una figura política clave en los años posteriores. En una batalla electoral estrecha, Pando perdió ante Alonso por solamente unos 3000 votos de los 35.000 sufragios calculados.

Aunque Alonso habló de una fusión gubernamental, y envió a Pando a otras expediciones geográficas en el oriente, fue incapaz de lograr una reconciliación con la oposición liberal. En la misma forma que sus predecesores, Alonso estimuló la apertura de las ricas tierras caucheras del Beni y la expansión de la red ferroviaria, iniciando los estudios preliminares para unir con vías férreas la Argentina con Bolivia.[42] A pesar de la aparente unificación del país, con todo este desarrollo en el sistema de la comunicación nacional, el periodo de Alonso fue testigo del surgimiento temporal de un marcado sentimiento regionalista. Posiblemente a causa de la importancia del crecimiento de La Paz, por este nuevo incremento económico y vial, la vieja contienda entre paceños y chuquisaqueños, sobre la capital de la nación, llegó a un estado de virulencia.[43]

Antes de 1898, el gobierno había reconocido a Sucre como la capital, ciudad que nunca había sido el asiento permanente del presidente de Bolivia o de su Congreso, los cuales habían sido más que peregrinos, alternando la sede del gobierno principalmente entre La Paz y Sucre. Sin embargo, en 1898, los líderes de Sucre, cruzando las líneas del partido, forzaron al Congreso a dictar una ley, estableciendo que el presidente y el Legislativo fijaran permanentemente su residencia en esa ciudad. Satisfecho con un asunto que creaba tan profundos sentimientos, el liberalismo, normalmente unitario, dio rienda suelta al asunto y permaneció detrás de la creciente cólera de La Paz.[44] Alonso, cogido en el medio, trató de ganar tiempo, pero ambos lados demandaron una respuesta positiva

42 Basadre, 1948, pp. 588-589.

43 A comienzos de la era republicana La Paz ya tenía una población tan grande como la de Sucre, y a fines de la mitad del siglo XIX había doblado el número de sus habitantes. Para 1900, las poblaciones de estas ciudades eran de 54.000 y de 20.000, respectivamente. Averanga Mollinedo, 1956, pp. 30 y 44; Schurz, 1921, pp. 25-26.

44 Es interesante notar que Pando, senador por Sucre, originalmente votó por la Ley de Radicatoria, mientras que el ministro de Gobierno de Alonso, conservador, pero también paceño, optó por unirse a la rebelión.

o negativa, y, finalmente, estampó su firma en la promulgación de la ley del Congreso. Inmediatamente, la bandera federalista de rebelión fue izada en La Paz, considerablemente armonizada por el Partido Liberal y con marcada intranquilidad indígena en el altiplano. Desde diciembre de 1898 hasta abril de 1899, se registraron enconadas batallas con grandes pérdidas de vidas por ambas partes, ganando, finalmente, la capacidad de mando de Pando, las primeras ventajas del gobierno. En una segunda batalla de Los Cruceros, en las planicies de Oruro, llegó a su fin la dominación del Partido Conservador, y el Partido Liberal obtuvo el poder.[45]

Mientras el año 1899 señalaba el fin del régimen del Partido Conservador, y del propio partido, que desapareció pocos años después, la era de la «oligarquía conservadora» había sido singularmente fructífera para Bolivia. Bajo el régimen de los conservadores, la nación había presenciado el establecimiento de los primeros medios de comunicación, la mayor expansión de su economía y el primer largo periodo de gobierno civil en su historia. Lo más importante de todo, este régimen participó en la fundación de un moderno sistema de partidos políticos y formas constitucionales de gobierno, que sobrevivieron intactos los próximos treinta años. Paralelamente a la estabilidad política y económica, devino un florecimiento intelectual, y por primera vez Bolivia, en el último cuarto del siglo XIX, empezó a desarrollar una cultura nacional característica y surgieron clases cultas dedicadas a explorar los asuntos y problemas nacionales.[46] En todos los aspectos, el periodo conservador demostró la época «clásica» de la historia boliviana y estableció los fundamentos para el desarrollo del siglo XX.

45 Valencia Vega, 1953, pp. 76-78; Basadre, 1948, pp. 588-590.

46 Diez de Medina, 1954, capítulo X.

## II
# El Partido Liberal en el poder

El fin del siglo XIX y el comienzo del XX fue un periodo de grandes cambios para Bolivia, no solamente en la esfera política, sino, aún más importante, en la económica. A fines de la década de 1890, la minería de la plata había declinado notablemente y su lugar prominente en la economía boliviana fue ocupado por el estaño. Este cambio en la base económica fue tan profundo que el estaño se convirtió rápidamente en el producto dominante de la nación y el nuevo siglo vino a ser conocido como «siglo del estaño».

El estaño ya había sido un subproducto importante en la producción de la plata desde los primeros tiempos, puesto que generalmente se encontraba en combinación con este metal. En general, en el renacimiento de la minería en el último cuarto del siglo XIX, el estaño ya se embarcaba a Europa en forma de barrilla. Este comercio en pequeña escala, sin embargo, súbitamente adquirió nueva importancia y valor con el cambio de la tecnología industrial en Europa y Norteamérica a fines del siglo. El estaño constituyó uno de los maravillosos metales para las naciones industrializadas y fue uno de los metales más requeridos y, de la noche a la mañana, creció la demanda a un fantástico precio. Como las tradicionales fuentes europeas estaban en un punto exhaustivo o no respondían a la demanda, esta excedía a los suministros, y el precio del estaño se elevó astronómicamente. Con la ventaja de sus ricos depósitos y la red ferroviaria que había sido construida para la industria de la plata, Bolivia estaba en posición de responder rápidamente a esta creciente demanda y febrilmente volcó su atención a los recursos no explorados de estaño de la nación.[1]

1 Walle, 1914, pp. 327-328. En 1890, la producción mundial de estaño fue de 55.000 toneladas inglesas por año, y para 1904 se había elevado a 100.000 toneladas.

De una producción de 1000 toneladas a principios de la década de 1890, la producción de estaño se elevó a 3500 toneladas en 1899, 9000 toneladas en 1900 y, para 1905, la cifra sobrepasó las 15.000 toneladas anuales.[2] Muy rápidamente, Bolivia se convirtió en uno de los principales productores de este metal en el mundo y, para 1904, el vicecónsul británico en Oruro señaló que solo el distrito minero de Oruro, sin contar otras regiones productoras de estaño en Bolivia, estaba produciendo «más del 10 por ciento de la producción mundial».[3]

El auge del estaño fue extremadamente oportuno para Bolivia, porque justamente había empezado a experimentar los efectos de una gran depresión en la industria minera de la plata. En la década de 1890, el precio mundial de la plata bajó drásticamente, y pese a los más modernos métodos que se introdujeron en las minas bolivianas en ese tiempo, el futuro económico de esta industria era incierta. El valor de las exportaciones de la plata empezó a declinar aceleradamente de 15 millones de bolivianos en 1897, a 11,3 millones de bolivianos en 1901 y continuó declinando firmemente hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.[4] Mientras tanto, el valor de las exportaciones de estaño se había elevado en 1900 a 14 millones de bolivianos y, después de mantener un promedio de esta cifra durante cuatro años, se elevó a 26,2 millones de bolivianos en 1904 y continuó subiendo firmemente hasta 1921.[5] El impacto del estaño en la economía nacional fue mucho más grande de lo que había sido el crecimiento de la plata para la república, como puede apreciarse en las cifras del valor total de todas las exportaciones bolivianas, que se elevaron de un valor promedio anual de 26,9 millones de bolivianos, en el periodo 1896-1900; a 32,8 millones de bolivianos, en el periodo 1901-1905; y a la extraordinaria cifra de 58,5 millones de bolivianos en el periodo 1906-1910, continuando esta alza fenomenal en cada una de las siguientes décadas.[6] El estaño, de esta manera, no solo ayudó a superar en Bolivia la

---

Mientras tanto, los precios subieron de 85 £ por tonelada en 1893, a 126 £ por tonelada en 1904. Peñaloza, 1959, pp. 209, 235.

2 Peñaloza, 1959, pp. 207-208 y 221.

3 Great Britain, Foreign Office, 1905, p. 25.

4 Las exportaciones de plata en 1913 bajaron a solo 2,7 millones de bolivianos, Schurz, 1921, p. 112.

5 CEPAL, 1958, vol. IV, p. 10, cuadros 4 y 5. Publicado por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. Este departamento es el que, posteriormente, se denominó CEPAL.

6 *Ibid.,* p. 7, cuadro 1.

seria depresión causada por la declinación de los precios de la plata sino que anunció una época totalmente nueva de prosperidad insospechada.

A pesar de que gran parte del capital de la plata proporcionó inicialmente la base para el desarrollo de las nuevas minas de estaño, esta industria tenía que formar sustancialmente una nueva clase capitalista. Después de las primeras fusiones y reorganizaciones en la floreciente extracción del estaño, surgió en Bolivia una nueva élite minera que difería de la élite de los viejos magnates de la plata, no solamente en antecedentes sociales sino también en perspectivas. Para estos nuevos mineros, con su producción y tecnología vastamente incrementada y sus múltiples relaciones con el mundo exterior de la industria y las finanzas, la participación directa en la política nacional se convirtió en un objetivo imposible e incluso desagradable. Despersonalizando y encargando la administración de las nuevas compañías a extranjeros, los llamados barones del estaño se negaron a participar en la vida boliviana en la forma que hicieron sus predecesores, los magnates de la plata. Mientras en el siglo XIX, estos últimos habían recurrido a la creación de compañías de accionistas mixtos, siempre mantuvieron el control directo sobre sus minas y participaron activamente en su administración. Pero los nuevos complejos mineros, multimillonarios en dólares, pronto estuvieron manejados por administradores e ingenieros extranjeros y el control general quedó a cargo de juntas de directores residentes en capitales extranjeras. En contraste con el íntimo contacto de los mineros de la plata del siglo XIX en la vida política nacional –cuatro de ellos fueron dirigentes de partidos políticos y presidentes, y otros participaron activamente en los partidos políticos contemporáneos–, los magnates del estaño del siglo XX se aislaron, sin participar directamente en la vida política de esos tiempos. Más que su no participación, estos nuevos capitalistas dejaron la defensa de sus intereses a grupos de abogados criollos, economistas y consejeros, de quienes se habían rodeado y a quienes la opinión pública boliviana muy pronto calificaría de *rosca.*[7] Esta negativa de las figuras dominantes de la

7 Céspedes, 1956, pp. 13 y 21. La única excepción particular sobre las generalizaciones mencionadas fue la familia de Aramayo. Mientras el abuelo de José Avelino Aramayo había empezado a amasar su fortuna con la minería de la plata, en la década de 1850, su hijo Félix y su nieto Carlos Víctor pasaron rápidamente a la época del estaño con la ayuda de capital extranjero. Tanto Félix como Carlos Víctor tuvieron carreras semiactivas en el servicio diplomático; Félix fue constantemente apremiado por la demanda de consejos de parte del Partido Liberal y su hijo influyó activamente sobre la opinión pública, a través de *La Razón,* periódico que compró la familia en la década de 1920. Sin embargo, ambos desempeñaron papeles más

economía de Bolivia a comprometerse en la existencia nacional, fue un determinante crucial en la creación de una atmósfera de la política boliviana que engendró un serio cisma que, más tarde, a mediados de siglo, convulsionó a la nación.

El principal exponente de este nuevo tipo de emprendedor minero fue Simón Iturri Patiño. Nacido en Cochabamba, Patiño fue un cholo que inició su carrera como modesto dependiente de tienda. De allí se trasladó a la Compañía Minera Huanchaca, en Pulacayo, y posteriormente empezó a trabajar para la compañía rescatadora de minerales de Germán Fricke, en Oruro. Habiendo llegado a esta ciudad durante la época del auge del estaño, tuvo éxito al obtener, en 1896, la mitad de los intereses de La Salvadora, mina de estaño situada en el cantón de Uncía, provincia Bustillo, al norte de Potosí y fronteriza con Oruro, y pronto logró la propiedad completa de la nueva mina. La carrera que siguió tuvo todas las características de la biografía típica de los *robber barons* norteamericanos del siglo XIX. Encontrando la mina escasamente explotada, Patiño se vio obligado a trabajarla con sus propias manos y con la única ayuda de su esposa y unos cuantos indios laboreros. A fuerza de voluntad superó innumerables obstáculos y pronto amasó su legendaria fortuna con la que iba a ser la mina más rica del mundo en sus tiempos. Con la riqueza que produjo La Salvadora, Patiño empezó a expandirse y, en 1909, absorbió la vecina compañía inglesa minera de Uncía y, posteriormente, la mayor mina productora de estaño de la provincia, la Compañía Estañífera de Llallagua. De la noche a la mañana la aldea de Uncía desarrolló una población de 10.000 habitantes, y con su gemela, Llallagua, se conectaron con Oruro por caminos y vías férreas construidos por Patiño. En 1905, Patiño tenía suficiente capital para organizar su propio banco, el Banco Mercantil, revelándose sus excelentes conexiones políticas a fines de la década de 1910, cuando tuvo colaboración de hombres como Ismael Montes, Juan Misael Saracho, Luis Paz y otros, en sus exitosos esfuerzos para destruir todas las reclamaciones a sus derechos de propiedad de La Salvadora. Del estaño, Patiño amplió sus actividades a otros minerales como la plata, el wolfram y tungsteno, y comenzó su ascenso vertical en la industria internacional del estaño.

A principios de la década de 1920, Patiño residía permanentemente en el exterior y, considerando sus fantásticos intereses no bolivianos, podría ciertamente ser clasificado como capitalista europeo solamente. Incluso

---

que independientes y jamás dominaron la jefatura de ningún partido. Véase Costa du Rels, 1942.

recurrió, a fines de la década de 1920, a registrar todas sus pertenencias bolivianas como compañías domiciliadas en el extranjero. A pesar del hecho de que Bolivia, para Patiño, solo constituía una mínima parte de su vasto imperio; para Bolivia, Patiño continuaba siendo el más grande capitalista, quien ya controlaba un mínimo del 50 por ciento de la industria nacional del estaño y, al mismo tiempo, era su banquero privado más grande.[8]

El retiro de Patiño y otros nuevos magnates del estaño de la participación directa en los asuntos nacionales dejó la operación de la política boliviana, hasta la década de 1930, en manos de una creciente élite de profesionales urbanos de la alta clase media y de hacendados provinciales (hombres de modestas pertenencias de tierras y de sólida posición social). Casi todos esos líderes políticos, que habían emergido de las primeras o últimas categorías, eran abogados profundamente imbuidos con las ideologías positivistas y liberales de su época. Afirmados en la economía clásica del *laissez faire,* tenían, sin embargo, fuertes compromisos dentro del papel gubernamental como promotores del desarrollo; y aunque tenían convicción en los símbolos democráticos y el gobierno constitucional, admitían poderosamente el sistema de castas y el papel oligárquico de la élite.

Beneficiándose del resurgimiento y de la prosperidad económica de la nación, esta oligarquía ampliada se encontró, ante sí misma, con una tremenda energía que aplicó a la vida política e intelectual de la nación. Mientras la vieja oligarquía conservadora había hecho mucho por el adelanto nacional, careció de los recursos que ahora los nuevos dirigentes tenían fácilmente a la mano, y, en cierto sentido, también le faltó una visión completa de la concepción positivista del progreso, en contraste con el punto de vista liberal. Delineando el periodo conservador como una era oscura e ignorando los principios cruciales sustanciados por sus predecesores y los fortuitos desarrollos fuera de Bolivia que habían promovido la expansión nacional, estos nuevos hombres de gobierno creían en su derecho divino de gobernar el país y en su inalterable marcha hacia el progreso.[9]

---

8 Carrasco, 1960; Peñaloza, 1959, pp. 299-307, 311-313; Klein, 1965, pp. 3-23.

9 «No solamente […] dio el positivismo a la actividad política de ese tiempo un aliento progresista y una ideología que la llenaba de confianza en sí misma, sino que también proporcionó la justificación teórica para muchas de las reformas y planes de reorganización que se adoptaron entonces en el país […] Los hombres que gobernaron el país desde los puestos más importantes de la administración eran positivistas y los dirigentes ideológicos del partido estaban convencidos de que era necesario sustituir el orden tradicional con nuevas formas de vida inspiradas en la ciencia, por la que se sentía entonces una especie de veneración [derivativa de esta ideología] esa confiada seguridad en el futuro nacional y humano era común

Dado este medio ambiente y los concretos resultados que obtuvieron de su política, los dirigentes del Partido Liberal, cínicamente, hicieron caso omiso de todos los símbolos y posiciones por los cuales tan valientemente habían luchado mientras estaban en la oposición. Continuaba igual el control del gobierno sobre la maquinaria electoral, fue nula la tolerancia al adversario político, y la oposición, de hecho, era considerada casi como una herejía. Fue reforzado el Poder Ejecutivo, y los partidos mayoritarios en el Congreso, sumisamente, siguieron las directivas presidenciales. Incluso en cuestiones tan controvertidas como la reintegración del territorio nacional, se produjeron cambios completos de opinión. La figura dominante de la era, Ismael Montes, resumió mucho de esta actitud cuando declaró: «Soy positivista en política, en cuestiones económicas y en espíritu. Denme sólo realidades», y ante las acusaciones de la oposición, de que estaba transgrediendo los sagrados derechos del hombre. Montes replicó: «Mientras ellos hablan, nosotros obramos».[10]

Uno de los primeros actos de los liberales victoriosos fue despojarse de la embarazosa filosofía federalista, que ellos, temporalmente, habían adoptado como arma ocasional en su lucha por el poder con los conservadores. A pesar del fuerte movimiento federalista en el país y la gran cantidad de sangre derramada en su nombre, Ismael Montes, jefe ayudante de Pando, pronto empezó una campaña de prensa contra el federalismo, arguyendo que «Bolivia necesita reconstruir sus fuerzas antes de entrar en tales radicales innovaciones», y que «es conveniente eliminar del debate una cuestión que puede comprometer el futuro del país y retrasar su desarrollo».[11] El movimiento federalista, sin embargo, no fue fácil de suprimir. Intervino en la reñida campaña electoral y produjo una división de la Convención Constituyente de octubre de 1899, pero los liberales, finalmente, superaron la posición federalista y evitaron el derrumbe de la Constitución centralista de 1880. Después de 1899, el ala federalista del partido declinó dramáticamente y, para principios de la década de 1900, había desaparecido del

---

en Bolivia a todos los hombres de principio del siglo xx […] Una fe ilimitada en Europa, como expresión del progreso y de la civilización, era otra actitud peculiar de los positivistas bolivianos […] Sentían éstos sincera y espontánea admiración por las realizaciones de la cultura europea, principalmente francesa […] Bolivia, como la América Latina en general, se sentía avergonzada de su historia, de sus déspotas y de sus tiranos (y uno podría agregar, de sus indios), encontrando en la Europa de fines del siglo xix y de sus [*sic*] principios del xx el ideal del equilibrio político y del orden social». Francovich, 1956, pp. 17, 18-19.

10 Citado de Diez de Medina, 1954, pp. 263 y 264.

11 Finot, 1954, p. 338.

escenario político.[12] Que el federalismo no fuera más una fuerza potente en la política boliviana, dada la disparidad económica y geográfica, puede probablemente ser explicado por la abrumadora concentración de la población nacional en el núcleo de la zona interandina, y por la susceptibilidad de los políticos de esa región ante el potencial destructivo de esta doctrina en las áreas fronterizas periféricas poco pobladas.

En octubre de 1899, Pando asumió la presidencia y, en 1900, los liberales eligieron su primer congreso ordinario bajo el nuevo régimen. Pero antes de que el gobierno pudiera encarar los asuntos internos de importancia, tuvo que confrontar una de las mayores crisis internacionales. A fines de la década de 1890, la rica zona gomera de Bolivia, al noroeste del oriente, conocida como región del Acre, vino a ser el foco de una rebelión separatista. Situado en la frontera con el Brasil, el Acre había atraído un gran número de tenaces e independientes colonos del Brasil, así como colonos bolivianos, como resultado de la repentina prosperidad de la goma a principios de la década de 1880. A pesar de la repentina importancia del Acre, no fue sino hasta la década de 1890 que el gobierno boliviano intentó establecer su propio control soberano en esa región. Cuando, finalmente, el último de los gobiernos conservadores logró éxito en crear una aduana a la salida del río principal (Puerto Alonso sobre el río Acre) y empezó a recaudar impuestos como ganancia inesperada, los productores que anteriormente no tenían estas gabelas, estimulados por las autoridades brasileñas adyacentes, reaccionaron prontamente y, antes de que pasara mucho tiempo, la región gomera fue el centro de varias expediciones filibusteras. Brasil, primero encubiertamente, apoyaba a los rebeldes, pese a la legitimidad de los títulos bolivianos sobre el territorio, pero la inhabilidad de Bolivia para controlar militarmente esa región hizo que el Brasil apoyara abiertamente el movimiento de anexión al Brasil. Después de varias campañas, en las cuales Pando organizó un ejército andino bajo su propia dirección, para aplastar esas rebeliones, el gobierno de Bolivia finalmente admitió la imposibilidad de aplastar completamente a los rebeldes, ante la poderosa oposición brasileña, y en el Tratado de Petrópolis, de 1903, se vendió un vasto territorio gomero del Acre al Brasil, por la suma de dos millones y medio de libras esterlinas.[13]

Una vez resuelta la cuestión del Acre, la nación nuevamente empezó a ocuparse de los asuntos internos frente a la presión política y los

12 Trigo, 1958, pp. 115-124; Alvéstegui, 1957, pp. 155 y 157.

13 Basadre, 1948, pp. 594-600; Finot, 1954, pp. 339-346.

problemas económicos. Habiendo absorbido la mayor parte de sus energías en recuperarse de la revolución federal y de la guerra del Acre, el gobierno de Pando completó su mandato presidencial y se preparó para entregar el gobierno a su sucesor del Partido Liberal. Pero el partido, para ese entonces, se había dividido en dos facciones; una apoyando a Ismael Montes y la otra, al primer vicepresidente Lucio Pérez Velasco. Como Pando concedió el apoyo gubernamental a Montes, muchos casticistas del partido, que firmemente se opusieron a la idea del gobierno de interferir en las elecciones, unieron sus fuerzas con los pocos intransigentes federalistas que aún quedaban, para formar un grupo opositor que muy pronto tomó el marbete de *puritanos*.[14]

A pesar de que los puritanos ofrecieron una reñida resistencia, y aunque los conservadores presentaron una candidatura, la intervención del gobierno logró una victoria aplastante para Ismael Montes, y la amargura de la derrota en las elecciones de 1904 señaló el fin de la oposición de los puritanos. El Congreso de 1904 aceptó silenciosamente el resultado de las elecciones y, desde entonces, el Partido Liberal no confrontó ninguna oposición formal en el escenario nacional hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, hecho insólito en la historia política de la república y especialmente en la época de los partidos políticos. No solamente el Partido Liberal podría gobernar por largo tiempo sin oposición organizada, sino que también la misma nación no experimentaría un solo caso de intento revolucionario para derrocar al gobierno de 1899 a 1920, ¡récord nunca igualado hasta entonces!

Sin duda alguna, la figura dominante de este extraordinario gobierno constitucional fue el vibrante caudillo Ismael Montes. Descendiente de una familia de militares profesionales, Montes nació en La Paz, en 1861, y, en su juventud, ingresó al ejército durante la guerra del Pacífico y, eventualmente, ascendió al grado de capitán; pero, al final de la guerra, Montes retornó a la vida civil e hizo su fortuna gracias a su habilidad de abogado, obteniendo también la cátedra de derecho en la universidad de La Paz.

Como prematuro y vocinglero líder del Partido Liberal, Montes jugó un papel principal en la revolución federalista, siendo segundo al mando de Pando y formando con este y Fernando Eloy Guachalla el triunvirato dominante del gobierno rebelde. Elevado al rango de general por la Convención Nacional de 1899, Montes fue nombrado por Pando su ministro de Guerra. En su puesto ministerial, trabajó duramente para reorganizar el ejército nacional después de la guerra civil, y también,

14 Alvéstegui, 1957, pp. 171-180.

astutamente, utilizó su función ministerial para formar un cuerpo adherente de sí mismo en las filas del partido.

Montes no solamente fue hábil, sino altamente capacitado y fervoroso creyente de la acción directa; si bien se rodeó de hombres que, aunque hábiles administradores, eran solamente meros instrumentos de su voluntad. Convencido de la rectitud y corrección de su causa, no toleraba la oposición. Con deliberada cautela, tuvo éxito en ignorar cada una de las posiciones morales adoptadas por el Partido Liberal en sus largos años de lucha contra el Partido Conservador. Con elecciones arregladas, silenciando a la prensa opositora, empaquetando al ejército e ignorando a sus censores, Montes se mantuvo en su propia senda predeterminada, haciendo caso omiso de las vociferaciones moralistas. Al igual que Arce en su determinación por lograr el desarrollo nacional, fue implacable en sus medios y aun olvidadizo de las éticas personales.[15]

No obstante sus defectos, Montes insufló un dinamismo único al gobierno nacional. Realizó un vasto programa de construcciones ferroviarias, urbanización pública, construcción de escuelas, caminos y obras públicas, profesionalización militar y, finalmente, creó un gobierno viable económicamente y un sistema bancario racional. Es indudable que el fortuito desarrollo de la industria del estaño, las favorables condiciones de crédito de la nación, debido al trabajo de sus predecesores y los fondos de que disponía, provenientes de varias indemnizaciones internacionales por pérdidas territoriales, fueron factores determinantes sin los cuales su liderazgo habría sido ineficaz, aunque no se puede negar su propia contribución individual.[16]

Uno de los problemas más agudos que confrontó la administración de Montes, en 1904, fue el largo asunto pendiente del litoral. Siguiendo la iniciativa de Pando, Montes revocó completamente la posición del Partido Liberal, que por tanto tiempo se había mantenido firme para una reintegración absoluta del litoral, y procedió a negociar un tratado definitivo de paz con Chile, en el cual Bolivia no solamente abandonaba todos sus antiguos territorios costeros, sino que también daba un carpetazo a la mínima posición conservadora de contar por lo menos con una salida al Pacífico. Justificándose en la premisa de que el ascendente comercio

15 Montes percibía derechos de Patiño cuando estaba fuera de funciones, y también se apoderó de propiedad privada para su propio uso cuando estaba en el poder. Véase Céspedes, 1956, p. 35.

16 Para un interesante análisis del carácter de Montes, véase Alvéstegui, 1957-1962, también a Vásquez Machicado, De Mesa y Gisbert, 1958, p. 408.

de Bolivia estaba amenazado por los antiguos tratados que daban a Chile casi el completo control sobre el mercado interno de Bolivia, así como sobre sus tarifas. Montes sostuvo la posición de que cualquier tratado, no importara cuán oneroso fuese, era digno para restaurar el control de Bolivia sobre su economía.

Es obvio que un sentido de urgencia impelía tanto a Pando como a Montes, aunque no a sus opositores ni a los posteriores historiadores, en este proceso de negociación. Al iniciar las conferencias, cuando Chile había resuelto todas sus disputas con Perú y Argentina, Bolivia no estaba en posición de utilizar la amenaza de una alianza con ninguna de estas potencias como balance de las negociaciones con Chile. Tampoco Chile fue particularmente sensible a las demandas de Bolivia, como lo indica el famoso memorándum de König.

Sosteniendo que el derecho de conquista había hecho a Chile absoluto dueño del litoral boliviano, el embajador chileno König negó a Bolivia el derecho de pedir compensaciones, permitiendo solo un puerto, y declarando que si Chile decidía compensar a Bolivia por su territorio lo haría como caridad. Ofensivo como fue este memorándum, Pando y Montes tragaron su orgullo y continuaron las negociaciones. Al empezar 1902, las negociaciones concluyeron y se firmó el Tratado de Paz en octubre de 1904.[17] Los principales términos del tratado estipulaban el reconocimiento de la dominación perpetua del litoral por parte de Chile, a cambio de lo cual Bolivia recibiría 300.000 libras esterlinas de inmediato, un ferrocarril de Arica a La Paz y un acuerdo mediante el cual el gobierno chileno garantizaría las inversiones de capital en la construcción interna de ferrocarriles en el altiplano boliviano. Se restablecieron las antiguas barreras comerciales y, finalmente, se le dio a Bolivia el derecho de libre tránsito a través de puertos chilenos.[18]

Cuando estos términos se dieron a la publicidad, la nación boliviana fue sacudida en sus sentimientos; pero Montes se mantuvo imperturbable a esta reacción y, en sesiones secretas del Congreso, después de largos y arduos debates, fácilmente logró éxito en la aprobación del tratado. Sorpresivamente, con tal hecho, se calmaron considerablemente las pasiones y la nación –aunque no los líderes políticos–, aparentemente, aceptó los resultados. En lugar de debatir los términos del tratado, cada uno discutía las fabulosas sumas disponibles para el gobierno de Bolivia

17 Alvéstegui, 1957, pp. 214-224.

18 Basadre, 1948, p. 601.

por primera vez en su historia, sumas que finalmente podrían llevar a la realidad los sueños ferroviarios tan largamente anhelados. De esta manera, en el Congreso de 1905, surgieron grandes debates de cómo emplear las 2.500.000 libras esterlinas depositadas a la cuenta de Bolivia, en Londres, por el Brasil, a cambio del territorio del Acre, así como las sumas que se esperaban de Chile, y pronto empezó un alegre trueque de votos para que cada legislador provincial propusiera una nueva línea férrea para su propio distrito.

Aunque un modesto proyecto para la construcción de siete líneas ferroviarias en abierta propuesta había sido aprobado por el Congreso, Montes, con su acostumbrada manera de obrar por sí mismo, había procedido a negociar su propio proyecto, en contrato cerrado, con el consorcio de banqueros de Nueva York, el First National City Bank y Speyer and Company. Nuevamente, Montes había cogido por sorpresa a sus oponentes, y aunque estos batallaron arduamente en las sesiones de 1906, denunciando que no había garantías reales para Bolivia en tal contrato y que significaba entregar las líneas ferroviarias al control privado, los adherentes de Montes, con todo éxito, le proporcionaron el consiguiente respaldo.[19]

El contrato Speyer fue incuestionablemente inadecuado y costoso, como denunciaron los opositores a Montes, y eventualmente permitía que las principales líneas ferroviarias cayesen bajo el control de la compañía inglesa Antofagasta and Chili Railroad.[20] Sin embargo, el contrato fue respetado y se creó la red ferroviaria, conectando las principales ciudades de Potosí, Sucre, Cochabamba, Oruro y La Paz, recíprocamente, mediante líneas ferroviarias, y con los puertos de Arica y Antofagasta. Montes inició también la construcción del ferrocarril de Guaqui, en el lago Titicaca, conectándolo con el sistema ferroviario del Perú, y conjuncionando estos nuevos sistemas ferroviarios; finalmente, se dio fin al destructor aislamiento y regionalismo de Bolivia con la apertura de sus mercados internos, como nunca antes había ocurrido.

Habiendo superado la oposición a los dos grandes actos de su gobierno, la firma del tratado de paz y el contrato Speyer, Montes pudo completar triunfalmente su primer periodo presidencial; pero, ahora, a las fuerzas antimontistas les había dado una nueva oportunidad de lucha, cuando Montes fue obligado a nombrar a Guachalla, el tercer hombre

19 Alvéstegui, 1957, pp. 225-235.

20 Marsh, 1928, pp. 73-79.

del triunvirato de la revolución federalista, como candidato oficial del Partido Liberal. Una figura política independiente, con sus propias ideas, la candidatura de Guachalla, en 1908, representaba una amenaza al ahora completamente atrincherado montismo; pero la muerte repentina de Guachalla, en la víspera de la inauguración presidencial, permitió a Montes y sus seguidores retomar el control de la situación e, invalidando las elecciones, continuaron en funciones bajo el dócil montismo. Ahora, conocidos por sus opositores con el nombre de *doctrinarios,* los leales montistas llevaron a Eliodoro Villazón a la presidencia para el periodo de 1909-1913, obviamente, como administración transitoria hasta que Montes pudiera ser reelegido constitucionalmente.[21] En todos los aspectos, el gobierno de Villazón fue una suave transición entre los dos periodos de Montes, difiriendo de las últimas administraciones únicamente por la falta de vitalidad y controversia, y la relativa calma de la oposición. El gobierno de Villazón, sin embargo, logró algunos adelantos en asegurar las iniciativas bancarias y monetarias del periodo de Montes que llevaron a la creación del primer banco nacional de Bolivia.[22]

En 1908, el gobierno de Montes había preparado el camino para el importante acontecimiento de poner a Bolivia en el patrón oro, mediante un préstamo de 500.000 libras esterlinas de Europa para este propósito. El próximo gran paso fue la creación de un banco nacional y su establecimiento como único emisor de papel moneda boliviana, y esto fue dejado para que lo desarrollara el nuevo gobierno. En 1910, Villazón obtuvo un préstamo de Francia por 100.000 libras esterlinas, y con la ayuda de otro préstamo de suscripciones privadas, de 1.000.000 de libras esterlinas, se fundó el Banco de la Nación Boliviana, en febrero de 1911. Como empresa mixta, estatal y privada, el banco absorbió a varios antiguos bancos bolivianos y tuvo tanto éxito que dobló su capital al concluir la administración de Villazón. Si bien el nuevo banco estaba en gran medida administrado por banqueros particulares y obtenía varios controles generales sobre las casas bancarias de la nación, el gobierno de Villazón no fue lo suficientemente fuerte para obligar a los banqueros privados a abandonar sus derechos de emisión monetaria, y esta reforma fue temporalmente desestimada.[23]

En otros aspectos, la administración de Villazón fue de prosperidad económica. Recuperándose de la dura depresión de 1908, que

21 Alvéstegui, 1957, pp. 261-270.

22 Ascarrunz, 1917, vol. II, p. 180 y ss.

23 Peñaloza, 1854, pp. 47-51; Paz Estenssoro, 1945, pp. 57-58; Céspedes, 1956, pp. 36-39.

momentáneamente detuvo el auge apresurado de la época, las exportaciones subieron de 63 millones de bolivianos en 1909; a 93 millones de bolivianos en 1913, mientras los ingresos del gobierno en el mismo periodo se elevaron de 10,3 millones de bolivianos a 22 millones de bolivianos. Esta alza fortuita en los ingresos del gobierno reflejó un marcado grado de aumento en el movimiento total de la economía nacional, porque los ingresos del gobierno provenían principalmente de impuestos por concepto de ventas internas y de derechos de importación y exportación, con los ligeros impuestos a la industria del estaño y sus exportaciones, que proporcionaban únicamente una fuente menor de ingresos, algo así como el 17,07 por ciento del ingreso gubernamental en el presupuesto de 1913. Tanta prosperidad había en esos tiempos que Villazón, de hecho y a pesar de continuar con el programa ambicioso de obras públicas de su predecesor, estaba, en 1912, aún en capacidad de lograr el primer y único presupuesto gubernamental excedente en la historia de los gobiernos liberales.[24]

De esta manera, cuando Villazón le devolvió el gobierno a Montes, en 1913, le hizo el presente de una próspera economía y un escenario político pacífico interno; aunque ninguna de estas cosas sería perdurable bajo la nueva administración de Montes. Regresando de sus viajes por Europa y trayendo a la mente nuevos proyectos de grandes reformas, Montes muy pronto insufló un nuevo clima de hostilidad política y, al mismo tiempo, encaró una economía gravemente sacudida por la depresión mundial. Nuevamente en la presidencia, en agosto de 1913, Montes presentó a la nación, con la ayuda del economista Casto Rojas, un plan mediante el cual el Banco de la Nación Boliviana, de propiedad estatal, se convertía en el único banco emisor de moneda de la nación, lo que daría al gobierno el control total de la circulación del papel moneda.

Aunque esta idea había sido largamente concebida y formaba parte de los planes de 1911 para crear el banco nacional, tomó por sorpresa a la nación en esa época calificada como pobre. Los banqueros, en su mayoría, se opusieron completamente a esta idea, y como reacción al plan propuesto por el gobierno empezaron a restringir drásticamente los créditos bancarios. Esta súbita restricción de créditos empezó justamente cuando la nación estaba experimentando los efectos de la caída de los precios de la goma y del estaño, anteriores a la guerra mundial,

24 López Rivas, 1955, cuadros en pp. 21, 28, 33, 36-37.

y cuando los acontecimientos combinados sumían a la economía en un sombrío periodo.[25] Las exportaciones generales declinaron de 93 millones de bolivianos en 1913, a 63 millones de bolivianos en 1914, y también declinaron las exportaciones de estaño en este periodo, por un valor aproximado de 25 millones de bolivianos.[26] Hay que agregar a eso las escasas cosechas agrícolas en toda la república en el periodo de 1913 a 1914,[27] y Montes quedó sorprendido al darse cuenta de que una nación anteriormente viable, ahora era tensa e incontrolable. Los banqueros acaloradamente defendieron su posición en el Congreso, en la prensa y ante la opinión pública, mientras dos de los tres bancos extranjeros con sucursales en el país suspendieron sus operaciones en protesta por las restrictivas reformas de Montes.[28]

La oposición económica también trató de expresarse con mayor fuerza mediante la creación de un partido político coherente que agrupara a todas las facciones antimontistas. De esta manera, con el fuerte apoyo de los banqueros privados, varios políticos disidentes empezaron a reunirse para planear proyectos de una oposición política formal. Bajo la dirección del agresivo y joven exdiplomático Bautista Saavedra, se hicieron contactos con las principales figuras opositoras de los viejos grupos conservadores y puritanos, llegándose a la conclusión de que el más decidido antimontista, Daniel Salamanca, tenía que ser el jefe de la nueva coalición. Salamanca, independiente y rico propietario de tierras en Cochabamba, fue uno de los principales parlamentarios desde 1900. Aunque, inicialmente, se había afiliado al Partido Liberal, Salamanca no tenía compromisos ni con los montistas ni con los puritanos, y asumió el liderato de la oposición del Congreso al Tratado de Paz con Chile, de 1904, y al contrato Speyer, de 1905. Moralmente austero y más socialmente introvertido, Salamanca fue considerado justamente como el orador parlamentario más prominente de su época, y era famoso por su insistencia en la estricta constitucionalidad del gobierno, así como por su apoyo a los principios originales del Partido Liberal tal como los expresó Camacho. En 1913, al comienzo de esta mayor agitación, Salamanca salió al exterior para someterse a un tratamiento del estómago, afección que

25 Alvéstegui, 1957, pp. 297-300; Peñaloza, 1954, pp. 51-60; Benavides, 1955, pp. 93-104.

26 López Rivas, 1955, pp. 33 y 35.

27 McQueen, 1925, p. 8.

28 *Ibid.*

le duraría toda su vida. Aceptando las insinuaciones de Saavedra y otros dirigentes paceños, incluyendo al general José Manuel Pando, ahora en la oposición, frente a su viejo partido, Salamanca inició una conferencia final de preorganización en abril de 1914, y a su vuelta de Europa, el 22 de abril, emitió en su nombre un llamado a los dirigentes locales para organizar el nuevo partido. La respuesta fue inmediata y concisa, y de la noche a la mañana se convocaron asambleas y se crearon directorios, se formaron programas y se adoptó el nombre de Unión Republicana.[29] La vigorosa respuesta a este llamado, de acuerdo con Salamanca, se podía atribuir directamente al asunto bancario, como indica Alvéstegui, al explicar el movimiento total, de la siguiente manera:

> El actual mandatario de la república [Montes] volvía de Europa y era recibido en el país sin ninguna resistencia. Sus amigos lo apoyaban decididos, sus adversarios se abstenían desalentados; el país permanecía indiferente. Esta situación habría perdurado probablemente largo tiempo, si el tacto y la prudencia hubieran inspirado los actos de su gobierno. Empero, mal aconsejado, resolvió desarrollar una política económica compleja y extensa, en manifiesta desproporción con las fuerzas vivas del país. Había en esto un error de apreciación, o una falta de crítica en las aplicaciones; cosas todas que habrían sido fácilmente remediadas, si el gobierno, renunciando a su habitual suficiencia, se hubiera mostrado capaz de inspirarse en los consejos de la opinión pública. Las primeras medidas de esta política, trastornaron la vida económica de Bolivia. La vida económica nacional es un encadenamiento solidario de fenómenos no interrumpidos. En este conjunto sucesivo, el servicio del crédito prestado por los bancos, puede considerarse como un punto inicial del movimiento. El gobierno tocó en este punto y ocasionó una supresión casi súbita del servicio normal del crédito. El Banco de la Nación que debía remplazarlo fue impotente para ese objeto: los negocios se paralizaron y un violento malestar se esparció por todas partes. Otras causas adversas vinieron a sumarse a éstas […] El pueblo se sintió maltratado en sus intereses y vejado en su dignidad: no hacía mucho tiempo que el actual mandatario había sido encumbrado por las influencias oficiales y pasivamente aceptado por el país como el hombre más capaz de administrar sus negocios. La nación que había sufrido resignadamente la usurpación de todos sus derechos soberanos y que contemplara indiferente el maleamiento de sus instituciones no pudo sufrir con la misma paciencia el daño hecho a sus intereses. La indignación y la protesta cundieron en la república.[30]

Tal fue la causa original del nuevo partido.

---

29 Alvéstegui, 1957, p. 300 y ss.

30 *Ibid.,* p. 305.

La dificultad de formalizar esta protesta dentro de un partido cohesionado, fue claramente reconocida por Salamanca, quien, cuidadosamente, trató de suavizar todos los conflictos potenciales y orientar al nuevo partido dentro de la oposición unificada frente al gobierno liberal. «La defensa nacional contra los avances del poder» vino a ser un grito de combate, de manera que los puritanos y los conservadores fácilmente podrían sentarse juntos.[31] Si estas ideas fueron muy bien concebidas y aparejaron frutos, tenían que reflejarse en la rápida organización de núcleos en todos los centros de la nación. Para fines de junio de 1914, Salamanca admitió que el partido estaba suficientemente organizado para convocar a una convención y proceder a su fundación, la que tenía que realizarse a principios de agosto en La Paz.

Este rápido desarrollo de un partido de la oposición, de vastas proporciones, por primera vez en los quince años de pacífico régimen, desalentó mucho al Partido Liberal. Al temor de los individuos comunes de esta agrupación, de perder sus posiciones gubernamentales, se agregaba el carácter obstinado de Montes, quien miraba cualquier signo opositor como insulto para él, y algo que no tenía derecho de existir. Dado este temperamento, un sistema bipartidista viable no era bien recibido por el partido en el poder y, casi inmediatamente, los funcionarios locales comenzaron a interferir con la nueva organización. A esto siguió rápidamente una reacción central aún más vigorosa, y en la víspera de la Convención Nacional del Partido Republicano, 7 de agosto de 1914, Montes declaró estado de sitio y exilió a los principales dirigentes de la oposición –unos cuarenta en total– y, paralelamente, clausuró trece periódicos que habían nacido para defender al nuevo movimiento político. Frente a la minoritaria oposición de Salamanca en el Congreso, los diputados liberales procedieron a respaldar completamente a su gobierno.

---

31 En una carta a Pando, del 2 de mayo de 1914, Salamanca afirmaba que: «Este movimiento va tomando cuerpo en la organización de un partido de carácter pacífico que por la situación de las cosas toma una posición defensiva, para resguardar las instituciones y los intereses […] El principal tropiezo de esta organización se ha encontrado en los recelos que se levantan entre liberales y constitucionales (es decir, conservadores), que son los elementos que inevitablemente tienen que componer la oposición. Para evitar estos inconvenientes, acudí al programa que demuestra la unidad de las aspiraciones del grupo opositor. Por otra parte, tengo la esperanza de que el programa definitivo del partido será formulado sobre bases liberales que son generalmente aceptadas», *Ibid.,* p. 306. En forma interesante, Montes también afirmó que el nuevo partido no era más que «un conglomerado de apóstatas, sin conciencia cívica y sin doctrina». Citado por Céspedes, 1956, p. 39.

A pesar de la piadosa esperanza de Montes de haber aplastado con efectividad la oposición mediante estos actos, el Partido Republicano aún no había nacido. Recuperándose de su sobresalto inicial, los directorios locales dieron renovado apoyo a sus dirigentes y, con la suspensión del estado de sitio, en diciembre de 1914, el partido, bajo la dirección de Salamanca, organizó nuevamente otra Convención Nacional, esta vez en Oruro, en enero de 1915. Con casi exactamente el mismo número de miembros que se habían reunido un año antes en La Paz, la asamblea de Oruro procedió a establecer el Partido de la Unión Republicana y emitió un formal manifiesto a la nación, esbozando su programa.[32]

Como se esperaba, este programa de partido propugnaba elecciones libres, un parlamento independiente y un poder judicial libre de la influencia ejecutiva. Se incluían algunas piadosas declaraciones sobre autonomía local y descentralización gubernamental, pero el asunto principal eran las elecciones libres, porque, de acuerdo al programa,

> […] si hubiese la seguridad de una elección libre, la situación de las cosas cambiaría radicalmente, pues, entonces, las mayorías tendrían acceso al Poder y el Gobierno podría sostenerse siempre sobre una base democrática. En consecuencia, la libertad de sufragio no puede menos que ser la clave de nuestra renovación institucional.[33]

El gobierno de Montes fue atacado como absolutista y personalista, así como por haber incrementado la deuda pública a pesar del aumento en los ingresos nacionales. También se propusieron enmiendas constitucionales para restringir el estado de sitio, garantizar las libertades civiles del individuo y, finalmente, proteger a las otras dos ramas del gobierno de la excesiva autoridad del Poder Ejecutivo. Aparte de estos asuntos políticos, al gobierno se le atacaba también por poner peligrosamente en ruina la economía con sus recientes reformas monetarias y crediticias. Se le atacaba tanto por los monopolios industriales permitidos por el gobierno, como por los onerosos sistemas de tributación. Finalmente, se incluía un breve párrafo pidiendo reglas de legislación social para la clase media y una plataforma nacionalista para estimular el crecimiento de un capital nacional que se opusiera al foráneo.[34] El programa republicano,

---

32 Alvéstegui, 1957, p. 309 y ss; 1959, pp. 7-8.

33 Cornejo S., 1949, pp. 73-74.

34 *Ibid.,* pp. 71-81. En cuanto a la legislación social, se propuso «leyes sobre salarios, jornada y accidentes de trabajo. Leyes de protección a la infancia. Protección especial de la raza indígena y amparo de su propiedad territorial. Reforma de la legislación, adecuándola al estado social, moral e intelectual de la república».

aunque remodelamiento del famoso programa de Camacho para el Partido Liberal, contenía un importante anticipo de lo que estaba por venir en estas últimas dos posturas.

Pero, aunque estas nuevas ideas fueron sumergidas en las clásicas afirmaciones del *laissez faire* del liberalismo, como claramente observó Salamanca, este nuevo partido era «un partido que había emanado de la necesidad de las cosas y no de la anticipada violencia de las teorías». Tal «necesidad de las cosas» fueron los hombres que se encontraron excluidos del poder político por una u otra razón, los leales doctrinarios del partido montista, que ahora buscaban ganar poder político a través de otras rutas. Mientras esta fue la clásica norma de «entradas» *versus* «salidas», también se basaba en la verdadera estructura del sistema político de Bolivia de ese tiempo, que se prestaba a sí mismo para desarrollar el personalismo político y el faccionalismo, y la perpetuación del dirigente caudillo faccional en sus funciones, mediante el control de la maquinaria electoral. En tanto que todos los dirigentes políticamente activos provinieran del mismo antecedente socioeconómico, tenía que cesar el dominio de la personalidad sobre la ideología. Cuando cada grupo opositor pudiera persistir en la legalidad como su bandera, mientras estuviera fuera del poder, naturalmente esto sería seguido, a su turno, por la usurpación del poder y la destrucción de los embustes legales cuando lograse el poder. La única verdadera meta del partido era ganar la función pública, y una vez logrado esto mantenerse en ella a toda costa. De este modo, en esos tiempos, todos los grandes defensores de la constitucionalidad se convirtieron en severos tiranos, a su propio turno, cuando asumieron la función pública, y con la reintroducción de un sistema viable bipartidista en la política boliviana, también habían reintroducido la práctica del cambio gubernamental mediante la revolución, en lugar de las ánforas, aunque el resultado jamás afectó básicamente a las instituciones económicas y sociales fundamentales. Nadie puede negar que, en este periodo de la historia política boliviana, hubo algún compromiso armónico de ideologías –sea regionalismo, anticlericalismo o intereses comerciales *versus* mineros–, pero estas armonías fueron halladas en ambos partidos y, en comparación con los últimos periodos, cuando surgieron nuevos grupos socioeconómicos aspirantes al poder, se expresaron en las clásicas pautas ideológicas de Europa, aunque, junto con el radicalismo e indigenismo americano, estas primeras distinciones resultaban relativamente diferentes.

---

*Ibid*., p. 80.

Con el retorno al sistema bipartidista en Bolivia, a fines de 1914 y principios de 1915, se desarrolló un modelo estructural de violencia electoral único en Bolivia. Como Bolivia aún no había adoptado el sistema de elecciones secretas, estas se realizaban en las plazas centrales de cada ciudad, donde los electores llevaban sus papeletas abiertamente a las urnas electorales. Por lo tanto, si un partido podía evitar que los electores contrarios ingresaran a la plaza para depositar su voto o impedir que los miembros de la oposición formaran parte de las juntas electorales, ese partido podría convenientemente arreglar las elecciones en su favor. Dada esta posibilidad y el limitado número de sufragantes, que correspondía a un pequeño número de clases blancas, altas y medias, y los más adelantados cholos y comerciantes, la violencia y la intimidación vino a ser útil instrumento para todos los que recurrían a este sistema. Tanto liberales como republicanos organizaron sus propias pandillas o clubes, formados por cholos de la clase baja urbana y financiados por el dirigente partidista local, cuyos centros eran las *chicherías* o pequeñas tabernas, y cuya única tarea era la de organizar manifestaciones de masas en los días de la campaña, e impedir físicamente que la oposición llegara a las urnas el día de las elecciones. Se registraron violentos choques entre estos grupos y sus opositores, y entre republicanos y la policía local, y cada elección, desde 1914 en adelante, tenía sus complementos de muertos y sangrientas escenas. De todas las ciudades de la nación, solamente La Paz era relativamente inmune a este patrón, dado el gran número de votantes protegidos por la presencia del cuerpo diplomático; pero, aún allí, los clubes locales o «secciones obreras» de los dos partidos eran cuidadosamente mantenidos para usarlos en las manifestaciones populares. A pesar de que todos los legisladores hablaban de elecciones constitucionales y pacificas, los republicanos tenían acceso pleno a este sistema, y aun Daniel Salamanca, supuestamente el más honesto y correcto de los políticos, se dice que sostenía bajo su propio peculio un club en Cochabamba.[35]

Con el aumento de la depresión interna y el rompimiento del comercio externo, desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial, Montes también actuó rápidamente, tanto en la esfera económica como en la política. Postergó la restricción de emisión de moneda por varios años más, y también declaró la moratoria nacional y la suspensión temporal de los pagos bancarios en oro, para evitar su fuga. A pesar de estos reveses en sus reformas de 1914 y 1915, Montes, eventualmente, tuvo éxito en el

35 Céspedes, 1956, pp. 42-43.

establecimiento del más grande control que fue inmediatamente beneficioso para la economía nacional.[36] Y cuando la depresión de preguerra rápidamente cedió al auge más grande en el precio internacional de los metales, en 1917, Montes pudo gozosamente anunciar al Congreso que Bolivia, en el año anterior, por primera vez en su historia, finalmente había logrado pasar la marca de 100.000.000 de bolivianos en sus exportaciones nacionales.[37] De esta manera, con la temporaria remoción de la más irritante pieza de la legislación económica y la repentina ola de prosperidad, Montes pudo reducir algo del descontento económico que había dado lugar al surgimiento del Partido Republicano y continuar discretamente su gobierno en el poder, a pesar de algunos éxitos de los republicanos en las elecciones municipales de 1915, 1916 y 1917, más el asiento de algunos de sus dirigentes en el Congreso.

Frente a un presidente implacable que aceptaba a regañadientes su existencia, y con el regreso de la prosperidad, 1916 fue un año difícil para el nuevo partido. En las elecciones congresales de mayo de 1916, solamente tres republicanos fueron elegidos a la Cámara de Diputados y ninguno al Senado. Incluso Salamanca tuvo que renunciar a su candidatura al Senado por Cochabamba, su puesto tradicional, y fue candidato a diputado ordinario por La Paz para ganar la curul.[38] A pesar de este bajo principio y la eliminación de uno de los principales instrumentos de propaganda del partido, con la nueva política económica del gobierno, 1916 fue importante año para la organización, porque, en febrero, el Partido Republicano, bajo la dirección financiera de Bautista Saavedra, tuvo éxito en establecer su propio periódico oficial, *La Razón,* dirigido hábilmente por uno de los jóvenes más enérgicos del partido, David Alvéstegui. Fundado en oposición al dominante diario liberal, *El Diario* (organizado en junio de 1904 por el montista y exministro de Gabinete, José Carrasco), *La Razón* pronto se convirtió en influyente manipulador de la opinión pública y el principal punto de sustentación del Partido Republicano en esa y otras épocas.[39] Al segundo congreso del partido, que tuvo lugar en La Paz, en octubre de ese año, asistieron unos 124 delegados de todas las regiones

36 Peñaloza, 1954, pp. 62-63.

37 Ascarrunz, 1917, vol. II, p. 344.

38 Alvéstegui, 1959, pp. 73-75.

39 *Ibid*., p. 157.

de la república, recibiendo también, el partido, la adhesión de varias influyentes personalidades políticas.[40]

El tema dominante de la convención, así como de la política nacional de ese tiempo, fue la sucesión presidencial. Renuente para abandonar su control de hierro, Montes dudó largo tiempo para escoger a su sucesor. Finalmente nombró al importante banquero y relativamente nueva y desconocida figura política, José Gutiérrez Guerra, como candidato de su partido.[41] Por su parte, los republicanos escogieron a un importante terrateniente meridional y médico, José María Escalier, quien ejercía su profesión en Buenos Aires; Escalier tenía importantes conexiones sociales en toda la república y fue elegido por los republicanos como un independiente que podría atraer amplio margen de respetables votos. Pero el resultado, a pesar de los tremendos esfuerzos de los republicanos en estas elecciones, en las que por primera vez presentaron candidatura presidencial, fue una conclusión decidida de antemano. En las violentas elecciones de mayo, Escalier fue derrotado por 73.000 votos contra 9000.[42]

Con los liberales controlando fácilmente la presidencia, los republicanos comenzaron a buscar un nuevo «asunto» que pudiera levantar a la nación. Debido a esto, apresuradamente, se lanzaron sobre el tema de un crimen, cuando, en junio de 1917, el más antiguo y principal estadista del partido, general José Manuel Pando fue asesinado en un viaje de su hacienda a La Paz. Mientras, al principio, surgían dilemas sobre lo que realmente había sucedido, si había sido un accidente o deliberado homicidio, la forma totalmente chapucera con que había manejado este asunto el régimen de Montes, y su marcada hostilidad contra Pando aun después de muerto, rápidamente estimuló a la oposición para que se le acusara de asesinato político. Dada la popularidad del expresidente y héroe del Pacífico y de la guerra del Acre, parecía un buen asunto, y los republicanos lo usaron para todo lo que creían importante, especialmente, después de su riguroso tratamiento en las recientes elecciones. En agosto de 1917, cuando se reunió el nuevo Congreso y comenzó la nueva administración, el caso de Pando estuvo solo en sus comienzos. Con sus once diputados elegidos en la Cámara Baja, los republicanos estaban preparados para llevar al extremo este asunto y, en un movimiento sorpresivo, acusaron a Montes del crimen. El 5 de diciembre,

40 *Ibid.,* pp. 103-105.

41 Sobre la carrera de Gutiérrez Guerra, véase Paz Estenssoro, 1945, pp. 50-60; Alvéstegui, 1959, pp. 97-102.

42 Alvéstegui, 1959, pp. 103-111, 113-129.

justamente antes de que Montes viajara a Europa, este se presentó ante el Congreso y en una tensa atmósfera defendió su gobierno y sus acciones. Mientras tanto, fuera del palacio legislativo chocaban tropas y chusmas republicanas, con una veintena de muertos y heridos, en tanto que el fuego de las armas constantemente interrumpía la oratoria del viejo caudillo. El gobierno reaccionó ante la violencia del populacho exiliando a Saavedra, junto con Alvéstegui y su personal de periodistas, en un obvio intento de silenciar *La Razón.* Con el retiro de la minoría, del acto parlamentario, en el voto final de acusación solamente se registraron cuatro votos en contra de Montes, y estos cuatro votos eran de liberales.[43]

Con este episodio, Montes dejó finalmente el escenario de la política nacional y, bajo la nueva administración de José Gutiérrez Guerra, se hicieron algunas concesiones a las demandas republicanas. A principios de 1918, la administración firmó una serie de pactos interpartidistas en los que se garantizaban las elecciones libres. Estos pactos fueron respetados por los liberales y, en mayo de 1918, las elecciones congresales fueron las más libres, aun con la participación del Partido Republicano. Pero este partido, con su programa moderado y la falta de planes bien definidos, actuó pobremente y solo obtuvo diez asientos en el Congreso.[44] Mientras parecía que los republicanos podían mantener su propio partido bajo la dirección dividida de Escalier, Salamanca y Bautista Saavedra, parecían incapaces de convertirse en partido mayoritario. Tanto el asunto bancario como el caso de Pando no fueron suficientes para romper el poder de los liberales, y aun con una poderosa prensa e imprenta, y líderes nacionales importantes a su favor, el nuevo partido encontraba dificultades en su curso, con nuevas deserciones de sus filas, que crecían cada año que el partido permanecía fuera de las funciones públicas.

A fines de 1918 se hizo un nuevo intento para resucitar el perenne asunto del antiguo litoral, con todas sus facetas emocionales. Apelando a la Liga de las Naciones, para garantizar los derechos de Bolivia al mar, que estaban apoyados en una parte importante del programa de catorce puntos de Wilson, los republicanos demandaron que el gobierno obtuviera la completa reintegración de todo su territorio costero perdido frente a Chile.[45] La administración de Gutiérrez Guerra tardó en responder a estos ataques, y todo el público se agitó profundamente sobre este asunto, ya

43 *Ibid.,* pp. 141-156; Alcázar, 1957, pp. 190-197.

44 Alvéstegui, 1959, pp. 171-176.

45 *Ibid*., pp. 179-186.

cargado emocionalmente, y demandó la inmediata negociación con el gobierno de Wilson. Finalmente, Gutiérrez Guerra, accediendo a la presión, invitó a los partidos Republicano y Radical a unirse a los liberales en un «gabinete de coalición nacional» (es decir, un gabinete formado por todos los partidos existentes).[46]

Con esta actitud y el desarrollo de una activa campaña diplomática, el asunto perdió la mayor parte de su potencia y, antes de que pasara mucho tiempo, los republicanos se dieron cuenta de que muchos de sus principales dirigentes se negaban a apoyar la posición extremadamente irredentista del *reivindicacionismo,* como fue llamado este movimiento. Para marzo de 1919, este asunto se había apaciguado tanto que Gutiérrez Guerra pudo disolver el gabinete de colación nacional y retomar al gobierno exclusivo del Partido Liberal.[47]

Mientras el gobierno encontraba fácil evitar la oposición republicana, prácticamente en cualquier asunto de importancia, el nuevo tono de moderación de la administración de Gutiérrez Guerra empezó a causar un profundo cisma en el Partido Liberal, anteriormente monolítico y dominado por el montismo. El gobierno también se vio seriamente enredado, en ese entonces, con Simón I. Patiño, y estos dos asuntos dividieron profundamente al partido. En 1912, Patiño había comprado del gobierno el monopolio de importación de alcohol, y en 1918 solicitó una reducción de su renta anual al gobierno para ese privilegio. En la mitad de estas negociaciones, caducó la concesión y Patiño introdujo alrededor de 80.000 latas de este producto después de que había pasado la fecha de expiración. El gobierno calificó este hecho como acto de contrabando y, después de largos litigios, multó a Patiño con 1.500.000 bolivianos. Mientras Patiño, eventualmente, ganó en la Corte Suprema la retractación de la multa, aparentemente había desarrollado una extrema antipatía hacia el gobierno anteriormente amigo, por lo menos las acciones de su principal empleado en Bolivia, Arturo Loayza, parecían indicar esto. Para fines de 1918, en las sesiones del Congreso apareció un grupo de oposición dentro de las filas del liberalismo, que la prensa popular empezó a denominar como grupo *patiñista.* Sin una ideología claramente

46 El Partido Radical fue originalmente un grupo de intelectuales de La Paz, aunque tímidamente apoyado en toda la nación. Fue fundado a principios de la década de 1910, por Franz Tamayo, Tomás Manuel Elío y Daniel Sánchez Bustamante. Para 1918, solo Bustamante permanecía en el partido, siendo su jefe y prestigiándolo con su programa, que tenía la esencia y el estilo progresista del liberalismo. Véase Sánchez Bustamante, 1918; Francovich, 1956, p. 31.

47 Alvéstegui, 1959, pp. 186-192.

definida, este grupo de senadores, dirigidos por José Antezana, se arrogó para sí la pureza de los principios liberales, pero en la práctica realmente parecía intentar la destrucción del apoyo parlamentario al gobierno de Gutiérrez Guerra. A principios de 1919, intentaron remplazar al primer vicepresidente, Ismael Vásquez, como presidente del Senado, cuando este asumió el cargo de ministro de Gobierno. Pero el rechazó de Vásquez del nombramiento ministerial y su inmediata reincorporación al Congreso evitó esa acción de desplazamiento. El siguiente paso de ese grupo fue pedir el receso del Senado, alegando ataques a sus miembros por parte de *La Razón,* pero una coalición de republicanos y liberales progobiernistas impidió la maniobra. Frustrados en sus intentos, los patiñistas, para fines de 1919, eran lo suficientemente fuertes para interpelar al Gabinete liberal y, después de enconados debates, tuvieron éxito en censurar al Gabinete y llevarlo a su caída –el primer incidente que había ocurrido en los veinte años de la historia del gobierno liberal. De acuerdo con el ministro de Hacienda, José Luis Tejada Sorzano, principal defensor del Gabinete en ese debate, la caída del Gabinete no ocurría «por haber ofendido a la Constitución o las leyes; caía por el estruendo de 80.000 latas de alcohol, introducidas de contrabando por una gran empresa minera». Tejada Sorzano también acusó a la facción patiñista de pretender incluir a Arturo Loayza, administrador del imperio Patiño, en las listas de la candidatura presidencial liberal para las elecciones de 1921.[48]

Mientras ocurrían estas disensiones en las filas del Partido Liberal, el Partido Republicano también experimentaba agudas divisiones entre sus dirigentes. Demostrando hostilidad a las acciones del partido sobre el asunto del litoral y, cansado de la inconsciente usurpación de Escalier de su propia autoridad, Salamanca, en el tercer congreso nacional del partido que tuvo lugar en La Paz, en noviembre de 1919, renunció a su cargo de jefe del partido y, supuestamente, se retiró a la vida privada. Después de un periodo de indecisión, fue elaborado un plan de compromiso entre dirigentes, como resultado del cual Escalier devino en ser jefe del partido y Saavedra, su director, en las ausencias anuales de Escalier a la Argentina. Hubo también creciente acción revolucionaria en las filas del partido, como único camino para llegar al poder. A pesar de las divisiones del Partido Liberal, el gobierno fácilmente mantenía en funciones a sus adherentes, elección tras elección, y a pesar de su revocatoria de libertad electoral para la oposición republicana, sus sangrientas represiones no

48 *Ibid*., pp. 244-248; Céspedes, 1956, pp. 61-64.

engendraron ninguna reacción del público, que mostraba una gran apatía. En las elecciones municipales de 1919, los republicanos presentaron listas completas de candidatos, únicamente para ver que el gobierno dominaba enérgicamente los resultados con mucho derramamiento de sangre, especialmente en Oruro. A pesar de que las prácticas políticas del Partido Republicano, durante todo este periodo, fueron presentar candidatos en cada elección, sin importarle los resultados, esta política parecía no lograr nada y, de ahí en adelante, los miembros más radicales pidieron un nuevo acercamiento. El dominio de esta nueva tendencia de pensamiento fue revelado después de estas elecciones, cuando Saavedra acusó al gobierno de brutalidad, y aun el habitualmente pacífico Salamanca, en su discurso parlamentario de retiro, advirtió al gobierno que la oposición no podría aceptar por más tiempo esa política de represión y acudiría a medios ilegales para cambiar ese estado de cosas.

En febrero de 1920, Escalier y Saavedra se reunieron en Oruro para decidir la futura estrategia del partido, y fue allí donde acordaron presentarse una vez más en elecciones nacionales, al mismo tiempo que trazaron los planes para la creación de pequeños comités revolucionarios en las principales ciudades. Para Saavedra y otros principales dirigentes, tenía que escogerse entre revolución o disolución del partido y convencieron a Escalier de que era necesario realizar algún tipo de acción. Entre tanto, el gobierno se adelantó al argumento de la facción revolucionaria cuando, en marzo de 1920, el periódico del partido, *La Razón,* fue completamente destruido por el populacho liberal con el tácito apoyo del gobierno de Gutiérrez Guerra. En reacción a este acto, el partido declaró que se abstendría en las elecciones congresales de mayo de 1920, lo que constituía una declaración abierta del intento revolucionario. La fuerte facción de Salamanca en el partido, sin embargo, se negó a aceptar esta decisión y los comités de Oruro y Potosí presentaron listas completas de candidatos, incluyendo el nombre de Salamanca por Oruro, y a ambos grupos les fue bien. Este trastorno interno encolerizó a Escalier, quien amenazó con renunciar y separar al partido con ello. No obstante, la conspiración se desarrolló rápidamente bajo la dirección de Saavedra, quien ahora, de hecho, se convirtió en el dirigente activo del partido.[49]

49 Alvéstegui, 1959, p. 193 y ss. Tan importante se hizo Saavedra en ese periodo de conspiración, que el comité de Oruro, leal a Salamanca, envió un representante a La Paz para pedirle a Saavedra que se retirara de la jefatura activa, sosteniendo que el ejército le era hostil y, por lo tanto, no participaría en la revuelta. Como podría esperarse, Saavedra no estuvo dispuesto a abandonar su nueva dominante

A pesar de toda esta conspiración casi abierta, el gobierno parecía indiferente a los conspiradores y estaba firmemente convencido de que el Partido Republicano jamás podría seguir con tal esquema hasta su conclusión. Los liberales creían en su invencibilidad después de veinte años en el poder y, a pesar de los recientes signos obvios de división, estaban tan completamente convencidos de la estabilidad y desinterés del ejército, que Montes y sus sucesores cuidadosamente habían entrenado, que creían, por lo tanto, que psicológicamente era incapaz de subvertir un gobierno constitucional. También era aparente, para los observadores del gobierno, que la división exhibida por el Partido Republicano, especialmente por la desobediencia de Oruro y Potosí, indicaba el comienzo de una mayor división en sus campos opositores.[50]

Pero no solamente la conspiración de Saavedra estaba obteniendo marcado éxito, sino también el clima económico de la nación estaba creando, al mismo tiempo, serias tensiones. Debe tenerse en cuenta que, con el éxito económico de los veinte años de régimen liberal, se habían creado nuevas fuerzas económicas y sociales que no existían en los días menos sofisticados de la oligarquía conservadora. A principios de 1910, Bolivia había llegado a la posición de ser la segunda productora más grande de estaño en el mundo, con algo así como el 20% de la producción mundial.[51] Esto significaba una constante expansión exportadora y, de 1900 a 1920, el valor del estaño se elevó de 14.660.000 bolivianos a 122.200.000 bolivianos.[52] Mientras tanto, el peso boliviano se mantenía firmemente.[53] Comparable a este crecimiento en el valor total de las exportaciones del estaño, fue el crecimiento en el valor total de las exportaciones nacionales que se elevaron de 35.600.000 bolivianos a 156.000.000 bolivianos, o

posición conspiratoria, la que continuó discretamente bajo su dirección. Carrasco, 1961, pp. 125-126

50 Alvéstegui, un importante conspirador, narró un episodio cuando él se encontró con el ministro de Gobierno, Julio Zamora, en un viaje a Buenos Aires, y el ministro no solamente sabía que el objeto de ese viaje era el de comprar armas, sino que también le informó a Alvéstegui que «puedo darles a los republicanos todas las armas que deseen, con la seguridad de que ellos jamás podrán llevar a cabo una revolución contra nosotros». Alvéstegui, 1959, p. 255.

51 López Rivas, 1955, p. 23.

52 *Ibid.,* pp. 12 y 49. Estas y las siguientes cifras han sido tomadas redondeándolas al más próximo centenar.

53 Peñaloza, 1954, pp. 233-234. Este récord de veinte años de estabilidad monetaria fue uno de los jamás igualados en el siglo xx.

sea un alza del 431% en esos veinte años.[54] Junto con el desarrollo de la industria del estaño, y la propagación de la prosperidad en los centros urbanos, sobrevino también el crecimiento de importantes industrias ligeras en las ciudades de La Paz, Oruro y Cochabamba.

El resultado de este fantástico progreso en el sector privado de la economía fue el crecimiento de la población y el formidable incremento de la urbanización. Considerando que, en 1900, La Paz tenía un estimado de 70.000 habitantes, para 1920, la ciudad había crecido a 115.000 habitantes,[55] con el simultáneo crecimiento proporcional experimentado en todas las principales ciudades. Con los veinte años de paz y progreso del régimen liberal, vino la modernización de las ciudades. Se habían proyectado los primeros caminos pavimentados, sistemas de alcantarillado y agua potable, y se llevó a cabo un completo programa de obras públicas que colocaron a las ciudades bolivianas en los estándares de organización e higiene del siglo xx. Se construyeron en toda la nación teléfonos, telégrafos, caminos y vías férreas y, para 1920, los liberales casi habían completado la construcción de la red ferroviaria que se había empezado con Arce. Finalmente, por primera vez, se estableció un sistema efectivo de educación primaria libre en Bolivia, aunque exclusivamente confinado a las regiones urbanas, brindando a estas masas su primera y verdadera oportunidad de obtener educación. Como resultado de estas nuevas condiciones educativas y económicas, surgió también por primera vez una clase media, consciente de sí misma, dentro de la sociedad boliviana, que era ilustrada y que participaba de la cultura occidental, estando considerablemente por encima de las masas de cholos.

Pero este remplazo embrionario del sistema de castas por un sistema de clases desarrolladas en las ciudades de Bolivia no fue una simple bendición, porque, con el desarrollo de la clase media, emergió un proletariado urbano, a menudo analfabeto y completamente absorbido dentro del sistema nacional. Con el avance de la industria ligera y de la minería pesada, el crecimiento de los servicios gubernamentales y, lo más importante, con el desarrollo de la red de comunicaciones y transportes, llegó a existir un nuevo salario para el trabajador de tipo industrial. Y con esta emergencia, casi exclusivamente confinada a las zonas urbanas y mineras, ahora aparecía en el escenario boliviano un moderno movimiento laboral.

---

54 López Rivas, 1955, pp. 10 y 45. Siempre manteniendo un favorable balance de comercio, las importaciones de Bolivia, desde 1900 hasta 1920, se elevaron firmemente, de 13.300.000 bolivianos a 63.300.000 bolivianos.

55 Averanga Mollinedo, 1956, p. 33.

A diferencia de sus vecinos más avanzados, Bolivia había experimentado una evolución lenta y retardada en su movimiento laboral. Antes de 1900, Bolivia contaba con muy pocos obreros industriales y la mayoría abrumadora de artesanos no se encontraban organizados. Las pocas organizaciones laborales que existían eran del tipo de hermandades artesanales y sociedades de ayuda mutua, que tenían poco impacto en los pocos obreros organizados.[56] Pero, con el resurgimiento de la industria minera y los veinte años de paz y prosperidad bajo el régimen liberal, esta simple pauta industrial empezó a cambiar, dando paso a una pequeña, pero importante fuerza de trabajadores industriales en los centros urbanos. Fue inevitable, por lo tanto, que estos nuevos obreros, con su gran participación en la sociedad y poseyendo mayor habilidad técnica, probaran constituir un terreno fértil para la política radical y la filosofía social.

Largamente demoradas, como eran todas las ideas que provenían del exterior, el socialismo, el anarquismo y el sindicalismo empezaron a llegar a Bolivia en la primera década del siglo xx. En este periodo, aparecieron los primeros periódicos efímeramente radicales y laboristas, los cuales, aunque con limitada circulación y publicación irregular, iniciaron, sin embargo, la larga historia de la educación radical de las clases trabajadoras de Bolivia.[57]

El primer resultado concreto de este nuevo conocimiento fue la creación, en 1905, de la primera unión de estilo moderno, o sindicato, en Bolivia, que fue organizado entre los trabajadores gráficos de La Paz.[58] En 1906 y 1907, también surgió el primer intento de sindicalización minera en los centros de Tupiza y Potosí, después de una serie de graves desastres mineros.[59] Pero, por la poderosa oposición de la empresa y el hecho de que la mayoría de los mineros eran empleados libres por temporadas, porque pertenecían a las comunidades indígenas y fácilmente se reincorporaban a sus tierras, se hizo imposible una organización permanente en gran escala, y no fue sino hasta 35 años después, que los centros mineros, finalmente, fueron sindicalizados.

La dirección del movimiento laboral, en embrión, fue dejada a los sindicatos urbanos aliados con la hermandad vitalmente importante de los ferroviarios. El primer intento de una actividad intersindical se produjo, en

56 Lora, 1963, capítulo 1.

57 Barcelli S., 1956, pp. 47-57; Canelas López, 1946, pp. 69-70.

58 Barcelli, 1956, pp. 60-61; W. Álvarez, 1952, p. 95.

59 Barcelli, 1956, pp. 61-63; Canelas López, 1946.

1908, con la organización, aunque de escasa vida, de la Federación Obrera de La Paz. La federación, controlada en gran medida por artesanos, recibió el apoyo temporal del gobierno liberal, que esperaba emplear su influencia entre los trabajadores y aun eligió un diputado al Congreso. Pero cuando la federación y sus delegados demandaron del gobierno la aprobación de una ley de compensación por accidentes de trabajo, el Partido Liberal les retiró su apoyo. El diputado no fue reelegido al Congreso y, con el retiro del respaldo del Partido Liberal, esta federación perdió su influencia, dejando al movimiento laboral temporalmente sin dirección central.[60]

Pero el movimiento laboral tomó nueva vida al finalizar la primera administración de Montes, con el impacto de la prosperidad incrementada bajo el gobierno de Villazón. El 1 de mayo de 1912, los sindicatos de trabajadores y las hermandades de artesanos de La Paz tuvieron éxito al organizar el primer desfile del Día del Trabajo en Bolivia y, poco tiempo después, remplazaron a la difunta Federación Obrera de La Paz por la Federación Obrera Internacional, que, a diferencia de su predecesora, estaba originalmente compuesta por un nuevo tipo de modernos sindicatos; como consecuencia, la federación adoptó decididamente un tono de conciencia de clase y evitó verse envuelta con los partidos políticos existentes.[61] La Federación Obrera Internacional llegó a fundar en Bolivia el primer periódico reconocidamente obrero, *Defensa Obrera,* que pronto inició una campaña para lograr el día laboral de ocho horas y, circunstancialmente, atacaba en sus columnas a las altas clases intelectuales, como Franz Tamayo y Tomás Manuel Elío.[62] Finalmente, en 1912, los trabajadores de la extremadamente importante red ferroviaria organizaron con éxito su primer sindicato local, la Sociedad Mutualista Ferroviaria de Oruro.[63]

Una nueva etapa de desarrollo se produjo en estos primeros años, con el impacto de la Primera Guerra Mundial. La nueva generación de líderes sindicales, ahora, comenzó a tener contacto íntimo con los movimientos laborales más avanzados de otros países, principalmente Chile, de cuyas fuentes recibieron una importante nueva inyección ideológica y de habilidad organizativa que muy pronto empezaron a aplicar en Bolivia.[64] En 1914, los ferroviarios, gráficos y otros trabajadores organizaron las

60 Barcelli, 1956, pp. 64-66.

61 M. Álvarez, 1937, pp. 35-36.

62 Barcelli, 1956, pp. 65-68.

63 *Ibid.,* p. 72.

64 Poblete Troncoso, 1946, p. 95; Lora, 1963, pp. 2-3.

primeras federaciones de gremios en las capitales de departamentos, primero en Oruro y luego, en 1916, en Potosí y, en 1917, en Cochabamba. En 1918, la Federación Obrera Internacional fue remplazada por la Federación Obrera del Trabajo (FOT). Esta federación de La Paz, a diferencia de sus dos predecesoras, asumió un carácter permanente después de su fundación y fue una de las principales fuerzas dentro del movimiento laboral boliviano, desde sus comienzos. Finalmente, en 1918, los trabajadores ferroviarios se sintieron lo suficientemente fuertes para organizar todo el sistema ferroviario boliviano en una poderosa confederación, la Federación Ferroviaria de Oruro que fue el primer sindicato nacional organizado.[65]

En las cruciales regiones mineras, donde residía el grueso de la fuerza laboral industrial, sin embargo, la actividad sindical fue frustrada por una rigurosa represión. Las huelgas mineras de los años 1917 y 1918 fueron aplastadas por las tropas del ejército y la policía. La única fractura en este sombrío cuadro fue el desarrollo aislado de la mina de Huanuni, de Patiño, en la cual los mineros, en noviembre de 1919, mediante notable demostración de solidaridad, combinada con la indecisión gubernamental, tuvieron éxito en lograr el día laboral de ocho horas. La participación del gobierno, como mediador en esta solución, señaló el primer gran cambio en la actitud tradicional del gobierno hacia el movimiento laboral nacional. Aunque este cambio fue motivado más por los inmediatos problemas políticos que por cualquier cambio de importancia en el pensamiento socioeconómico por parte de los dirigentes de la nación, fue un importante primer paso que los gobiernos posteriores seguirían tentativamente.[66]

Pero, mientras los mineros permanecieron largamente desorganizados, hubo un gran oleaje de acontecimientos entre los otros trabajadores industriales y del transporte, en el periodo de 1914-1920, y para este último año se habían establecido los cimientos para los sorprendentes adelantos del movimiento, labor que se cumpliría en la década de depresión que se avecinaba.

Esta nueva fuerza laboral encontró su expresión a principios de 1920, con una ola de importantes huelgas. En febrero de 1920, el gobierno fue obligado a emplear las tropas para desbaratar una huelga nacional ferroviaria promovida por la Federación Ferroviaria de Oruro[67] y, a fines de junio de 1920, se produjo otra huelga nacional de los telegrafistas, contra

65 Barcelli, 1956, pp. 72-73; Álvarez, 1952, pp. 95-96; Álvarez, 1937, p. 36.

66 Barcelli, 1956, pp. 74-80.

67 *La Razón,* 6 de febrero de 1920, p. 5.

el Estado que operaba las líneas de su propiedad. Esta huelga agitó bastante al gobierno, quien negó el derecho a los empleados públicos para organizarse y, rápidamente, maniobró para destruir al sindicato, empleando tropas, como rompedoras de huelgas, por varios días, en varias ciudades de la república, en un esfuerzo que tuvo éxito para quebrar la huelga.[68]

Al tiempo que estas huelgas y el empeoramiento de la situación económica empezaron a dominar la atención pública, la conspiración del republicanismo llegaba a su culminación. Aun así, y a pesar de estos signos de descontento social y económico, agitación política y conspiratoria, el gobierno fue tomado completamente fuera de guardia, cuando, en la mañana del 12 de julio de 1920, los republicanos se levantaron en una bien coordinada revuelta en La Paz y otras importantes ciudades de la nación. En pocas horas fue completada la operación total y el gobierno de Gutiérrez Guerra cayó sin derramamiento de sangre.[69] De esta manera, 21 años de gobierno liberal llegaron a su fin, casi como en una derrota electoral, pacífica y eficientemente elaborada. Nuevos nombres y nuevas personalidades emergieron en los años sucesivos, pero los fundamentos puestos por el liberalismo, de 1899 a 1920, sobrevivieron intactos por otra década.

68 *El Diario,* 19 de junio de 1920, p. 1, y 29 de junio de 1920, p. 1.

69 Carrasco, 1961, pp. 127-131.

# III
# La era republicana: Saavedra

Inicialmente se mantuvo la continuidad de las instituciones políticas y las estructuras del poder, a pesar de la revolución de julio de 1920. El programa de los republicanos era esencialmente el mismo que el de los liberales, e incluso los lemas revolucionarios que los republicanos proclamaban en 1920 eran similares a aquellos proclamados por los liberales en 1899. Representando tanto a los jóvenes políticos que buscaban progreso, como a los viejos políticos desplazados por el doctrinarismo liberal, el nuevo partido tenía sus raíces en las mismas clases socioeconómicas de su predecesor y buscaba la inspiración teórica en la misma filosofía positivista del liberalismo. Aun la oposición reconoció este hecho esencial de homogeneidad en la escena política, y el editorial del periódico del Partido Liberal, poco después de la revolución de julio, afirmó que:

> […] en la actualidad los partidos [que] están en lucha son mezcla de hombres de diferentes escuelas políticas, no son partidos homogéneos, sus programas son más o menos, los mismos, sin gran diferencia. De aquí que los hombres políticos creen tan igual estar en el Partido Liberal, en el Republicano o en el Radical.[1]

Dado este antecedente, se esperaba que el repentino ascenso al poder del Partido Republicano trajera un flujo de nuevos hombres y reforzara mucho al anterior partido minoritario. Pero el derrocamiento de la oposición también creó nuevas disensiones internas para los republicanos, las divisiones, previamente moderadas, fueron acentuándose repentinamente. Como la necesidad de unificación frente a un enemigo ya no era

1 *El Diario,* 18 de noviembre de 1920, p. 4.

preponderante, empezaron a desarrollarse facciones alrededor de las tres principales figuras del partido: Escalier, Salamanca y Saavedra.

De los tres, Salamanca, si bien ahora estaba parcialmente en retiro, era generalmente una figura popular y bien conocida. Escalier, aunque era dirigente y primer arquitecto de la estrategia del partido, se vio, sin embargo, alejado de una continua y activa participación debido a sus largas ausencias en Buenos Aires. El tercer dirigente del triunvirato, Bautista Saavedra, fue el hombre principal de la organización del partido desde su fundación hasta la revolución de julio, una revolución que dirigió con exclusividad directa. A diferencia de los otros dos hombres, Saavedra no tenía sus bases en las clases terratenientes de las provincias, sino en los intereses comerciales y de la clase media creciente de su ciudad nativa, La Paz, a la cual había representado en el Congreso por muchos años. Aunque Saavedra había subordinado anteriormente sus intereses a los de Salamanca y Escalier, con la iniciación del movimiento revolucionario y el subsecuente derrocamiento de los liberales, asumió la dirección directa del partido y emergió como jefe de la Junta Revolucionaria.

En los primeros días del nuevo gobierno, estos tres hombres se convirtieron rápidamente en el foco de las fidelidades e ideologías en conflicto del partido, y pronto estalló una intensa lucha en el triunvirato por el control del partido y del gobierno. La Junta Revolucionaria, originalmente, incluía solamente a Saavedra y a un representante de Escalier, pero tanto Salamanca como Escalier se apresuraron a viajar a La Paz y tomar su lugar dentro del gobierno. No obstante, la desconfianza recíproca de las pretensiones de cada uno no tardó en insuflar una crisis. Aunque todos estaban de acuerdo en convocar a una nueva asamblea legislativa para establecer un gobierno constitucional, ninguno podía estar de acuerdo con quién gobernaría interinamente hasta que la convención fuera convocada. Tanto Escalier como Salamanca desechaban la idea de asumir la presidencia provisional, por temor de comprometer su propio potencial por un término de gobierno constitucional de cuatro años. Pero también ambos se negaban a permitir que Saavedra tomase tal posición, a pesar de su deseo de renunciar a su derecho de ser candidato para un periodo de cuatro años. Después de mucha discusión no pudo ser superado este estancamiento y, en lugar de establecer una presidencia provisional, las sospechas de los tres los decidieron a continuar con el régimen interino de la Junta.[2]

2 Alvéstegui, 1959, pp. 259-270.

Los tres estuvieron también en desacuerdo sobre el papel de la próxima convención. Mientras Saavedra pedía una convención constituyente para cambiar la Carta Fundamental, Escalier y su bien acomodado terrateniente meridional se oponían absolutamente a todo cambio de la Constitución de 1880. Como compromiso transaccional, Salamanca propuso un tipo de convención-congreso que elegiría al Ejecutivo y pasaría a ser Congreso ordinario para los cuatro años de duración. Se acordó que la convención-congreso, por sí misma, decidiría el asunto constitucional, y el 30 de agosto la Junta emitió un decreto de convocatoria a elecciones para el mes de noviembre de 1920, fijando la inauguración de la convención-congreso para diciembre.[3]

Una vez que se habían decidido estos asuntos básicos, la Junta quedó a cargo de Saavedra, Escalier y Juan Manuel Ramírez, de Potosí, adherente de Escalier. Escalier se hizo cargo de la prestigiosa posición de ministro de Relaciones Exteriores, Ramírez del Ministerio de Guerra y Hacienda, y, aparentemente por descuido, a Saavedra se le dio el cargo crucial de ministro de Gobierno.[4] El astuto Saavedra no fue perezoso en tomar ventaja de este arreglo, porque ahora había abandonado su pasividad ante el hecho de la hostilidad de los otros dos, y había decidido trabajar en su propio derecho a la presidencia. Nombró únicamente a sus leales adherentes para las prefecturas departamentales y otros importantes puestos del interior, y fue capaz de reunir a sus adherentes en el ejército y colocarlos en posiciones directrices, a pesar del control de Escalier sobre el ministerio.[5] Finalmente, Saavedra dio el paso poco usual de organizar una importante milicia civil conocida como la Guardia Republicana, ostensiblemente, para proteger la revolución. Pero el producto final de esta acción tenía que volcar su lealtad únicamente a Saavedra, y la Guardia Republicana fue equipada con armamento moderno superior al del mismo ejército.[6]

Respecto a la opinión pública, Saavedra también empezó a maniobrar fuertemente para lograr apoyo popular. Rechazó las impopulares leyes de imprenta del Partido Liberal, y, para contrarrestar la actitud de *La Razón*,

3 *Ibid*., pp. 281-283.

4 *Ibid*., p. 298.

5 *Ibid*., p. 303. De esta manera su principal partidario en Oruro, Hernando Siles, recibió el cargo de prefecto del departamento, a pesar del hecho de que ese departamento era plaza fuerte del salamanquismo. Carrasco, 1961, p. 131. En cuanto a la prefectura de La Paz, nombró a su íntimo amigo, Abel Iturralde. Díaz Machicao, 1954, p. 59.

6 *Ibid*., p. 61

que estaba controlada por Escalier, fundó su propio periódico, *La República*.[7] Finalmente, en un movimiento para ganar amplia base de apoyo frente a sus dos oponentes, Saavedra, el 29 de septiembre de 1920, emitió un histórico decreto reconociendo el derecho de huelga y estableciendo un formal sistema gubernamental de arbitraje.[8]

Mientras Saavedra actuaba de esta manera para consolidar y ganar respaldo para su candidatura presidencial, sus otros dos principales rivales parecían estar impotentes tanto para desarrollar su propia propaganda por el poder como para detener las ambiciones de Saavedra. No solamente fueron incapaces de ponerse de acuerdo para una candidatura, sino que también fueron incapaces de formular o ejecutar un programa popular que podría haberles dado apoyo masivo. A diferencia del criterio de Saavedra, la revolución de julio significaba para ellos meramente un cambio de personas en el gobierno, debido a que carecían de la concepción del plan alternativo para gobernar, que había sido la exposición clásica del liberalismo y de sus predecesores. Salamanca, por ese entonces, parecía que estaba particularmente desorientado y era incapaz de reunir a sus partidarios. Para septiembre, aun llegó a demandar una amnistía general para los liberales, de manera que estos pudieran presentar sus candidatos en las próximas elecciones convencionales, una demanda que los parciales del partido no recibieron con simpatía y, eventualmente, rechazaron. Poco tiempo después, renuente en apoyar a Escalier y agudamente hostil a Saavedra, Salamanca llegó al extremo de proponer un régimen de coalición «neutral» de radicales y liberales como solución temporal, y esto cuando justamente los republicanos habían empezado a saborear los frutos de la función pública.[9]

Pero todas estas complicadas maniobras fueron inútiles, y cuando la Convención se reunió en La Paz, en diciembre de 1920, en apariencia, todo el trabajo tan eficientemente elaborado por Saavedra había producido los resultados deseados, y sus partidarios representaban el bloque mayoritario en la misma. Con la apertura del Congreso, la lucha por el poder dentro del partido derivó al pleno de la Convención, y todos los

7 Alvéstegui, 1959, pp. 290, 301-302.

8 *El Diario*, 1 de octubre de 1920, p. 5. El gobierno también estableció un Instituto de Reformas Sociales, con representantes universitarios y obreros para estudiar propuestas de legislación social. Los nombramientos del gobierno para el Instituto, sin embargo, fueron de hombres con antecedentes extremadamente conservadores, y que obtuvieron la mayoría de los votos. *El Diario*, 9 de octubre de 1920, p. 5.

9 Alvéstegui, 1959, pp. 272-329.

pensamientos para redactar una nueva Constitución fueron abandonados en la concentración del único tema: la presidencia. El resultado final de esta lucha, sin embargo, nunca se puso en duda. Bajo la dirección de Abel Iturralde, José R. Estenssoro y Hernando Siles, los saavedristas triunfaron fácilmente sobre las fuerzas dispersas de sus oponentes y, el 24 de enero de 1921, Saavedra fue elegido para la presidencia.[10]

Salamanca y Escalier fueron incapaces de promover con toda efectividad sus propias candidaturas, sin embargo, estuvieron de acuerdo en su odio a Saavedra, y una vez que estuvo asegurada su victoria dentro del partido, ambos se comprometieron a destruir el partido. Inmediatamente después de las elecciones, Saavedra intentó reconciliar la creciente división y evitar que los dirigentes opositores rompieran con el partido. Tres días después de su elección, Saavedra ofreció al grupo minoritario la vicepresidencia y cuatro de los seis ministerios. Pero Salamanca no hizo nada y, en reuniones especiales con sus partidarios, recomendó no solamente el rechazo de este ofrecimiento, sino el establecimiento de una permanente oposición política, en forma de un partido independiente, contra el gobierno recientemente elegido. En principio, los diputados de la minoría no estaban completamente de acuerdo con dividir el partido, como deseaba Salamanca, y de febrero a mayo se realizaron negociaciones entre el gobierno y los dirigentes de la minoría para concretar una reconciliación, especialmente ante el hecho de un probable resurgimiento del poder de los liberales. Salamanca se opuso tenazmente a todo compromiso y, para mediados del invierno, tuvo éxito en que Escalier se uniese a su posición. Esta posición, finalmente, fue aceptada por la mayoría de sus partidarios y el 29 de octubre de 1921 fundaron, en una convención especial en Oruro, el Partido Republicano Genuino.[11]

Con la fundación del Partido Republicano Genuino, las fuerzas tradicionales de la política de la nación se encontraban ahora divididas en tres grandes partidos, cada uno con sus personalidades eminentes y con sus seguidores comprometidos. En la próxima década y media, la lucha por el poder entre estos tres partidos dominaría el escenario de la política boliviana. Ensombreciendo estas constantes luchas, estarían las dos principales personalidades del cisma original del republicanismo: Daniel Salamanca y Bautista Saavedra.

---

10 *Ibid*., p. 285 y ss.; Carrasco, 1961, p. 137 y ss.

11 *Ibid*., p. 327 y ss.

Compartiendo muchas de las cualidades y actitudes de su predecesor Montes, Saavedra fue un individuo fuerte, que proyectó un gran prestigio público y una robusta personalidad privada. Tenía cincuenta años cumplidos cuando juró a la presidencia, el 28 de enero de 1921.[12] Saavedra fue siempre un hombre experto en varias profesiones, y se encontraba aún en la mejor parte de su vida. Nacido y educado en La Paz, pasó la mayor parte de su vida en su ciudad nativa, a la cual estaba poderosamente vinculado. Había combatido por su ciudad en la revolución federal de 1898 y, después de la guerra, comenzó una distinguida carrera como profesor y académico. Como individuo de amplia ilustración, Saavedra trabajó primeramente en los campos de la historia y la sociología, y prontamente desarrolló una reputación internacional como uno de los principales eruditos de Bolivia. En las primeras décadas del siglo, publicó varios estudios sobre historia institucional, nacional y disputas fronterizas, así como su famoso estudio sobre la organización precolombina, *El ayllu*.[13]

Precisamente fue por su capacidad de letrado, que Saavedra ingresó por primera vez en el campo político. En 1903, fue elegido por el gobierno de Montes para realizar investigaciones históricas, en los archivos españoles, sobre las disputas fronterizas peruano-bolivianas. Al regresar de Europa, en tiempos del gobierno de Villazón, fue ministro de Educación por dos años y luego ocupó un cargó diplomático en Lima. Al terminar el gobierno de Villazón, en 1913, Bautista Saavedra regresó a La Paz y por primera vez presentó su candidatura para funciones electivas.

Comprometiéndose de lleno con la política, para la cual era extremadamente apto, no tardó en desarrollar por ella una pasión perdurable. Saavedra asumió una posición independiente y tuvo éxito en ganar la función pública. Reunió en torno suyo a las partes fragmentadas de los viejos y nuevos grupos hostiles al régimen, y fue el principal instigador en la organización del Partido Republicano, en 1914. De 1914 a 1920, fue jefe del importante comité partidista de La Paz, y también el segundo hombre de importancia en el partido, primero, bajo Salamanca, y luego, bajo Escalier. Fue víctima de varios aprisionamientos y exilios a manos de los liberales. De vigorosa personalidad, Saavedra rápidamente adoptó el papel de caudillo, organizando sólidos núcleos de partidarios que le permanecieron fieles hasta su muerte. Como un líder político de extraordinaria fuerza, Saavedra proyectó su sombra a través del escenario político

12 *El Diario,* 28 de enero de 1921, p. 4.

13 La edición de 1913 de esta obra tenía un prólogo sumamente laudatorio del gran historiador social español Rafael Altamira. Véase Saavedra, 1955, pp. 7-12.

de tres décadas completas del siglo xx, y, tanto en la adversidad como en la fortuna, jamás fue subestimado por sus opositores, quienes siempre temieron su retorno al poder. Al principio, sin tonos políticos distintos a los de sus predecesores, Saavedra, en sus largos años de lucha política después de 1920, llegó a identificarse íntimamente con las clases medias urbanas y artesanas de extracción chola, para constituirse en su defensor en la escena nacional.[14]

Los años de gobierno de Saavedra fueron años de tensión y rivalidades, en marcado contraste con el tranquilo régimen liberal del pasado. El hábito de la violencia revolucionaria retornó nuevamente al escenario político, mientras que el ejército y las clases medias, anteriormente aislados, empezaron a involucrarse y comprometerse más en política. En la esfera económica, una serie de cortas depresiones y graves déficits gubernamentales llevaron a la era más dinámica de expansión gubernamental y de iniciativas en obras públicas casi a su fin, y dejaron, en lugar de ello, una burocracia cada vez más restringida y atormentada, incapaz de confrontar los problemas de la nación. A pesar de todo ello, este también fue un periodo, paradójicamente, de grandes inversiones en el gobierno boliviano, y, en la década de 1920, el capital privado de Estados Unidos invirtió en servicios públicos y bonos de seguridad del gobierno en una escala jamás experimentada anteriormente. Pero la Gran Depresión y el aumento de las deudas, y la inseguridad del gobierno, convirtió este periodo en una era de angustia en el escenario internacional, puesto que la empobrecida nación empezó a ver su futuro aún más duramente hipotecado a potencias extranjeras.[15]

---

14 Alvéstegui, 1959, pp. 305-310; Díaz Machicao, 1954, pp. 83-84.

15 La era del liberalismo, con todo su progreso, había sido lograda a costa de abrumadoras deudas con el extranjero. Negándose el gobierno a imponer a la industria del estaño fuertes gabelas, los ingresos del gobierno nunca mantuvieron los amplios programas de obras públicas y, con excepción de un solo año, de los veinte del gobierno liberal, los presupuestos siempre confrontaban déficit. Aún a fines de 1920, solo el 20 por ciento de los ingresos fiscales provenían de los impuestos ligeramente gravados a la industria del estaño, que representaba más del 70% del valor de las exportaciones y cuyas ventas netas fueron tres veces y media más altas que el presupuesto nacional. Peñaloza, 1959, p. 227. Para hacer frente a sus gastos, sin recurrir a la política monetaria inflacionaria, los liberales habían solicitado préstamos del exterior, dejando algo así como 19.000.000 de dólares en deudas a los siguientes gobiernos. De esta manera, los nuevos préstamos contraídos, después de 1920, fueron usados en gran parte para reembolsar estas deudas y dejar poco para la continuación de los programas de desarrollo del gobierno. Ness, 1938, p. 102; McQueen, 1925, pp. 9-10.

La era republicana también fue un periodo de incremento de la tensión social, ya que la anterior cohesión política y social de la era del liberalismo se había roto. Las clases inferiores empezaron con obstinación a buscar su autoexpresión en todas las áreas, e incluso las generalmente aisladas masas indígenas del campo salieron, temporalmente, de su estado depresivo para demandar cambios en las condiciones prevalecientes. El incidente más dramático de esta clase ocurrió al principiar el periodo de Saavedra, cuando, en marzo de 1921, los indígenas del cantón altiplánico Jesús de Machaca se levantaron en rebelión. El cantón Jesús de Machaca, una comunidad de indios libres, empezó a ser absorbido por los latifundistas, que pretendían apoderarse de esas tierras libres mediante el uso de la fuerza gubernamental y el soborno. La construcción de caminos y ferrocarriles durante el periodo liberal hizo que esas tierras razonablemente fértiles, anteriormente aisladas del mundo exterior, estuvieran disponibles para los mercados urbanos en expansión, y pronto los terratenientes blancos y cholos se trasladaron a esa región, crearon latifundios y tomaron a los indígenas en calidad de siervos.

La rebelión, cuando se produjo, fue breve, violenta y más que típica de las revueltas sin dirección. Enfurecidas por los sufrimientos infligidos por un corregidor local, cuya inhumanidad desató toda la hostilidad reprimida hacia el cambiante entorno social, las comunidades locales se sublevaron de la noche a la mañana, y el corregidor, junto con un gran número de funcionarios y hacendados locales, fueron masacrados. Tan pronto como empezó esta rebelión, fue rápidamente contenida y las tropas del gobierno asesinaron a varios centenares de aldeanos, incendiaron, pillaron y violaron, para aplastar a estos campesinos primitivamente armados. Cuando ya se había derramado suficiente sangre, setenta «líderes» de la revuelta fueron llevados a La Paz y encarcelados.[16]

Mientras Saavedra simpatizaba con los cholos urbanos y las clases obreras predominantes, sostenía paradójicamente los tradicionales puntos de vista de la élite blanca respecto a los indígenas. En la defensa de la represión de su gobierno, Saavedra sostuvo que los indígenas no tenían motivos de queja y que su levantamiento no era una reacción ante la injusticia, sino meramente una rebelión fanática, con la intención de «restaurar el comunismo incaico» y exterminar a todos los blancos. Saavedra denunció que el tipo de gobierno de comunidad libre era reaccionario «porque mantiene un *statu quo* ominoso que impide toda tentativa de

16 Barcelli, 1956, pp. 100-103.

reforma y de progreso y mantiene latente el odio secular del indígena contra la raza blanca a la cual acusa de usurpación y de opresión».[17]

Esta fue la clásica actitud liberal del siglo XIX hacia la comunidad indígena libre, y esta opinión, universalmente sostenida, fue usada para justificar la destrucción de la comunidad y sus normas colectivas de propiedad de la tierra.

Aunque Saavedra fue coincidente con sus predecesores en el llamado «problema indígena», asumió una actitud completamente nueva hacia los trabajadores urbanos y la clase media de la nación. En contradicción con el prevaleciente *laissez faire* del liberalismo, comenzó a adoptar una nueva actitud respecto a la responsabilidad social del Estado. También empezó a ver al movimiento laboral naciente como un aliado importante en sus luchas políticas cada vez más difíciles. Saavedra pronto se encontró a sí mismo aislado de las fuentes tradicionales de apoyo, en tanto que Salamanca se negaba firmemente a todo compromiso hasta que Saavedra fuera removido. Además de esta implacable hostilidad del Partido Republicano Genuino, Saavedra también hacía frente a la enemistad natural de los liberales, y estos dos partidos le privaron del apoyo de las clases terratenientes del campo y de las tradicionales élites de los departamentos. Con la negativa de estas tradicionales fuentes del partido, Saavedra fue obligado a ampliar sus bases de apoyo para su sobrevivencia, y el camino natural para hacer esto parecía acercarse al movimiento obrero en desarrollo, por una parte, y a la floreciente clase media, por la otra, mediante la iniciación de un programa de legislación social; programa que, a la larga, sería adoptado por muchos Estados vecinos a Bolivia.

Aunque hubo algunas piadosas declaraciones sobre legislación social en el programa del partido, en 1914, y aunque la Junta había reconocido oficialmente el derecho de huelga por primera vez en Bolivia, estos no fueron temas dominantes en la política republicana hasta ese momento. Saavedra, sin embargo, volvió su atención a este nuevo campo y realizó serios esfuerzos y, casi al mismo tiempo que la oposición estaba organizando el Partido Republicano Genuino, empezó a desarrollar un gran programa de legislación social, el primero de su clase en Bolivia. A mediados de mayo, la Convención se había convertido en Congreso ordinario, y en septiembre y noviembre Saavedra presentó a ese Congreso las leyes proyectadas sobre indemnización de accidentes de trabajo, indemnización especial para enfermedades y accidentes para los mineros, un derecho

17 *El Diario*, 14 de abril de 1921, p. 5.

de huelga más amplio, legislación de procedimientos para arbitraje y, finalmente, un código para horas mínimas de trabajo. Finalmente, suavizadas por el Congreso y en muchos modos no lo suficientemente fuertes, estas leyes fueron las primeras de su clase jamás aprobadas en Bolivia, e indudablemente representaban una gran victoria para la clase obrera de Bolivia y un primer paso en lo que vendría a ser un largo y duro proceso de avance social a través de medidas legislativas.

El gobierno, bajo esta nueva actitud, también demostró una nueva tendencia a tolerar movimientos huelguísticos. En 1920-1921, una breve pero drástica depresión en los precios del estaño disminuyó el valor de las exportaciones de 112,2 millones de bolivianos, en 1920, a 42,9 millones de bolivianos, un año después.[18] Esta repentina depresión aumentó considerablemente las tensiones políticas y también trajo, como colación, gran actividad huelguística. En julio de 1921, una huelga minera en la Compañía Huanchaca empezó a tomar proporciones nacionales debido a las manifestaciones de apoyo por parte de los sindicatos ferroviarios. Actuando rápidamente, el gobierno de Saavedra intervino y, con la ayuda del ministro de Estados Unidos en Bolivia, tuvo éxito en negociar pacíficamente la solución de la huelga.[19]

Todos estos acontecimientos bajo el gobierno de Saavedra fueron más el resultado de la conveniencia política que del pensamiento social avanzado, lo que se reveló de varios modos. El gobierno, a menudo, era inconsistente en su actitud hacia el movimiento obrero y, en ocasiones, podía acudir a la drástica represión de los movimientos huelguísticos. Tampoco Saavedra intentó atacar seriamente a la alta élite, porque no deseaba que ocurrieran verdaderos cambios en las básicas relaciones socioeconómicas de la nación. En realidad, fue más allá, al lograr el apoyo a su gobierno de la segunda gran familia de los magnates del estaño, los Aramayo, enviando a Félix Aramayo, jefe de la familia, como embajador en París, y a su hijo Víctor como jefe de la delegación boliviana ante la Liga de las Naciones. Saavedra, también abiertamente, estimuló el ingreso de capitales extranjeros a Bolivia, en vasta escala, a menudo con resultados destructores.[20]

Pero a pesar de esta motivación oportunista, esencialmente política, y de lo apacible de la actual legislación y de sus actitudes, Saavedra tuvo un

18 CEPAL, 1958, pp. 10-11, cuadros 4, 5 y 6.

19 *El Diario,* 19 de julio de 1921, p. 5, y 22 de julio de 1921, p. 4.

20 Basadre, 1948, p. 658.

profundo impacto, con su nuevo tono en el gobierno, y no tardó en recibir el decidido apoyo de las masas urbanas para su gestión y este apoyo lo capacitó para gobernar con mano segura el resto de su periodo presidencial.[21]

Mientras Saavedra encontraba nuevas e inesperadas fuentes de poder en las clases media y obrera, otras personas también estaban intentando organizar a estos grupos, aunque en una forma mucho más radical. Fue en las filas de los dirigentes sindicales de La Paz que se llevó a cabo la primera tentativa de desarrollar una organización política no tradicional de alguna importancia. El 22 de septiembre de 1920, el Partido Obrero Socialista fue fundado bajo la dirección de Julio M. Ordóñez (jefe de la FOT de La Paz), Ezequiel Salvatierra, Carlos Mendoza M. y Augusto Varela (todos importantes dirigentes laborales).[22] A este Partido Obrero Socialista (POS) pronto le siguieron similares partidos en Oruro y Uyuni (el centro principal ferroviario). Aunque se basaban en el apoyo de las clases trabajadoras, las finalidades que buscaban estos partidos se referían fundamentalmente al mejoramiento del estándar de vida y de la educación de las clases bajas y obreras, mediante medidas legislativas. El título de «socialista» del partido definitivamente no era marxista.[23] Uno de los principales pensadores nacionales del marxismo, recordando su juventud de esos años, señaló que «no había llegado aún a Bolivia el aliento socialista […] [y] ni siquiera en 1920 se expresa con claridad una corriente socialista».[24] El verdadero programa del POS abogaba por la separación de la Iglesia del Estado; un impuesto prohibitivo sobre el alcohol y la eliminación de impuestos en las mercaderías de primera necesidad; la abolición de la pena de muerte; derechos civiles para las mujeres, los hijos ilegítimos y los indígenas; planes de ahorro para obreros; derecho de huelga, jornada mínima de trabajo y leyes para el trabajo de menores. Este programa progresista de tipo «populista» incluía también una plataforma propugnando una política gubernamental de proteccionismo, mayor énfasis en la educación y, curiosamente, una demanda para la abolición del pongueaje indigenista (servidumbre personal a los patrones) y el reconocimiento legal de las comunidades indígenas.

21 Barcelli, 1956, pp. 103-105; Díaz Machicao, 1954, pp. 114-116.

22 *El Diario*, 2 de noviembre de 1920, p. 3.

23 Lora, 1963, pp. 3-4; *El Diario,* 4 de noviembre de 1920.

24 Esta fue una declaración de Tristán Marof, contenida en su prefacio de introducción al libro de Aramayo, 1941, p. 3.

Para fines de 1921, los varios POS locales se sintieron lo suficientemente fuertes como para formar un partido nacional, el Partido Socialista, en una convención especial que se realizó en noviembre de ese año en Oruro. A esta convención asistieron muchos dirigentes obreros que estaban asociados con el Partido Republicano, entre ellos Ricardo Soruco, diputado por la minoría en el Congreso e importante figura de los sindicatos ferroviarios. Entre otros, figuraron Augusto Varela, diputado suplente a la convención-congreso y jefe del POS de Oruro, y Enrique G. Loza, dirigente del grupo de Uyuni. También varios sindicatos y confederaciones enviaron delegaciones, junto con representantes de la prensa obrera. Como programa tentativo, el Partido Socialista adoptó el de 1920, de La Paz, y pidió la creación de comités de partido en las otras ciudades de la república.[25]

Aunque este partido no tenía mucha fuerza numérica y languideció en los años siguientes, fue el primer gran experimento de organización política, fuera de la tradicional estructura de los partidos. La abrumadora mayoría de sus miembros eran activos dirigentes, que a menudo continuaban manteniendo sus afiliaciones en los partidos tradicionales, se había dado el primer paso en esa dirección.[26] También en los años siguientes,

25 *El Diario,* 3 de noviembre de 1921, p. 5; Lora, 1963, pp. 4-5.

26 El partido, por algún tiempo estuvo representado en el Congreso por Soruco y más especialmente por Ricardo Perales, quien ocupó su asiento como diputado por Oruro en enero de 1922. *El Diario,* 17 de enero 1922, p. 4. Casi inmediatamente después de ingresar al Congreso, Perales, con el apoyo de Soruco y otros, propuso la más grande pieza de legislación social que cubría la industria minera. Su proyecto buscaba el establecimiento de sindicatos locales en todas las minas para que actuaran como agentes independientes de negociación. Los comités locales de trabajadores que proponía tendrían el control sobre los precios de las pulperías y sobre los procedimientos del pesaje del metal para determinar los salarios. También abogaba por el comercio libre en los complejos mineros, para romper con el monopolio de los almacenes de las empresas, y por eliminar la policía de la empresa para que fuera remplazada por autoridades regulares del gobierno nacional. Los contratos escritos tenían que ser obligatorios, y los consejos de trabajadores participarían en los procesos de retiros, erigiendo un pago compensatorio de dos semanas para los empleados retirados. Finalmente, el proyecto pedía doble pago por trabajo en feriados y la abolición del sistema de multas. *El Diario,* 28 de enero de 1922, p. 8. En febrero, Perales propuso, nuevamente con Soruco, una legislación para la jubilación de obreros, pero esta también fue derrotada, como la anterior. *El Diario,* 15 de febrero de 1922, p. 3. Poco tiempo después, la unidad entre Soruco y Perales comenzó a desintegrarse a medida que Soruco se unía al grupo saavedrista, a fines de 1922. *La República,* 23 de diciembre de 1922, p. 8. A principios de 1923, el Partido Socialista expulsó de sus filas a Soruco. *La Razón,* 3 de febrero de 1923, p. 6. Con la eliminación de Soruco y la derrota de Perales en las listas electorales de la próxima elección, el ala congresal del partido se derrumbó y el partido ingresó en un estado de inactividad, aunque siempre manteniendo

grupos juveniles más avanzados empezaron a incursionar en la corriente de las ideas europeas y que, en lugar de seguir la tendencia de los dirigentes obreros de «pan y mantequilla», vislumbraron una interpretación más sustancial de las nuevas corrientes. En 1919, la Federación Obrera Chilena inició el desarrollo de fuertes lazos con las federaciones obreras bolivianas, al mismo tiempo que se afiliaba a la Segunda Internacional, llevando así al movimiento laboral boliviano a adoptar nuevas ideas.[27]

Entre tanto, el nuevo movimiento laboral comenzó a hacer algunos avances, durante el nuevo gobierno. En 1921, se dio el primer paso tentativo hacia la dirección de una federación obrera nacional. Bajo la dirección de la Federación Ferroviaria de Oruro se hizo un llamado a todos los gremios y sindicatos de la nación, así como a todas las FOT locales, para una reunión de organización en Oruro. A esta convención asistieron representantes de todos los grupos divergentes e ideológicos del movimiento laboral de ese tiempo, y fue esta completa diversidad de criterios la que impidió la creación de una confederación nacional. Sin embargo, esta reunión fue extremadamente importante porque logró reunir por primera vez a esos grupos y, como su título lo indicaba, el Primer Congreso Nacional de Trabajadores abrió el camino para similares reuniones en el futuro.[28]

Nuevamente, a principios de 1922, fue demostrada la indisputada dirección de los sindicatos ferroviarios en el movimiento laboral de la nación. Bajo los constantes estados de sitio y conspiraciones, el gobierno, en enero de ese año, ordenó la suspensión del servicio de taxis nocturnos en La Paz, disponiendo el toque de queda para esa ciudad. La justificación del gobierno respecto a esa actitud fue que el ruido de los taxis perturbaba el sueño de la ciudadanía, pero en realidad era para impedir que los taxis fueran usados por los conspiradores antigobiernistas para transportar armas durante la noche. Los encolerizados choferes pidieron la ayuda de la Federación Obrera del Trabajo, de La Paz, y la FOT respondió a este llamado emitiendo un manifiesto y apelando a sus 21 sindicatos afiliados a solidarizarse en pro de las demandas de los choferes. La Federación Ferroviaria no solamente respaldó en esta disputa, sino que demandó para sí misma, de la Bolivian Railway Company, el reconocimiento completo de su estatus

una fuerte hostilidad contra el gobierno de Saavedra durante toda su carrera. *El Diario,* 29 de abril de 1925, p. 5.

27 Lora, 1963, p. 6.

28 Barcelli, 1956, pp. 97-98.

como único agente negociador de los obreros ferroviarios.[29] El 9 de febrero la FOT, con el apoyo de los tranviarios, ferroviarios y gráficos, emitió un llamado para una huelga general, la primera de esta naturaleza en la historia boliviana. Para el 10 de febrero, los sindicatos ferroviarios estaban en huelga y el tráfico ferroviario nacional completamente detenido, en tanto que los gráficos lograban éxito en cerrar todos los principales periódicos. Frente a estas dos acciones y la de otros sindicatos que fueron obligados a plegarse a la huelga, el gobierno tuvo que reconocer su derrota y, el 13 de febrero, el consejo municipal de La Paz revocó su ordenanza para la suspensión del servicio nocturno de taxis; los tranviarios recibieron ciertas concesiones y la Federación Ferroviaria logró su reconocimiento legal por parte del gobierno.[30] El gobierno, poco después de la solución de esta huelga, intentó vengarse encarcelando temporalmente a los dirigentes de los sindicatos ferroviarios.[31] Fue clausurado el periódico *Palabra Libre* del sindicato de gráficos y, en el Congreso, se presentaron leyes contra la huelga. Sin embargo, estas medidas fueron prontamente desechadas en vista de la fuerte oposición,[32] y todo este asunto demostró la primera huelga victoriosa en gran escala lograda por el movimiento laboral en la historia boliviana.[33]

Aunque la actividad de organización obrera, en estos primeros años del nuevo gobierno, fue excepcionalmente intensa, con el retorno de los tiempos prósperos, nuevamente se retardó la marcha del movimiento laboral. Sin embargo, el obrerismo había demostrado ser de la mayor importancia en la vida nacional y, durante toda la década, una importante actividad de huelgas locales turbó como nunca la vida política y económica de Bolivia. Esta nueva importancia del obrerismo y de las relaciones laborales, únicamente, agregó una sensación de cambio y agitación que el clima político contribuyó a mantener.

La hostilidad hacia Saavedra por parte de los otros partidos se hizo tan intensa que, durante toda la gestión de su gobierno, fue considerada como

29 *Ibid.,* pp. 105-106.

30 *El Diario*, 4 de febrero de 1922, p. 5.

31 *El Diario*, 16 de febrero de 1922, p. 5.

32 Una manifestación especial de protesta reunió, el 2 de abril, a 3000 trabajadores para escuchar a los líderes de la FOT, quienes atacaban la legislación antihuelga en La Paz, mientras otra gran multitud se reunía para escuchar a Enrique G. Loza, en Potosí, sobre el mismo tema. Véase *El Diario*, 4 de abril de 1922, p. 5, y *El Diario*, 5 de abril de 1922, p. 4.

33 Barcelli, 1956, pp. 106-108.

imposible la vida normal en la escena política. Mientras los republicanos genuinos continuaban con su agitación, los ocasionalmente deprimidos liberales comenzaron a cobrar nueva vida. Para fines de 1921, fueron capaces de reorganizar sus filas y elegir nuevos dirigentes, disociados de las viejas clases. Estos nuevos dirigentes fueron sagaces en aprovechar la división en las filas de sus antiguos oponentes.

Bajo la dirección de José María Camacho, historiador e hijo del fundador del partido, los liberales iniciaron negociaciones con ambos lados.[34] Por una parte, varios se reunieron en alianzas transitorias con el gobierno, a título personal, aunque sin perder su afiliación al partido, mientras la organización oficial misma, apropiadamente, se daba cuenta de que tenía que hacer mucho más para ganarse a la oposición antisaavedrista.[35]

Enfrentando una constante oposición conspiratoria y necesitando un programa que brindara inmediatas recompensas políticas, Saavedra, duramente presionado, se inclinó por el capital extranjero. Proclamando que su gobierno era más progresista y confrontándolo con las realizaciones de los liberales, por una parte, y el déficit del tesoro, por la otra, decidió que el único recurso era promover las inversiones extranjeras en los recursos naturales, a fin de colocar empréstitos gubernamentales en los bancos extranjeros.

El primer paso importante en esta política fue la apertura de los yacimientos petrolíferos de Bolivia a las compañías extranjeras. Aunque Bolivia había conocido la existencia de petróleo a la vuelta del siglo y varias concesiones bolivianas ya se habían hecho, el capital local demostraba su incapacidad para desarrollar esta industria altamente capitalizada. En 1916, el gobierno boliviano, disgustado, había cancelado finalmente todas las nuevas concesiones, fundamentando su decisión en que estas eran empleadas únicamente para propósitos de especulación sin que se produjera petróleo. Cuando ocurrió la revolución republicana, esta política fue cambiada y, a comienzos de 1920, los campos petrolíferos bolivianos se pusieron nuevamente a disposición de los concesionarios privados.[36] Sin embargo, esta vez, la situación mundial era propicia y las compañías extranjeras demostraron marcado interés en los recursos bolivianos. En 1920 y 1921, la compañía Richmond Levering, de Nueva York,

---

34 Alvéstegui, 1959, p. 372.

35 *Ibid.,* pp. 372-373.

36 Schurz, 1921, pp. 139-140; Almaraz, 1958, pp. 74-75. Para un estudio completo de la historia de la participación norteamericana en el petróleo boliviano, véase mi artículo «American Oil Companies in Latin America: The Bolivian Experience», 1964.

obtuvo una concesión de un millón de hectáreas y la William y Spruille Braden obtuvo la concesión de dos millones de hectáreas.[37] Pero esas dos concesiones fueron hechas, en realidad, para una compañía más grande y, en 1921, la Standard Oil, de Nueva Jersey, compró esas dos concesiones y creó una propiedad subsidiaria para desarrollarla, es decir, la Standard Oil Company of Bolivia.[38]

Aunque la Standard Oil solicitó de inmediato el reconocimiento de sus compras, el gobierno de Saavedra necesitaba tiempo para redactar un nuevo código del petróleo. Esta ley, bastante rigurosa, fue promulgada finalmente en junio de 1921, estipulando los derechos clásicos del subsuelo para el gobierno, así como limitando a 100.000 hectáreas el máximo de las concesiones. Las pertenencias de la Standard Oil, sin embargo, estaban exentas de esta limitación, debido a sus contratos previos a la promulgación de la ley y, además, por el hecho de que la Standard aceptaba el contrato original de Levering, con la cláusula Calvo y la estipulación de confiscación.[39] Un mes más tarde, en julio de 1921, Saavedra reconoció la transferencia y, para 1925, la Standard Oil estaba operando con éxito en los primeros pozos de la historia de Bolivia.[40] A pesar de este éxito económico, la acción de Saavedra fue objeto de intensa crítica desde los primeros días. Hombres, como Daniel Salamanca, ya habían argüido desde el principio de la década de 1910 que el potencial petrolífero de Bolivia debía ser desarrollado por capitales nacionales en oposición a los intereses foráneos.[41] Esta posición fue respaldada por muchos dirigentes conservadores, y fue el partido proclerical y su principal diputado antiobrero, Abel Iturralde, quien condujo la lucha, durante toda la década de 1920, contra la Standard Oil Company.[42] Estos mismos hombres nunca cuestionaron la inversión de capitales extranjeros en otras actividades económicas de la nación, pero para ellos el petróleo representaba una especie de mística de la soberanía nacional y, durante los quince próximos años, la Standard Oil constituyó uno de los problemas más controvertidos en la política nacional, tanto para la izquierda como para la derecha.

---

37 Almaraz, 1958, pp. 80-81; Schurz, 1921, pp. 141-142.

38 Para un completo estudio de la motivación detrás del traslado de la Standard a Bolivia, véase Sweet Gibb y Knowlton, 1956, pp. 359-381 *y* 646.

39 López, 1922, p. 13 *y* ss., sobre el código del petróleo, *y* Loza, 1944, para los contratos Levering *y* Standard.

40 Almaraz, 1958, p. 90.

41 Alvéstegui, 1959, pp. 83-87.

42 Véase Alcázar, 1944.

Ni la acción de Saavedra al lograr un nuevo préstamo tuvo éxito en coaligar a la oposición tradicional a su régimen; al contrario, con el préstamo denominado Nicolaus, se intensificó la oposición. El préstamo más grande proveniente del extranjero para la historia boliviana fue el empréstito Nicolaus de 33.000.000 de dólares, que originalmente fue empleado para reembolsar la mayor parte de la deuda interna y externa de Bolivia, contraída en los veinte años anteriores para la construcción de ferrocarriles, obras de sanidad y la creación del Banco de la Nación.

Viéndose frente a una apretada situación financiera, en relación con los anteriores préstamos importantes, y con los presupuestos nacionales en déficit y, finalmente, con el imperativo de asegurar los nuevos fondos para la construcción de ferrocarriles, el gobierno de Saavedra tuvo que acudir a la compañía de inversiones Stifel-Nicolaus, de Saint Louis, para un préstamo a corto plazo, a fines de 1921, dando a esta compañía la opción de un mayor empréstito, en la etapa de planeamiento. Aunque el National City Bank y casas inglesas y francesas presentaron en 1922 mejores propuestas de préstamos, la compañía Nicolaus aseguró el contrato conjuntamente con la Equitable Trust Company y Spencer Trask Company, ambas de Nueva York. Por los términos y los beneficios de intereses para las compañías prestamistas, este préstamo vino a ser el más notable en la historia boliviana y una de las principales fuentes para la crítica interna contra el gobierno de Saavedra. Tan intensa fue la oposición que por un momento el gobierno de Saavedra suspendió la firma y estableció una comisión independiente de estudio, la misma que, en 1923, elevó un informe criticando los términos del empréstito. A pesar de esto, el contrato, eventualmente, fue firmado de acuerdo con los términos del empréstito. Bolivia comprometía el total de sus recaudaciones aduaneras, es decir, el 45 por ciento de los ingresos anuales del gobierno, además de otros impuestos especiales. También el gobierno fue obligado a dar seguridades colaterales, incluyendo sus bonos de ferrocarril y valores del Banco de la Nación. Finalmente, se estableció una comisión fiscal permanente compuesta por tres hombres; dos de estos tenían que ser nombrados por los bancos de Estados Unidos, para hacerse cargo de la recaudación de impuestos en la república durante el cuarto de siglo de vida del empréstito.

Considerando las estipulaciones anteriores del crédito, tan implacables para Bolivia, y el ofrecimiento de otras casas bancarias, evidentemente, este contrato fue totalmente desventajoso y, en gran modo grave, puesto que constituía desmembración de la soberanía nacional. Tan onerosa fue la operación total, que el gobierno eventualmente destituyó del servicio

fiscal a los agentes bolivianos que lo habían negociado. La mayor crítica al empréstito, por parte de los expertos en finanzas, era que realmente tenía pocos resultados constructivos en forma de desarrollo económico. Originalmente, el empréstito se dedicaba a pagar las deudas del país y solo un pequeño porcentaje se destinaba a la construcción de ferrocarriles. Como resultado de esto, el programa de obras públicas, durante la década de 1920, se redujo drásticamente; no se suspendió completamente, debido a que los ingresos del gobierno y los nuevos préstamos estaban destinados al pago de la deuda externa, y para cubrir los constantes déficits del gobierno, debido a la absorción de grandes sumas de sus ingresos para el rembolso de los préstamos extranjeros. En contraste con los temores de que la comisión fiscal ejercería una dictadura económica interna, una vez establecida, realmente funcionó bien, sin obstrucciones en el escenario económico. Desempeñó un papel importante en la sistematización del arcaico sistema tributario de Bolivia, siendo elogiada su actuación tanto por el gobierno como por la oposición. Y, de hecho, llegó a ser más que una importante rama integrada del gobierno nacional, en los pocos años de su existencia, y nunca se mezcló en los asuntos políticos, tampoco proclamó el advenimiento de la dominación económica de Estados Unidos como se había temido.[43]

En un esfuerzo para aliviar los crecientes déficits del presupuesto y también para lograr mayores ingresos para el gobierno, en momentos en que las tradicionales fuentes de ingresos estaban comprometidas para la amortización del empréstito Nicolaus, el gobierno de Saavedra, en 1923, inició un paso audaz hacia la tributación de la industria minera. En noviembre de ese año, todos los impuestos, tanto de las operaciones y ganancias de la industria minera como de las exportaciones mismas, se elevaron considerablemente, como consecuencia de una revisión total de los impuestos en el gobierno de Saavedra. Con estos resultados y con el retorno de la prosperidad de la minería, que siguió a la depresión de 1921-1922, estos nuevos impuestos aumentaron considerablemente los ingresos del gobierno, doblándose realmente entre 1922 y 1924.[44] El proyecto de reforma tributaria de 1923 trajo por primera vez una compensación equitativa para el gobierno, de la vasta bonanza del estaño, y las recaudaciones de todos los impuestos a la industria minera elevaron

43 Marsh, 1928, pp. 96-121, 125-126, con el contrato reimpreso completamente en el apéndice. Para el debate en la nación, véase Carrasco, 1961, p. 205 y ss.

44 CEPAL, 1958, p. II, cuadro 6.

los ingresos del gobierno de 3,5 millones de bolivianos, en 1922, a 11,2 millones de bolivianos, en 1924.[45] Originalmente, para evadir esta nueva tributación, Simón I. Patiño, en mayo de 1924, trasladó la central de sus compañías mineras de Bolivia a Estados Unidos, estableciendo su Patiño Mines and Enterprises Consolidated Inc. Company en el estado de Delaware.[46] También en un *quid pro quo* Patiño prestó al gobierno boliviano 600.000 libras esterlinas para la construcción de ferrocarriles, a cambio de la garantía de que el gobierno de Saavedra no elevara los impuestos a la minería en un periodo de cinco años.[47]

Aunque, de esta manera, Saavedra había dado un paso audaz, inmediatamente se retractó, a pesar del conocimiento de su éxito y de la habilidad de su gobierno para efectuarlo; porque esencialmente su gobierno no fue contrario a la industria, como muestra su actitud a menudo antisindicalista. A principios de 1923, los pequeños sindicatos mineros locales, en el corazón de los centros mineros, habían tenido éxito en organizar una gran confederación conocida como la Federación Central de Mineros de Uncía. Después de que esta federación realizara grandes manifestaciones por el Día del Trabajo (1 de mayo) del año de 1923, el gobierno declaró el estado de sitio y movilizó tropas hacia la región de Uncía; los principales dirigentes del sindicato fueron arrestados y expulsados de las regiones mineras, y, cuando por este hecho se produjeron manifestaciones de protesta el 4 de junio, las tropas dispararon contra la multitud, matando a varias decenas de mineros y sus familias. La reacción del gobierno frente a estos hechos fue inmediata, clausurando los periódicos de la oposición en Bolivia, en un movimiento drástico para suprimir el conocimiento público de esta masacre.[48] También mandó a Hernando Siles, en comisión especial a Uncía, para elaborar algún arreglo y solucionar la disputa entre los mineros y la compañía de Patiño. El resultado de estas gestiones fue un apañado compromiso con la confederación, que llevó a la disolución de esta.[49]

---

45 *Ibid.,* p. 10, cuadro 5; Peñaloza, 1954, pp. 230-233.

46 *Ibid.,* pp. 307-308.

47 *Ibid.,* pp. 445-446.

48 Basadre, 1948, pp. 108-110.

49 Carrasco, 1961, pp. 267-270. Los mineros, a fines de mayo, presentaron una petición al gobierno pidiendo apoyo en defensa del sindicato, contra los administradores de Patiño, en La Salvadora y Llallagua, que estaban intentando destruir la confederación. El gobierno rechazó la petición y los obreros fueron a la huelga. Se enviaron tropas a la región y el comandante recibió órdenes de abrir fuego contra la manifestación pacífica, *ibid*., pp. 270-272.

En defensa de la acción gubernamental en la masacre minera de Uncía, Saavedra, en un discurso ante el Congreso, en agosto de 1923, acusó a los mineros de haber atacado primero a los soldados y que, en total, solamente habían muerto cuatro personas y otros cuatro heridos; una versión de la masacre que inmediatamente fue calificada de falsa, tanto por los opositores como por los historiadores de la época. Curiosamente, y reflejando la mentalidad de la antigua generación, que negaba la validez de los conceptos europeos a la experiencia boliviana, Saavedra declaró:

> Hay en estos movimientos de trabajadores una agitación que no responde a ninguna causa fundamental. Hay unos pocos agitadores quienes, sin tener una completa comprensión de los problemas que afectan al proletariado, están infiltrando en las masas de trabajadores ideas falsas, fragmentarias e ilusorias, tratando de llevar a Bolivia hacia los conflictos europeos de capital y trabajo.

Saavedra afirmó que las huelgas no produjeron nada, sino daños para todos los que estaban envueltos en ellas, y que, por esta razón, «los extremistas socialistas, sindicalistas y comunistas se desacreditaron en el Viejo Mundo». Sin embargo, la masacre había preocupado obviamente a su gobierno, y Saavedra admitió que «es lamentable que en Bolivia no exista legislación obrera que apoye y regularice el trabajo, los salarios, la salud y el bienestar de los trabajadores», y pidió al Congreso remediara esta situación.[50]

El empréstito Nicolaus, el contrato con la Standard Oil y la masacre de Uncía se convirtieron en los principales asuntos políticos en la tensa atmósfera de las batallas partidistas, y sirvieron de sólida arma con la cual podían atacar los liberales y la oposición de los genuinos al gobierno. Los periódicos de la oposición y el Congreso vinieron a ser el mejor vehículo para estos puntos de vista antisaavedristas, y los partidos de la oposición, a pesar de la extrema violencia de las elecciones, continuaron progresando en sus actividades contra el gobierno. En 1922, especialmente, la oposición estuvo tan fuerte, que, después de las elecciones parciales, logró paralizar al gobierno y dominar el escenario congresal. En enconadas batallas políticas y grandes cambios políticos, el gobierno empezó a sentirse seriamente preocupado por las deserciones de sus filas, y de viejos saavedristas, tales como Abel Iturralde y José R. Estenssoro, quienes se unieron a la oposición, junto con la importante figura parlamentaria de M. Rigoberto Paredes. En las elecciones de 1922, Paredes se pasó a las filas del genuinismo, y con su apoyo y con la ayuda de otros grupos antigobiernistas, tuvo éxito

50 *Ibid*., pp. 273-274.

en ocupar la presidencia de la Cámara de Diputados, después de una enconada y cerrada elección.[51]

En 1923, el Congreso se había mostrado tan violento y lleno de desacuerdos que los dos diputados en el Gabinete, Hernando Siles y David Alvéstegui, tuvieron que renunciar a sus cargos, a principios de enero, y regresar a sus curules para respaldar a las fuerzas del gobierno con suficientes votos. Sin embargo, la oposición no se descorazonó y el 9 de enero de 1923 presentó una petición demandando la renuncia de Saavedra a la presidencia. Esta actitud fue seguida por su completa obstaculización en el Congreso, a través de su negativa a formar *quorum*, que provocó un airado decreto de Saavedra, de disolución del Congreso, a fines de enero, y con la convocatoria a elecciones para renovar toda la Cámara de Diputados en mayo de 1923.[52]

A medida que se aproximaban las elecciones, Saavedra indicó que el gobierno emplearía todos los medios posibles para destruir a la oposición electoral, y, como consecuencia, los grupos de oposición que habían formado una lista de candidatos unitaria y multipartidista se retiraron de la elección de mayo en señal de protesta.[53] La abstención facilitó a Saavedra la uniformación del Congreso y hacer de esa rama legislativa un cuerpo dócil a su voluntad.

Como otra medida para controlar la controversia política, llevó a cabo exilios, en gran escala, de los principales políticos de la oposición. A principios de 1923, notables genuinos, como Iturralde, Paredes y Domingo L. Ramírez fueron temporalmente exilados. Posteriormente, y en la época de la masacre de Uncía, el gobierno no solamente clausuró la prensa opositora, sino que también desterró a sobresalientes liberales, tales como Ismael Montes y José Luis Tejada Sorzano, y confinó a Fabián Vaca Chávez, director de *El Diario,* y a Casto Rojas, ambos prominentes intelectuales liberales en distintas partes de la república, junto a otra serie de editores de las capitales de departamento.[54]

A fines de 1923, el mismo Simón Patiño, de regreso de Europa, intentó intervenir como mediador en el escenario político local y, sosteniendo

---

51 *Ibid*., pp. 221-223.

52 *Ibid*., pp. 27-32. Saavedra también disolvió en febrero al consejo municipal de La Paz, dominado por los liberales. Díaz Machicao, 1954, p. 151.

53 En La Paz, la lista de la oposición unificada conocida como de Unión Nacional, presentó sus candidatos y tuvo éxito en la elección de Daniel Sánchez Bustamante y Abel Iturralde, *ibid*., pp. 155-156.

54 Carrasco, 1961, pp. 247, 262-263; Díaz Machicao, 1954, pp. 158-159.

una reunión con todos los dirigentes opositores en Oruro, en el mes de diciembre, pretendió lograr una reconciliación con el gobierno de Saavedra. Sin embargo, las demandas de la oposición para controlar los nombramientos del Gabinete fueron rechazadas por Saavedra y este gesto de reconciliación, como sus predecesores, terminó en el fracaso.[55]

La inutilidad de estos últimos movimientos de reconciliación y la negativa del gobierno a permitir elecciones libres, que había llevado a la abstención en las elecciones de 1923, aceleraron los preparativos para un violento derrocamiento del gobierno. En febrero de 1924, ocurrió un levantamiento militar en la guarnición sudoriental de Yacuiba, en la frontera con Argentina, seguida, en julio, de una revolución separatista antigubernamental en Santa Cruz.[56]

Pero el gobierno tuvo éxito en contener todos esos intentos de derrocamiento con relativa facilidad y continuar con sus maniobras políticas en busca del apoyo de las clases inferiores y de los comerciantes. En un intento para aminorar las consecuencias del desastre de Uncía, en enero de 1924, el gobierno tuvo éxito en conseguir la aprobación del Congreso de una nueva legislación social para poner en vigor los planes de ahorro para los trabajadores de varias industrias, mayor protección contra accidentes de trabajo y ocho horas de trabajo diario para los trabajadores comerciales y algunas secciones industriales.[57] También promovió nuevas operaciones ferroviarias, siempre como símbolo político de «progreso» en Bolivia, desde los días de Arce. En 1924, finalmente, las líneas gubernamentales llegaron a conectarse con el sistema ferroviario de la Argentina, uniendo una línea férrea directa entre La Paz y Buenos Aires, lo que representó un logro verdaderamente significativo.[58]

Con todas estas acciones y la repetida demostración de su habilidad para destruir las amenazas revolucionarias contra su gobierno, Saavedra se sintió lo suficientemente fuerte como para dejar el país por un corto tiempo, a fines de 1924, cuando, en diciembre, aceptó la invitación del Perú para visitar el país vecino, en honor a las celebraciones del centenario de la batalla de Ayacucho.[59]

---

55 Alvéstegui, 1959, pp. 384-386.

56 Díaz Machicao, 1954, pp. 169-173. Estos dos movimientos habían sido precedidos por un ataque a los cuarteles generales de la Guardia Republicana de Saavedra, en La Paz, *ibid.,* pp. 166-169.

57 Carrasco, 1961, p. 275.

58 Díaz Machicao, 1954, p. 172.

59 *Ibid*., pp. 178-179.

Con el convencimiento de que Saavedra sobreviviría al término de su mandato presidencial, comenzaron las tradicionales maniobras para la sucesión presidencial. En noviembre de 1924, la oposición parlamentaria proclamó a Salamanca como su líder y pidió su nominación como candidato presidencial del Partido Genuino. En el lado del gobierno, el nombramiento del candidato era tarea más que difícil. Saavedra había visto cómo algunos de sus más importantes partidarios se habían pasado a la oposición, en los años de 1921 a 1925, y su larga y enconada lucha con la oposición había endurecido su propia determinación para gobernar. «No me permiten gobernar», denunció Saavedra a la oposición de esos años, y ahora empezaba a pensar en los medios para continuar su régimen en la próxima administración, ya que se había estabilizado completamente el orden interno.[60]

A manera de auscultar la opinión pública, en los primeros días de 1925, un diputado saavedrista propuso la prórroga del término presidencial. Sin embargo, intensa oposición de todos los lados, incluyendo a las filas del partido, indicó la imposibilidad de este movimiento. El próximo paso sería contar con un dócil instrumento que solo nominalmente estuviera en el gobierno, mientras Saavedra continuara reteniendo el verdadero poder. Saavedra, por lo tanto, escogió a su médico personal y leal amigo, el doctor José Gabino Villanueva, como candidato para la presidencia, con su hermano Abdón S. Saavedra, como vicepresidente, para asegurar así la lealtad de Villanueva.

Si bien Villanueva había sido republicano desde el comienzo, adhiriéndose a Saavedra desde los tiempos de la Junta, era una nulidad política, a pesar de haber sido ministro de Educación Pública. No solo Villanueva fue sorprendido por la actitud de su jefe, sino también el comité ejecutivo del Partido Republicano oficial ignoraba completamente esta tramoya, e inicialmente reaccionó con hostilidad, pero Saavedra sostuvo su decisión y, en enero de 1925, el nombre de Villanueva fue oficialmente adoptado por el partido como su candidato oficial para las elecciones de mayo de 1925. Con esto, fue desarmada la oposición y, respaldando la selección de su ala parlamentaria, los comités locales del genuinismo apoyaron el nombre de Salamanca

60 Una indicación del desorden político interno, bajo el gobierno de Saavedra, está en las estadísticas de los estados de sitio impuestos, los cuales, de acuerdo con *El Diario*, habían sido 890 días, en los cuatro años y tres meses del gobierno de Saavedra, en contraste con los 222 días de estados de sitio en los anteriores 21 años y tres meses del régimen liberal. *El Diario*, 22 de marzo de 1925, p. 4.

como candidato presidencial del partido. A fines de marzo, genuinos y liberales se unieron en una convención opositora unificada en Oruro, y a pesar de mucha violencia por parte de la chusma, tuvo éxito en organizar una lista de candidatos: Salamanca, como presidente, y el notable político liberal, José Luis Tejada Sorzano, como vicepresidente. Las elecciones de mayo fueron de las más violentas en la historia de Bolivia, por la determinación de Saavedra de respaldar a su elegido, por cualquier medio a su disposición. Con el desorden que sobrevino y la intervención del gobierno, Villanueva fácilmente salió victorioso frente a Salamanca.[61]

Debido a la alta posición de Villanueva en la sociedad paceña y sus íntimas conexiones sociales con los dirigentes de la oposición, los liberales y genuinos decidieron aceptar su elección con mucha indulgencia y ver hasta dónde llegaba. Casi inmediatamente Villanueva empezó a demostrar signos de independencia y, en una famosa entrevista periodística con la prensa opositora, en junio de 1925, el presidente electo indicó que esperaba formar un gobierno de coalición nacional cuando asumiera el mando y también intentaría reunificar el Partido Republicano. También declaró su deseo de emitir un decreto de amnistía general y, en resumen, limpiar el ambiente de los enconados odios engendrados entre la administración y la oposición en los años del gobierno de Saavedra. Ni este ni los leales del partido vieron con mucha simpatía esta entrevista periodística ni otras manifestaciones del curso independiente que asumía Villanueva, y empezaron a reaccionar con marcada frialdad contra su futuro presidente y dirigente del partido.

Mientras los sentimientos de Villanueva eran honrados, también, políticamente, eran ingenuos, y parecía haber olvidado la razón básica para su nombramiento. Pero Saavedra no lo había olvidado; todas esas charlas tentativas con la oposición fueron terminadas abruptamente y, en una sorprendente actitud del diputado saavedrista por el Beni, Ernesto Monasterio, en la sesión del 25 de agosto, pidió la completa nulidad de las elecciones presidenciales. Denunciando que ambos candidatos no habían dejado sus posiciones gubernamentales seis meses antes de las elecciones, como lo estipulaba una ley oscura, pidió el retiro de las listas de presidente y vicepresidente electos, Saavedra mediante este golpe anunció a todos que Villanueva había terminado.

---

61 Alvéstegui, 1959, p. 389 y ss. Los cómputos oficiales fueron 50.000 para Villanueva y 10.000 para Salamanca, Carrasco, 1961, p. 365.

La oposición del Congreso se lanzó en cuerpo y alma para defender las elecciones, en las cuales recientemente habían sido derrotados; pero sin resultado. Los diputados gubernistas, después del arduo debate de seis días, anularon la elección por 50 votos contra 15, el 1 de septiembre de 1925. El poder de la oposición, sin embargo, fue lo suficientemente fuerte para obligar a Saavedra a dejar el poder y establecer un gobierno provisional con el presidente del Senado, Felipe Guzmán, quien gobernó hasta enero de 1926. Se realizaron nuevas elecciones presidenciales en diciembre.[62]

Ahora Saavedra estaba intensamente desesperado, a la caza de un nuevo candidato, con su selección de hombres que esta vez eran considerablemente escasos, así como su habilidad para dictar términos a su sucesor estaba bastante reducida. Entre los posibles escogidos, uno que contaba con el apoyo más grande dentro de las filas del partido, era el dinámico joven político y abogado Hernando Siles. Nacido de una notable familia de Sucre, en 1881, Hernando Siles estudió derecho en la universidad local y, eventualmente, llegó a la posición de rector. Su familia estuvo íntimamente relacionada con el Partido Conservador, pero Siles había permanecido fuera de la actividad política, durante los veinte años del régimen liberal, y no se había afiliado a ningún partido hasta 1920. En ese año, oficialmente, se incorporó a las filas del Partido Republicano y se convirtió en dirigente del comité de Oruro y firme partidario de Saavedra, frente a la plaza fuerte de Salamanca. Elegido para la Convención de 1920, desempeñó un importante papel en las filas del saavedrismo y en la elección de su mentor. Recompensado con una misión especial diplomática, Siles fue representante de Bolivia en México, en 1921, y, a fines de ese mismo año, regresó a su curul parlamentaria.

En enero de 1922, Siles ocupó el cargo de ministro de Instrucción Pública y en junio pasó al importante cargo de ministro de Guerra y Colonización. En este puesto, que lo retuvo hasta su retorno al Congreso, para romper el estancamiento de 1923, Siles hizo importantes amistades con los jóvenes oficiales del ejército nacional; amistades que le demostrarían una sorprendente fidelidad. Regresando a la Cámara de Diputados, a principios de 1923, nuevamente tomó parte descollante en la actividad parlamentaria y muy pronto fue elegido presidente del comité nacional del Partido Republicano. Aquí también, al igual que en su puesto de ministro de Guerra, la dinámica personalidad de Siles impresionó a los jóvenes

62 *Ibid*., pp. 338-352.

componentes del partido, quienes empezaron a prestarle un decidido apoyo, formando un movimiento silista dentro del partido. Después de la masacre de Uncía, Siles fue nombrado representante de Saavedra y, después de negociaciones con todos los bandos, puso fin a la huelga y, de alguna manera, salvó al gobierno de su fracaso inicial. En agosto de 1923, ingresó al Congreso como senador de su distrito natal, la misma posición que su padre había tenido en el siglo anterior.[63]

Entre tanto, a principios de 1923, los partidarios de Siles dentro del partido, empezaron a apremiar a Saavedra con el nombre de Siles, para la sucesión presidencial. Saavedra, sin embargo, había rehusado comprometerse en fecha tan temprana. El principal contendor de Siles para la nominación en esos primeros meses era Juan Manuel Sainz, quien lo había remplazado como ministro de Guerra y había intentado eliminar a sus partidarios de todas sus importantes posiciones. A mediados de año, los silistas demandaron de Saavedra que eliminara a Sainz del Gabinete y nombrara a uno de sus propios miembros. Saavedra, sin embargo, no tenía deseos de alentar a un candidato potencial y rehusó intervenir en la pugna entre los dos hombres.

En diciembre de 1923, le fue conferido a Siles el cargo de ministro en el Perú, quien aceptó con la esperanza de dejar a sus partidarios más campo para maniobrar y no comprometerse en las luchas locales; pero el astuto Sainz procedió a garantizar que ese puesto sería de exilio para su contendor. En agosto de 1924, los silistas, en el Congreso, trabajaron un voto de censura contra Sainz, pero esto fracasó; Sainz tomó su revancha logrando del gobierno el nombramiento de un enviado especial, distinto del ministro Siles, para representar a Bolivia en las celebraciones peruanas de Ayacucho. Siles reaccionó renunciando a su puesto, pero el gobierno de Saavedra, encantado de verlo derrotado, se negó a darle permiso de reingreso al país y Siles fue obligado a exiliarse en Chile. Sainz mismo, sin embargo, pronto fue despedido por Saavedra, en diciembre de 1925, ante las perspectivas de que el poeta e intelectual Ricardo Jaimes Freyre pudiera inclinarse por Saavedra. En enero de 1925, se reunieron los dos hombres, pero Freyre viendo el tipo de instrumento dócil que Saavedra estaba buscando, repentinamente, en la mitad de las negociaciones, y sin avisar a nadie, abandonó el país.[64]

---

63 *Ibid*., capítulos I-IV.

64 *Ibid.,* p. 32 y ss.

En el caos del partido después de la nulidad de las elecciones presidenciales, el grupo silista tuvo una fuerte postura para la elección de su candidato y el 1 de septiembre Siles regresó del exilio. El 17 de septiembre se declaró estado de sitio, y Villanueva y sus principales partidarios fueron al destierro, en tanto que Saavedra y Siles empezaban a esbozar sus tratos. Era obvio que Saavedra de ningún modo confiaba en Siles, quien era demasiado independiente para ser su dócil instrumento, pero no había otra alternativa y el tiempo apremiaba. El 19 de septiembre Siles fue oficialmente proclamado candidato del gobierno para las elecciones de diciembre, pero el desconfiado Saavedra le había hecho firmar una declaración escrita a mano, mediante la cual Siles se comprometía a seguir el programa oficial del partido en todos sus puntos (esto era, no reconciliación con la oposición) y en todos los asuntos de la política nacional e internacional tenía que mantenerse en completo acuerdo con el jefe del partido; jefatura que debía permanecer, por supuesto, en manos de Bautista Saavedra. Finalmente, el acuerdo estipulaba que, en caso de conflicto, Siles tenía que seguir las directivas del partido.[65] Con la garantía de estos términos, el siempre leal Abdón S. Saavedra tenía que ser vicepresidente. De esta manera, habiéndose atado, aparentemente, a su sucesor con tan fuertes lazos, Saavedra, siguiendo el estilo de su predecesor, Montes, a quien él mucho se asemejaba, salió al exterior, en junio de 1926, con un cargo de ministro.[66]

65 Para obtener los textos completos de estos documentos y la carta de aceptación de Siles, véase Arguedas, 1959, vol. 1, pp. 989-990.

66 Carrasco, 1961, p. 363 y ss.

# IV
# La era republicana: Siles

El periodo interino entre el alejamiento de Villanueva y la asunción al gobierno de Siles, fue de relativa calma. El Partido Republicano Genuino, en noviembre de 1925, realizó una convención especial en Oruro para discutir la cuestión presidencial y llegó a proponer a Saavedra la reunificación del partido como una solución a la crisis; pero Saavedra rehusó llegar a ningún acuerdo, y tanto genuinos como liberales se abstuvieron de participar en las elecciones del 1 de diciembre, en las cuales Siles obtuvo la presidencia sin oposición.

Mientras tanto, el celoso gobierno de Felipe Guzmán había llevado a cabo algunas medidas positivas con respecto a la legislación para la educación pública y, temporalmente, provocó una tormenta sobre la propuesta gubernamental para el registro de los programas de los partidos políticos; proposición que fue derrotada por la oposición unificada. A fines de diciembre, sin embargo, Guzmán había emitido un decreto de amnistía general y, de esta manera, le deparó a Siles una atmósfera de calma, la que se hizo más patente con el anuncio de Saavedra de salir al exterior.[1]

Siles, de inmediato, tomó ventaja de esa nueva calma política para despojarse gradualmente de la dependencia de Saavedra y de los fieles partidarios de este. El primer gabinete de Siles estuvo integrado por leales saavedristas, como Eduardo Diez de Medina y Pedro Gutiérrez, pero el nuevo presidente empezó a formular propuestas formales a la oposición genuina, en tanto enviaba a su cancerbero Abdón S. Saavedra, a fines de

1 Aun *El Diario,* el 19 de febrero de 1926, toma especial nota de la sorprendente calma política que estaba experimentando la nación, después de los revoltosos años de Saavedra; también se menciona en Díaz Machicao, 1955a, pp. 19-29.

marzo, a una triunfal gira de «buena voluntad» por los países latinoamericanos. A pesar de estos signos obvios de rebelión potencial de Siles, en los primeros meses de gobierno, el viejo caudillo Saavedra continuó su apoyo al gobierno, tanto personalmente como a través de su periódico *La República.* Siles también empezó a realizar cambios de importancia en la jerarquía del ejército, colocando a muchos de sus buenos amigos militares, como David Toro, en puestos de importancia.

La respuesta a los gestos de conciliación de Siles fue vigorosa y muchos dirigentes de la oposición política empezaron a aceptar cargos en el nuevo gobierno. A principios de año, el enconado antisaavedrista, Franz Tamayo, aceptó el Ministerio de Relaciones Exteriores y, en mayo, Fabián Vaca Chávez, de *El Diario,* aceptó un cargo diplomático en el exterior; en octubre de ese mismo año, el director de un importante diario salamanquista de Oruro[2] y miembro importante del genuinismo, Demetrio Canelas, aceptó un cargo diplomático en el Perú. De esta manera, tres de los principales políticos antisaavedristas dieron su tácito apoyo al nuevo gobierno.

En julio se reorganizó completamente el Gabinete, en el que varios políticos de la oposición remplazaron a algunos de los ministros del anterior gobierno y, a fines de septiembre, Siles se reunió formalmente con José María Escalier, quien le dio el respaldo oficial del genuinismo a su gobierno.

Este acuerdo se complementó cuando, en octubre, el gobierno nombró a dos genuinos como representantes oficiales de su partido en puestos del Gabinete y reincorporó al ejército al principal oficial salamanquista, coronel Carlos Blanco Galindo, que anteriormente había sido expulsado de las filas militares por el gobierno de Saavedra. Todas estas acciones agitaron bastante a los partidarios del saavedrismo y estimularon a sus opositores. En septiembre y octubre, se realizaron manifestaciones de masas para impedir el regreso de Abdón Saavedra al país, y cuando este logró ingresar, a fines de octubre, las manifestaciones populares fueron tan violentas que Abdón Saavedra se vio obligado a salir al exterior para salvar su vida. Bautista Saavedra reaccionó violentamente por la obvia expulsión de su hermano por parte de Siles, pero este siguió su dirección independiente, provocando más a Bautista Saavedra, quien en imponente gesto de cólera rompió formalmente con el gobierno de Siles, renunciando a su cargo de embajador el 1 de diciembre de 1926.[3]

---

2 De gran influencia, *La Patria*.

3 Díaz Machicao, 1955a, p. 38 y ss.

Cuando Siles, de esta manera, rompió con el partido que lo había llevado al poder, no estaba dispuesto a una alianza con sus antiguos opositores; al contrario, propuso fundar su propio partido con sus leales seguidores, dentro de un grupo independiente de las organizaciones políticas tradicionales. Dotado de cierta cualidad de liderazgo que, principalmente, había llamado la atención de los jóvenes intelectuales, Siles propuso fundar su nuevo partido con una fuente de poder aún no explotada, es decir, la juventud.

A principios de mayo de 1926, en los círculos universitarios, se hizo patente la idea de formar un nuevo partido para representar las nuevas aspiraciones de la juventud universitaria.[4] Saavedra, en carta dirigida a sus partidarios, ridiculizó la idea, afirmando que:

> El nuevo partido que ha tratado de fundarse para apoyar al gobierno, políticamente es imposible, debido a que los partidos políticos no se forman volitivamente, sino que es necesaria la concurrencia de grandes ideales [...] Al presente no existe una nueva idea que pueda atraer una plataforma, hombres y fuerzas que puedan triunfar, a menos que puedan esbozar un programa completamente distinto de aquellos que tienen los partidos existentes.[5]

Sin embargo, en esto, Saavedra estuvo parcialmente equivocado; pues, desde el principio, el movimiento de la juventud universitaria empezó a hacerse sentir en el ambiente boliviano. La inquieta juventud de pensamiento avanzado empezó a leer mucho a Marx, mientras el movimiento continental de la reforma universitaria, que había empezado en 1918, en Córdoba, Argentina, y que pretendía la autonomía universitaria, estaba empezando a manifestarse en Bolivia.[6]

---

4 *Ibid*., pp. 49-50.

5 *Ibid*., p. 50.

6 Céspedes, 1956, p. 82; Valencia Vega, 1948, p. 96. Un sobresaliente estudiante peruano, dirigente radical, Manuel Seoane, que visitó Bolivia para las celebraciones del centenario de 1925, observó que la Federación Universitaria de La Paz, según le parecía a él, no solamente expresaba su «divorcio con los métodos de la vieja política, sino principalmente, su sensibilidad ante el problema social». Citado en Baptista Gumucio, 1955, pp. 55-56. También Gustavo A. Navarro –Tristán Marof–, que pronto sería muy leído, publicó en Bruselas, en ese tiempo, una colección importante de ensayos radicales bajo el título de *La justicia del inca,* exponiendo allí una vigorosa ideología indigenista y un programa de nacionalización de las minas de estaño y de reforma agraria para los indígenas, Valencia Vega, 1948, pp. 92-93.

La Federación Universitaria de La Paz, después de tres años de pausa, se había reformado y comenzó una nueva y radical actividad política a mediados de 1925, bajo la dirección de su activo presidente, Enrique Baldivieso, *El Diario*, 21 de mayo de 1925, p. 4, y 16 de junio de 1925, p. 4.

Estas nuevas tendencias tuvieron su dramática expresión en abril de 1926. En marzo de ese año, la Iglesia, con el apoyo completo del gobierno de Siles, había lanzado la Gran Cruzada Nacional Pro Indio.[7] La idea general de esta campaña era recaudar fondos con destino a la educación indígena, crear escuelas especiales de artes y oficios, becas, etcétera, en el entendido de que el principal problema del indio era la falta de educación. Al principio, parecía que los universitarios, como todos, estaban prestando su apoyo a esta campaña, pero el 17 de abril la Federación Universitaria de La Paz, mediante su presidente Enrique Baldivieso, anunció que estaba absolutamente en desacuerdo con esa cruzada. En un comunicado oficial los universitarios afirmaron lo siguiente:

> Creemos que la incorporación del indio a la civilización no debe ser patrimonio de ningún credo religioso. Toda tendencia de redención del indígena debe descansar en un fenómeno eminentemente económico: la propiedad o enfiteusis de la tierra y como consecuencia de este postulado, la alfabetización y educación técnica.
>
> No escapa a la penetración de nadie el peligro que entraña encomendar esta gran misión social al clero: la experiencia de cuatrocientos años, nos demuestra que este, juntamente con el latifundista y el representante de la autoridad –hoy aliados–, han ido lenta y calculadamente agotando la vitalidad de la raza y colocando al indio en la degradante situación en que hoy se encuentra.
>
> El fin clara y perfectamente evidenciado que persigue la Gran Cruzada Nacional Pro Indio no es otro que el de entregar al clero la solución de este problema. Ahora bien, ¿podremos nosotros cooperar con la experiencia de toda la era colonial y aún la república? No. Esta labor corresponde al Estado, quien deberá realizarla sin intervención de ninguna profesión religiosa.[8]

Al día siguiente los estudiantes realizaron una manifestación de protesta en la plaza Murillo –la plaza central de La Paz– y cuando tropas del ejército y la policía intentaron romper la manifestación, Siles les ordenó suspender esa actitud, permitiendo que la manifestación siguiera su curso. Siles, entonces, escuchó al presidente de la Federación Universitaria, Enrique Baldivieso, quien atacó a la clerecía por explotar al indio y demandó que los indígenas deberían recuperar sus tierras perdidas a manos de los latifundistas.[9] Esta oposición de los estudiantes universitarios, de inmediato, tuvo repercusiones. No solo el gobierno retiró su respaldo a

7 *El Diario*, 24 de marzo de 1926, p. 5.

8 *El Diario*, 18 de abril de 1926, p. 8; véase también Díaz Machicao, 1955a, p. 44.

9 *El Diario*, 20 de abril de 1926, p. 12.

esa campaña, sino que el 22 de ese mes el mismo obispo de La Paz anunció el fin de la cruzada y la devolución de los fondos recolectados en los pocos días de la campaña –que habían sido considerables– admitiendo su derrota ante la radical oposición de los estudiantes.[10]

Aunando impulsos, el movimiento para organizar un nuevo partido empezó a ganar adherentes no solo entre la juventud universitaria, sino también entre los jóvenes intelectuales, los miembros de ideas más avanzadas del Partido Liberal, así como una hueste de individuos que anteriormente no había tenido compromisos políticos.[11] A mediados de año, Siles invitó a un determinado grupo de jóvenes intelectuales, entre ellos Enrique Baldivieso, José Tamayo, Humberto Plaza y Augusto Céspedes, al palacio, para considerar la formación tanto del partido como de los principales puntos de su programa.[12] Fue entre los miembros de este grupo que nació la consigna de las manifestaciones contra Abdón S. Saavedra[13] y, a fines de ese año, Siles invitó a los mismos intelectuales para iniciar una gira política por todo el país, con el objetivo de crear células políticas para el nuevo partido en todos los centros de la república. Al considerar este viaje, Céspedes señaló que él y sus asociados habían recibido la adhesión de dos principales jóvenes radicales de Cochabamba, Carlos Montenegro y Augusto Guzmán. Sin embargo, estos intelectuales no estaban en posición de mayoría y el nuevo partido, de una manera general, fue dominado por hombres completamente formados en la ideología y principios clásicos del liberalismo, incluyendo a Rafael Taborga, Enrique Finot, F. Vaca Chávez y L. Fernando Guachalla, y fueron estos hombres quienes dieron sustancia a la imagen e ideología del partido.

Al principio, Céspedes, Baldivieso y Humberto Plaza habían redactado su propio programa de partido «revolucionario», a su retorno a La

---

10 *El Diario*, 22 de abril de 1926, pp. 4 y 8. Es interesante esta súbita demostración de fuerza e ideología radical del movimiento estudiantil que, si bien tuvo éxito en aplastar la moral de la cruzada, no hizo nada para remplazar aquella campaña y tampoco el gobierno hizo nada en la esfera de la educación del indio. Nadie llevó a cabo la reforma agraria, por lo menos en el gobierno de Siles, y la derrota de este movimiento, y las sumas ciertamente cuantiosas que se habían comprometido para esto, fue en algún sentido una gran pérdida para la nación, debido a la falta de actividad en esta esfera.

11 Finot, 1954, p. 368.

12 Céspedes, 1956, p. 83.

13 *Ibid*., p. 84. Céspedes sostiene que Abdón Saavedra lo acusó a él y a Gustavo Adolfo Otero de ser los principales cabecillas de las acciones revoltosas contra aquél.

Paz, programa que, de acuerdo con uno de sus autores, «contenía una novedad esencial: una crítica al individualismo, falso como principio en sí mismo, [lo] sindicábamos de más falso aún, en su aplicación por los partidos bolivianos. En el terreno táctico se apuntaba al papel mental de la juventud para guiar al país hacia una forma discreta de socialismo». Pero los dominantes del nuevo conglomerado, de acuerdo con este mismo autor, «se horrorizaron de su contenido y redactaron en sustitución, un suculento programa liberal, inflándolo con un catálogo gigantesco de obras públicas». «Nuestra iniciativa», dice este joven intelectual, «quedó rechazada por demasiado intelectual» y así se desahució en su origen la teoría revolucionaria del nuevo partido.[14]

A pesar de este programa tradicional, o más probablemente debido a ello, para fines de año, el progreso de la organización del partido había llegado a tal punto, que su líder Rafael Taborga se sintió lo suficientemente fuerte, a principios de enero de 1927, para anunciar la creación oficial del Partido de la Unión Nacional,[15] que rápidamente vino a ser conocido como Partido Nacionalista. El 11 de enero, los periódicos de La Paz publicaron el programa oficial del partido, el cual, como Céspedes correctamente había señalado, no contenía nada especialmente revolucionario, en tanto que uno de los miembros del nuevo partido lo calificó, posteriormente, de nacionalismo romántico.[16]

El programa demandaba la reorganización y modernización de la administración pública, un gran programa de desarrollo económico y de obras públicas, así como programas de desarrollo de la agricultura e industria, y una política gubernamental de proteccionismo. Esta piadosa demanda de descentralización económica y administrativa fue emitida junto con un llamado a la modernización de la administración, mediante la creación de un cuerpo profesional para el servicio extranjero y la creación de un nuevo ministerio, el de Salubridad. Como se esperaba después de los años de Saavedra, se implementó una vigorosa política de legislación de bienestar social para el país. El programa también pedía un sistema más racional de impuestos, la eliminación de los impuestos indirectos y el establecimiento de un tipo de desarrollo industrial, con un Banco Minero y un Banco Agrícola. Finalmente, pedía la propiedad gubernamental completa del Banco Central, un Plan de Ahorro Nacional,

14 *Ibid*.

15 *El Diario*, 6 de enero de 1927, p. 6.

16 Francovich, 1956, p. 83.

Código del Trabajo y la autonomía universitaria; siendo estos tres últimos pedidos los más avanzados.[17]

De esta manera, el programa representaba fielmente un tipo de ideología reformista de clase media, en el cual los jóvenes de la vida política seguían dentro de la estructura ideológica tradicional, y concebían la reforma de Bolivia por medio del progreso y la modernización «científica». El programa ignoró completamente el hecho de que para que se creara una «nueva Bolivia» se tenía que hacer más que modernizar los instrumentos de gobierno e inculcar, en todos, una filosofía de perspectivas avanzadas. Era, de hecho, necesario un remodelamiento institucional completo. Pero la joven clase media de intelectuales, a fines de la década de 1920, no estaba preparada para pensar en estos términos. Aún no estaban dispuestos para desviar los cimientos de la sociedad y ni un gobierno que a ellos les parecía bastante bien ordenado, constructivo y sobre todo fructífero. Solo un completo rompimiento de esa sociedad podría alterar sus suposiciones fundamentales.

A pesar de que realmente no había contenido de nueva ideología en el programa y de que el gobierno tenía que emplear acciones toscas para darle vida, el nuevo partido realmente despertó marcado entusiasmo en el país. Mientras Siles había obtenido garantías de que la acostumbrada caterva política de buscadores de empleo migraría a sus filas, hubo también seria respuesta de los estudiantes e intelectuales de la nación, tanto de aquellos de tinte moderado como de los izquierdistas más avanzados. De un modo u otro, en realidad, casi la mayor parte de los intelectuales de tendencia izquierdista, directa o indirectamente, a través del Partido Nacionalista o del mismo gobierno, participaron en la administración de Siles entre los años 1926-1930. Así, aparte de los hombres ya mencionados en el nuevo partido, otros se unieron a sus filas, incluyéndose, entre ellos, Guillermo Francovich, Vicente Leitón, Alberto Ostria Gutiérrez, Carlos Salinas Aramayo, Félix Capriles, Saturnino Rodrigo, Alberto Mendoza López, Max Atristaín, Carlos Medinaceli, Javier Paz Campero y Benigno Carrasco;[18] y, en una época u otra, Víctor Paz Estenssoro, Ricardo Anaya y José Antonio Arze también estuvieron asociados con el gobierno de Siles. Como puede verse por esta lista, prácticamente la mayoría de los jóvenes intelectuales bolivianos de cualquier valía participaron de alguna manera en ese movimiento y los futuros dirigentes de cada partido radical de la

17 El programa en su totalidad fue publicado en *El Diario*, 11 de enero de 1927, p. 5.

18 Carrasco, 1961, pp. 382-383.

posguerra del Chaco, fueran de derecha o de izquierda, recibieron su primera formación política en ese periodo.

Así, en términos de ideología y forma, el Partido Nacionalista del gobierno de Siles no representaba ningún rompimiento con la estructura de los partidos tradicionales ni desafiaba los fundamentos del orden establecido, su época iba a ser la precursora del nuevo mundo político que emergería en el periodo de la posguerra del Chaco. Por alguna razón, Siles ejerció profunda influencia en los movimientos de la juventud y de la intelectualidad nacional en 1926, cuando deliberadamente pensó en crear su propio partido de apoyo y de organización, independiente de su predecesor, y su llamado de apoyo llevó a la arena política, por primera vez, a una hueste de jóvenes intelectuales que en las próximas décadas formarían una parte crucial de las generaciones de la guerra del Chaco.

Los genuinos reaccionaron con vigorosa hostilidad a la creación del nuevo partido, especialmente porque amenazaba la reciente unificación de las dos ramas del Partido Republicano. En febrero de 1927, bajo la dirección de Escalier, los genuinos se reunieron en convención especial, en Oruro, para discutir este nuevo desarrollo y también para preparar las próximas elecciones del Legislativo, en mayo de 1927. En esa convención, los genuinos anunciaron su rompimiento con el gobierno de Siles, mientras el órgano del partido, *La Razón,* le acusaba de haber roto el anterior pacto, al apoyar la fundación del nuevo partido, y advirtiéndole que él estaba abandonando un gobierno de mayoría por uno de minoría.[19]

En las elecciones de mayo, las primeras en las que participó el Partido Nacionalista, el gobierno utilizó los usuales y vigorosos métodos de intervención para obtener resultados favorables, y el nuevo partido logró una gran victoria electoral,[20] mientras que los genuinos declaraban su abstención debido a que el gobierno había rehusado concederles garantías. Sin embargo, esta victoria electoral fue inmediatamente desafiada el 4 de mayo por graves revueltas estudiantiles y una huelga de maestros. Después de mucho derramamiento de sangre y un ataque a la planta del periódico del Partido Nacionalista, el gobierno declaró estado de sitio, desterrando a los principales dirigentes genuinos y liberales y

19 Díaz Machicao, 1955a, pp. 61-62.

20 Del total de siete asientos en el Senado, cuatro fueron ganados por los nacionalistas, dos por los liberales y uno por los republicanos de gobierno (es decir, saavedristas), y de 34 asientos del Congreso el nuevo partido logró 21: los saavedristas, cuatro; los genuinos, cuatro; uno fue para cada partido: liberal, socialista, regionalista; y otro fue independiente. *El Diario*, 3 de mayo de 1927, p. 4.

clausurando *La Razón.* La oposición denunció que todo este asunto indicaba que el gobierno de Siles estaba gobernando con un partido de minoría.[21] Siles pudo, sin embargo, a fines de mes organizar un nuevo Gabinete, con un liberal, un independiente y dos miembros, cada cual del Partido Republicano de gobierno y del Partido Nacionalista. Para junio, estos dos últimos partidos, finalmente, llegaron a un entendimiento y ambos acordaron en coalición apoyar al gobierno de Siles, aunque manteniendo por separado sus identidades. Este pacto fue firmado por Rafael Taborga, en nombre de los nacionalistas, y por Eduardo Diez de Medina, por los republicanos de gobierno.[22]

Pero no solamente las elecciones de mayo habían hecho surgir un nuevo partido, sino que también se vio el resurgimiento temporal del Partido Socialista de los primeros días de la década de 1920. El Partido Socialista presentó una lista de candidatos que incluía al dirigente obrero Enrique G. Loza; a los jóvenes de la extrema izquierda radical, Tristán Marof (Gustavo A. Navarro) y Roberto Hinojosa, y, finalmente, al reconocido comunista M. L. Dick Ampuero.[23] Lo más sobresaliente de esta lista de candidatos era que evidenciaba cómo el antiguo Partido Socialista ingresaba al camino del radicalismo después de sus primeros años de moderación. Tanto Marof como Hinojosa eran francamente marxistas e intelectuales fuertemente indigenistas, quienes ya habían comenzado su larga carrera de persecución y destierro por sus opiniones. En las elecciones, con excepción de Loza, todos ellos fueron derrotados y un Congreso manifiestamente hostil se negó a dar validez al triunfo de Loza.[24]

Esta elección pareció ser uno de los últimos grandes esfuerzos del antiguo partido, porque, más tarde, ese mismo año, aquel viejo grupo socialista dio nacimiento a un nuevo partido laborista minoritario, con el título precisamente de Partido Laborista, pero, a pesar de ello, muy pronto fue popularmente conocido como Partido Socialista. Bajo la dirección de los importantes líderes obreros Moisés Álvarez y Ezequiel Salvatierra, y con los restos del viejo partido y de alguna nueva sangre radical, el partido fue fundado en junio de 1927.[25] Y aunque el nuevo partido se proclamó

21 Díaz Machicao, 1955a, pp. 64-65.

22 *El Diario*, 2 de junio de 1927, p. 4.

23 *El Diario*, 3 de mayo de 1927, p. 4. Un año antes, Dick Ampuero, en su libro *Organización sindical,* de 1926, había propugnado la organización del movimiento obrero comunista en Bolivia, afiliado a la Internacional Roja, pp. 11 y 54.

24 *La Razón*, 4 de septiembre de 1927, p. 8.

25 Lora, 1963, p. 6.

directo descendiente de todos los anteriores partidos socialistas en Bolivia, su característica fue más radical que la de sus predecesores, tal como su programa declaraba:

> El carácter de nuestro partido está eminentemente orientado a la clase de aquellos que viven honorablemente de su trabajo, contra aquellos que viven explotando y sin trabajar; del pobre contra el rico; de los trabajadores manuales e intelectuales contra la aristocracia racial y criolla; en resumen, de aquellos que están trabajando por la transformación socioeconómica del actual estado en que vivimos, dentro de una sociedad más racional y más humana [...] El Partido Laborista es de los trabajadores y para los trabajadores, y encarna la suprema aspiración del mejoramiento del pueblo y para el pueblo.[26]

En una segunda circular, que el partido emitió en 1928, se declaraba que:

> Hace ocho años, un grupo de trabajadores convencidos del vergonzoso descuido en que encontraron a los elementos obreros en las filas de los viejos partidos e inspirados en nobles ideas de redención social, y de la necesidad de hacer un llamado a los trabajadores a ocupar su posición en la lucha de clases, había organizado un Partido Socialista, que sostuvo varias campañas con mucha energía; pero como la tiranía reinante en ese tiempo ejerció poderosa presión, y como el nombre conllevaba riesgos [...] el nombre del partido tenía que desaparecer [...] Ahora, convencidos por la dura experiencia que proporciona la permanente lucha, hemos resuelto tomar el nombre de Partido Obrero, sin perder de vista nuestros puntos doctrinales que tienen su esencia en el marxismo.

En la última circular el partido declaraba que estos «puntos» o doctrinas, «estaban dirigidas a la socialización de todas las fuentes de producción». «Nuestros puntos de vista», continuaba la circular, «directamente intentan la transformación de la sociedad presente, porque creemos y tenemos convicción de que éste es el único camino para salvar al pueblo de la injusticia social de que es víctima».[27]

El Partido Laborista no fue la única manifestación del crecimiento del radicalismo dentro del movimiento obrero, porque, en 1927, las varias confederaciones locales tuvieron éxito en organizar la Tercera Convención Nacional de las clases trabajadoras de Bolivia. En 1925, un Segundo Congreso Nacional de Trabajadores, finalmente logró organizar un tipo preliminar de confederación nacional,[28] y este nuevo congreso le dio un contenido ideológico a esta confederación. El tercer congreso,

---

26 *Ibid*., p. 7.

27 *Ibid*., pp. 7-8.

28 Barcelli, 1956, pp. 111-112.

reunido en julio de 1927 en Oruro, con asistencia de más de 200 delegados, se constituyó en la reunión obrera nacional más importante hasta esa fecha. En esta convención, por primera vez, fue abiertamente expuesta la lucha de clases del movimiento obrero y se adoptó un programa de acción política y laboral contra las clases capitalistas. Aunque la mayoría de los delegados expresaron mucha simpatía hacia la Tercera Internacional, hubo marcado sentimiento anarcosindicalista para impedir su abierta afiliación, y la nueva confederación nacional siguió manteniendo su independencia de cualquiera de las principales internacionales.[29]

También en el mismo mes, el gobierno anunció que había descubierto un complot «comunista», dirigido a la toma de la nación. De acuerdo con el gobierno este complot revolucionario estaba dirigido por Tristán Marof y un Consejo de Diez. También estaban implicados con el complot los líderes sindicales del Partido Laborista: Ezequiel Salvatierra, Moisés Álvarez y el intelectual radical Óscar Cerruto.[30] No solamente el mismo Marof negó la validez de las acusaciones,[31] sino que, también, el principal periódico genuino *La Razón* denunció que todo el asunto comunista era una fabricación del gobierno.[32] Cuando el periódico militante de la izquierda, *Bandera Roja,* también agregó su voz de disidencia, fue clausurado por el gobierno.[33] El hecho de que el gobierno empleara la excusa de este complot para desterrar a varios líderes de la oposición tradicional, parecía confirmar el hecho de que todas las acusaciones fueron de su manufactura. Esta fue, sin embargo, la primera mención de un intento revolucionario específicamente comunista en la historia de Bolivia, e indica una creciente preocupación, entre las altas clases, por la marea que estaba surgiendo del radicalismo de la extrema izquierda.

Bajo la administración de Siles también ocurrieron acontecimientos en la esfera internacional. Al principio, Siles, como sus predecesores, se había concentrado en la cuestión del litoral que, especialmente en 1926, había recobrado una nueva intensidad con la intervención de Estados Unidos en la disputa. En marzo y noviembre de ese año, el secretario de Estado norteamericano, Kellogg, propuso a Chile y Perú que la región de Tacna y Arica pasara a una administración tripartita, incluyendo a Bolivia,

29 Álvarez, 1937, p. 36; Barcelli, 1956, p. 115.

30 *El Diario*, 15 de julio de 1927, p. 5.

31 *La Razón*, 10 de septiembre de 1927, p. 4.

32 *La Razón*, 24 de julio de 1927, p. 12, y 26 de julio de 1927, p. 4.

33 *La Razón*, 2 de julio de 1927, p. 4.

o que se la entregara a Bolivia como posesión plena. Mientras la llamada Fórmula Kellogg generó grandes esperanzas en Bolivia –el gobierno de Siles desde hacía tiempo que se había retirado de la posición reivindicacionista que había adoptado Saavedra ante la Liga de las Naciones–, por el otro lado, acicateó a Chile y Perú para negociar directamente entre ellos, excluyendo tanto la mediación de Estados Unidos como de los observadores de Bolivia.[34] Después de largas negociaciones, los dos países llegaron a la inevitable solución, en 1922, de dividir las dos provincias entre ellos, acordando no ceder territorio alguno a un tercero sin el consentimiento de ambas naciones.[35]

Entre tanto, a fines de diciembre de 1926, por primera vez, los periódicos bolivianos relegaron el asunto del litoral, ante las noticias que llegaban del Chaco boreal y de la histórica disputa de Bolivia con Paraguay sobre ese territorio. Para 1927, ya el asunto de Tacna y Arica estaba relegado a las páginas interiores, mientras la disputa del Chaco ocupaba los principales titulares de la prensa boliviana. En respuesta a la creciente tensión en su frontera sudoriental, Bolivia, en diciembre de 1926, aseguró de la fábrica británica de armamentos Vickers-Armstrong un préstamo a corto plazo de 9.088.200 dólares, que se emplearía en la compra de material de guerra para modernizar su ejército.[36] En un esfuerzo para aliviar la tensión sobre este asunto, el gobierno de Siles, en 1927, envió una comisión de límites a Buenos Aires, compuesta por figuras de la oposición, tales como Escalier, Daniel Sánchez Bustamante y el coronel Carlos Blanco Galindo. Sin embargo, fracasaron todas las negociaciones con los paraguayos y ambas partes reasumieron su intensa actividad de construir fortines en la inexplorada e inhabitada tierra del Gran Chaco.[37]

Además de los crecientes problemas internacionales, el gobierno de Siles también empezó a experimentar una grave crisis económica. Presionado por la creciente escasez de fondos para las operaciones normales del gobierno, así como por la falta de dinero para completar varias obras públicas importantes y proyectos de construcción de ferrocarriles, el gobierno de Siles se halló muy pronto en una situación financiera más que desesperada. Para aliviar esta situación, recurrió al incremento de la tributación indirecta, mediante impuestos al papel sellado y a la cerveza,

34 Alvéstegui, 1959, pp. 441-442.

35 Basadre, 1948, p. 660.

36 Galarza, 1931, pp. 105-106.

37 Salinas Baldivieso, 1938, pp. 164-166.

y, particularmente, a un impuesto impopular y gravoso sobre las cédulas de identificación personal para todos los bolivianos.[38] El gobierno más que desesperado por esta situación económica también se vio precisado a imponer, a mediados de año, un préstamo de los bancos locales por 3.000.000 de bolivianos, y, cuando el Banco Mercantil de Patiño se negó a contribuir, se incautaron sus libros.[39]

Pero estas acciones solo aliviaron temporalmente la situación y Bolivia, nuevamente, recurrió a los mercados internacionales de moneda en busca de dinero, a pesar de las ya pesadas obligaciones del empréstito Nicolaus. A principios de 1927, Siles tuvo éxito en asegurar un préstamo de 14.000.000 de dólares de la casa bancaria de Nueva York: Dillon, Read and Co., para destinarlos a tres incompletos, pero ya iniciados, proyectos ferroviarios. Sin embargo, para financiar este préstamo el gobierno tenía que promover una nueva serie de recaudaciones de impuestos no comprometidos con el empréstito Nicolaus.[40]

En un intento por reorganizar las arcaicas e hipotecadas recaudaciones del gobierno y estructurar el sistema tributario, el gobierno de Siles invitó a Bolivia a la Misión Kemmerer, de Estados Unidos, que llegó a La Paz en marzo de 1927.[41] Walter Kemmerer era un consejero en finanzas gubernamentales y en divisas internacionalmente conocido, así como profesor de economía en la Universidad de Princeton. A fines de la década de 1920, a pedido de varios gobiernos latinoamericanos, se hizo cargo de la reorganización de sus finanzas. En 1927, después de completar su misión en un país vecino, fue invitado por Bolivia para un estudio de tres meses, en los cuales recibiría la ayuda total de la administración de Siles. Las primeras recomendaciones de Kemmerer se relacionaron con la transformación del Banco de la Nación Boliviana en un Banco Central similar al sistema de la Reserva Federal de Estados Unidos, que tendría bajo su control no solamente asuntos como la emisión de moneda, sino también los tipos de cambio y el manejo de divisas y su conversión para los importadores y exportadores locales. Kemmerer también recomendó la revisión total del ineficiente sistema presupuestario y el remplazo de la caótica y pesada estructuración tributaria indirecta por una mayor tributación directa sobre la propiedad y el ingreso personal. Tomándolas

38 Galarza, 1931, p. 106.

39 Céspedes, 1956, p. 86.

40 Peñaloza, 1959, pp. 446-449.

41 *El Diario*, 30 de marzo de 1927, p. 5.

en conjunto, en los siguientes meses y años, la mayoría de las reformas de Kemmerer (salvo las relativas a impuestos) fueron promulgadas por el gobierno de Siles, introduciéndose así importantes cambios en la estructura financiera de la nación.[42]

Pero las futuras reformas no podían aliviar la tensa situación en aumento. Se intentó un nuevo enfoque, más que inesperado, cuando el aterrorizado régimen de Siles anunció su intento de nacionalizar la propiedad de la Bolivian Railway Company, que por entonces confrontaba serias dificultades financieras; pero, como seis meses después del anuncio nada se había hecho para oficializarlo, el gobierno discretamente relegó todo el asunto. En primer lugar, el anuncio de nacionalización fue recibido con un gesto casi de indiferencia, con poca atención del público, en vista de que fue presentado sin justificaciones ideológicas claras. Parece que el gobierno estaba más interesado en que la compañía se afianzara, para salvar sus propias inversiones financieras en ella, que en tratar de resolver los problemas de Bolivia a través de un programa radical de nacionalización.[43] Estas y otras numerosas acciones del gobierno fueron solo gestos temporales para encarar el grave problema del empobrecimiento de las fuentes de ingresos estatales, y este programa pragmático no pudo resolver las deficiencias estructurales básicas que constituían la esencia de su problema.

Durante todo el año de 1927, el gobierno de Siles no solo concentró una marcada atención en los serios problemas económicos del gobierno, sino que también intentó ampliar el apoyo de los grupos más tradicionalmente dispuestos. Aunque continuaba dando completo apoyo a sus dos partidos leales, los republicanos de gobierno y los nacionalistas, Siles también hizo proposiciones al Partido Liberal y, por cierto tiempo, el dirigente de este último, Tomás Manuel Elío, prestó servicios en el Gabinete.[44] Esta alianza temporal, sin embargo, acabó a principios de 1928, y la mayor parte de este nuevo año el gobierno mantuvo la censura de prensa y el estado de sitio, justificando sus acciones con la premisa de la tensión internacional. En cuanto a la situación financiera, el gobierno de Siles, finalmente, logró alivio temporal mediante la negociación de un nuevo préstamo con la Dillon, Read and Company por la suma de 23.000.000 de dólares. Prometiendo promulgar las reformas de Kemmerer, que había procedido a ponerlas en práctica con una serie de leyes legislativas a mediados del

42 Benavides, 1955, pp. 105-114; Galarza, 1931, p. 106; Mendoza, 1927.

43 Díaz Machicao, 1955a, pp. 66 y 75.

44 *Ibid*., p. 67.

año, y prometiendo conseguir mayores ingresos gubernamentales, este préstamo fue casi enteramente empleado para reembolsar una gran parte de la deuda internacional previa de Bolivia, y especialmente para rembolsar el préstamo Vickers, por lo tanto, produjo poco para obras públicas o para ingresos gubernamentales.[45]

Mientras el gobierno continuaba confrontando mayores dificultades y buscando tentativamente nuevas áreas de apoyo, iban ocurriendo nuevos acontecimientos dentro de un escenario más grande de políticos e intelectuales. En 1928, el nuevamente despierto radicalismo universitario empezó a encontrar expresión en un creciente conocimiento y divulgación del marxismo y otras ideologías radicales izquierdistas. En 1927 se estableció en Bolivia un capítulo del partido peruano APRA,[46] porque el libro que se acababa de editar, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui, produjo profundo impacto entre los estudiantes y universitarios bolivianos. Igualmente, tan importantes como las obras de Mariátegui, que llevaron a Bolivia la ideología revolucionaria del indigenismo, fueron las obras de José Ingenieros, quien, traduciendo el materialismo histórico en términos latinoamericanos, causó un profundo impacto en la nación.[47] Un estudiante de la época y, más tarde, conspicuo historiador intelectual de Bolivia, escribió:

> El interés especulativo por el materialismo histórico surgió en Bolivia con la divulgación de la *Sociología argentina* de José Ingenieros. Ingenieros fue uno de los escritores argentinos más leídos en Bolivia entre las dos guerras mundiales. Sus libros de criminología y de sociología tenían casi el rango de texto [obligatorio] en las universidades.[48]

Mucho de este nuevo conocimiento del pensamiento, político y social, por parte de los universitarios, condujo al desarrollo de una confederación nacional de universitarios que, con el apoyo del gobierno de Siles, fue organizada en agosto de 1928. En ese mes, las federaciones universitarias locales de toda la nación enviaron delegados a Cochabamba para el Primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios. Reunida bajo los auspicios de la Federación de Estudiantes de Cochabamba, la asamblea incluía

45 Peñaloza, 1954, pp. 449-451.

46 *La Razón*, 7 de septiembre de 1927, p. 2.

47 Francovich, 1956, pp. 103-104.

48 *Ibid*., p. 103.

a figuras tales como Carlos Medinaceli, Félix Eguino Zaballa, José Antonio Arze, Franklin Antezana Paz, Arturo Urquidi y Ricardo Anaya.[49]

El objetivo fundamental del congreso fue la creación de una confederación nacional de universitarios que sería conocida como Federación Universitaria Boliviana (FUB). El principal líder de la convención fue el intelectual marxista José Antonio Arze, recientemente graduado de la Facultad de Derecho de la Universidad de San Simón de Cochabamba. Fue Arze quien presidió la convención y el que redactó los estatutos de la nueva organización, así como su Programa de Principios.[50] Los estatutos de la FUB proclamaban que uno de los objetivos de la confederación universitaria era el de «hacer más efectiva la cooperación entre los proletarios manuales e intelectuales, organizando la Liga Pro-Indio, comités obrero-estudiantiles de solidaridad y ayudar a la sindicalización de los maestros y trabajadores intelectuales en general».[51]

Mientras hacía propaganda de la «autonomía universitaria» y de la «reforma universitaria» con el modelo de la Argentina, el Programa de Principios de la FUB también proclamaba que: «La Universidad, en estos tiempos de intenso dinamismo social, no llenaría sus funciones si, restringida en el campo de los problemas esencialmente educativos, se abstuviera de pronunciarse sobre la cuestión social».[52] De esta manera, la FUB tomó una posición revolucionaria con respecto al problema indígena y proclamó la «incorporación del indio a la vida civilizada. Esta incorporación será efectiva sólo cuando se le emancipe con la fraccionalización obligada del latifundio, como se ha practicado en México».[53] El Programa de Principios aprobado por la convención también demandaba la cooperación con el proletariado boliviano, en sus esfuerzos hacia su sindicalización, y solidarizándose con ellos en su legítima defensa contra la exacción del capital. Los principios de la Constitución mexicana de 1917 también fueron sostenidos para demandar la nacionalización de los recursos naturales, política que había apoyado la FUB.[54]

Así como la FUB concedió a los universitarios el derecho de afiliarse a cualquier partido político tradicional que quisieran, sostuvo también

---

49 Primera Convención Nacional de Estudiantes Bolivianos, 1928, p. 3.

50 *Ibid*., pp. 4, 12 y 24.

51 *Ibid*., p. 13.

52 *Ibid*., p. 25.

53 *Ibid*., p. 35.

54 *Ibid*., p. 36.

como objetivo general la necesidad de establecer un nuevo partido basado en nuevos principios económicos.[55] Insistió en la necesidad de una organización democrática y propuso una estructura federalista para el gobierno boliviano. Pero denunció que

> la verdadera democracia es incompatible con el actual régimen capitalista, fundado en el derecho absoluto de la propiedad privada, que organiza el monopolio de la riqueza en pocas manos, mientras la miseria es cada vez más grande en los asalariados o productores proletarios.

Por lo tanto, el actual sistema competitivo capitalista debería ser remplazado por uno de cooperativa. «La única salvación de Bolivia está, por lo tanto, en la progresiva *socialización de la riqueza privada*». Esto, en términos concretos, significaba la nacionalización de las minas y del petróleo. También significaba reforma agraria, la posesión de la tierra por los indios y un código social y obrero (al modelo de la Constitución mexicana de 1917 y de la alemana de 1919), para proteger al proletariado.[56]

Aunque la FUB «repite su convicción que considera preferible para la realización evolutiva de sus ideales, el instrumento de la institucionalización democrática que la brutal imposición de las tiranías reaccionarias», obligada a escoger entre «el tipo clerical de la dictadura fascista o el tipo socialista de la dictadura rusa, no vacilaría en preferir la última, porque representa, por lo menos, la violencia puesta al servicio de un futuro generoso».[57] Como era de esperarse, el congreso universitario también expresó un marcado anticlericalismo y demandó una absoluta educación laica, la supresión de las órdenes monásticas y la separación de la Iglesia y el Estado.[58]

En el aspecto internacional, el programa demandaba por la

> sustitución del principio monrroista y panamericanista puesto al servicio del imperialismo yanqui, por el principio de la solidaridad latinoamericana. Defensa contra la acción del imperialismo yanqui, impidiendo su interferencia en los litigios internacionales, en la política interna y en la monopolización de la riqueza nacional por los *trusts*.[59]

Finalmente, el Congreso, a pesar de su desaprobación de las guerras de conquista, asumió una posición nacionalista, reclamando la completa

55 *Ibid*., pp. 36-37.

56 *Ibid*., pp. 37-39 y 41.

57 *Ibid*., p. 40.

58 *Ibid*., pp. 40-42.

59 *Ibid*., p. 43.

reintegración del litoral, y la defensa del sudeste, contra el Paraguay, por parte del gobierno.[60]

En resumen, la Primera Convención Nacional de Estudiantes Bolivianos adoptó, por primera vez en el escenario político nacional, en magna plataforma, algunas de las ideas más fundamentales de la izquierda radical de Bolivia, ideas que serían los temas históricos de la extrema izquierda boliviana, desde esos días hasta la gran revolución emancipadora, que ocurrió casi treinta años después. Más que cualquier cosa, este congreso señaló el avanzado estado del pensamiento que se había desarrollado entre los elementos más radicales del movimiento estudiantil, y mientras esas ideas continuarían constituyendo la acuñación de un pequeño grupo de intelectuales, que por algún tiempo sobrevendría, esas ideas finalmente habían sido expresadas en una reunión de histórica importancia. La claridad del pensamiento, así como las numerosas proposiciones específicas, indicaban una vasta familiaridad con los grandes movimientos contemporáneos de Europa y América Latina, por parte de sus autores y de la corriente de este pensamiento en el mundo universitario.

Aunque estos programas e ideales fueron propugnados por una pequeña minoría de estudiantes e intelectuales del país, implícitamente, tuvieron más influencia en los acontecimientos futuros de la vida política nacional que para el escenario contemporáneo. A fines de la década de 1920, aun tras la fundación del Partido Nacionalista, el pensamiento y la acción de la política tradicional continuaba dominando el escenario. A esta altura, ocurrió una acción de grandes proporciones cuando, a fines de 1928, los liberales y republicanos genuinos anunciaron su intención de abstenerse en las venideras elecciones municipales.[61]

Sin embargo, antes de que las nuevas tensiones entre partidos pudieran desencadenar un intento de revuelta, todo el juego de maniobras políticas fue desbaratado por una repentina conflagración en la frontera del Chaco. A principios de 1928, habían ocurrido cruentos choques de tropas paraguayas que atacaron a los soldados bolivianos. Pero esos incidentes menores muy pronto alcanzaron mayores proporciones cuando,

60 *Ibid*., p. 34. La nueva FUB eligió como su presidente, por el término de dos años, al estudiante de derecho Ricardo Anaya, de Cochabamba. *El Diario*, 23 de agosto de 1928, p. 6. Para la consideración de la importancia de este congreso, dentro del movimiento de la autonomía universitaria, véase a Durán, 1961, p. 56 y ss.

61 Díaz Machicao, 1955a, pp. 78-81.

el 8 de diciembre de 1928, se lanzó, sin previo anuncio, un gran asalto paraguayo contra el fortín boliviano Vanguardia.[62]

Fue tremendo el impacto del incidente de Vanguardia para la nación. De inmediato, el gobierno recibió apoyo de todos los partidos políticos, mientras se realizaban grandes demostraciones populares diariamente, durante tres días consecutivos.[63] El gobierno de Siles canceló las elecciones municipales, que debían realizarse el 9 de ese mes, y también rompió relaciones diplomáticas con el Paraguay. Todos los dirigentes civiles respaldaron completamente esta actitud, y muchos recalcitrantes opositores se unieron apresuradamente a los comités patrióticos que se habían establecido. En respuesta a este decidido apoyo de todos los elementos políticos, Siles, el 9 de diciembre, decretó amnistía general. El 11 se produjo una coalición de todos los partidos y se formó el nuevo Gabinete. Siles también aseguró la fidelidad de los principales antiguos estadistas, haciendo que asumieran importantes cargos diplomáticos, nombrando a Montes en Brasil, a Saavedra en Ginebra y a Escalier en la Argentina.[64]

Pero mientras Siles tomaba ventajas de ese desbordante fervor patriótico, para apuntalar de alguna manera su tambaleante régimen, no se atemorizó por la guerra. Debido a fuertes presiones, llamó a las clases de la reserva de 1926 y 1927, y aceptó voluntarios para el ejército. Se negó, sin embargo, a decretar la movilización general. Aunque Siles ordenó la retoma de Vanguardia y, como represalia, la ocupación del fortín Boquerón por las fuerzas bolivianas, aceptó al mismo tiempo la mediación ofrecida por el secretario de Estado de Estados Unidos, Kellogg. Paraguay, sorprendido por esta más que abierta agresión, retrocedió, especialmente después de la exitosa represalia de los bolivianos, y, luego de largas negociaciones, dio satisfacciones y se firmó un acta de conciliación entre las dos naciones, en septiembre de 1929.[65]

Se renovó la oposición interna contra el gobierno, con el aflojamiento de la tensión de la guerra, y muy pronto ocurrió un rompimiento en el Gabinete de coalición, seguido por la renuncia de los viejos dirigentes de partidos a sus cargos diplomáticos. Mientras tanto, el Partido Nacionalista decidió luchar directamente por el poder. En febrero de 1929, los republicanos de gobierno y los nacionalistas acordaron presentar una lista

62 *El Diario*, 8 de diciembre de 1928, p. 1.

63 *El Diario*, 9 de diciembre de 1928, pp. 1-2; 10 de diciembre de 1928, p. 1, y 11 de diciembre de 1928, pp. 1-2.

64 Díaz Machicao, 1955a, pp. 82-87.

65 Finot, 1954, p. 369.

conjunta de candidatos para las próximas elecciones legislativas de mayo,[66] pero el Partido Nacionalista, de una manera general, ignoró este acuerdo en los siguientes meses y, con el fuerte respaldo de Siles y el empleo de mucha fuerza bruta, logró una aplastante victoria electoral. Tanto en Oruro como en Potosí hubo mucho derramamiento de sangre en las elecciones de mayo, agravado por el envío de tropas a esta última ciudad.[67] Al conocerse los resultados finales, la composición del Congreso de 1929 fue de veintinueve nacionalistas, dieciséis republicanos de gobierno, once genuinos y cuatro liberales.[68]

Cuando el Congreso recientemente elegido se reunió en agosto, los encolerizados republicanos de gobierno demostraron su hostilidad contra las acciones del nuevo Partido Nacionalista y contra el tono agresivo del partido victorioso y, formalmente, anularon el tradicional pacto de los dos partidos, que había estado en vigencia desde julio de 1927.[69] De inmediato, los republicanos de gobierno, empleados en la administración, renunciaron a sus cargos ministeriales dejando, aparentemente, solo a Siles en el gobierno, con su Partido Nacionalista. Sin embargo, Siles tenía fuertes lazos con la vieja facción saavedrista y cuando Saavedra intentó regresar de Europa, en septiembre de ese año, Siles no solo impidió que Saavedra regresara al país, sino que usó todo ese asunto como prueba de poderío para romper el control que ejercía el expresidente en sus partidarios. Bajo la vigorosa presión de Siles, los republicanos de gobierno reorganizaron sus filas y pusieron a silistas en el control del partido, llevando así, una vez más, al partido dentro de las filas de gobierno. Toda la oposición, en agudo contraste con su posición anterior a 1926, protestó contra la actitud antisaavedrista del gobierno, pero Siles reaccionó desterrando a Ismael Montes y a una hueste de figuras menos importantes de las filas de genuinos y liberales. Para fines de ese año, la oposición estuvo tan recalcitrante, que se negó a participar en las elecciones municipales de diciembre, mientras que Siles continuaba gobernando bajo el estado de sitio, que había tenido una existencia continua desde 1927.[70]

Con la conclusión de la amenaza de guerra y la intensificación de la controversia política, el gobierno también empezó a sentir las primeras oleadas de la Gran Depresión. Aunque la nación había experimentado una

66 *El Diario*, 3 de febrero de 1929, p. 12.

67 Díaz Machicao, 1955a, pp. 89-91.

68 *El Diario,* 9 de mayo de 1929, p. 6.

69 *El Diario,* 25 de agosto de 1929, p. 6.

70 Díaz Machicao, 1955a, pp. 92-101; Céspedes, 1956, p. 90.

aguda depresión entre 1921-1922, los años inmediatamente subsiguientes mostraron una lenta recuperación del terreno perdido, hasta que llegó a su máximo entre 1928 y 1929. En ese último año, el valor total de las exportaciones de estaño llegó a la cifra de 102.500.000 bolivianos; pero una señal de la gravedad de esta situación fue el hecho de que esta cifra, que estaba considerablemente por debajo del máximo de exportación de los años 1918 y 1920, se basaba casi en el doble de la cantidad de tonelaje que se había necesitado para asegurar los altos ingresos en los diez años anteriores.[71] Pero el consumo mundial de estaño era elástico, y la cifra de 1929, de 47.000 toneladas exportadas, nunca más fue lograda en la historia de la minería de estaño de Bolivia.[72]

Ya para 1927, el exceso de la producción mundial de estaño había empezado a provocar una lenta pero firme declinación en los precios mundiales. La Gran Depresión, agravada por esta situación, dio un mayor ímpetu a la rápida aceleración de esta caída. En términos monetarios de Estados Unidos, el estaño bajó de 917 dólares la tonelada, en 1927; a 794 dólares la tonelada en 1929: y, eventualmente, bajaría a 385 dólares la tonelada en el año más pobre de 1932.[73] A principios de diciembre de 1929, el gobierno, oficialmente, comenzó a expresar su alarma por la gravemente intensificada baja en los precios del estaño.[74] Porque en cuanto declinaban los precios del estaño, también declinaban los ingresos fiscales, y el gobierno de Siles confrontaba una aguda situación financiera, debido a sus enormes obligaciones con las deudas y el servicio de mantenimiento de una poderosa fuerza militar en el Chaco. Se calculaba que el 37% del presupuesto de 1929 estaba destinado al pago de la deuda externa, mientras que los militares tomaban otro 20%, dejando escasamente un 43% para el mantenimiento de los servicios fiscales y prácticamente nada para obras públicas, o para cualquier posible emergencia, tal como la depresión mundial.[75]

La situación económica empezó a ocupar más y más la atención pública y esto agregó un incrementado factor de intranquilidad a la más que tensa situación política. Siles, sintiendo tanto como Saavedra,

71 Peñaloza, 1954, p. 234.

72 *Ibid*., pp. 233-234; CEPAL, 1958, p. 12, cuadro 7. La cifra de 47.000 toneladas había sido superada una vez, anteriormente.

73 *Ibid*., p. 12. Empleando la conversión del dólar, fueron canceladas las fluctuaciones del tipo de cambio en Bolivia, en ese tiempo.

74 *El Diario*, 4 de diciembre de 1929, p. 6.

75 Galarza, 1931, pp. 106-107.

antes que él, la frustración de haber gobernado durante cuatro años sin haber logrado grandes resultados, empezó a pensar en la extensión de su mandato. Para esto contaba con el firme apoyo de los líderes del Partido Nacionalista, quienes comenzaron a hablar de organizar una convención constituyente, que podría formular una nueva Constitución e iniciar una nueva era política y económica. De manera que el gobierno intentó aprovechar la grave situación económica para hablar de la necesidad de adoptar medidas extraordinarias. En enero de 1930, Escalier propuso la convocatoria de una convención de todos los partidos para seleccionar al próximo presidente. Siles rechazó esta idea y, en el mismo mes, el periódico nacionalista, *El Norte,* de La Paz, empezó a deslizar rumores sobre una probable prórroga presidencial. Para febrero, las noticias fueron más completas en la prensa y, el día 9, Salamanca, desde su retiro en Cochabamba, emitió un manifiesto negando la validez de este movimiento.[76] Siles, sin embargo, se negó a prestar atención a esta advertencia, y, en abril, el gobierno anunció oficialmente sus intenciones prorroguistas;[77] en mayo se organizó un nuevo ministerio, con la inclusión de dos notables oficiales de ejército en el Gabinete, lo que, implícitamente, significaba el apoyo militar a la acción de Siles.[78]

El próximo movimiento de cierta trascendencia en el plan de la prórroga se produjo el 28 de mayo, cuando Siles renunció formalmente a la presidencia, entregando el poder a un Consejo de Ministros, con el apoyo completo del general Kundt y del coronel Toro. El nuevo Consejo convocó a elecciones para una Asamblea Constituyente, el 29 de julio. Empero, la dimisión a la presidencia de Siles rompió la calma que había prevalecido. El 12 de junio, los estudiantes se levantaron contra el gobierno y el 17 de junio Toro reorganizó el vacilante e inefectivo Consejo y asumió la directa responsabilidad de la tensa situación.[79]

---

76 Díaz Machicao, 1955a, pp. 102-107.

77 *El Diario*, 8 de abril de 1930, p. 6. El texto oficial que justificaba la prórroga se basaba en que la nación estaba experimentando una intensa conmoción económica «debido a la crisis que presiona a la industria minera, situación que produce y plantea serios problemas sociales, industriales y comerciales (y) el gobierno, profundamente preocupado en buscar la mejor solución posible a este complejo agregado de dificultades, considera patriótico prevenir y no agravar este estado general con las agitaciones políticas, que podrían traer una inmediata convocatoria a elecciones».

78 Uno de estos oficiales era un viejo amigo de Siles, David Toro; también en esa época se creó un nuevo puesto ministerial, el de ministro de Agricultura.

79 Díaz Machicao, 1955a, pp. 109-117.

El primer intento armado para romper este estancamiento vino el mismo día en que Toro asumió el comando, cuando un grupo del ala izquierdista, compuesto por 40 individuos, conducidos por el joven revolucionario radical Roberto Hinojosa, invadió a Bolivia desde la frontera con la Argentina.[80] Atacando la población fronteriza de Villazón, la pequeña banda ocupó la ciudad y tuvo un encuentro exitoso contra las fuerzas armadas. Hubo alguna agitación de simpatía de los trabajadores de Oruro y Potosí, e incluso el dirigente laborista Enrique G. Loza logró llegar al escenario de los disturbios a última hora, solo para ser capturado cuando huía el resto de la banda.[81] No obstante, este fue un asunto menor y no encajaba con la corriente tradicional de la activa conspiración de los partidos de oposición, que tuvieron consecuencias más serias en el altiplano. A pesar de que fue un asunto que no tuvo efectos políticos inmediatos, fue el primer intento revolucionario en la historia de Bolivia de una concreta revolución social-radical en la nación.

El manifiesto que emitieron los rebeldes, el primer día de su revuelta, no solo atacaba a Siles y a sus planes de prórroga como antidemocráticos, sino, y esto era lo más importante, proclamaba que

> la mejor solución posible a este complejo agregado de dificultades, considera patriótico prevenir y no agravar este estado general con las agitaciones políticas, que podrían traer una inmediata convocatoria a elecciones […].
>
> Nuestra revolución es una *revolución social* que viene a salvar a Bolivia, buscando en las transformaciones económicas de la colectividad y en la liberación de la fuerza y el cerebro de las clases productoras, las bases en las cuales se afirman las verdaderas instituciones democráticas y republicanas.[82]

Su programa específico de principios demandaba la:

> […] nacionalización de las minas, los depósitos petrolíferos, las principales industrias y las riquezas potenciales del suelo y el subsuelo; nacionalización de las líneas telefónicas y telegráficas, de los ferrocarriles y otros medios de transporte; intensiva (es decir violenta) abolición de los latifundios.[83]

¡TIERRA Y LIBERTAD! y ¡LAS MINAS PARA LOS TRABAJADORES! fueron los lemas de la revolución.[84] Los rebeldes exigían la sindicalización obli-

80 *La Razón*, 20 de junio de 1930, p. 4.

81 *La Razón*, 21 de junio de 1930, p. 5; *El Diario,* 21 de junio de 1930, p. 7.

82 Reimpreso de Hinojosa, 1944, pp. 7-8.

83 *Ibid*., p. 25

84 *Ibid*., pp. 12 y l3.

gatoria y un plan de beneficios para los trabajadores;[85] la abolición del pongueaje,[86] el sufragio universal, es decir, el voto para los indígenas, y la elección indirecta del presidente a través del Congreso.[87] Hinojosa y sus partidarios negaron toda conexión con Rusia y de hecho *per se* con los comunistas,[88] recibiendo la calurosa adhesión del mismísimo Haya de la Torre.[89] Un manifiesto posterior de los rebeldes, que pedía el apoyo a esa lucha, ofrecía una recompensa a todos los que se unieran a la rebelión y la amenaza de prisión y confiscación a todos aquellos que se opusieran al movimiento; también cancelaba las deudas internas y externas, y específicamente todas las deudas de Bolivia contraídas con Aramayo y Patiño.[90]

Pero a pesar de toda esta retórica revolucionaria y la gran cantidad de sangre derramada, el principal movimiento contra Siles ocurrió en el altiplano. Este movimiento estuvo dirigido por los partidos políticos tradicionales, coaligados con prestigiosos oficiales del ejército y con la ayuda de la decisiva fuerza de choque de los universitarios. El 22 de junio, un día después de que Hinojosa recruzara la frontera con la Argentina, los levantamientos estudiantiles en La Paz llegaron a su punto máximo. En ese «trágico domingo» intervinieron las tropas y abrieron fuego contra los estudiantes, causando intensa violencia y mucho derramamiento de sangre. Al día siguiente, el Consejo de Ministros ordenó la confiscación de *El Diario* y encarceló a su propietario, José Carrasco. Sin embargo, estaban contados los días del régimen, y el 25 de junio estalló una revuelta bien coordinada en varias ciudades de la república.[91] El regimiento Camacho ocupó la ciudad de Oruro, tras una sangrienta lucha de veinte minutos, y los cadetes del Colegio Militar se levantaron en apoyo de los estudiantes

85 *Ibid*., pp. 26-27.

86 *Ibid*., p. 27.

87 *Ibid*., p. 30.

88 *Ibid*., p. 22.

89 Haya de la Torre, 1936, pp. 126-130. Existe alguna discrepancia entre lo que Haya de la Torre pensaba que proclamaron los rebeldes, y lo que Hinojosa sostiene en su libro que proclamó su grupo, y, puesto que los periódicos bolivianos –y Haya de la Torre basa su análisis en estos y otros periódicos latinoamericanos– proporcionan solamente un bosquejo de la revuelta, y como jamás publicaron el manifiesto completo, me baso, en todo, en las aseveraciones de Hinojosa. Sin embargo, es posible que Hinojosa pueda haber rehecho estos documentos, poniéndolos en forma más específicamente izquierdista de lo que las fuentes contemporáneas indicaban.

90 Hinojosa, 1944, pp. 33-36.

91 Díaz Machicao, 1955a, pp. 119-125.

de La Paz. Kundt y Toro trataron de aplastar al ejército y suprimir la revuelta; pero estudiantes armados se unieron a los cadetes y comenzó un gran combate de tres días en La Paz. Entre tanto, Cochabamba había caído el primer día y, al día siguiente, Sucre y Potosí.[92] Los rebeldes de Oruro emitieron un manifiesto, formando una junta militar provisoria, bajo la dirección del viejo salamanquista, general Carlos Blanco Galindo, y de cinco coroneles, además de nombrar como prefectos, en todos los departamentos que habían caído, a oficiales del ejército. Para el 27 de junio todo había concluido y Kundt, Toro y Siles buscaron refugio en legaciones extranjeras, mientras una multitud enardecida destruía sus hogares y efectos personales.[93]

El más que violento fin del gobierno de Siles y las manifestaciones populares contra él, además de la prácticamente continua oposición en los cuatro años de su gobierno, dejaron, en principio, una muy amarga impresión en el pueblo del presidente derrocado.

Esta hostilidad se reflejó en los artículos de Alcides Arguedas,[94] y tomaron expresión en las investigaciones congresales de 1930, sobre los actos ilegales del expresidente.[95] Sin embargo, el desastre de la guerra del Chaco y el subsecuente surgimiento de nuevos movimientos políticos en Bolivia alteraron bastante el criterio popular y las interpretaciones historiográficas de la administración de Siles. Mientras que aun Hinojosa, en 1930, acusó a Siles de cobarde en el asunto del Chaco y de vender la soberanía nacional a los paraguayos,[96] las generaciones de posguerra apreciaron hasta el máximo grado el tacto y la habilidad de Siles para evitar la guerra en una situación extremadamente seria, como era la de Vanguardia en 1928, y lo compararon favorablemente con la falta de tal tacto de sus sucesores. También, dentro de los nuevos acontecimientos de la vida política de posguerra del Chaco, todos los hombres que habían trabajado con Siles y el Partido Nacionalista, nuevamente, emergieron a la primera línea de la escena política nacional, y todos los nuevos partidos, de un modo u otro, se sintieron fuertemente unidos a ese primer gobierno que había intentado romper los moldes tradicionales de la política.

---

92 *El Diario*, 28 de junio de 1930, pp. 2-3; y 29 de junio de 1930, p. 5.

93 Díaz Machicao, 1955a, p. 139.

94 Véase especialmente a Arguedas, 1959, vol. I, p. 988 y ss., obra que fue escrita a mediados de 1930.

95 Díaz Machicao, 1955a, p. 126 y ss.

96 Hinojosa, 1944, p. 37.

Lo que Siles estaba tratando de hacer, realmente, es difícil de comprender; ciertamente Siles no representaba una revolución social que desafiara las relaciones económicas de la sociedad nacional. La transferencia de la red estatal de comunicaciones telegráficas y radiotelegráficas a la Compañía Marconi, entre 1926 y 1929,[97] y la cesión de los impuestos gubernamentales a la Compañía Recaudadora, entidad privada, en los últimos años de su administración,[98] de hecho indican sus puntos de vista conservadores en estos importantes capítulos del desarrollo gubernamental. Sus tropas aplastaron las rebeliones indígenas,[99] y también fueron empleadas contra las huelgas y los elementos radicales, que en ese tiempo hicieron de Siles un enconado enemigo de la extrema izquierda. Si bien Siles fortificó el proceso, comenzado por sus predecesores, en el campo del obrerismo y de la legislación social, realmente no fue un innovador en estos asuntos.

Su posición mayormente revolucionaria residía en su negativa a ser peón de ajedrez de cualquiera de los partidos tradicionales, surgida de su propia inclinación a atraer a los jóvenes elementos no comprometidos del ejército, las universidades y la vida política. Con este cambio hacia nuevas fuentes de autoridad política, estaba encauzando una nueva concepción de la lucha política en Bolivia; y a pesar de esto, parece que él nunca estuvo consciente de los objetivos básicos que estaba tratando de lograr con esta fuerza recién politizada. Aun su más caluroso e intelectual colaborador, Augusto Céspedes –representante, en sus propias palabras, del ala radical del Partido Nacionalista– pudo afirmar que Siles solamente tenía una vaga intención de romper con la estructura de los partidos tradicionales, pero sin tener ninguna idea de lo que esperaba poner en su lugar o si realmente se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Fue, según declaró Céspedes, la intención de Siles crear un partido independiente, que constituyese un

97 Galarza, 1931, pp. 103-104.

98 Céspedes, 1956, p. 87.

99 En 1927, las tropas del ejército aplastaron, con bastante derramamiento de sangre, uno de los principales levantamientos indígenas en el cantón Chayanta, de Potosí. Supuestamente, este fue uno de los más grandes levantamientos en el siglo xx, que involucró a indígenas de comunidad y colonos, que habían atacado y masacrado a los latifundistas locales en demanda de tierras. El gobierno informó oficialmente que 100 indígenas habían muerto, pero informaciones extraoficiales daban cifras más altas, además de que el ejército ejerció una violenta represión, con incendios y violaciones en toda esa región. Barcelli, 1956, pp. 115-119. Es interesante observar que uno de los mayores ataques de Hinojosa contra el régimen de Siles, se basaba en la masacre de Chayanta. Véase Hinojosa, 1944, pp. 38 y 40.

contrapeso al caudillaje tradicional; pero su plan de descomponer únicamente el aparato político de la oligarquía sin tocar su poder económico, estaba sentenciado al fracaso desde el primer momento.[100]

Incluso podría debatirse seriamente si Siles, conscientemente, estaba rechazando el sistema de la política tradicional para remplazar a aquellos que controlaban el sistema con nuevos hombres comprometidos con su propia notable personalidad; pero, trayendo a estos nuevos elementos dentro del juego político, Siles, inadvertida y tentativamente, inició el comienzo de una nueva conciencia política en la joven generación del país.

100 Céspedes, 1956, p. 97.

# V
# Salamanca y el advenimiento de la guerra

Aunque el proceso revolucionario contra el gobierno *ad hoc* de Toro fue iniciado por una serie de huelgas de estudiantes y maestros, el derrocamiento de ese gobierno fue llevado a cabo por los militares, bajo la dirección de los partidos políticos tradicionales. La implicación militar en este golpe de Estado fue la más dramática intervención castrense en la política nacional, desde el decenio de 1890; sin embargo, el ejército aún seguía cuidadosamente subordinado a los civiles y rápidamente cedió su poder a esas fuerzas.

La figura principal del ejército en la Junta Revolucionaria fue el general Carlos Blanco Galindo, ferviente partidario de Salamanca, quien, por esa simpatía, fue perseguido por Saavedra. No solo Blanco Galindo concibió a la Junta Militar como un asunto transitorio, sino que los propios miembros de la Junta no estaban preparados para el gobierno civil, así que transfirieron toda la administración a una junta civil secundaria, minuciosamente seleccionada, que supervigiló las operaciones reales gubernamentales. Cada jefe militar en el Gabinete estaba secundado por un prominente civil, y toda la labor del Gabinete civil estaba dirigida por el dinámico Daniel Sánchez Bustamante, exradical y uno de los más prominentes salamanquistas. Al haber sido nombrado principal consejero civil de la Junta Militar, Sánchez Bustamante tenía las funciones de mandatario, aunque no de nombre, y sus ideas, y personalidad, dominaron a las opacas figuras militares que componían la Junta de Gobierno.

Mientras los jefes militares de la Junta, de un modo u otro aceptaban este arreglo, algunos de los elementos más radicales intentaron instaurar un caudillo militar, a la vieja usanza. Este movimiento dirigido por el teniente coronel José Ayoroa logró éxito en obtener el respaldo de la mayoría de los

jefes del ejército, quienes firmaron una petición solicitando que Ayoroa fuese admitido en la Junta gobernante.[1] Ayoroa, jefe militar de alta concepción política y de agresiva personalidad, obviamente, concibió esa maniobra como un intento de alinear a la Junta a su propio programa político, con el propósito de llevar a un caudillo al poder. Pero la Junta reaccionó rápidamente y aplastó ese intento. Rechazando la petición, la Junta ordenó de inmediato a Ayoroa trasladarse a Londres en una misión diplomática especial; actitud que podría interpretarse como un exilio diplomático. Obligado inicialmente a aceptar tal misión, Ayoroa decidió, súbitamente, regresar a la capital, después de haber iniciado su viaje. Pero, cuando retornaba al país, fue detenido en Uyuni y, esta vez, expulsado de las filas del ejército y enviado al exilio. Debido a esta rápida acción, la Junta eliminó la única amenaza potencial de grave intervención militar en la política tradicional.[2]

Organizando un poderoso gobierno con el apoyo de los partidos tradicionales, Sánchez Bustamante, con la aprobación de Blanco Galindo, incorporó al gobierno a principales figuras políticas, tales como Tomás Manuel Elío, David Alvéstegui, Carlos Calvo y Rafael de Ugarte. También estimuló el retorno de la actividad política a gran escala de los partidos tradicionales y, casi inmediatamente después de la revolución, regresaron al país Saavedra, Montes y Escalier, quienes iniciaron conversaciones para unificar a los tres partidos para las listas electorales.[3] La idea de un candidato de los tres partidos, o candidatura única, como vino a llamársela, había sido, primeramente, sugerida por Escalier, en enero, y, cuando Siles la rechazó, Saavedra la hizo suya en la convención genuina, reunida en febrero, en Oruro, sugiriendo que la candidatura única fuese organizada solo por los tres partidos de oposición; el suyo, los genuinos y los liberales.[4] Con el problema de la prórroga, esta idea había sido desechada, pero, alcanzada nuevamente la unidad tras el derrocamiento de Siles, fue reactualizada bajo el nuevo gobierno.

---

1 José Ayoroa era uno de los pocos oficiales que se habían unido al Partido Republicano, en 1920, y como recompensa Saavedra le había dado el cargo de prefecto de Oruro. Sin embargo, en 1923, la masacre de Uncía ocurrió bajo sus órdenes. Como ferviente saavedrista, había sido desterrado por Siles, pero, con la revolución de julio de 1930, regresó al país, vigorosamente apoyado por la oficialidad joven. Setaro, 1936, pp. 29-33.

2 Díaz Machicao, 1955a, pp. 139-142.

3 *El Diario*, 9 de agosto de 1930, p. 7. El 10 de agosto, el gobierno formalmente decretó elecciones presidenciales y parlamentarias para enero de 1931. *El Diario*, 10 de agosto de 1930, p. 5.

4 *El Diario*, 3 de agosto de 1930, p. 4.

El 16 de agosto, Saavedra, Montes y Escalier, en reunión conjunta, acordaron organizar un *petit comité* para discutir el plan, y, en los siguientes días, se reunieron con los miembros de la Junta Militar para organizar la unificación gubernamental.[5] En reuniones posteriores, el comité de los jefes políticos fue ampliado con representantes de segunda categoría[6] y, después de largas negociaciones entre los tres partidos y el gobierno, se llegó finalmente a un acuerdo para la lista electoral que, en alto grado, reflejaba la firme posición de los tres partidos con el nuevo gobierno. Salamanca obtuvo la nominación presidencial, Montes la primera vicepresidencia y al más que indeseado Bautista Saavedra se le dio la segunda vicepresidencia.[7] En tanto que los tres partidos firmaban formalmente un pacto de apoyo de esta candidatura, los mismos acordaron presentar por separado sus listas de candidatos para el Congreso.[8]

Aunque la fórmula presidencial parecía indicar que los tres partidos reconocían la supremacía de los genuinos, la libertad de acción para las elecciones del Congreso daba a estos partidos la oportunidad de probar sus fuerzas políticas, posibilidad que los liberales explotarían al máximo. Entre tanto, liberales y genuinos no compartían simpatías por los saavedristas, y en el mes de diciembre los dos partidos procedieron a boicotear a sus indeseados compañeros. El primer día de ese mes, Ismael Montes renunció a su vicepresidencia y Saavedra fue obligado a seguirlo, puesto que la fórmula del pacto había sido rota. Al día siguiente, los genuinos y liberales anunciaron una nueva fórmula de Salamanca con José Luis Tejada Sorzano, desechando la segunda vicepresidencia.[9]

Mientras estas maniobras políticas ocupaban la atención de los partidos políticos tradicionales, la Junta Militar de Blanco Galindo intentó expresar algunas de las aspiraciones de la revolución en forma de enmiendas a la Constitución, para confrontar el creciente problema económico. El promotor de las reformas constitucionales era Bustamante y su principal objetivo fue el de reformar el sistema de la educación pública, con el establecimiento de nuevos órganos gubernamentales, y premió a los universitarios por su intervención en la revolución, con la autonomía universitaria, basada en la Reforma Universitaria de Córdoba, de 1918,

5 *El Diario*, 17 de agosto de 1930, p. 4.

6 *El Diario*, 19 de agosto de 1930, p. 6.

7 *El Diario*, 12 de agosto de 1930, p. 1.

8 *El Diario*, 14 de octubre de 1930, p. 6.

9 *El Diario*, 2 de diciembre de 1930, p. 6; 3 de diciembre de 1930, p. 7, y 4 de diciembre de 1930, p. 7.

que otorgaba autonomía económica a la universidad, independencia de la dirección gubernamental y el derecho, o la facultad, de los estudiantes para elegir al rector. Otras enmiendas constitucionales incluían la limitación del estado de sitio, la adopción del derecho de *habeas corpus,* la previsión específica de la no reelección del presidente, después del término presidencial de cuatro años, excepto pasado un intervalo de ochos años; estas son, en resumen, algunas de las ideas por las cuales la oposición había atacado por muchos años al gobierno. Estas enmiendas constitucionales, además de otras de menos importancia, fueron presentadas por el gobierno a la consideración de la ciudadanía, para que las mismas fueran aprobadas o rechazadas en las elecciones de enero, en un referéndum popular; procedimiento que jamás se había intentado en Bolivia. Estas reformas e innovaciones progresistas se debían, prácticamente, al trabajo exclusivo de Bustamante, como pudo verse en la vigorosa indiferencia, si no abierta hostilidad, que demostraban Salamanca y los genuinos a esas importantes, y en algunos aspectos, radicales medidas. Salamanca, en noviembre, de hecho, presentó una contrapropuesta de enmiendas constitucionales, en tanto que Montes negaba toda validez al proyectado referéndum. Sin embargo, Blanco Galindo respaldó firmemente a su principal asesor y propuso someter las enmiendas constitucionales al veredicto de las urnas, a pesar de la oposición.[10]

Una de las enmiendas propuestas se relacionaba con la situación económica, proyectaba la creación de un Consejo de Economía Nacional permanente, que supervigilara los créditos y contratos del gobierno y asesorara en toda la legislación social y económica.[11] En resumen, era para proporcionar mayor planeamiento a las actividades económicas del gobierno y coordinar esa actividad con una autoridad central, con la respectiva autorización constitucional. Este Consejo ya había sido establecido nominalmente por la Junta Militar a principios de enero, y se encargaba de estudiar la grave depresión económica, siempre en aumento.[12] En agosto, y como la situación continuaba deteriorándose, el gobierno estableció un programa de obras públicas en Oruro para contrarrestar los efectos de la desocupación entre los mineros.[13] En julio, un experto boliviano en la Comisión Fiscal Permanente, Edmundo Vásquez, anunció que «la

10 Díaz Machicao, 1955a, pp. 154-159; Trigo, 1958, pp. 124-128.

11 Trigo, 1958, p. 125.

12 *El Diario*, 9 de agosto de 1930, p. 7.

13 *Ibid*.

anormalidad presente en la economía nacional no tiene paralelo por su intensidad con otras crisis sufridas por el país durante su vida». Señaló que, en junio del año anterior, el estaño se cotizaba a £ 220 la tonelada y en junio de ese año había bajado a £ 133 por tonelada.[14] En septiembre, el prefecto de Oruro anunció que se había obligado a organizarse a los trabajadores desocupados, en batallones, para las obras proyectadas, pero que, en vista de que a los trabajadores se les pagaba solo con alimentos, esa solución había resultado no ser satisfactoria. El prefecto señaló, también, que se había organizado una Unión Sindical de Desocupados, para reclamar por la moratoria de alquileres, provisión de alimentos para obreros, exención de derechos por registro e identificación y un programa más amplio de obras públicas.[15]

La completa dependencia de la economía boliviana respecto a la industria del estaño, ahora, era reconocida cabalmente. Con la continua declinación en los precios, por la depresión más grave que la industria estaba experimentando, el gobierno de Bolivia empezó a expresar su preocupación, en forma oficial y seria, por los efectos de la bancarrota de la industria sobre la economía interna. En octubre de 1930, el contralor general de Bolivia anunció que la deuda total del país (externa, interna y flotante) había llegado a la extraordinaria cifra de 207.752.064 bolivianos y advirtió que, tanto la economía como las finanzas del gobierno, sufrirían pérdidas irreparables si la industria del estaño se veía obligada a suspender sus operaciones, calculando que las compañías mineras de estaño contribuían aproximadamente con 62 millones de bolivianos anualmente a la nación, en forma de salarios, impuestos, compras, etcétera.[16]

Pero mientras la Junta de Gobierno hacía esfuerzos por controlar la situación económica, sus medidas probaban ser de poco provecho contra la crisis. Este fue uno de los principales problemas, a fines del decenio de 1920 y principios de la década de 1930, pero la solución del problema económico de Bolivia estaba más en manos de potencias internacionales

14 *El Diario*, 22 de julio de 1930, p. 4; también Vásquez, 1931, p. 4. Vásquez señala que, en este memorándum presentado al nuevo Consejo de Economía Nacional, su comisión fiscal permanente, a principios de mayo, había sugerido al gobierno la necesidad de despedir a todos los empleados públicos, debido a la continua disminución de los ingresos fiscales. *Ibid*., p. 5.

15 *El Diario*, 12 de septiembre de 1930, p. 9.

16 *El Diario*, 28 de octubre de 1930, p. 6. Se calculaba a mediados de año que el 57% de los ingresos fiscales calculados para 1930 se destinaría a los servicios de esta enorme deuda pública. Vásquez, 1931, p. 17.

que dentro de sus propios medios de control, y agravaba aún más esta situación, la falta de medidas efectivas de los mismos productores.

En los mercados mundiales del estaño, cuatro Estados producían más del 80 por ciento del estaño mundial: la Malaya Británica, Bolivia, las Indias Orientales Holandesas y Nigeria. De estos cuatro Estados, Bolivia fue el primero en sentir los efectos de la caída de los precios debido al alto costo de producción del estaño. Los productores del Lejano Oriente, a pesar de la baja de precios, aún lograban beneficios en la producción de estaño, debido a sus bajos costos de producción y a su excesiva fuente de ricos minerales. Fue así que, a insistencia de Patiño y de otros intereses estañíferos bolivianos, se hicieron los primeros esfuerzos, por parte de las compañías productoras, para lograr el control internacional de la producción y los precios.

Los precios del estaño habían comenzado su desastrosa caída recién en 1929, pero, ya a principios de 1927, los productores se habían preocupado por el excedente de la producción para las demandas de consumo y el lento pero peligroso almacenamiento de estaño. Para 1929, tanto los índices de baja de precios y de aumento del almacenamiento empezaron a tomar proporciones de amenaza y, entre junio y julio de 1929, un grupo de 300 representantes de compañías estañíferas (representando al 60 por ciento de la industria) se reunieron en Londres para organizar, de manera privada, la Asociación de Productores de Estaño (APE). El indiscutido líder de todo este movimiento fue Simón I. Patiño y el objetivo de la Asociación era la restricción voluntaria de la producción. Sin embargo, los productores de bajo costo de producción se negaron a cooperar y, para mediados de 1930, este esquema voluntario fue considerado un fracaso.[17]

Los productores bolivianos habían cooperado más que de buena gana a este plan, empezando por Aramayo, que redujo la producción a fines de 1929, seguido por el grupo Patiño, a principios de 1930. Pero las cuotas de reducción de la APE habían sido menos de la mitad de lo que se necesitaba y estas medidas no tuvieron efecto alguno para frenar la caída de precios.[18]

Con las condiciones intolerables del libre mercado y al ser imposible lograr restricciones voluntarias, los productores decidieron, a fines de

17 *El Diario*, 6 de julio de 1930, p. 4, analiza estos sucesos internacionales, mientras que el fracaso de estos primeros planes fue anunciado en *El Diario*, el 15 de octubre de 1930, p. 4.

18 Para estos primeros intentos de un control internacional véase Knorr, 1954. pp. 92-98.

1930, una drástica medida, poniendo el plan bajo el absoluto control de sus gobiernos, y, puesto que en el asunto estaban envueltos únicamente tres países, Bolivia, el Reino Unido y Holanda, parecía que la solución podría tener éxito. De esta manera, en su desesperación, las compañías decidieron transferir sus poderes políticos a estos gobiernos para que estos pusieran en vigencia la restricción en la producción y determinaran las cuotas. Este arreglo, súbitamente, puso al gobierno boliviano en el control de su principal industria; control que anteriormente jamás había ejercido, y también lo ligó, con más intimidad y abiertamente, a los barones del estaño.

Aunque no había diferencias reales de posición o ideología entre Hochschild, Aramayo o Patiño, hubo una tenaz, pero silenciosa pugna sobre cuál de ellos obtendría un mayor porcentaje de la cuota asignada a Bolivia, de acuerdo con el arreglo. Dado que cada productor podría, potencialmente, doblar su producción en cualquier momento,[19] cada cual estaba ansioso de influir en el gobierno (el que debía determinar las cuotas individuales), para ganar o agregar porcentajes para sí mismo. Esta no fue verdaderamente una crisis de tipo combativo, puesto que los dos menores productores, generalmente, reconocían la dominante posición de Patiño, tanto en la industria como en el gobierno. Sin embargo, más adelante, hubo momentos en que, por una poca pero importante cuota extra de porcentaje, esta dominancia de Patiño fue desafiada con éxito, aunque de forma temporal, en ambos ámbitos (la industria y el gobierno).

---

19 Tal es la estimación hecha por uno de los dirigentes; véase un artículo de Mauricio Hochschild, «El concepto de la crisis actual», en *El Diario, 6 de* abril de 1930, p. 5. Mauricio Hochschild nació en Europa en 1881 y estudió minería y economía en Freiburg. A principios de la década de 1920, se estableció en Bolivia con el comercio de metales, en competencia con la W. R. Grace y Co. y varias firmas inglesas y alemanas. Sin embargo, Hochschild tenía una extraordinaria habilidad creativa en la reorganización de antiguas compañías y minas en desuso, y con el respaldo de capital europeo se convirtió en un factor principal de la actual minería de estaño y de otros metales. Su mayor éxito fue la Compañía Minera Unificada del Cerro de Potosí, que se hizo cargo de las acciones de la Compañía Soux y de otras pequeñas minas, organizándolas, a fines de la década de 1920, en un importante conjunto moderno. La Compañía Unificada fue su más importante creación; sin embargo, también se diversificó en minas de plata y otros metales, así como en operaciones de estaño en varias otras regiones. En la década de 1930, la producción de sus minas de estaño era ligeramente superior a la de la Compagnie Aramayo de Mines en Bolivie; estas dos alcanzaban una producción del 35% de la producción nacional, y Patiño, con un promedio de alrededor del 45%. Ibáñez, 1943, pp. 230-234; Peñaloza, 1954, p. 319 y ss.; Fundación Universitaria Simón I Patiño, 1942, p. 120.

En los últimos meses de 1930 se realizaron negociaciones secretas entre los productores, y entre ellos y sus respectivos gobiernos. A fines de ese año, la APE anunció que las importantes compañías privadas «habían llegado a la conclusión de que era esencial, en interés de la industria, poner en vigor el actual sistema de regulación voluntaria mediante arreglos más comprensivos y más precisos y durables en su alcance». En enero de 1931, la APE estableció que el plan de restricciones en la producción había sido aprobado por los tres gobiernos. En febrero, el sistema de cuotas fue elaborado para el Plan de Control Internacional del Estaño, y el 1 de marzo de 1931, cuatro días antes de la toma de posesión del gobierno de Salamanca, el plan entró en vigencia.[20]

Si bien estos arreglos facilitaron en los últimos años señalados cambios para el mejoramiento del mercado mundial de estaño, no lograron positivos efectos inmediatos y, en realidad, el impacto inicial del plan ahondó la crisis económica de Bolivia, por las grandes restricciones en su producción nacional.[21] De esta manera la situación económica se agravó aún más por estos acontecimientos internacionales, quedando su solución, o por lo menos su mejoramiento, en manos de los gobiernos anteriores a la guerra del Chaco, para lo que dependían exclusivamente de sus propios recursos.

A este ahondamiento de la crisis económica, Daniel Salamanca, el indisputado futuro presidente de Bolivia, ofreció solo respuestas evasivas y conservadoras. En una entrevista con *El Diario*, en agosto de 1930, se le preguntó si adoptaría fuertes medidas para combatir la situación económica, y Salamanca respondió: «Pienso que la política del próximo gobierno debe ceñirse a la más estricta economía, sin salir ni un punto del marco razonable y prudencial que señale la situación de la hacienda pública». Respecto a los proyectos de obras públicas, Salamanca indicó que solamente llevaría a cabo aquellos programas que estuvieran dentro de los recursos fiscales que el Estado pudiese disponer.[22] Mientras tanto, Escalier, jefe oficial del partido, afirmaba que el programa de los genuinos «es sencillo: honradez, economía, buena administración, hogares tranquilos,

20 La historia de las negociaciones internacionales del estaño es tomada de Knorr, 1945, capítulos VI-IX.

21 Así, basándose en el año 1929 –el mejor año de la historia del estaño–, la producción se redujo, primero, a 77,7 por ciento, bajando al 56,2 por ciento en enero de 1932, y siguió bajando al 43,8 por ciento en junio de 1932, y al 33,3 por ciento en julio del mismo año. Knorr, 1945, p. 114.

22 *El Diario*, 23 de agosto de 1930, p. 7.

respeto de todos los deberes y derechos ciudadanos y en nuestras relaciones internacionales, franqueza y lealtad con las naciones amigas».[23]

El fracaso de este insulso programa, que no logró animar a la nación en lo más mínimo, en esa época de crisis, ciertamente se reflejó en las elecciones de enero de 1931, en las que el Partido Genuino resultó duramente derrotado en las urnas. Los liberales, más tranquilos, pero más eficientes, habían tenido éxito, con una victoria fantásticamente aplastante que les dio el control absoluto del Congreso, aunque todos los otros partidos se coaligaran contra ellos.[24]

Si bien Salamanca había logrado la presidencia, debido a su candidatura sin oposición, su partido, y, aparentemente, las ideas que él y el genuinismo habían representado, fueron totalmente derrotados por el reducido electorado nacional. Esta contundente derrota reflejaba el creciente descontento por los desaciertos más conservadores del viejo líder, y demostraba inquietud de parte de los elementos políticos, viejos y nuevos, ante la gravedad de la depresión económica, por una parte, y el surgimiento de una nueva conciencia política, por la otra. Esto último era, en verdad, el resultado del nuevo conocimiento que se había divulgado entre la juventud, los intelectuales y los elementos moderados, que se habían desarrollado en los periodos de Siles y de Sánchez Bustamante, así como en el importante movimiento de reforma universitaria.

Otra importante extensión en el crecimiento político estaba en el fraccionalizado y, aún, relativamente poco importante movimiento de la extrema izquierda. Bajo el ímpetu de una creciente actividad política y pensante, entre la clase media y los universitarios, y de la educación de los intelectuales en las formas modernas europeas del marxismo y el socialismo, el otrora atrasado movimiento radical empezó a recibir un poderoso impulso. Este nuevo radicalismo hizo su primera aparición auspiciado, en gran medida, por el movimiento obrero.

A fines del decenio de 1920 se erigió el escenario para que el anteriormente desafiliado movimiento obrero se comprometiera políticamente. En enero de 1929, justamente antes de la crisis, la Federación Nacional del Trabajo ya había intentado organizar un nuevo Congreso Nacional de Trabajadores, pero debido a la escasa asistencia de delegados, la reunión

23 *El Diario*, 27 de agosto de 1930, p. 7.

24 *El Diario*, 25 de febrero de 1931, p. 6. En la Cámara Baja, los liberales, finalmente, obtuvieron 38 bancas; los genuinos, 19; los republicanos saavedristas, cinco; los independientes, cinco, y los radicales (Franz Tamayo), una. En el Senado, los liberales obtuvieron ocho bancas; los genuinos, siete, y los saavedristas, una.

funcionó como conferencia general sobre problemas laborales. Esa reunión, sin embargo, dio claras indicaciones de una nueva tendencia de desarrollo, porque, por primera vez, los líderes del movimiento laborista acordaron comprometer al movimiento obrero boliviano con una organización internacional. Que los elementos comunistas y obreros de la extrema izquierda dominaban la Federación Obrera del Trabajo (FOT) en todas las principales ciudades indicaba la expresión de la conferencia por su preferencia a afiliarse a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSL), organización militante izquierdista que, entonces, se estaba organizando en Montevideo. La decisión de la conferencia general fue prontamente aprobada por todas las FOT locales que no estuvieron presentes en la convención.[25]

Como podía esperarse, los anarquistas, que tenían su plaza fuerte en la Federación Obrera Local (FOL) de La Paz y en otras pequeñas FOL de algunas ciudades del país, denunciaron vigorosamente esa reunión y negaron el derecho de sus oponentes a llevar al movimiento obrero boliviano al seno de la CSL.[26] La batalla entre estas dos grandes divisiones del movimiento obrero se convirtió en conflicto abierto en el Cuarto Congreso Nacional de Trabajadores, que se reunió en Oruro, en los tensos días que precedieron a la caída de Siles, a principios de 1930. La situación política general también se reflejó en este congreso y las batallas de los anarquistas, comunistas y socialistas solo produjeron estériles debates y no se llegó a un acuerdo básico.[27] Pero los anarquistas tuvieron éxito en demostrar suficiente fuerza para impedir que la Confederación Nacional formalmente fuese miembro de la CSL, a pesar de sus compromisos anteriores y de la asistencia de delegados a sus reuniones internacionales.[28]

Aunque los comunistas se habían definido más que claramente en el movimiento laboral, esto es, que varios dirigentes obreros apoyaban poderosamente a la llamada Internacional Sindical Roja y deseaban la afiliación a ella, y aunque muchos de estos dirigentes obreros «comunistas», junto con los líderes anarcosindicalistas, dominaban a las clases obreras organizadas después de 1925, nunca tuvieron éxito en establecer un partido oficial comunista con anterioridad a la guerra del Chaco. En 1928, en la reunión de los Partidos Comunistas de América Latina en Montevideo, se supone que pidieron a los comunistas bolivianos establecer un partido

25 Barcelli, 1956, pp. 119-120.

26 *El Diario*, 10 de febrero de 1929, p. 7.

27 Barcelli, 1956, pp. 120-121.

28 Alexander, 1957, p. 214.

en Bolivia. Pero tal organización que, aparentemente, se creó en ese año, funcionó solamente en pequeña escala y, más apropiadamente, podría considerársela como una célula política y no un partido organizado. Trabajando clandestinamente, tenía poco efecto, y era prácticamente desconocido, fuera de ser un pequeño grupo de intelectuales. El grupo, en su totalidad, tuvo un colapso en la atmósfera de represión política de la era de Salamanca.[29] Esto no significa que no existiera una poderosa simpatía comunista prorrusa dentro de los elementos intelectuales y obreros; pero esa simpatía era expresada más en términos personales y en las organizaciones obreras, que en la formal estructura de un partido.[30]

Mientras tanto, el inestable y casi moribundo movimiento político de la extrema izquierda, en 1930, atestiguó la organización de un nuevo partido político constituido de raíz por el Partido Laborista y conocido como Partido Socialista. En diciembre de 1930, el nuevo partido fue fundado en la sede de la Federación de Artes Gráficas. Compuesto casi en su totalidad por viejos laboristas, también incluía a varios miembros intelectuales izquierdistas. De esta manera, Enrique G. Loza, Moisés Álvarez y Ezequiel Salvatierra, dirigentes de la FOT de La Paz, y los dirigentes obreros más políticamente conscientes en el movimiento, que de un modo u otro habían estado asociados con los partidos políticos de la izquierda desde sus comienzos en 1920, fueron miembros de la nueva organización junto con intelectuales de la juventud izquierdista, tales como Alberto Mendoza

29 Lora, 1960, pp. 14, 19-20. Por su parte, Alexander, 1957, p. 213, afirma que, para 1926, había pequeños grupos de comunistas activos en La Paz, Cochabamba y otras ciudades, pero parece admitir que jamás formaron un partido comunista oficial, como Lora arguye.

30 La dificultad de definir quién es o no comunista en el periodo anterior a la organización oficial del Partido Comunista Boliviano (PCB), en 1949-1950, es extremadamente difícil, especialmente porque muchas personas demostraban simpatía a la posición comunista, pero definían sus simpatías en su propio sistema nacional y, cuando se les obligaba a registrarse oficialmente como tales, a menudo rehusaban unirse *per se* a la organización comunista. También había un rango completo de izquierdistas, del tipo de compañeros de viaje, hasta anarquistas y trotskistas, y cada uno de ellos denominaba a los otros estalinistas, etcétera. Con tantos individuos como estos, el panorama era más confuso en cuanto a su propia ideología, pues se mezclaban dogmas de todos los diferentes puntos de vista, para formar la propia. Por lo tanto, me he visto obligado a emplear términos generales como «radical» o «extrema izquierda» para definir mucho de este movimiento. Uso también estos términos para distinguir a los grupos que propugnaban cambios básicos socioeconómicos de naturaleza revolucionaria de largo alcance, de los socialistas y grupos izquierdistas posteriores, que eran más vagos en su orientación ideológica y menos comprometidos con el cambio violento, a los que, generalmente, denomino izquierdistas «moderados».

López y Félix Eguino Zaballa. En la primera reunión se acordó hacer un nuevo llamado «a todos los elementos representativos del sector de la izquierda para formar un frente unido» y acordaron invitar tanto a los comunistas afiliados a la Tercera Internacional como a los anarquistas, para que se unieran al nuevo partido. Pero el intento de formar un frente unido fue un fracaso, como lo denuncia Salvatierra:

> […] los elementos de la extrema izquierda comunista adoptaron una táctica de disociación siguiendo los planes que les enviaron de Montevideo […] El Partido Socialista y el Partido Laborista resolvieron organizar por su cuenta el PS con los grupos y elementos de tendencia socialista, acordando aplazar las reuniones del frente único defensivo hasta que el PS se reorganizara sobre la base de sus propios elementos dispersos entre el [viejo] PS, el Partido Laborista, el sector intelectual socialista y otros grupos de revolucionarios y socialistas independientes.[31]

Esta referencia a los socialistas revolucionarios era para un pequeño grupo, intelectualmente avanzado, que, en 1929, había organizado el Partido Socialista Revolucionario, un partido de intelectuales clandestinamente organizado y con escasas fuerzas, como ocurrió con todos los partidos políticos de la izquierda de ese tiempo, que lo único por lo que abogaba era por un violento derrocamiento del gobierno burgués. El partido, en su manifiesto, atacaba a Siles por haber hipotecado la nación a los banqueros extranjeros y haber atacado a obreros y estudiantes, y también denunciaba que, «al servicio de una docena de millonarios ha convertido a Bolivia en un feudo, donde solamente la clase privilegiada goza de las riquezas naturales del país y el resto obedece, sometido a la más irritante y abyecta esclavitud». Propugnaba la rebelión de los trabajadores, soldados y campesinos, y, con los mismos términos violentos que emplearía Roberto Hinojosa un año más tarde, proclamaba que los soldados deberían destruir a sus oficiales, los trabajadores, a los empresarios y gerentes de minas, y los indios, empapar la tierra con la sangre de sus patrones. El Partido Socialista Revolucionario (PSR) abogaba por la abolición de los latifundios y la nacionalización de las minas, y atacaba a todos los partidos políticos tradicionales, incluyendo a los nacionalistas, acusándolos de ser los instrumentos de las potencias imperialistas que controlaban Bolivia. Probablemente, la parte más original de su programa era el plan para organizar un gobierno obrero-campesino posrevolucionario para apoderarse del Estado, y su llamado inmediato a la iniciación de la guerra de guerrillas. Al contrario de la actitud de los partidos extremistas,

31 Lora, 1963, pp. 9-10; Mendoza López, 1942, pp. 44-45.

incluyendo al Partido Laborista, que habían atacado al Paraguay por su agresión militar de 1928, el PSR tuvo el coraje de mantener una vigorosa posición pacifista y antibélica. Su manifiesto de 1929 declaraba que:

> El gobierno inepto y criminal de Siles, ha querido precipitar a Bolivia en una guerra con el Paraguay, explotando el patriotismo y la ingenuidad del pueblo boliviano; el procedimiento clásico de las dictaduras que tambalean es provocar conflictos armados para rodearse de la simpatía en la hora del peligro […] Los bolivianos que hablan de patriotismo, deben saber que su patria está conquistada por el capital extranjero y que en su misma tierra el gobierno burgués les condena a que se mueran de hambre.[32]

El último grupo izquierdista de cierta importancia, anterior a la guerra del Chaco, fue el importante Grupo Túpac Amaru, que había sido formado por intelectuales de la izquierda desterrados por Siles en 1927. Más que ningún otro grupo de preguerra, Túpac Amaru estaba relacionado íntimamente con todos los intelectuales izquierdistas de esa época y, a pesar de inclinarse, en los años de preguerra, por los conflictos de la política interna, la organización dentro del movimiento de la extrema izquierda y la continua supresión de estas actividades por parte del gobierno, emergería como el más importante eslabón en Bolivia de la izquierda radical de preguerra y de las agrupaciones de posguerra. También serviría, en los rigurosos años del principio del decenio de 1930, como el principal grupo movilizado, por entonces localizado en la Argentina, para todos los bolivianos de la extrema izquierda, que mantuvo activa propaganda revolucionaria contra Salamanca y, posteriormente, contra la guerra del Chaco.[33]

Aparte de los efectos de la propaganda de estos izquierdistas revolucionarios y obreros, que de todos modos habían tenido escaso impacto inmediato en los estudiantes y clases intelectuales de la preguerra, a principios de 1930, se produjo una inundación de libros baratos en la América Latina, de los clásicos autores marxistas traducidos al español, que lograron gran impacto sobre estas clases. Si bien las obras de Ingenieros, Mariátegui y Haya de la Torre, eran muy leídas y apreciadas,

> la difusión teórica del marxismo se produjo en su forma más amplia y decisiva con la lectura de obras de escritores europeos, principalmente rusos, que inundaron las librerías bolivianas como todas las del continente después de 1930, produciéndose así, con el marxismo, el mismo fenómeno que se había producido con el positivismo a principios del siglo. Las obras de

32 Lora, 1963, apéndice al capítulo «Partido Socialista», consistente de cuatro páginas.

33 Grupo Túpac Amaru, 1934, pp. 2, 7; Alexander, 1957, p. 214.

> Lenin, Bujarin, Plejanov, etcétera, circulaban por todas partes en ediciones populares hechas en la Argentina y en Chile, recibiendo la misma adhesión que las de Comte, Renán, Spencer, etcétera, cuarenta años antes.[34]

El principal historiador intelectual de Bolivia, Guillermo Francovich, también parece ver marcada diferencia entre la primera generación de intelectuales de preguerra, influenciada por el marxismo, y el uso que se dio a esta misma filosofía en los años de la posguerra.

> En la historia del marxismo boliviano encontramos dos etapas perfectamente definidas, que podríamos denominar la etapa especulativa y la etapa política. Durante la primera, el marxismo es una doctrina sociológica e histórica, el «materialismo histórico», que se estudia en las universidades, se discute en las academias y se utiliza para la explicación de los fenómenos presentes y pasados del país. En la segunda etapa, el marxismo se convierte en una fuerza social activa, que preside la organización de grupos políticos, que adquiere los contornos de una ideología indiscutible y que se enseñorea dogmáticamente del pensamiento de las nuevas generaciones.[35]

En resumen, el clima intelectual del decenio de 1930 fue ocupado por los supuestos críticos básicos del pensamiento clásico marxista que fue aplicado a la situación general boliviana, igual como, en el decenio de 1900, el nuevo pensamiento positivista de Comte y Spencer había dado lugar al nuevo pensamiento de Bolivia, sus instituciones y su historia. Esto no quiere decir que la generación de preguerra fuera revolucionaria o antigobiernista, sino que meramente supo señalar que su estructura de referencia era nueva. Bajo el impacto de un gran desastre, esta estructura de referencia probaría ser una fuente importante para nuevas concepciones acerca de Bolivia, las cuales hallarían un terreno común con los clásicos programas y las ideologías de preguerra de los grupos marginales, como los comunistas, socialistas, indigenistas y anarquistas, cuyos programas, anteriores a 1932, habían tenido escaso impacto entre los intelectuales en general y en el clima político de esos días.

Fue así que una nueva, educada y despierta conciencia política nacional estableció el tono del pensamiento político en vísperas del nuevo gobierno constitucional. Y Bolivia, auxiliada por una junta de gobierno liberal, pero profundamente impresionada por el aparente fracaso del *laissez faire* del capitalismo, que había llevado a los términos del colapso mundial a las economías nacionales, esperaba la ascensión a la presidencia de Daniel Salamanca, en una gran ola de expectativas y esperanzas.

---

34 Francovich, 1956, pp. 104-105.

35 *Ibid*., p. 103.

En cuanto al gran «hombre símbolo», como se le llamaba, asumir la presidencia, en febrero de 1931, representaba la culminación de más de 30 años de actividad política y de dos tentativas electorales para ese alto cargo. Como el último de los caudillos políticos tradicionales de comienzos del siglo y el producto final de los cincuenta años de desarrollo político en Bolivia, Daniel Salamanca era una figura imponente y dominante, y podría dejar sus huellas profundas en la historia boliviana.

Nacido en Cochabamba, en 1868, Salamanca provenía de una larga línea de familias terratenientes de ese rico valle agrícola, y había heredado considerables bienes raíces a la muerte de su padre. Como niño privilegiado, aunque extremadamente enfermo, Daniel Salamanca dedicó su niñez y su primera juventud al estudio, educándose en escuelas públicas y en la universidad local. Ya que en esos tiempos había solo una facultad en la Universidad de San Simón de Cochabamba, estudió derecho, que se adaptaba a su intelecto. Sin embargo, su salud era tan delicada que jamás le permitiría ejercer su profesión. Afectado toda su vida por una dolencia del estómago de una naturaleza muy severa, constantemente estaba enfermo y obligado a servirse los más rudimentarios alimentos. Esta enfermedad le hizo vivir aislado, consigo mismo y nunca hizo amistades íntimas, rasgo poco habitual para un boliviano. Debido a su riqueza y a su posición social, sin embargo, era inevitable que fuera llevado a la vida política, por lo menos a nivel local. En tanto que el padre de Daniel había mantenido toda su vida una actitud estrictamente apolítica, su hijo estaba completamente imbuido por el liberalismo y el positivismo desde sus días en la universidad. Al principio, ingresó en la vida política con cierta reticencia, pero muy pronto se vio obsesionado con ella, aunque continuara negando ese hecho toda su vida. Sin embargo, siempre fue algo idealista, independiente e indisciplinado con el partido, ese partido de su propia hechura, que le pesaba, así que, a menudo, tenía que seguir sus propios dictados.

A pesar de ser neutral en la revolución federal y también admirador de su amigo Mariano Baptista, Pando le pidió que presentara su candidatura al primer congreso liberal de 1890, y fue en este congreso donde Salamanca encontró el verdadero papel de su vida. Bien instruido, y con una mente disciplinada en la lógica, demostró ser uno de los oradores más grandes de su época. Para sus contemporáneos, en los veinte años que activamente había participado en la vida parlamentaria (1900-1920), solo podía ser comparado en la historia parlamentaria boliviana con su paisano y amigo, Mariano Baptista. Fue su capacidad, más que su personalidad, lo que a Salamanca le dio su importancia política; pero fue incapaz

de atraer emocionalmente partidarios a su causa, debido a su extrema reserva y a lo introvertido de su vida privada. Sin embargo, sus dotes de orador lo hicieron único entre sus colegas parlamentarios y, asunto tras asunto, su palabra fue aceptada y seguida.

Debido a la personalidad de Salamanca, completamente opuesta al activo y carismático Montes, era inevitable el choque entre estos dos hombres, especialmente porque Montes demostraba muy poco respeto por la autoridad del Congreso. De esta manera, Salamanca, en toda la administración de Montes, cuando no existía una oposición política organizada, vino a ser el principal portavoz de la hostilidad al régimen montista, y también fue el principal crítico del Contrato Speyer, el Tratado de Paz con Chile, etcétera. Y fue también inevitable que, cuando se creó formalmente un partido de oposición, específicamente para combatir a Montes, sus organizadores eligieran a Salamanca como su líder. Es interesante observar que hombres, como Saavedra, fueron los que organizaron el partido de oposición, pero Salamanca, a la larga, asumió las funciones de líder simbólico. Mas, el riguroso código moral de Salamanca en los años subsiguientes a 1914, le deparó la consistente oposición de los miembros de su partido, y dentro de estos círculos gozaba de escasa simpatía; sin embargo, tenía una reputación nacional que el novel Partido Republicano desesperadamente necesitaba y, por lo tanto, fue elemento indispensable hasta que el partido pudiera formar nuevos hombres de dimensión nacional. Salamanca, como primer líder del partido, tuvo éxito en imbuir mucho de su propia ideología al partido y grabar así su imagen; empero, su deficiente política hizo finalmente que se fuera a un semirretiro y permitiera que la revolución fuera conducida por otros, ya que, emocionalmente, le era difícil ir contra sus propios principios legalistas sobre este asunto, aunque, a medida que pasaban los años, de nada le sirvieron sus escrúpulos para recurrir a la violencia.

En la división interna del partido, entre 1920 y 1921, su antipatía personal a Saavedra desempeñó un papel crucial, y su propia acción resultó grandemente influenciada, no por su clásico código moral, por el cual era famoso, sino por su celo y encono. Nuevamente obligado a acogerse al retiro, por los gobiernos de Saavedra y Siles, también permitió que su partido, el Genuino, fuera dirigido por otros en las cuestiones prácticas, y estos fueron los que complotaron, se rebelaron y manejaron todos los asuntos prácticos o sucios, mientras Salamanca se negaba a hacerlo. Beneficiándose de la actividad de su partido, jamás en toda su vida política fue encarcelado, desterrado o molestado de alguna manera por un gobierno opositor. Todos los otros principales políticos de su época habían

pasado por varios encarcelamientos, confinamientos y exilios, aun el mismo Escalier, que frecuentemente estaba ausente del país; sin embargo, esto jamás le ocurrió al austero Salamanca, quien se hizo impermeable a estos sufrimientos y es por esto que jamás gozó de la lealtad de ningún partido, puesto que él jamás se había sacrificado por ninguno.

En el decenio de 1920, Salamanca había continuado viviendo en sus propiedades de Cochabamba, emitiendo pronunciamientos, de cuando en cuando, contra el gobierno, y rompiendo siempre todo compromiso de negociación con sus opositores. También, empezó a desarrollar una forma de nacionalismo, más fanática que nunca en su carrera política, deviniendo como el principal guerrista en la disputa del Chaco con el Paraguay. «Debemos pisar fuerte en el Chaco», fue la famosa frase con la cual fustigó al gobierno de Siles, acusándole de cobarde y de falta de acción, logrando así rodear en torno de su bandera a los extremistas nacionalistas que pedían una guerra total para preservar el honor nacional.[36]

Es difícil encontrar una ideología consistente y un programa en los cuales haya creído Salamanca en toda su vida política. Al igual que todas las principales figuras políticas de su época, su estructura de referencia era el clásico liberalismo del siglo XIX, con un vigoroso sentido de gobierno limitado, aunque esta fue primariamente una expresión usada por todos los políticos desde «fuera» del poder. Entre sus posiciones más positivas se incluía el apoyo a la supremacía parlamentaria, un fuerte gobierno local y un Poder Ejecutivo descentralizado y, finalmente, la soberanía de las urnas. Profesó, en su larga carrera parlamentaria, la fe en la libertad de prensa, de expresión y de reunión, y en los treinta años que estuvo fuera del gobierno parecía agregar peso y consistencia a su firme posición moral sobre estos asuntos. Sin embargo, cuando llegó al gobierno, tuvo que violar cada uno de estos principios y, a menudo, con una crueldad que ni aún sus predecesores habían empleado. Así, buscar sus principios ideológicos, en esos floridos pronunciamientos para un gobierno liberal-democrático, sería perderse en un laberinto de fina oratoria y poca realidad.

Pero calificarlo de dócil instrumento del superestado minero o defensor de la clase terrateniente, como posteriormente los políticos bolivianos hicieron, sería irse demasiado al otro extremo. Ciertamente, Salamanca fue producto de su época y de su clase, y su tenencia de tierras no lo hacía simpático a los radicales de cualquier formación. Sin embargo, Salamanca sorprendentemente tenía una mente nacionalista y era contrario a la

36 Este análisis de Salamanca fue tomado de la excelente biografía de tres volúmenes, de David Alvéstegui.

industria minera, especialmente a Patiño, y durante los decenios de 1920 y 1930 siempre estuvo abogando por el fomento, por parte del gobierno, de una clase capitalista nacional. Hasta fines del decenio de 1920, Salamanca fue impasible y racionalista en su enfoque de los asuntos externos e internos e individuo de abierta mentalidad, en otros asuntos en los cuales anteriormente no se había comprometido. En realidad, y a pesar de las concepciones en contra, Salamanca no era realmente un dogmático puritano duro, como lo indicó claramente su sorprendente flexibilidad en el gobierno, y, a pesar de su fría imagen pública, más bien estaba dominado por sus consideraciones emocionales. En realidad, es en su carácter emocional, más que en su ideología fija o en su orientación de clase, que puede discernirse el verdadero manantial de sus acciones en los años de su presidencia.

Salamanca inició su mandato presidencial en una atmósfera de calma política y con un sentimiento general de realizaciones, a pesar de la tensa situación económica. Esto se debió al programa de acción, sorprendentemente productivo, llevado a cabo por Daniel Sánchez Bustamante en sus ocho meses de gobierno, hecho que la prensa nacional y la opinión pública elogiaron cuando la Junta Militar, tranquilamente, le cedió el poder a principios de 1931.

Esta calma política heredada y la paz reinante entre los partidos se disiparon rápidamente en los primeros días del nuevo régimen, cuando Salamanca adoptó, desde el comienzo, un tono emocional y partidista, que pronto hendió la armonía social y creó una tensa situación política, aparejada con la crisis económica.

La primera decisión importante de Salamanca ocurrió el 3 de marzo, cuando anunció su primer Gabinete, que estaría dominado por los firmes adherentes del Partido Genuino: Zambrana, Calvo y Bustamante. El 5 de marzo, Salamanca, oficialmente, asumió la presidencia.[37] El día 6, se dirigió al Congreso, recientemente elegido y dominado por los liberales, con un programa de acción para la nueva administración. De una manera general, se adoptó el tono conservador preelectoral, con la promesa de Salamanca de estricta constitucionalidad y legalidad en el gobierno, y moderación en los asuntos económicos, aunque con estricta concentración en los graves problemas del día.[38] Sin embargo, Salamanca dio la señal de un nuevo y discordante tono cuando se refirió a lo que él calificó de crisis «social», en estos términos:

37 Díaz Machicao, 1955b, pp. 18-19.

38 *La Razón*, 7 de marzo de 1931, p. 4.

> El primer aspecto adverso que es necesario mencionar con claridad es de orden social. Me refiero a la propaganda comunista que, teniendo su centro en países extranjeros, ha tomado en Bolivia considerable incremento. El peligro de esta propaganda es proporcional a la pobreza y a la ignorancia de un país. Para un gobierno, la dificultad de hacer frente a esta amenaza es un problema legal de orden nuevo, problema que no hace mucho tiempo podía considerarse como inexistente. La propaganda se aprovecha de todas las libertades y los derechos establecidos por la Constitución, no sólo para echar por tierra esa misma Constitución con todas sus libertades y derechos sino para destruir el orden social existente. Me parece palmaria la insuficiencia de las Constituciones usuales para atajar este peligro y harto clara la necesidad de un nuevo derecho de defensa social [...] Creo que el gobierno carece de medios legales suficientes para defender la sociedad contra este peligro, y convendrá esforzarse en llenar este vacío.[39]

Comparado con el resto de su programa este lenguaje era extremadamente enérgico y dramático, e indicaba claramente la naturaleza más bien antiobrera y antirradical del nuevo gobierno. Esta fue una actitud de marcado contraste con la de sus dos antecesores. Junto con la posición antiobrera, el nuevo gobierno, en los primeros meses de su existencia, llevó a cabo una serie de reducciones en los gastos y operaciones del gobierno, mientras reaccionaba a la crisis económica con el clásico enfoque del *laissez faire*.

La concentración en la «amenaza comunista» fue completamente nueva en Bolivia, pero para Salamanca era una vieja obsesión. A principios de 1924, en una carta dirigida a Alcides Arguedas, en París, Salamanca analizaba la esencia de los problemas políticos de la posguerra de Francia y Europa, básicamente, como una lucha de la civilización contra el bárbaro comunismo, y consideraba al socialismo, no otra cosa que un instrumento de esta fuerza negra de la anticivilización.[40] Este sentimiento, por mucho tiempo privado de Salamanca, ahora cobraba una abierta expresión pública, en su discurso inaugural y, al principio, la prensa conservadora reaccionó débilmente, pero pronto expresó alguna intranquilidad ante la específica legislación que pudiese adoptar Salamanca.

En cuanto a lo que corresponde a los obreros, el 10 de abril, la Federación Nacional Postal, Telegráfica y Radiotelegráfica declaró la huelga en escala nacional. Fundada en 1920, esta Federación de empleados fiscales había recibido anteriormente reconocimiento oficial, tanto del gobierno de Saavedra como de la Junta Militar. Salamanca, sin embargo, se negó a reconocer a la Federación, y sus dirigentes fueron sumariamente

39 *El Diario*, 15 de marzo de 1931, p. 4.

40 Carta citada en Alvéstegui, 1959, p. 88.

destituidos de sus cargos.[41] Salamanca reaccionó contra la huelga y emitió un decreto, dando plazo de 24 horas a los huelguistas para que regresaran a sus labores y ordenó a las tropas del ejército ocupar todas las oficinas de telégrafos y correos de la nación.[42] La Federación, afiliada a la Federación Obrera del Trabajo en La Paz, pidió a esta organización intervenir como su intermediaria ante el gobierno.[43] Pero el nuevo gobierno, en primer lugar, no solamente declaró ilegal la huelga, sino que también se negó a negociar con la FOT.[44] Por consiguiente, la FOT declaró la huelga general de sus miembros contra el gobierno; pero frente a esta declaración forzada, Salamanca aplicó tremenda presión y, ante la firme posición del gobierno, solamente unos pocos afiliados de la FOT respondieron al llamado.[45] Con la exitosa supresión de la huelga general, la Federación Telegráfica y Postal llegó a su colapso,[46] seis de sus principales dirigentes fueron encarcelados y la Federación destruida.[47] Después de todo, esta fue la señal de la derrota para el obrerismo boliviano y causó la consecuente reacción y división en muchos sindicatos.

Aunque el rompimiento de la huelga pudo temporalmente haber roto también la creciente agitación sobre los problemas económicos, esto de ningún modo resolvió la crisis económica. Después de muchas reducciones en los sueldos de los empleados públicos, en los primeros meses del año, el gobierno, en tensa desesperación, ante el creciente déficit del presupuesto y la declinación de los ingresos, emitió finalmente un dramático y mal concebido decreto, el 23 de julio, con la provisión de descuentos indefinidos de sueldos, mediante «pagarés», en lugar de dinero al contado. El gobierno decretó que los empleados serían pagados solo con los fondos que se recaudasen el mes anterior, y esto además de la tajante reducción del 15 por ciento que anteriormente había sido aprobada por el Congreso.[48] Aun el Partido Liberal aliado atacó agriamente esta reducción, calificándola de fantástica y de amenaza a la misma sobrevivencia económica de los empleados públicos, por no hablar de los

41 *El Diario*, 11 de abril de 1931, p. 7.

42 *La Razón*, 11 de abril de 1931, p. 7.

43 *El Diario*, 15 de abril de 1931, p. 6.

44 *El Diario*, 17 de abril de 1931, p. 7.

45 *El Diario*, 18 de abril de 1931, p. 7.

46 *La Razón*, 21 de abril de 1931.

47 *El Diario*, 14 de agosto de 1931, p. 7.

48 *El Diario*, 24 de julio de 1931, p. 7.

servicios gubernamentales.[49] Pocos días después, el gobierno dio un paso aún más crítico, anunciando el incumplimiento de las obligaciones de la deuda externa de Bolivia.[50]

Agregada a los problemas económicos, y amarrada con ellos, estaba el creciente conflicto entre los partidos Liberal y Genuino, y la consecuente división de Salamanca y el Congreso. Casi inmediatamente, los dos partidos se habían dividido sobre el asunto del referéndum constitucional. En mayo, los genuinos habían ido aún más lejos en su hostilidad a las proposiciones de reforma, que pidieron al Congreso, con el respaldo presidencial, la abolición de las mismas. Sin embargo, el Partido Liberal se mantuvo firme, respaldando las reformas de la Junta Militar, y, mediante un voto aplastante, derrotaron al movimiento Salamanca-genuino.[51] Los liberales formularon muy brutalmente su posición frente a Salamanca, a fines de ese mes, cuando se propagaron rumores de un posible compromiso y plan de unificación saavedrista-genuino. Oficialmente, el partido recordó a Salamanca que «si los liberales hubieran llevado una candidatura propia, no habría alcanzado el presidente [Salamanca] la mayoría absoluta requerida, a juzgar por la composición del parlamento que acusa una mayoría liberal».[52] Los liberales, en el Congreso, también volvieron a machacar pesadamente sobre el asunto anticlerical y, para incomodar más al gobierno de Salamanca, abogaron por la nacionalización del clero, la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de religión.[53] Pero ellos eran mucho más conservadores sobre los asuntos económicos, especialmente en los meses en que se ahondó la crisis, en el segundo semestre del año, cuando el gobierno, en su desesperación, empezó a acudir a la inflación radical como solución económica.

A pesar de las drásticas reducciones en los servicios del gobierno, Salamanca propuso, al mismo tiempo, la más ambiciosa y costosa penetración militar en el Chaco que jamás había sido vislumbrada por un presidente boliviano. El 2 de mayo de 1931, a iniciativa de Salamanca y basado en sus propias ideas personales, el Estado Mayor General presentó un plan maestro para la penetración, exploración y ocupación militar del Chaco.[54]

---

49 *El Diario*, 25 de julio de 1931, p. 7.

50 *Ibid*., p. 6.

51 *El Diario*, 21 de mayo de 1931, p. 6.

52 *El Diario*, 23 de mayo de 1931, p. 6.

53 *El Diario*, 27 de mayo de 1931, p. 6.

54 Arze Quiroga, 1951, pp. 83-96. (El Estado Mayor General de aquí en adelante será citado con su abreviatura comúnmente aceptada, EMG).

Este fue un audaz plan que requería de considerables sumas de dinero y gran preparación militar, en tiempos en que el resto del gobierno estaba restringido a la economía más básica y a severas limitaciones en los esenciales servicios civiles. Pero Salamanca estaba firmemente comprometido a una posición extremista en la cuestión del Chaco, desde fines de la década de 1920, y una vez que estuvo en la presidencia propuso contrarrestar lo que él consideraba una acción pasiva de sus predecesores. Debido a que las extensas regiones del Chaco estaban aún inexploradas y desocupadas por ambas partes, esta nueva posición más agresiva, propuesta por las fuerzas bolivianas, significaba una derivación, de una posición mayormente defensiva, a una posición predominantemente ofensiva. Y Salamanca, cada vez más, empezó a prestar mayor consideración al problema del Chaco, que él consideraba de fácil solución y con claras implicaciones morales, en tanto que la situación económica se hacía más compleja y aparentemente insoluble.

En consonancia con esta actitud más agresiva, Salamanca asumió un tono más vigoroso en las relaciones internacionales. El 1 de julio de 1931, tras uno de los innumerables e inevitables choques fronterizos entre patrullas paraguayas y bolivianas, y los consecuentes ataques del ministro paraguayo en Washington, sobre estos últimos incidentes, Salamanca oficialmente rompió relaciones diplomáticas con el Paraguay y ordenó el regreso del ministro boliviano de Asunción.[55] Esto provocó que el diplomático boliviano Luis Fernando Guachalla denunciara, a fines de ese año, que aquella fue una medida excesiva de parte de Salamanca y una agresión innecesaria por parte del gobierno boliviano.[56]

El 8 de agosto, Salamanca se presentó al Congreso para dar lectura a su mensaje sobre el estado de la nación. En su importante discurso, Salamanca señaló las condiciones económicas mundiales, fuera del control de Bolivia, como las causantes de la crisis económica interna del país. Expresó que, aunque él había apoyado completamente los esfuerzos de los productores de estaño para elevar los precios del metal, aún no se conocían resultados positivos de esa acción. Entre tanto, los ingresos públicos en el primer semestre del año habían sido más bajos que los calculados, y era más sombrío aún el cuadro para el segundo semestre. «La consecuencia más penosa de este descenso», afirmaba la muy clásica mentalidad económica de Salamanca, «ha sido la suspensión del servicio de nuestra deuda pública». Mientras muchos organismos

55 *Ibid*., pp. 57-73.

56 Díaz Machicao, 1955, p. 56.

gubernamentales habían reducido o eliminado completamente la mayor parte de sus servicios, Salamanca orgullosamente señaló que no se habían hecho economías en los servicios del ejército o de la policía. Un apresurado préstamo de tres millones y medio de bolivianos se había asegurado del Banco Central y del Banco Mercantil de Patiño, aunque Salamanca estaba obligado a admitir que la situación podría empeorar aún más, antes que esperar cualquier mejoramiento.

> El segundo semestre se presenta más oscuro y amenazador que el primero. Y como la reacción favorable en el precio del estaño se presenta todavía como un problema, tendremos que sobrellevar muchos días difíciles y probablemente más penosos que los pasados. Muy poco o casi nada podemos hacer para conjurar esta situación. Bolivia padece, en grado agudo las consecuencias de una crisis mundial, cuyas causas no pueden ser removidas por nosotros.[57]

En el aspecto internacional, Salamanca expresó su deseo de negociar con el Paraguay y señaló que sus propias intenciones pacíficas también se acondicionaban a su proposición aparentemente lógica de que: «Basta una ojeada sobre esta situación financiera para comprender que sería una locura de nuestra parte el provocar perturbaciones internacionales de carácter bélico».[58] Salamanca también mostró su ansiedad respecto a la propaganda comunista, y señalaba que, ante cualquier amenaza de crisis interna o externa, sería tratada con dureza esa oposición. Luego advertía a los trabajadores no presentar peticiones ni reclamar por reformas o nuevos aumentos de salarios, pues el gobierno no vería bondadosamente tales «amenazas».[59]

En junio, el dinámico Demetrio Canelas –director de *La Patria* de Oruro y convincente salamanquista– fue llevado al Gabinete como ministro de Hacienda y, rompiendo con la política conservadora de los meses anteriores, presionó a Salamanca sobre la necesidad de adoptar medidas económicas más radicales para combatir la crisis, principalmente con la propuesta de una inflación monetaria, solución que habían estado adoptando muchos países del mundo. De junio a septiembre, Salamanca abogó por la inconvertibilidad del papel moneda nacional, aumentó la emisión monetaria y abandonó oficialmente el patrón oro, expresando que el crédito se había atascado completamente debido a la dura política monetaria seguida por el Banco Central, plaza fuerte del Partido Liberal.

---

57 *El Diario*, 9 de agosto de 1931, p. 4.

58 Díaz Machicao, 1955b, p. 43.

59 *Ibid*., p. 45.

Canelas, como podría suponerse, se enredó inmediatamente con los liberales por este asunto, especialmente con Ismael Montes, que por ese tiempo era presidente del Banco Central.[60]

Para principios de septiembre, Canelas estaba listo con sus propuestas de reformas económicas, y el gobierno oficialmente las presentó al Congreso para su ratificación.[61] Los liberales, al principio, se mantuvieron inalterablemente opuestos a cualquier cambio en la cantidad del circulante monetario, el respaldo del oro o la convertibilidad de la moneda nacional.[62] Pero fueron obligados a ceder terreno, tras los nuevos acontecimientos que ocurrieron en septiembre, a continuación del anuncio de que la Gran Bretaña estaba abandonando el patrón oro. Puesto que Bolivia estaba firme dentro del bloque de la libra esterlina, la actitud de Inglaterra representó un serio golpe a su economía. El 23 de septiembre, el gobierno decretó la suspensión de los pagos en oro y la inconvertibilidad del papel moneda en vales temporales, así como autorizaba al Banco Central a emitir créditos de emergencia.[63]Los liberales y el Banco Central aceptaron estas medidas calificadas como de absoluta necesidad, a pesar de su anterior oposición y el banco, junto con el gobierno, crearon un grupo especial de asesoramiento, compuesto por notables hombres de negocios y mineros para considerar la crisis y adoptar un nuevo tipo de cambio.[64] Finalmente, el 30 de septiembre, el Congreso aprobó una moratoria de 30 días para el pago de obligaciones. Sin embargo, casi de inmediato empezaron a subir precipitadamente los precios en todo el país, viéndose obligados los legisladores a demandar del gobierno medidas de emergencia para el control de precios.[65] Uno o dos días después, el gobierno, oficialmente, las solicitó al Congreso, y el 2 de octubre, este le otorgó al presidente

60 *Ibid*., p. 36; Paz Estenssoro, 1945, p. 64.

61 *El Diario*, 17 de septiembre de 1931, p. 6.

62 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 19 de septiembre de 1931, p. 7.

63 *El Diario*, 25 de septiembre de 1931, p. 7. Este decreto de emergencia fue continuamente renovado en sus bases transitorias hasta bien entrado el año 1932. Véase, por ejemplo, *El Diario*, 24 de enero de 1932, p. 6.

64 *El Diario*, 30 de septiembre de 1931, p. 6. Existió un debate continuo, desde septiembre de 1931 hasta 1932, entre la Cámara de Comercio, representando a los importadores, manufactureros y comerciantes nacionales, y la Asociación de Industriales Mineros de Bolivia, representando a los mineros (es decir, a los principales exportadores), sobre los tipos de cambio fijados por el gobierno, con los puntos de vista predominantes de este último grupo, después de intensos debates. Véase, por ejemplo, *El Diario*, 9 de enero de 1932, pp. 9 y 11.

65 *El Diario*, 30 de septiembre de 1931, p. 3.

poderes especiales para controlar los precios.[66] El 3 de octubre se llegó a un acuerdo para un tipo de cambio temporal,[67] y el 13 de octubre el gobierno prohibió la exportación de oro y suspendió por un mes el pago de todas las obligaciones internacionales.[68]

Pero esta nueva crisis en el escenario económico solo suavizó transitoriamente la creciente oposición de los liberales a las reformas económicas de Salamanca-Canelas, y, muy pronto, los liberales empezaron a demandar el fin del gobierno unipartidista genuino, pidiendo un gabinete de coalición nacional. En respuesta a un editorial de *La Razón* que defendía a Salamanca contra las críticas a su gobierno,[69] el órgano liberal *El Diario* acusó airadamente de santurronería y puritanismo la actitud adoptada por los genuinos y su líder. Los liberales, otra vez, lisa y llanamente, sostuvieron que si ellos no hubieran acordado la «fórmula única» de las elecciones de enero, Salamanca jamás habría llegado a la presidencia, y que solo para prevenir desórdenes sociales y políticos, y además para estimular la reconstrucción nacional del país, los liberales habían decidido apoyar la candidatura única. Sin embargo, la respuesta de Salamanca en la poselección no había sido razonable, al negarse a formar lo que *El Diario* pedía, un «gobierno nacional». El editorial también advertía que Siles había tratado de gobernar, justamente, con una pequeña camarilla de partidarios, y que Salamanca debía tener en cuenta lo que le había ocurrido a Siles. Negaba que los liberales fuesen hostiles al mismo Salamanca, cuando ellos habían tratado de evitar la abolición de las reformas en el Congreso, pero señalaban que, desde julio del año pasado, Salamanca sabía lo que le esperaba en el gobierno y aún no había presentado al Congreso un plan de acción para confrontar la grave situación interna, y se negaba a ampliar su Gabinete.[70] El periódico señalaba, también, que había rumores de que Salamanca deseaba retirarse del mando debido a la oposición política, a la tendencia «porfiriana» del ejército y a la amenaza comunista. Todas estas excusas para su retiro, decía *El Diario,* eran completamente injustificadas. Aunque el periódico admitía que los liberales habían combatido a los genuinos en muchos asuntos, sostenía que el partido aún apoyaba al gobierno. En cuanto a

66 *El Diario*, 3 de octubre de 1931, p. 4.

67 *El Diario*, 4 de octubre de 1931, p. 8.

68 *El Diario*, 14 de octubre de 1931, p. 7.

69 *La Razón*, 17 de septiembre de 1931, p. 4.

70 *El Diario*, 19 de septiembre de 1931, p. 6.

otras acusaciones, sostenía que el ejército estaba completamente bajo control y que Salamanca estaba distorsionando el asunto del comunismo, que estaba fuera de toda proporción y realidad.[71]

Aunque era verdad que los liberales no habían pasado a una oposición oficial, se habían enfriado las relaciones definitivamente entre los dos partidos, y a fines del mismo mes de septiembre, los liberales se abstuvieron totalmente de apoyar en el Congreso al ministro de Gobierno, Luis Calvo. cuando este fue atacado por los saavedristas.[72] Los liberales eran demasiado poderosos para antagonizar con ellos, y, en octubre, Salamanca se vio obligado a firmar un pacto bipartito, en el cual los liberales prometieron apoyar su programa económico y de legislación en el Congreso, a cambio de tener representación en la Corte Suprema. Los dos partidos también acordaron presentar candidatura única en las elecciones municipales de diciembre.[73] Muchos genuinos se mostraron hostiles ante esta creciente pérdida de independencia política, pero tenían que aceptar los hechos, ante la realidad de la abrumadora mayoría de los liberales en el Congreso.[74] Los saavedristas, por supuesto, atacaron enconadamente ese pacto formal bipartito, que dejaba a sus propios miembros en situación desairada,[75] pero se unieron con el reorganizado Partido Nacionalista para hacer frente a los partidos unificados en las elecciones municipales, que parecía una buena medida.[76] El pacto mencionado, en sí mismo, no cambió de manera significativa las tensas relaciones entre los dos grandes partidos. Los liberales continuaron mostrando fuerte animosidad contra el ministro de Hacienda, y se mostraron muy alarmados por las intenciones de Salamanca, cuando, en los últimos días de diciembre de 1931, Luis Calvo, ministro de Gobierno de Salamanca, presentó al Congreso un proyecto de ley de defensa social.

Esta ley de defensa social ya había sido anunciada por Salamanca en los primeros días de su administración, y estaba destinada a otorgar al presidente poderes extraordinarios represivos contra la oposición política y el movimiento obrero. La reacción a esta ley fue intensa y, en el Congreso, fue debatida a puertas cerradas. Sin embargo, el domingo 3 de enero de

71 *Ibid*., artículo separado.

72 Díaz Machicao, 1955b, p. 48.

73 *El Diario*, 23 de octubre de 1931, p. 6.

74 *El Diario*, 24 de octubre de 1931, p. 6.

75 *El Diario*, 11 de noviembre de 1931, p. 10.

76 *El Diario*, 8 de diciembre de 1931, p. 11, y 15 de diciembre de 1931, p. 5.

1932, la FOT, la Federación de Estudiantes, los saavedristas y todos los grupos de izquierda, realizaron manifestaciones de masas contra esa ley, con tal decisión, que el gobierno se vio obligado a archivar el proyecto por temor a violentos derramamientos de sangre y a una revolución.[77]

A pesar de la retirada del gobierno en este frente, de ningún modo se amenguó la creciente tensión política. En enero, los ataques liberales fueron tan intensos contra la política económica del gobierno, que Demetrio Canelas tuvo que presentar su renuncia a Salamanca, acusando a la oposición parlamentaria de haberla provocado. Salamanca no solo se negó a aceptar los ataques del Partido Liberal, sino que también respaldó a su ministro y amenazó con renunciar si no obtenía el apoyo del Congreso a su programa. A fines de ese mes, en un mensaje especial al Congreso, Salamanca declaró que, según iban las cosas, los ingresos del gobierno, para 1932, escasamente llegarían a 19 millones de bolivianos, mientras los gastos se calculaban en 35 millones de bolivianos. Por lo tanto, demandó el derecho de contraer un nuevo empréstito por 15 millones de bolivianos y también el aumento en la circulación de la moneda.[78]

Los liberales combatieron airadamente esas acciones, atacando al Gobierno por incompetencia y anarquía económica, y también al ministro Canelas por estar amenazando a la nación con una política suicida, al debilitar la moneda y provocar la inflación. También atacaron un programa propuesto de grandes obras públicas, calificándolo de extravagante.[79] En resumen, los liberales combatieron toda la política del gobierno, bajo la dirección de Canelas, en cuanto a la crisis económica. El 19 de febrero, *El Diario,* finalmente, demandó la organización de un Gabinete de coalición nacional de todos los partidos para resolver la crisis económica,[80] y, al día siguiente, Salamanca aceptó la renuncia de Canelas y del resto del Gabinete. Pero Salamanca aceptó la renuncia de sus ministros con marcada renuencia, elogiando altamente a sus amigos y lamentando que la sórdida oposición política los hubiera llevado a la renuncia.[81]

Esta tímida rendición del presidente no satisfizo a los liberales.

---

77 Díaz Machicao, 1955b, pp. 60-61; Barcelli, 1956, p. 123.

78 *El Diario*, 21 de enero de 1932, p. 6, y 7 de febrero de 1932, p. 9.

79 Para estos ataques, véase *El Diario*, 14 de febrero de 1932, p. 6; 16 de febrero de 1932, p. 6; 18 de febrero de 1932, y 19 de febrero de 1932, p. 6.

80 *El Diario*, 19 de febrero de 1932, p. 6.

81 *El Diario*, 21 de febrero de 1932, p. 6.

El 23 de febrero el órgano del Partido Liberal atacó el decreto aceptando la renuncia[82] y el 27 de febrero, el partido reunido, bajo la dirección de su líder José Luis Tejada Sorzano, anunció oficialmente un acuerdo unánime al que habían llegado: «Estudiada la política económica adoptada por el Poder Ejecutivo, y no estando de acuerdo con ella, el Partido Liberal resuelve poner término a su colaboración política».[83] *El Diario* explicó lo que esta resolución significaba en términos claros. Se trataba de un ultimátum a Salamanca para que integrara en su Gabinete dos o tres liberales, y abandonara sus intenciones de aumentar la circulación de papel moneda y su programa de inconvertibilidad definitiva, o el Partido Liberal iría formalmente a la oposición. Según *El Diario*, el asunto de la inconvertibilidad era de capital importancia para la oposición al Partido Liberal, al punto de que llegaron a destituir a José Tejada Sorzano de la presidencia de dicho partido debido a su postura comprometedora en este asunto. Tejada Sorzano, quien era economista por derecho propio y simpatizaba con las reformas de Canelas, fue reemplazado por Tomás Manuel Elío.[84]

Para el 1 de marzo de 1932, el arrogante Salamanca, finalmente, había admitido su derrota ante el poderoso Partido Liberal, y pidió a Tejada Sorzano negociar con los liberales para poner fin a la crisis,[85] y, para el 7 de marzo, se llegó a un acuerdo para llevar a tres liberales al Gabinete, anular toda la política económica de Canelas y, de allí en adelante, aceptar la dirección del Partido Liberal en toda legislación económica.[86]

Junto a su penosa y definitivamente desastrosa batalla con los liberales, Salamanca también, deliberadamente, provocó una más radical oposición de los movimientos izquierdistas y obreros, por su rigurosa y desmañada acción de represión y por su incapacidad para aliviar la crisis económica. Si a principios de 1931. Salamanca había infligido una seria derrota al movimiento laboral, al aplastar la huelga de los telegrafistas y correístas, a fin de año el movimiento laboral había recuperado suficiente terreno y unificación, que lo capacitó para suscitar gran presión sobre el gobierno, en contra de la ley de defensa social y asegurar su derrota. Sindicato tras sindicato se habían recuperado de su derrota de principios

82 *El Diario*, 23 de febrero de 1932, p. 6.

83 *El Diario*, 28 de febrero de 1932, p. 6.

84 *Ibid*.

85 *El Diario*, 1 de marzo de 1932, p. 6.

86 *El Diario*, 10 de marzo de 1932, p. 7; Díaz Machicao, 1955b, pp. 65-67.

de 1931, para asumir una posición más agresiva y adquirir mayor fuerza militante para fines de año. Un ejemplo de esa recuperación fue la del Sindicato Gráfico, que había sido destrozado en las disensiones que siguieron al fracaso del apoyo a la huelga general de abril de 1931. De las ruinas de la antigua Federación de Artes Gráficas, emergió el revolucionario Sindicato Gráfico, bajo la dirección del joven secretario sindical, Waldo Álvarez. El nuevo sindicato lanzó un manifiesto, proclamando que:

> Nuestro sindicalismo es revolucionario y proviene del principio de tener dos factores en producción, el Capital y el Trabajo, que divide la sociedad en dos partes: los explotadores y los explotados, que provocan la formación de dos clases distintas [y] consideramos una obligación de los trabajadores gráficos ocupar la posición que nos indica la lucha de clases.[87]

En agosto y septiembre de 1931, ocurrieron las primeras manifestaciones antigubernamentales de obreros e intelectuales, de vigorosa naturaleza radical, en las dos principales ciudades mineras, Oruro y Potosí. En Oruro, una multitud de más de dos mil airados mineros escucharon discursos de oradores anarquistas y comunistas, que propugnaban la revolución social y la destrucción del gobierno capitalista antiobrero.[88] En Potosí, los intelectuales comunistas dirigieron a los obreros en los ataques contra las instalaciones de la Compañía Unificada de Hochschild, y en los consiguientes arrestos la policía tomó bajo su custodia a once supuestos dirigentes de esa manifestación, entre ellos Víctor Sanjinés, Alfredo Arratia y Abelardo Villalpando.[89] Los manifestantes habían demandado trabajo, fuera en las minas o en la obras públicas del gobierno para todos los obreros desocupados, y también atacaron al gobierno en duros términos, proclamando una revolución social bajo los principios comunistas.[90]

En octubre ocurrió una batalla entre la policía y los obreros de la FOL, en La Paz, con el resultado de más de 50 arrestados y aproximadamente diez hospitalizados.[91] Esta última manifestación agitó particularmente a la clase media paceña y, pronto, comerciantes y banqueros, bajo la dirección del Partido Conservador, iniciaron la organización de una «liga local de defensa social», cuyos objetivos, supuestamente, eran los de establecer

87 Álvarez, 1952, pp. 97-98.

88 *El Diario*, 9 de agosto de 1931, p. 3.

89 *El Diario*, 24 de septiembre de 1931, p. 13.

90 *El Diario*, 2 de octubre de 1931, p. 4.

91 *El Diario*, 4 de octubre de 1931, p. 5; 6 de octubre de 1931, p. 12, y 15 de octubre de 1931, p. 5.

una fuerza de policía para proteger las propiedades comerciales en la ciudad contra las demostraciones de violencia.[92] En diciembre y enero se desencadenaron manifestaciones populares en todas las principales ciudades de la república contra la ley de defensa social, que, por su fuerza y violencia, convencieron a Salamanca de la inutilidad de tratar de imponer tal ley a la nación en tiempos de paz.

También, bajo el impacto de la crisis, el año de 1932 fue el de la conversión de la mayoría del movimiento obrero, de los principios del sindicalismo mutualista apolítico a la adopción gradual de programas revolucionariamente políticos. Más y más, la clase media de empleados empezó a organizarse, y más y más, las federaciones de estudiantes locales e intelectuales izquierdistas empezaron a aliarse entre sí con el movimiento laboral.[93] Y, finalmente, a la larga, el público se hizo más consciente de la operación de las compañías extranjeras en Bolivia, alzándose voces abiertas, que fueron escuchadas dentro y fuera del Congreso, que pedían la expropiación de la Standard Oil Company y de la Bolivian Power Company de La Paz, de propiedad canadiense.[94]

No fueron los intelectuales radicales los únicos en tomar ventaja de la creciente intranquilidad obrera y de las clases bajas. El 8 de marzo de 1932, el desplazado Partido Republicano Saavedrista, el mismo día en que los liberales habían finalizado su victoria sobre Salamanca, lanzaron un nuevo programa «revolucionario», requiriendo vastas nuevas conquistas en legislación social, una renovación política en gran escala y que se adoptara abiertamente lo que ellos consideraban una forma modificada del socialismo europeo, rebautizándose el partido, en su proceso de evolución, como Partido Republicano Socialista.[95] Mientras este cambio reflejaba indiscutiblemente el nuevo pensamiento político de principios del decenio de 1930, representaba más una política interesada de Saavedra que un cambio fundamentalmente revolucionario del partido tradicional.

Lo más importante para la izquierda, sin embargo, fue el manifiesto público lanzado por el Grupo Túpac Amaru el 1 de mayo de 1932. El manifiesto, emitido en medio de las tumultuosas celebraciones del Día del Trabajo de ese año, declaraba que:

---

92 *El Diario*, 7 de octubre de 1931, p. 8. y 8 de octubre de 1931, p. 5.

93 Canelas, 1946, p. 76.

94 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 8 de julio de 1932, p. 9.

95 *El Diario*, 8 de marzo de 1932, p. 6.

> Una minoría de latifundistas, de patrones y de explotadores se mantienen en el poder, detrás de Salamanca, como se han mantenido detrás de Siles. Los caudillos […] el rol conocido es éste: demagogia en la oposición, tiranía en el poder, defendiendo los intereses de una casta privilegiada que en sociedad con el capital extranjero explota a Bolivia como a una hacienda.
>
> La única manera de remediar esto, es cuando el proletariado unido, organizado y bajo el control de una vanguardia preparada, que le indique la línea justa de política, lleve a las masas a la verdadera revolución […] [que] beneficiará a todos los que sufren y se encuentran oprimidos. La vanguardia ideológica tiene que venir del seno mismo del proletariado y no puede ser otra que la vanguardia comunista boliviana, experta en los medios, en las circunstancias políticas y en las modalidades inherentes.
>
> La revolución tiene que concentrarse en el primer momento en el latifundio y en la eliminación del feudalismo, por todos los medios. Esto es posible mediante la destrucción del latifundio y dando tierra a los indios, utilizando las comunidades como células para la construcción de vastos establecimientos agrícolas dotados de las más modernas técnicas y mejoras respectivas; instruyendo y educando al indio, base de la nacionalidad y que constituye el 85 por ciento de nuestra población, en una forma socialista; nacionalizando las minas y explotándolas científicamente para beneficio de la República, reviviendo el sentimiento de cooperación que se ha truncado con la conquista española y haciendo de Bolivia un país para todos aquellos que trabajen, sin distinción de clases y de castas; contrayendo fraternales lazos con todo el proletariado de América y del mundo, porque no es inimaginable suponer que la revolución agraria antimperialista cuente con la simpatía de las grandes potencias.[96]

A pesar del franco marbete de «comunismo», este manifiesto, en realidad, exponía las principales ideas indigenistas de la extrema izquierda que, por entonces, eran corrientes en Bolivia y Perú; hacía un sumario de los dogmas que, durante el decenio de 1920 y principios del de 1930, fueron desarrollados por los pensadores radicales bolivianos sobre los problemas nacionales. Definitivamente, al margen del pensamiento político nacional de 1932, consideradas por la abrumadora mayoría algo así como los desvaríos de una minoría extremista e ineficaz de enconados y desterrados intelectuales, esas doctrinas y sus «soluciones» tendrían un profundo impacto en el mundo de la posguerra.

Pero, por el momento, no era sino una pequeña minoría y, a pesar de los manifiestos de este y otros grupos revolucionarios, el movimiento obrero, aunque consistentemente había aumentado su fuerza, no se unificó en torno a ninguna ideología o frente. De esta manera, y a

96 Impreso en el periódico obrero de Oruro, *La Igualdad*, y citado en Canelas, 1946, pp. 74-75.

pesar de los temores del gobierno de Salamanca sobre el impacto de una ideología revolucionaria como la expuesta por el Grupo Túpac Amaru, el movimiento obrero no estaba en estado de rebelión, sino simplemente de extrema agitación y actividad de organización, como resultado de la depresión económica.[97]

Aunque Salamanca había saboreado la amarga derrota y las órdenes de sus oponentes en el escenario político interno, e impotentemente vigilaba el crecimiento de los izquierdistas y del movimiento obrero, que parecía generar una intensa respuesta emocional en él, su arrogancia y magnificencia estaban aún intactas en el escenario internacional, al cual ahora él había volcado toda su atención y sus vastas energías frustradas. Habiendo sido derrotado, frustrado y enfurecido en un aspecto, Salamanca expresó su mayor belicosidad e independencia en otro, especialmente cuando la solución económica seguía su espiral hacia abajo. El 15 de enero de 1932, el Estado Mayor General (EMG) elaboró su más ambicioso plan de penetración en el Chaco formulado hasta entonces, bajo la orientación de Salamanca,[98] y su jefe, el coronel Osorio, concluyó estos planes trascendentales declarando que:

> Concluida la penetración y consolidada la ocupación a través de los fortines de firme moral y poderío material, que serán las señales visibles de la soberanía boliviana frente a la usurpación paraguaya, habremos realizado un trabajo nacional verdaderamente gigantesco. Concebido, sostenido y realizado con todo el ferviente patriotismo que inspira el gran espíritu visionario de nuestro Capitán General [es decir, Salamanca] y su grandioso ideal de dejar a la Patria mejor y más grande de lo que la encontramos, será un monumento elocuente [este nuevo plan de penetración] de la materialización de su formidable y abrumador deseo de *pisar fuerte en el Chaco*, que resume toda la legendaria virilidad de nuestro pueblo.[99]

Por grandiosa que esta fraseología pueda ser, capta la actitud psicológica de Salamanca en ese importante momento de su carrera, cuando la frustración parecía señalar cada uno de sus pasos y el fantasma de la revolución comunista ensombrecía su mente, y cuando los veinte largos

---

97 *Ibid*., pp. 75-76.

98 Arze Quiroga, 1951, pp. 135-178.

99 *Ibid*., p. 137. Desde sus primeros días en el mando, de acuerdo con el liberal Juan María Zalles, que fue su ministro de Relaciones Exteriores, Salamanca se mostraba hostil a todas las ideas de un compromiso para solucionar la cuestión del Chaco. Deseoso de empujar la ocupación militar hasta el límite de expansión, rehusó aceptar la proposición de un puerto paraguayo, como alternativa que estaba apoyada por varios miembros del Gabinete. Zalles, 1942, pp. 116-117.

años de espera parecían no haber rendido nada a la magnificencia o gloria de este arrogante y empecinado hombre.

Esta nueva actitud agresiva de Salamanca, muy pronto fue sentida por la nación, cuando en un creciente debate público empezó a manifestarse como probable la guerra con el Paraguay. A principios de enero, la Federación Obrera del Trabajo de Oruro lanzó un manifiesto proclamando:

> Nos oponemos a la guerra, porque tenemos la solemne promesa de los trabajadores del Paraguay y de toda la América, de que ellos jamás irán a la guerra; [de] que a la declaración de guerra de sus gobiernos responderán con la insurrección general.[100]

Este no fue sino uno de los innumerables manifiestos que se emitieron y de las manifestaciones públicas que organizaron los trabajadores y los grupos izquierdistas contra los agresivos movimientos de Salamanca en el Chaco, y tan efectivas fueron estas protestas que, el 23 de marzo de 1932, el ministro de Relaciones Exteriores envió una circular a todos los prefectos de Bolivia, sosteniendo que:

> Tiene conocimiento este despacho de que insistentemente circulan en todos los departamentos versiones relativas a la inminencia de un conflicto bélico con el Paraguay, llevando la intranquilidad a las poblaciones. En esta oportunidad, instruyo a usted para manifestar a ese vecindario que tales versiones carecen totalmente de fundamento, no estando el gobierno embargado en ninguna política guerrista. Mantiene firmemente sus propósitos de paz, y en la zona del Chaco no ha hecho hasta la fecha sino estar a la defensiva, concretándose a repeler las repetidas agresiones paraguayas sin hacer un ataque a las posesiones contrarias.[101]

A pesar de esta negativa oficial, los rumores continuaron circulando con mayor intensidad, y los periódicos bolivianos, a principios de abril, reprodujeron noticias de fuentes internacionales, que indicaban movimiento de tropas bolivianas de naturaleza agresiva en el Chaco.[102]

Mientras tanto, en el Chaco, el último eslabón del plan de penetración de Salamanca, de enero de 1932, unificaba a las divisiones tercera y cuarta, cuando, a fines de abril y principios de mayo, el mayor Moscoso recibió órdenes para construir el último camino de conexión y concentrar

---

100 Canelas, 1946, pp. 75-76.

101 Díaz Machicao, 1955b, p. 68. Porfirio Díaz Machicao estaba también envuelto en la demostración pacifista de los izquierdistas en Cochabamba. Véase su autobiografía, *La bestia emocional*, Díaz Machicao, 1955c, p. 98.

102 Díaz Machicao, 1955b, p. 68.

sus fuerzas en la recientemente descubierta laguna Chuquisaca –el mayor recurso de agua en el propuesto camino. El 25 de mayo de 1932, Moscoso y 25 soldados bajo su comando iniciaron su marcha final hacia la laguna Chuquisaca, en la profundidad del Chaco.[103] En Washington, entre tanto, una comisión neutral, especialmente convocada, propuso un pacto de no agresión entre ambas partes, y fue Bautista Saavedra, el recientemente rebautizado «socialista», quien fue el más vocinglero atacante a tan «deshonroso» tratado y, públicamente, asumió una posición decididamente guerrista contra el gobierno. Pero el vigoroso sentimiento popular antiguerrista persistió en manifestarse poderosamente, a pesar de los pronunciamientos ultranacionalistas de parte de algunos de los partidos tradicionales. La intranquilidad cundió tanto entre el pueblo que la Cancillería, nuevamente, emitió una declaración pública, el 5 de junio, expresando que se estaba negociando de buena fe en Washington y que todas las últimas informaciones de la prensa, respecto a movimientos agresivos de tropas bolivianas, eran erróneas.[104]

Las órdenes que recibió Moscoso fueron las de ocupar la laguna, aunque el reconocimiento aéreo había indicado la posibilidad de una ocupación paraguaya, y en esas órdenes el EMG parece haber ido más allá de las órdenes específicas de Salamanca, que, al contrario, afirmaba que no se debían lleva a cabo actos agresivos y que solamente se realizaran actividades de reconocimiento, y no de ocupación. Pero los comandos del ejército, con el respaldo del EMG, opinaban que una acción agresiva en la laguna sería conveniente debido a su importancia vital –aunque ellos ciertamente no tenían intenciones de ir a la guerra por esa propiedad. Ante estas órdenes contradictorias, Moscoso siguió su propia iniciativa y cuando llegó a la laguna, el 14 de junio, observó que esta ya había sido ocupada por una pequeña guarnición paraguaya. Al amanecer del día siguiente, sus tropas atacaron y la pequeña guarnición paraguaya se dio a la fuga. Moscoso, tras ocupar el antiguo fortín paraguayo, se atrincheró en él y lo rebautizó como fortín Santa Cruz, solicitando refuerzos. De inmediato, recibió el respaldo de su comandante coronel Peñaranda, quien envió tropas y abastecimientos, a pesar de las órdenes en sentido contrario del EMG, que indicaban el retiro de las tropas bolivianas de la laguna, pero el comando local opinaba que la posición era de vital importancia. Como justificación para estas acciones, surgió una explicación en el sentido de

103 *Ibid*., p. 71.

104 *Ibid*., pp. 72-73.

que Moscoso había encontrado vacío y abandonado el fortín paraguayo en esa laguna y, en gesto pacífico, había ocupado solamente la ribera opuesta al fortín, y aunque tanto Salamanca como el EMG sabían que esta versión era fabricada, ambos, eventualmente, la aceptaron. El 29 de junio de 1932, ocurrió la esperada represalia paraguaya que, con éxito, fue abatida por Moscoso, a quien se le envió más refuerzos. Entre tanto, había absoluto silencio en la opinión pública acerca de esos peligrosos sucesos en el Chaco, ya que en la prensa boliviana no se registraron noticias de los mismos. El 30 de junio, sin embargo, sin notificación oficial alguna, el prefecto de La Paz, Gustavo Carlos Otero, puso en ejecución medidas similares a las de un estado de sitio.[105]

Mientras estas acciones ocurrían en el frente del Chaco, a millares de kilómetros del centro de gobierno, la nación se concentraba en la aparentemente seria situación económica, en tanto que la economía nacional en esa época se aproximaba a una situación caótica. En abril de 1932, el gobierno había establecido un nuevo tipo de cambio que dividió a los mineros y comerciantes, ocasionando que estos últimos protestaran enérgica y públicamente contra la acción gubernamental. Al día siguiente del anuncio de este tipo de cambio, una manifestación de protesta de 5000 personas, en La Paz, demandó el fin de la dominación de la minería en la política económica del gobierno, y no solamente se adhirieron a esas manifestaciones varias ligas y asociaciones comerciales, sino también los estudiantes, así como la FOT, que portaban carteles pidiendo pan, trabajo o muerte. El dirigente de la FOT, Moisés Álvarez, se dirigió a la multitud, demandando un «frente unido» de los trabajadores y de la pequeña burguesía contra los mineros.[106]

A principios de mayo llegaron rumores de Europa de que aumentaba la gravedad de la situación y de la necesidad de mayores reducciones en la producción del estaño, bajo el impacto de nuevas declinaciones en los precios.[107] Tan serios fueron los efectos en la baja de precios en el mercado mundial del estaño que, a mediados de mayo, el Consejo Internacional del Estaño adoptó el radical Plan Byrnes que aconsejaba el cierre total de las instalaciones productoras de estaño de todas las compañías y gobiernos miembros, por los meses de julio y agosto y, de ahí en adelante, reducir la producción mundial a 33,3 por ciento de las cifras de 1929 –la más drástica

105 Arze Quiroga, 1951, pp. 233 y ss.; Díaz Machicao, 1955b, pp. 74-80.

106 *El Diario*, 27 de abril de 1932, p. 7, y 28 de abril de 1932, p. 7.

107 *El Diario*, 7 de mayo de 1932, p. 6.

reducción propuesta por el Consejo Internacional del Estaño cuando ya no había más remedio en la crisis. El 11 de junio, los productores aceptaron ese programa drástico, que fue aceptado en Londres y transmitido a todos los gobiernos locales.[108]

Debido al creciente desequilibrio en el cuadro comercial, a la gran fuga del oro y el consecuente agotamiento de las reservas nacionales, el gobierno se vio obligado, a fines de mayo, a poner todas las transacciones de oro, directa y exclusivamente, bajo el control del Banco Central, así como ajustar sus poderes sobre los tipos de cambio y también recurrir al dramático requerimiento de que los mineros entregasen el 65% de sus letras de cambio y divisas al Banco Central.[109] De esta manera, simultáneamente con la política agresiva de Salamanca, de penetración en el Chaco, que estaba conduciendo a inevitables choques, y justo cuando el gobierno se veía obligado a adoptar decisiones de importancia decisiva para reaccionar frente a esos incidentes fronterizos, la depresión económica boliviana estaba llegando a su punto más bajo y todo el sector exportador de la economía nacional literalmente estaba cerrado por dos meses. Estaba fuera de duda que la crítica situación económica estuvo constantemente en el trasfondo de todas las decisiones que el gobierno tomaría en las siguientes semanas, y que fue el más importante factor en todas esas decisiones.

El 5 de julio, en un memorándum dirigido a Salamanca, el coronel Osorio, del EMG, aceptó finalmente la posición de sus comandantes de campo y sugirió a Salamanca que la laguna Chuquisaca fuese retenida y no abandonada por las tropas bolivianas. El 7 de julio, el EMG preparó un plan de ataque basado en la posición central de la laguna Chuquisaca, pero la reacción de Salamanca a esos dos informes fue más que cohibida, puntualizando que las complicaciones internacionales estaban en torno del asunto de la laguna y pidió moderación –pero no ordenó la retirada– y, al mismo tiempo, dijo que los planes del 7 de julio no eran suficientemente detallados.[110]

Durante todos estos acontecimientos, Paraguay, en principio, había mantenido un discreto silencio, a pesar de sus dos derrotas en la laguna y de sus nuevas preparaciones contraofensivas, aún parecía interpretar todo este asunto como si fuese uno más de los innumerables choques fronterizos,

108 Knorr, 1945, pp. 122-123.

109 *El Diario*, 21 de mayo de 1932, p. 6.

110 Arze Quiroga, 1951, pp. 321-324.

y que, una vez que militarmente fuese retomada la laguna, volverían nuevamente a establecerse las prolongadas y cansadoras negociaciones. Así, a principios de julio, Paraguay organizó otra fuerza de asalto, esta vez fuertemente armada y compuesta por unos 400 soldados y, al mismo tiempo, el 7 de julio, notificó a Washington de una agresión (no especificando el lugar) de Bolivia en el Chaco, que le obligaba a abstenerse de mayores negociaciones hasta que ese incidente fuese solucionado.[111] Mientras tanto, Bolivia rechazó las acusaciones de agresión hechas por el Paraguay, y afirmó que todas esas vagas acusaciones no eran otra cosa que un tejido de mentiras; pero, tras admitir abiertamente que el Paraguay debía referirse a la laguna Chuquisaca, declaró que las tropas bolivianas se habían establecido únicamente en lo que Bolivia reclamaba como su territorio no ocupado. Bolivia, también públicamente, admitió, por primera vez, que ya había ocurrido un ataque paraguayo en esa zona, el que había sido rechazado.[112]

El 15 de julio empezó el nuevo ataque paraguayo y, después de dos días de grandes combates, el fortín fue retomado a los bolivianos.[113] El 18 de julio las noticias de este asalto fueron proporcionadas por el gobierno a la prensa boliviana, provocando tremendas reacciones populares.[114] Al día siguiente, en una gran manifestación pública de apoyo al gobierno en La Paz, Salamanca pronunció un violento discurso pidiendo el sacrificio de sangre de la nación, en estos términos:

> Si una nación no reaccionara al sentir lastimada su dignidad, no merecería ser nación. Y si el gobierno de esa nación no supiera cumplir su deber, tampoco merecería ser gobierno…
>
> El gobierno ofrece poner su voluntad y su patriotismo hasta donde sus fuerzas y sus recursos lo permitan y hasta donde la razón nos acompañe; pero también exige de la Patria y sus ciudadanos todos los sacrificios, no sólo el sacrificio del dinero, que es poco, sino de la vida misma para no dejar mancillado el honor nacional. Sólo así mereceremos realmente vivir como un país bien organizado…
>
> Os invito, conciudadanos, a que juréis cumplir con el deber que la Patria nos impone e ir al sacrificio, si es necesario, en defensa de su dignidad. Sólo así demostraremos que somos capaces de defender la honra y la soberanía de la Patria.
>
> ¡Viva Bolivia! ¡Gloria a Bolivia![115]

---

111 *El Diario*, 8 de julio de 1932, p. 1.

112 *El Diario*, 9 de julio de 1932, pp. 6 y 7.

113 Díaz Machicao, 1955b, pp. 85-86; Arze Quiroga, 1951, pp. 283-286; Zook, 1960, p 74.

114 *El Diario*, 19 de julio de 1932, pp. 1 y 6.

115 *El Diario*, 20 de julio de 1932, p. 1.

La noche del 18 de julio se convocó a una reunión de emergencia del Gabinete, con la asistencia del coronel Osorio, y, en ella, Salamanca decidió ejecutar un programa de represalias en respuesta a la victoria paraguaya en el fortín Santa Cruz, y ordenó la toma de los fortines paraguayos de Corrales y Toledo. Osorio se opuso a este movimiento, basándose en que las fuerzas bolivianas no estaban preparadas para una acción de tal magnitud, y allí mismo renunció a su cargo, cuando Salamanca rehusó aceptar su opinión.[116] Salamanca remplazó a Osorio con el general Carlos Quintanilla, y el 20 de julio decretó un estado de sitio oficial. A su llegada a La Paz, a los pocos días de su nombramiento, Quintanilla conferenció con Osorio, y ambos estuvieron de acuerdo en que la cuarta división del ejército boliviano no estaba preparada para realizar una profunda penetración, en represalia a los ataques, que Salamanca había ordenado. Quintanilla decidió continuar oponiéndose a Salamanca para impedir la ejecución de sus planes.

Pero Salamanca ya estaba sobrepasando al EMG y, en su ansiedad de ver acción, empezó a ordenar, por propia iniciativa, a los comandantes locales que tomaran las medidas necesarias de preparación. Cuando los dos jefes militares se entrevistaron con Salamanca, este no solo rechazó las objeciones de estos, sino que acusó a Osorio de estar buscando una solución diplomática en el conflicto, en vez de acudir a las armas. En esa reunión, Quintanilla pidió que Osorio continuara en su cargo, para asegurar la confianza del ejército y, momentáneamente, se rehusó a remplazarlo. Ante una nueva negativa de Salamanca, los dos jefes militares se reunieron con el ministro de Guerra, José Gutiérrez, a quien rogaron que intercediera en este asunto, para suspender el insano pedido de represalias de Salamanca. Ambos jefes militares sostuvieron que la situación de la cuarta división era enteramente desfavorable para un movimiento de tal magnitud y que, por lo tanto, no se lograría el éxito. Esa noche volvieron a reunirse con el presidente, pero a pesar de todas estas objeciones, Salamanca se mantuvo firme y, finalmente, ordenó a Quintanilla trasladarse al frente para comenzar las operaciones. Osorio alegó que todo el plan era suicida y que conduciría a una guerra completa, para la cual el ejército no estaba completamente preparado, y continuó presionando a Salamanca por una solución diplomática.[117] Salamanca, encolerizado por la falta de voluntad del Estado Mayor General para defender el honor

116 Arze Quiroga, 1951, pp. 50-51.

117 *Ibid*., pp. 51-52; Díaz Machicao, 1955b, pp. 87-90.

nacional, como él opinaba,[118] expresó finalmente a sus oficiales: «Ejecute la orden, si hay en ello algún mérito, será suyo, si surgen responsabilidades, serán mías.»[119] Osorio, aunque se opuso al plan, había aceptado continuar aún en su cargo, pese a las protestas de su principal ayudante, el coronel Ángel Rodríguez. Al resumir la secuencia global de estos acontecimientos, Osorio en sus *Memorias* señaló que:

> El presidente seguramente –hay que hacer honor a su palabra– no quiso ni pensó desencadenar la guerra; pero no pudo menos que provocarla con su actitud violenta. Acaso también el presidente creyó ingenuamente que con las llamadas represalias que ordenó iba a amedrentar al pueblo paraguayo y que éste no reaccionaría.[120]

En resumen, fue Salamanca quien deliberadamente llevó a la nación boliviana a la guerra, a pesar de la clara oposición de su propio alto mando y a pesar de la falta de iniciativa de los paraguayos. Completamente derrotado en el escenario interno, obligado a rendirse a la dirección política de los liberales, frustrado en el asunto de los comunistas e incapaz de detener la crisis económica que, día a día, estaba destruyendo la estabilidad de su gobierno, Salamanca dio un cuarto de conversión al escenario internacional, creyendo que toda su gloria personal y su futura grandeza podría encontrar una expresión sin cadenas. Estaba convencido de la justicia de su causa y de la invulnerabilidad de sus ejércitos y, deliberadamente, puso en riesgo todo por la grandeza. No queda duda, tampoco, de que los militares por largo tiempo se habían jactado de su valentía y de su capacidad para destruir al Paraguay en los años que precedieron a 1932,[121] pero en el momento crucial, honestamente, reconocieron la fantástica imposibilidad de la tarea, dadas las difíciles comunicaciones que conectaban a una de las regiones más accidentadas de Bolivia y en una

---

118 Al escribir sobre esta reunión, Salamanca afirmó que: «El general Osorio, que se mostraba muy desanimado, sugirió que para resolver la mancha de laguna Chuquisaca, deberíamos recurrir a los recursos diplomáticos. Esta conducta suya me exasperó. Él había concurrido, decisivamente, a precipitar el conflicto y, llegado el momento de defender el honor de Bolivia, pedía la ayuda de la diplomacia. En esa ocasión [es decir, en la reunión nocturna], traté al general Osorio con rudeza, recordándole sus responsabilidades en los acontecimientos y sosteniendo la necesidad de reparar sin demora la vergüenza sufrida por Bolivia». Reimpreso de Arze Quiroga, 1951, p. 52. (En ese momento, Osorio era aún coronel y más tarde, durante la guerra, fue ascendido al rango de general).

119 Díaz Machicao, 1955b, p. 90.

120 *Ibid*., p. 91.

121 Urioste, 1933, pp. 113-114.

zona largamente defendida y cubierta por sus enemigos. Es por esto que trataron de hacer lo más que pudieron para disipar las insanas ilusiones de Salamanca. Pero, a las opiniones de que se precisarían seis meses para que el ejército estuviera en apropiada posición en el Chaco, se supone que Salamanca habría contestado que la guerra justamente debía empezar seis meses antes. Salamanca no se frustraría con lo último que le habían dejado y, por lo tanto, no escuchó el consejo de nadie sino el suyo propio.

Como era de esperarse, la reacción inmediata de las fuerzas políticas e intelectuales de la nación, excepto de la radical extrema, fue dar caluroso apoyo y plena colaboración al gobierno en esa hora de urgencia. Nadie puso en duda la versión del gobierno de que una cadena de sucesos había conducido al «no provocado» y «cobarde» ataque paraguayo al fortín boliviano Mariscal Santa Cruz, en laguna Chuquisaca.[122] Inmediatamente se produjo la adhesión de todos los partidos políticos, incluyendo la del Partido Nacionalista,[123] Los principales intelectuales de la nación, como Alcides Arguedas, Ricardo Jaimes Freyre, Fernando Diez de Medina, Gregorio Reynolds, Roberto Prudencio, Gustavo Carlos Otero, Franz Tamayo, Juan Francisco Bedregal, e izquierdistas moderados, como Carlos Montenegro, Víctor Andrade, Enrique Baldivieso, Justo Rodas Eguino y Vicente Mendoza López, firmaron en La Paz, el 30 de julio de 1932, una apelación internacional afirmando que «estaban completamente convencidos de la pureza de la política internacional de Bolivia», y acusaban al Paraguay de haber provocado una situación bélica en el continente.[124] Y, finalmente, las clases media y baja urbana, con grandes manifestaciones que realizaron en las principales ciudades de la república, apoyaron la política del gobierno.[125]

---

122 El análisis del gobierno, de las causas del conflicto del Chaco, está contenido en una circular diplomática, que fue enviada a todas las legaciones en el extranjero, el 21 de julio de 1932. Para este documento, véase *La Razón*, 22 de julio de 1932, p. 4. La esencia de este documento de doce puntos es que Bolivia había encontrado un fortín paraguayo abandonado, a la llegada de sus tropas a laguna Chuquisaca, y que, aun así, aunque esas ruinas no estaban ocupadas, las tropas bolivianas habían construido su propio fortín en el lado occidental no ocupado de la laguna y, finalmente, que fueron los paraguayos los que habían iniciado las hostilidades armadas y que esto había ocurrido el 29 de junio. Este ataque y el subsecuente, del 15 de julio, de acuerdo al documento boliviano, no fueron provocados.

123 *El Diario*, 20 de julio de 1932, p. 6; *La República*, 20 de julio de 1932, p. 4, y *La Razón*, 22 de julio de 1932, p. 12.

124 *El Diario*, 5 de agosto de 1932, p. 8. y 10 de agosto de 1932, p. 3.

125 *El Diario*, 22 de julio de 1932, p. 2.

Diez días antes de la apelación internacional el gobierno había proclamado el estado de sitio a escala nacional, e inmediatamente aprehendió a los principales intelectuales izquierdistas, incluyendo a Ricardo Anaya, José Aguirre Gainsborg, Porfirio Díaz Machicao, así como a una hueste de agitadores obreros y una diversidad de marxistas, anarquistas, pacifistas, indigenistas, etcétera. Algunos de estos fueron lo suficientemente afortunados como para ser desterrados o confinados a distritos distantes, pero un buen número de ellos fueron enviados al frente. Casi todos los izquierdistas fueron incorporados al ejército, como conscriptos, y celosamente vigilados, y, a menudo, ejecutados en las batallas por sus comandos locales. Sin embargo, esta fue la hora más grande de la izquierda boliviana y el poder de la extrema izquierda creció, año tras año, durante el curso de la guerra, con marcada penetración en las filas del ejército del Chaco, a pesar de todas las represiones y violencias del gobierno.[126]

El 21 de julio, aunque el gobierno había ordenado la movilización general,[127] se observó una gran resistencia pasiva a ese llamamiento, entre los indígenas rurales y los obreros organizados, principales fuentes para las tropas de primera línea. Al principio, el gobierno intentó contrarrestar esa resistencia con el uso de la persuasión. De esta manera, en los primeros meses de la guerra, el general Felipe M. Rivera, entonces jefe del Estado Mayor General, invitó a una reunión a unos ochenta dirigentes obreros para pedirles su cooperación en lograr que los obreros se incorporaran al ejército; pero como no se obtuvo resultado alguno,[128] prontamente se organizaron escuadrones militares de retaguardia, para la caza de obreros e indígenas, aun en las aldeas más distantes y oscuras de la nación. Estas bandas ambulantes causaron enormes daños, en rapiñas y derramamiento de sangre.[129]

La reacción boliviana a la retoma de laguna Chuquisaca tomó al Paraguay por sorpresa, porque una vez que los paraguayos habían retomado ese puesto, el 18 de julio, notificaron a la comisión neutral en Washington que estaban deseosos de reanudar las negociaciones sobre

126 *La República*, 2 de agosto de 1932, p. 4; Díaz Machicao, 1955c, p. 105 y ss.

127 *El Diario*, 22 de julio de 1932, p. 1.

128 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961. Álvarez fue uno de los participantes en esta conferencia y, a fines de ese año (1932), fue exiliado, acusado de propaganda antiguerrera.

129 Un relato ficticio de estas bandas de captura está en la novela de Óscar Cerruto, *Aluvión de fuego*, 1935; también véase las acusaciones contra estas acciones en los debates de la Convención Nacional de 1938, vol. III, pp. 90, 91.

el pacto de no agresión, negociaciones que ellos habían suspendido a principios del mes para llevar a cabo su operación.[130] Que el Paraguay aún considerara todo el problema como otra disputa fronteriza permitió a las fuerzas bolivianas sorprenderlo, inicialmente, con su operación de «represalia», mediante una profunda penetración en el Chaco central. De esta manera, y a pesar de las sombrías aseveraciones de pesimismo e imposibilidad demostrada por el EMG, parecía que las fuerzas bolivianas habían llevado a cabo, fácilmente y con éxito, la misión asignada por Salamanca, tomando rápidamente los principales fortines paraguayos de Boquerón, Corrales y Toledo.[131]

Pero en este punto, el siempre impredecible Salamanca emitió una orden, el 2 de agosto de 1932, para suspender las operaciones militares, bajo el ridículo criterio de que había logrado una victoria que el Paraguay no podría desafiar, y que él podría obtener el reconocimiento diplomático por esas grandes victorias. Pero, por sus propias acciones anteriores, Salamanca había comprometido a la nación en una guerra total, que el EMG claramente le había advertido –especialmente cuando él se negó siquiera a pensar en abandonar los fortines recientemente ocupados (tan vitales para las líneas de defensa del Paraguay), o aun pensar en negociar para intercambiarlos por el fortín Mariscal Santa Cruz–, que una guerra en escala internacional sería la única consecuencia. Por lo tanto, fue un grave error militar pedir el cese de las operaciones militares y una indicación del casi histérico estado mental a que había llegado Salamanca.[132]

Otra indicación notoria de su agitado estado mental fue la nota de *mea culpa* dirigida el 1 de agosto de 1932 al Estado Mayor General, pidiendo una investigación completa de la ocupación de laguna Chuquisaca y acusando al EMG de haber falsificado la información respecto a este asunto.

> Como las causas que han producido la actual situación pertenecen a la historia y requieren una investigación completa, he creído conveniente encargarle a usted, mediante instrucción escrita, la organización de una investigación con respecto a la ocupación de Laguna Grande (Chuquisaca) o Mariscal Santa Cruz.

130 Díaz Machicao, 1955b, p. 93.

131 Zook, 1960, p. 76.

132 *Ibid*., pp. 76-78. El día anterior, Salamanca había enviado una severa nota a la comisión neutral de Washington, exigiendo una solución final a la histórica disputa fronteriza, con la retención, por parte de Bolivia, de los fortines capturados, más la demanda de un puerto sobre el río Paraguay.

> Ya recordará Ud., señor General, que cambié la orden terminante y reiterada de desocupar ese puesto al considerar que el fortín paraguayo estaba desocupado, y solo mientras se construía el nuestro al lado occidental, con la laguna de por medio. Esta orden que Ud. me aseguró hallarse cumplida, indujo al gobierno a afirmar ese cambio de lugar en documentos diplomáticos que comprometieron la seriedad y el honor de Bolivia. Como con el paso del tiempo, iba yo desconfiando de la veracidad de los hechos que se nos había afirmado, acabé por poner en duda el hecho del cambio de lugar del fortín, y pedí a Ud. con insistencia que me lo confirmara, pero también Ud. terminó por ponerlo en duda. Resulta ahora, cuando los hechos no tienen remedio, que el nuevo fortín boliviano no fue fundado y que nuestro destacamento de ocupación permaneció en el fortín paraguayo.[133]

Ciertamente, Salamanca revelaba extraña ingenuidad en esto, e insana creencia de que la guerra había empezado no mediante sus propias acciones agresivas, sino por medio de las maquinaciones del EMG, que le había mentido respecto a la laguna Chuquisaca. Salamanca respaldó su creencia al ordenar a Ovidio Urioste que se trasladara al Chaco, para iniciar un proceso oficial de investigación contra los oficiales involucrados en el asunto de la laguna Chuquisaca, pero el comando de la primera línea del frente, rápidamente, puso fin a ese proceso.[134]

Este solo fue el primero de los muchos incidentes entre Salamanca y su alto mando, porque ambos se acusaban mutuamente de haber causado la guerra, y esto ocurría cuando la guerra del Chaco ya tenía un mes de vigencia. El 30 de ese mismo mes, el EMG, en un acto de contraofensiva, envió un memorándum a Salamanca pidiéndole un plan de guerra detallado, acusándolo implícitamente de haber conducido a la nación a la guerra.

Sin ambages, el memorándum sostenía que:

> Muchas son las causas de un conflicto armado, aparentes y reales, y sólo el Supremo Gobierno como conductor de la política de un Estado las conoce. Por su conocimiento de todo y su posición central, es el llamado para responder ante la historia, con la más exigible exactitud, de las razones de por qué se hizo la guerra. Su máxima responsabilidad para determinar la causa es única y trascendental: rechazar o declarar la guerra. En cualquiera de estas dos decisiones, su acción causal viene a ser realidad.
>
> La ejecución (solamente) corresponde al mando militar y, por la ilimitada acción de sus funciones permanentes, es el responsable de la conducción de las operaciones, para obtener, de la mejor forma posible, los objetivos establecidos por la política.[135]

---

133 Arze Quiroga, 1951, p. 239.

134 Urioste, 1933, p. 346 y ss.

135 Arze Quiroga, 1951, pp. 334-335.

El memorándum continuaba demandando que Salamanca, por lo tanto, definiera los objetivos políticos que él buscaba a través de su política de guerra y, una vez que ellos estuviesen definidos, debía dejar en libertad al mando militar para que pusiera en ejecución esos objetivos.

> En la actual situación el Supremo Gobierno no ha concretado definitivamente, en ningún documento, qué es lo que el Estado boliviano desea obtener del Paraguay por medio de las armas. La conducción política de la guerra boliviano-paraguaya no está clara ni resueltamente orientada hacia fines positivos y ejecutables. Siempre ha existido una ideología, pero ella no basta al Estado Mayor General. Este necesita objetivos reales y no simples aspiraciones históricas: órdenes escritas y no instrucciones verbales o sueltas.[136]

Luego, el memorándum describía algunas consideraciones fundamentales de política, sugiriendo que la concentración de fuerzas se destinara a la destrucción de la capacidad del ejército paraguayo y solo después de que esto se hubiere realizado, se considerasen los objetivos geográficos del control sobre el río Paraguay. Pero, sobre todo, se le pedía a Salamanca que les diera, en esencia, para su defensa, el origen o motivo de la guerra y un amplio y definido plan de qué era lo que él quería que se hiciera.[137]

El 21 de septiembre de 1932, Salamanca contestó a ese memorándum, denunciando que:

> Manifiestamente, el objeto de la referida comunicación es para evitar la responsabilidad de ese Estado Mayor General, anticipadamente, sin duda, sobre posibles desastres en el curso de la guerra ya desatada contra el Paraguay […] Y todo esto se expresa con absoluta falsificación de la verdad de los acontecimientos.[138]

En vez de proporcionar un plan político detallado. Salamanca nuevamente se refería al asunto de las órdenes y contraórdenes de laguna Chuquisaca, afirmando, esta vez de una manera más específica, que había sido engañado con falsas informaciones que le había dado el EMG y que el alto mando también se había negado a cumplir sus órdenes. Al pedido de que Salamanca formulara un específico objetivo político para la guerra, este refutó así: «[…] habría sido más lógico que el gobierno preguntara: ¿Qué es lo que el jefe de Estado Mayor ha propuesto para desencadenar este conflicto con evidente imprudencia, a pesar de los esfuerzos del Presidente de la República para evitarlo?».[139]

---

136 *Ibid*., p. 336.

137 *Ibid*., pp. 333-341 para ver todo el memorándum.

138 *Ibid*., p. 343.

139 *Ibid*., pp. 346-347.

De esta manera, en el comienzo mismo de la guerra más grande de la historia boliviana, aun antes de que se hubieran sufrido los más grandes reveses, los dirigentes de la nación estaban acusándose mutuamente por los próximos desastres y la responsabilidad de todo el asunto. Si bien puede admitirse a los apologistas de Salamanca que, obviamente, hubo alguna acción errónea por parte del comando del ejército al ocupar, en primer lugar, un fortín paraguayo, este no fue sino uno de los innumerables incidentes en la historia fronteriza de las dos naciones, y tanto la consecuente reacción aislada del Paraguay como la negativa del EMG de ir a la guerra, dejaron la principal decisión y responsabilidad de su iniciación en manos de Salamanca. Fue él quien, deliberadamente, y contra la firme y franca oposición del EMG, decidió hacer una gran causa célebre del incidente, convirtiéndolo en un holocausto de tres años. Que ambas naciones estuvieran actuando beligerantemente en el Chaco y que ambas también estuvieran armadas para un posible conflicto, desde muchos años antes, no mitiga la responsabilidad de Salamanca; porque esos tensos problemas fronterizos habían sido experimentados, prácticamente, por cada nación sudamericana y algunos de estos problemas habían continuado por decenios en forma de una guerra fría. Pero Salamanca, frente a la oposición, la frustración y el creciente caos económico interno, sintió, como muchos presidentes bolivianos antes que él, que la aventura internacional era el medio para remediar la frustración de los asuntos internos y lograr la unificación del país en torno a su persona. Su propia personalidad de austeridad, orgullo y sensibilidad introvertida,[140] le hizo sentir su derrota a manos de los liberales y sus dictados, como afrenta insufrible, y una fácil victoria sobre el Paraguay –que sus generales se habían jactado de lograr antes de 1932– le parecía un gran escape para su reivindicación definitiva. Por fin, todas las humillaciones que tanto él como su país habían sufrido por parte de cada uno de sus vecinos, podrían ser rectificadas. Pero al rectificar su historia, y llevar la nación a la guerra, estaba destruyendo los verdaderos cimientos de la sociedad que había gobernado Bolivia desde los tiempos de la conquista española. La guerra del Chaco emitió la primera nota de la agonía mortal del viejo orden, con todos sus horrores y debilidades expuestos a la vista del mundo, pero lo más importante, ante la vista de los mismos bolivianos y, de esta tremenda revelación, surgiría una nueva era.

140 Particularmente revelador de esto es un extracto del diario personal de Salamanca, reimpremso en Alvéstegui, 1959, pp. 24-65, que revela el fantástico sentido de alienación de Salamanca, aun para sus asociados políticos más íntimos, y su sensibilidad verdaderamente morbosa a la crítica.

# VI
# La guerra del Chaco

La sociedad boliviana de 1930 seguía siendo, en muchos aspectos, la misma que la que había sido en 1825. A pesar del dramático crecimiento de la urbanización, la minería y el movimiento laboral, desde 1900, la mayoría de la nación aún seguía desarrollando el sistema agrario latifundista de la Colonia. En tanto que la población urbana crecía firmemente, en los decenios posteriores a 1900, y La Paz se convertía en una metrópoli de más de 150.000 habitantes para 1930,[1] la población rural mantuvo su predominio y, aún para fines de la década de 1950, representaba el 66% de la población nacional, o más de 2.125.000 habitantes.[2] En cuanto a las condiciones de las masas agrícolas, en el siglo que siguió a la independencia hubo un progresivo deterioro en su estatus. Todavía en 1847, los indígenas con tenencia de tierras y autogobierno eran más grandes en número que los colonos y pongos sin tierra, que vivían como siervos, pues llegaban a 478.000, fuertemente organizados en más de 11.000 comunidades libres; para 1900, ese número había declinado a 250.000, y para el decenio de 1930, solo habían quedado 502 de estas comunidades, con menos de 50.000 personas.[3]

---

1 La Paz tenía solo 60.000 habitantes en 1900, y dobló su población, para 1930, en 152.000, y la dobló nuevamente, para 1960, en 320.000. Averanga Mollinedo, 1956, pp. 30-34.

2 CEPAL, 1958, p. 252.

3 Peñaloza, 1953, p. 281; McBride, 1921, pp. 20, 24-25. McBride calcula la población de las comunidades en base a diferentes fuentes que las de Peñaloza, en casi 500.000 habitantes, en 1854. Sanjinés, 1945, p. 324. En el caso agrario, a fines del decenio de 1930, se calculó que solamente había 90.000 propietarios de tierras en

La vida de los colonos bolivianos era muy rigurosa, aun para los estándares de la América Latina, debido a que prestaban servicios personales con la completa ausencia de pago en dinero o su equivalente, al igual que los esclavos. Todo el trabajo, herramientas, animales de trabajo y, a menudo, las semillas, los proporcionaban gratuitamente los colonos, para uso de la misión esencial del sostenimiento de la tierra, la que los latifundistas controlaban exclusivamente.

Como este sistema se desarrolló en la práctica, el colono o pongo indígena proporcionaba trabajo personal para los terrenos del patrono o hacendado tres o cuatro días por semana, sembrando, desyerbando o, eventualmente, cosechando y vendiendo los productos del patrón. A cambio de este trabajo gratuito, se le concedía el usufructo de tierras de la finca o del latifundio, en las cuales producía los granos para su subsistencia. Aparte del trabajo agrícola, el colono tenía que ceder parte de su tiempo al hacendado para el apacentamiento de sus animales y para elaborar algunos productos locales de granja, como queso o compuestos vegetales deshidratados. El colono también tenía que proporcionar el transporte de los productos de la finca a los mercados más próximos, con sus propios animales, o prestados, y, finalmente, y lo más oneroso de todo, tenía que prestar servicio de pongueaje para el patrón, ya fuera en su propiedad o, más a menudo, en su residencia de la ciudad.[4]

Variaba grandemente, de región a región, el número de días de servicio para el trabajo agrícola o el tipo de servicios que se les demandaba, así como la cantidad de materiales y semillas que el colono tenía que proporcionar para el cultivo de los terrenos de su amo. Todo este sistema no tenía sanción legal, lo que dejaba a los patrones en la libertad para fijar normas de trabajo de acuerdo con las exigencias del mercado. No había justicia contra los rudos administradores (mayordomos) o dueños de tierras, y no había protección para los castigos corporales que, libremente, podían ejercitar estos dueños, y lo más extraño de todo es que no había leyes que ataran a estos indígenas a la tierra. Pero, aunque no estaba atado

---

toda la nación, y que más de la mitad de estos eran latifundistas localizados en la subdivisión excepcional de los valles de Cochabamba. Reyeros, 1949, p. 10.

4 Para una discusión general sobre los requisitos que se exigían a los colonos y pongos, véase Keller, 1949, pp. 44, 75-77; Thibodeaux, 1946, pp. 194-197; y, finalmente, Reyeros, p. 127 y ss., que analiza la categoría separada del pongueaje, que fue el nombre generalmente aplicado al trabajo gratuito del indígena para el dueño de la tierra y su familia. Puesto que el pongo invariablemente era colono, que trabajaba en la casa del dueño, los términos de «pongo» y «colono» a menudo, indiscriminadamente, se aplican a todo el sistema del colonato.

legalmente, económica, social y políticamente, el colono indígena estaba aislado del mundo exterior y, literalmente, el único medio que conocía para sobrevivir era a través de la labranza de sus antiguas tierras, con la consagrada tecnología y las mismas mieses de sus antecesores. Como esas tierras fértiles y laborables estaban, ahora, casi exclusivamente controladas por los blancos, su único medio de obtener tierra que le diera vida era mediante el sacrificio de su trabajo en provecho del patrón.[5]

Debido a la índole marginal de las parcelas de los colonos, o *sayanas*, como ellos las llamaban, el estado en que el indio vivía era de mera subsistencia y no participaba, en ningún grado, en la economía monetaria nacional. Sus utensilios, ropas y enseres hogareños eran producidos por ellos, y las pocas cosas de consumo que producían en exceso les servían para trueque de indispensables artículos, como alcohol, sal y coca.[6] En esta forma de subsistencia económica, las pocas comunidades indígenas existentes vivían tan pobremente, como los colonos, pues las tierras que se habían dejado para las comunidades, generalmente, eran las más pobres y las más inaccesibles del distrito, y producían tan poco, como sus compatriotas colonos.[7] De esta manera, la mayoría de la nación, que un informe oficial de 1904 calculaba en 816.166 personas,[8] y otra autoridad

5 El sistema del colonato se basaba solamente en el tipo verbal de contrato que, supuestamente, se renovaba con cada generación, o con el cambio del propietario de la finca, y daba al indio colono el uso y el usufructo de las tierras solo si continuaba cumpliendo ciertas condiciones establecidas. Este «contrato», como dos investigadores sociales del gobierno señalaron en 1940, era único, porque estipulaba «la obligación unilateral del colono indio y su casi absoluta sumisión a la voluntad del patrono». Las disposiciones del Código Civil no regulan este tipo de contrato, ni existe ninguna ley especial para tal objeto, de manera que, en efecto, no gobierna en este caso ninguna otra norma que la voluntad del patrono. Este puede privar al colono del derecho al regadío, prohibirle vender sus propios animales y los productos que cultiva, obligándole a dárselos a precios irrisorios, o restringirle el tránsito a través de los caminos de la hacienda. El colono no tiene el derecho legal a una acción contra el terrateniente, y cualquier queja que exponga puede provocar su expulsión. Por otra parte, el patrono no tiene ninguna obligación o limitación legal respecto al pago del salario mínimo, la remuneración asignada por servicios personales (pongueaje), la observancia del horario de trabajo y de días de descanso, la provisión de alimentos, las condiciones de vivienda, la protección por maternidad, el trabajo de los menores o de los hijos, la compensación por accidentes de trabajo, la asistencia médica, etcétera. Se trata, en resumen, de un sistema típico y característicamente feudal. Capriles y Arduz, 1944, pp. 42-43.

6 Thibodeaux, 1946, p. 196.

7 Keller, 1949, pp. 90-92.

8 El informe oficial del gobierno declaraba: «Es necesario eliminar de la población productiva [de la nación] al elemento incivilizado (91.000 habitantes) que puebla

estimaba como el 64% de la población, en 1940,[9] estaba casi completamente fuera de la economía del mercado o del dinero.

No solamente los colonos y los campesinos de las comunidades tenían escasos medios de autosuficiencia en sus propios terrenos, sino que los métodos de producción de los terrenos de los patronos estaban atrasados y el excedente producido era casi nulo. En las regiones agrícolas de la nación casi no existía maquinaria agrícola ni se usaban fertilizantes artificiales, debido a que las máquinas agrícolas no podían competir, económicamente, con el trabajo libre.[10] Además de esto, los propietarios de fincas no estaban de ningún modo interesados en responder a las demandas del consumo urbano, porque, al existir subproducción, se elevaban artificialmente los precios y, como no hacían inversiones en la mano de obra, la maquinaria o las semillas, los fantásticamente bajos índices de impuestos y, más que todo, los bajos precios originales de las tierras, hacía que aquellos propietarios no tuvieran nada que perder y, más bien, mucho que ganar. Al emplear métodos modernos y obtener una mayor producción, no solamente habrían bajado los precios, sino que también habrían aumentado las inversiones de capital. En este sentido, no había necesidad de invertir dinero en las fincas, puesto que la producción no costaba nada y todas las

---

gran parte del territorio nacional, en las fronteras de Brasil, Perú y Paraguay. Además, la clase nativa subyugada (816.166 habitantes) es de poca importancia con relación al proceso económico». Por lo tanto, este sincero informe infiere que «la producción nacional está asociada [solamente] con la población blanca y mestiza, que totalizaba a 668.185 personas». Citado de Ness, 1938, p. 59.

9 Reyeros, 1949, *p.* 129.

10 Thibodeaux, después de un año de estudio de la agricultura boliviana, entre 1940-1942, llega a esta conclusión: «No hay incentivo económico para que el hacendado adquiera maquinaria agrícola que ahorre el trabajo, cuando toda la mano de obra la obtiene gratuitamente. La verdad, el uso de la tierra se da por estas cosas. Pero cuando se considera que relativamente poca tierra se ha desarrollado [es decir, ha sido usada o necesitada por el hacendado], que gran parte de esta tierra es de bajo precio y los impuestos a los bienes raíces son bajos (menos de tres centavos de dólar por hectárea, p. 82), fácilmente se ve que la mano de obra es barata». Thibodeaux, 1946, pp. 195-196. Cómo se desperdiciaba la mano de obra en el sistema agrario boliviano, en ese tiempo, puede verse en algunas estadísticas compiladas por Thibodeaux, quien señala que «con los métodos primitivos usados, aproximadamente 352 jornadas, de 8 horas diarias de trabajo, se empleaban para producir y cosechar una hectárea de papas que rendía 160 o 190 quintales», en Bolivia, mientras que «basados en las prácticas de producción en una región comercialmente representativa de papas en Estados Unidos, el trabajo empleado por hectárea rendía 312 quintales, cantidad equivalente a un promedio de solo 15 jornadas, de 8 horas diarias, si se empleaba un tractor de 4 filas, segadora y separadora de granos», *ibid*., p. 204.

ganancias obtenidas eran para su propio consumo personal.[11] Y, a pesar de que más del 60% de la fuerza nacional de trabajo estaba comprometida en la agricultura,[12] los productores agrícolas, muchos de los cuales producían en pequeñas cantidades en Bolivia, habían propiciado el 45% de las importaciones nacionales en esa época.[13]

Una finca típica del altiplano era la finca Ingavi, propiedad de, aproximadamente, 4900 hectáreas y 100 colonos, situada entre La Paz y el lago Titicaca (Guaqui). En la propiedad, a cada familia de colonos, de unas cinco personas, se le daba cerca de siete hectáreas para su uso, a cambio de tres días de trabajo por semana en las tierras del patrón. La finca, generalmente administrada por un cholo mayordomo, producía, aparte de los productos con raíces (principalmente patatas), lana de ovejas de la propiedad y varios productos secundarios, como queso y chuño. El chuño era un concentrado duradero de papas deshidratadas, que requería un largo y exhaustivo proceso en el comprimido y secado, y constituía una de las fuentes principales de ingreso para el patrón. Aparte de estos trabajos y de las labores agrícolas, los colonos eran pongos, tanto en la casa del mayordomo como en la residencia del patrón en La Paz. En la finca Ingavi se llevaba, cuidadosamente, un registro de obligaciones laborales de cada familia y el castigo corporal era libremente ejercitado.[14]

Mientras la finca Ingavi tuvo sus orígenes en el periodo anterior a la Independencia, la más rica y poblada finca Taraco era de reciente origen, organizada a partir de las tierras comunitarias, en el primer decenio del siglo xx. Taraco consistía en unas 3636 hectáreas de ricas tierras en las playas del lago Titicaca, la región más fértil de todo el altiplano. La propiedad había sido establecida nada menos que por Ismael Montes, el gran caudillo liberal. La historia de la adquisición de esta propiedad fue bastante típica de lo que ocurría en la época de la posindependencia con las tierras de comunidades. Montes había visitado la comunidad indígena en posesión de estas tierras, cuando era una región aislada, pero, al inicio del siglo, esa región fue abierta a La Paz y al resto de la república, a través de la construcción de caminos y ferrocarriles. Percibiendo rápidamente el valor de esas tierras, Montes compró la propiedad vecina a la comunidad y, luego, ingresó a las tierras de la comunidad mediante la compra de

11 Keller, 1949, pp. 65-66.

12 CEPAL, 1958, p. 252.

13 Thibodeaux, 1946, p. 5. El periodo es de 1936 a 1940.

14 Keller, 1950, pp. 37-50.

terrenos de tres o cuatro comunarios, quienes, de acuerdo con las costumbres indígenas, no tenían derecho a vender lo que era propiedad de la comunidad, ya que meramente habían obtenido esas parcelas en calidad de préstamo, pero las leyes bolivianas les permitía la transferencia de títulos legales. Después, Montes llamó a tropas de Guaqui, con cualquier pretexto, y los jefes de las familias de la comunidad fueron embarcados a La Paz, donde, bajo amenazas violentas, fueron obligados a renunciar a los títulos de sus tierras. Luego de esto, Montes prohibió el ingreso de los jefes de familia al lago y llevó comunarios de otras regiones para trabajar en su propiedad como colonos.

La finca, una vez en operación, fue un buen negocio y después de varios decenios llegó a tener una población aproximada de 2500 colonos. A pesar de la rica calidad de la tierra, la disponibilidad de pesca en el lago y aun de las posibilidades de comercio ilícito de contrabando con el vecino Perú, los colonos vivían en un nivel de hambruna, con un alto índice de mortalidad infantil. Tan grande como era la finca, a las familias de colonos solo se les permitía el uso de hectárea y media de terreno para su subsistencia, lo que representaba un total de sayañas para los colonos de solo el 27% de las tierras de la propiedad, que eran las más pobres de ellas, así que estas parcelas eran insuficientes para el abastecimiento de un promedio familiar de seis personas. La finca Taraco tenía también un régimen especial de trabajo, mediante el cual, el número de días trabajados para el hacendado determinaba la extensión de tierras que se otorgaba al colono. El trabajo mínimo para cualquier terreno era de diez horas diarias, tres veces a la semana, lo que se consideraba como para un cuarto de persona; se requería el trabajo de seis días para una cantidad de tierra como para media persona, y para una persona completa se requería de doce días de trabajo por semana; obviamente que, para cubrir estas cuotas, se necesitaba del trabajo de varios miembros de la familia y, posiblemente, aun del de otros labradores contratados, porque una buena parte de las 120 familias de la propiedad no disponían de sayañas. Puesto que el trabajo era tan vital en la propiedad, para la sobrevivencia de una familia y la extensión de tierra que esta podía poseer, los hombres estaban más estrechamente ligados a la tierra que las menos productivas mujeres, y estas tenían mejores oportunidades de emigrar a las ciudades que sus hijos o esposos.

Considerando todo esto, Taraco fue muy excepcional, especialmente por las únicas fuentes no agrícolas de trabajo disponible para los colonos (la pesca y el contrabando). Pero, a pesar de esto y de la excepcional fertilidad de su suelo, la situación de los colonos realmente era desesperada

y, en el decenio de 1950, se calculó que solo el 8% de la población de la hacienda podría llegar a la edad de 60 años.[15]

Tanto Ingavi como Taraco representaban la vida y el punto de vista general de la mayoría de los bolivianos en 1930. Ligados a la tierra por la necesidad de existir y la falta de oportunidades económicas, viviendo en un nivel de escasa subsistencia y empleando una tecnología anticuada en la agricultura, los indios colonos bolivianos formaban una nación sofocada y retrasada dentro de otra nación. Por la inmovilidad social y económica, excepto para unos pocos; por el estilo de sus vestimentas, su lenguaje y sus hábitos, se hizo de ellos una raza menospreciada, y las masas de aymaras y quechuas fueron explotadas, en la forma más despiadada, por una minoría de blancos y cholos que formaban la élite de habla española de la nación. La existencia de estas dos «naciones», la excesiva dependencia de un solo producto de exportación, y la abrumadora concentración de la población económicamente activa en una agricultura insuficiente, hacían de Bolivia, en la víspera de la guerra del Chaco, una nación incondicionalmente atrasada y subdesarrollada.

No solamente Bolivia, en 1930, era una nación económica y socialmente atrasada, sino que su estructura política también mostraba un marcado rezago. A pesar de su apariencia constitucional de gobierno democrático representativo, Bolivia, pese a todas las intenciones y propósitos, era una oligarquía. De una población total que se acercaba, en 1930, a los 2.000.000 de habitantes,[16] solamente 300.000 a 400.000 personas alfabetizadas[17] podían llamarse a sí mismos ciudadanos con derecho a voto, y de esta pequeña minoría solo unos cuantos centenares controlaban las fuentes del poder político. Hacendados, propietarios de minas, unos pocos industriales y sobresalientes comerciantes, más su séquito legal, formaban una oligarquía consciente de sí misma, o *rosca* (como fueron calificados más tarde por los radicales), la que dirigía la vida socioeconómica y política de la nación. Unidos por lazos de matrimonio, con la posesión común de propiedades, miembros del mismo club y educados en las mismas y pocas escuelas, estas familias principales dominaban la dirección de todos los grandes partidos y controlaban las posiciones clave en la administración de la burocracia gubernamental. A pesar de los varios cambios de fortuna,

15 Flores, 1955, pp. 209-229.

16 Este es un cálculo aproximado que se obtiene, dividiendo las diferencias entre el censo de 1900, que da 200.000 alfabetos, y el de 1950, que da 530.000. Averanga Mollinedo, 1956, pp. 99-101.

17 *Ibid*., p. 14.

comunes en cualquier economía de mercado libre, la oligarquía demostraba sorprendente estabilidad y, generalmente, era capaz de mantener no solo su poder político, sino también su liderazgo económico.

Pero la oligarquía no podía gobernar por sí sola a la nación, y su poder político dependía de la constante expansión del número de la clase media urbana. Formada por profesionales, comerciantes y artesanos, empleados de cuello blanco y empleados públicos, además del sector de oficiales del ejército, esta clase media cada vez más consciente de sí misma, en la sociedad boliviana, formaba la base esencial sobre la que descansaban las instituciones políticas y económicas, porque eran esos grupos los que proporcionaban los votos y la clase alfabetizada que mantenía en vigencia el sistema, y si esta base desapareciera, el sistema oligárquico también desaparecería con ella.[18]

Antes de 1932, esta clase media había estado subordinada a los intereses de la oligarquía, que equiparaba con sus propios intereses, y brindaba a la oligarquía su esencial obediencia y apoyo político. Pero, con el impacto de la guerra del Chaco, se revelaría una divergencia de intereses entre ella y ese histórico liderazgo, lo que también la llevaría a reevaluar su relación con las 300.000 personas que formaban la fuerza laboral de Bolivia, aquella que había establecido la base de la parte industrializada y urbana de la nación.[19]

En la iniciación de la guerra, sin embargo, nada de esta futura desunión entre las clases gobernantes y activamente políticas de la nación era aún visible ni perceptible. El anuncio de Salamanca, a principios de agosto de 1932, de una virtual guerra, provocó paroxismo patriótico y protestas de sincera unidad y apoyo de todas las clases letradas de la nación. Al declarar, en la apertura de las sesiones del nuevo Congreso, en ese mes de agosto, que Bolivia rehusaba abandonar sus conquistas, Salamanca provocó la inmediata suspensión de los esfuerzos de mediación y el Paraguay reaccionó decretando la movilización general y ordenando operaciones militares en gran escala, lo que precipitó a ambos bandos hacia la guerra total en el Chaco.[20]

---

18 Para una definición general del concepto de clase media o sectores medios aplicables a la América Latina, véase Johnson, 1958.

19 Este es un cálculo de trabajadores y sus familias, basado en las cifras suministradas por Capriles y Arduz, 1941, pp. 18-21.

20 Díaz Machicao, 1955b, pp. 102-104. En la sesión del 6 de agosto, el Congreso respaldó completamente, no solo todas las acciones del presidente, desde su última asamblea en mayo, sino que formalmente le presentó un voto de confianza sobre su política internacional.

Aunque la guerra trajo consigo una aparente unidad de pensamiento, por la justísima actitud de Bolivia, por parte de la opinión pública, Salamanca continuó agitando, con su usual ineptitud política, las viejas disputas políticas, y, a pesar de las demandas universales de unidad nacional o gobierno de coalición nacional (es decir, de todos los partidos), Salamanca decidió, desde el principio, que la situación de la guerra le daba todo el derecho de gobernar solo y le permitía aun despojarse de las obligaciones y concesiones que se había visto obligado a contraer con los liberales.

En línea con este nuevo sentido de libertad, Salamanca llamó nuevamente a ser parte del gobierno a Canelas. En julio creó una comisión asesora especial, en asuntos financieros de la guerra, para el Ministerio de Hacienda, y nombró a Demetrio Canelas jefe de esa comisión.[21] De esta manera, unos pocos meses después de su expulsión, Canelas, para disgusto de los liberales, estaba nuevamente en el Ministerio de Hacienda. Tampoco Canelas había hecho algo para hacerse apreciar por los liberales, pues, desde las columnas de su periódico, *La Patria,* de Oruro, los había atacado brutalmente, por su expulsión del Gabinete y la oposición a sus programas económicos. El 27 de agosto, los liberales se reunieron en asamblea especial en La Paz y pidieron al gobierno organizar un Gabinete de coalición nacional y, simultáneamente, declararon que estaban abrogados todos sus compromisos con los genuinos, dejando a estos en libertad de acción, bajo las condiciones de la actual emergencia. También lograron la dimisión de dos liberales del Gabinete, porque el partido pidió su renuncia, para obligar al gobierno a organizar un Gabinete de amplia unidad nacional.[22]

Mientras tanto, Bautista Saavedra y su Partido Republicano Socialista, por medio de su periódico, *La República*, empezaron a atacar a Salamanca por la conducción de la guerra, casi desde el comienzo de las operaciones. Si bien el PRS, el 19 de julio, acordó una tregua transitoria en las batallas partidistas,[23] presionó duramente a Salamanca para una acción más dramática; y, en agudo contraste con la inicialmente prudente actitud del periódico de los genuinos, *La Razón*,[24] y del órgano de los liberales, *El*

21 *El Diario*, 20 de julio de 1939, p. 6.

22 Quiroga, 1932, pp. 1-2. Este manifiesto del partido también pedía un decreto de amnistía política.

23 *La República*, 20 de julio de 1932, p. 4.

24 Véase editoriales de *La Razón* del 9 y 14 de julio.

*Diario*, *La República* asumió un tono decididamente guerrista y demandó la inmediata y formal declaración de guerra contra los agresores.[25] El partido también demandó un decreto de amnistía general para los políticos tradicionales;[26] demanda que, posteriormente, fue secundada por los liberales.[27]

El gobierno demostró su respuesta a estas proposiciones, cuando el 2 de septiembre clausuró el periódico del Partido Liberal en Cochabamba, *El Tiempo*, por sus demandas de un Gabinete de coalición nacional y de un decreto de amnistía general política.[28] Sin embargo, el 5 de septiembre, Salamanca fue obligado a aceptar la renuncia de dos liberales de su Gabinete, Juan María Zalles y Alfredo H. Otero,[29] y así se precipitó una crisis de Gabinete de dos meses, de grandes proporciones, reanudándose las escaramuzas de una larga batalla entre Salamanca y los partidos tradicionales, contienda que creció más intensamente al recibirse las primeras noticias de desastres en el Chaco.

A principios de septiembre, el avance boliviano había sido casi completamente detenido y los paraguayos pudieron empezar su contraofensiva. El primer objetivo fue el antiguo fortín Boquerón, una pieza clave para su línea de defensa en el Chaco y ahora solo defendido por unos 600 soldados bolivianos. La batalla de Boquerón empezó el 9 de septiembre y terminó el 30 de ese mes.[30] A pesar de la naturaleza crucial de ese puesto y de la ineptitud inicial del asalto paraguayo, el alto mando del ejército parecía incapaz de hacer nada para evitar el cerco de esa posición o de enviar abastecimientos tan desesperadamente necesitados. Comenzando la guerra con solo 1500 soldados en el Chaco, las líneas de abastecimiento bolivianas, desde el lejano altiplano al Chaco, estaban en un estado primitivo y caótico, haciendo sumamente difícil el abastecimiento a las tropas, tanto de víveres como de municiones. Literalmente, tomaba dos meses el traslado de abastecimiento desde el altiplano, por tren, a Tarija, la terminal ferroviaria; de allí, por camiones, a Villamontes, al filo del Chaco, y de allí, hasta los distantes fortines. La falta de planeamiento,

25 *La República*, 22 de julio de 1932, p. 4.

26 *La República*, 27 de julio de 1932, p. 4.

27 *El Diario*, 3 de septiembre de 1932, p. 6.

28 *La República*, 2 de septiembre de 1932, p. 4.

29 *La República*, 7 de septiembre de 1932, p. 4.

30 Para mayores detalles sobre esta batalla, véase la narración personal del mayor Taborga, 1956.

recursos y experiencia del cuerpo de oficiales bolivianos también se manifestó rápidamente y, así, las tropas de Boquerón fueron dejadas a valerse por sus propios recursos para detener el pesado y bien coordinado ataque paraguayo.[31]

La reacción de Salamanca al cercado combate de Boquerón fue continuar rechazando los ofrecimientos de negociación de las naciones neutrales, insistiendo todavía en la retención de los fortines paraguayos que había ordenado capturar como represalia por la toma de laguna Chuquisaca. Salamanca agregó su propia ineptitud a la creciente desorganización del mando militar boliviano, invalidando o ignorando a su Estado Mayor General y tomando su rol constitucional como capitán general en forma activa, hasta el punto de ordenar y contraordenar a las tropas de primera línea por iniciativa propia, para gran disgusto y amargura de los oficiales superiores y de los altos mandos militares. Salamanca se ocupó poquísimo de los sentimientos o incluso de las opiniones de sus oficiales, puesto que él jamás había recibido mucho apoyo de la clase militar en sus largos años de político y, de hecho, los principales oficiales de primera línea habían estado íntimamente ligados con Siles y el anterior régimen. De esta manera, desde el comienzo se desarrolló un agudo conflicto en el mismo centro del comando boliviano, entre Salamanca, y su gobierno civil, y el Estado Mayor General boliviano, y sus mandos subordinados, y esta grieta no solo produjo un montón de comunicados incriminatorios y antagónicos, sino que, lo más importante, creó más confusión y encono entre los conductores de la guerra en el lado boliviano.[32]

Mientras Salamanca rehuía formar un Gabinete de coalición nacional, de acuerdo con el pedido de los partidos, trató de evitar las críticas pidiendo a dos notables políticos de la oposición a unirse a su Gabinete: el liberal Casto Rojas y el republicano socialista Juan Manuel Sainz. Sin embargo, desde que rehusara aceptar los dictados partidistas para esas elecciones para su Gabinete, los respectivos partidos obligaron a ambos políticos a rechazar las carteras propuestas.[33] Ante este desaire, Salamanca decidió continuar solo, con sus propios partidarios.[34] Pero el Congreso demostró su hostilidad al presidente, negándose a votar por la continuación del estado

31 Urioste, 1933, pp. 19 y ss.

32 Para el conflicto de los comandos, véase Zook, 1960, p. 84 y ss., y para la alineación política del cuerpo de oficiales, véase Urioste, 1933, p. 131. También véase Díaz Machicao, 1955b, p. 117 y ss.

33 *La República*, 16 de septiembre de 1932, p. 4; Quiroga, 1932, pp. 6-7.

34 *La República*, 21 de septiembre de 1932, p. 5.

de sitio. Sin embargo, el gobierno ignoró el voto y continuó la vigencia del estado de sitio, a pesar de su inconstitucionalidad.[35]

El 30 de septiembre, completamente rodeadas y bajo continuos bombardeos durante 23 días, las sitiadas fuerzas de Boquerón se rindieron. En los últimos días, el alto mando había discutido sobre la evacuación o la reanudación de un ataque al cerco paraguayo, y habiéndose decidido por lo último, esto selló la suerte de las fuerzas de Boquerón, a las cuales les faltaba alimentos, agua, municiones y otros abastecimientos esenciales.[36] En los primeros días de octubre, el público se informó de los acontecimientos de Boquerón y el impacto fue extraordinario. Ya se habían disipado los primeros días de ingenuo nacionalismo y patriotismo, y también se había disipado el sueño de la invencibilidad de los bolivianos y la debilidad de los paraguayos, y ante la fría realidad de la caída de Boquerón, nacieron las primeras dudas, los primeros horrores de una larga y costosa guerra.

El 4 de octubre, de acuerdo con una fuente antigubernamental, unas 20.000 personas se alborotaron en La Paz, atacando al periódico oficial del gobierno, *La Razón*, y demandando la renuncia de Salamanca y el regreso del general Hans Kundt.[37] El 6 de octubre, varios diputados presentaron una petición al gobierno pidiendo el regreso de Kundt, petición que fue respaldada por todo el Congreso el 8 de octubre; moción que fue

35 *La República*, 22 de septiembre de 1932, p. 8.

36 Para la Batalla de Boquerón, véase Zook, 1960, capítulo IV.

37 *La República*, 5 de octubre de 1932, p. 3. En 1911, Bolivia había contratado los servicios de una misión militar de entrenamiento en Alemania, para que se hiciera cargo de la reorganización del ejército nacional. El jefe de esta misión fue el mayor Hans Kundt, a quien se le dio el grado de coronel en el ejército de Bolivia y también sirvió como jefe del Estado Mayor General de 1911 a 1914. Otro miembro de esta misión fue el capitán Roehm, posteriormente famoso en la fundación del Partido Nacional Socialista de Alemania. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Kundt y la misión retornaron a Europa y Kundt sirvió con distinción en el frente ruso, ascendiendo al grado de general. En 1920, Kundt regresó a Bolivia como ciudadano particular, pero Saavedra contrató sus servicios, haciéndolo ciudadano boliviano y dándole el grado de general y su antiguo cargo de jefe del EMG; cargo en el que estuvo de 1921 a 1926 –un acto por el cual Saavedra fue enconadamente atacado por la oposición política y también por el cuerpo de oficiales. En 1926, Kundt tomó vacaciones para visitar Europa y más de 150 oficiales firmaron una petición pidiendo a Siles que evitara el regreso de Kundt al país. De esta manera, Kundt permaneció en el exterior y no fue sino hasta el incidente de Vanguardia y los consecuentes desaciertos del EMG que fue llamado al país a ocupar sus antiguas funciones, las cuales retuvo, hasta junio de 1930. En la revolución de ese mes, Kundt hizo todo lo que estaba a su alcance para impedir que el ejército se sumara a la revuelta, en apoyo del gobierno, por lo que se vio obligado a exiliarse, junto con Siles y Toro. Díaz Arguedas, 1957, pp. 326-329; Ostria Gutiérrez, 1944, pp. 59-60, 62.

expresada en apoyo del creciente clamor popular contra el gobierno y el alto mando.[38]

Ni a Salamanca ni a sus oficiales les agradaba la idea del regreso de Kundt, y Quintanilla, encolerizado, escribió al alto mando que:

> [...] ni el general Kundt ni nadie sería capaz de remediar la falta de efectivos, deficiencias en armamentos, municiones, medios de transporte para abastecimientos y, en general, innumerables deficiencias de organización que caracterizan la actual situación. Al pedir el retomo del general Kundt, expresamente se indica la falta de confianza en la capacidad del comando general.[39]

Sin embargo, Salamanca se aprovechó del clamor público para expulsar al general Osorio, como jefe del EMG, y remplazado por José L. Lanza, y el odiado Osorio fue enviado al frente.[40]

Los oficiales del ejército estaban llegando al punto de la hostilidad abierta hacia Salamanca y, aguijoneados por el astuto y políticamente ambicioso coronel David Toro, su principal ayudante, el general Quintanilla envió su famoso telegrama de protesta al gobierno. Este ardiente comunicado fue enviado, desde el frente de operaciones, el 8 de octubre, y a la letra dice:

> A nombre jefes y oficiales Cuarta y Séptima División y este Comando expresó al Gobierno lo siguiente: 1. Ejército combatiente sabe que único responsable situación actual es Gobierno, cuya actitud, propaganda guerrista contrastó con lentitud y falta previsión para dotar y organizar Ejército, con la anticipación que requería para responder esa política, habiendo por contrario desatendido las más premiosas necesidades del Ejército reduciéndole incluso efectivos. 2. *Presidente de la República* y *Gabinete obligaron al ejército iniciar operacio*nes *precipitadamente* y *a destiempo, con propósitos exclusivos obtener éxitos efectistas que respondían sólo fines de política interna.* 3. Presidente de la República asumió de hecho dirección operaciones coartando libertad Comando Militar que vióse obligado a supeditar sus exclusivas atribuciones para dar paso órdenes Gobierno. 4. Ejército hállase convencido que destitución Jefe de Estado Mayor General, en actuales momentos, constituye grave ofensa a su honor y dignidad ante propios y extraños, ya que expresa concretamente que la situación actual débese sólo a ineptitud Comando. 5. Vistas razones expuestas, ejército sigue reconociendo autoridad General Osorio y demás Comandos que no podrán ser cambiados, hállanse dispuestos desconocer órdenes Gobierno siempre que ellas afecten a puntos se indican. 6. Ejército créese capacitado para seguir defendiendo honor nacional en puesto deber, con fe inquebrantable en éxito final.[41]

---

38 Díaz Machicao, 1955b, pp. 139-140.

39 Arze Quiroga, 1952, p. 247.

40 Díaz Machicao, 1955b, p. 140.

41 Arze Quiroga, 1952, p. 248.

Esto significaba una abierta rebelión contra Salamanca. En su respuesta a Quintanilla, Salamanca, categóricamente, rechazó todas las acusaciones y demandó el cumplimiento de las órdenes para el cambio del comando o hacer frente a las consecuencias, mencionando especialmente razones de traición y rebelión frente al enemigo. El 10 de octubre, Quintanilla, confrontado por una vigorosa ala de oficiales prosalamanquistas, se echó para atrás y, consiguientemente, recibió órdenes para dejar su comando y regresar a La Paz.[42] Así, la primera chispa de discordia entre Salamanca y el alto mando se resolvió en favor del primero, y el coronel Lanza, sosegadamente, asumió las funciones transitorias de jefe del EMG, y el cuerpo de oficiales aceptó el cambio de comando.[43]

Pero esta fue solamente la primera sangría de las largas escaramuzas entre el presidente y su alto mando. El mismo Lanza demostró no ser tan flexible como su predecesor, y el 19 de octubre envió un memorándum a Salamanca, notificándole que, de acuerdo con los reglamentos, se debía nombrar un jefe de ejército en campaña, y puesto que nadie había sido nombrado para tal cargo, Lanza entendía que el propio presidente, por lo tanto, específicamente dirigiría las operaciones militares en su calidad de capitán general. En resumen, Lanza estaba desafiando a Salamanca para que, final y abiertamente, aceptara la realidad de su posición, ya sea tomando para sí el nombre y la abierta designación y responsabilidad como comandante militar supremo –una función que ya la estaba desempeñando sin el título– o dando ese cargo a un jefe militar, relegándose él a las funciones políticas y a los asuntos generales no militares, como lo estaba haciendo el presidente Ayala en el Paraguay. Lanza también solicitó una política bélica específica, es decir, si el presidente deseaba una acción ofensiva o defensiva, y si él mismo o el EMG debía iniciarla. En su manera habitual, Salamanca contestó a ese memorándum, el 22 de octubre, sosteniendo que él no había pensado en dirigir las operaciones militares y, al mismo tiempo, tampoco había pensado en nombrar un general en jefe.[44]

No solo Salamanca estaba constantemente haciendo frente a una abierta rebelión y desobediencia de sus comandantes militares, debido a su extrema política de interferencia personal y de dominación, sino que también se negaba a buscar el apoyo total, en un esfuerzo conjunto de

42 *Ibid*., pp. 248-250.

43 *Ibid*., pp. 250-255, correspondencia entre Toro y el EMG sobre el asunto.

44 *Ibid*., pp. 262-266.

todos los partidos políticos, lo que le llevaban a una constante lucha en el escenario de la política interna. El ofrecimiento de carteras ministeriales a republicano-socialistas y liberales tampoco tuvo éxito en las primeras semanas de octubre.[45] El 14 de octubre, Salamanca fue aún más lejos y aumentó sus ofrecimientos a los liberales para otorgarles dos carteras, a José Luis Tejada Sorzano y Casto Rojas, y, después de largas negociaciones, se organizó un tentativo Gabinete, solo para su derrumbe, cuando llegaron las noticias de la caída del fortín boliviano Arce en manos de las tropas paraguayas.[46]

Habiendo reorganizado sus fuerzas y retomado sus fortines perdidos, Paraguay inició una gran penetración en el territorio boliviano y desde el 8 de octubre procedió a flanquear a las fuerzas del coronel Peñaranda, en el fortín Arce, que, después de algunos combates, fue precipitadamente evacuado por los bolivianos, ante la cercanía de las tropas paraguayas, el 21 de octubre.[47] Esta fue una derrota a gran escala y las noticias del desastre, inmediatamente, rompieron las negociaciones para organizar el Gabinete y, en consecuencia, Salamanca formó su propio Gabinete compuesto por genuinos y por el archienemigo de los liberales, Demetrio Canelas, en el importante Ministerio de Gobierno.[48]

La reacción a esta actitud fue intensa y el Congreso, mostrando una coalición mayoritaria de republicano-socialistas y liberales, no solamente emitió un voto de censura a este nuevo Gabinete, sino que también demandó la organización de un Gabinete de coalición nacional en el término de 24 horas.[49] *La República* pidió incluso la renuncia de Salamanca.[50] La reacción del gobierno fue recurrir al recurso de la violencia de la chusma, y las multitudes empezaron a atacar el edificio del Parlamento, con tanta intensidad que el Congreso fue obligado a trasladar sus reuniones al edificio de la municipalidad de La Paz. También las casas de Montes y Bautista Saavedra fueron apedreadas. El gobierno, por supuesto, se negó a arrestar a nadie por estas acciones y echó la culpa de todo esto al sentimiento

45 Quiroga, 1932, pp. 7-11.

46 *Ibid*., pp. 12-17

47 Zook, 1960, pp. 102-106. El principal amotinamiento de las tropas bolivianas ocurrió en esta batalla, cuando se desbandaron cinco regimientos que se negaron a combatir. Urioste, 1940, p. 67.

48 Díaz Machicao, 1955b, pp. 144-145.

49 *La República*, 28 de octubre de 1932, p. 4.

50 *La República*, 27 de octubre de 1932, p. 4.

regionalista.[51] Montes refutó esto, acusando a Salamanca, el 4 de noviembre, de estar intentando organizar una dictadura e insistió en que organizara un Gabinete de conciliación nacional o renunciara Salamanca a su mandato.[52]

Durante los meses de noviembre y diciembre continuaron las luchas entre Salamanca y los dos principales partidos de la oposición, mientras el gobierno «descubría» complots revolucionarios que comprometían a notables políticos y desterraba a periodistas asociados con *El Diario* y *La República*, y encarcelaba a los dirigentes de los partidos políticos tradicionales.[53] Todo esto ocurría como adición a la política en marcha del gobierno, de destierros, encarcelamientos y disparos a los principales dirigentes obreros, agitadores pacifistas, izquierdistas e intelectuales marxistas, porque Salamanca, desde los primeros días del conflicto, no había escatimado en atacar a los pequeños movimientos radicales y obreros de Bolivia.

Casi inmediatamente después del estallido de la guerra, el gobierno había empezado a intervenir el movimiento obrero. Lo que había quedado de las FOT y FOL locales, en las principales ciudades de la república, fue finalmente destruido en noviembre de 1933, cuando el gobierno decretó el no reconocimiento de todos los sindicatos que no fueran solo mutualistas, con objetivos de beneficencia, esto es, al estilo de los sindicatos del siglo XIX, que no demandaban aumentos de salarios o mejores condiciones de trabajo ni provocaban huelgas, etcétera. Con el constante retiro, por exilio o reclutamiento, de los dirigentes obreros e izquierdistas, desde el comienzo de la contienda, Salamanca, finalmente, había realizado su deseo largamente acariciado de implantar la Ley de Defensa Social y, con la excusa de la guerra, había destruido temporalmente el movimiento obrero boliviano como organización estructurada.[54] Pero el continuo curso desastroso de la guerra, a pesar de todas las represiones, fue la principal dádiva para la izquierda boliviana y, a pesar de sus innumerables mártires, su voz al fin empezaba a oírse no solamente en el país, sino también en las primeras líneas de combate, a medida que las fuerzas bolivianas continuaban perdiendo terreno.

En diciembre de 1932, el general Hans Kundt fue solicitado por el Congreso y el pueblo boliviano para remplazar al gravemente desacreditado alto mando, así como a Salamanca; regresó de Europa para hacerse

51 Díaz Machicao, 1955b, pp. 145-147.

52 *El Diario*, 4 de noviembre de 1932, p. 4.

53 Díaz Machicao, 1955b, pp. 149-151.

54 Canelas, 1946, p. 77.

cargo de las funciones de comandante en jefe de los ejércitos bolivianos. La llegada de Kundt fue una derrota para Salamanca, en varios sentidos, porque Kundt se había mantenido firme, hasta el final, contra los genuinos, y siempre permaneció leal a Siles; además, en su contrato con el gobierno, demandó y obtuvo un completo e incondicional control sobre la institución militar boliviana, sobre la dirección inmediata de los esfuerzos de guerra e incluso sobre la política a largo plazo.[55] En resumen, Salamanca, finalmente, había sido obligado a abandonar su empecinado control sobre el ejército boliviano.

Pero Kundt no estaba preparado para el conflicto del Chaco y, pese a su generalato y larga experiencia boliviana, pronto demostró su inutilidad. Experto en organización, Kundt, para enero, pudo organizar un segundo ejército boliviano de campaña, reorganizando a las unidades destruidas o capturadas,[56] reequipando a las fuerzas bolivianas e infundiéndoles nuevo espíritu. Kundt decidió lanzar este reorganizado ejército a un ataque frontal para tomar la posición paraguaya de Nanawa, fortaleza excelentemente defendida y abastecida, aunque no de valor estratégico, como pensaba Kundt. Desde enero hasta julio de 1933, Kundt llevó a cabo mortales asaltos contra esas posiciones fortificadas, y mientras destruía en pedazos sus propias fuerzas,[57] las fuerzas paraguayas, en marzo, infligieron una severa derrota, en Toledo, a las mal conducidas fuerzas bolivianas. En la batalla de Toledo, se perdieron 2000 soldados bolivianos de los 3500 efectivos, y la tercera división, después de esta sangrienta derrota, tuvo que confrontar el amotinamiento de dos regimientos de infantería; amotinamiento supuestamente provocado por los izquierdistas y agitadores pacifistas.[58] El 4 de julio, Kundt hizo el último esfuerzo para tomar Nanawa y, de los 7000 soldados lanzados ese día contra las fortificaciones paraguayas, se perdieron 2000 hombres, sin que se lograran resultados tras este fantástico sacrificio.[59]

El desastre del 4 de julio, finalmente, puso fin a la mística de la invencibilidad de Kundt, y el encolerizado cuerpo de oficiales bolivianos empezó a criticar abiertamente al viejo general. Kundt, incluso, se vio

55 Urioste, 1940, p. 72.

56 Se calculó que, después de cuatro meses de guerra, Bolivia ya había perdido 2500 soldados, entre muertos, heridos y prisioneros. *La República*, 28 de octubre de 1932, p. 4.

57 Zook, 1960, capítulo v.

58 *Ibid*., pp. 130 y 132.

59 *Ibid*., p. 146.

obligado a retirar del comando a Toro, por la abierta hostilidad de este a la estrategia de Nanawa.[60] Ocurrió una transitoria calma en el frente, excepto a mediados de julio, cuando una operación de cerco de los paraguayos casi destruyó a la cuarta división, pero no fue sino hasta septiembre que los paraguayos volvieron a la ofensiva.

Esos importantes acontecimientos militares coincidieron con otros en el escenario de la política interna. En anticipación a las próximas elecciones de mayo de 1933, los liberales y republicanos socialistas –enemigos clásicos en los trece años anteriores de la historia política– finalmente reconocieron sus puntos de vista comunes de hostilidad contra Salamanca y, en febrero de 1933, firmaron un acuerdo de unidad electoral.[61] Sin embargo, las elecciones de mayo para el Congreso fueron precedidas por las clásicas líneas dictadas por el gobierno boliviano y, a pesar de todos sus predicamentos morales y la defensa de la Constitución, desde 1900 hasta 1930, Salamanca empleó todos los medios posibles para asegurar la victoria de sus partidarios y tuvo éxito en llenar el Congreso con genuinos y salamanquistas.[62]

Pero el dominio del Congreso no reducía las críticas al gobierno. En febrero, Bautista Saavedra llegó al punto más alto de sus ataques a Salamanca cuando publicó su famoso artículo «Sartor Resartor», en el cual denunciaba que Salamanca había sido solamente «legalista en la oposición porque no tenía la oportunidad de violar las leyes». Saavedra no solo negaba que Salamanca fuese estadista o un político moral, sino que afirmó que el «hombre símbolo» incluso había «perdido el sentido de la realidad. Ha vivido en un mundo de su exclusiva elaboración subjetiva, ajeno a los problemas más acuciosos de su país». Tampoco Saavedra midió sus palabras respecto a las causas de la guerra, que no tenía más de seis meses de vigencia, declarando que Salamanca, para «escapar a la tormenta política que amenazaba descargar sobre su cabeza, nos ha llevado a la guerra cruenta», y para colmo de males, «asume el título de capitán general, él, a quien la vista del uniforme militar le produce náuseas». Y, a pesar de su verdadero liderazgo en la conducción de la guerra, «no cree en su responsabilidad», y lanza la acusación «de los desastres, sobre los jefes militares».[63]

---

60 Toro, 1941, pp. 33-42; Díaz Machicao, 1955b, p. 179.

61 *El Diario*, 9 de febrero de 1933, p. 4.

62 Díaz Machicao, 1955b, p. 176.

63 *La República*, 3 de febrero de 1933, pp. 5-6. Este artículo fue ampliado, poco tiempo después, en forma de folleto de más de una docena de páginas y, en esa forma, tuvo amplia circulación en todo el país.

Si bien ese ataque fue el más intenso, y ampliamente discutido hasta la fecha, contra Salamanca, no fue el único, pues, en julio, el Partido Nacionalista agregó su voz de disensión, condenando a la política externa de Salamanca por no haber evitado la contienda armada en el Chaco.[64] Pero Salamanca continuó con la suya, a pesar de estos ataques, aunque, finalmente, llegó a su límite con Saavedra y su partido, y, en octubre de 1933, clausuró permanentemente *La República*.[65] Pero la inestabilidad del Gabinete y la hostilidad del Congreso siguieron, ininterrumpidamente, a medida que la situación de la guerra continuaba deteriorándose.

A principios de 1933, el siempre listo general paraguayo Estigarribia empezó su ofensiva guaraní y pronto capturó el fortín boliviano Campo Grande, junto con dos regimientos completos. A pesar de la oposición de Toro, y en general de los oficiales, el público se negaba a abandonar su única esperanza de victoria: Kundt, y el gobierno, a fines de septiembre, categóricamente rehusó remplazarlo. En noviembre, los paraguayos continuaron su lenta marcha y para principios de diciembre habían logrado un avance importante. En uno de esos movimientos de cerco, para los cuales los paraguayos ya tenían fama, el coronel Peñaranda tuvo éxito en liberarse a sí mismo y a 2500 de sus hombres, y el gobierno, desesperado aún por una pizca de buenas noticias, hizo de la retirada una gran victoria moral y de Peñaranda un «héroe», ascendiéndolo rápidamente en rango y posición.[66]

El 12 de diciembre, el gobierno, finalmente, había decidido que no podría soportar por más tiempo a su general alemán, altamente pagado, y nuevamente entregó el ejército a los oficiales bolivianos. En principio, se había decidido devolver el comando al competente Lanza, pero en su lugar se lo entregaron al «héroe» del momento, el general Enrique Peñaranda, de lento entendimiento, aunque leal oficial: sin embargo, el perspicaz Toro, quien, al principio de la guerra, había instigado la insurrección de Quintanilla, pronto se convirtió en la figura dominante del nuevo alto mando.[67]

64 Díaz Machicao, 1955b, p. 178.

65 *Ibid*., p. 191. En ese tiempo fueron clausurados por el gobierno tres periódicos: *La República*, *Acción* de Sucre y *La Crónica* de Cochabamba.

66 Zook, 1960, pp. 158-168.

67 *Ibid*., pp. 194-195.

Kundt, como jefe del ejército boliviano, había demostrado ser un desastre sin paralelo para la nación, y en un año de su dirección se habían movilizado unos 77.000 hombres, de los cuales 14.000 habían muerto en acción, 10.000 habían sido hechos prisioneros, 6000 eran desertores y 32.000, evacuados por enfermedad o heridos. Esto dejó un saldo de 7000 hombres en campaña (8000 estaban en servicios de retaguardia), penoso saldo del gran ejército que Kundt, tan laboriosamente, había organizado, y cuya moral estaba completamente aplastada.[68] En cuanto a la nación, la salida de Kundt trajo una amarga desilusión y una sensación de ineficacia total.

Poco después de que Peñaranda asumiera funciones, se efectuó un armisticio temporal que dio al comando boliviano un momento de alivio, en el cual, rápidamente, se organizó lo que vendría a llamarse el tercer ejército. Pero la tregua duró poco y, a principios de enero de 1934, se reanudó la ofensiva paraguaya.[69] Fortín tras fortín, fueron cayendo rápidamente ante el avance guaraní, y las desmoralizadas tropas bolivianas se rendían en masa, desertaban o se retiraban en el más absoluto caos. En febrero de 1934, el tenso gobierno desterró a su principal opositor, Bautista Saavedra, y, en marzo, trató de organizar un nuevo Gabinete, mientras Bolivia sufría una nueva gran derrota en cañada Tarija.[70] En abril, la abierta hostilidad hacia Salamanca llegó a su punto más álgido en el ejército, cuando los cadetes del Colegio Militar se amotinaron y demandaron el fin del gobierno, y solo con dificultad pudo restaurarse el orden y los cadetes regresaron a sus cuarteles. Esta hostilidad era manifiesta porque Salamanca, con el retiro de Kundt, nuevamente había vuelto a intervenir en las decisiones del comando, y las relaciones entre el Ejecutivo y alto mando rápidamente se deterioraron, volviendo a la antigua posición inarmónica y agresiva. A fines de abril de 1934, Salamanca precipitó un nuevo motivo de discordia, cuando anunció haber nombrado a un elemento civil como inspector del ejército, en la persona de Joaquín Espada. El coronel Óscar Moscoso, jefe de las tropas que habían tomado laguna Chuquisaca, y ahora jefe del EMG, protestó por esa medida y, por su insubordinación, fue remplazado por el coronel Felipe Rivera, causando así una profunda ruptura en el

68 Díaz Machicao, 1955b, p. 203.

69 Zook, 1960, pp. 170-174. Para la organización del tercer ejército, véase Díaz Arguedas, 1942, pp. 66-74.

70 Díaz Machicao, 1955b, pp. 205-207. De acuerdo con el historiador oficial del ejército, Julio Díaz Arguedas, el desastre de cañada Tarija se debió, en gran parte, a la propaganda comunista que tuvo éxito en influir en gran número de tropas para que se rindieran sin combatir. Díaz Arguedas, 1942, p. 92.

alto mando. Peñaranda, desde su cuartel general, protestó también por esa medida, pero Salamanca se negó a escucharlo. Sin embargo, había suficiente oposición en el cuerpo de oficiales, por lo que Espada no pudo asumir sus nuevas funciones, y la actitud de Salamanca para dominar absolutamente al ejército no tuvo efecto alguno.[71]

Para fines de abril, Peñaranda logró, finalmente, formar un nuevo ejército de 55.000 hombres, y en el mes de mayo detuvo, temporalmente, el avance de los paraguayos en la batalla de cañada Strongest. Esta batalla fue una de las pocas victorias del ejército boliviano, donde se tomó unos 1400 prisioneros paraguayos. Pero esta victoria fue transitoria. De junio en adelante, los paraguayos presionaron fuertemente el sector Ballivián, con la esperanza de lograr un nuevo avance sobre las nuevas líneas acortadas de defensa de las tropas bolivianas. En agosto, después de varios meses de operaciones de enconada resistencia, el coronel Toro envió un memorándum al gobierno, sugiriendo que se firmara la paz con los paraguayos, porque en ese momento las tropas bolivianas estaban en igualdad de condiciones, tanto moral como materialmente, con los paraguayos, y que Bolivia tenía suficiente número de prisioneros paraguayos, además de haberse detenido la ofensiva guaraní por varios meses, con la consiguiente desmoralización de las tropas enemigas.[72]

Pero antes de que el gobierno boliviano pudiese actuar con base en las sugerencias de Toro, fue roto el equilibrio, porque Estigarribia, después de varios meses de tentativas, había logrado encontrar un punto débil en las líneas bolivianas y, por allí, abrirse campo para su avance en profundidad. El 14 de agosto, los paraguayos rompieron las defensas bolivianas y avanzaron hacia Picuiba, iniciando una loca carrera hacia las partes altas del Chaco, lo que los condujo hasta las faldas de la cordillera de los Andes, en las cercanías de Carandaití, el 27 de agosto.[73] Con esta acción, los paraguayos no solamente habían roto la línea principal defensiva boliviana, sino que habían cambiado el cuadro general de las operaciones, porque ahora la guerra del Chaco, sin disfraces, tenía el objetivo de los yacimientos petrolíferos de Bolivia. Con todo el territorio disputado del Chaco en sus manos, y con las tropas bolivianas en franca retirada a Villamontes, en el mes de noviembre, los paraguayos controlaban ahora

71 Díaz Machicao, 1955b, pp. 208-210.

72 *Ibid*., pp. 214-215; Toro, 1941, pp. 76, 379-404 (esta última es una reimpresión total de este extraordinariamente sincero documento).

73 Zook, 1960, pp. 196-197.

un territorio que jamás habían reclamado ni en sus pronunciamientos más descabellados. Hasta entonces, el Chaco había constituido solamente una riqueza potencial, pero ahora la tenaz presión de esa pequeña nación vislumbraba grandes perspectivas sobre la posibilidad de ocupar ricos territorios petrolíferos en las faldas andinas de los departamentos bolivianos de Tarija, Chuquisaca y Santa Cruz.[74]

En medio de esta crisis, se produjo el clímax en la larga y enconada contienda entre Salamanca y el alto mando. En vista de las continuas retiradas, Salamanca empezó a demandar una reorganización del mando superior, con la remoción de Rivera y de su ayudante Rodríguez del EMG. A fines de septiembre, Salamanca se reunió con Peñaranda, en Tarija, y le demandó el cumplimiento de esos cambios, pero Peñaranda rechazó la demanda y, después de varios días de inútiles discusiones, el presidente regresó a La Paz.[75]

Entre tanto, aumentaba la tensión en el altiplano por la proximidad de las elecciones presidenciales fijadas para noviembre. Los dos principales candidatos eran el liberal Juan María Zalles y el genuino Franz Tamayo, este último respaldado por el gobierno. Los republicano-socialistas demandaron el regreso de su dirigente, Bautista Saavedra, y amenazaron con la abstención si este no regresaba al país. El asunto del retorno de Saavedra fue importante y, a pesar del dominio de los genuinos en el Congreso, los saavedristas lograron un voto de censura contra el ministro de Gobierno, Joaquín Espada. Este, obligado por la ley y por las costumbres, renunció a su cartera, pero pocos días después fue nombrado para el Ministerio de Hacienda, ya que él había sido uno de los más fieles salamanquistas y, prácticamente, había integrado todos los gabinetes desde 1931. Otro de los fervientes partidarios de Salamanca (entre los que figuraban Tamayo, Canelas, Luis Calvo y el cuñado de Salamanca, Rafael Ugarte, hombres que siempre formaban la base para los cambios de Gabinete en el gobierno de Salamanca), Ovidio Urioste remplazó a Canelas en la cartera de Gobierno.[76] Urioste, por propia confesión, era un convencido guerrista y antiejército, y su presencia en tal cargo exacerbó las relaciones políticas internas y ahondó el deterioro de las relaciones entre el ejército y el Ejecutivo.[77] El

74 *Ibid*., p. 192.

75 Díaz Arguedas, 1957, capítulo VII.

76 Díaz Machicao, 1955b, pp. 223, 230-231.

77 Urioste, 1940, pp. 167-169. Urioste abogaba por la creación de campos de concentración y el formal establecimiento de una dictadura. Muestra en este libro su más completo menosprecio por la oposición política a Salamanca y por todo el cuerpo de oficiales, ¡aunque sostiene que Salamanca realizó elecciones presidenciales libres!

11 de noviembre, la fórmula presidencial compuesta por Franz Tamayo y Rafael de Ugarte, y respaldada por el gobierno, salió victoriosa en las elecciones, aunque estas no resolvieron nada y la situación política interna continuó inalterable.[78]

Entre el 11 y 15 de noviembre, la última gran fortaleza, situada entre las líneas paraguayas y la estratégica posición de Villamontes, El Carmen, fue tomada por las fuerzas paraguayas; 4000 soldados bolivianos fueron capturados y 2000 muertos en la batalla, y toda la línea defensiva colapsó. La causa principal para esta derrota fue una expedición independiente conducida por el coronel Toro, que dejó a toda la línea defensiva boliviana fuera de equilibrio, exponiéndola a un ataque total, movimiento que aprovechó el Paraguay para tomar decisivas ventajas. Con la caída de El Carmen, las tropas bolivianas se retiraron de todo el frente, hasta el río Pilcomayo y Villamontes.[79]

Para Salamanca, El Carmen fue el golpe de gracia y decidió deshacerse de Peñaranda, así como de todo el personal del alto mando. El 25 de noviembre se trasladó a Villamontes, acompañado por Canelas, Ugarte y el general Lanza, para entrevistarse con Peñaranda. Anticipándose a las consecuencias de la visita de Salamanca, el coronel Toro y sus ayudantes se propusieron destruir cualquier acción gubernamental y convencieron a Peñaranda de que se rebele abiertamente. El 27 de noviembre, Salamanca se reunió con Peñaranda solo para ser informado de que el ejército lo tomaba como prisionero y le demandaba su renuncia. Los militares bolivianos no solamente amenazaron a Salamanca con violencia física, sino con firmar inmediatamente un armisticio con el Paraguay, si él rehusaba abandonar su mandato. No teniendo alternativas, y con todos los oficiales potencialmente leales sujetos al control de los rebeldes, y viéndose a sí mismo impotente en la fortaleza de Villamontes, Salamanca aceptó el ultimátum. El gobierno fue entregado al vicepresidente José Luis Tejada Sorzano, y los liberales, viendo la oportunidad de retomar el poder, avalaron ampliamente el nuevo estado de cosas, mientras toda la oposición política apoyaba la actitud del ejército. El 2 de diciembre, el ejército puso en libertad a Salamanca y el descorazonado y amargado anciano regresó a su ciudad nativa, donde falleció el 17 de junio de 1935.[80]

78 Díaz Machicao, 1955b, p. 234.

79 Zook, 1960, pp. 206-210.

80 Díaz Arguedas, 1957, p. 157 y ss.; Díaz Machicao, 1955b, pp. 235-242.

La caída de Salamanca y la consecuente retirada de las fuerzas bolivianas hasta las faldas andinas tuvieron efectos positivos en los esfuerzos bélicos de Bolivia. Se llegó a un compromiso, y el flexible y astuto Tejada Sorzano en el cargo, por la voluntad del cuerpo de oficiales, aceptó dócilmente que el ejército se hiciera completamente responsable de las operaciones militares a través del alto mando. También el gran avance de los paraguayos, en el último semestre de 1934, dejó a Bolivia en una posición excelentemente defensiva, cerca de sus líneas ferroviarias y de abastecimiento, y en un terreno familiar, al pie de las colinas, dejando a Estigarribia poco margen real de maniobra. Por otra parte, ahora, los paraguayos se encontraban fuera de su propio elemento y lejos de sus anteriormente fáciles fuentes de abastecimiento, todo lo contrario de lo que había ocurrido al principio de la guerra, y más aún, con su gobierno que estaba recurriendo a los últimos recursos para el gran esfuerzo de capturar la riqueza petrolífera de Bolivia.[81]

Tejada Sorzano era la persona indicada para el papel que ahora estaba llamado a desempeñar. Hábil economista y político, era también excelente administrador y dedicó todas sus energías a liberar el gran potencial de la riqueza y de los recursos humanos bolivianos para la defensa de Villamontes. Tejada Sorzano también logró la cohesión política interna que jamás había existido durante la guerra del Chaco. Invitó a Bautista Saavedra a la cartera del Ministerio de Defensa, y si bien el viejo caudillo declinó el ofrecimiento, el nuevo Gabinete tuvo una amplia base, al incluir a figuras salamanquistas, como David Alvéstegui, pero también a gente nueva, como Carlos Víctor Aramayo, uno de los barones del estaño, a quien se le dio la cartera de Hacienda, y como el joven intelectual, moderado izquierdista nacionalista, Enrique Baldivieso, al que se le ofreció el Ministerio de Instrucción Pública. Zalles y Tomás Manuel Elío también integraron el Gabinete, en reconocimiento a la importancia del Partido Liberal en el nuevo gobierno.[82]

El gobierno de Tejada Sorzano empezó el año iniciando conversaciones exploratorias de paz –previamente aprobadas por el ejército– y en enero aceptó, incondicionalmente, los términos de paz propuestos por la Liga de las Naciones. Sin embargo, los paraguayos, si bien habían empezado las conversaciones exploratorias, se negaron a comprometerse en ellas, pues sus fuerzas habían empezado a recuperarse de las derrotas

81 Zook, 1960, pp. 232-233.

82 Díaz Machicao, 1955b, pp. 245-246.

de Villamontes y a realizar nuevos avances. Como resultado de estos nuevos reveses, el desalentado Peñaranda presentó su renuncia, pero Tejada Sorzano se negó a aceptarla, y, entre tanto, Peñaranda confiaba más y más en una nueva figura militar, el joven oficial beniano, mayor Germán Busch, quien surgió como gran estratega y conductor de tropas en la batalla de Villamontes. En enero y febrero, los paraguayos habían ocupado los primeros campos petrolíferos de Bolivia y la mitad del departamento de Tarija había caído en sus manos, mientras giraban en torno a Villamontes y se extendían hacia el norte. Pero este movimiento hacia el norte y el oeste, dirigido hacia Tarija y Santa Cruz, no tendría éxito a menos que la fortaleza de Villamontes fuese tomada, por lo que, durante febrero y marzo, se desarrolló la gran batalla por Villamontes, llegando los paraguayos a un punto tan cercano que podían bombardear la ciudad. En abril, el alto mando paraguayo reconoció que su ataque a Villamontes había sido un fracaso y, aunque sus fuerzas aún avanzaban en Tarija, para mediados del mes una contraofensiva boliviana estaba en pleno desarrollo. Para fines de abril, todo el territorio de Tarija y Santa Cruz estaba libre de las tropas paraguayas y, para mayo, los campos petrolíferos nuevamente estaban en manos de los bolivianos, y las fuerzas bolivianas, otra vez, habían alcanzado las tierras bajas del Chaco.[83]

Entre tanto, los esfuerzos de paz del gobierno de Tejada Sorzano tuvieron impacto en Asunción y en la Argentina, principal aliada del Paraguay. Para ese entonces, Paraguay estaba económicamente casi exhausto y, si bien su veterano ejército probablemente podría defender indefinidamente el Chaco de una profunda penetración boliviana, jamás lograría invadir las colinas andinas, como acababan de indicar sus fracasados ataques a Villamontes. Así, en marzo, bajo la presión de la Liga de las Naciones y con el vigoroso apoyo de la Argentina, se estableció una Conferencia de Paz en Buenos Aires, con la asistencia de Bolivia, Paraguay, Chile, Perú, Uruguay y Estados Unidos. En abril, Tejada Sorzano se reunió con las personalidades más importantes de Bolivia para analizar las medidas de paz y, a principios de mayo, nombró a Bautista Saavedra y Tomás Manuel Elío miembros de la comisión de paz boliviana, pero el ultranacionalista Saavedra fue silenciosamente remplazado por Elío, como jefe, antes de que la delegación saliera de Bolivia. En su viaje a Buenos Aires, la comisión de paz sostuvo conferencias especiales con el ejército, y todas las partes acordaron términos de paz definitivos. El 27 de mayo todos los participantes

83 Zook, 1960, pp. 228-233.

de la conferencia llegaron a Buenos Aires y, bajo la dirección del canciller argentino y dominante figura en la alianza argentino-paraguaya, Saavedra Lamas, la Conferencia de Paz inició sus labores. La delegación boliviana, compuesta por Saavedra, Elío, Carlos Víctor Aramayo, Eduardo Diez de Medina y los militares, coroneles Rodríguez y Felipe Rivera, elaboró una serie completa de proposiciones de compromiso, aunque Saavedra siempre representaba la posición extremista de continuar con la guerra. Después de muchas negociaciones, se arribó a unos términos razonables y realistas, firmándose un protocolo de armisticio el 9 de junio. El armisticio comenzó el 14 de junio de 1935.[84]

Después de tres años de sangrientos combates, la guerra del Chaco había llegado a su fin, con la derrota de la nación boliviana y el Gran Chaco Boreal en manos del enemigo. Las pérdidas de vidas humanas de Bolivia fueron verdaderamente espantosas. ¡Cerca del 25 por ciento de la población, o sea más de 65.000 jóvenes habían muerto, desertado o muerto en cautividad, y en esta cifra no se incluía a los inválidos y heridos![85]

Aparte de las obvias deficiencias de la conducción militar y los abastecimientos, y de la desorientación sobre los objetivos finales, Bolivia fracasó debido a que su tipo de sociedad era incapaz de sostener una guerra extranjera. Para empezar, la masa del ejército estaba compuesta casi exclusivamente de indios aymaras y quechuas, la mayoría de los cuales eran colonos o siervos en las grandes propiedades, un grupo de casta al que la oligarquía terrateniente tenía en una condición de semiservilismo. Luchando a cientos de kilómetros de sus hogares, del altiplano y de los valles, en regiones áridas e inútiles, contra un pueblo homogéneo, que no tenía distinciones de casta, y conducidos por un cuerpo de oficiales incompetentes y totalmente desentrenados, los indios bolivianos demostraron su incapacidad de luchar y morir por su patria, o aun de comprender, en primer lugar, por qué estaban en el Chaco. Su presencia en el ejército tampoco fue un cambio para el mejoramiento de su propio estatus socioeconómico. Como todos los veteranos han informado, los sistemas de castas fueron rigurosamente mantenidos en el ejército boliviano, desde las posiciones de retaguardia hasta las primeras líneas del frente y aún más allá.

---

84 *Ibid*., pp. 233-241; Díaz Machicao, 1955b, pp. 259 y ss.; Diez de Medina, 1955, pp. 351-353.

85 Zook, 1960, p. 240. El desglose de estas cifras es como sigue: 52.397 muertos en acción; 10.000 desertores y 4264 muertos en cautiverio, de los 21.000 prisioneros tomados por los paraguayos.

Desde el comienzo de su ingreso al ejército, los indios bolivianos fueron segregados de los blancos y mestizos. Jesús Lara, por un tiempo sargento en la plaza de reclutamiento de Cochabamba, testificó el hecho de que, mientras los blancos y mestizos a menudo eran rechazados completamente del servicio militar con las excusas más mínimas, y cuando eran reclutados eran designados incapaces de prestar servicio en primera línea, los indios eran constantemente declarados aptos para servicios activos en primera línea.[86] Evidentemente, era tan universal la conscripción para los indígenas, que estos conformaron el principal grupo racial de la nación, así como fue completa su exclusión de los rangos de oficiales, ya que los soldados comunes de las primeras líneas eran únicamente indios, con unos pocos mestizos. Porfirio Díaz Machicao relata que él era el único blanco, como soldado raso, en toda su unidad, y esto se debía a que fue calificado como político indeseable –comunista– y a que las personas como él eran destinadas a primera línea, para ser cuidadosamente vigiladas por los oficiales.[87]

Otro civil blanco, Augusto Céspedes, que sirvió como suboficial, observó que «nosotros los blancos poseíamos ciertos privilegios de casta, conservados de la vida civil». Esto no significaba, solamente, el dominio de los blancos en los puestos de retaguardia –los famosos «emboscados»–, sino también aun para los blancos que iban al frente y que asumían «junto con los mestizos funciones de comando, a falta de oficiales de profesión».

> En momentos excepcionales, una especie de valor pedantesco se apoderaba de ciertos combatientes. En otros momentos [sin embargo] las costumbres de toda una vida se recuperaban groseramente, en la adquisición de pequeños privilegios y evasiones al deber, que se conseguían de acuerdo a la división de castas que no pudo borrar la campaña.[88]

De esta manera, aun en las líneas del frente, fue el indio quien hizo todo el trabajo y quien se arriesgó más. Fue el hombre de choque, el soldado raso de primera línea y el que ofrendó más que otros su vida por la nación. Y aunque había momentos transitorios de camaradería en este ejército de conscriptos de masas, entre algunos de los civiles blancos urbanos y mestizos con los indios rurales; esos momentos transitorios fueron siempre remplazados por la rigidez de las castas cuando el ardor de la batalla llegaba a su fin. Es así que los indios aymaras y quechuas de

86 Lara, 1938, pp. 10-12, 21 y ss.

87 Díaz Machicao, 1955c, p. 170 y ss.

88 Céspedes, 1956, pp. 136-137.

Bolivia jamás experimentaron una ruptura con su propio pasado socioeconómico, y cuando la guerra concluyó, fueron reintegrados con relativa facilidad al viejo orden, porque la guerra nada había significado para ellos sino aún más peligrosas formas de esclavitud que anteriormente no habían conocido.

Aislados de las otras clases, hablando sus propias lenguas y muriendo juntos por una causa inexplicable e inútil, no tenían oportunidad para ensanchar su horizonte o desafiar sus suposiciones. Todos los intentos de rebelión en las líneas del frente fueron inmediatamente reprimidos y, cuando llegó la paz, la abrumadora mayoría devolvió sus armas silenciosamente y reasumió su antiguo puesto en el sistema socioeconómico, sin protestar.

Pero la guerra tuvo profundos efectos en los civiles blancos y mestizos intelectuales que habían sido llevados al frente. Estos civiles fueron, por primera vez, lanzados a una sangrienta guerra, y como sucede prácticamente en cada conflicto de este tipo, donde el sacrificio carece de razón y no se logra resultados, nació entre estos hombres una nueva sensibilidad y un nuevo patrón de expectativas. La guerra del Chaco, especialmente al hacer patente la fantástica derrota y frustración, reveló a la nación todos sus notorios defectos, y ciertamente no hubo excepción en esta reacción, y produjo así su propia «generación del Chaco».

Como un veterano puntualizó, «el drama del Chaco abrió una amplia brecha en la conciencia. Las generaciones anteriores a 1932 hablan un lenguaje; y los que vienen después otro completamente diferente. Para aquellos que viven esta insostenible experiencia, hay una transmutación de… valores».[89] Los errores políticos y militares, la corrupción administrativa, el ausentismo y libertinaje de los plutócratas, causaron «la más poderosa vacilación en los que perdieron la fe. Un vasto territorio perdido, la siega de 50.000 vidas, la bancarrota de las instituciones y de los arreos del comando incubaron un sentimiento de frustración».[90]

La más inmediata liberación de este sentimiento de amargura y frustración fue un gran flujo de novelas de la realidad social que salieron a la luz en los primeros meses de la posguerra, que inundaron el escenario de la literatura boliviana y continuaron dominando la literatura nacional hasta bien entrado el próximo decenio. Las amargas novelas proletarias formaron el género de la novela del Chaco que dio lugar al surgimiento de un nuevo equipo de escritores e intelectuales nacionales, reavivó el

89 Diez de Medina, 1954, p. 342.

90 *Ibid*.

celo revolucionario en muchas figuras de preguerra, y dio a Bolivia una gran posición en la literatura continental.[91] Como señala el famoso crítico Fernando Diez de Medina, «esta literatura de guerra se concentra en el hecho vivo, en la verdad lacerante del proceso social. Es el anhelo vehemente por descubrir, precisar, profundizar lo propio: tierra, raza, hábitos, conflictos de clases, regiones y almas. La verdad, por amarga que sea».[92] En novela tras novela, la crueldad de la guerra, la sangre derramada, el hambre y la sed, la incompetencia, la traición y la cobardía, la corrupción, la decadencia de la retaguardia y la casta de oficiales, están en negrilla. La novela sobre la guerra del Chaco llevó a la élite literaria de la nación a una audaz y nueva perspectiva de la vida y a una experiencia fantásticamente íntima de la total frustración por el fracaso de la guerra. Como ninguna otra forma de ideología política o propaganda revolucionaria, el realismo de la novela sobre la guerra del Chaco tuvo un profundo impacto en los hombres de esa época y en las futuras generaciones de intelectuales de Bolivia, al hundir el análisis de la guerra, profundamente, en la conciencia de la nación.

Salvo en pocos casos, la novela sobre la guerra del Chaco describió la amargura de la existencia y aparentemente proporcionó pocas prescripciones para la reforma de la sociedad que había provocado esto. Pero la novela no fue el único área donde se expresó la frustración y la autoconciencia surgidas de la derrota. Para los blancos y cholos que podían escucharla, había una firme voz que durante toda la guerra les explicó la razón del inútil sacrificio y les mostró el camino para salvar algo de las arenas del Chaco. Esta, por supuesto, fue la voz de los antiguos izquierdistas radicales, que mantuvieron a través de la persecución, el martirio y exilio una notable actividad en la línea del frente, con propaganda antibélica y contra el viejo orden. Levantando sus viejos programas y lemas, denunciaron que la guerra era el último recurso de la oligarquía y del señorío imperialista, y que solamente una revolución social traería una nueva Bolivia. Y como a una derrota seguía otra, y la generación perdida de la guerra buscaba entender el porqué, esas voces fueron escuchadas con nueva claridad, por primera vez en algunos casos, por la mayoría letrada y analfabeta de Bolivia.

La filosofía radical de preguerra estuvo bien representada por Tristán Marof (Gustavo A. Navarro). Sin ambages, Marof fue la figura más conspicua de la vieja generación de los radicales de extrema izquierda, que combinó

91 *Ibid*., capítulo XIII; Guzmán, 1955, p. 109 y ss.; y Arana, 1963, especialmente capítulo v.

92 Diez de Medina, 1954, pp. 358-359.

la vigorosa corriente del marxismo europeo con el rico producto del indigenismo americano. En los primeros años del decenio de 1920, tanto en Bolivia como en Europa, Marof publicó novelas, folletos políticos y ensayos para propagar sus ideas, y, a mediados del mismo decenio, se había visto profundamente implicado en el escenario político interno de Bolivia como agitador y organizador de partidos. En 1927, el ya internacionalmente conocido Marof fue encarcelado por Siles, pero logró huir a la Argentina. Permaneció en suelo argentino y, a pesar de sus arrestos transitorios y destierros, en los próximos diez años, Marof mantuvo una activa vida revolucionaria y continuó fomentando el movimiento marxista en Bolivia desde el exterior. Al estallar la guerra, Marof se trasladó al norte argentino y, desde Jujuy y Tucumán, realizó una activa propaganda antibélica.[93] La principal actividad de Marof, en ese tiempo, fue la de fomentar las deserciones entre los soldados que eran enviados al frente, política apoyada por los anarquistas y por los llamados «comunistas nacionalistas».[94] Ovidio Urioste, que integró una comisión oficial para estudiar este problema, afirmó que Marof, Alipio Valencia Vega y otros, crearon «comités de desertores» para hacerse cargo de los que huían del frente y también para realizar activa propaganda en la frontera meridional, en Tarija y Tupiza, ciudades ferroviarias y centros de comunicaciones.[95] En esta actividad, los radicales lograron notable éxito, como indican los cálculos oficiales mínimos de 10.000 deserciones militares. Este grupo también intentó formular una clara ideología revolucionaria, en respuesta al problema de la generación de la guerra del Chaco.

Fue en respuesta a esta necesidad que Marof escribió su más importante obra y el análisis más completo que jamás se haya hecho sobre la sociedad boliviana. Escrita en 1934, *La tragedia del altiplano* constituye la mejor recapitulación de la interpretación radical izquierdista de Bolivia, en la preguerra, y el mejor análisis sociológico de esa sociedad, a la par del gran clásico de Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*; así como la obra de Arguedas sirvió para resumir la interpretación positivista de la realidad de la república, casi treinta años antes, la de Marof resume la interpretación nativa marxista-indigenista para la nueva generación.

Para Marof, Bolivia no era sino una colonia feudal de las potencias imperialistas, con poderes representados por los capitalistas mineros, pero, lo más importante, por la Standard Oil Company. Para él, los antiguos

93 Marof, 1934, p. 6, para ver su obra en tiempos de guerra.

94 Alexander, 1957, p. 214.

95 Urioste, 1940, pp. 108-110.

imperios de los incas y de Tiahuanacu habían sido las glorias más grandes de Bolivia y puso gran énfasis en su indigenismo y antihispanismo. Los conquistadores no habían traído nada, sino esclavitud y miseria, y el movimiento de independencia no hizo nada para cambiar esa situación. Solo en los minerales se encontró la riqueza nacional, y aun con esto jamás se benefició la nación, porque, primero, fue controlada por España, luego, por el capital anglo-chileno y, ahora, por los norteamericanos e intereses no bolivianos, tales como los de Patiño y Aramayo.[96] En cuanto a los indígenas, ellos perdieron su libertad y sus tierras, y, repitiendo las palabras de Mariátegui, el problema del indio era el problema de la propiedad de la tierra.[97] Pero, hasta ahora, los indios habían luchado solos, cargando el más intenso odio contra las castas superiores. A menos que una leal vanguardia revolucionaria de los trabajadores pudiera organizarse, argüía Marof, y los indios se convencieran de la habilidad de este nuevo grupo para destruir la vieja oligarquía y devolverles sus tierras, cualquier movimiento revolucionario encararía la posibilidad de ser destruido por las masas de indios ignorantes y pisoteados, que actuasen instigados por la vieja oligarquía.[98]

Marof niega la acusación de que su indigenismo sea meramente romántico[99] o racista, puesto que él cree en la capacidad y el potencial de las clases mestiza y chola,[100] y se concentra en el indio por la calidad de su grandeza pasada, su abrumadora mayoría y por el hecho de que el indio forma la casta oprimida más inferior en un sistema feudal que debe ser eliminado. Marof señala que para entender

> […] el profundo odio que se siente por el mestizo y el desprecio por el indio se debe buscarlos en las razones económicas. El blanco, como clase dominante, se ha reservado para sí todos los beneficios del poder, los negocios y las ventajas sociales. Es natural que vea en ellos a sus competidores naturales.[101]

Así, sostiene Marof que tanto Enrique Finot como Alcides Arguedas atacaron a los cholos por ser los causantes de todos los males en la historia

96 Marof, 1934, p. 29. NE: Klein insiste en «extranjerizar» a Patiño y Aramayo, dado que vivían en el extranjero y parecían ser más capitalistas europeos.

97 *Ibid*., p. 46.

98 *Ibid*., p. 53.

99 *Ibid*., pp. 58-61.

100 *Ibid*., pp. 62 y ss.

101 *Ibid*., p. 68.

boliviana, en lugar de atacar a la clase oligárquica, que desde la conquista empobreció el suelo y a los bolivianos para su propio beneficio,[102] y el mismo argumento, sostiene Marof, puede ser usado contra la gran mayoría que aún niega la validez y dignidad de los indios bolivianos.

En un argumento más que sofisticado, a favor de la nacionalización de las minas, Marof señala que el capital extranjero es algunas veces beneficioso para el Estado, si este es de una naturaleza económica avanzada, si los pueblos son de iniciativa independiente o si su producto es agrícola y requiere intensivo desarrollo, como ha ocurrido en la Argentina; pero en Bolivia, como en otros Estados mineros, las riquezas naturales fueron capturadas por los extranjeros y explotadas no en beneficio de la nación, la sociedad o su futuro, sino para el beneficio privado de los descubridores. En un país así, encumbrado por una inútil actitud de *laissez faire,* una burguesía industrial y mercantil no podría cristalizarse para competir con la iniciativa de los extranjeros. El enriquecimiento de los nativos no era una regla, sino la excepción. Las fuentes de producción, de manera incesante, fueron agotadas por el extranjero sin dejar huellas.[103] Pero

> […] toda la vida de Bolivia, presente y futura, reside en las minas. Su potencialidad como país o región depende de su desarrollo minero. Si las minas no existieran, Bolivia sería considerada en América como Liberia, Etiopía o Tibet, misteriosos países por sus leyendas y sus rebaños.[104]

Por esta razón, el Estado paralítico, empobrecido y vacío de sentido, seudodemocrático liberal, que actualmente controla Bolivia, debe ser transformado «en un poderoso Estado Socialista, controlado y tecnificado, que administre las minas y las explote en beneficio de los trabajadores».[105] En resumen, Marof nuevamente aboga por su código revolucionario social de «tierras al indio, minas al Estado».

Volviendo a las causas de la guerra del Chaco, Marof reitera la ya popular creencia de que las maquinaciones de la Standard Oil Company fueron las culpables, un tema expresado, por primera vez, en la prensa argentina, durante los primeros meses de la guerra, para explicar el ataque boliviano al Paraguay.[106] Con beneplácito, cita la sentencia de José Aguirre Gainsborg, según la cual, «el Partido Republicano Genuino,

102 *Ibid*., pp. 68-69.

103 *Ibid*., p. 111.

104 *Ibid*., p. 104.

105 *Ibid*., p. 111.

106 *Ibid*., pp. 160-161.

manchado con la sangre de miles de víctimas, pasó a la historia como 'genuino' representante del petróleo».[107] Sin embargo, Marof no habla demasiado de este asunto, y ve, más bien, la guerra en el contexto de los barones del estaño, los intereses de la Guggenheim, etcétera, a todos los cuales acusa de haber dirigido la política del gobierno boliviano.[108] No descuenta, como factor causal, la personalidad de Salamanca, el «hombre símbolo» de la casta feudal, quien, para salvar su gobierno y su clase, «no ha vacilado en precipitar a su país en la guerra». «Sin guerra, Salamanca habría sido derrocado por una ola popular que estaba creciendo, o por la casta militar, así como ocurrió con Siles».[109] Pero, al no ser capaz de solucionar la terrible situación económica, el desempleo y el hambre, lo único que se le ocurrió a esta «mente brillante» fue repetir su frase vana y vacía: «Debemos pisar firme en el Chaco».[110]

¿Por qué estaba combatiendo Bolivia en el Chaco?, se pregunta Marof. ¿Por el honor nacional como afirma el manifiesto de los intelectuales del 30 de julio de 1932? No. Luchó para obtener un puerto para el petróleo de la Standard Oil y para defender las cuatro millones de hectáreas de su dominio contra los intereses de la inglesa Royal Dutch Shell. «¡Nunca hubo una guerra tan estúpida y absurda como esta!».[111]

Pero Marof vio un gran potencial en la guerra, que podría convertirse en el instrumento de la destrucción del viejo régimen:

> La guerra del Chaco es la liquidación de la vieja Bolivia feudal y caciquista, a pesar de que hay coraje y decisión en los soldados, estudiantes y obreros; a pesar de la vanguardia proletaria, preparada y enérgica, que se levanta en medio de la pena y de la sangre.[112]

Una organización potencial era el Grupo Revolucionario Túpac Amaru, sostiene Marof, un grupo que, desde su exilio en la Argentina, desde 1927, había estado luchando para evitar la guerra y derrocar a la sociedad feudal. Ahora, señala Marof, este grupo estaba «luchando para transformar la guerra al servicio del imperialismo, en una revolución, de carácter social, que arrojara de la tierra boliviana cuatro siglos de esclavitud».[113]

---

107 *Ibid*., p. 134.

108 *Ibid*., pp. 157 y ss.

109 *Ibid*., p. 148.

110 *Ibid*., p. 159.

111 *Ibid*., p. 206

112 *Ibid*., p. 119.

113 *Ibid*., p. 213.

El Grupo Túpac Amaru, el más poderoso e importante de los grupos revolucionarios en el exilio, y con activos agentes en las líneas del frente, era solamente uno de los muchos grupos de exiliados. En Chile, bajo la dirección de José Antonio Arze, existía la Izquierda Boliviana, y en el Perú, los grupos Kollasuyo y Exiliados.[114] Sin embargo, la figura dominante era, incuestionablemente, Marof, el más grande revolucionario de la preguerra y, por breve tiempo, la principal figura de transición entre las generaciones izquierdistas de la pre y posguerra. Esto puede verse prontamente en los pronunciamientos y manifiestos del Grupo Túpac Amaru. Uno de tales vibrantes manifiestos, escrito en 1934, se hace eco de los más importantes principios del libro de Marof, definiendo a Bolivia como colonia feudal del imperialismo extranjero y llamando a una revolución social para derrocar a la oligarquía.[115] Luego, señala el manifiesto, que solo a través de la confraternización de los trabajadores y soldados en las líneas del frente sería posible lograr la gran revolución.[116] «La hora ha llegado para crear y formar una nueva Bolivia. La antigua será enterrada en la sangre del Chaco».[117] Este manifiesto, que fue distribuido en las primeras líneas, pedía el inmediato fin de la guerra; nacionalización de las minas; distribución de los latifundios a los soldados e indios; reconocimientos de todos los sindicatos de obreros y empleados, y de todos los consejos de soldados, y, finalmente, pedía un frente de todos para formar una República Obrero-Socialista.[118]

Este llamado a un frente de unidad, primariamente bajo la dirección de Marof, tuvo pronta respuesta del grupo Izquierda Boliviana, de Chile, y de los Exiliados del Perú. Como resultado, en diciembre de 1934 se realizó el Congreso de Córdoba, para formar un partido unido.[119] La consecuente organización del Partido Obrero Revolucionario (POR) fue de gran importancia en la historia de la izquierda boliviana, porque fue el primer partido revolucionario de la nueva era, y en los decenios posteriores, formaría parte de la vanguardia del movimiento revolucionario. Aunque en su fundación más parecía una confederación de grupos de exiliados para trabajar, bajo la dirección unida de Marof y del joven José Aguirre Gainsborg, recientemente

114 *Ibid*., p. 222.

115 Grupo Túpac Amaru, 1934, pp. 3-4.

116 *Ibid*., p. 4.

117 *Ibid*., p. 23.

118 *Ibid*., pp. 20 y 24.

119 Lora, 1960, pp. 29 y ss.

convertido al trotskismo,[120] que un partido con cuadros unidos e ideología coherente. Cada sector preservó mucho de su propia identidad y programa, aunque ahora estaban unidos bajo la dirección de Marof, para llevar a cabo una mayor agitación pacifista y revolucionaria entre las tropas, en los últimos meses de la guerra, una agitación que tuvo marcado efecto, como puede colegirse por el número de amotinamientos locales, deserciones y abyectas rendiciones –más de 20.000 bolivianos fueron capturados, muchos no por razones militares, y unos 10.000 desertaron de las filas del ejército para buscar refugio en la Argentina.

Pero el nuevo partido, al igual que sus antiguas contrapartes, era un pequeño asunto de intelectuales en el destierro, si bien su propaganda llegó a las líneas del frente y causó algún efecto, la causa más grande para el derrotismo y pacifismo de las tropas bolivianas fue la total estupidez y corrupción del gobierno y de los jefes de la casta de oficiales, que provocaron derrota tras derrota. Y no importan cuántos izquierdistas y obreros hayan sido ejecutados en el frente, porque, en tal situación, cualquier doctrina podría haber logrado impacto entre los soldados. No solamente existían esos grupos organizados de izquierdistas, sino muchos otros izquierdistas como Porfirio Díaz Machicao, Jesús Lara y centenares de obreros activistas marxistas, que estuvieron en las líneas del frente como soldados, y que, con sus propios métodos individuales desorganizados, no perdieron tiempo para explicar a las tropas las razones por las cuales combatían, estimulando su descontento y predicándoles un nuevo orden.[121] Mientras la frustración tomaba cuerpo, junto con una poderosa corriente pacifista, la única idea que parecía haber salido de las tropas fue la sostenida creencia de que toda la guerra era causada por la Standard Oil Company y que no era otra cosa que una aventura imperialista. Esta mitología de la guerra por el petróleo vino a ser universalmente aceptada por todos, sin considerar sus anteriores afiliaciones, y tendría un marcado efecto en el desarrollo político interno de posguerra.

Como Marof y sus partidarios habían percibido correctamente, la guerra del Chaco fue la causa principal para el derrumbe del orden tradicional. Para los bolivianos de cualquier posición, la completa derrota de las armas bolivianas, a pesar de la gran riqueza, potencial humano y

120 Aguirre Gainsborg, que había sido exiliado a Chile, en julio de 1932, se unió al Partido Comunista de Chile y participó en la división del partido entre trotskistas y estalinistas, y él se había unido a la Oposición de Izquierda, el ala trotskista, *ibid*., pp. 26-29.

121 Lara, 1938, p. 20 y ss.

recursos, indicaba que ocurría algo terriblemente erróneo en la sociedad boliviana. Los hombres que habían firmado el manifiesto de los intelectuales, en julio de 1932, por medio de la prensa, se dieron cuenta de las versiones alarmantes que circulaban en sentido de que Bolivia había tenido la iniciativa para precipitar la guerra; de las actividades clandestinas de la Standard Oil Company, en una burla total de la soberanía boliviana; de las deserciones, y de la estupidez y ebriedad del cuerpo de generales y oficiales bolivianos, incapaz de producir un cuadro medianamente eficiente o inteligente, como el de los paraguayos, a pesar del orgullo que habían demostrado en la preguerra, por la invencibilidad y educación del ejército.

Como en cualquier ejército, los hombres rezongan por la posición de las tropas de retaguardia, por la ineficiencia, corrupción y el favoritismo que se permite a los privilegiados, pero la desilusión de esos hombres se vuelve extremadamente peligrosa cuando, día tras día, sobrevienen las derrotas. Cuando la elaborada maquinaria militar se rompe con frecuencia, dejando a esos hombres morir de hambre o sed, o en desesperadas situaciones militares, las quejas de esos hombres los conduce a los amotinamientos, y el cinismo y el derrotismo remplaza los últimos vestigios de fe o patriotismo. El número de deserciones de oficiales de tropas fue verdaderamente extraordinario, y aunque el gobierno intentó procesar sumariamente a todo estos, no se consiguió nada por la ayuda de sus compañeros oficiales; y, una y otra vez, fueron suspendidos los procesos por cobardía, o demorados o archivados, de manera que ningún oficial fue convicto de tales delitos, por lo menos entre los oficiales regulares. Pero eso no ocurría con los reservistas civiles o las tropas comunes, y numerosos soldados rasos fueron fusilados por deserción o irregularidades menores, como una venganza espantosa.[122]

122 Urioste, 1940, pp. 201-202. Los oficiales regulares, en su mayoría, egresaron del Colegio Militar, notorio por sus deficientes normas militares; los estudiantes representaban generalmente a los hijos más estúpidos o indisciplinados de la clase media o de las encumbradas familias de mestizos. *Ibid*., p. 189. Urioste dice que muchos oficiales civiles de la reserva, que entraron en contacto con los oficiales del ejército, estaban sorprendidos por la ignorancia de aquellos aun en la geografía básica de la nación. *Ibid*., p. 203. El peculado y los latrocinios eran corrientes entre los oficiales y muchos comandos tenían champaña y mujeres, sin importarles lo que estaba ocurriendo en el frente. Las fiestas de cumpleaños eran ocasiones especiales para la orgía y Urioste narra una de esas fiestas, que incapacitó al mando, en medio de una de las principales batallas de Villamontes, en abril de 1935, además de las famosas orgías de Toro, durante las grandes derrotas de El Carmen y Picuiba. *Ibid*., pp. 191-196.

Amargado, como solo puede estar un ejército derrotado, compuesto por estudiantes y civiles intelectuales de la clase media que, por primera vez, tomaron íntimo contacto con las otras clases de la nación, y quienes, por primera vez, fueron llamados a sacrificarse por el orden existente, los veteranos que sobrevivieron en el Chaco probarían ser el caldo de fermentación del cual surgiría un nuevo orden político en Bolivia. Sin reposo, frente a un futuro incierto, ligados a sus compañeros soldados por un extraño espíritu de cuerpo, nacido en tres años de enconados combates, a millares de kilómetros de sus hogares, y aún más amargados por la inutilidad de su sacrificio, estos hombres constituirían el efecto más intranquilizante en el escenario de la política interna de los años por venir.

VII

# El gobierno transitorio de Tejada Sorzano

El derrocamiento de Salamanca, a pesar del hecho de haber sido el primer golpe de Estado exclusivamente militar desde 1880, aparentemente no tuvo implicaciones ni provocó grandes cambios en el clima político, puesto que el tradicional Partido Liberal regresaba al poder. Tejada Sorzano y los hombres que lo rodeaban eran políticos del viejo orden de preguerra, y muchos de los saavedristas, liberales y nacionalistas admitían la creencia de que estaban dando fin únicamente al régimen de Salamanca y su camarilla. Pero fue otra la realidad del periodo de posguerra, pues el regreso de los políticos de preguerra fue solo por un periodo transitorio antes de que se completara el derrumbe total del sistema político tradicional. Un periodo de calma, antes de la inevitable tormenta, reflejaba más la preocupación y desorganización inicial de las nuevas fuerzas políticas de posguerra, que lo que hacían las fuerzas de los modelos tradicionales. En tanto que el ejército estaba ocupado en concluir la guerra, llevando a cabo las etapas iniciales de la desmovilización y de la paz, y en tanto que los veteranos regresaban a sus casas y los intelectuales estaban aún agrupando y consolidando sus fuerzas, los dirigentes de preguerra estaban tranquilos con la pretensión de su antiguo poder. Una vez que hubieran concluido esos periodos de concentración y consolidación, esos mismos políticos se desilusionarían rápidamente de esta pretensión.

Para las nuevas fuerzas emergentes, y eventualmente para los viejos grupos políticos, la permanencia del neutral Tejada Sorzano en la presidencia era una medida provisional necesaria, hasta que las nuevas realidades de la situación pudieran desarrollarse completamente. En consecuencia, el 28 de febrero de 1935, el Congreso, con el acuerdo de todos los partidos tradicionales, prorrogó el mandato presidencial, que

Tejada Sorzano había completado por Salamanca, hasta el siguiente mes de agosto.[1] En los meses que siguieron, el gobierno de Tejada Sorzano se concentró en las propuestas de paz y, posteriormente, en la firma y ejecución del tratado de paz. La calma de la política interna, sin embargo, fue finalmente rota con el regreso de la paz y la proximidad del término del periodo de la prórroga presidencial.

En julio, después de crecientes ajetreos en los partidos políticos para elegir candidatos presidenciales, el alto mando del ejército solicitó que Tejada Sorzano continuara en el mando hasta la conclusión definitiva del establecimiento de la paz, que ya estaba en ejecución, y, por lo tanto, pidió a Tejada Sorzano continuar en la presidencia hasta más allá de agosto.[2] Pero los partidos políticos tradicionales rehusaron ver el evidente poder del ejército y su nuevo papel como árbitro final de la política nacional, y continuaron sus negociaciones y ajetreos para determinar el asunto de la sucesión presidencial. Por su parte, la desacreditada mayoría parlamentaria de los genuinos trató de instalar en el gobierno la fórmula Tamayo-Ugarte que había sido elegida en las elecciones de 1934. Los saavedristas demandaron la completa renovación del Congreso, dominado por los salamanquistas, y pidieron nuevas elecciones presidenciales y parlamentarias, en tanto que los liberales y el pequeño Partido Nacionalista presionaban por la continuación del régimen de Tejada Sorzano.[3]

Aunque Tejada Sorzano había aceptado el pedido del ejército para continuar con su régimen,[4] y los movimientos laborales y estudiantiles, en sus etapas iniciales de reorganización, lo respaldaban completamente,[5] muchos políticos de la vieja línea continuaban oponiéndose. La mayoría de esos hombres se negaban aún a reconocer la nueva realidad e intentaron tratar el problema de la sucesión presidencial a la manera antigua, tomando en cuenta únicamente sus propios intereses interpartidistas. Los cuatro partidos tradicionales continuaron discutiendo este problema todo el mes de julio, y los dos partidos republicanos se opusieron abiertamente a la fórmula de prórroga. En respuesta a estas tácticas dilatorias, el 27 de julio hubo una gigantesca manifestación en La Paz, de unas 30.000 personas,

1 Díaz Machicao, 1955b, pp. 355-356.

2 *El Diario*, 5 de julio de 1935, p. 5.

3 *Ibid*.

4 *El Diario*, 7 de julio de 1935, p. 5.

5 *El Diario*, 18 de julio de 1935, p. 5.

en apoyo de la prórroga.[6] Ese mismo día, ignorando la manifestación y el respaldo del ejército, el Partido Republicano Socialista anunció su completo desacuerdo y retiró del Gabinete a sus dos ministros,[7] quienes, prontamente, fueron remplazados por dos oficiales militares.[8]

Finalmente, se pidió a los liberales que emplearan la amenaza de que el ejército se haría cargo militarmente del gobierno, para obligar a que los partidos llegaran a un compromiso de acuerdo. El 3 de agosto, el periódico liberal *El Diario* advirtió que, si los partidos políticos no llegaban a un rápido acuerdo sobre la forma de gobierno de posguerra, el país pronto se encontraría bajo una dictadura militar. «No es que auspiciemos esta solución», declaraba *El Diario*, «sino que simplemente la vemos venir», y advertía que «si los civiles son incapaces de ordenar sus ideas, el ejército vendrá a imponer por lo menos el orden».[9]

Bajo esta amenaza, los republicanos, que dominaban el Congreso, finalmente aceptaron lo inevitable al día siguiente, y el gobierno de Tejada Sorzano continuó por otro año, hasta el 5 de agosto de 1936.[10]

Sin embargo, los republicanos se negaron a la reconciliación, porque tenían esperanzas de aprovechar el colapso de sus principales opositores, los genuinos, para un regreso político al poder en gran escala. A mediados de agosto, Saavedra renunció a su cargo en la comisión de paz, en Buenos Aires, y regresó a Bolivia.[11] Y si bien sostuvo conversaciones de reconciliación con Tejada Sorzano, no se llegó a ningún resultado;[12] el gobierno, por lo tanto, se vio solo con el apoyo de los liberales, los nacionalistas y unos pocos genuinos disidentes.[13] Mientras esta solución ponía fin a la tensión política sobre el problema de la sucesión, la nación misma comenzó a experimentar una profunda agitación política, como nunca antes en su historia; agitación que aun el gobierno atento de Tejada Sorzano no tardaría en experimentar.

Algo del temperamento político, que estaba fomentando la agitación, fue gráficamente ilustrado cuando la nación supo la muerte de Daniel Salamanca en Cochabamba, el 17 de julio de 1935. La reacción ante esa

---

6 *El Diario*, 28 de julio de 1935, p. 5.

7 *Ibid*., p. 8.

8 *El Diario*, 6 de agosto de 1935, p. 5.

9 *El Diario*, 3 de agosto de 1935, p. 4.

10 *El Diario*, 6 de agosto de 1935, p. 5.

11 *El Diario*, 16 de agosto de 1935, p. 4.

12 *El Diario*, 27 de agosto de 1935, p. 5, y 30 de agosto de 1935, p. 4.

13 *El Diario*, 31 de agosto de 1935, p. 5.

noticia fue, probablemente, mejor resumida por *El Diario*, otrora su vigoroso defensor, cuando publicó:

> Ha dejado el mundo la figura más singular, si cabe, del escenario político boliviano. El hombre a quien le cupo admitir una guerra, que pudo muy bien haberla conjurado, ha desaparecido casi simultáneamente al acontecimiento promisorio de la paz […]
>
> Deja el señor Salamanca a la nación, la terrible herencia de una hecatombe en cuyo proceso intervino directamente. Sobre su tumba, que bañarán las lágrimas del fanatismo que supo despertar en sus adeptos, no habrá tal vez la ofrenda de ninguna madre. La historia tendrá que pronunciarse sobre sus actos y mientras tanto, será muy difícil que nadie de los que han sufrido en la guerra, cultive su memoria.[14]

El amargo espíritu expresado en este editorial refleja la intensa hostilidad que sentía la nación por la conducción de la guerra y sus resultados infructuosos. Pero, aunque los partidos políticos tradicionales echaban toda la culpa del inútil conflicto a Salamanca y sus partidarios, la inquieta juventud de la nación empezó a cuestionar los fundamentos mismos de la sociedad que los había conducido a esa guerra.

El Chaco había abierto un abismo entre generaciones y había destruido la autoridad del liderazgo tradicional. Habiendo experimentado el «fermento del Chaco», como lo calificó un veterano,[15] tanto la joven oficialidad como los civiles, profesionales y estudiantes universitarios, intelectuales y elementos de la clase media, todos rechazaban las viejas formas del antiguo liderato y estaban ocupados en una confusa pero determinada búsqueda de nuevos modelos a seguir. Disgustados con los partidos políticos de la preguerra, dieron concreta expresión a su inconformidad y deseo de cambios, organizando nuevos movimientos políticos no contaminados por viejos lazos a los partidos tradicionales. Con esta deserción a gran escala de los partidos de preguerra inició un periodo de extremo flujo en la vida política boliviana, porque se destruyó la base de la clase media y de la juventud intelectual-profesional, sobre la que los viejos partidos se habían apoyado firmemente.

Las primeras manifestaciones públicas de este nuevo vital desarrollo empezaron a surgir en el invierno de 1935, cuando el retorno de los veteranos de guerra insufló gran energía a la política de la izquierda. Casi de la noche a la mañana, la palabra «tradicional» vino a aceptarse como el término peyorativo estándar para describir a los partidos Republicano

---

14 *El Diario*, 18 de julio de 1935, p. 5.

15 Céspedes, 1956, p. 143.

y Liberal, y, entre ellos, la izquierda radical marxista-indigenista de la preguerra aparecía ahora como un nuevo y moderado movimiento izquierdista que no había existido en el espectro político del pre-Chaco en Bolivia. Las energías, antiguamente empleadas para afianzar a los partidos tradicionales, ahora se volcaban hacia la formación de innumerables clubes «socialistas» y grupos políticos y, de la noche a la mañana, empezó a surgir una hueste de nuevos hombres para dominar el escenario político.

A principios de julio de 1935, circularon noticias de la creación de una organización política de jóvenes intelectuales radicales, que se denominaba Beta Gama (las letras griegas que significaban Bolivia Grande o la nueva ideología de Bolivia). Aunque no particularmente radical en sus proposiciones iniciales de reforma,[16] el nuevo grupo, sin embargo, representaba una consciente ruptura con el pasado. Este grupo acusó a los partidos tradicionales de ser responsables de la guerra y negó tener cualquier conexión con ellos. También demandó una nueva voz para la juventud en el gobierno; para esa juventud que se había sacrificado en el Chaco.[17] Compuesto por elementos de la extrema izquierda y moderados, la mayoría de sus miembros eran hombres que, anteriormente, habían pertenecido a las filas de los partidos Republicano y Liberal. Si bien esta inquieta juventud aún era incapaz de formular claramente una ideología revolucionaria, estaba segura, sin embargo, de que algo debía cambiar y algo nuevo debía ser creado, y con esa convicción irrumpió, con gran dinamismo, en la vida política.

No fue Beta Gama el único de estos grupos que se había formado. En cada ciudad, grande o chica, de la república se estaban organizando innumerables partidos y clubes. En La Paz, estaban los grupos Henri Barbusse, Andes y Bolivia; en Cochabamba, el Grupo Izquierda; en Sucre, el Grupo Ariel; en Oruro, el Bloque Intelectual Obrero Avance, y en Potosí, un foco de radicalismo político, había varios grupos compuestos por estudiantes y obreros. Aunque la mayor parte de estas organizaciones no era otra cosa que reuniones de café, con efímera existencia, sin embargo, constituían el punto de arranque para un gran movimiento fuera del control de los viejos partidos.

Estas organizaciones daban a la juventud y a los intelectuales un sentido de su propia importancia y capacidad para el liderato, y ayudaban a fomentar una filosofía más sofisticada y una actitud política entre sus

16 Su programa operativo preliminar demandaba una reforma constitucional, apoyo a la prórroga, un gobierno de coalición nacional y la descentralización administrativa.

17 *El Diario*, 25 de julio de 1935, p. 5.

miembros. Crearon, en resumen, una nueva era de excitación, y un caótico despertar que dio una nueva dimensión a la política boliviana.

Uno de los pocos líderes tradicionales, apto para comprender este fermento revolucionario de los primeros meses de la posguerra, fue el astuto y viejo caudillo Bautista Saavedra. Como era tan impresionable con estas nuevas corrientes, realmente tuvo éxito en trasplantar su viejo partido al nuevo movimiento y, por un tiempo, aun fue aceptado como uno de los «nuevos» líderes de la era de posguerra. Reconociendo el caos prevaleciente, así como el fermento creativo, intentó llenar el vacío de liderazgo que existía, apelando a esos grupos con su Partido Republicano Socialista de preguerra, en un desesperado intento de tomar ventajas de la retirada en masa de la juventud de los partidos tradicionales, para retomar nuevamente el poder. A mediados de 1935, publicó un panfleto provocativamente intitulado «Dónde estamos y a dónde debemos ir». Saavedra, otrora el más guerrista de los viejos políticos, se hizo uno de los más pacifistas y antiguerristas.

En su manifiesto oficial del partido, señaló que «nos toca emprender, a quienes asistimos al epílogo doloroso de la tragedia del Chaco, la tarea de edificar una patria nueva», y, hablando de sí mismo y del partido, sostenía que «somos nosotros los únicos que podemos hablar al país con limpieza de corazón y con sinceridad de pensamiento, porque nos encontramos fuera de toda culpabilidad del desastre». Trató de responder «a las hondas inquietudes que agitan el alma boliviana» en esa trágica y confusa hora de necesidad. Saavedra reconoció que para llevar a cabo su programa de regeneración «nos es necesario el concurso de las juventudes, porque toda marcha hacia adelante requiere el auxilio de vanguardias despiertas como esforzadas». Saavedra también dijo que el llamado movimiento «socialista», en Bolivia, no tenía jefe ni organización, y que esto solo podría encontrarse en un partido establecido como el PRS.[18] Finalmente, el panfleto apelaba a la experiencia de la guerra como una fuente para el rejuvenecimiento nacional:

> […] sacudidos profundamente por la guerra, ella nos ha revelado que nada consistente existía en el país, que en cien años de vida autónoma no habíamos acumulado nada que pudiera habernos respaldado en la quiebra estrepitosa que hemos experimentado en el sudeste de la república. Todos los valores morales, institucionales, políticos, sobre los que creímos haber elevado el edificio de la nacionalidad, se han derrumbado, no quedándonos sino la tarea enorme de rehacer una otra nueva.[19]

---

18 Saavedra y Vásquez, 1935, pp. 1-4.

19 *Ibid*., p. 11.

Empleando mucho del mismo lenguaje de los viejos partidos de la izquierda, aunque sin contenido real, el manifiesto atacaba al liberalismo clásico, sindicándolo de haber fracasado, y aseveraba que era necesario analizar las cosas desde el punto de vista del materialismo histórico.[20] Por supuesto que señalaba cuidadosamente que el PRS era un partido de socialismo evolucionista, que trataba de cambiar todo mediante la educación del pueblo y, por lo tanto, aborrecía al comunismo y al ateísmo.[21]

En sus propuestas específicas demandaba una economía moderadamente dirigida; la diversificación de la producción nacional y un programa gradual de nacionalización de las minas y de la producción del petróleo; diversificación agrícola y protección al pequeño propietario de las garras de los latifundistas y de los bancos hipotecarios. En una declaración más que antiindigenista, proponía el estímulo de la inmigración de lo que calificaba como «razas vigorosas y progresivas. Cerrar las puertas de la república a chinos, negros».[22] Negaba la validez del sindicalismo revolucionario para Bolivia, pero abogaba por la sindicalización de todos los trabajadores según el modelo de la estructura corporativa italiana. El Partido Republicano inició la legislación social en 1923, señalaba el panfleto, y su sucesor, el PRS, demandaba la regulación de las horas de trabajo, los salarios, las pensiones, los accidentes y la seguridad.[23]

La continua ceguera sobre el problema indígena, como se revelaba en las proposiciones conservadoras de inmigración y tenencia de tierras, estaba especificada en el capítulo sobre los indios, que pedía solamente mayor educación y protección legal. La buena voluntad de la izquierda moderada para considerar la nacionalización de las minas y una avanzada legislación social para los obreros urbanos y de las minas, y su concurrente rechazo a discutir la situación de la tenencia de tierras era una de las principales características de los programas de izquierda, como lo evidenciaban, no solamente el del PRS, sino los de todos los partidos similares que le siguieron. De hecho, uno de los principales factores que distinguían a la izquierda moderada, que empezó a desarrollarse por primera vez en Bolivia, en 1935, de la extrema izquierda radical marxista, fue evitar hablar del candente problema de la tierra para el indio. Marof,

20 *Ibid*., p. 6.

21 *Ibid*., p. 10.

22 *Ibid*., pp. 13-18.

23 *Ibid*., pp. 21-22. También pedía la organización corporativa del Parlamento, *ibid*., p. 26; y mayor legislación para los veteranos, *ibid*., pp. 35-36.

Gainsborg, Anaya y Arze hablaban de las minas y los trabajadores, pero también abogaban por una revolucionaria reforma agraria y la abolición del sistema latifundista. Los movimientos de la izquierda moderada que, eventualmente, formaron la mayoría de los partidos del decenio de 1950, en el fondo eran sinceros antiindigenistas, y reflejaban los prejuicios de sus bases, los blancos urbanos y la clase media de mestizos.

De muchos modos, Saavedra había demostrado una notable comprensión de lo que la clase media boliviana deseaba y necesitaba en ese tiempo de crisis emocional, y durante toda su vida se mantuvo íntimamente ligado al movimiento de la izquierda moderada que la clase media fomentaba, sin importarle que elementos más avanzados o jóvenes trataran de expulsarlo de su posición, y sin importar tampoco cuántas veces revelara su falta de sinceridad de pensamiento y sus ansias de poder. Porque Saavedra hablaba en favor de la pequeña pero muy importante clase media de la sociedad boliviana, la antigua vértebra dorsal de los partidos tradicionales y el nuevo sector con fuerza política, en el nuevo estado de cosas. Dirigidos por patricios en los años anteriores a la guerra, ahora buscaban conducirse a sí mismos y dar expresión a sus propias necesidades y frustraciones en un partido de su propia estructura. En resumen, la guerra del Chaco había insuflado la rebelión política en la clase media y, en los años subsiguientes, su repudio a los viejos partidos de la oligarquía vería la destrucción de esos partidos, a medida que desaparecía su base y, al mismo tiempo, el surgimiento de nuevos partidos que, eventualmente, se solidificarían en una gran fuerza revolucionaria. En las elecciones de 1950, la clase media votaría para elegir a un presidente de las filas de la misma clase media.

Aunque el moderado movimiento izquierdista iba a prestar más y más atención a la recientemente poderosa extrema izquierda, representada por los intelectuales marxistas y los radicales del movimiento obrero, y aunque su programa, a través de los años, lentamente seguiría esa dirección, absorbiendo más y más elementos de la extrema izquierda, siempre sería la expresión de la despierta clase media, de los artesanos y trabajadores urbanos de cuello blanco, de los pequeños comerciantes y propietarios de minas, de los profesionales y de los empleados públicos, y de los estudiantes moderados, es decir, de los hombres que habían experimentado un verdadero despertar con la guerra del Chaco.

Junto con el crecimiento de un movimiento de izquierda moderado y otro de extrema izquierda, el retorno de los excombatientes también creó una poderosa asociación de veteranos de guerra. Rápidamente organizados en un potente grupo de presión, las organizaciones de veteranos

eran extrañamente apolíticas y demostraron ser agentes esencialmente pasivos en las grandes luchas políticas de la era de posguerra. Empeñados totalmente en una posición mutualista, los dirigentes del movimiento de veteranos lograron simpatizar con las nuevas fuerzas, aunque permanecieron, esencialmente, no comprometidos. Como fuerza política latente, con todo éxito resistió incorporarse al mundo político de posguerra, extrajo sus recompensas específicas de tradicionales, conservadores y radicales por igual, y prosperó con todos ellos.

El movimiento de veteranos se puso en marcha, por primera vez, de julio a agosto de 1935, cuando empezó la desmovilización boliviana de 100.000 soldados, de acuerdo con los términos del armisticio.[24] Para septiembre, los grupos locales de veteranos se habían organizado en todo el país y el movimiento muy pronto fue reconocido por el gobierno.[25] El 13 de septiembre, la recientemente organizada Legión de Excombatientes (LEC) de La Paz se entrevistó con el ministro de Guerra, para lograr arreglos especiales para aquellos oficiales de reserva que desearan permanecer en el ejército, y para los planes de pago y rehabilitación para los soldados mutilados e inválidos. El gobierno, en esa reunión, indicó su completa aceptación de los objetivos mutualistas y apolíticos de la LEC y prometió darles todo el apoyo que precisaran.[26]

Para fines de septiembre y principios de octubre, las organizaciones de excombatientes llegaron a tan avanzado estado de desarrollo, que pudieron organizar consejos departamentales y nacionales, y redactar sus estatutos, que presentaron al gobierno para su aprobación. El gobierno, rápidamente, otorgó el reconocimiento jurídico a la nueva entidad, que recibió trato preferencial de allí en adelante, en sus contactos con el Ejecutivo.[27] La clasificación de la organización de la LEC nacional establecía grupos locales en niveles de distritos y cantones, luego, en departamentos y, finalmente, en un Gran Directorio Central para la nación. La LEC, en su primer artículo, estipulaba que únicamente serían miembros de ella los combatientes, esto es, aquellos que habían estado en servicio en las líneas del frente, excluyendo a los soldados de retaguardia. Declaraba que sus objetivos eran:

24 *El Diario*, 1 de julio de 1935, p. 5.

25 Véase *El Diario*, 11 de septiembre de 1935, p. 2; 14 de septiembre de 1935, p. 5, y 29 de septiembre de 1935, p. 2.

26 *El Diario*, 14 de septiembre de 1935, p. 8.

27 *El Diario*, 3 de octubre de 1935, p. 5.

> […] protección y ayuda mutua entre los asociados; velar por la seguridad y bienestar de los excombatientes facilitándoles su reocupación; sugerir a los Poderes Públicos, la creación de leyes y reglamentos en beneficio de los excombatientes, mutilados y las familias de los que hubieran caído en la campaña y se encontraran en el desamparo.[28]

A pesar de sus declaraciones, en las que decían lo contrario, muchos vieron la creación de la LEC como una poderosa fuerza política que podría ser usada como núcleo para la creación de un nuevo sistema político. Así, durante todo su periodo de existencia, la LEC se vio constantemente forzada a reprimir los intentos internos que pretendían entregarla a un partido político organizado, y a rechazar las invitaciones de afuera, de hombres, grupos y partidos que pedían su apoyo. Una y otra vez se vio profundamente envuelta en maniobras políticas; en todo el decenio de 1930, su voz no fue ignorada por ningún político, pero todos los intentos de convertirla en partido político fracasaron, debido a la invulnerable resistencia de los dirigentes que rehusaron aceptar que los objetivos mutualistas de los excombatientes se sumergieran en las luchas políticas del día.

Este fermento político y de organización, que empezó en los primeros meses después del armisticio, pronto se extendió también a los mismos partidos tradicionales. Lo más importante, invadió a uno de los partidos tradicionales que más dependía de la generación joven, el Partido Nacionalista. En los primeros días de octubre, al mismo tiempo que la LEC se estaba organizando, se realizó en La Paz una convención nacional del Partido Nacionalista, de la que muchos observadores predijeron que sería el sonar de las campanas de muerte para el partido.[29]

El primer día de la convención, la dirección tradicional repasó orgullosamente la historia del partido y defendió sus acciones desde la caída de Siles. El presidente honorario, Rafael Taborga, quien había entregado la dirección activa del partido a José Tamayo, en 1932, pronunció el discurso de apertura para los delegados, en el cual sostuvo que la actitud de Salamanca había justificado las acciones del partido, cuando este apoyó el frustrado intento de prórroga de Siles. Reivindicando la previsión del partido, Taborga demandó: «¿No habría sido más conveniente aquel gobierno prorrogado [de Siles] que el gobierno de Salamanca, al que debe la Nación el derramamiento de sangre y el quebrantamiento económico más formidable que ha sufrido Bolivia desde su fundación?». El presidente

---

28 *El Diario*, 4 de octubre de 1935, pp. 7-8.

29 Véase predicciones de Baldivieso y José Tamayo en *El Diario*, 11 de septiembre de 1935, p. 5.

interino, Tamayo, intervino también para analizar las acciones del partido bajo su dirección, y señaló que este se había abstenido en las elecciones de 1933 y 1934, durante el régimen de Salamanca, pero que se había unido al gobierno de Tejada Sorzano, incondicionalmente, en el mes de noviembre del año anterior, y el partido había estado representado en el Gabinete por el exdirigente universitario Enrique Baldivieso.[30]

El segundo día de la convención, sin embargo, sonó una nueva nota cuando los elementos jóvenes, y más de izquierda, del partido presentaron una moción sorprendente para la disolución del partido y la creación de un nuevo partido revolucionario. Después de la intervención de varios oradores, incluido, entre ellos, Carlos Montenegro, Antonio Rico Toro, delegado de Cochabamba, tomó la palabra y en un discurso crucial anunció a la convención que el ala izquierdista del partido no podría adherirse por más tiempo a la vieja organización. «Hay dentro del partido», señaló, «dos tendencias claras, definitivas, fatalmente distinguidas…; la tendencia democrática individualista, el atomismo político, vale decir la derecha», y la izquierda que, en directa oposición a los ideales de la derecha, «aspira a crear un nuevo Estado socio-económico, proclama la necesidad de transformar integralmente la vida nacional desde sus órganos más importantes de dirección, hasta sus elementos más simples de contribución, vale decir, desde el poder público hasta el individuo». Dados estos antagonismos básicos e irreconciliables de la derecha y de la izquierda, dentro del partido, el último grupo anunció que había decidido retirarse del partido y dejar la convención a los derechistas.[31]

Entonces, en medio de un alboroto tumultuoso, la moción para disolver el partido fue secundada por el dirigente obrero Felipe Tovar, y la izquierda procedió a abandonar la convención, disolviendo, de esta manera, el viejo Partido Nacionalista. Más tarde, ese mismo día, los izquierdistas retornaron en masa al salón de la desierta convención y procedieron a organizarse en un nuevo grupo político que denominaron, transitoriamente, Célula Socialista Revolucionaria, con una junta directiva *ad hoc* compuesta por José Tamayo, Carlos Montenegro, Felipe Tovar y otros.[32]

Inmediatamente, la Célula empezó a presentar proposiciones a los nacientes grupos políticos que se estaban organizando. El grupo más importante al cual apelaron, por supuesto, fue la Legión de Excombatientes.

---

30 *La Razón*, 2 de octubre de 1935, pp. 4-5; *El Diario*, 2 de octubre de 1935, p. 5.

31 *El Diario*, 3 de octubre de 1935, p. 5.

32 *Ibid*.

Después de varias reuniones, la LEC indicó que la invitación a una cooperación política sería considerada por una asamblea general, y allí la idea fue rechazada, definitivamente, por ser contraria al apolitismo sostenido por la nueva organización.[33] La Célula Socialista Revolucionaria, sin embargo, encontró una mejor respuesta en los grupos juveniles de izquierda, que se estaban organizando en varias ciudades del país y, para fines de ese mes, se iniciaron conversaciones para formar un frente unido y una convención de izquierdas con los grupos Beta Gama, Andes y Bolivia.

Por propia iniciativa, Beta Gama inició conversaciones con el Grupo de Izquierda de Cochabamba, dirigido por Anaya y Arze, y que parecía ser la vieja Izquierda Boliviana que fuera organizada en el exilio, en Chile. Aunque este grupo había sido una de los organizaciones fundadoras del Partido Obrero Revolucionario, este último parecía que no había sido traído del exilio por los izquierdistas que retornaron al país, porque uno de sus principales dirigentes, José Aguirre Gainsborg, después de regresar a Bolivia, se había unido al grupo Beta Gama y no hizo ninguna mención del POR, mientras que Marof, su actual jefe, permaneció en el exilio, a pesar de haber terminado la guerra. Aparentemente, mientras el núcleo de marxistas mantenía la organización con una estructura en el extranjero, no se hizo ningún movimiento para llevar el partido a Bolivia, y muchos pensaron que había sido únicamente un grupo de coalición transitoria en tiempos de guerra.[34]

El 14 de octubre, Beta Gama y el Grupo de Izquierda firmaron un acuerdo para trabajar juntos, organizar un congreso de la juventud izquierdista y tratar de elaborar un programa ideológico unido.[35] Más tarde, en ese mismo mes, Beta Gama se reunió con la CSR y los grupos Andes y Bolivia (que acababan de organizarse en Partido Socialista Boliviano), para elaborar un plan de acción para la convocatoria al Congreso de la Juventud y trabajar para formar un frente unido de la izquierda.[36] A fines de ese mes se produjo la reorganización de la dirección de Beta Gama, con Luis Iturralde Chinel como secretario general, y el comité ejecutivo compuesto, entre otros, por Hernán Siles Zuazo, José Aguirre Gainsborg, Víctor Andrade y Julio Zuazo Cuenca.[37] Esta nueva dirección se mostró reacia a las actividades organizativas conducidas por la CSR, y especialmente

33 *El Diario*, 19 de octubre de 1935, p. 8.

34 Lora, 1960, p. 41.

35 *El Diario*, 18 de octubre de 1935, p. 5.

36 *El Diario*, 26 de octubre de 1935, p. 4.

37 *El Diario*, 31 de octubre de 1935, p. 5.

al programa que había sido elaborado para la llamada Confederación Socialista, como se venía llamando al nuevo partido unido y, a principios de noviembre, anunció su retiro del movimiento.[38]

A fines de noviembre, Beta Gama agregó un nuevo apéndice a su nombre, denominándose Acción Socialista Beta Gama y, abiertamente, declaró su deseo de participar activamente en política. A la sazón, empezó a publicar, bajo la dirección de Aguirre Gainsborg, un periódico semanal para la propagación de las ideas del partido, que ahora estaba empezando a tomar un tinte más izquierdista y radical de lo que había sido al aparecer, en julio, en el escenario político.[39] En el primer número del periódico, se anunció el siguiente programa de la Acción Socialista Beta Gama:

> 1. Antimperialismo: *Acción Socialista Beta Gama* es una organización antimperialista. Se propone la liberación nacional del imperio del gran capital financiero internacional en lo económico y político, uniéndose en esta determinación a las corrientes similares de América Latina. Propugna la Confederación de Repúblicas Socialistas Latinoamericanas y la internacionalización de canales, ríos y mares en beneficio de todos los países del continente.

Esta última aseveración, obviamente, era un concepto del movimiento aprista del Perú e implicaba que Bolivia podría obtener su salida al mar mediante la socialización de América. La ASBG también afirmaba que era antifeudal y proponía fomentar el sistema de comunidades, la educación agrícola entre los indios y su incorporación a la vida nacional. Si bien atacaba la servidumbre, no decía abiertamente nada respecto a la reforma agraria. Proponía la sindicalización de los obreros, y como sus miembros eran socialistas, prometían trabajar por el mejoramiento de las clases proletarias. El punto 4 de su programa sostenía que el Estado socialista que proponían organizar se basaría en los proletarios, los campesinos y la pequeña burguesía, y que sería establecido por ellos mismos, la vanguardia del movimiento socialista. El programa protegía al pequeño propietario y al movimiento de cooperativas y también proponía la unificación de las porciones aisladas de la nación, a través de la colonización y el desarrollo de las comunicaciones.[40] En general, era un programa de izquierda moderada, que estaba a la izquierda de la CSB, aunque mucho menos radical que los antiguos programas de los grupos Túpac Amaru y POR.

---

38 *El Diario*, 8 de noviembre de 1935, p. 7.

39 *El Diario*, 28 de noviembre de 1935, p. 7, y 24 de noviembre de 1935, p. 7.

40 *El Diario*, 28 de noviembre de 1935, p. 7.

Al mismo tiempo que asumía esta posición anti-Confederación Socialista Boliviana, y anunciaba su propio programa, la ASBG empezó a formular proposiciones a varios otros grupos, incluyendo al Grupo de Izquierda, de Cochabamba –su antigua aliada–, al Grupo Henry Barbusse, de La Paz, al Grupo Ariel, de Sucre, y, finalmente, al Bloque Intelectual Obrero Avance, de Oruro.[41] Estas varias alianzas permitieron mayor libertad a los grupos locales y fueron organizadas, específicamente, contra la moderada Confederación Socialista Boliviana, que continuaba ganando terreno.[42]

Representando obviamente al número más grande de la «inquieta» juventud y, aparentemente, con mayor potencial, la Confederación Socialista Boliviana, ahora bajo la dirección de Enrique Baldivieso, para fines de noviembre emitió un manifiesto anunciando su novel organización y su programa de acción. Atacaba a los partidos tradicionales por sus medidas económicas y políticas, que habían sido hostiles a los intereses de la colectividad, y demandaba la suspensión del estado de sitio. La especulación en los precios de alimentos y la corrupción de los inspectores de control de precios de precios se evidenció con las demandas de la CSB, que exigía la representación de las clases pobres en los aparatos del control de precios. La CSB se quejaba de la falta de viviendas urbanas, subsecuentemente sobrecargadas y con altos alquileres, y proponía la intervención del gobierno para estimular la construcción de viviendas y el establecimiento de leyes de control sobre los alquileres. Se propuso también el reajuste de sueldos y salarios, ante el creciente problema de la inflación y, finalmente, se demandaba el mejoramiento de los servicios públicos. Esencialmente, era un programa de acción dirigido a complacer a las clases media y baja, sin gran contenido teórico. Sin embargo, un asunto explosivo y realmente potencial que contenía grandes posibilidades para el futuro, era la declaración número 2 de este programa, que pedía:

> Establecimiento y fijación de las responsabilidades individuales y colectivas emergentes de la guerra. La CSB considera su deber exigir la iniciación de un procedimiento que fije y establezca las responsabilidades que corresponden a partidos políticos, instituciones oficiales y sociales, grupos e individuos que intervinieron en el desarrollo de los acontecimientos relacionados con la guerra del Chaco […] Debe también establecerse las responsabilidades de la minería.

Negaba la validez de la tesis de que los propietarios de minas habían pagado los costos de la guerra, y señalaba que, mediante los grandes

41 *El Diario*, 3 de diciembre de 1935, p. 2.

42 *Ibid*., también *El Diario*, 26 de noviembre de 1935, p. 4.

empréstitos, estos habían evitado pagar impuestos. La declaración también hablaba de errores políticos, despilfarro en la administración, traiciones y todos los crímenes cometidos durante la guerra en el frente de operaciones. No había ninguna mención específica, sin embargo, al cuerpo de oficiales del ejército, lo que, en una situación política como la presente, habría sido mucho más revolucionario que atacar solamente a los partidos políticos civiles y a los barones del estaño. Aun así, y a pesar de su promesa de insistir en este asunto con toda su fuerza, ahora y en el futuro, el partido pronto vio que era más conveniente olvidar tal plataforma, potencialmente destructiva, aunque otros no se mostraban tan ansiosos por abandonarla.[43]

A principios de diciembre, la CSB publicó su programa oficial en forma de manifiesto, describiendo en detalle sus objetivos. Nuevamente, como en las declaraciones de noviembre, se trataba de un programa pragmático, sin muchas consideraciones generales teóricas ni bases revolucionarias. El Programa Unificado, como fue denominado, insistía en el deseo del bienestar colectivo sobre el individual, y si bien anunciaba respeto por la propiedad, demandaba que este derecho estuviese conforme a los intereses del Estado y de la colectividad. Proponía derechos civiles para las mujeres y los niños ilegítimos, y también abogaba por la sindicalización obligatoria. Repudiaba la guerra, abogaba por el pacifismo total y pedía el establecimiento de una maquinaria de arbitraje internacional para solucionar las disputas fronterizas en América Latina. Se proponía un eficiente y honesto servicio civil, a través de una serie total de reformas, tal como las declaraciones anteriores de promesas antes de asumir el mando, con mejoramiento de salarios, pensiones, etcétera, a los empleados públicos.

En la esfera económica, el programa de la CSB pedía mayor regulación de las actividades económicas del gobierno, y eliminar la tributación indirecta, remplazándola con la tributación directa (proposición que había sido formulada, a fines del decenio de 1920, por la Misión Kemmerer); protección de las industrias nacionales, cancelación de los monopolios gubernamentales (otorgados en asuntos tales como los fósforos, que siempre causaron desasosiego en el público); estímulo al productor y a las cooperativas de consumo, y la creación de industrias estatales; nacionalización de los medios de comunicación; nueva legislación económica y bancaria y, finalmente, estímulo al capital extranjero, junto con el capital nacional, para desarrollar los recursos naturales del Estado. Y si bien pedía mayor

43 *El Diario*, 23 de noviembre de 1935, p. 8.

actividad gubernamental en la agricultura y fuertes impuestos para las tierras sin uso, como medio para estimular una mayor producción, nada decía sobre la reforma agraria.

El programa de la CSB demandaba una mayor participación del gobierno en las ganancias de la industria del estaño, la nacionalización del petróleo y el monopolio gubernamental para la producción de oro. Se demandaba el establecimiento de un Ministerio de Trabajo y un completo Código del Trabajo, junto con una serie de leyes específicas en favor de la clase trabajadora, un mínimo de horas de trabajo y salarios, seguridad social y seguro contra la desocupación; el establecimiento de escuelas por parte de las empresas, campos de recreo y establecimiento de enfermerías; igual salario para las mujeres y protección para las madres que trabajan; asistencia jurídica gratuita; becas para obreros; creación de escuelas técnicas, etcétera. Entre otras proposiciones, también se pedía la creación del Ministerio de Salud Pública; el desarrollo de obras públicas; el establecimiento de tiendas estatales de comestibles; el fomento a la inmigración; leyes eugenésicas internas y subsidios para el mantenimiento de las familias. La CSB propugnaba una gran revolución en la educación, mediante la creación de escuelas técnicas y escuelas nocturnas de secundaria, etcétera. Los indios, decía el programa, deben incorporarse a la vida nacional y protegerse como pequeños propietarios de tierras, cuando sea posible; además, se deben hacer intentos por abolir la tributación discriminatoria y el pongueaje. Sin embargo, tales propuestas solo podían considerarse esperanzas piadosas mientras no se propusieran medidas de reforma agraria.

El ejército fue tratado con mucha discreción en el programa, con proposiciones que demandaban su modernización y actitudes más progresistas hacia los conscriptos, así como el desarrollo de una industria nacional de armamentos, esta última idea, en contraste con sus proclamaciones pacifistas del comienzo del programa. La única declaración un tanto agresiva en este capítulo era la que se refería a la prohibición de todas las sociedades secretas dentro de las fuerzas armadas. Para los veteranos, viudas de guerra, etcétera, se pedía una serie de leyes especiales para todos aquellos que habían sufrido por causa de la guerra del Chaco. Y, finalmente, la plataforma de la CSB demandaba un activo desarrollo organizativo de todo el movimiento social, que debería encontrar su expresión final en una convención nacional que crearía un partido socialista unido.[44]

---

44 Confederación Socialista Boliviana, 1935, pp. 1-22. Este programa también demanda el «establecimiento de un Tribunal de Responsabilidades de Guerra, principalmente con referencia a la conducta económica y política del conflicto», *ibid*., p. 20.

A pesar de la hostilidad inicial de Beta Gama y de otros grupos izquierdistas, la Confederación demostró ser irresistible para las fuerzas políticas desorganizadas y desilusionadas de la nación, y aun para los grupos izquierdistas, que pronto vieron la imposibilidad de resistir a esa fuerza de atracción que emanaba de la Confederación. En enero, Avance y Beta Gama sostuvieron conversaciones con la CSB sobre la idea de una amalgamación[45] y, a fines de ese mes, se firmó un pacto entre ellos, que en realidad constituyó el desvanecimiento de la identidad de Avance y Beta Gama dentro de la gran entidad.[46] Uno de los principales resultados de estos pactos fue el acuerdo para convocar una convención nacional izquierdista y también la renuncia al partido de los elementos más radicales del comité ejecutivo de Beta Gama. Dirigido por José Aguirre Gainsborg, este grupo, que incluía a Hernán Siles Zuazo, Julio Zuazo Cuenca y otros, abandonó el partido en protesta por el pacto de amalgamación.[47] Los disidentes, rápidamente, formaron una nueva organización uniéndose con el Grupo Nueva Ruta (dirigida por Max Portugal) y se denominaron Bloque Socialista de Izquierda;[48] sin embargo, aun esta nueva organización sucumbió a la fiebre de la convención y acordó asistir, con capacidad independiente, a la próxima convención regional izquierdista que estaba organizando la CSB.[49]

La convención general que se encargaría de organizar un partido socialista oficial de los varios grupos, confederaciones, etcétera, fue anunciada para mediados de marzo,[50] y pronto se generó una febril actividad en torno a este movimiento, bajo la hábil dirección organizativa de Baldivieso. El primer gran paso en este proceso fue el establecimiento, en febrero, de congresos regionales, siendo el de La Paz, por supuesto, el más importante.[51] En reunión de varias semanas, este congreso, a principios de marzo, proclamó la fundación del Partido Socialista, bajo la dirección de Carlos Montenegro y Enrique Baldivieso, para la región de La Paz. Otros miembros del Comité Ejecutivo fueron José Tamayo, Luis Iturralde Chinel (antiguo jefe de Beta Gama), Alberto Mendoza López (dirigente del Partido Socialista y Laborista de preguerra) y dos antiguos dirigentes obreros, Felipe Tovar

45 *El Diario*, 4 de enero de 1936, p. 2, y 15 de enero de 1936, p. 2.

46 *El Diario*, 21 de enero de 1936, p. 7, y 24 de enero de 1936, p. 3.

47 *El Diario*, 25 de enero de 1936, p. 4.

48 *El Diario*, 29 de enero de 1936, p. 4, y 30 de enero de 1936, p. 5.

49 *El Diario*, 21 de enero de 1936, p. 6.

50 *El Diario*, 30 de enero de 1936, p. 5.

51 *El Diario*, 13 de febrero de 1936, p. 5.

y Moisés Álvarez.[52] Entre tanto, un congreso de similar organización se realizó con éxito en Oruro.[53] Debido a la demora con que empezaron los congresos regionales en Oruro y otras ciudades, y por la duración del congreso de La Paz, se decidió postergar la reunión nacional hasta abril, esperándose, también, que el nuevo partido pudiera, entonces, lanzar sus propios candidatos para las próximas elecciones.[54]

En este punto de las negociaciones, el Bloque Socialista de Izquierda disidente retiró a su pequeño número de adherentes de la organización en proceso, bajo la dirección de José Aguirre Gainsborg y el nuevo dirigente obrero Waldo Álvarez.[55] Por otra parte, Bautista Saavedra estaba tratando desesperadamente de lograr una posición en la nueva organización, iniciando conversaciones para crear una activa «entente» entre su Partido Republicano Socialista y el Partido Socialista, contra el gobierno liberal.

El gobierno liberal, entre tanto, desde julio había estado intentando confrontar una nueva situación política, adoptando medidas completamente radicales. Como ya se ha visto, los liberales dieron apoyo total a las organizaciones de la Legión de Excombatientes, en toda la nación, e intentaban resolver algunas de las principales injusticias mediante planes de pensiones, etcétera. El 25 de octubre de 1935, en una maniobra obvia para lograr el apoyo popular, se iniciaron acciones judiciales contra la Standard Oil Company, de Bolivia, por haber construido ilegalmente un oleoducto de sus campos petrolíferos en Bolivia hasta sus pertenencias en la Argentina, por el río Bermejo.[56] Ese oleoducto clandestino, primero, fue públicamente revelado en el Congreso argentino por un grupo de parlamentarios disidentes, quienes acusaron que el petróleo estaba siendo ilegalmente embarcado a la Argentina y, luego, retransportado al Paraguay y vendido al enemigo de Bolivia.[57]

La existencia de este oleoducto fue revelada en un momento en que la empresa afirmaba públicamente que no podía producir suficiente petróleo de manera comercial y, por lo tanto, debía venderle a Bolivia, para sus esfuerzos bélicos, crudo a precios extremadamente altos proveniente de sus campos en Perú.[58] El gobierno denunció que ese oleoducto

52 *El Diario*, 5 de marzo de 1936, p. 5.

53 *El Diario*, 6 de marzo de 1936, p. 9.

54 *Ibid*., p. 7.

55 *El Diario*, 13 de marzo de 1936, p. 6.

56 *El Diario*, 26 de octubre de 1935, p. 4.

57 *El Diario*, 28 de enero de 1935, p. 4.

58 Montenegro, 1938, p. 54 y ss.

clandestino había tenido existencia, desde 1925, sin conocimiento de las autoridades bolivianas, y que unos 9.189.000 barriles de petróleo, sin impuestos, habían sido embarcados a la Argentina, en los diez años, desde su construcción.[59] La Standard Oil Company negó esas acusaciones y dijo que el oleoducto había estado operando solo por algunos meses, entre 1925 y 1926, con el completo conocimiento del gobierno boliviano, y que unos cuantos centenares de barriles embarcados a la Argentina habían sido empleados, estrictamente, para las operaciones de perforación en el lado argentino del río, y solamente una pequeña cantidad excedente había sido enviada en cisternas, para su refinación al sur de la Argentina.[60]

A pesar de estas maniobras obvias para aplacar el sentimiento que estaba surgiendo en el movimiento de la Confederación Socialista, el gobierno liberal empezó a sentirse más y más amenazado por la oficialidad joven. En octubre, el jefe de Estado Mayor, coronel David Toro, fue obligado a tomar conocimiento de los rumores respecto a un golpe de Estado militar, y negó que el ejército tuviera intenciones políticas.[61] Por un tiempo, a pesar de la febril actividad organizativa que estaba en marcha, las tensiones políticas que habían llegado a su culminación en julio y agosto sobre el problema de la prórroga, parecían haber declinado en los últimos meses del año.

Sin embargo, el gobierno no permitió la reunión del Congreso[62] y también suspendió las elecciones municipales propuestas para diciembre, ante el temor de que surgieran las fuerzas políticas dormidas, con el pretexto de que era necesario esperar el retorno de las tropas desmovilizadas y de los prisioneros, de manera que esos ciudadanos pudiesen registrarse para las elecciones. El gobierno de Tejada también temía realizar esas elecciones, que deseaban los partidos tradicionales, debido a las amenazas abiertas de la CSB, a efecto de que tales elecciones no se realizaran hasta que ellos se hubiesen organizado completamente.[63] El gobierno también tomó algunas medidas, en diciembre, para combatir la creciente inflación, elevando los sueldos de los empleados públicos[64] y exhortando a las empresas privadas a que también elevaran los sueldos.[65] Asimismo, el gobierno de Tejada,

59 *El Diario*, 31 de octubre de 1935, p. 4.

60 *El Diario*, 8 de noviembre de 1935, p. 7.

61 *El Diario*, 13 de octubre de 1935, p. 5.

62 *El Diario*, 18 de octubre de 1935, p. 5.

63 *El Diario*, 1 de diciembre de 1935, pp. 5-6.

64 *El Diario*, 10 de diciembre de 1935, p. 5.

65 *El Diario*, 11 de diciembre de 1935, p. 5.

en el último mes de 1935, convocó a elecciones para mayo de 1936, y a la Asamblea Constituyente para que redactara una nueva Constitución para el país.[66] A principios de enero, en un nuevo intento de apoderarse del principal instrumento de propaganda de la Confederación Socialista, los liberales propusieron la creación de un Ministerio de Salud Pública, Trabajo y Bienestar, en remplazo del Ministerio de Defensa, creado especialmente en tiempos de guerra.[67]

A principios de 1936, frente a la perspectiva de elecciones presidenciales y Asamblea Constituyente en mayo, los partidos políticos tradicionales iniciaron conversaciones preliminares dirigidas al establecimiento de una fórmula única. Especialmente prominentes fueron las conversaciones entre liberales y republicanos socialistas, ya que los genuinos estaban desacreditados y gravemente debilitados por la muerte de Salamanca.[68] A fines de enero, Juan María Zalles, jefe del Partido Liberal, y Bautista Saavedra, firmaron un pacto político de no agresión, como paso preliminar hacia una lista de candidatura común.[69] En febrero, Zalles entregó la jefatura del partido a Tomás Manuel Elío y comenzó a hablarse de una plataforma Elío-Carlos Calvo, en el entendido de que, puesto que ambos hombres representaban diferentes regiones geográficas y también habían dirigido la Convención de Paz, podrían constituir una fórmula presidencial popular.[70] Pero muy pronto se sabría que Calvo rehusaba ser candidato.[71] El 12 de febrero, el gobierno decretó oficialmente como día de elecciones el 31 de mayo, para delegados convencionales y para la presidencia.[72]

Una indicación interesante de la transformación que se estaba operando en el escenario político fue la entrevista de *El Diario* al nuevo jefe

66 *El Diario*, 10 de enero de 1936, p. 7.

67 *Ibid*.

68 *El Diario*, 15 de enero de 1936, p. 4. También en enero y febrero empezaron a aparecer las primeras acusaciones públicas entre jefes genuinos y altos oficiales del ejército, en los periódicos bolivianos, sobre quién fue el responsable de la guerra del Chaco. Véase Díaz Machicao, 1955b, p. 275; Canelas, 1938, pp. 21-38, este es un manifiesto de los genuinos contra la acusación, por parte de Toro, de responsabilidad por la derrota y la iniciación de la guerra (a mi copia de este trabajo le falta la página del título y las páginas finales, pero creo que el trabajo fue publicado en La Paz, bajo los auspicios del Partido Republicano Genuino en 1938).

69 *El Diario*, 27 de enero de 1936, p. 6.

70 *El Diario*, 11 de febrero de 1936, p. 4.

71 *El Diario*, 18 de febrero de 1936, p. 4.

72 *El Diario*, 13 de febrero de 1936, p. 5.

del Partido Liberal, Tomás Manuel Elío. Consultado acerca de la posición ideológica del Partido Liberal, Elío contestó:

> Nuestra política tiene raíces en los principios liberales universalmente conocidos como tales, pero es progresista en tanto no sólo no rechaza, sino que auspicia las innovaciones que la ciencia social y las otras ciencias señalan como útiles y necesarias para el orden moral y material. Ningún partido puede atribuirse razonablemente el privilegio de la verdad, pretendiendo condenar a las demás agrupaciones y marcándolas con el sello de tradicionalistas. En la vida de los pueblos como en la vida de los individuos, no podemos renunciar al pasado, pues él gravita invariablemente sobre toda obra humana. Nuestra aspiración de progreso tiene que ser en todo momento coordinada con nuestra historia, nuestra psicología y nuestro propio temperamento.[73]

Claramente, el Partido Liberal estaba comenzando a sentirse sensible ante los ataques de todos los nuevos grupos y partidos políticos, y estaba también empezando a desviar la clasificación de «tradicionalista», que se estaba convirtiendo en un marbete político dañino. También, para fines de ese mes, circularon rumores de una posible candidatura presidencial del PRS y la Confederación Socialista Boliviana, que aparentemente dejaría a los liberales con la, no deseada, ayuda de los genuinos, quienes se arrimarían a cualquier fuerza política.[74]

A principios de marzo, Elío dejó el gobierno tanto para trabajar en su propia candidatura presidencial como para preparar el partido para las próximas elecciones. Aparentemente, ante el temor de la plataforma PRS-CSB, Elío propuso que, en lugar de una elección directa, fuera la Asamblea Constituyente la que nombrara al presidente y vicepresidente; esta propuesta[75] fue presentada al gobierno, que solicitó la opinión de todos los partidos sobre el plan.[76] Saavedra y Baldivieso indicaron su desacuerdo, mientras los genuinos declararon que se abstendrían en las elecciones.[77]

A pesar del rechazo, Elío se negó a abandonar su plan, y el Partido Liberal, probablemente temiendo que unas elecciones directas lo destruirían, continuó negociando con los otros dos grupos activos. Hacia fines de marzo, Elío propuso una división abiertamente tripartita para

---

73 *El Diario*, 16 de febrero de 1936, p. 7.

74 *El Diario*, 20 de febrero de 1936, p. 4, y 21 de febrero de 1936, p. 6.

75 *El Diario*, 1 de marzo de 1936, p. 7.

76 *El Diario*, 12 de marzo de 1936, p. 4.

77 *El Diario*, 15 de marzo de 1936, p. 6, y 16 de marzo de 1936, número de páginas en desorden.

las próximas elecciones, en la que cada partido obtendría 30 asientos en la Asamblea.[78] El partido llegó al punto de la desesperación cuando, a su regresó del exterior, su jefe titular, Juan María Zalles, propuso que el nuevo gobierno debería estar formado por los mejores hombres, pero no del partido; es decir, un gobierno de unidad nacional,[79] y que el ejército debería interceder en las deliberaciones de los partidos para lograr ese acuerdo. El plan de Zalles, dadas las delicadas relaciones políticas con el ejército, era verdaderamente suicida y, obviamente, representaba un último esfuerzo desesperado de los liberales para impedir que fuesen completamente destruidos. Zalles propuso impulsar una crisis de Gabinete y, luego, que el gobierno fuera entregado a un Gabinete completamente militar, para que esos elementos «neutrales» presidieran las elecciones libres en mayo, además, que oficiales del ejército se hiciesen cargo de todas las prefecturas y subprefecturas de la nación. El plan concluía, volviendo a proponer que el presidente y vicepresidente fueran elegidos indirectamente por la Asamblea Constituyente y que los partidos se dividieran los asientos de la Asamblea en igualdad de condiciones, y como defensa de esta moción citaba, sobre todas las cosas, la amenaza del comunismo.[80]

Lo que los liberales, obviamente, temían era un pacto entre los oficiales del ejército y los nuevos partidos políticos, y también unas elecciones abiertas, donde la mayoría de los votantes serían veteranos del Chaco, más que contrarios a los viejos partidos. Toro respondió, a nombre del ejército, indicando que, si todos los partidos políticos estaban de acuerdo, el ejército se haría cargo del gobierno;[81] sin embargo, en abril, Zalles admitió la existencia de gran oposición a su plan, no solamente de los otros partidos, sino de los mismos liberales, y decidió desecharlo.[82]

Con el fracaso de la propuesta de Zalles, el presidente Tejada Sorzano inició conversaciones con Saavedra y Baldivieso para organizar un gobierno de conciliación nacional. El 3 de abril, el gobierno anunció el descubrimiento de un complot revolucionario de los genuinos y arrestó a Canelas, Ovidio Urioste, Enrique Hertzog, José Gabino Villanueva, Rafael de Ugarte y otros leales al antiguo partido.[83] Pero, a pesar de la definitiva

78 *El Diario*, 24 de marzo de 1936, p. 7.

79 *El Diario*, 26 de marzo de 1936, p. 4.

80 *El Diario*, 28 de marzo de 1936, p. 5.

81 *El Diario*, 31 de marzo de 1936, p. 6.

82 *El Diario*, 1 de abril de 1936, p. 6.

83 *El Diario*, 3 de abril de 1936, p. 12.

remoción de este grupo, intensamente odiado, del escenario político, las negociaciones entre liberales, socialistas y republicano-socialistas no dieron resultados, principalmente a causa de la negativa de Saavedra y Baldivieso para llegar a compromisos, y hubo conversaciones para postergar las elecciones hasta el retorno completo de los prisioneros de guerra bolivianos, fijado para mayo.[84]

Pero el tiempo estaba avanzando y Baldivieso empezó a desarrollar estrechas relaciones con los principales miembros del Estado Mayor General, creyendo que su partido podría ganar más a través de la colaboración de los poderosos militares que por el proceso político normal. A principios de mayo, Baldivieso anunció que el ejército debería hacerse cargo del gobierno y que el nuevo régimen militar sería el mejor para realizar un gran programa socialista en Bolivia. Los liberales reaccionaron ante este movimiento, que creían que significaba la firma de un pacto secreto entre los socialistas de Baldivieso y el ejército (pacto que, en realidad, había estado en etapa de negociación durante varias semanas), declarando que se abstendrían en las próximas elecciones, puesto que el ejército no respetaría los resultados de estas.[85] En su desesperación, el presidente Tejada Sorzano anunció, el 6 de mayo, que haría un nuevo intento para superar lo que llamó la «huelga política» de los partidos y su negativa a presentar candidaturas para las elecciones.[86] En medio de estas conversaciones, comenzaron a circular noticias sobre la creación de un nuevo partido entre los elementos tradicionales. Carlos Víctor Aramayo, el magnate del estaño y propietario de *La Razón*, había intentado tomar la dirección del Partido Republicano Genuino, a principios del año, pero había sido rebatido violentamente.[87] Ahora, en los primeros días de mayo, justamente antes de las elecciones, Aramayo anunció la organización, con la ayuda del financista Federico Gutiérrez Granier, del Partido Centralista, la última organización política que se crearía bajo el gobierno de Tejada Sorzano.[88]

Mientras los partidos políticos estaban maniobrando, organizando y reformando, la situación económica de la nación se había deteriorado rápidamente y la crisis resultante muy pronto obligaría a esos grupos

84 *El Diario*, 28 de abril de 1936, p. 4.

85 *El Diario*, 3 de mayo de 1936, p. 7.

86 *El Diario*, 6 de mayo de 1936, p. 4; *La Razón*, 8 de mayo de 1936, p. 4.

87 *El Diario*, 20 de febrero de 1936, p. 4.

88 *La Razón*, 8 de mayo de 1936, pp. 4-5.

políticos a una acción precipitada. Aunque la circulación monetaria era diez veces mayor en 1935 que en 1931,[89] Bolivia aún no había experimentado una grave inflación durante los años de guerra.[90] Esto se había debido, particularmente, al fuerte financiamiento interno a través del Banco Central[91] y al apoyo gubernamental a los tipos de cambio favorables para el consumidor.[92] Además, después de 1933, el mercado del estaño había iniciado una firme y favorable recuperación y los precios subieron continuamente, junto con la producción.[93] De hecho, los moderados aumentos de precios, durante los años de guerra, fueron considerados por los bolivianos como algo necesario y colateral al conflicto, y no intranquilizaron la confianza del público, de ningún modo, como indicó el sorprendente y rápido crecimiento de las cifras de ahorros bancarios en esos años.[94]

Pero inmediatamente después del cese de las hostilidades, Bolivia experimentó una grave espiral inflacionaria, a pesar de los laudatorios artículos de los economistas nacionales, quienes señalaban que el sólido financiamiento económico de la guerra y la falta de una inmediata depresión de posguerra prometían años color de rosa para el futuro de Bolivia y la inmunidad ante la clásica crisis de posguerra.[95] Considerando que el promedio anual del aumento en el costo de vida, entre los años 1932 y 1935, había sido de 16,6%, se elevó repentinamente, en el periodo de 1936 y 1939, a un aumento promedio anual del 50,74% por ciento.[96] Esta inflación se debía, en realidad, a la mejor situación económica y a la súbita demanda de artículos de consumo y servicios, y también a la expansión de importaciones debida a la supresión de los controles de tiempos de guerra. En el periodo 1936-1939, las importaciones aumentaron al doble de lo que habían sido en los años de guerra. También, la producción industrial interna empezó a aumentar de forma constante, durante el periodo

89 CEPAL, 1958, p. 60.

90 *Ibid*.

91 Mendoza López, 1940, capítulo IV; también véase Banco Central de Bolivia, 1936. El Banco Central prestó al gobierno £ 3.100.000; los bancos Mercantil y Nacional otras £ 58.000; los tres grandes: Patiño, Hochschild y Aramayo, £ 1.700.000, y otras firmas, £ 200.000. Finalmente, los tres bancos garantizaron un contrato de préstamo al gobierno por £ 1.000.000. Mendoza López, 1940, pp. 176-177.

92 CEPAL, 1958, pp. 60-61.

93 Knorr, 1945, pp. 124 y ss.

94 CEPAL, op. cit., p. 61.

95 Véase, por ejemplo, tal predicción en *El Diario*, 19 de diciembre de 1935, p. 4.

96 CEPAL, op. cit., p. 62.

posterior a 1936.[97] Pero los ingresos del gobierno eran insuficientes para cubrir las obligaciones de guerra y la demanda de desarrollo interno, de modo que los crecientes déficits del gobierno llevaron a una gran financiación de ese déficit, en tiempos de paz, y a una falta de confianza en el mercado monetario público.[98]

Además del aumento de la demanda interna de bienes y servicios, las mayores importaciones y el financiamiento deficitario gubernamental, una de las causas principales que contribuyeron a la inflación fue la mayor exportación de capital durante los años de posguerra.[99]

Fue, por lo tanto, una economía en expansión la que estaba experimentando esta alza y, en tal situación, el revivido movimiento obrero podía operar perfectamente. Según todos los indicios, el auge económico después de la guerra provocó gran demanda de expertos obreros en el mercado laboral, y una mayor absorción de muchos veteranos de guerra indios, que se negaron a regresar a su tierra. Por tanto, un mercado laboral ajustado a una economía en expansión, acompañado por una repentina inflación, creó el contexto perfecto para perfecto para un gran estallido de actividad y un notable crecimiento del movimiento laboral boliviano.

Aun antes del fin de la guerra, Moisés Álvarez, Ezequiel Salvatierra y Enrique G. Loza, los antiguos caballos de guerra del movimiento obrero, habían tenido éxito en una organización temporal de la Confederación de Trabajadores de Bolivia (CTB) y en la reorganización, en el papel, de la antigua FOT de La Paz;[100] ambos, sin embargo, fueron prematuros. La verdadera reorganización y el renacimiento del movimiento ocurrió en julio de 1935, con el regreso de los dirigentes militantes, tanto del frente de batalla como del exilio, en Chile y Perú. El sindicato más importante en organizarse, y uno de los primeros en lograrlo con éxito, fue el antiguo Sindicato Gráfico, fundado por el joven militante izquierdista

97 *Ibid*., pp. 62-63.

98 Los depósitos en los bancos crecieron muy poco, mientras los créditos bancarios aumentaron enormemente. Los depósitos bancarios, que habían aumentado en porcentajes mayores que el dinero de circulación monetaria, en los años de guerra, estaban en opuesta relación con el periodo de posguerra. Mientras el tipo de cambio oficial había permanecido estable en 20 bolivianos por libra esterlina, durante toda la guerra, aumentó, durante el periodo de 1937 a 1939, hasta 141 bolivianos por libra esterlina. En cuanto al costo de vida, se elevó de 214% en 1936, a 578% en 1939 (la base es 1931 y las cifras son para La Paz). *Ibid*., pp. 58, 61-63.

99 *Ibid*.

100 *El Diario*, 27 de enero de 1935, p. 5.

Waldo Álvarez en 1932.[101] Desde su base, en el reorganizado sindicato, Álvarez, que era secretario de Relaciones Sindicales, junto a muchos de sus compañeros gráficos, intervino activamente en otros sindicatos para ayudarlos a revivir sus antiguas organizaciones. Tanto éxito tuvo este movimiento que, a principios del nuevo año, la antigua FOT de La Paz había sido completamente restablecida, así como las FOT de Oruro, Tarija y otras ciudades.[102] A principios de noviembre, estos sindicatos comenzaron a solicitar protección contra el alza de precios y la inflación continuada, demandando un aumento de salarios del 100%, una rebaja de los alquileres y precios de artículos de consumo, etcétera.[103] En diciembre, una huelga de un día en el gran centro minero de Corocoro provocó un aumento de salarios, en respuesta a la demanda de los trabajadores.[104] Entretanto, los trabajadores activaron una intensa agitación en todas las industrias y regiones de la nación, ante la escasez de mano de obra y el alza de los precios. Este movimiento, sin embargo, se mantuvo separado de la febril actividad política. Aunque varios dirigentes sindicales se involucraron en estos movimientos de posguerra, inicialmente solo se representaron a sí mismos y no a sus sindicatos locales. El apoliticismo aún seguía siendo una fuerte posición del movimiento obrero.[105]

A principios de 1936, el movimiento huelguista empezó a aumentar en ritmo y proporciones. En marzo, los trabajadores de la fábrica de tabacos (mayormente mujeres) fueron a la huelga en demanda de salarios más altos.[106] En abril, bajo la dirección de su secretario general, Waldo Álvarez, la FOT presentó una petición de 19 puntos al gobierno de Tejada Sorzano, pidiendo la reducción del 50% en los precios de artículos de consumo de primera necesidad, y su libre importación; el 100% de aumento en los sueldos y salarios de empleados públicos y de empresas particulares; la supresión de los monopolios de artículos de consumo; la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres y menores de edad; la suspensión de los

101 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961, y *El Diario*, 24 de octubre de 1935, p. 5.

102 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 1 de diciembre de 1935, p. 2; 27 de diciembre de 1935, p. 4, y 11 de enero de 1936, p. 5.

103 *El Diario*, 29 de noviembre de 1935, p. 7.

104 *El Diario*, 6 de diciembre de 1935, p. 6.

105 Así, por ejemplo, el Sindicato de Mineros de Oruro rechazó una invitación para unirse a uno de los consejos regionales de izquierda, que había sido organizado por la CSB local y el grupo Avance. *El Diario*, 4 de marzo de 1936, p. 2.

106 *El Diario*, 19 de marzo de 1936, p. 3.

estados de sitio y libertad de prensa y de reunión; una nueva legislación social y trabajo para los veteranos, así como una serie de peticiones para los mutilados y huérfanos de guerra.[107] De acuerdo con las declaraciones de la FOT ante la prensa, la organización insistía, por sobre todas sus peticiones, en el aumento de salarios.[108]

A pesar de la negativa del movimiento obrero a unirse a los partidos políticos de la izquierda, estaba deseoso de cooperar con ellos en asuntos principales, y estos grupos políticos, a su vez, veían grandes posibilidades en la agitación del movimiento obrero. De esta manera, la FOT recibió no solamente el respaldo de la apolítica LEC, sino también del PRS, del Partido Socialista, del Bloque Socialista de Izquierda, así como de los anarquistas, para realizar una manifestación de masas y presentar al gobierno la mencionada demanda de los 19 puntos.[109] El gobierno, por supuesto, negó el permiso para la reunión, pero formalmente aceptó la petición de la FOT.[110] Cuando el gobierno se negó a actuar rápidamente, en relación a la demanda, el Sindicato Gráfico decidió forzar esa respuesta.

El 6 de mayo de 1936, el Sindicato Gráfico presentó una petición a todos los periódicos y editores de La Paz, demandando un aumento del 100% en sus salarios, con efecto inmediato.[111] Los editores pidieron un plazo y el arbitraje del gobierno, pero el Sindicato Gráfico se negó a aceptar el plazo y declaró la huelga.[112] Con esta actitud, empezó el más grande movimiento huelguístico que jamás Bolivia había experimentado. El 10 de mayo inició la huelga y todos los periódicos cerraron sus puertas. Luego la FOT, bajo la dirección del líder de los gráficos Waldo Álvarez, y con el respaldo de los anarquistas de la FOL, inició un gran movimiento de huelga general en apoyo del Sindicato Gráfico. Esa huelga general, que demandaba el 100% de aumento de sueldos para todos los trabajadores, tenía duración indefinida. Tejada Sorzano, temiendo el estallido de una violencia de naturaleza revolucionaria, ordenó el acuartelamiento de los carabineros (fuerza nacional de policía), mientras que el coronel Busch prometió a los trabajadores que el ejército no intervendría en el problema, mientras no ocurrieran actos de violencia. Así, la ciudad de La Paz quedó

107 *El Diario*, 2 de abril de 1936, p. 7.

108 *El Diario*, 7 de abril de 1936, p. 5.

109 *El Diario*, 16 de abril de 1936, p. 8.

110 *El Diario*, 18 de abril de 1936, p. 5.

111 *El Diario*, 7 de mayo de 1936, p. 5.

112 *El Diario*, 9 de mayo de 1936, p. 5.

bajo el control de los huelguistas, y los trabajadores mismos patrullaban la ciudad para mantener el orden. Sin embargo, los trabajadores únicamente pedían aumento de salarios y nada más, y no se aprovecharon de esta singular situación para derrocar al gobierno o imponer soluciones políticas revolucionarias, puesto que su pensamiento estaba aún dominado por una fuerte creencia de no comprometerse en situaciones políticas.[113]

Para los opositores militares y políticos del gobierno liberal, sin embargo, la huelga general y el completo colapso del gobierno frente a la agitación obrera, les proporcionó una perfecta oportunidad de acción.[114] El 16 de mayo, el ejército inició la toma del gobierno, bajo la dirección de Toro, y principalmente de Busch, que en ese entonces era jefe del Estado Mayor General. Por un tiempo, la situación fue incierta, tanto que el mismo Busch buscó asilo transitorio en la embajada del Perú.[115] Pero el 17 de mayo, Tejada Sorzano fue derrocado con éxito, y Busch tomó el gobierno, y con la llegada de Toro, el 20 de mayo, bajo su presidencia se formó un gobierno de Junta Militar.

De esta manera, después de cincuenta años de luchas, el sistema de los partidos políticos civiles fue derrocado por una nueva y despierta institución militar. Afectada por la misma desilusión de los veteranos civiles, la clase joven del ejército decidió que solo ellos tenían la pureza moral para conducir a la nación a una nueva vitalidad y un renacimiento espiritual. Tomando ventaja de la anarquía política de posguerra, los militares fueron capaces de convertirse en los primeros experimentadores para establecer un nuevo orden. Aun siendo esencialmente conservadores, a pesar de su conversión revolucionaria, los militares intentaron conducir a la nación por las sendas del socialismo revolucionario o, como ellos orgullosamente lo llamaban, el «socialismo militar».

113 Barcelli, 1956, pp. 138-141; Álvarez, 1937, pp. 37-38; Álvarez, 1952, pp. 98-99.

114 De acuerdo con Álvarez, los trabajadores no estaban en contacto con los revolucionarios y fueron tomados por sorpresa cuando ocurrió aquello, y, al principio, fueron completamente renuentes al cambio. Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961; véase también Barcelli, 1956, pp. 138-141.

115 Díaz Machicao, 1955b, p. 276.

VIII

# David Toro y el establecimiento del socialismo militar

La revolución del 17 de mayo de 1936 se llevó a cabo por una coalición tripartita de oficiales jóvenes, cercanos a Toro y Busch, los socialistas de Baldivieso y los republicano-socialistas de Saavedra. Planeada y predicha por largo tiempo, la revolución se produjo sin derramamiento de sangre y fue voluntariamente aceptada por la mayoría de los bolivianos, porque muchos sentían que el ejército era el único instrumento viable para crear una nueva atmósfera política y la «justicia social» que todos demandaban. La incapacidad de los partidos tradicionales, entumecidos por su conexión con la guerra y abrumados por la preponderancia militar, impidió que ellos satisficieran esas demandas, mientras la mayoría de los nuevos grupos políticos estaban aún desorganizados para tomar la iniciativa por su cuenta.

Hombres como Baldivieso habían encontrado un espíritu afín en los jóvenes militares del frente, que ahora dirigían la institución militar, y los encontraron ansiosos de gobernar la nación, ya que el ejército también había experimentado la rebelión de la generación joven contra la vieja dirección. La guerra había probado la incapacidad del cuerpo de altos jefes militares y también había propiciado el meteórico ascenso de los tenientes de preguerra a las posiciones de poder y rango, al finalizar la guerra. Estos nuevos hombres estaban amargados por el fracaso de los dirigentes de la campaña y simpatizaban mucho con las aspiraciones de los veteranos civiles para establecer un nuevo orden. Con mayor conciencia política que sus mayores, y extremadamente sensibles a las acusaciones contra la conducción de la guerra por parte del ejército, estaban ansiosos por borrar su desastre militar con radicalismo político.

Aparte del idealismo político, muchos oficiales estaban impelidos por un miedo latente a la amenaza de investigaciones civiles sobre la conducción de la guerra y su responsabilidad, en las que habría estado implicada toda la organización militar. Para muchos oficiales, la única manera de contrarrestar esa amenaza era controlar el gobierno y poner en práctica un programa de reformas populares. Finalmente, y de acuerdo con uno de los excombatientes civiles, «la toma del gobierno significaba [para estos oficiales] la elusión de responsabilidades, al mismo tiempo que satisfacía la sed por el poderío, acrecentada en los militares por el hábito de mandar civiles en el Chaco».[1] Frente a estos nuevos hombres y necesidades, la vieja dirección del ejército fue obligada a ceder terreno completamente y permitir que los oficiales jóvenes, en los tres años siguientes, dirigieran la institución militar.

La figura principal y rectora de este grupo juvenil fue el teniente coronel Germán Busch, uno de los verdaderos «héroes» de la guerra del Chaco. Joven teniente de 28 años de edad al comienzo de la guerra, Busch fue uno de los pocos oficiales competentes del lado boliviano y, gracias a su brillante hoja de servicios, ascendió en los últimos días de la guerra como comandante de tropas para la gran defensa de los campos petrolíferos de Camiri. Por esta acción fue, finalmente, recompensado con el segundo puesto más alto del ejército, jefe de Estado Mayor, poco después de terminado el conflicto.[2] Pero, a pesar de toda su perspicacia y dirección militar, Busch era políticamente insuficiente y, aunque él creía con firmeza en la necesidad de algún tipo de cambio social, era incapaz de formular su propia ideología o de dirigir el gobierno. Reconociendo estas deficiencias, Busch, al igual que otros jóvenes oficiales que lo rodeaban, llegó a aceptar la dirección del coronel David Toro.

De todo el cuerpo de oficiales, tanto de la generación joven como de la antigua, entre los cuales él formó un eslabón crucial, David Toro era la figura incuestionablemente más sofisticada y adepta a la política. Elevado al rango de mayor a la edad de 27 años, en 1925, fue colaborador íntimo del general Hans Kundt y del presidente Hernando Siles. Bajo la tendencia de Siles de comprometer políticamente al ejército, Toro fue uno de los principales activistas y, en los últimos meses de ese gobierno,

1 Céspedes, 1956, p. 146.

2 El general en jefe del ejército era el dócil Enrique Peñaranda, quien remplazó en este cargo al mercenario alemán, Hans Kundt, en diciembre de 1933, y retuvo el cargo hasta su retiro en enero de 1938. Zook, 1960, p. 168; *El Diario,* 12 de enero de 1938.

asumió la cartera del Ministerio de Fomento y Comunicaciones y, luego, la de Gobierno, la principal posición de control político en el régimen. Debido a implicaciones políticas, Toro fue obligado a exiliarse en la revuelta de 1930, pero, por la guerra del Chaco, regresó a las filas militares con mayores poderes que antes.

Durante la guerra, el calibre intelectual y la astucia política de Toro le ganaron el respeto y la devoción de los oficiales de alto rango, quienes muy pronto llegaron a depender en gran medida de su criterio. Su oposición a Salamanca provocó varios intentos de insubordinación de los hombres que actuaban bajo su dirección, como Carlos Quintanilla y Enrique Peñaranda. Opuesto a la dirección de Kundt, cuando este cayó, después de la batalla de Nanawa, y fue remplazado por Enrique Peñaranda, a Toro se le dio casi ilimitada autoridad y se convirtió en el oficial más poderoso del ejército.

A pesar de su brillantez intelectual y su astucia militar, Toro era demasiado inclinado a la política y demasiado disoluto para llevar a cabo con éxito muchas complicadas maniobras militares, y más de una vez fue el principal causante de una amarga derrota boliviana. Pero Toro, no importaba cuán desastrosas hubieran sido sus operaciones militares, jamás perdía el control sobre el cuerpo de oficiales superiores. De esta manera, cuando Busch y sus compañeros empezaron a complotar, decidieron que Toro fuera el que los condujera.[3]

El 20 de mayo, Toro regresó del Chaco y asumió el gobierno. El mismo día emitió una declaración para la prensa, en la cual afirmaba:

> El ejército no alienta interés alguno por implantar el caudillismo o el predominio de grupos o de partidos. El golpe de Estado tuvo una gestación laboriosa con el consenso unánime del ejército, cuya ideología es concordante con la nueva ideología del país. Su firme intención es implantar el socialismo de Estado, con el concurso de los partidos de izquierda.
>
> Yo ni ningún jefe del ejército tenemos ambiciones bastardas ni perseguimos el poder. Después de constitucionalizar el país, la institución armada volverá a sus funciones técnicas. El país elegirá el gobierno en el cual ningún militar aceptará formar parte.[4]

En esta declaración de objetivos políticos del nuevo gobierno, Toro anunció también que, si bien su gobierno estaba colaborando con los partidos de la izquierda, solicitaba la cooperación de todos los hombres

3 Para la biografía de estos dos hombres, véase Díaz Arguedas, 1957, pp. 330-331 y Zook, 1960, pp. 194-218.

4 *La Razón*, 21 de mayo de 1936.

de buena voluntad. También anunció que el ejército había ratificado la designación de Enrique Baldivieso, Fernando Campero Álvarez (Partido Socialista), Gabriel Gosálvez y Pedro Zilveti Arce (Partido Republicano Socialista) como miembros del nuevo gobierno.[5] Toro también ofreció a Busch la cartera clave del Ministerio de Gobierno, pero Busch rehusó aceptar ese cargo e indicó su preferencia por continuar como jefe del EMG.[6] Si bien esto, aparentemente, dejaba a Toro con poderes discrecionales para actuar por iniciativa propia, en realidad, dejaba a Busch con el control total del ejército, la fuerza más potente del nuevo régimen y, por tanto, con el poder de veto final sobre el gobierno.

La respuesta de los partidos tradicionales a estos acontecimientos fue sorprendentemente moderada. Por su parte, el órgano liberal *El Diario* declaró que aceptaba de buena fe el movimiento del ejército, sus promesas de grandes reformas, y el pronto retorno al gobierno civil, y concluía deseando éxito al ejército en esa aventura y prometiendo su apoyo.[7] *La Razón*, que ahora representaba al Partido Centralista de Aramayo, así como a los genuinos, también anunció su apoyo a la revuelta y elogió altamente al nuevo gobierno.[8] Estas respuestas parecían indicar que los partidos tradicionales admitían todo este asunto, como un expediente transitorio, que era necesario para calmar los sentimientos despertados por el desastre de la guerra del Chaco, para, de esta manera, facilitar el camino del retorno al gobierno normal de los partidos tradicionales, que creían que Toro estaba dispuesto a aceptar.

Esta fe parecía mantenerse, a pesar del creciente radicalismo en las declaraciones públicas de Toro. En una entrevista exclusiva con el corresponsal de la Associated Press, en La Paz, por ejemplo, Toro desarrolló más explícitamente los principales temas del nuevo gobierno. Esta vez declaró específicamente que los orígenes de su movimiento político habían sobrevenido de la guerra;

> […] de los problemas económico-sociales surgidos a raíz de la guerra del Chaco, cuya solución era imposible dentro de los sistemas políticos tradicionales, hicieron necesaria la intervención del ejército en defensa de los intereses y derechos de las clases trabajadoras y de los excombatientes.[9]

---

5 *Ibid.*

6 *El Diario*, 21 de mayo de 1936, p. 5.

7 *Ibid*., p. 4.

8 *La Razón*, 31 de mayo de 1936, p. 5.

9 *El Diario*, 21 de mayo de 1936, p. 8.

También anunció su deseo de trabajar por una solución socialista y solo dio una vaga respuesta, sin compromisos, respecto a la fecha en que el nuevo gobierno realizaría elecciones; y, finalmente, reiteró la ya pública posición del nuevo gobierno, en el sentido de que el ejército no deseaba perturbar las conversaciones de paz en Buenos Aires, ni alterar, de alguna manera, el actual *statu quo* internacional en el Chaco.[10]

Respecto a los «intereses» de la clase trabajadora, el gobierno de Toro actuó rápidamente para solucionar las principales demandas de los obreros. Aunque Busch, temporalmente, había concedido un aumento de salarios para todos los trabajadores y empleados de las empresas privadas, para poner fin a la huelga, los dirigentes de la huelga demandaron que el nuevo régimen ratificara los acuerdos de Busch.[11] La FOT también demandó de Toro que el nuevo gobierno inmediatamente creara un Ministerio de Trabajo y permitiese que la FOT nombrara al primer ministro. Toro se reunió con Waldo Álvarez, el dirigente de la huelga, y, después de consultar con la FOT, accedió a todas las demandas de los trabajadores y aun acordó nombrar a Álvarez como el primer ministro de Trabajo.[12]

El 21 de mayo, el gobierno anunció, públicamente, la histórica creación del primer Ministerio de Trabajo en Bolivia y, con el nombramiento de Álvarez, este se convirtió en el primer obrero en ocupar un puesto en el Gabinete del país.[13] Los trabajadores reaccionaron a la noticia del nombramiento de Álvarez con una manifestación pública de apoyo al gobierno y, frente al palacio de gobierno, las gozosas multitudes escucharon discursos de Álvarez y Toro. En su discurso, Toro dijo a los «camaradas», como fraternalmente los llamaba, que:

> Nuestra doctrina social ha nacido en las arenas del Chaco, en las trincheras donde civiles y militares han vertido su sangre por la Patria, poniendo a su servicio la suma máxima de sus energías y sacrificios.
>
> Es allá donde cristalizó tal ideología de nuestro movimiento revolucionario, que no habrá de entronizar caudillos militares ni caudillos civiles, sino

10 *Ibid*.

11 *Ibid*., p. 4.

12 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961.

13 *El Diario* señaló que Waldo Álvarez, en ese tiempo, era un linotipista que tenía 33 años de edad, trabajaba en la planta de *El Diario* y representaba no solamente a la FOT, ni a su sindicato, en el Ministerio, sino también al Bloque Socialista de Izquierda. *El Diario*, 22 de mayo, p. 6. Pero esta fue la última mención del bloque de José Aguirre Gainsborg en la prensa boliviana, el grupo pareció haber desaparecido silenciosamente, por lo que Aguirre regresó a su propio grupo, el POR.

> que lleva el propósito de exigir a la República toda la sensatez patriótica que ha de dar paso a los justos propósitos renovadores de justicia social.[14]

Toro demandó la reivindicación de los derechos de los obreros y los veteranos de guerra, y declaró que «aspiramos a que la sangre vertida por nuestros ciudadanos allá en las arenas del Chaco» no haya sido en vano, y que para lograr esto se lo podía hacer por medio de la justicia social para todos, el respeto a la autoridad y el orden por parte de los trabajadores.[15]

La ideología del nuevo gobierno fue explicada por Baldivieso y Toro, en sus respectivos discursos del 23 de mayo, durante la posesión del primer Gabinete de la Junta de Gobierno.[16] Toro repitió muchos de sus puntos básicos, que ya los había hecho conocer en sus discursos públicos y entrevistas con la prensa.[17] Pero esta fue la primera declaración pública del principal líder del movimiento del 17 de mayo, como sus fundadores empezaron a llamarlo, y vale repetir mucho de lo que el señor Baldivieso dijo en el punto culminante de su importante carrera política. Él declaró que

> […] la estructura del Estado y los hechos políticos no son otra cosa que la manifestación externa de una realidad más esencial: la organización económica de los pueblos. La democracia liberal fue la expresión del capitalismo al servicio de una minoría.
>
> Cada día se acentuaba el régimen de una terrible desigualdad económica; por un lado, los que nada poseen […] y por otro, la acumulación de privilegios en pocas manos, el monopolio de la fortuna y la dictadura del capitalismo egoísta y sin control.

---

14 *El Diario*, 26 de mayo de 1936, p. 12.

15 *Ibid*.

16 El primer Gabinete de Toro estuvo formado por Baldivieso (ministro de Relaciones); Fernando Campero Álvarez (Hacienda); Pedro Zilveti (Obras Públicas, Fomento y Comunicaciones); Gabriel Gosálvez (Defensa); Waldo Álvarez (Trabajo y Previsión Social); teniente coronel Óscar Moscoso (Educación y Asuntos Campesinos); teniente coronel Luis Añez (Agricultura, Colonización e Inmigración); teniente coronel Antenor Ichazo (Minas y Petróleo); teniente coronel Julio Viera (Gobierno), *El Diario*, 23 de mayo de 1936, p. 4. Verdaderamente se trata de un gran cambio en la estructura del Gabinete y uno de los más importantes movimientos modernos del nuevo régimen. Antes del gobierno de Toro, el Gabinete consistía solo en seis ministerios. Cleven, 1940, p. 128, y ahora estaba formado por diez ministerios. Un Departamento de Asuntos Campesinos se organizó, en conjunción con el Ministerio de Educación Pública, y de ese estatus, más tarde, emergió un ministerio completo, lo mismo que ocurrió con Industria y Comercio que, anteriormente, estaba subordinado al Ministerio de Hacienda. También se crearon dos nuevos ministerios de lo que anteriormente eran secciones subordinadas, estos fueron, primero, Minas y Petróleo, indicando la preocupación del gobierno por la riqueza de la nación, y el segundo, el Ministerio de Trabajo y Previsión Social.

17 *La Razón*, 24 de mayo de 1936, p. 4.

> Por un lado, una falsa democracia que hace del ciudadano el sujeto de derechos políticos abstractos, el depositario nominal de la soberanía y por otro, la evidente realidad de que todo el poder político se concentra en el privilegio.
>
> Fue para resolver «esta beligerancia» que se ha producido el movimiento del 17 de mayo que […] ha vinculado en un solo afán de renovación y una sola ansia de justicia social a la clase armada de Bolivia y a las fuerzas de izquierda […] Con el alto y noble ideal de devolver a Bolivia su soberanía económica, de remediar la miseria y la pobreza, de devolver al trabajador manual e intelectual su dignidad humana, de asegurar su independencia económica, condición única para la plenitud de la libertad, son el ejército y los partidos de izquierda los que han tomado el poder. Frente a los derechos políticos tantas veces proclamados, queremos afirmar los derechos económicos del ciudadano: derecho a la vida, derecho al trabajo, derecho a percibir el producto íntegro del mismo.
>
> Nuestro credo socialista emerge de la realidad boliviana […] No ha tomado sus elementos constitutivos de doctrinas ajenas a Bolivia, no ha fundido sus postulados en moldes que no respondan a nuestra propia realidad […] Bolivia no está preparada para el advenimiento del socialismo integral. Es un país monoproductor, de escasísimo desarrollo industrial, no tiene la gran técnica que es el índice de la industria plenamente desarrollada; es un país semicolonial productor de materias primas, que se aprovechan en el extranjero, y que vive de lo que el extranjero le envía; carece de capitales para dar impulso a grandes empresas […] Es en esta realidad que se basa nuestro socialismo […]
>
> En pueblos donde las etapas se han sucedido según las leyes del desarrollo económico, la fórmula capitalismo contra socialismo es una verdad. En Bolivia, decimos, carecemos de capitales, no disponemos de ellos para crear nuevas industrias o perfeccionar las actuales. Necesitamos que ellos vengan de fuera; tendrán en Bolivia plenas garantías. Queremos el capital productivo y fecundo que se invierta en el país, que remunere con justicia el trabajo y que sea factor de progreso y bienestar, pero no el capital egoísta y absorbente que se fuga de Bolivia sin dejar beneficio alguno. Tal es el contenido ideológico de nuestro programa…[18]

Y tal fue, en efecto, esencialmente, el programa ideológico del movimiento de izquierda moderado de clase media en Bolivia, un movimiento que en el próximo decenio daría nacimiento al Movimiento Nacionalista Revolucionario y que, en el decenio de 1930, era la ideología dominante de la mayoría de los excombatientes y las principales figuras jóvenes políticas de la época, a quienes Baldivieso tan bien representaba.

El programa buscaba una reforma social evolutiva en el ámbito nacional, con un enfoque principal en la responsabilidad del Estado, tanto para

18 *Ibid*.

beneficiar al sector urbano de la clase media como para reducir el poder exclusivo y el monopolio económico de la oligarquía minera. Asociado a esto, estaba el deseo de desarrollo económico y el fomento de un capital extranjero «bueno».

Notoriamente ausente de todos los programas moderados de posguerra estaba el asunto del latifundismo, el rompimiento del arcaico sistema feudal agrícola de la posesión de tierras y la entrega de las mismas a los indios. Este era un programa no muy distinto del de los liberales, durante el gobierno de Montes, a principios del decenio de 1900.

Sin embargo, los moderados pronto se darían cuenta de que un programa tan suave nunca tendría éxito realmente. Esas medidas moderadas continuamente serían derrotadas por la oligarquía, a través de medios pacíficos y violentos, y los moderados se verían, cada vez más, obligados a escuchar las proposiciones radicales de la extrema izquierda, que jamás esperó, por ningún momento, lograr cualquier reforma, verdaderamente importante, sin violencia ni programas revolucionarios de nacionalización y reforma agraria decisiva. En el decenio de 1930, sin embargo, la extrema izquierda, aunque más poderosa que en el periodo de preguerra y fortaleciéndose con los años que pasaban, constituía aún una pequeña minoría, y serían los moderados, como Baldivieso, quienes quedaron con el poder de intentar lograr un cambio significativo, mediante la reforma evolutiva.

El 25 de mayo, la Junta de Gobierno civil-militar aprobó un programa de acción de 52 puntos para el nuevo gobierno. Propuso, entre otras cosas, el establecimiento de tiendas de comestibles subsidiadas por el Estado, para contrarrestar los efectos de la inflación, y, mostrando la gran influencia del movimiento fascista italiano entre muchos intelectuales y jóvenes oficiales del ejército, propuso el establecimiento de la sindicalización obligatoria y un tipo colectivo de régimen funcional en el Parlamento. Propuso que el Estado asumiría la responsabilidad para que a todo el pueblo se le proporcionara trabajo o compensación por desempleo, además de garantizar los derechos de los excombatientes y la necesidad de justicia para su sacrificio. Sin embargo, también se insistió en la usual dicotomía de un presupuesto equilibrado y frugalidad en la administración, así como en una serie de costosas promesas. Prometió que el Estado continuaría el proceso legal contra la Standard Oil Company y que se implantarían fuertes tributaciones a la industria minera. También que habría planes de ahorro obligatorio para los trabajadores, cobertura de seguridad social para todos, y una serie de leyes de equidad social para mujeres y niños. La única mención a los indios fue la proposición de establecer un Patronato Nacional, que se encargaría de estudiar los problemas relacionados con la

población indígena. Propuso la tecnificación y modernización del ejército y, finalmente, dentro de esta larga lista de promesas, se incorporó otra, la del juzgamiento a los responsables del desastre de la guerra del Chaco, promesa que, al igual que las otras, fue una piadosa declaración destinada más a complacer que a llevar a cabo un programa efectivo.[19]

Pero un grupo dentro de la nueva administración, que se había propuesto hacer cambios radicales, era el pequeño corro de intelectuales radicales con el que se había rodeado el izquierdista Waldo Álvarez en el Ministerio de Trabajo. El secretario general del Sindicato Gráfico, Hugo Sevillano A., fue nombrado asesor del ministro, en tanto que el marxista-leninista e intelectual cochabambino Ricardo Anaya fue nombrado segundo en el mando del Ministerio, como oficial mayor,[20] y tan pronto como se produjo este nombramiento, importantes miembros del Grupo Izquierda, de Cochabamba, se trasladaron a La Paz para trabajar con el activo ministro. En efecto, fue Álvarez y sus partidarios quienes hicieron levantar a las fuerzas tradicionales contra el gobierno, y crearon la primera y grave intranquilidad en la derecha respecto a los objetivos del nuevo régimen. Casi desde el comienzo de sus funciones, los periódicos tradicionales, especialmente *La Razón*, constantemente atacaron el «radicalismo rastrero» del ministro de Trabajo.

Pero los radicales del Ministerio de Trabajo no fueron el único factor de división que estaba desconcertando al nuevo régimen, porque no todo estaba bien entre los victoriosos. Muchos eminentes miembros del Partido Socialista empezaron a rebelarse contra la dirección de Baldivieso y Montenegro, por sus negociaciones con el Partido Republicano Socialista, el que aún era considerado como partido tradicionalista, a pesar de las protestas «socialistas» de Bautista Saavedra. Durante los últimos días de mayo, el Partido Socialista fue atormentado con disensiones internas y hasta Baldivieso llegó a renunciar.[21] Pero este gesto no resolvió el problema. La creciente hostilidad de las bases contra el pacto PS-PRS empezó a llevar a más y más comités regionales a una abierta rebelión contra la dirección de La Paz. A principios de junio, la filial del PS de Oruro decretó que no aceptaría tal pacto con el enemigo, como definió a Saavedra y, en efecto, a fines de ese mes se produjo la ruptura con los líderes de La Paz, declarándolos traidores al movimiento revolucionario y, simultáneamente, atacaron

19 *La Razón*, 26 de mayo de 1936, p. 9.

20 *El Diario*, 26 de mayo de 1936, p. 6, y 20 de mayo de 1936, p. 5.

21 *El Diario*, 23 de mayo de 1936, p. 4.

al gobierno de Toro.[22] Entre tanto, el comité regional de La Paz también había expresado su desacuerdo y en una asamblea especial del partido, el 2 de junio, declaró la invalidez de los pactos suscritos entre los dos partidos. Para muchos observadores, este movimiento no fue hecho solo por razones ideológicas, sino como un deliberado plan para expulsar a los saavedristas del gobierno. Con los pactos políticos anulados, se predecía que Saavedra se vería obligado a recurrir a una acción de fuerza para ver quién contaba con el apoyo de la mayoría del pueblo y, lo más crucial, del ejército.[23]

En principio, parecía que el ejército deseaba impedir una confrontación y pidió a todos los ministros civiles del Gabinete que continuaran en sus puestos.[24] Pero los militares empezaron a sentirse incómodos en presencia del dinámico Saavedra y ante las protestas de los dos ministros del PRS, por lo que el gobierno ofreció a Saavedra el puesto de presidente de la delegación del Tratado de Paz en Buenos Aires, en una obvia jugada de exilio diplomático, pero el viejo y astuto político rehusó ser despedido tan tranquilamente y rechazó el ofrecimiento.[25] Entonces, Saavedra empezó a presionar al gobierno y su PRS realizó manifestaciones masivas en apoyo al partido, que produjeron consecuentes disturbios. También en su periódico, *La República*, Saavedra acusó a los «comunistas» en el gobierno de buscar su destrucción.[26] La actitud de Saavedra y todas las maquinaciones políticas que habían surgido contra la Junta, encolerizaron bastante al más que sincero Busch, quien, sin previo conocimiento de Toro, llevó a cabo un golpe de Estado el 21 de junio. El principal objetivo del golpe fue la deportación de Saavedra y la eliminación del sistema tripartito de partidos civiles y pactos militares, dejando al ejército en libertad para gobernar, con la única ayuda de individuos civiles que no representaran a partidos políticos.[27] Todo este movimiento se produjo sin derramamiento de sangre e indicó, incuestionablemente, que Busch había estado trabajando silenciosamente, a la sombra del gobierno de Toro.

Fue Busch mismo quien emitió un manifiesto a la nación el domingo 21 de julio, justificando la acción del ejército. Sostuvo que, en el movimiento del 17 de mayo, el ejército había buscado la regeneración

22 *El Diario*, 1 de junio de 1936, p. 2, y 19 de junio de 1936, p. 3.

23 *La Razón*, 3 de junio de 1936, p. 4.

24 *El Diario*, 14 de junio de 1936, p. 4.

25 *El Diario*, 11 de junio de 1936, p. 4.

26 Díaz Machicao, 1957, pp. 26-27.

27 *Ibid*., pp. 26-27.

nacional, no el poder mismo, y por eso se había decidido gobernar con los partidos de la izquierda.

> Infelizmente […] la realidad política que encontramos no correspondía a las nobles aspiraciones del ejército. Los partidos de izquierda, unidos por pactos, al parecer sólidamente definidos, no tardaron en romperlos, dándonos el espectáculo de sus apetitos totalmente contrapuestos. En esta inconcebible lucha de primacías y situación de privilegios, ha correspondido al Partido Saavedrista la responsabilidad máxima de lo que ahora acontece.[28]

El ejército, decía Busch, ya estaba harto de las estériles luchas políticas y, ahora, había decidido gobernar solo, sin la ayuda de los partidos políticos, basándose, más bien, «en los excombatientes y el movimiento obrero organizado».[29] Aquí, por primera vez, Busch expuso abiertamente su propio programa, que más tarde intentaría poner en práctica. Impaciente con las maquinaciones políticas, Busch creía que el ejército realmente podría regenerar a la nación con los excombatientes y el movimiento obrero, fuerzas que él descubriría que eran tan difíciles de dirigir como los partidos políticos. El manifiesto continuaba ratificando el apoyo del ejército al régimen de Toro; pedía la futura cooperación de los trabajadores y los veteranos y, en un significativo movimiento, daba a entender la completa disolución del sistema de partidos, al proponer que el gobierno gobernara solo, sin pedir el apoyo o consejo de ningún partido político.[30] Siguiendo tardíamente el ejemplo de Busch, Toro emitió su propio manifiesto a la nación, al día siguiente, declarando que aceptaba llanamente la decisión del ejército en este asunto y pedía a la nación que cooperase con este nuevo gobierno sin partidos.[31]

Si bien Toro, en un comunicado oficial, exoneraba específicamente al Partido Socialista de tendencias subversivas,[32] la expulsión de ese partido del gobierno, por parte de Busch, provocó su rápido declive y pronta defunción. El 23 de junio, Baldivieso renunció a la dirección del partido, acusando tanto al reciente golpe de haber invalidado su cargo, como también al periódico del partido, *La Calle*, que acababa de salir a la luz pública, bajo la dirección de Montenegro y Augusto Céspedes,[33] de

---

28 *El Diario*, 21 de junio de 1936, p. 12.

29 *Ibid*.

30 *Ibid*.

31 *El Diario*, 22 de junio de 1936, p. 5.

32 *El Diario*, 26 de junio de 1936, p. 6.

33 Céspedes, 1956, pp. 149-150.

haberlo difamado a él y a sus políticas.[34] *La Calle*, que había empezado a publicarse en ese mes, continuaría existiendo mucho después de la caída del partido y después del declive político de Baldivieso, y llegaría a constituir un crucial eslabón entre el Partido Socialista de Baldivieso, de corta vida, y los partidos del socialismo boliviano de fines de la década de 1930 y principios de la de 1940. La mayor parte de los miembros del PS también se verían involucrados con estos movimientos posteriores. Sin el apoyo gubernamental y sin definida dirección, el Partido Socialista desapareció silenciosamente del escenario político antes de que concluyera el año.[35]

Desde los primeros días de su mando, el gobierno de Toro exhibió en todas sus diversas acciones una mezcla bizarra de ideologías, personalidades y grupos de interés. En rápidas medidas destinadas a lograr apoyo popular e indicar a la nación que era un gobierno de acción, la administración de Toro emitió una serie de importantes decretos liberales. Finalmente, terminó el estado de sitio de la guerra del Chaco, que había durado cinco años,[36] y el ministro del Trabajo empezó a crear varias importantes comisiones de estudio para elaborar leyes de seguridad social y planes de ahorro para los trabajadores, así como un código laboral completo.[37] El 1 de junio, el gobierno emitió un nuevo decreto de aumento de sueldos para los empleados públicos y particulares, de mayores proporciones que el decreto aprobado por el régimen de Tejada Sorzano.[38] El nuevo ministro de Minas y Petróleo también anunció que, tomando en consideración las recomendaciones de la comisión investigadora del Estado, de 1935, estaba planeando la creación de un Banco Minero, que sería el principal agente de compra de minerales, para la minería pequeña, y el principal instrumento gubernamental de control de la industria.[39]

---

34 *La Razón*, 25 de junio de 1936, p. 5.

35 Uno de los últimos actos del partido fue anunciar su apoyo a la República española, en agosto de 1936. *El Diario*, 4 de agosto de 1936, p. 4.

36 *La Razón*, 24 de mayo de 1936, p. 6.

37 *La Razón*, 31 de mayo de 1936, p. 7; *El Diario*, 6 de junio de 1936, p. 12.

38 *El Diario*, 7 de junio de 1936, p. 7.

39 *Ibid*., p. 6, y 10 de junio de 1936, p. 4. Curiosamente el gobierno también completó el trabajo empezado por Daniel Sánchez Bustamante, en 1930, en el campo de la reforma universitaria, al decretar la autonomía económica de las universidades y restablecer el antiguo Consejo Nacional de Educación. *El Diario*, 2 de julio de 1936, pp. 4-5.

El gobierno, sin embargo, mostró una pizca de autoritarismo y actitud antiobrera, cuando, bajo la dirección de Pedro Zilveti Arce, ministro de Comunicaciones, prohibió el derecho de los empleados públicos de formar sindicatos y declararse en huelga.[40] Igualmente, a fines de junio, el gobierno anunció que estaba considerando un decreto anticomunista y antianarquista de naturaleza extremadamente rigurosa.[41] También se iniciaron conversaciones informales con el Partido Centralista de Aramayo, sobre el ingreso de este último al gobierno.[42] Pero el gobierno tenía que depender demasiado del apoyo obrero para que pudiese llevar a cabo esas medidas, y procedió de forma más silenciosa para reclutar en el gobierno, como asesores, a notables civiles conservadores, e hizo cambios de personal que aminorarían la influencia de la izquierda. Finalmente, en el primer Gabinete organizado después del golpe de Busch, la representación civil en el gobierno se redujo a tres y Baldivieso fue remplazado por el diplomático de profesión, Enrique Finot.[43]

Uno de los problemas más vitales que afectaban a la Junta de Gobierno continuaba siendo el de la inflación. A pesar de todas las medidas en contra, no podía ser detenido el ritmo febril de la inflación, y el ejército comenzó a poner en práctica drásticas operaciones para controlar los precios del mercado, especialmente debido a que este sensible problema no solo afectaba a los obreros y a los excombatientes, que constantemente pedían aumentos y agitaban el asunto, sino también a la vital clase media. Siguiendo el trabajo realizado por Tejada Sorzano, quien había creado la Dirección General de Consumos Nacionales, a principios de 1935, el gobierno de Toro reorganizó esa dirección en un Departamento Especial de Subsistencias, dependiente del Ministerio de Industria y Comercio, y, en junio, agosto, septiembre y octubre, se promulgaron varios decretos contra la especulación y para el control de precios.[44] Finalmente, a principios de julio, el gobierno abrió tiendas de comestibles del Estado, para la venta de artículos de primera necesidad, a precios subvencionados por el gobierno.[45]

---

40 *El Diario*, 14 de junio de 1936, p. 7, y 15 de junio de 1936, p. 5.

41 *El Diario*, 26 de junio de 1936, p. 6.

42 *El Diario*, 30 de junio de 1936, p. 4.

43 Díaz Machicao, 1957, p. 33.

44 *El Diario*, 17 de octubre de 1936, p. 7.

45 *El Diario*, 6 de julio de 1936, p. 4.

En el campo laboral, mientras tanto, Álvarez, por propia iniciativa, estaba llevando a cabo medidas radicales. En julio, inició reuniones regulares con los dirigentes sindicales, organizándolos en una Asociación Nacional Permanente de Organizaciones Sindicales (ANPOS). Se trataba de una especie de comité general, que incluía representantes de todas las FOL y FOT de la nación, y que se encargaría de supervisar el desarrollo del muy discutido decreto sobre sindicalización obligatoria, así como de otras importantes medidas para el movimiento laboral.[46] También sirvió como institución principal para la unificación del creciente apoyo obrero y para preparar el terreno para la creación de la primera Federación Nacional del Trabajo en Bolivia.

En otras acciones, sin embargo, el gobierno era menos sensible a la migración rural y, con el apoyo del ministro Álvarez, el movimiento organizado laboral tuvo éxito en oponerse al flujo de trabajadores inexpertos a los mercados de trabajo. En una medida destinada a obligar a los campesinos vagabundos y veteranos indígenas, que estaban colmando las ciudades, a que regresaran a sus campos o se integraran a la industria, el gobierno decretó el trabajo obligatorio para todos los hombres entre los 18 y 60 años de edad, que estuvieran sanos de mente y de cuerpo. Este decreto estaba destinado a solucionar el problema del crecimiento de la población en las ciudades, como resultado del regreso de los veteranos indígenas de la guerra del Chaco, quienes, por su experiencia en la guerra, simplemente no querían regresar al sistema de castas ni a las condiciones feudales del campo, e invadían las ciudades en busca de nuevas oportunidades y libertad.[47]

Unos pocos de esos inquietos veteranos residían en sus lugares de origen y luchaban por cambios en la organización del sistema agrícola, a través de la autoorganización y el izquierdismo militante, pero ese movimiento estaba limitado únicamente a los colonos quechuas de los valles de Cochabamba, quienes tuvieron éxito en organizar, en 1936, sindicatos campesinos, por medio de los cuales alquilaban, de los terratenientes ausentes, tierras para trabajarlas. El más importante de esos minúsculos sindicatos fue uno que se creó en el monasterio de Santa Clara, propiedad situada en el valle de Cliza, cerca de Cochabamba. Con el firme apoyo de la FOT y de los grupos izquierdistas de Cochabamba, por los cuales estaban representados, y con el benevolente apoyo del gobierno de Toro, estos

46 *El Diario*, 5 de julio de 1936, p. 6.

47 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961, Sección de Prensa del Palacio de Gobierno, 1936, p. 95.

excombatientes colonos quechuas lograron con éxito obtener esas propiedades, en un arriendo por cinco años, para trabajarlas cooperativamente entre ellos, con la posibilidad de prorrogar el arriendo por otros cinco años, si tenían éxito en su misión. El ministro de Agricultura proporcionó a esos colonos ayuda técnica gratuita, mediante un agrónomo residente, y la FOT de Cochabamba les proporcionó un funcionario de enlace. El gobierno también garantizó al monasterio el pleno respeto a la propiedad privada e intervino directamente en las negociaciones del contrato.[48] En resumen, fue una especie de experimento de invernadero, aun si contenía connotaciones radicales, y con la caída de los gobiernos de izquierda a finales de la década, el experimento fácilmente sería suprimido. Tampoco el movimiento de sindicatos campesinos se extendió fuera de la pequeña región de Cliza, al resto del valle o al altiplano aymara. La única expresión de descontento que se manifestó en los años de posguerra fue una gran migración, de los indios más inquietos y más adelantados, hacia las grandes ciudades. De hecho, los años de posguerra, temporalmente, se vieron libres de levantamientos crónicos de indios bolivianos, a pesar del gran número de indios que regresaron de la guerra, después de tres años de entrenamiento en el manejo de armas.[49]

Entre tanto, el asunto más públicamente discutido por el gobierno era el propuesto decreto de sindicalización obligatoria. A fines del mes de julio el ministro de Gobierno, teniente coronel Julio Viera, presentó al gobierno su propia versión de tal decreto, con el respaldo de Javier Paz Campero y Carlos Romero, mientras Álvarez presentaba su propio contraproyecto, defendido por dos consejeros del Ministerio de Trabajo: Ricardo Anaya y José Antonio Arze.[50] La iniciativa de este decreto provino principalmente de la joven oficialidad, que tenía en mente la organización estatal colectiva de Mussolini. Aunque, Álvarez, no había tenido la iniciativa para tal proyecto y no apoyaba la idea de la colectivización, finalmente apoyó el propuesto decreto con la esperanza de aprovecharla

48 *El Diario*, 7 de noviembre de 1936, p. 4.

49 Las estadísticas del gobierno señalan que todas las capitales de departamento, particularmente La Paz y Cochabamba, en la posguerra tuvieron una explosión demográfica de por lo menos un 30%. «Los excombatientes que antes eran agricultores y ganaderos prefieren radicarse en las ciudades y trabajar como albañiles o en otras actividades manuales en las que con los salarios les proporciona una situación bonancible». Se calculaba que la población de La Paz había llegado a 214.000 y la de Cochabamba a 60.000. *El Diario*, 28 de agosto de 1936, p. 7.

50 *El Diario*, 21 de julio de 1936, p. 4.

para sindicalizar a los trabajadores.[51] Poco después de que el Gabinete en pleno debatiera este asunto. *El Diario*, enconadamente, atacó el decreto, calificándolo de peligroso y ridículo, y alegando que Bolivia era un país atrasado, que los obreros no entenderían el significado de sindicalismo y que se pondría un poderoso instrumento en las manos ignorantes de la clase trabajadora.[52]

En una entrevista especial, Álvarez negó que el decreto de sindicalización obligatoria estuviera específicamente destinado a destruir el sistema de partidos políticos. Tampoco, sostuvo Álvarez, estaba destinado a remplazar ese sistema con otro de estructura sindical colectiva, como denunciaban muchos periódicos y mucha gente. Sin embargo, la ley establecería, continuó diciendo, «que la organización sindical será la base para la constitución funcional de los poderes públicos», que él interpretaba como que todos los futuros partidos políticos tendrían que basarse en los sindicatos, en los intereses económicos y sociales de clase.[53]

Tan intensa se hizo la discusión sobre este asunto, que Toro decidió hacer declaraciones públicas al respecto. A fines de julio, Toro habló de la filosofía básica del gobierno que estaba detrás de esta medida y de la estructura general de lo que se llamaba «democracia funcional» –un obvio eufemismo para referirse el Estado corporativo–, aunque en las discusiones raramente se mencionaba a Mussolini o al modelo fascista italiano. Toro observó que

> […] el país atraviesa por un estado de desorganización de sus instituciones y de sus actividades, lo que se debe no solo, a la crisis mundial… sino a la descomposición de nuestros partidos y de nuestras viejas oligarquías y a las emergencias de la guerra del Chaco. El ambiente se caracteriza por la ausencia de grandes agrupaciones sanas, por la inercia de las masas, por el predominio de intereses particulares y por la existencia de pequeñas agrupaciones egoístas que pretenden dominar al Estado y apoderarse, mañosamente, de la dirección de los negocios públicos. La vieja política no ha educado a las masas ni ha creado en ellas la conciencia de sus deberes y de sus derechos cívicos […] Por esta causa no hay verdadera opinión pública y esta se guía por sentimientos aberrantes como el caudillismo, el burocratismo y el regionalismo, perdiendo de vista los grandes intereses permanentes de la nación y la resolución de los problemas sociales, económicos y culturales de Bolivia. La desorganización de los poderes públicos, de las instituciones jurídicas y educativas, la corrupción administrativa y la germinación de agrupaciones que no tienen otra finalidad que la de

51 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961.

52 *El Diario*, 22 de julio de 1936, p. 4.

53 *El Diario*, 25 de julio de 1936, p. 4.

> apoderarse del poder y el Tesoro Público, nos dicen que así no puede subsistir por más tiempo la nación sin correr el peligro de disgregarse en la más espantosa desorganización y anarquía.

Toro propuso como solución a esta catástrofe institucional y moral, y a «los nuevos problemas económicos y sociales que ha planteado el desarrollo de la industrialización moderna», que se llevase a efecto una gran reorganización del Parlamento, con la mitad de la representación proveniente de los nuevos sindicatos y la otra mitad, del proceso electoral tradicional. De esta manera la ciudadanía tendría un voto dual, el voto del público en general y un voto como miembro de uno de los grupos de interés. Todo este proceso, declaró Toro, educaría a las clases populares en la responsabilidad social y haría del Parlamento realmente un reflejo de las realidades socioeconómicas de la nación.

Toro modificó su definición de sindicatos, en un intento de aplacar la creciente oposición de la clase media, y señaló que había varias clases de sindicalismo, desde el revolucionario hasta el cooperativo y mutualista, y que el gobierno no se proponía implantar ninguna marca particular como propia, «ni –declaró– pretende implantar una forma sindicalista que agudice la lucha de clases y cree una atmósfera artificial para los problemas económicos y sociales» de la nación. El gobierno, afirmaba Toro,

> […] quiere sencillamente, aprovechar esta fuerza, encauzarla dentro de ciertos límites, someterla al control del Estado; hacer de ella un elemento de disciplina y educación de las masas; erradicar el caudillismo, la anarquía y la acción extremista, y convertirlas [a las masas] en factores útiles para la resolución de los problemas de la república. No creo que la organización de unos cuantos sindicatos de abogados, médicos, ingenieros, agricultores, zapateros, industriales, comerciantes y obreros, pueda agudizar la lucha de clases, pues estas agrupaciones son profesionales o funcionales y no agruparán a los hombres como capitalistas o como proletarios, sino por sus aspectos técnico y profesional. No cabe la menor duda de que la participación de estos grupos para la solución de ciertos problemas, cuya solución definitiva estará en poder del Estado, será de una gran utilidad y contribuirá a educar a la opinión pública en el conocimiento exacto de los problemas nacionales.

Finalmente, Toro prometió que todo este movimiento, que al principio sería de modestas proporciones, dados los recursos de Bolivia, estaría bajo el cuidadoso control del Estado, quien no permitiría que los sindicatos se sobrepasasen o tratasen de dominar las funciones públicas.[54]

Esta, en esencia y en su forma más articulada, era la filosofía que el pequeño grupo de oficiales jóvenes, políticamente conscientes y avanzados,

54 *El Diario*, 28 de Julio de 1936, p. 10.

propuso para el rejuvenecimiento de la vida nacional y la creación de lo que ellos llamaban una «nueva Bolivia». Es difícil expresar en qué medida Toro había formulado esta doctrina y en qué medida estaría influenciado por el pequeño corro de oficiales que seguían su bandera. No hay duda, sin embargo, de que Toro era ciertamente el portavoz más elocuente de esos hombres y que, en su declaración arriba mencionada, describió las ideas esenciales de ese grupo sobre las causas del fracaso del antiguo régimen, y la solución del corporativismo como remedio a los fracasos estructurales y organizativos de la sociedad boliviana. Ciertamente, la sofisticación de la ideología de esos hombres estaba en agudo contraste con el confuso enfoque pragmático de los «socialistas», en torno a Baldivieso y su partido, y con los tradicionalistas, menos articulados filosóficamente, que rodeaban a Saavedra. Aquí se trataba, en esencia, de la ideología de los pensadores militares avanzados, muchos de los cuales habían recibido algún tipo de adiestramiento en Italia, a fines del decenio de 1920 y principios del decenio de 1930, y su clara concepción de lo aprehendido había sido definido como «Estado socialista». Que Toro fue más un articulador que un firme creyente de tal ideología, lo indican los continuos retrocesos en sus promesas y sus constantes compromisos con los «grupos egoístas» y «oligárquicos» que tanto criticaba. Aunque no hay duda de que esta ideología jugó un importante papel en el gobierno de Toro e hizo mucho para afirmar su tono.

No solo el gobierno de Toro fue atacado por la derecha, debido a su decreto de sindicalización, sino que también empezó a escuchar sordas amenazas de la izquierda, principalmente de los pequeños grupos dentro del movimiento de los excombatientes. La más importante de las organizaciones de posguerra, por supuesto, era la LEC, que, a pesar de varios cambios en su dirección, a fines de 1936 y principios de 1937, continuaba siendo la voz mayoritaria de la masa de veteranos que eran principalmente apolíticos e interesados únicamente en obtener cuantos beneficios pudieran del Estado y en proteger los intereses de los excombatientes en general. Sin embargo, la LEC no fue la única organización de veteranos, porque otros grupos, políticamente orientados, como ANDES (Asociación Nacional de Excombatientes Socialistas), que había jugado un importante papel en la formación de la Confederación Socialista Boliviana, y la Legión Nacional de Excombatientes Socialistas, también hicieron su aparición.[55]

Sin embargo, el grupo de excombatientes que más amenazó al régimen del ejército y al escenario político, en los primeros meses del

55 *El Diario*, 22 de marzo de 1936, p. 6.

gobierno de Toro, fue la, por un tiempo importante, extremista Asociación de Exprisioneros (AEP). Formada por los 15.000 prisioneros de guerra que habían pasado largos años en las prisiones del Paraguay, esta asociación abrigaba una más profunda animadversión por la casta de oficiales que había conducido la guerra, que por los excombatientes que habían permanecido en el frente. Tanto los civiles como los militares prisioneros se habían sentido traicionados por la nación, no solamente por su captura inicial, que en la mayor parte de los casos había sido resultado de la extrema incompetencia del alto mando, que a menudo había perdido tropas a millares en una sola acción, sino también por las dilatadas negociaciones para su retorno, que no concluyeron ¡sino hasta después de un año entero del fin de las hostilidades! En las prisiones, estos hombres habían formado organizaciones que reflejaban esta amargura –los oficiales profesionales en células militares secretas como la Logia Mariscal Santa Cruz y RADEPA, y los civiles en organizaciones tales como la AEP– y, a su regreso a Bolivia, en mayo de 1936, empezaron activamente a agitar el clima político.

A principios de agosto, la AEP hizo circular un manifiesto que desató una tormenta política de grandes proporciones. El manifiesto, en un tono amargo y sarcástico, declaraba que:

> No todos los que estuvieron en el frente de operaciones son bolivianos dignos, no todos los que trabajaron en la retaguardia son indignos; solo un análisis de su comportamiento en el puesto del deber y de la eficacia del trabajo rendido pueden ser determinantes de un veredicto justiciero. En la misma forma, solo con la exposición minuciosa de los motivos que ocasionaron la caída de tan numerosos prisioneros puede establecerse si todos nosotros somos culpables y si todos los que volvieron de la línea son héroes auténticos.
>
> Han sido elementos ignorantes y apasionados, hombres teóricos que manejaban bien la palabra, pero que son nulos en la acción; individuos que han simulado ir a la guerra del Chaco, quienes nos han llamado «traidores»; fueron los admirables cateadores de recomendaciones, los notables ungidos de influencias que se hicieron declarar reservistas en comisión convirtiendo la guerra en turismo, los geniales técnicos insustituibles, los niños bien, emboscados detrás de las bolsas de víveres, mimetizados en transportes, intendencias militares u otros puestos auxiliares, si no formando el coro de ángeles en ciertos puestos de comandos de retaguardia, los que nos llamaron «cobardes».
>
> Los militares sin conciencia del concepto de la propia responsabilidad, los jefes fracasados, los estrategas y tácticos de la simulación, los falsos rompedores de cercos, son quienes dijeron: «se han entregado al enemigo».
>
> Traidores, cobardes, entregadores, así se nos llamó a los prisioneros, toda vez que hubo necesidad de disfrazar la vergüenza de una derrota. Sin embargo, preguntamos nosotros: ¿quiénes defendieron Boquerón sellando una página de legítima gloria en nuestra Historia?

> ¿Quiénes levantaron la muralla de sus pechos palpitantes en Kilómetro 7 y retomaron Alihuatá?
>
> ¿Quiénes se batieron en Nanawa y llevaron la ofensiva sobre Gondra, Rojas Silva, Pirijayo, Rancho 8 y cien fortines más?
>
> ¿Quiénes contuvieron el avance enemigo en Conchitas y coronaron sus esfuerzos en Strongest?
>
> La respuesta, por supuesto, es «nosotros los prisioneros», que representábamos a la vigorosa juventud de la nación y nosotros que fuimos capturados por un ejército enemigo bien comandado. Luego, el manifiesto derivaba de la defensa de los prisioneros de guerra a un riguroso ataque a los que ellos atribuían ser los verdaderos cobardes, enemigos y traidores de la guerra.
>
> Ahora, colocados frente a frente cobardes y valientes, traidores y patriotas, rendidos y seudorrompedores de cercos, podemos reconstruir el pasado y, en la balanza de la justicia, imponer el peso de la verdad histórica.
>
> Bolivia atónita, no se convence aún de su derrota, tener un enemigo amenazante, al pie de las breñas de su cordillera y osando encaramarse a sus faldas, es algo que siempre estuvo fuera de toda posibilidad y hasta de la mera suposición.
>
> Los prisioneros, que hemos sufrido la ausencia del terruño, no estamos satisfechos con la Patria que hemos encontrado: no nos parece la misma; su dolor, su silencio, su pasividad, su indiferencia, desesperan nuestro civismo. Si los exprisioneros guardáramos silencio en este momento histórico, nos sumaríamos a los culpables, aceptando el papel de perdonados.
>
> La Nación entera, a estas horas, debe hallarse pendiente de la palabra de los exprisioneros; han vuelto a la Patria los jefes y oficiales que comandaron a los millares de bolivianos caídos en poder del enemigo; es preciso que el pueblo exija que se vindiquen públicamente ante un tribunal constituido por una representación popular. Hemos partido del principio de que no todos los que retornaron de la línea de fuego son héroes auténticos ni bolivianos dignos, por eso, pedimos un tribunal que sea la expresión de la conciencia ciudadana.

El manifiesto terminaba expresando amargura y desaliento porque los exprisioneros, a su regreso a Bolivia, habían esperado encontrar un líder que cristalizara sus aspiraciones y orientara las ideas que habían emergido de la tragedia chaqueña, pero no habían encontrado nada.[56]

El pedido de un tribunal para que juzgara a los oficiales militares, y específicamente al alto mando, sacudió profundamente a hombres como Toro y Peñaranda, acusados directamente como los culpables en la declaración anterior. Amenazó también a la precaria unidad del ejército, poniendo ante sus ojos el temor de un ataque civil y público, a su honor

56 *El Diario*, 12 de agosto de 1936, p. 4.

y dirección, una de las cosas principales que habían esperado obviar al tomar el poder y dirigir el movimiento de «rejuvenecimiento».

*El Diario* señaló que el pedido de un tribunal de responsabilidades de guerra de la AEP, había causado inusitada agitación en los círculos de la política nacional, pero observaba que no era la primera vez que este pedido se había hecho. Casi desde el final de la guerra, la prensa, las asambleas públicas y las organizaciones de excombatientes habían pedido esas investigaciones; sin embargo, por una u otra razón siempre se las había relegado. El antiguo Congreso se había negado a poner en práctica esas medidas, aduciendo que amenazaría las negociaciones de paz y, con una excusa u otra, desde entonces las investigaciones propuestas habían sido olvidadas. Ahora, declaró *El Diario,* no hay más excusas para su demora.[57]

Pero otros no estaban tan ansiosos para iniciar este potencialmente explosivo proceso, y menos el alto mando. Cuando se le preguntó su opinión sobre este asunto al general Peñaranda, comandante en jefe del ejército, este declaró:

> Creo que, por lo tanto, y mientras se acumule y clasifique toda la documentación necesaria, que permita establecer un juicio sereno y definitivo, es prematuro tratar el complejo asunto relativo a las responsabilidades de la guerra, el cual bien podría, en este momento, generar una enconada y nada provechosa lucha de pasiones; por otra parte, no hay que perder de vista que dicha responsabilidad abarca a la nación entera y arranca de mucho más allá que de la iniciación del conflicto mismo. La guerra ha puesto de manifiesto, de forma inequívoca, el fracaso de todas nuestras instituciones, así como la imprevisión y la irresponsabilidad de nuestros hombres.[58]

No hay duda de que se trataba de una franca amenaza de Peñaranda a los partidos tradicionales, en el sentido de que, si respaldaban tal investigación peligrosa y dañina, entonces ellos, así como el alto mando, sufrirían las consecuencias. El gobierno también contraatacó y anunció que se crearía una comisión para estudiar las acciones de los prisioneros durante su permanencia en el Paraguay, para determinar y juzgar su conducta. Esta actitud era obviamente un contradesafío al manifiesto de la AEP, y el llamado Tribunal de Honor pendía sobre las cabezas de los exprisioneros, como vengativa medida de represalia si ellos tenían éxito en que se llevase a la práctica su propio pedido de crear una comisión investigadora popular de responsabilidades de la guerra.[59]

---

57 *El Diario*, 13 de agosto de 1936, p. 4.

58 *El Diario*, 3 de septiembre de 1936, p. 4.

59 *El Diario*, 26 de agosto de 1936, p. 4.

Sin embargo, en tanto que el alto mando pudiese mantener su control sobre el gobierno, las posibilidades para llevar a cabo tal investigación, especialmente teniendo en cuenta el mismo temor que sentían los partidos tradicionales, hizo que la organización de esa investigación fuese altamente improbable y, con el transcurso del tiempo, el asunto fue eventualmente olvidado.

A pesar de la transitoria excitación causada por las proposiciones de la AEP, la fuerza del gobierno de Toro continuó con su rápido ritmo. Durante los meses de julio y agosto el gobierno continuó aprobando decretos de organización gubernamental y legislación social. Se crearon comisiones especiales de asesoramiento para estudiar los derechos civiles de la mujer y el establecimiento de alcaldes a sueldo, en remplazo del sistema electivo; y los decretos para estos asuntos fueron aprobados en los meses posteriores.[60] El gobierno también anunció proposiciones para un sistema tributario más equitativo, la creación de un Departamento Nacional de Salud y la confiscación de las concesiones petrolíferas que no fueran trabajadas, de acuerdo con los contratos de concesión.[61] El continuo flujo de decretos sobre estos y otros asuntos, estaba destinado a dar al gobierno el aura de una gran fuerza dinámica y revolucionaria, la especialmente creada imprenta del Estado ayudó a propagar esta impresión, mediante la edición constante de literatura promocional sobre el gran trabajo que estaba realizando el régimen militar socialista. Toro fue aún más allá, y realizó conferencias semanales de prensa, para discutir los principales problemas del día con los periodistas, sistema más que nuevo en Bolivia y que fue usado frecuentemente con provecho.[62] A pesar de toda esta febril actividad, poca impresión causó en la opinión pública, porque mucho de la legislación y actividad normativa trajo muy pocos cambios concretos e inmediatos y, aparentemente, el público fue muy apático al régimen.[63]

Pero la oligarquía no se encontraba tan apática y, sintiéndose lo suficientemente amenazada por la nueva situación, dio un marcado respaldo al personalista Partido Centralista de Aramayo, que había sido fundado en mayo. Este apoyo fue claramente demostrado con el nombramiento

60 *El Diario*, 9 de julio de 1936, pp. 4-5, y 23 de octubre de 1936, p. 7.

61 Este último decreto, redujo efectivamente el número de concesiones petrolíferas de 225, con 12.704.875 hectáreas, a 6 con solamente 379.558 hectáreas. *El Diario*, 10 de julio de 1936, pp. 6-7. Para un catálogo de las promulgaciones del gobierno en estos primeros meses, véase Departamento Nacional de Propaganda Socialista, 1937.

62 *El Diario*, 10 de octubre de 1936, p. 7.

63 Díaz Machicao, 1957, p. 39 y ss.

como jefe del partido de Federico Gutiérrez Granier, quien en ese entonces era también presidente de la muy importante Asociación de Industriales Mineros, de la gran minería.[64] En realidad, el Partido Centralista no era otra cosa que un grupo oligárquico de abierta presión, creado para esos tiempos, y no tenía nada de partido político coherente, al viejo estilo. Pero su misma creación y prominencia indicaban que las clases altas y los que controlaban el poder económico desconfiaban de la capacidad de los partidos tradicionales para proteger la estructura socioeconómica establecida por el viejo orden, en la actual situación política de régimen militar. Y no hay duda de que, si algún poder quedaba en los partidos tradicionales, la guerra los había desacreditado tanto, que habían llegado a un estado de franca decadencia de la cual jamás se recuperarían, por lo menos no al estilo de los años de preguerra.

La formación del Partido Centralista y otros posteriores conglomerados y confederaciones de los viejos partidos, en convenio directo y abierto con los antiguos jefes militares de alto rango, y con los industriales y mineros, claramente indicó que la oligarquía en el mundo de posguerra no podría confiar más en la estructura política tradicional. De hecho, desde 1935 hasta 1952, la oligarquía estaría en constante búsqueda para encontrar nuevos órganos políticos capaces de defender sus intereses con la seguridad de los sistemas de preguerra. De esa manera, no solo los partidos políticos de la izquierda y las organizaciones de la clase media estaban en proceso de división y reorganización en la posguerra, sino, también, las altas clases estaban experimentando el mismo proceso, aunque sus últimas resoluciones no demostrarían ser de tanto éxito como aquellas de los otros dos grupos.

En agosto, el Partido Centralista, por medio de las páginas de *El Diario* y *La Razón* empezó a atacar incesantemente la política económica del gobierno de Toro y, especialmente, al ministro de Trabajo, Waldo Álvarez, a quien calificaba de comunista. Denunció que los decretos de aumento de sueldos y el nuevo programa de tributación en proyecto, además de las limitaciones impuestas al sector privado de la economía, estaban lesionando la confianza económica del país. Indicó que el único remedio a esta situación era el establecimiento de un Gabinete de coalición nacional que inspirara confianza tanto dentro del país como fuera.[65]

---

64 *El Diario*, 26 de mayo de 1936, p. 5, para su asociación minera, y *El Diario*, 30 de agosto de 1936, p. 6, para la secretaría de su partido.

65 *Ibid*.

Por un tiempo, Toro pudo resistir esta presión, especialmente porque varios de sus ministros estaban en íntimo contacto social y económico con la oligarquía, y, a principios de septiembre, adelantó su legislación de emergencia económica, incluyendo un aumento del 10% a la cantidad de divisas que los mineros debían entregar al gobierno.[66] Pero la crisis económica continuó inalterable y aún más intensa. Toro, en una reunión especial de prensa para explicar la situación económica, afirmó que la presente deflación del peso boliviano, que tanto se había acelerado en las últimas semanas, era únicamente un problema psicológico, puesto que la economía se mantenía básicamente firme. Luego, enumeró todas las acciones del gobierno para restringir el intercambio de transacciones y los nuevos arreglos para las amortizaciones de los grandes empréstitos y otras medidas para restaurar la confianza. Finalmente, apeló a la ayuda de la prensa para resolver este problema, esencialmente psicológico, haciendo un inusual llamado para que esta informara a la nación sobre la verdadera estabilidad de la economía.[67] Y en un intento de aliviar la presión de los centralistas, el gobierno también anunció, el 16 de septiembre, un decreto especialmente anticomunista, lleno de hermosas amenazas, pero que no produjo ningún cambio, especialmente en lo que concernía al movimiento de la extrema izquierda.[68]

Entre tanto, el gobierno seguía con su febril ritmo. Se establecieron más comisiones, una de las cuales era para estudiar la cuestión de la reforma agraria –comisión que por supuesto jamás fue formada, aunque se decía que los latifundistas no serían grandemente afectados–,[69] y otra más importante para preparar una nueva Constitución para Bolivia.[70] En octubre llegó al país una misión italiana para adiestrar y reorganizar la policía nacional (carabineros), modelándola exactamente como la organización italiana,[71] y mucha gente opinó que era una medida de simpatía del gobierno hacia la Italia de Mussolini –el ejército con anterioridad había enviado un considerable número de cadetes pilotos a Italia para un adiestramiento de largo tiempo. En octubre, nacieron nuevas comisiones y proposiciones, y una debía establecerse para estudiar los fraudes de los

66 *El Diario*, 8 de septiembre de 1936, p. 5.

67 *Ibid*., p. 4.

68 *El Diario*, 22 de septiembre de 1936, p. 6.

69 *El Diario*, 23 de septiembre de 1936, p. 5.

70 *El Diario*, 1 de octubre de 1936, p. 4.

71 *El Diario*, 20 de octubre de 1936, p. 6.

contratos de guerra;[72] además, la comisión de reforma constitucional fue formalmente organizada, con Vicente Mendoza López y el íntimo amigo de Toro, Javier Paz Campero (abogado de Hochschild), que fueron los dos nombramientos más importantes en la comisión.[73] Finalmente, se declaró un impuesto moratorio a las nuevas construcciones urbanas y se adoptaron otras nuevas medidas económicas.[74]

Aparte de los asuntos económicos y otros, el gobierno también empezó a avanzar en la cuestión de la política en general. La organización final de la comisión de reforma constitucional, en octubre, fue el paso principal hacia la reestructuración definitiva, propuesta a la nación en el mes de mayo y, Toro, a principios de noviembre, en una de sus conferencias de prensa, indicó que el gobierno estaba a punto de llevar a cabo el próximo gran paso hacia la normalización e institucionalización de su programa de Estado Socialista, convocando a una Asamblea Constituyente tan pronto como la comisión de reforma constitucional hubiese completado su trabajo. En línea con los anteriores pronunciamientos. Toro declaró que el nuevo Congreso estaría formado por el 50 por ciento de sus miembros elegidos por voto popular y el otro 50 por ciento, directamente por los sindicatos. Indicando que estas eran proposiciones concretas, el presidente se comprometió a llamar a elecciones congresales en febrero de 1937.[75]

En medio de estos acontecimientos, nuevos rumores empezaron a circular en el sentido de que Aramayo, representando a su Partido Centralista, mantenía conversaciones con el gobierno, con la idea de una posible acción unida entre ambos,[76] y mientras el gobierno, oficialmente, negaba estos rumores,[77] aprovechó la disensión del movimiento laboral, para del Ministerio de Trabajo expulsar al duramente atacado Waldo Álvarez, juntamente con muchos de sus amigos de la extrema izquierda.

Desde los primeros días del régimen de Toro, Álvarez había sostenido que él simplemente representaba a la FOT en el gobierno, y que podría permanecer en sus funciones solo hasta que el movimiento obrero continuase apoyándolo. El movimiento obrero le concedió su apoyo desde el comienzo mismo de su ministerio. Durante el desempeño de su función,

72 *El Diario*, 25 de octubre de 1936, p. 7.

73 *El Diario*, 29 de octubre de 1936, p. 5.

74 *El Diario*, 30 de octubre de 1936, p. 7.

75 *El Diario*, 3 de noviembre de 1936, p. 5.

76 *El Diario*, 7 de noviembre de 1936, p. 4.

77 *La Razón*, 19 de noviembre de 1936, p. 4.

varios sindicatos individuales y la FOT reiteraron constantemente la confianza en su gestión.[78] Posteriormente, Álvarez empezó a sostener que, tan pronto como se convocara un congreso nacional del movimiento obrero, para nombrar a su sucesor, él renunciaría a sus funciones, puesto que, a pesar de su gran actividad y logros, continuamente estaba enfrentando la hostilidad del resto del Gabinete y la indiferencia inherente a Toro.[79]

A pesar de esta hostilidad e indiferencia, Álvarez, en los cinco meses de su mandato, llevó a cabo importantes trabajos. En primer lugar, organizó el ministerio, y convirtió el antiguo Departamento General de Trabajo, de un organismo de tipo judicial, en un ministerio activo, con operaciones ejecutivas en el campo de la legislación laboral, así como con importantes tareas de investigación.[80] Creó comisiones de estudio para elaborar una legislación nacional de seguridad social y planes de ahorro de los trabajadores; cumplió tanto como le fue posible con el decreto de sindicalización obligatoria y también estableció estrechos lazos entre el ministerio y el movimiento obrero. Durante su mandato, Álvarez se rodeó de todos los más importantes dirigentes obreros, tanto de La Paz como de otras ciudades principales, organizando, en el marco de la ANPOS, conferencias especiales sobre importantes problemas de los trabajadores, a las cuales fueron invitados no solamente todos los dirigentes sindicales, sino también muchos de los principales intelectuales de la extrema izquierda de la nación.[81]

Álvarez también fue efectivo en los asuntos intergubernamentales, y su valiente oposición, en julio, eliminó con efectividad el riguroso decreto anticomunista y antianarquista.[82]

---

78 Para el apoyo de los choferes y gráficos, véase *El Diario,* 19 de junio de 1936, p. 7; para el de los fabriles, véase *El Diario*, 22 de junio de 1936, p. 4, y el de la FOT local, *La Razón*, 25 de junio de 1936, p. 8.

79 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961.

80 La Dirección General del Trabajo había sido creada por Saavedra, a principios del decenio de 1920, para tratar los casos de indemnización y accidentes de trabajo de los obreros, y hasta 1936 había operado casi exclusivamente como una corte administrativa. Ahora constituía el brazo administrativo del nuevo ministerio, a cuyo cargo estaba una serie de funciones administrativas y de organización laboral, pero también se encomendó a este organismo la ejecución del primer censo industrial y, posteriormente, la elaboración de un Código del Trabajo. Véase, por ejemplo, *El Diario*, 7 de julio de 1936, p. 12.

81 Tanto Ricardo Anaya como José Antonio Arze, junto con otros radicales de Cochabamba, dictaron conferencias a los dirigentes obreros en esta reunión. Véase, por ejemplo, *El Diario*, 11 de julio de 1936, p. 4.

82 *El Diario*, 6 de julio de 1936, p. 4.

A principios de julio de 1936, Álvarez, con la ayuda de Ricardo Anaya, de José Antonio Arze, del líder obrero (y posteriormente líder del Partido Comunista) Fernando Siñani, del director general de Trabajo, Alberto Mendoza López, y del socialista Baldivieso, llevó a cabo una gran gira por todos los principales centros obreros de la república para discutir los problemas con los sindicatos locales.[83] Reaccionó favorablemente a las peticiones de los sindicatos locales, tales como las demandas de la FOT de Oruro para la sindicalización de los agricultores y el fin del sistema del pongueaje, que condujo al gobierno a prometer el establecimiento de una comisión de estudio para la reforma agraria, una ley para obreros agrícolas y el fin del pongueaje;[84] también reaccionó positivamente a las demandas del sindicato minero de Oruro, para hacer posible el cambio del jefe local del Departamento de Trabajo y el fin de los sindicatos organizados por las compañías –como se había prometido en el decreto de 1928–, así como realizar hospitales en las minas y una serie de beneficios de salud y seguridad social.[85]

Entre tanto, Álvarez también estimuló activamente la organización de un congreso nacional que diera nacimiento a una permanente y unida confederación que abarcaría a todas las FOT reconstruidas y rejuvenecidas en la posguerra. Este movimiento de unificación ganó fuerte apoyo y debido a su importancia, distinguiéndolo de los cuatro anteriores congresos de obreros, que eran considerados de menor importancia, los dirigentes laborales decidieron convocar el Primer (quinto, en los hechos) Congreso Nacional de Trabajadores.

Este congreso, el más grande en la historia de Bolivia hasta ese entonces, inauguró sus sesiones a fines de noviembre, en Oruro, con la representación plena de todo el movimiento laboral, así como de todos los partidos políticos de la izquierda. Asistieron hombres como Ricardo Anaya y su Grupo Izquierda, de Cochabamba; José Aguirre Gainsborg y algunos de los adherentes de su antiguo POR; también fueron numerosos los socialistas moderados, anarquistas de la FOL de La Paz y, aun, republicano-socialistas.

Durante un tiempo, los socialistas moderados, como Fausto Reinaga y Carlos Montenegro, se unieron con viejos dirigentes obreros saavedristas, como Julio Lara (quien representaba a la FOT de La Paz), para atacar a

83 *El Diario*, 13 de julio de 1936, p. 4.

84 *El Diario,* 23 de agosto de 1936, p. 3; 30 de agosto de 1936, p. 3, y 31 de agosto de 1936, p. 4.

85 *El Diario*, 24 de octubre de 1936, p. 5.

José Aguirre Gainsborg y otros de la extrema izquierda, en un intento de excluirlos de las deliberaciones, pero Álvarez y otros pudieron impedir que esta lucha destruyera la convención.[86] Sin embargo, estas divisiones políticas e ideológicas fueron lo suficientemente fuertes como para impedir que la convención llegara a un acuerdo para la sucesión de Álvarez, a pesar de varias acaloradas votaciones.[87] El 28 de noviembre, en la víspera de la convención, Álvarez presentó su renuncia al gobierno de Toro,[88] y con anterioridad y posterioridad a esta renuncia, una serie de nombres fueron presentadas a la convención, por las varias federaciones locales, empero, con muy poco resultado.[89]

Pero el congreso realizó mucho en otros ámbitos. En los cinco días agitados del congreso, los cien delegados discutieron una serie de tópicos que afectaban al movimiento obrero boliviano, desde pronunciamientos contra el imperialismo extranjero y sus filiales internacionales, hasta los problemas de salarios, delegados sindicales, y el establecimiento de una Confederación Nacional.[90] En las primeras sesiones, los trabajadores aprobaron determinaciones solicitando al gobierno la conclusión de la ayuda financiera a la Iglesia católica y la nacionalización de las pertenencias petrolíferas de la Standard Oil Company. Demandaron seis horas diarias de trabajo para los obreros mineros, y siete u ocho horas para otras industrias, así como el cumplimiento de los decretos, elevando los salarios. Finalmente, propusieron un plan de vacaciones pagadas de quince días para todos los trabajadores.[91] En las últimas sesiones, se aprobaron escalas de salarios mínimos para todas las industrias, se discutieron leyes de protección para los inquilinos y se consideraron otros asuntos prácticos.

El evento más importante de todas las sesiones fueron los debates sobre la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), o sea la propuesta confederación nacional. Si bien la descripción y la organización de la propuesta confederación había sido aceptada de antemano por el movimiento

86 Lora, 1960, pp. 51-54.

87 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961; Barcelli, 1956, p. 145.

88 *El Diario*, 29 de noviembre de 1936, p. 7.

89 Véase *El Diario*, 26 de noviembre de 1936, p. 3; 29 de noviembre de 1936, p. 6, y 30 de noviembre de 1936, p. 2.

90 Véase descripción del programa en *El Diario*, 24 de noviembre de 1936, p. 5. El gobierno prestó ayuda financiera para la organización de la convención y proporcionó gastos de viaje para cien delegados. *El Diario*, 26 de noviembre de 1936, p. 7, y 30 de noviembre de 1936, p. 5.

91 *El Diario*, 2 de diciembre de 1936, p. 4.

obrero, las cuestiones cruciales de su participación política y las afiliaciones internacionales fueron dejados para que la convención, en asamblea, decidiera sobre tablas. Al principio, los dirigentes obreros de la vieja línea propusieron la posición apolítica, en conformidad con los conceptos y prácticas de preguerra, pero la convención rechazó la propuesta y anunció que la política de la nueva CSTB y de todo el movimiento laboral sería el mantenimiento de estrecha y constante relación con los partidos de izquierda, como había ocurrido en la ciudad de Oruro y especialmente en Potosí,[92] esto es, para formar con dichos partidos el Frente Popular de Izquierda. También se acordó buscar afiliaciones internacionales[93] y, dos años más tarde, la CSTB se unió, como miembro fundador, a la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), de extrema izquierda, y auspiciada por México, que fue organizada bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano.[94]

Respecto al inmediato asunto político de elegir al sucesor de Álvarez, la convención estaba en completo desacuerdo, y mientras un candidato auspiciado por Oruro, eventualmente, iba ganando mayoría de votos, después de muchas elecciones, muchas de las FOT locales desaprobaron su candidatura, surgió una serie de acusaciones y contracusaciones entre las diferentes delegaciones y dirigentes obreros, cada uno acusando al otro de falta de cooperación y de tener designios destructivos para el movimiento obrero.[95] En este punto, tras el completo desacuerdo y división de los trabajadores, sobre el nombramiento del sucesor del cargo de Álvarez, que Toro había prometido entregar al candidato elegido por los obreros, el astuto Toro dio un paso a la derecha. Fuertemente presionado por la oligarquía, sobre el asunto candente de los radicales del Ministerio de Trabajo y una serie de asuntos económicos, se aprovechó de las divergencias obreras para apoyar a un hombre no obrero para tal ministerio. Su designación recayó en Javier Paz Campero, principal abogado de los intereses mineros de Hochschild, y elemento socialmente simpático para la oligarquía.[96]

---

92 En Potosí existía un Frente Unido de la Izquierda, que había sido organizado por izquierdistas radicales como Abelardo Villalpando, miembro del PCB y ahora rector de la Universidad de Potosí y la FOT local, y este tipo de relación existió también, en pequeña escala, en Oruro. El Frente de Potosí notablemente tuvo larga existencia y estuvo estrechamente ligado a los intelectuales de la extrema izquierda y a los mineros del Cerro Unificada, que, recíprocamente, se respaldaron durante muchos años.

93 *El Diario*, 3 de diciembre de 1936, p. 5.

94 Barcelli, 1956, p. 146.

95 *El Diario*, 4 de diciembre de 1936, p. 5.

96 Entrevista con Waldo Álvarez, 11 de octubre de 1961; Díaz Machicao, 1957, pp. 40-41.

Inmediatamente después del nombramiento del nuevo ministro, los izquierdistas radicales fueron retirados del ministerio,[97] y la organización de la ANPOS, las conferencias, así como otras actividades del régimen de Álvarez quedaron anuladas, lo que llevó a este ministerio a la armonía política con el resto del gobierno, con gran satisfacción de la oposición derechista.[98] Sin embargo, en términos de legislación básica, gran parte de los trabajos iniciados por Álvarez, sobre seguridad social y planes de ahorro de los obreros, fueron continuados con éxito por el nuevo ministro. De esta manera, Toro finalizó 1936, aparentemente, aplacando una de las críticas más violentas de la derecha, y sin una rebelión de la izquierda, que aún consideraba a Toro altamente favorable a sus intereses. Sin embargo, este equilibrio no podía durar indefinidamente, debido al permanente problema de la inflación y a la falta de cumplimiento de sus decretos, además de gobernar sin partido político, lo que no producía ningún cambio fundamental. Entre tanto, Germán Busch, el hombre reticente que estaba detrás del trono, continuaba ejerciendo su autoridad sobre el ejército, desde su alta posición en el Estado Mayor General.

En enero y febrero de 1937, los partidos políticos tradicionales dieron muestras de reanudar sus actividades después de un largo periodo de inacción, preparándose para las futuras elecciones parlamentarias. A principios de enero, con el permiso del gobierno, el Partido Republicano Socialista realizó una gran reunión con más de cien personas asistentes a las sesiones. En ausencia de su jefe titular, Bautista Saavedra, que aún seguía en el destierro, el consejo nacional aceptó la renuncia de Román Paz, como secretario general, y eligió a Pedro Zilveti Arce en su remplazo, con Edmundo Vásquez, como segundo en el mando. Entre otros elegidos para el consejo, figuraron el presidente de la FOT, Julio Lara, Roberto Jordán Pando, Waldo Belmonte Pool y otros leales al partido.[99]

Los genuinos también comenzaron a reorganizar sus filas y, a principios de febrero, su máximo dirigente, Demetrio Canelas, escribió una

97 *El Diario*, 1 de febrero de 1936, p. 5.

98 Véase editorial en *El Diario*, 19 de enero de 1936, p. 6. El discurso de Toro, de toma de posesión del nuevo ministro, causó verdadero deleite en *El Diario*, porque Toro, aparentemente, acusó al anterior ministro de haber acentuado la lucha de clases y expresó su creencia de que el Ministerio de Trabajo serviría como fuerza conciliatoria entre el capital y el trabajo, en lugar de ser partidario de uno u otro lado. De acuerdo con el periódico, este discurso fue un «rudo golpe» a los extremistas que deseaban radicales cambios socioeconómicos.

99 *El Diario*, 12 de enero de 1936, p. 6.

carta al ministro de Gobierno, solicitándole garantías constitucionales para realizar una convención nacional del partido.[100] Canelas tuvo que esperar varias semanas para obtener respuesta del ministro, teniente coronel Julio Viera, pero cuando ella se produjo no fue otra cosa que un documento completamente mordaz. El coronel Viera había estado en el Gabinete desde el comienzo del gobierno de Toro y parecía ser el político más astuto y experto de los militares, y en su respuesta resumía la actitud de uno de los militares más doctrinarios del ejército, respecto a los partidos políticos tradicionales y a los objetivos del gobierno de Toro. La «revolución socialista de mayo, valientemente purificada en junio», afirmó Viera, representa la creación de un verdadero Estado socialista que busca grandes objetivos para establecer la «economía boliviana sobre la base de la justicia social» y la institucionalización de estas nuevas formas, para llevar el bienestar económico a las mayorías, sobre los pequeños intereses de la *rosca* y las facciones egoístas.

> En consecuencia, el gobierno, cuyos intereses se arraigan en la urgencia de reestructurar la nación dentro de sus propias realidades, de acuerdo con los postulados socialistas invocados por el ejército al asumir el poder, busca en las fuerzas políticas de verdadera orientación socialista la colaboración y el apoyo que necesita para realizar su programa de acción regenerativa, y no en grupos antagónicos que pertenecen a la demagogia y al caudillismo tradicional del pasado […] El gobierno militar y su política significan, dentro de su periodo histórico, la conclusión del pasado vergonzoso, y la muerte y liquidación de los viejos partidos que precipitaron la bancarrota moral y económica del país.
>
> Por lo tanto, el ministro de Gobierno considera que ellos [los partidos políticos tradicionales] no existen en Bolivia…[101]

El ministro concluyó su respuesta haciendo notar que el gobierno concedería garantías políticas a todos los partidos de la izquierda, pero no a los tradicionales «que no existen».

Si bien este lenguaje era extremadamente duro, representaba cabalmente la opinión del comando militar, especialmente de los hombres que estaban estrechamente ligados a Busch. En realidad, esto de ningún modo significaba el fin de la influencia de la oligarquía en el gobierno –fin que estaba muy lejos–, más bien indicaba el intenso odio contra los viejos políticos y sus partidos manchados por la guerra del Chaco. Y este odio pronto llegaría a su punto más álgido, que haría imposible la continuación de los

100 Canelas, 1958, pp. 55-56.

101 *Ibid*., pp. 57-59.

partidos políticos tradicionales en sus formas de la preguerra. En cuanto a la declaración de Viera, y a pesar de haber provocado violentas respuestas de la prensa tradicional, de todos modos, constituyó un desaliento a la transitoria efervescencia de la actividad de los partidos tradicionales.

Otro factor que inhibió la actividad política fue la constante demora en convocar a elecciones para la Asamblea Constituyente. En los dos primeros meses del nuevo año, Toro promovió las actividades de la comisión de reforma constitucional, pero no hizo nada en concreto para fijar la fecha de las elecciones que había prometido que serían para febrero. La comisión misma, bajo la dirección de Vicente Mendoza López, estaba intentando amalgamar todas las diferentes corrientes ideológicas concurrentes en el nuevo gobierno, dentro de una Constitución coherente. Se contemplaba una clase de Estado corporativo-sindical, injertado en el viejo sistema político.[102] Junto con el trabajo de la comisión, de mucha publicidad, el gobierno de Toro, en el nuevo año, también mantuvo un constante flujo de medidas legislativas sobre la situación económica y, como siempre, revisó planes o creó nuevas comisiones de estudio.

Pero, a pesar del torrente de palabras que salía del palacio de gobierno, aparentemente nada en concreto sucedía y muchos dirigentes se impacientaban por la falta de verdadera vitalidad en el gobierno o de sustanciales cambios en la situación económica. También estaban encolerizados por la dilación de Toro en asuntos como el de la convocatoria a Asamblea Constituyente. Esta creciente impaciencia se reflejó a principios de marzo, cuando Busch presentó su renuncia como jefe del EMG.[103] Los oficiales del ejército en el Chaco rápidamente cablegrafiaron a Busch ofreciéndole su apoyo y pidiendo que no fuera removido del cargo, en tanto que la respuesta inmediata del gobierno fue rechazar la renuncia de Busch.[104] La renuncia de Busch equivalía a un voto de desconfianza al gobierno, y el régimen de Toro se sacudió considerablemente con esa actitud. Mientras Busch era persuadido para continuar en el cargo, con insistentes súplicas y promesas, el gobierno se dio cuenta de que, si no realizaba alguna acción dramática y de resultados influyentes, tendría que hacer frente a un golpe de Estado. Busch retiró su renuncia por esta vez; pero en la próxima no haría pública su oposición al gobierno, sino que simplemente actuaría.

---

102 *El Diario*, 28 de enero de 1937, p. 4 y 2 de febrero de 1937, p. 6.

103 *El Diario*, 3 de marzo de 1937, p. 6.

104 *El Diario*, 8 de marzo de 1937, p. 2, y 4 de marzo de 1937, p. 7.

La primera actitud de la administración momentáneamente rejuvenecida fue en verdad pasmosa, pues el 13 de marzo, justamente diez días después de la amenaza de renuncia de Busch, ¡el gobierno de Toro anunció la confiscación de las propiedades de la Standard Oil Company de Bolivia! Sacudido desde sus raíces, el régimen de Toro, bajo la dirección del ministro de Trabajo, el derechista Javier Paz Campero, había llevado, finalmente, a una abrupta conclusión el largo camino del litigio contra la Standard Oil Company, que se había iniciado en 1935, en el gobierno de Tejada Sorzano, y que, desde entonces, silenciosamente languidecía en los tribunales. Este decreto verdaderamente histórico, que antecedió por solo un año a la acción similar, aunque de mucha mayor envergadura, del gobierno mexicano, declaraba:

> Se resuelve:
>
> El Gobierno declara la confiscación de todas las propiedades de la Standard Oil Company de Bolivia, dentro de la República, por comprobada defraudación de los intereses fiscales [del Estado].
>
> Todas las pertenencias de la mencionada compañía, que se encuentren en territorio boliviano al tiempo de dictarse la presente Resolución, pasan a propiedad del Estado.
>
> Hasta que el Gobierno crea conveniente, la entidad oficial Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) se hará cargo de la administración y manejo de todas las pertenencias de la Compañía, que, en virtud del decreto de confiscación, pasa a poder del Estado.[105]

El gobierno se basó en la cláusula número 18 para sorprender a la Standard Oil Company con esta confiscación; cláusula contenida en el contrato Richmond Levering, de 1920, que en parte estipulaba que:

> Si durante la ejecución del contrato el Gobierno se queja de que algo, en su concepto, constituye incumplimiento [del contrato] se dará aviso a los capitalistas, quienes desde ese momento tendrán un término máximo de seis meses para corregir la causa que motiva la queja; en caso de no hacerlo dentro de ese plazo, el Gobierno estará en el derecho de declarar la caducidad, abrogación o modificación del contrato, que también ocurrirá administrativamente por cualquier defraudación de los intereses fiscales. La caducidad del contrato significa para los capitalistas la pérdida de todos sus derechos a las pertenencias de la compañía, que quedarán en exclusiva posesión del gobierno.[106]

La Standard Oil Company estaba atada a este contrato por subsecuentes acuerdos, ya que se había hecho cargo de las concesiones de Levering, con

---

105 *El Diario*, 16 de marzo de 1937, p. 7.

106 Muñoz Reyes, 1937.

el consentimiento del gobierno boliviano. El gobierno de Toro demostró –a través de contundentes documentos y de lo que la compañía misma inadvertidamente admitió– que la Standard Oil había producido petróleo en 1925, 1926 y 1927, y lo había enviado a través de sus oleoductos privados y secretos a la Argentina, mientras que públicamente afirmaba, en sus informes al gobierno, que no se había producido petróleo en esos años.

El gobierno de Siles, entre 1927-1928, demandó que la Standard Oil Company de Bolivia pagara nuevos y más altos impuestos al gobierno boliviano debido a que la compañía, de acuerdo con fuentes de información del gobierno, producía petróleo en sus concesiones. La compañía, sin embargo, se negó a pagar esas sumas, indicando que hasta 1928 aún no se había producido petróleo, declaración que repitió en varios documentos dirigidos al gobierno. Sobre la base de las aseveraciones de la compañía, y después de largas negociaciones, el gobierno obligó a la Standard a pagar impuestos por la producción de petróleo, en enero de 1930.

Bajo el impacto de las acusaciones formuladas en el Parlamento argentino, durante la guerra del Chaco, y de la consiguiente investigación del gobierno de Tejada Sorzano, respecto a un oleoducto secreto que había estado en operaciones desde 1925 y por el que, supuestamente, se habían embarcado unos 9.000.000 de barriles de petróleo a la Argentina, sin conocimiento o consentimiento del gobierno boliviano, durante un periodo de diez años, la compañía oficialmente respondió, en octubre de 1935, negando las acusaciones. La compañía sostuvo que el oleoducto en cuestión había existido, pero solo por tres años (1925-1927) y no por diez, y que solo se había embarcado un total de 704 barriles de petróleo, desde sus campos en Bolivia, a un lado del río Bermejo, al otro lado argentino, para ser empleados en trabajos de perforación. Sin embargo, al admitir esto, la compañía olvidó sus afirmaciones de 1928. El 22 de octubre de 1935, Tejada Sorzano oficialmente había iniciado un proceso de investigaciones sobre todo este asunto, y, mientras el oleoducto no fue encontrado por los inspectores, la compañía presentó documentos para demostrar que solo pequeños embarques se habían hecho a través de un oleoducto provisional, el cual existió por los tres años ya declarados.[107]

Con la dirección de Jorge Muñoz Reyes, director general del Ministerio de Minas y Petróleo, ingeniero recientemente graduado en Berkeley, el ministerio estudió cuidadosamente el contrato y, empleando solo las abiertas admisiones de la compañía, demostró que los contratos de 1920 y 1922

107 *Ibid*., pp. 2-7; ver también Montenegro, 1938.

habían sido violados en varias formas: a saber, por no haber presentado los planes del oleoducto al gobierno, como debía hacerlo; al no pagar el 11% de los impuestos fiscales por el embarque de 704 barriles que, secretamente, fueron trasladados a la Argentina; al admitir que había producido petróleo entre 1925 y 1927, cuando la compañía había sostenido ante el gobierno, en los años de 1927 y 1928, que no había habido producción; y, finalmente, al verificar cuidadosamente, en los documentos que la misma compañía había presentado, que la cifra de 704 era falsa, y que, por sus propios cálculos, ¡alcanzaría a 1360 barriles![108]

En resumen, sin tratar aún de probar las grandes acusaciones de la exportación secreta, en plena guerra con el Paraguay, el gobierno, de modo técnico y extremadamente meticuloso, demostró que la compañía había violado, por propia admisión, varias de las cláusulas del contrato. De esta manera, y sin considerar la cantidad de la suma involucrada, la compañía era culpable de defraudación al Estado, por lo cual se la penaba, de acuerdo con sus contratos de 1920-1922, con la completa reversión de sus bienes al Estado, y el único recurso contra esta acción sería la apelación ante la Corte Suprema de Bolivia. Obviamente, todo este cuidadoso trabajo de investigación de Jorge Muñoz Reyes y sus ayudantes habría sido archivado si el ministro de Toro no se hubiera visto en una encrucijada política y buscado cualquier medio a su alcance para salvar a su gobierno. La reversión de las concesiones de la Standard Oil Company de Bolivia fue, indudablemente, la acción más dramática y popular del gobierno de Toro, y de la cual los nacionalistas, tanto de la derecha como de la izquierda, se sentirían orgullosos desde entonces. Tampoco se pone en duda que, con esta medida, Toro dio un nuevo aliento de vida a su gobierno.

En consonancia con este nuevo y desesperado intento de reforzar su régimen por todos los medios posibles. Toro se dio a la tarea de encontrar una alternativa a su dependencia del ejército, mediante la organización de un partido político civil nacional que diera apoyo popular a su régimen. A principios de abril empezaron a circular noticias de un Partido Socialista de Estado. El 7 de abril, en presencia del ministro de Gobierno, teniente coronel José Viera, se estableció la filial de este partido en Cochabamba, bajo la dirección de Arturo Urquidi, Jorge Antezana, los hermanos Capriles y otros.[109] A su retorno a La Paz, el teniente coronel Viera declaró, con franqueza, que

108 Muñoz Reyes, 1937, pp. 8-10. Ver también entrevista con Jorge Muñoz Reyes (entonces, rector de la Universidad Mayor de San Andrés, hasta 1964), enero de 1961.

109 *El Diario*, 8 de abril de 1937, p. 2.

el gobierno apoyaba oficialmente a esa nueva organización, aun al punto de estimular a los empleados públicos a unirse a ella, e implícitamente dijo que el gobierno, al apoyar a este nuevo partido, impediría a otros partidos políticos operar abiertamente en la campaña electoral.[110]

Entre tanto, se envió a otros ministros del Gabinete a toda la república, para que crearan comités locales del PSE. A principios de mayo, el ministro de Educación, teniente coronel Alfredo Peñaranda, habló en una reunión especial de organización del Partido Socialista de Estado en Sucre, donde los principales asistentes eran grupos de trabajadores locales, empleados públicos y miembros del antiguo Partido Socialista de Baldivieso.[111] Tan rápido fue el progreso de esa organización impulsada por el gobierno que, a mediados de mayo, vio llegada la hora de organizar un comité nacional. El comité honorario ejecutivo incluía prácticamente a todo el Gabinete, así como a Toro, al general Peñaranda y algunos de los principales socialistas de Baldivieso. El comité ejecutivo de operaciones, sin embargo, estaba mayormente compuesto por figuras políticamente desconocidas.[112]

Paralelamente a estos movimientos, Vicente Mendoza López intentaba la organización de un Partido Socialista Revolucionario, de su propia factura, pero en armonía con el partido gubernamental.[113] A este nuevo grupo, muchos de los viejos elementos socialistas de Baldivieso le dieron su apoyo, después de abandonar a su viejo líder José Tamayo. Poco después, estos elementos se unieron con Max Atristaín y Augusto Guzmán, para ayudar a formar una entidad aún más grande, llamada Frente Institucional Socialista, bajo la dirección de Mendoza López.[114] Entonces, con este importante respaldo político detrás de él, Vicente Mendoza López –que, obviamente, había estado maniobrando esos grupos transitorios, para darse a sí mismo suficiente fuerza como para infiltrarse en el débil partido auspiciado por Toro y tomarlo para sí– firmó un pacto de unificación con el novel Partido Socialista de Estado.[115] La importancia que habría podido tener este partido, especialmente cuando la CSTB, tentativamente, estaba considerando la posibilidad de respaldarlo con el movimiento obrero,[116]

110 *El Diario*, 10 de abril de 1937, p. 7.

111 *El Diario*, 5 de mayo de 1937, p. 2.

112 *El Diario*, 16 de mayo de 1937, p. 6.

113 *Ibid*.

114 *El Diario*, 4 de junio de 1937, p. 7, y 8 de junio de 1937, p. 7.

115 *El Diario*, 10 de junio de 1937, p. 4.

116 *El Diario*, 13 junio de 1937, p. 6.

nunca será conocida, pues, con la caída del gobierno de Toro, todo ese movimiento embrionario colapsó.

A pesar de la confiscación de la Standard Oil Company y de la organización del Partido Socialista de Estado, e incluso la aparente mejora de la situación económica,[117] el prestigio de Toro había declinado considerablemente en el ejército y entre los oficiales que rodeaban a Busch, por lo que el jefe del EMG decidió, finalmente, entrar en la arena política por propio derecho. El 10 de julio, en una tumultuosa reunión en La Paz, la LEC eligió a Busch como jefe supremo de la organización de excombatientes, y el teniente coronel aceptó gratamente ese importante puesto. Confiriéndole esa posición a Busch, la LEC, conscientemente, indicó que lo consideraban a él como el máximo líder del movimiento de excombatientes, con su consecuente rechazo del actual presidente de la República, coronel Toro.

Busch, en su discurso a la asamblea de la LEC, declaró que

> […] en las aristas de la historia se presentan planos de vida e ideas que se derrumban y ahora es necesario iniciar otras que renueven y cimenten con la experiencia y sacrificios adquiridos, con base en la lucha forjada en los campos de batalla [del Chaco].[118]

Esto, sin duda, fue anuncio de inminentes cambios.

Al día siguiente por la noche, Toro, Peñaranda y Busch se reunieron en sesión secreta, y Busch anunció a Toro que su gobierno ya no gozaba más de la confianza del ejército. Busch, entonces, ofreció –simplemente como un gesto– la presidencia de la Junta de Gobierno al general Peñaranda, quien, por supuesto, rehusó, dejando la senda clara para la ascensión de Busch al poder.[119] El 13 de julio, el amargado presidente Toro anunció en voz baja su renuncia a la presidencia por el bien de la nación, y se fue

---

117 En abril, Toro fue entrevistado por un corresponsal de *La Razón*, de Buenos Aires, y afirmó que él creía que la difícil situación monetaria podría estabilizarse hasta agosto o septiembre. *El Diario*, 29 de abril de 1937, p. 4. Las estadísticas publicadas por la Dirección General de Estadística parecían apoyar el optimismo de Toro. Basándose en el año 1931, con 100% en el índice del costo de vida, la lista del índice general de precios es como sigue: diciembre de 1936, 396,17%; enero de 1937, 400,61%; febrero de 1937, 403,16%; marzo de 1937, 438,11%, y abril de 1937, 409,98%. También, a fines de mayo, el gobierno anunció un excedente de 18 millones de bolivianos, en lugar del esperado déficit para el año fiscal de 1936, debido al aumento de la tributación y a la reorganización administrativa llevada a cabo por el gobierno de Toro. *El Diario*, 22 de mayo de 1937, p. 5.

118 *El Diario*, 11 de julio de 1937, p. 5.

119 *El Diario*, 14 de julio de 1937, p. 1.

voluntariamente al exilio, poniendo fin así a quince meses perplejos de la historia política boliviana.

Toro, político brillante y líder a su propia manera, no tenía basamento sólido para ejecutar sus planes. Hombre de impetuoso pensamiento, estaba, sin embargo, desprovisto de sólida convicción y de carácter de conducción –tenía, básicamente, mucho de hedonista– para dirigir ese pensamiento hasta su conclusión. Aunque él imprimió el tono del socialismo a todo el periodo militar, Busch había sido el poder real detrás del trono de 1935 a 1937. Su régimen carecía de una dirección clara y definida, pero fue Toro quien hizo consciente a Busch de su relevancia, impregnándolo de gran parte de su propia visión política.

# IX
# La ascensión de Germán Busch

A pesar de sus compromisos con la oligarquía, que incluían una estrecha amistad con Aramayo, a quien le concedió ricas concesiones auríferas, y a pesar de sus frecuentes y bruscos retrocesos respecto a una declarada posición radical, Toro tenía aún el caluroso apoyo del movimiento obrero y de la extrema izquierda cuando cayó su gobierno en julio de 1937. Por lo tanto, para la mayor parte de los izquierdistas, moderados o radicales, el advenimiento del políticamente desconocido Busch representaba, aparentemente, el derrocamiento del experimento del socialismo militar y el retorno de la oligarquía al poder, y especialmente el regreso de la influencia de Patiño en el gobierno nacional. La prensa tradicional, por su parte, reforzó esta creencia saludando el advenimiento de Busch como la gran renuncia, por parte del ejército, a la política «socialista» llevada a cabo por Toro.[1]

En su primer pronunciamiento, emitido el 13 de julio, Busch declaró implícitamente que el gobierno anterior se había desviado de los principios de la revolución del 17 de mayo, y que el ejército nuevamente tenía que llevar a la práctica, por su propia iniciativa, los altísimos objetivos de este movimiento de regeneración. Uno de los principales objetivos vislumbrados en esa política, de acuerdo con Busch, era poner fin a la lucha de clases entre el capital y el trabajo y remplazarla por una armoniosa cooperación nacional. En términos específicos, prometió que el nuevo gobierno mantendría la misma política internacional de sus predecesores

1 *El Diario*, 14 de julio de 1937, p. 4, editorial. *El Diario* era especialmente adverso a Toro desde que este clausurara dicho periódico, un mes antes de su caída.

y que «en el aspecto interno, se mantendrá el orden público, se respetará la propiedad privada legalmente adquirida», y que se tratará de evitar que los intereses privados sacrifiquen los intereses públicos. Finalmente, Busch anunció que gobernaría sin la ayuda de ningún partido.[2] Pero, casi inmediatamente, pareció romper su última promesa con los nombramientos de su primer Gabinete.

Al día siguiente del golpe, Busch emitió otro mensaje al pueblo, el cual, en lugar de clarificar los asuntos vagamente expuestos en su primer pronunciamiento, los hizo aún más confusos. De manera insulsa, Busch empleó la mayor parte de su declaración para hablar de su propia modestia y de su patriotismo, e hizo vagos comentarios sobre la necesidad de estabilización y progreso nacional. Nada dijo acerca de aquello en lo que él difería con Toro o por qué Toro no había cumplido los objetivos generales por los que había asumido el poder. En suma, este «pronunciamiento» piadosamente patriótico, estaba en agudo contraste con los claros pronunciamientos –aunque no siempre sinceros– que hizo Toro en los quince meses de su gobierno «socialista».[3] En efecto, tan persistente fue la creencia de que el derrocamiento hecho por Busch fue un alzamiento derechista y de que este, en su primera declaración nada había hecho para despejar esa opinión, que, al día siguiente de asumir el mando, tuvo que negar públicamente que su rebelión fuera financiada por la Standard Oil Company. Y tanto él, como, poco tiempo después, su ministro de Minas, declararon públicamente que el nuevo gobierno no tenía intenciones de devolver la propiedad confiscada a la compañía norteamericana.[4]

El primer Gabinete de Busch, ciertamente, reflejaba un viraje a la derecha. Oficiales políticamente radicales del régimen anterior, como el teniente coronel Viera, fueron eliminados, y de los tres civiles que integraban el Gabinete, uno era amigo íntimo de Busch, Enrique Baldivieso; el otro, Gabriel Gosálvez, venía de la vieja línea saavedrista; pero el tercero era Federico Gutiérrez Granier, ¡presidente de la Asociación Minera y jefe del Partido Centralista![5] Mientras que al izquierdista moderado, Baldivieso, se le dio el cargo políticamente insensible de ministro de Relaciones Exteriores, a Gutiérrez Granier se le dio el puesto clave de ministro de Hacienda, el puesto atacado más a menudo por la derecha,

2 *La Calle*, 15 de julio de 1937, p. 4.

3 *El Diario*, 15 de julio de 1937, p. 2.

4 *Ibid*., p. 5, y 18 de julio de 1937, p. 7.

5 *La Calle*, 15 de julio de 1937, p. 5.

en el gobierno anterior, y que deseaba ardientemente controlar. En una entrevista especial con la prensa, el nuevo ministro de Hacienda declaró que: «La economía política del nuevo gobierno ha de desenvolverse dentro de un concepto de derecho y de respeto a la propiedad privada», y también prometió garantizar el manejo escrupuloso de los fondos públicos, que sería el lema del nuevo gobierno.[6] Esta fue, sin duda, una declaración, en tono e intención, muy diferente de los pronunciamientos de «bienestar colectivo» del anterior gobierno.

En el discurso de inauguración de su primer Gabinete, Busch demandó al nuevo gobierno «restaurar la institucionalidad nacional, consolidar los prestigios del ejército y laborar sin tregua por la felicidad de Bolivia». Señaló que el ejército había decidido salvar la ideología de la revolución de mayo y que perseguiría «el regreso a días normales, serenos y colmados de grandeza para el país». Manifestó que había recibido el espontáneo apoyo de los excombatientes y de los trabajadores –la última, una suposición altamente improbable– y que el nuevo «gobierno que presido no es un gobierno de clase, ni menos un gobierno de secta política. Se caracteriza por su independencia absoluta».[7]

A pesar de las protestas de Busch, los partidos políticos tradicionales reanudaron rápidamente su actividad política normal y ofrecieron completa adhesión al nuevo gobierno. En cuestión de pocos días, muchos de los principales exiliados habían retornado al país, y, desde el exterior, el mismo Saavedra cablegrafió sus congratulaciones al nuevo gobierno y a su líder, es decir, ¡al mismo hombre que lo había expulsado del país en 1936![8] Para fines de julio, notables exiliados, como Saavedra, los líderes del PRS, Pedro Zilveti Arce y Edmundo Vásquez, y los liberales Tomás Manuel Elío y Juan María Zalles habían anunciado sus planes para regresar al país o ya habían llegado a La Paz.[9]

Casi inmediatamente, los tres partidos tradicionales comenzaron a reunirse para acordar un frente unido y llegar a un acuerdo para apoyar al régimen de Busch que, sostenían, les había prometido un pronto retorno al gobierno constitucional.[10] Admitiendo que habían encontrado un campeón del viejo orden en la persona de Busch, los políticos, febrilmente

6 *El Diario*, 15 de julio de 1937, p. 4.

7 *La Calle*, 15 de julio de 1937, p. 5.

8 *El Diario*, 15 de julio de 1937, p. 2.

9 *El Diario*, 23 de julio de 1937, p. 7, y 26 de julio de 1937, p. 5.

10 *El Diario*, 25 de julio de 1937, p. 7.

activos, procedieron rápidamente a enterrar sus diferencias históricas y cerraron con éxito sus filas en un frente unido de gran poderío, anunciando su completo apoyo al presidente Busch. Bajo la dirección del jefe del Partido Liberal, Hugo Montes, y con el apoyo del ministro de Hacienda, Federico Gutiérrez Granier, los liberales, genuinos y republicano-socialistas procedieron a iniciar negociaciones preliminares, con Gabriel Gosálvez, representando a los saavedristas, y Joaquín Espada, a los genuinos. El 27 de julio, estos hombres, como representantes de sus partidos, tuvieron éxito al firmar un pacto de tregua política y apoyo conjunto al gobierno, y también acordaron presionar para una rápida convocatoria a elecciones para el Parlamento y el gobierno constitucional de Bolivia. Busch, de inmediato, envió sus felicitaciones a los partidos pactantes y les agradeció por el apoyo moral al gobierno, reiterando su ofrecimiento de un pronto retorno a la normalidad del país.[11] En cuanto al Partido Socialista de Estado su defunción fue rápidamente confirmada por lo que quedaba del incipiente movimiento moderado izquierdista.[12] Ciertamente, para todos los efectos, los acontecimientos políticos de julio indicaban, incuestionablemente, que Busch había comenzado a gobernar de una manera equivocadamente reaccionaria y, por lo menos, para la derecha, parecía que Busch era simplemente un presidente interino preparando el retorno del viejo orden, que aboliría para siempre los gestos, iniciativas y acciones del régimen socialista militar y los conceptos del Estado socialista del vituperado Toro.[13]

En línea con esta nueva actitud gubernamental, el régimen de Busch anunció que la Constitución de 1880, con las modificaciones de 1920 y 1931, estaba en completa vigencia,[14] y el ministro de Hacienda empezó a hacer ademanes para poner fin a los múltiples tipos de cambio, que literalmente subvencionaban los precios de los artículos de primera necesidad para los consumidores, así como el sistema de racionamiento iniciado por Toro.[15] El gobierno cerró todas las tiendas de comestibles de propiedad del Estado, que se habían creado en el anterior régimen,[16] y,

11 *El Diario*, 28 de julio de 1937, p. 5.

12 *El Diario*, 30 de julio de 1937, p. 6.

13 Una indicación de este intenso odio se refleja en el acto posterior al golpe del PRS, que formalmente expulsó del partido, como traidores, a todos los miembros que habían colaborado con Toro, específicamente a Javier Paz Campero y Minor Gainsborg. *El Diario*, 30 de julio de 1937, p. 6.

14 *El Diario*, 1 de agosto de 1937, p. 7.

15 *El Diario*, 2 de agosto de 1937, p. 4.

16 *El Diario*, 20 de agosto de 1937, p. 7.

en general, llevó a cabo un drástico recorte, a gran escala, de todos los subsidios gubernamentales de precios al consumidor, y redujo la protección económica para las clases bajas urbanas.

Entre tanto, el ministro de Gobierno, coronel Félix Tavera, emitió una serie de decretos que pusieron en funcionamiento el mecanismo para las elecciones de un Congreso Constituyente. Se anunció que la comisión de reforma constitucional –que, desde la renuncia de Vicente Mendoza López, formulada algunos meses atrás, se había convertido en una fortaleza conservadora–[17] había concluido su trabajo y estaba lista para presentar su proyecto a tal convención.[18] El 27 de agosto se abrieron los registros civiles con el propósito de inscribir a los votantes para las próximas elecciones. Pero este decreto preservó una innovación auspiciada por Toro. Se anunció que la Legión de Excombatientes y la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia podrían intervenir en los registros y en todos los actos políticos con el mismo estatus que los partidos políticos.[19] Esta última declaración fue la primera nota discordante izquierdista en la aparente deriva derechista del nuevo gobierno, y semejaba indicar una continuación de las ideas de Toro sobre el Estado socialista corporativo. También, aparte de darles autorización a los dirigentes de los partidos tradicionales para regresar a Bolivia –concediéndoles un retorno que, extrañamente, se estaba demorando–, Busch indicó que, al principal líder izquierdista en el exilio, Tristán Marof, se le permitiría regresar del destierro por primera vez desde 1927.[20]

Después de su primer ímpetu de actividad, los partidos políticos tradicionales empezaron a experimentar una extraña lasitud e indiferencia en sus filas. Porque, después de quince meses de la administración de Toro, se había corroído la base de los partidos clásicos, es decir, la clase media, de modo que los partidos que emergieron en el periodo posterior a Toro semejaban esqueletos demacrados de lo que eran antes. Aun *El Diario* llegó a comentar que el pacto de unidad había sido más producto de la imaginación que de la realidad, puesto que las bases de los partidos tradicionales estaban en estado de disolución, con muchos de sus principales dirigentes en el exterior, por una u otra razón. Sin embargo, *El Diario* admitió que no había nada que hiciera dudar acerca de las intenciones de

17 *El Diario*, 22 de abril de 1937, p. 7.

18 *El Diario*, 15 de agosto de 1937, p. 7.

19 *El Diario*, 28 de agosto de 1937, p. 4.

20 *El Diario*, 9 de septiembre de 1937, p. 7.

Bautista Saavedra, y señaló que «el jefe del republicanismo-socialista tiene una obsesión: la presidencia». También, seguía siendo una figura nacional e indiscutiblemente popular. Pero, observó *El Diario* que, a pesar de su popularidad fuera y dentro de su propio partido, y a pesar del indiscutible dinamismo que poseía, aun en su avanzada edad, Saavedra continuaba siendo un caudillo conservador, bajo la etiqueta de «socialista», y en voz alta el periódico se preguntó si la nación podría fácilmente retornar a la vieja era tradicional conservadora.[21]

Con una bien planeada y tumultuosa recepción, Bautista Saavedra regresó a La Paz, a principios de octubre, después de un año y medio de exilio. En su discurso a la multitud, expresó su apoyo al gobierno de Busch y la marcha hacia la institucionalización y normalización de la nación, y prometió un abierto apoyo sin orientación política.[22] Pero, casi inmediatamente, Saavedra empezó a poner en juego sus viejas artimañas con toda la pasión y astucia de los años anteriores. Poco después de su retorno, empezaron a circular rumores de que el PRS no estaba muy interesado en el pacto de unidad de julio, y que había iniciado conversaciones con los grupos izquierdistas de toda la nación, con el pensamiento de crear un bloque PRS-izquierdista.[23] De hecho, con el regreso de Saavedra, el temple político de la nación se recuperó considerablemente, en especial entre la izquierda, cuyos esparcidos grupos, una vez más, empezaron a levantar cabeza, en tanto que los partidos tradicionales continuaban vacilando y mostrando obvios signos de debilidad. En octubre de 1937, la prensa de izquierda empezó a atacar al ministro de Hacienda, Gutiérrez Granier, acusándolo de oponerse a la tendencia izquierdista manifestada por el nuevo gobierno. Frente a estos ataques, Gutiérrez Granier pidió el apoyo del gobierno, el cual se lo dio rápidamente,[24] con lo que negaba la tendencia supuestamente «izquierdista», que la prensa local radical trataba de detectar. Pero esto no era más que un movimiento transitorio, ya que, cada vez más, se manifestaban inequívocos signos de cambio.

El mismo mes de octubre, el gobierno anunció que la próxima convención nacional, como tenía que ser llamada, elegiría por el término constitucional de cuatro años al presidente y vicepresidente,[25] y, ya desde

21 *El Diario*, 10 de septiembre de 1937, p. 7.

22 *El Diario*, 10 de octubre de 1937, pp. 6-7.

23 *El Diario*, 19 de octubre de 1937, p. 3.

24 *Ibid*., p. 6.

25 *Ibid*.

principios de septiembre, grupos de la LEC y otros habían empezado a anunciar su apoyo a la candidatura de Busch para la presidencia. Aunque el gobierno negó su validez,[26] continuaba creciendo, a medida que pasaban las semanas, el movimiento para impulsar a Busch a la presidencia. Al mismo tiempo, las propias inclinaciones hacia el poder de Busch empezaron a manifestarse, en contraste con las esperanzas de los políticos civiles, pues su gobierno se comprometió más firmemente con la idea del gobierno corporativo. En una asamblea nacional especial, realizada a fines de octubre, la Legión de Excombatientes, organización que ahora estaba estrechamente ligada al gobierno, y casi el portavoz de los intereses de Busch, aprobó un plan de organización funcional (es decir, corporativo) para la próxima convención nacional. Este plan sugería las siguientes representaciones: que los mineros eligieran cuatro diputados para representarlos; que los intereses comerciales eligieran tres; los profesionales, tres; los universitarios, cuatro; los profesores, tres; los periodistas, dos; el ejército, tres; la LEC, cinco; el movimiento laboral, cinco; tres por cada uno, para los intereses agrícolas (hacendados), la clase indígena y los grupos feministas. Este plan cuidadosamente elaborado también preveía qué organizaciones participarían, por ejemplo, la asociación de mineros grandes nombraría dos diputados de los cuatro permitidos a la industria, mientras que la asociación de pequeños mineros nombraría los otros dos. Se hicieron previsiones para los intereses del valle y del altiplano, para la CSTB y las universidades locales; en resumen, este fue un plan más que cuidadosamente concebido, que proponía la inclusión de la más amplia distribución geográfica, pero que también daba un peso desproporcionado, como puede verse, a los movimientos de la izquierda y de los obreros.[27]

Finalmente, en noviembre, la orientación del nuevo gobierno vino a ser inequívocamente clara. A mediados de ese mes, con mucha publicidad y con la denuncia de que «se viene acentuando dentro de la composición de la Junta una tendencia de izquierda, con la que personalmente no comparto», Federico Gutiérrez Granier renunció a su cargo en el Gabinete como ministro de Hacienda.[28] Como *El Diario* correctamente conjeturó, esa renuncia definía claramente la orientación del gobierno de Busch.[29] Al mismo tiempo, la inevitable fricción entre Busch y Saavedra empezó,

26 *El Diario*, 9 de septiembre de 1937, p. 7.

27 *El Diario*, 23 de octubre de 1937, p. 9.

28 *El Diario*, 20 de noviembre de 1937, p. 5.

29 *El Diario*, 21 de noviembre de 1937, p. 6.

finalmente, a manifestarse en una intensa lucha por el poder. El 27 de noviembre, el gobierno emitió una declaración amenazadora, en el sentido de que, a pesar del decreto de amnistía general y plenas libertades civiles, recientemente otorgado, el gobierno no vería con buenos ojos cualquier amenaza a la ley y al orden, y que las recientes agitaciones del orden público, alentadas por ciertos partidos, serían repelidas con dureza si no terminaban de inmediato.[30]

En la noche del 27 de noviembre, Saavedra fue encarcelado por el gobierno y fue violentamente desterrado del país, a pesar de las ruidosas protestas de su partido.[31] Tres días después, todo el Gabinete, con excepción de dos políticos tradicionales, Gosálvez y Héctor Ormachea Zalles, votó en apoyo a la acción del Ejecutivo.[32]

Mientras tanto, el gobierno empezó a adoptar acciones concretas de naturaleza izquierdista. A mediados de noviembre, tomó a su cargo el cuidadoso estudio, en un anuncio público, de las recomendaciones de los directores locales del Ministerio de Trabajo, para un completo y más que radical Código del Trabajo. El proyecto había sido redactado en una reunión nacional, en enero pasado, cuando Waldo Álvarez aún estaba en funciones, y reflejaba todas las tendencias de su régimen.[33] Finalmente, revocando una anterior decisión, el gobierno anunció que volvería a prestar su apoyo a las tiendas de comestibles subvencionadas por el Estado.[34]

El 22 de noviembre, el gobierno, oficialmente, convocó a elecciones para la convención nacional, en marzo de 1938, la que se reuniría en La Paz, como cuerpo legislativo único, el 13 de mayo. La convención, según el decreto de convocatoria, redactaría una nueva Constitución «conforme al temperamento nacional de posguerra» y también elegiría al presidente y vicepresidente de la nación. Después de esto, la convención, como su predecesora en 1920, pasaría a funcionar como un Congreso ordinario de dos cámaras, el 6 de agosto del año siguiente.[35]

Considerando de trascendental importancia el decreto de convocatoria a elecciones, el Gabinete en pleno renunció a sus funciones, para permitir a Busch crear un nuevo Gabinete, en conformidad a sus nuevas

30 *El Diario*, 29 de noviembre de 1937, p. 4.

31 *El Diario*, 2 de diciembre de 1937, p. 7.

32 *El Diario*, 1 de diciembre de 1937, p. 4.

33 *El Diario*, 6 de febrero de 1937, p. 4.; también véase Waldo Álvarez, anteproyecto para esta reunión, en *El Diario*, 3 de diciembre de 1936, p. 7.

34 *El Diario*, 27 de noviembre de 1937, p. 6.

35 *El Diario*, 23 de noviembre de 1937, p. 7.

acciones y tendencias.[36] Pero solo ocurrieron cambios menores en el Gabinete, Baldivieso volvió a sus mismas funciones y Gabriel Gosálvez, que ya no representaba a los saavedristas, pero que ahora era el principal asesor del grupo de Busch, fue nombrado para el extraordinario cargo creado justamente para él, el de ministro secretario general del Gabinete, sin cartera.[37] De inmediato, las LEC, en las diversas ciudades de toda la república, empezaron a confeccionar listas de candidatos para las elecciones y, persistentemente, se proponía el nombre de Busch para la presidencia.[38] Poco después, Baldivieso y Ormachea Zalles renunciaron a sus carteras para ser candidatos en la convención.[39]

En todas estas maniobras preelectorales y su participación en la política civil, Busch jamás olvidó que el ejército era su principal fuente de poder. Que el ejército era aún el poder político dominante de la nación, fue claramente puesto de manifiesto en el presupuesto de 1938, propuesto por Busch a principios de enero. El presupuesto de 274.100.000 bolivianos destinaba la parte más grande o sea 86,7 millones de bolivianos al ejército –¡un ejército que, por el tratado de paz, había sido reducido solo a 5000 hombres! La siguiente partida importante se destinaba al pago de las deudas, o sea 70,7 millones de bolivianos, mientras que a la educación se destinaba una pobre tercera parte de 23 millones de bolivianos.[40] Este desequilibrio en las partidas presupuestarias se mantuvo en los años del socialismo militar, porque el ejército, aunque leal a Busch, tenía que estar continuamente con fondos para garantizar su apoyo. Así como estaban las cosas, una nueva fuerza empezó a surgir como reto potencial a Busch cuando, en enero, el dócil general Peñaranda renunció como general en jefe del ejército, y fue remplazado por el políticamente más consciente general Carlos Quintanilla.[41] Como uno de los pocos oficiales bolivianos instruidos en el exterior, Quintanilla, a principios de siglo, había pasado cinco años en Alemania.[42] Con antecedentes más que indecisos en la campaña del Chaco, incluso en una ocasión había sido degradado;[43] sin

36 *Ibid*., p. 6.

37 *Ibid*.

38 Véase *El Diario*, 2 de diciembre de 1937, p. 7, y 7 de diciembre de 1937, p. 3.

39 *El Diario*, 10 de diciembre de 1937, p. 7.

40 *El Diario*, 18 de enero de 1938, p. 6.

41 *El Diario*, 12 de enero de 1938, p. 7.

42 Díaz Arguedas, 1957, pp. 318-319.

43 Zook, 1960, pp. 103,109 y 230; Elter, 1938, pp. 97-98.

embargo, Quintanilla emergió como uno de los dirigentes de la vieja guardia del ejército, en los años de posguerra. Y aunque, aparentemente, era leal a Busch, más tarde demostró mayor independencia en su dirección, que su sucesor Peñaranda.

El tema del dominio del ejército en la vida política fue altamente expuesto por uno de los partidos tradicionales en su convención nacional. A fines de enero, el Partido Republicano Genuino, bajo la dirección de Demetrio Canelas, realizó una convención nacional en La Paz, con la asistencia de unos setenta delegados, y demandó «la normalización política y el retorno del ejército a su función propia… Contemplamos, con inquietud cada vez mayor, los síntomas de anarquía, que fermentan en el seno de la institución armada».[44] Y este fue el sentimiento compartido por todos los partidos políticos tradicionales, ante la creciente incertidumbre del experimento militar socialista.

Si bien es verdad que, aparte de la Standard Oil Company, no hubo ninguna otra acción de gran magnitud contra el poder económico de la vieja oligarquía, y más bien se otorgaron varias concesiones a Aramayo y Patiño, los regímenes de Toro y Busch despertaron serias dudas en la clase alta, porque ambos gobiernos dieron gran impulso al movimiento obrero y respaldaron el crecimiento de una serie de organizaciones de izquierda, moderada y radical, todas las cuales estaban minando las ya debilitadas fuerzas de los partidos políticos tradicionales. Además, parecía que no había modo de garantizar el control sobre el más que errático Busch, sin el partido tradicional de oposición en una legislatura nacional, pues el congreso nacional no había sido convocado por casi tres años, precedente sumamente peligroso para los partidos tradicionales y los patrones normales de la vida política.

Porque, a pesar del dominio del Ejecutivo en la estructura del gobierno boliviano, desde la organización de los partidos políticos, en el decenio de 1880, el Parlamento casi continuamente había sido un vehículo para atemperar al Poder Ejecutivo, y para la organización y mantenimiento de los partidos de la oposición. Pero, ahora, al negársele a los partidos políticos tradicionales el foro de un Parlamento e, igualmente, al negarles su participación en los gabinetes, esos partidos no tenían una base concreta desde la cual pudieran operar. La disciplina de los partidos se resquebrajaba progresivamente y los principales miembros se unían al gobierno, individualmente, y rompían así sus lazos con la política tradicional. Sin

44 *El Diario*, 21 de enero de 1938, p. 7, y 23 de enero de 1938, p. 4.

la disciplina de una bancada parlamentaria, continuamente operativa, los esqueléticos comités nacionales parecían incapaces de preservar la fuerza de sus partidos. Y, en realidad, estos temores estaban justificados. En los casi cuatro años de socialismo militar –un periodo de pausa para la actividad partidista– la base de los viejos partidos definitivamente se había descompuesto, y cuando emergieron nuevamente a fines de la década, no eran sino débiles remanentes de los anteriores gigantes que habían dirigido las históricas luchas políticas en el ambiente de preguerra.

El periodo del militarismo socialista, aunque aparentemente caótico para la izquierda moderada y la extrema izquierda, debido a sus continuos desbarajustes, reformas y nueva organización de sus grupos, realmente fue un periodo sumamente creativo. Y, al final, la izquierda, a pesar de esos turbulentos años, emergería como el factor dominante en la vida política de la nación, en completo contraste con la experiencia de los partidos tradicionales. Reiteradamente aparecían los mismos nombres en los pequeños grupos de café, que respaldaban la organización de grupos que ganaban constantemente vital experiencia política. Y si bien eran incapaces de proporcionar un apoyo firme, que Toro o Busch podrían haber usado con efectividad, para contrarrestar al ejército o a los partidos tradicionales. En las épocas posteriores, estos moderados e izquierdistas radicales crearían partidos fuertemente organizados y disciplinados; además, demostrarían su capacidad para sobrevivir a las duras medidas represivas de la reacción conservadora, que buscaba erradicar «el brote nocivo» de los partidos políticos de izquierda, centrados en las clases sociales, los cuales habían florecido bajo la protección de Toro y Busch.

Un ejemplo típico de los grupos izquierdistas, en constante cambio, surgió a principios de 1938, con elementos dispersos que empezaron a prepararse para las elecciones de mayo. Sin embargo, surgió una nueva nota en una de las últimas confederaciones a crearse, y esta fue la directa participación del movimiento laboral. Con el respaldo de la CSTB, el Sindicato Nacional Ferroviario Independiente, la LEC y los numerosos partidos obreros y partidos socialistas, organizaron un Frente Único Socialista, en febrero de 1938. Con la promesa de presentar una lista unificada de candidatos, anticiparon su respaldo al gobierno de Busch,[45] y parecía que tenían apoyo recíproco de este último, que representaba al partido de gobierno. Otra particularidad de esta confederación, aparte de su participación en las anteriormente apolíticas CSTB y LEC, fue la adhesión

45 *El Diario*, 18 de febrero de 1938, p. 7.

al frente del Partido Republicano Socialista Antipersonalista –una reciente división del grupo de izquierdistas desprendida de la mayoría saavedrista. Con la preferencia que el gobierno de Busch demostraba hacia el nuevo grupo, muchos de los viejos partidos se retiraron de la campaña electoral,[46] y las elecciones de marzo vieron el triunfo completo en toda la nación, de los candidatos del Frente Único Socialista.[47]

A fines de marzo se presentó una crisis transitoria, cuando Toro invadió Bolivia desde la Argentina, llegando hasta El Palmar, en territorio boliviano, con un grupo de fieles adherentes del ejército y exhortando a este a levantarse contra Busch.[48] El general Carlos Quintanilla, que entonces se encontraba inspeccionando las tropas del Chaco, se puso firmemente detrás del gobierno, y el alto mando emitió órdenes perentorias, bajo la dirección de Busch, para ejecutar a todos los rebeldes que fueran capturados. Cuando solo unos pocos respondieron al llamado de Toro, y la mayoría demostró señales de ahogar la revuelta, Toro y algunos de sus ayudantes cruzaron la frontera y huyeron al exterior. Sin embargo, muchos oficiales fueron capturados y, posteriormente, algunos de ellos fueron ejecutados por el gobierno.[49]

Entre tanto, a fines de abril y principios de mayo, comenzaron las maniobras para la elección de candidatos a la presidencia y vicepresidencia entre las facciones políticas, a tiempo de que se acercaba la fecha para la reunión de la convención. La fuente más segura para las intenciones del gobierno, la LEC nacional, a fines de abril, anunció su apoyo a la fórmula Busch-Baldivieso.[50] Y mientras nadie desafiaba la candidatura de Busch, pronto se desarrolló una enconada campaña para la vicepresidencia, especialmente por los liberales, que hicieron las mejores propuestas para la nominación.[51] Al principio, se mencionó el nombre del diplomático Luis Fernando Guachalla, pero pronto el jefe del Partido Liberal, y sobrino del gran caudillo, Hugo Montes, inició activamente una campaña para el puesto, recibiendo poderoso respaldo de algunos delegados de oriente a

46 *El Diario*, 27 de febrero de 1938, p. 4.

47 *El Diario*, 15 de marzo de 1938, p. 6.

48 *El Diario*, 4 de abril de 1938, p. 4.

49 *El Diario*, 5 de abril de 1938, p. 7, y 6 de abril de 1938, p. 6. Por el lado del gobierno, para este caso, véase, *La revolución de El Palmar*, 1938; y para el punto de vista pro Toro del suceso, véase Elter, 1938, pp. 55-164. Elter, a su vez, fue respondido por el oficial local que suprimió la revuelta, mayor Ricardo Herbas, en Herbas, 1939.

50 *El Diario*, 29 de abril de 1938, p. 6.

51 *El Diario*, 4 de mayo de 1938, p. 6

la próxima convención.[52] Busch, sin embargo, pronto puso fin a esta candidatura, en una reunión especial en el palacio, con Baldivieso y Montes; Montes, a pedido de Busch, retiró públicamente su nombre.[53]

De esta manera, en la víspera de la convención nacional, el gobierno de Busch había revelado firmemente su lealtad a las ideologías reformistas y corporativistas que habían sido propuestas por el régimen de Toro, además, al rechazar las candidaturas vicepresidenciales de los viejos partidos, se había distanciado del apoyo de los partidos tradicionales, y tenía declaradas intenciones de continuar con el régimen militar en el poder, durante su presidencia.

Si bien las fuerzas políticas tradicionales no se oponían totalmente al régimen de Busch, estaban seriamente desencantadas. A su vez, la victoria electoral del Frente Único Socialista y su exitosa convocatoria para una convención constituyente, fueron los heraldos para presagiar la posibilidad de que la izquierda tuviera un gran avance en el desarrollo de la política de posguerra. Y, en efecto, la Convención Constituyente de 1938 demostraría un viraje total en la historia boliviana.

52 *El Diario*, 8 de mayo de 1938, p. 6.

53 *El Diario*, 19 de mayo de 1938, p. 6.

# x
# Primer experimento de Bolivia en el constitucionalismo social: la Convención Constituyente de 1938

La convocatoria a la Convención Constituyente de 1938 fue, en todo aspecto, un acontecimiento histórico en el desarrollo político de Bolivia. Por una parte, representaba la cristalización del pensamiento de posguerra y echó los cimientos para el crecimiento de la izquierda nacional y la elaboración de su programa. Por otra, señala el fin del clásico constitucionalismo del siglo XIX y preside la introducción de un concepto totalmente nuevo de gobierno y de ley constitucional, que vendría a llamarse constitucionalismo social.

La era del constitucionalismo social en América Latina empezó, formalmente, en 1917, con la constitución revolucionaria de México de ese año, la que rompió radicalmente con los conceptos del siglo XIX, de gobierno limitado y protección de los derechos individuales, de los cuales la propiedad era lo más importante. Este nuevo concepto constitucional puntualizó las responsabilidades positivas del Estado, para el bienestar económico y social de todos los ciudadanos, a expensas de los derechos individuales, de ser necesario. Las teorías sociales detrás de este movimiento se esparcieron rápidamente por las Américas y, al finalizar el siglo XIX y a comienzos del siglo XX, y pronto, nación tras nación empezaron a cambiar sus Cartas Fundamentales. En cada caso, se agregaron capítulos detallados, a las antiguas constituciones, que contemplaban la responsabilidad social del capital, los derechos económicos del trabajador, y la responsabilidad del Estado para la protección y seguridad de la familia y para el bienestar físico y mental de todos los ciudadanos y de todas las clases. Uno de los derechos individuales básicos del pensamiento liberal del siglo XIX, que era el de la propiedad, ahora no estaba definido como un derecho humano inalienable, como en la tradición de Locke, sino como

un derecho derivado, otorgado por el Estado y mantenido, únicamente, en tanto cumpliera una legítima función social. Si bien la mayor parte de estas ideas se heredaron del radicalismo y del socialismo europeos, también surgieron del movimiento indigenista latinoamericano del siglo xx, por lo menos en los Estados indoamericanos, y muchas constituciones intentaron reevaluar el papel de las sumergidas masas indígenas, para destruir los lazos feudales que las mantenían apartadas de la vida nacional, pero aceptando muchas de sus formas de propiedad y costumbres legales no occidentales.[1]

Igual que las constituciones clásicas del siglo xix, estas nuevas constituciones sociales fueron, generalmente, obra de minorías avanzadas, que, en la mayoría de los casos, redactaban sus Cartas mucho antes de los cambios revolucionarios, que eran necesarios para asegurar la promulgación de las nuevas ideas de justicia social. Pero los innovadores radicales no se inquietaban mucho por este problema, porque concebían sus constituciones como programas de acción para el futuro. Al redactar estos detallados programas de justicia social, esperaban conscientemente sentar las directrices para todos los futuros cambios socioeconómicos, tanto dentro del orden existente –que tenía que ser juzgado por estas nuevas normas–, como para las nuevas generaciones revolucionarias del futuro.

Tal fue, esencialmente, la experiencia de Bolivia, cuando, en mayo de 1938, tardíamente, se unió a la mayoría de las naciones latinoamericanas en la tarea de revisar su Carta Constitucional, en el sentido expuesto. Antes de 1938, había existido una básica uniformidad en las numerosas constituciones que habían guiado el destino de Bolivia. Al respecto, la famosa Constitución de 1880, difería poco, en lo esencial, de las diez constituciones que la habían precedido en la corta existencia de

---

1 Un detallado estudio individual de cada nación, sobre estas previsiones sociales, se puede ver en Academia de Ciencias Económicas, 1947-1948. Sobre el carácter revolucionario y el impacto de la Constitución de México, de 1917, véase Fitzgibbon, 1945, pp. 518-520.
George I. Blanksten define esta expansión del alcance constitucional en la América Latina del siglo xx, como una «cuarta función» del constitucionalismo. «La visión clásica de las constituciones escritas es que ellas están diseñadas para desempeñar tres funciones: reforzar el poder del gobierno, establecer los lineamientos básicos de su estructura y exponer algunas de las esperanzas y aspiraciones generales de quienes las redactaron». Hoy, muchas de las constituciones de América Latina intentan una cuarta función: hacer obligatorias ciertas operaciones del gobierno diseñadas para contribuir al bienestar social. Blanskten, 1958, p. 237. Esta «cuarta función» ha sido llamada «constitucionalismo social» por los teóricos juristas de la América Latina; véase Frerking Salas, 1945, p. 64.

la república. El patrón preveía una forma liberal de gobierno representativo constitucional, con limitados poderes en relación al individuo, una actitud de *laissez faire* hacia la economía, una república centralizada y una legislatura relativamente independiente ligada a un Ejecutivo fuerte.[2] Al igual que otras constituciones latinoamericanas del siglo XIX, el énfasis residía en la defensa puramente legalista de la propiedad personal y de la libertad frente al Estado, sin pensar en definir las obligaciones sociales del Estado hacia sus ciudadanos.[3] Aunque el referéndum constitucional de 1930 había modificado ligeramente la Carta de 1880, en dirección de una actitud más consciente hacia el ciudadano,[4] el abandono posterior de esas enmiendas, por parte de Salamanca, las dejó obsoletas, y cuando los convencionales de 1938 volvieron a revisar la Carta básica de la república, llegaron a la conclusión de que era esencialmente la misma que había sido adoptada hacía 58 años.

La convocatoria para la Convención Constituyente del 24 de mayo, después de tres años de gobierno sin Parlamento, fue uno de los acontecimientos más conspicuos del país. Pero aún más importante fue el papel de esta convención, como una fuerza clarificadora dentro del gran movimiento revolucionario latente en la nación, desde el estallido de la guerra del Chaco. Fue un Congreso verdaderamente extraordinario, la gama de sus representantes estaba compuesta por los archiconservadores y representantes de la oligarquía –veteranos de las batallas políticas del pasado– hasta los cuasi comunistas que jamás habían ocupado funciones públicas. Por primera vez en la historia boliviana, auténticos dirigentes de la clase trabajadora tomaron asiento en el Congreso nacional y algunos de los más grandes intelectuales izquierdistas de la nación se presentaron como diputados.

También estaban presentes los políticos del pasado y los futuros dirigentes, y muchos que nunca habían sido elegidos, pero sí utilizados por las fuerzas del gobierno en las listas electorales, incluyendo a un campesino indígena. Con un acuerdo casi unánime, la prensa de los partidos tradicionales y de la oligarquía atacó a esta populachera e iletrada convención, como si fuera una vergüenza y una burla al honor y al saber

2 Para las constituciones de Bolivia véase Trigo, 1958. En la mayor parte de las constituciones del siglo XIX, y especialmente en la de 1880, se establecían disposiciones para un tipo de gobierno parlamentario, a través del derecho del Congreso a interpelar y censurar al Gabinete. Stokes, 1945, pp. 527-528.

3 Fitzgibbon, 1945, pp. 511-518.

4 Trigo, 1958, pp. 124-128.

nacional.[5] Aun así, pese a la inexperiencia de la mayoría de sus delegados y a la fantástica multiplicidad de ideologías en conflicto y de posiciones expresadas, la Convención Nacional de 1938 iba a crear la primera Constitución verdaderamente revolucionaria en la historia de Bolivia, desde el establecimiento del gobierno republicano.

De acuerdo con la naturaleza extraordinaria de la convención, la primera sesión empezó con ruidosos aplausos al momento del juramento de los diputados. Muchos de los intelectuales radicales y dirigentes obreros se negaron a jurar por la tradicional fe católica, con mucho disgusto para la prensa tradicional;[6] algunos diputados –como Carlos Medinaceli, por Potosí, miembro del Frente Popular–, juraron «por la causa del proletariado, por Bolivia y por la humanidad». Medinaceli fue seguido por sus «camaradas», Arratia y Siñani, que prestaron el mismo juramento de lealtad a las clases trabajadoras y a su causa, y a sus ideales. Un diputado hasta llegó a jurar «por Cristo, el más grande socialista».[7] Una vez que finalizó el estallido de aplausos, la convención inició su proceso de organización y realizó la elección inmediata del presidente y vicepresidente de la nación, por el término de cuatro años. El 27 de mayo, como se esperaba, la convención, por casi unanimidad de votos –ya que solo dos liberales[8] y unos cuantos saavedristas habían sido elegidos, aparte de los candidatos del Frente Único Socialista– consagró a Busch a la presidencia y a Baldivieso a la vicepresidencia, por un periodo, hasta 1942.[9]

Luego empezó el gran debate sobre el significado de la convención y cuáles debían ser sus objetivos para la nueva Constitución que se habían propuesto elaborar. Desde los comienzos, o sea desde las sesiones preliminares, los oradores en la convención y el resto de diputados habían demostrado notable sentido de compenetración sobre los asuntos en debate. Casi todos creían que estaban creando una situación completamente

---

5 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 25 de mayo de 1938, p. 6, y 26 de mayo de 1938, p. 30; Trigo, 1958, p. 130; Céspedes, 1956, p. 167. Véanse también las airadas observaciones de Alcides Arguedas –que fue derrotado por un escaño para el Senado por La Paz, en la convención–, quien calificó a la mayoría de los diputados convencionales de 1938 como «hombrecillos sin nombre, sin pasado, sin distinción, casi analfabetos […] realmente personas insignificantes, anónimos, etcétera», Arguedas, 1959, I, pp. 1214-1215.

6 El *Diario*, 26 de mayo de 1938, p. 6.

7 Redactor de Convención Nacional de 1938-1939, 1938, I, p. 31. De aquí en adelante se cita como Redactor.

8 Céspedes, 1956, p. 166.

9 Redactor, 1938-1939, I, pp. 74-76.

nueva para la generación del Chaco, y que toda la sangre derramada serviría para el voto constructivo, de protesta contra el viejo orden de esta asamblea. El ministro de Gobierno, coronel César B. Menacho, había expresado justamente este sentimiento, como representante de la Junta, cuando saludó a la convención en su primera sesión:

> Estamos viviendo, señores convencionales, un momento incuestionablemente histórico. La guerra del Chaco ha creado una nueva conciencia colectiva y una clara reflexión de esa evolución debe ser el trabajo que ustedes realizarán en esta Cámara […] Estamos en un punto en el cual los acontecimientos parecen vacilar, perplejos, para tomar nuevo impulso con un rejuvenecimiento total de sus fuerzas espirituales y materiales. Nos encontramos, exactamente, en el punto histórico para ver hacia el pasado, y reexaminar severa y honorablemente nuestro pasado nacional. Corresponde, por lo tanto, al talento y sagacidad de los legisladores extraer una filosofía constructiva, que debe surgir de ese estudio retrospectivo, para rectificar nuestra trayectoria como pueblo y nación. No olviden que, por el fundamento ideológico que ustedes descubrirán, seguramente, la Convención Nacional de 1938 orientará a las generaciones de los cincuenta años venideros.[10]

Este mismo tema, sobre el potencial de la convención para moldear finalmente el inquieto espíritu del Chaco en una ideología coherente, también fue claramente repetido por el socialista Renato Riverín, cuando aceptó la presidencia de la convención. Riverín demandó que «la sensibilidad de las nuevas orientaciones de los representantes, que defendieron la soberanía nacional en los sangrientos campos del sudeste», debía tomar en cuenta el malestar social que afligía a Bolivia y el mundo de su época, para reconstruir la nación a la luz de dichos desafíos.[11] Para el recientemente elegido vicepresidente, Enrique Baldivieso, la convención nacional era:

> [...] ni la tradicional expresión del voto numérico ni la democracia aritmética. Representa un nuevo espíritu, es la depositaría de una nueva conciencia y tiene el mandato imperativo del pueblo que, en la angustia de la guerra, en ese trágico choque, por la fuerza del dolor y el heroísmo, ha descubierto las mentiras en que vivió, y ahora busca la verdad y desea la justicia. De esto proviene el mandato que tienen los honorables representantes nacionales; no es un poder común parlamentado sino el mandato para moldear en hechos, las intenciones del espíritu colectivo.[12]

10 *Ibid*., p. 3.

11 *Ibid*., p. 20.

12 *Ibid*., p. 83.

Quedó para un intelectual izquierdista, sin embargo, dar una concreta y perceptiva prescripción de las necesidades y objetivos del nuevo cuerpo. En un gran discurso, al cual la mayor parte de los delegados rindieron homenaje y constantemente lo citaron, el novelista Augusto Céspedes describió las tareas de la convención, que serían la elección de un Ejecutivo permanente, la redacción de la Constitución y el establecimiento del tono de la nueva era política a seguirse.[13] El primer problema ya había sido solucionado por la Junta de Gobierno, dijo; el segundo se desarrollaría en las largas sesiones por venir; sin embargo, el tercero requería cuidadosa atención ahora, antes de que empezaran las tareas. La convención no solo tenía que convertir el régimen militar socialista en un régimen *de jure,* sino que tenía que cambiar completamente el modelo caótico que Toro y Busch habían desarrollado, y establecer un gobierno legal creativo, el cual no se viera obligado a depender de los caprichos del ejército, sino de una base sólida de gobierno socialista civil. El «socialismo» de los militares era fraudulento y solo había frustrado las verdaderas necesidades socialistas del pueblo, que la convención debía satisfacer en el nuevo orden.[14] Céspedes dijo que Bolivia, como nación colonial bajo la dominación imperialista, estaba compuesta por dos generaciones:

> […] una que trata de mantener la organización colonial y otra que quiere fundar una nacionalidad efectiva y económicamente libre. Nuestra crisis es compleja, es una crisis de dos generaciones contra un mundo que cambia. La vieja generación es aún dominante en la política, la economía, las finanzas y la sociedad; en la única cosa que no domina es en la literatura, en la cual, nosotros, los nuevos escritores, hemos ganado el control. La antigua generación desea resolver los nuevos problemas con los sistemas tradicionales […] Y por su parte, la nueva generación aún no ha sido capaz de preparar para sí un sistema propio de convicciones […] y vacila ante una realidad que aún está dirigida y ordenada por las convicciones, las leyes, los credos y, sobre todo, los intereses económicos del viejo capitalismo de la vieja generación.
>
> Por tanto, no deberíamos sorprendemos ni desanimarrnos si descubrimos que, de la guerra del Chaco, la generación revolucionaria no vino perfectamente equipada con ideas y soluciones. Que, más bien, debido a su participación en la catástrofe, que alteró su unidad psíquica, su convicción en viejas creencias y su serenidad; vino con deseos y pasiones, no con planes, ni métodos, ni sistemas.[15]

13 *Ibid*., p. 59.

14 *Ibid*., pp. 60-61.

15 *Ibid*., pp. 63-64.

En este estado de desorganización ideológica, la palabra «socialismo» se había convertido en un faro para esta inquieta generación. Pero, denunció Céspedes, era una palabra explotada no solo por la legítima izquierda, sino también por los jefes militares derrotados, muchos de los cuales fueron verdaderamente revolucionarios, pero la mayor parte de ellos oportunistas. Toro saboteó el verdadero movimiento socialista, de acuerdo con el radical Céspedes, y Busch podría continuar haciendo lo mismo, si la convención no lo obligaba a crear un nuevo orden constitucional político que dominaría a todos los elementos militares.[16] Con esto, Céspedes reflejó la enorme desconfianza que la extrema izquierda tenía con los militares, aún en sus formas más radicales. En cuanto a sus otros sentimientos, Céspedes representó la auténtica voz de la izquierda, que hablaba a su propia generación de jóvenes revolucionarios. Si bien Céspedes estaba muy lejos de representar a la mayoría de la extrema izquierda –estando él mismo entre los moderados y la extrema izquierda– claramente percibió el momento histórico en el que se encontraba toda la generación y pidió a la convención romper con la anarquía de los años de posguerra, para dar un verdadero significado al espíritu revolucionario de la época.

Sin embargo, los mismos antecedentes que Céspedes tan hábilmente describió, impidieron que la izquierda lograra una unidad en este punto, o cualquier control revolucionario. En los febriles meses de la convención de 1938, solo una parte de la plataforma izquierdista se sintió capaz de expresarse en la nueva Constitución, pero su propia organización continuó bajo la forma caótica de los años de posguerra. La izquierda había sido alimentada solo hasta una etapa de desarrollo, y necesitaba el crisol de la derrota constante, y la reacción oligárquica, para convertirla en un movimiento revolucionario de poder abrumador. Pero, si bien la izquierda jamás se había organizado, con una suficiente coherencia, en todas sus alas radicales y moderadas, para dominar completamente los procedimientos de la convención, aprovechó los debates para proponer y hacer propaganda de todas las ideas revolucionarias que había en el extranjero, y hablándose de la mayor parte de ellas, por primera vez en la historia boliviana, en los sagrados recintos del Palacio Legislativo.

Una vez elegido el Ejecutivo, y estando bien versada en su papel, la convención, en los meses de mayo y junio y parte de julio, se vio enredada en problemas de organización y una serie de asuntos abandonados en los

16 *Ibid*., p. 64 y ss.

tres últimos años de gobierno sin Parlamento. Mientras una comisión constitucional *ad hoc* estudiaba por mayoría y por minoría los proyectos constitucionales, que la comisión de reforma constitucional de Toro había preparado después de varios meses de trabajo,[17] junto con varios esquemas constitucionales de escala total, presentados por los mismos convencionales, la asamblea empleaba su tiempo en debatir asuntos tales como las pensiones para los trabajadores ferroviarios, los pedidos de pensiones especiales para veteranos y viudas de guerra, y en considerar una serie de proyectos locales de obras públicas.

Esta aparente indecisión para abordar el tema constitucional, además del hecho de que varios representantes conservadores deseaban impedir que la convención discutiera permanentemente sobre una nueva Constitución, fue destacada por la prensa conservadora y especialmente por *El Diario,* que empezó a calificar a la convención de inútil y de estar gastando el dinero de los contribuyentes. Tan enconada fue esta ofensiva, que, en julio, el mismo periódico se convirtió en la piedra de toque de grandes ataques dentro de la convención, con el pedido de varios representantes de una franca supresión de tales calumniadores y de la total confiscación de *El Diario,* al cual calificaban de órgano de la oligarquía. A esto, la convención recibió una simpática voz del nuevo ministro de Gobierno en el Gabinete de Busch, capitán Elías Belmonte.

Belmonte, oficial aviador que había sido derribado a principios de la guerra del Chaco[18] y había permanecido prisionero en Asunción por todo el resto del conflicto, era un oficial con aspiraciones políticas y fuerte tendencia autoritaria. Cuando estuvo prisionero, ayudó, en 1934, a organizar, con sus amigos oficiales de rango inferior, la logia militar secreta, conocida como RADEPA (Razón de Patria) que propugnó el rejuvenecimiento y reorganización del ejército. Después de la guerra, muchos oficiales de la RADEPA apoyaron absolutamente a los regímenes de Toro y Busch, aunque siempre mantuvieron el secreto de su organización, durante la década de 1930. Sin embargo, la mayor parte de los oficiales con aspiraciones políticas, dirigidos por Belmonte, formaron una rama de la organización política, conocida como Logia Mariscal Santa Cruz, que, como punta de lanza de RADEPA, se revelaría públicamente, en el decenio de 1940, y

17 Este proyecto de comisión, una gran pieza de legislación, fue presentado a la convención solo por Busch, sin respaldo formal, dando así completa libertad a la convención, para desarrollarla en su propia carta. *El Diario*, 9 de junio de 1938, p. 6, y 10 de junio de 1938, p. 7.

18 *La República*, 20 de agosto de 1932, p. 8.

dirigiría grandes acciones políticas. Pero, en este punto, la Logia y RADEPA eran vagamente conocidas, incluso por los políticos más inteligentes, y sus miembros permanecieron largamente inactivos en los regímenes militares socialistas.[19] Una sociedad orientada al fascismo y de tipo similar, secreto, que se había organizado también entre algunos civiles excombatientes, era conocida como Estrella de Hierro; esta sociedad estaba bajo la dirección de Víctor Andrade y Roberto Bilbao La Vieja –ambos diputados en la Convención de 1938–, y en los próximos decenios trabajarían, en estrecha armonía, con las logias militares y, finalmente, se unirían a ellas como entidad políticamente revolucionaria.[20]

Dada la orientación antiliberal de Belmonte y sus partidarios, el nuevo ministro de Gobierno apoyó completamente la hostilidad de la convención hacia *El Diario*. Belmonte señaló que, si bien las leyes del país favorecían la libertad de prensa, creía que la prensa debía ser controlada y censurada en aras del bienestar social.[21] La izquierda apoyó esas consideraciones y un diputado señaló que el concepto de la libertad de prensa total era una burla, cuando solamente 300.000 bolivianos, de los 2,7 millones de habitantes, podían leer, y cuando, en Bolivia, los periódicos representaban solamente a los grupos de poder económico y no eran sino instrumentos del imperialismo extranjero.[22] Entre los principales diputados para este ataque, estaban Eguino Zaballa, Fernando Siñani, quien pidió la confiscación, y Waldo Álvarez, quien acusó al periódico de ser un órgano de los intereses de Patiño.[23] *El Diario* respondió a las acusaciones, aumentando el ritmo de sus ataques y pidiendo la disolución de la convención, por ser un organismo inútil. Después de enconados debates, la convención aprobó

19 Entrevista con el coronel Julio A. Saavedra G., 23 de septiembre de 1961. Saavedra fue uno de los fundadores de la RADEPA y copiloto de Belmonte; ver también entrevista con el coronel Julio Díaz Arguedas, 28 de junio de 1961; Zilveti Arce, 1946, p. 23 y ss. Zilveti Arce señala que muchos de los miembros de la logia estuvieron fuera del país durante el decenio de 1930, recibiendo instrucción técnica en Alemania, como parte del plan del «nuevo ejército», pero especialmente en Italia. Aparte de la misión de policía italiana en Bolivia, durante el gobierno de Toro, también había una misión militar italiana en la Escuela Militar de Bolivia. Fue durante su estadía en el exterior que muchos militares aprendieron acerca de los sistemas totalitarios de Europa, especialmente del fascismo italiano, y que los encontraron sumamente análogos a sus propios deseos de orden y regeneración, mezclado con un moderado deseo de armonía y justicia social. *Ibid*., pp. 24-26.

20 *Ibid*., pp. 26-27.

21 Redactor, 1938-1939, II, pp. 151-152.

22 *Ibid*., p. 153.

23 *El Diario*, 15 de julio de 1938, p. 7, y 16 de julio de 1938, p. 6.

la ley de censura,[24] que provocó la renuncia de tres civiles del Gabinete.[25] Busch, sin embargo, rechazó las renuncias prometiendo no llevar a la práctica la ley en cuestión, contra ningún periódico.[26] Igualmente, ante la intensa presión de los periódicos y de los grupos tradicionales, Busch separó a Belmonte del Gabinete y lo reemplazó con el moderado y digno de confianza Gabriel Gosálvez.[27]

Habiéndose aliviado algo el estallido de hostilidad contra *El Diario*, y tras la conclusión del trabajo de la comisión constitucional *ad hoc,* la convención se abocó al largo proceso de elaborar una nueva Constitución para el país. Uno de los primeros artículos a discutirse, y el que causó los debates más significativos en todo el periodo, se refería a cómo debía establecerse la naturaleza social de la propiedad privada. Mientras los conservadores de la convención se oponían a las definiciones que no fueran la clásica de la inviolabilidad de la propiedad privada,[28] los moderados y los de la extrema izquierda demandaron que Bolivia se ajustara a las constituciones más modernas de Europa y América Latina, particularmente a la mexicana de 1917, y limitara los conceptos liberales tradicionales de propiedad con la condición de que cumpliera una función social.

Si bien el artículo final fue una moderada declaración entre estos dos extremos,[29] los izquierdistas radicales aprovecharon el debate para proponer reformas bastante revolucionarias. Bajo la dirección de Balcázar, Eguino Zaballa, Víctor Paz Estenssoro y, especialmente, de Walter Guevara Arze, los radicales propusieron una fórmula, cuya primera parte decía: «El Estado garantiza el derecho de propiedad en tanto cumpla una función social»[30] y, en la segunda parte, pedía, sin ambages, la reforma agraria absoluta. Esta segunda parte del proyecto de artículo proponía la expropiación de los latifundios improductivos y su reparto entre los campesinos

24 Redactor, 1938-1939, II, pp. 253-254; Díaz Machicao, 1957, p. 83.

25 *El Diario*, 15 de julio de 1938, p. 6.

26 *El Diario*, 16 de julio de 1938.

27 *El Diario*, 22 de julio de 1938, p. 7.

28 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 27 de julio de 1938, p. 7.

29 El articulo 17 declara: «La propiedad privada es inviolable, siempre que cumpla una función social; la expropiación puede ser impuesta por razones de utilidad pública, siendo autorizada conforme a la ley y previa justa indemnización». Trigo, 1958, p. 424. Otros artículos de la Constitución final, sin embargo, modifican considerablemente esta escueta declaración, de una manera más radicalmente izquierdista, véase especialmente el artículo 6 y los artículos 106 al 130.

30 Redactor 1938-1939, II, p. 529, Proyecto Espinoza.

agrícolas que los trabajaban.[31] Walter Guevara Arze fue incluso más lejos, señalando que la división de los latifundios en pequeña parcelas sería retornar a las ideas liberales del pasado, y que, en cambio, las tierras deberían ser trabajadas de forma colectiva por las comunidades indígenas locales; en resumen, abogaba por la colectivización de la agricultura.[32] Que esas ideas fueran manifestadas y ardientemente debatidas en un congreso nacional boliviano era indicio de los grandes cambios que habían ocurrido en la atmósfera política, como resultado de la guerra del Chaco, y más específicamente de la aceptación de la que gozaba, ahora, la ideología de extrema izquierda, que, por lo menos, había alcanzado a tener una importante voz pública en la vida política nacional.

Aunque el anticlericalismo era endémico en el viejo Partido Liberal, los moderados y radicales de izquierda tuvieron éxito en darle un nuevo impulso en el ámbito económico. A pesar de las objeciones de la derecha, lograron proponer exitosamente que todas las propiedades de la Iglesia, en el futuro, se consideraran iguales a todas las otras formas de propiedad privada y estuvieran sujetas a las mismas tributaciones, obligaciones, restricciones, etcétera. Incluso en este asunto, los diputados más radicales habían abogado por la confiscación total de la propiedad de la Iglesia y su devolución al control del Estado, moción que fue rechazada por la mayoría.[33]

No fueron los poseedores de propiedades nacionales el único grupo considerado por la convención, pues, en un vigoroso estado de ánimo antimperialista, después del reciente episodio de la Standard Oil Company, la convención aprobó –con sorprendente poco debate– artículos que declaraban que ninguna empresa extranjera que operara en Bolivia podría apelar a potencias extranjeras, en sus disputas con el Estado, y que esas empresas debían considerarse sujetas a todas las leyes bolivianas que regulaban a las empresas nacionales;[34] o que ningún extranjero podría ser propietario o arrendatario y no tendría derecho sobre ningún suelo ni subsuelo, de ninguna propiedad dentro de los 80 kilómetros de la frontera,[35] y, finalmente, que solo el Estado o sus representantes podrían

31 *Ibid*., p. 530.

32 *Ibid*., pp. 533-535.

33 *Ibid*., pp. 615-635. Véase debate.

34 Artículos 18 y 110 de la Constitución de 1938. El texto completo de la Constitución está incluido en Trigo, 1958, pp. 421-455.

35 Artículo 19.

exportar petróleo de Bolivia, ya fuera de producción pública o privada.[36] En el debate sobre este último artículo, hubo aun un pedido sin éxito, de la extrema izquierda, el de la inclusión de la palabra «minerales», proponiendo así que todo el estaño fuera vendido al exterior, por el Estado y no por las empresas privadas.[37]

Como el diputado Víctor Paz Estenssoro señaló, «el monopolio de la exportación de minerales por parte del Estado es la única medida capaz de lograr una revolución radical y profunda en la estructura socioeconómica de Bolivia». No hay duda de que esto representaba la idea más cercana a una nacionalización, y probablemente fue el plan inmediato más factible que la izquierda podría aspirar a aprobar. Pero, incluso Paz Estenssoro se dio cuenta de que la izquierda no tenía el poder para implementar un procedimiento tan radical; además, observó que el superestado minero, como así él lo llamaba, jamás permitiría que esa ley fuera puesta en ejecución y que

> […] pondría en juego todos sus recursos para evitar que sea llevada a la práctica, y, como tiene un poder más grande que el Estado mismo, es capaz de crear una situación difícil, evitando que sea sancionada y promulgada la Constitución moderadamente socialista que estamos votando.[38]

Todo este debate condujo a mayores ataques a la industria minera, con agudas críticas de las condiciones de trabajo en las minas,[39] de la fuga de capitales y de los rendimientos insignificantes para el Estado; a las participaciones internacionales de Patiño –especialmente en las minas de estaño del lejano Oriente–, que, según se decía, condujeron a sus actitudes antibolivianas, en la reciente depresión, y por la naturaleza impersonal del superestado minero, cuyos verdaderos poderes residían fuera de la nación.[40] Adelantándose a las posibilidades de revocación de la radical legislación propuesta, Augusto Céspedes señaló que si la convención aprobaba tal legislación, el Ejecutivo estaría facultado para llevarla

---

36 Artículo 109.

37 Redactor, 1938-1939, IV, p. 91. Los convencionales también atacaron la tendencia de los constructores de caminos privados, en particular Nicolás Suárez, en el oriente, y Patiño, en el altiplano, de impedir al público usar esos caminos y, específicamente, dispusieron que cualquier camino de la nación, sea público o privado, debía abrirse al libre uso para todos. Para este debate, véase Redactor, 1938-1939, II, pp. 600 y ss.

38 *Ibid*., IV, pp. 91-92.

39 *Ibid*., p. 95.

40 *Ibid*., pp. 96 y ss.

a cabo, y aun si esto no tuviera éxito, por lo menos se había propuesto la receta para acciones futuras, y sería llevada a cabo por otros, en un tiempo posterior, como había ocurrido con la Constitución mexicana de 1917.[41] Aunque la mayoría de los diputados, finalmente, derrotaron esta propuesta, la oposición de la derecha estuvo muy lejos de enterrarla, pues dentro de un año se convertiría en el asunto político más discutido del día.

A pesar de la derrota de muchas propuestas revolucionarias de inmediata acción, los elementos radicales de izquierda de la convención lograron éxito al conseguir incorporar en la Constitución, por primera vez en la historia de Bolivia, el principio general socialista de que el Estado debería asumir el control directo de la economía de la nación, para asegurar, así, la dignidad humana de sus ciudadanos. En el capítulo «Régimen económico y financiero de la Constitución», el artículo 106 empezaba declarando: «El régimen económico deberá responder esencialmente a los principios de justicia social, que tienen como objetivo asegurar para todos los habitantes una existencia digna como seres humanos».[42] Y para lograr esos objetivos se establecía que:

> El Estado podrá regular, mediante ley, el ejercicio del comercio y de la industria, con absoluto poder, cuando la seguridad o la necesidad pública lo requieran. También podrá, en estos casos, asumir la dirección suprema de toda la economía nacional. Esta intervención será ejercida en forma de control, persuasión o administración directa.

Además de esta negación inequívoca de los principios económicos liberales clásicos, la izquierda tuvo éxito en insertar la declaración de que todas las personas tienen el derecho fundamental «de dedicarse al trabajo, comercio e industria con la única condición de que no perjudiquen al bien colectivo».[43]

La izquierda también se preocupó por el conflicto entre el capital y el trabajo, y estableció en la Constitución que el Estado reconocía (es decir, garantizaba legalmente) la libre asociación de carácter sindical y profesional, y el contrato colectivo de trabajo.[44] Se reconoció el derecho de huelga como medio de legítima defensa de los trabajadores[45] y, a pesar de los gritos de que se destruiría la confianza en los mercados del capital

41 *Ibid*., p. 104.

42 También ver el artículo 106.

43 Artículo 6.

44 Artículo 125.

45 Artículo 126.

extranjero y se obligaría al cierre de todos los negocios nacionales,[46] la convención aprobó el pedido para una legislación que determinara la participación de los trabajadores y empleados en el reparto de los beneficios de las empresas.[47] En un artículo extenso,[48] la Constitución establecía que el Estado proporcionaría seguridad obligatoria, en caso de accidentes, enfermedades, paros forzados del trabajo, maternidad, etcétera, y que declararía un mínimo de horas de trabajo, salarios, vacaciones anuales y beneficios de salud. En resumen, que el gobierno establecería una legislación completa relativa a la protección del trabajo y el bienestar del pueblo.

De acuerdo con su objetivo social, la convención, con un mínimo debate, redactó todo un capítulo en la Constitución sobre «La familia». Este capítulo proclamaba la responsabilidad del Estado para la salud, educación y bienestar del niño; para la igualdad entre los hijos –de uniones legales o ilegales–, poniendo el matrimonio, la familia y la maternidad bajo la protección de la ley.[49] Otro capítulo trataba del «Régimen cultural», y declaraba que la educación era la más alta función del Estado, se incorporaba, oficialmente, a la Constitución el sistema de la autonomía universitaria, y se proponía un programa de becas del Estado y un plan de protección de la cultura nacional.[50]

El objetivo esencial de la convención, en todos estos artículos y capítulos, era comprometer definitivamente al Estado, para que asumiera la completa responsabilidad de la salud, la educación y el bienestar de todo su pueblo. Y como un erudito constitucionalista observó, la Constitución de 1938 «ha sido, con absoluta certeza, la primera modificación de importancia social que nuestra Carta había experimentado desde la institución de la vida republicana».[51] Considerando que todas las convenciones constituyentes anteriores se habían preocupado de delimitar los poderes del gobierno central y definir la jurisdicción de las administraciones nacional y local, (involucrándose en las definiciones liberales clásicas de gobierno constitucional limitado), la Convención de 1938 rompió irrevocablemente ese molde. Por primera vez en la historia republicana, se proclamó que

46 Redactor, 1938-1939, IV, p. 215 y ss.

47 Artículo 127.

48 Artículo 122.

49 Artículos 131-134.

50 Artículos 154-164.

51 Frerking Salas, 1948.

la función del Estado era la de velar por el completo bienestar social de todos sus ciudadanos. El clásico gobierno liberal de *laissez faire*, con el mínimo de control, fue remplazado por el concepto socialista de un Estado activo, que interviene en todas las áreas de la vida de un ciudadano, para velar por el bien colectivo de todos. Los diputados de 1938, de una vez por todas, colocaron a Bolivia en una posición que apropiadamente ha sido llamada «social-constitucionalista».

Muchos derechistas sostuvieron que tales asuntos sociales no deberían ser incluidos en una Carta Constitucional, sino más bien reservados para una legislación secundaria, pero los izquierdistas se negaron a ceder terreno. Reiteradamente proclamaron que tales conceptos tenían que ser escritos tan minuciosamente como fuese posible en la Carta básica nacional, y que incluso, si este tipo de legislación no fuera inmediatamente promulgada, la Constitución de 1938, a diferencia de las anteriores constituciones de Bolivia, proporcionaría un plan para el futuro y una declaración, lo más completa posible, sobre los objetivos de las nuevas generaciones revolucionarias. La derecha tuvo éxito continuamente en modificar los aspectos más revolucionarios de dicha legislación; sin embargo, se hizo un comienzo fundamental, que, una y otra vez, daría ricos frutos en los años por venir.

En tanto que el debate progresaba, dos grupos empezaron a distinguirse en los asuntos predominantes. Estos fueron, el grupo de derecha, compuesto por cuatro elementos principales: los pocos diputados liberales elegidos, más unos pocos clérigos en la asamblea y un grupo oriental. Esta última coalición se componía de la mayor parte de los delegados de las provincias de las llanuras orientales, quienes tenían una orientación regionalista, obviamente conservadora, con un fuerte prejuicio antiindígena. Finalmente, el cuarto elemento era la fracción Republicano-Socialista Antipersonalista, dirigida por Gabriel Gosálvez, que se mantuvo firme contra las tendencias más izquierdizantes del ala extrema del viejo Partido Republicano dominado por Saavedra.[52]

La izquierda estaba compuesta por una coalición de pequeños partidos de varias orientaciones. Esta coalición izquierdista, conocida como «sector de la izquierda» o «sector obrero», incluía a dirigentes obreros como Fernando Siñani y Waldo Álvarez, el grupo local Frente Popular de Potosí, el Grupo Izquierda de Cochabamba y el recientemente salvado grupo del ala izquierda de los antiguos socialistas de Baldivieso: el Partido

52 Redactor, 1938-1939, IV, p. 322.

Socialista Independiente (PSI). Este último grupo incluía a figuras como Víctor Paz Estenssoro, Augusto Céspedes y Walter Guevara Arze, y fue el directo precursor del Movimiento Nacionalista Revolucionario.[53] Al otro extremo de este sector izquierdista, estaban intelectuales como Alfredo Arratia, del Frente Popular de Potosí, y, sorpresivamente, considerando su futura filiación política, Walter Guevara Arze, del PSI, que dirigían la lucha por la reforma agraria. Como líder de las primeras demandas para la no división de los latifundios, Walter Guevara Arze también era una de las principales figuras del debate, sumamente importante de la convención, sobre el propuesto capítulo de «El campesinado», el cual pedía la legalización de las antiguas comunidades indígenas que, desde los tiempos precolombinos, habían formado la unidad básica de la población agrícola (es decir, las tres cuartas partes de la nación), y a la que, desde el comienzo de la era republicana, el gobierno boliviano le había negado todos los derechos legales.[54]

Walter Guevara Arze y Alfredo Arratia, en su defensa de las comunidades y en sus ataques a los latifundios, insistían en la tesis de Mariátegui: que el problema del indio era el problema de la tierra, y no una cuestión de educación u otros factores.[55] A las acusaciones de los republicano-socialistas, de que el país estaba subpoblado y, por lo tanto, no había ningún problema con la reforma agraria, como se afirmaba en la plataforma oficial del partido,[56] y a las acusaciones de los orientalistas, de que todo el problema era de colonización, la izquierda replicó, resueltamente, que el problema de la reforma agraria era vital para Bolivia y que no podía ser negado.[57] Guevara Arze demandó:

> ¿Cómo resolver el problema del indio? el honorable Arratia ya lo ha indicado. La solución no está en educarlo; el problema del indio es el problema

53 Céspedes, 1956, p. 168.

54 Al principio, basándose en las creencias liberales de Simón Bolívar, quien buscó crear un pequeño campesino propietario, en sus famosos decretos de Trujillo y Cuzco, de 1824 y 1825, véase Bonifaz, 1947. La legislación republicana estableció el no reconocimiento de la existencia jurídica de la comunidad, que fue acusada de ser una institución reaccionaria. Esta actitud jurídica permitía a los blancos y cholos, en la práctica, destruir los derechos de propiedad de las comunidades y extinguir dramáticamente el sistema del latifundio con la abierta ayuda del Estado, que se negaba a proteger con la ley los derechos de propiedad de la comunidad. Véase Urquidi Morales, 1941; Flores Moncayo, 1953.

55 Véase, por ejemplo, Redactor, 1938-1939, v, pp. 213-215.

56 *Ibid*., p. 270.

57 *Ibid*., pp. 271-272.

> de la tierra […] Hay millones de hombres sin un pedazo de tierra, mientras otras personas tienen enormes porciones de tierra no trabajada. Lo esencial es que el indio tenga tierra.[58]

Guevara Arze continuó advirtiendo, proféticamente, que, si la convención no aprobaba estas medidas constitucionales para una pacífica reforma agraria, entonces algún día un partido socialista revolucionario lo haría con sangre para imponerla. «Si hoy no hacemos esta revolución pacífica, mañana vendrá la revolución violenta». La verdadera legislación que proponía para los campesinos, a quienes los izquierdistas deliberadamente llamaban indios, fue una de las mejores piezas de legislación radical, ya que reconocía no solo la personalidad jurídica de la comunidad (que fue aceptada en el artículo 165 de la Constitución final), sino que se proponía una reforma agraria absoluta, estableciendo que cincuenta indios podrían solicitar la expropiación de un latifundio particular, el cual sería devuelto a ellos por el Estado.[59] En el acalorado debate, la institución del pongueaje fue duramente atacada por la izquierda, a tal punto, que un diputado del llamado «sector obrero» aludió al hecho de que los «pongos» eran empleados por la sociedad paceña, para otras cosas ajenas al trabajo manual, especialmente por parte de las mujeres; alusión que causó un el colapso total de la sesión, y la suspensión del diputado.[60] Atacados tanto dentro como fuera del Palacio Legislativo, acusados de ser comunistas y destructores de la propiedad privada, y con amenazas del gobierno de clausurar la convención, la izquierda perdió terreno y el ala derecha de la convención logró éxito para suprimir partes del capítulo «El campesinado», que estipulaban la realización de la reforma agraria y una protección constitucional especial para los indios. En su lugar, insertaron declaraciones de piadosas intenciones para mejorar la educación y legislar sobre esas materias, teniendo en cuenta las diferencias regionales.

Ahora, bajo la intensa presión de Busch, que temía su naturaleza radical, y ante la amenaza de clausura, la Convención, apresuradamente, completó la Constitución en los últimos días de octubre de 1938. Así, después de cinco febriles meses de actividad tremendamente creativa, la

---

58 *Ibid*., p. 277. Casi todos los diputados se referían constantemente a la Constitución mexicana de 1917, cuando trataban el problema de las inversiones extranjeras o el problema del indio, y Guevara Arze va aún más lejos, al citar las obras de Frank Tannenbaum sobre la revolución mexicana. Véase, *ibid*., p. 281.

59 *Ibid*., pp. 283-285.

60 *Ibid*., pp. 287-289. El diputado fue Antonio Carvajal, quien declaró que: «El pongo sirve actualmente para todo, hasta de consolador de sus patronas».

Convención Nacional, tranquilamente, se disolvió y la nación nuevamente retornó a los apacibles días de gobierno sin Parlamento.

Pero el fin de la convención de ningún modo puso fin a su impacto, pues, como los primeros oradores correctamente lo habían predicho, la convención había marcado el tono y la orientación para las futuras generaciones del país. Final y definitivamente, había destruido el clásico estilo de la Carta Constitucional tradicional del liberalismo económico y del gobierno constitucional limitado, y, abiertamente, había proclamado el papel positivo que el gobierno debía asumir para proporcionar bienestar a su pueblo. Esta fue, incuestionablemente, la idea básica que emergió en la conciencia nacional del periodo de posguerra, y este fue el deseo de los convencionales, que tuvieron éxito en redactarlo dentro de la Carta fundamental de la nación.

La Constitución de 1938 fue, en esencia, un catálogo de derechos humanos y responsabilidades sociales. Que esta nueva Constitución revolucionaria no duraría tanto como la Carta de 1880, a la cual remplazaba, fue claramente reconocido por los hombres que la redactaron, porque se dieron plena cuenta de que las nuevas generaciones definirían en términos mucho más radicales las necesidades y obligaciones del Estado. Y a pesar de que nuevas constituciones se redactarían en las próximas décadas, ellas solo serían apéndices de la Carta de 1938; apéndices que reflejarían el siempre creciente poder de la izquierda y los movimientos obreros en la sociedad boliviana.

# XI
# La dictadura de Busch y el fin de una era

Con la disolución de la convención nacional en los últimos días de octubre, la nación retornó al periodo relativamente tranquilo de gobierno sin Parlamento. Como el ardor de los grandes debates se había calmado temporalmente y con los dirigentes del movimiento radical de posguerra nuevamente dispersos, Busch abandonó su papel pasivo y, una vez más, empezó a tomar la iniciativa y a recapturar la atención del país.

Pero recuperar nuevamente la atención nacional era una cosa, y desarrollar un gobierno consistente y eficaz era otra muy distinta; porque, a pesar de su profesada inclinación hacia la izquierda, Busch, erráticamente, avanzaba y retrocedía en políticas específicas y a menudo tomaba posiciones extremadamente conservadoras. Durante las sesiones de la convención, por ejemplo, Busch había pasado del abierto apoyo a la convención, a la indiferencia y, finalmente, a la hostilidad, sin demostrar ninguna consistencia. Su administración incluyó tanto a dirigentes conservadores como a radicales de todo tipo, lo que hacía variar sus políticas específicas de un extremo a otro. Así, en su primer Gabinete como presidente constitucional, Busch dio al radical capitán Elías Belmonte el cargo de ministro de Gobierno, pero entregó el Ministerio de Hacienda al conservador Alberto Palacios, expresidente del Banco Central y miembro de la oligarquía conservadora.[1] Todos estos acontecimientos solo reflejaban la propia inseguridad de Busch, en cuanto a sus objetivos y métodos. Sus constantes virajes reflejaban su candidez socioeconómica y política y su incapacidad para encontrar un grupo civil que lo ayudara a convertir sus sentimientos de reforma social en acciones concretas.

1 *El Diario*, 29 de mayo de 1938, p. 7, y 31 de mayo de 1938, p. 6.

Incapaz de definir su propia personalidad y sus deseos políticos, Busch a menudo permitía que, transitoriamente, otros dirigieran el gobierno como quisieran. Así, Alberto Palacios, que había heredado el papel de F. Gutiérrez Granier, como líder de la facción antirradical y anticonvencional del Gabinete, tuvo éxito en obligar a Busch a renunciar a la ley de censura de prensa aprobada por la convención a mediados de julio. También, bajo su dirección, el gobierno propuso la eliminación de 400 empleados públicos del presupuesto de 1939 para hacer frente a la crisis temporal, que se debía a la inesperada caída a corto plazo de los precios del estaño.[2] Para fines de julio, los derechistas en el Gabinete eran lo suficientemente fuertes como para expulsar a Elías Belmonte, y en una medida derechista, aparentemente paralela, el general Carlos Quintanilla empezó la purga de oficiales del ejército que tenían mentalidad política.[3] A principios de agosto, Palacios hizo notar que toda la política económica conservadora que se había estado siguiendo –economías en los gastos de gobierno, establecimiento de un tipo de cambio único para remplazar el sistema cambiario múltiple y las restricciones de créditos bancarios– había tenido un notable efecto positivo en la economía nacional.

Pero la autoconfianza del ministro y de sus amigos derechistas fue rudamente sacudida, pocos días después, cuando Busch, súbitamente, obligó a renunciar a todo su Gabinete con la excusa de la firma del Tratado de Paz definitivo con Paraguay. Palacios fue remplazando por el reformador moderado, Vicente Mendoza López.[4] Busch también nombró al amigo de Tristán Marof, Carlos Salinas Aramayo, ministro de Agricultura.[5] Poco tiempo después el comandante en jefe, Carlos Quintanilla, de mentalidad derechista, admitió públicamente sus desacuerdos con el gobierno de Busch e intentó renunciar a su cargo.[6]

Pero, aunque la conducta errática del propio Busch estaba dirigida, aparentemente, en todo sentido, en realidad, su gobierno estaba dando vía libre al desarrollo de los elementos de izquierda moderados y de la extrema izquierda. Así, debajo de la superficie de la política nacional, el crecimiento de los radicales extrema izquierda estaba horadando el poder de las fuerzas tradicionales y también obligando al gobierno a ingresar a una posición, finalmente, radical y posiblemente revolucionaria. Algunas

2 *El Diario*, 7 de julio de 1938, p. 6.

3 *El Diario*, 31 de julio de 1938, p. 7.

4 *El Diario*, 2 de agosto de 1938, p. 7.

5 Díaz Machicao, 1957, p. 83.

6 *El Diario*, 20 de octubre de 1938, p. 4.

indicaciones de estos acontecimientos ocurrieron poco después de terminar sus labores la convención nacional.

A fines de septiembre, el Partido Liberal se reunió para elegir una nueva dirección y elaborar un programa a la luz de la nueva Constitución y del continuo desarrollo del régimen militar socialista. Con la muerte de Hugo Montes, el Partido Liberal repentinamente se vio sin dirigentes entre la generación joven, y admitiendo su total bancarrota en liderazgo, eligió a Alcides Arguedas como jefe del partido.[7] Si bien Arguedas tenía reputación internacional como uno de los intelectuales más conspicuos de Bolivia, era completamente inepto para asuntos políticos; en una ocasión, demostró tal fracaso en un debate parlamentario que su partido lo retiró del Congreso y jamás le permitió ocupar funciones similares. De manera que la elección de Arguedas fue una tácita admisión del propio partido de que estaba escaso de nuevos dirigentes, y de que no tenía a quién recurrir, excepto a sus incondicionales más antiguos.

Como archiconservador ajeno a las necesidades de la comunidad de posguerra, Arguedas presentó a la convención de su partido un programa de acción que era reaccionario en todos los aspectos y mostraba ignorancia incluso de las demandas de reforma más simples de la generación del Chaco. Arguedas propuso la necesidad de un puerto en el Pacífico, el sostenimiento de los sagrados principios liberales que el general Eliodoro Camacho había promulgado 53 años antes, y un programa general de educación y capacitación agrícola para satisfacer las necesidades de los indios. Respecto a la situación política actual, pedía el retorno del ejército a sus deberes profesionales y el regreso del gobierno civil, demanda que reflejaba la siempre creciente preocupación del Partido Liberal por su propia supervivencia, bajo gobiernos que estaban en contra de los partidos tradicionales.[8]

Pero mientras los derechistas solo veían lo oscuro y desconocido en la continuación del experimento militar socialista, los izquierdistas lo miraban como un gran potencial para continuar experimentando su importante crecimiento que había comenzado al concluir la guerra.

La izquierda radical comenzó a florecer vigorosamente como resultado de la tolerancia de Busch hacia la política radical –que contrastaba marcadamente con la hostilidad de Toro– y como resultado del nuevo despertar de sentimientos radicales en la convención nacional y con la firma de la Constitución.

---

7 *El Diario*, 26 de septiembre de 1938, p. 4.

8 *El Diario*, 27 de septiembre de 1938, p. 7.

En los primeros días de octubre, José Aguirre Gainsborg y Tristán Marof organizaron, en La Paz, la primera convención en suelo boliviano, y segunda en su historia, del Partido Obrero Revolucionario (POR). El principal motor detrás de esta convención fue José Aguirre Gainsborg, uno de los originales fundadores del POR, que había regresado a Bolivia a fines de 1934, dedicándose a trabajar activamente en las filas de los grupos de la juventud izquierdista, tales como Beta Gama, así como en los consejos obreros de la FOT de La Paz.[9] A mediados de 1936, el gobierno de Toro lo había encarcelado, junto al otro prominente intelectual izquierdista contemporáneo de la época, José Antonio Arze, y ambos dirigentes habían sido exiliados a Chile.[10] Desde Chile, Aguirre Gainsborg, finalmente, rompió con la idea de trabajar dentro de grupos como Beta Gama, que acabó por adherirse a los socialistas de Baldivieso y Montenegro y, luego, al gobierno de Toro. Aguirre Gainsborg regresó a la base de un partido revolucionario independiente, para resucitar en Bolivia el antiguo POR, que había fundado en 1935, en Córdoba, con Tristán Marof.

Al regresar del exilio, en 1938, Aguirre Gainsborg empezó a trabajar asiduamente para lograr su objetivo,[11] especialmente cuando el propio Marof había regresado de su destierro, poco antes. Con los esfuerzos de los dos, la segunda conferencia del POR fue organizada finalmente en octubre de 1938. Como trotskista convencido, Aguirre Gainsborg deseaba que el POR se convirtiese en una organización bolchevique, poderosamente basada en la diferencia de clases y, por el momento, como una organización clandestina. Marof, sin embargo, propuso que el POR debería lanzarse como partido popular, dejando a un lado sus características clasistas y su intransigencia doctrinal, y apelando a un frente de unidad izquierdista.

Estos dos programas crearon un agudo conflicto en la convención y provocaron un cisma en el naciente partido.[12] A las protestas de Aguirre Gainsborg, de que abrir los libros del partido causaría la ruina del POR con el ingreso de elementos extraños no marxistas, Marof contestó, «estamos armados con una teoría […] entonces, ¿por qué temer si nos mezclamos con esta gente?». Además, añadió, «en este momento existe una espontaneidad socialista y un deseo de tener un líder», por lo tanto, «¿por qué no aprovechar esta espontaneidad sobre los otros partidos, para crear el

9 Lora, 1960, p. 41 y ss.

10 *Ibid*., pp. 62-63.

11 *Ibid*., pp. 63-64.

12 Lora, 1963, pp. 1-2.

nuestro sobre una sólida base?» De esta manera, Marof propuso fundar un partido socialista sobre la base de un frente unido de la izquierda, en conjunción con los sindicatos obreros, los estudiantes y, de hecho, con cualquiera que deseara ingresar a sus filas.[13]

Con esto, Marof y sus seguidores, que representaban a la mayoría abrumadora del POR, rompieron con Aguirre Gainsborg y abandonaron el partido. Aguirre Gainsborg y unas cuantas docenas de trotskistas conservaron el control del POR,[14] quienes durante varios años formaron un minúsculo grupo ideológico izquierdista, dentro del gran movimiento de izquierda, y que producía escaso trabajo concreto, excepto de naturaleza propagandística, hasta principios del decenio de 1940, cuando logró un nuevo y sumamente importante rejuvenecimiento.[15] El remanente del POR fue seriamente afectado por la pérdida de su dirigente, pocos días después del cisma, pues José Aguirre Gainsborg murió en un accidente el 23 de octubre.[16] Este deceso fue lamentado por todo el movimiento izquierdista,[17] incluyendo a los marofistas, Aguirre Gainsborg había sido un importante líder en las filas de la extrema izquierda y, en general, dentro del movimiento obrero. Convencido trotskista, con íntimas afinidades en la rama chilena de la IV Internacional, fue fundador del Partido Trotskista Boliviano, y el partido que había fundado existiría mucho tiempo después de su desaparición.

Entre tanto, Marof con la ayuda de Eduardo Arze Loureiro, Alipio Valencia Vega, Alberto Mendoza López y muchos otros,[18] tuvo éxito en organizar su propio partido socialista, conocido muy pronto como Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB). En un resonante manifiesto político a la nación, a principios de noviembre, Marof propuso a todos los izquierdistas bolivianos unirse a este partido «nacido independiente, sin compromisos» y, por primera vez en Bolivia, un partido político de la izquierda, disciplinado y doctrinario. En términos bastante duros declaró que todos los miembros del partido tendrían que obedecer las órdenes del partido, sin discusión, y anteponer los intereses del partido sobre otras consideraciones. Arguyendo,

13 Citado en Lora, 1960, pp. 65-66.

14 Parece que Luis Peñaloza fue uno de los pocos que se quedó, *ibid.,* p. 66.

15 Lora, 1963, p. 2. Lora señala en este manuscrito que el POR se afilió a la IV Internacional en 1939, pero niega este hecho en la biografía de José Aguirre Gainsborg, Lora, 1960, p. 69.

16 *Ibid*., p. 67.

17 *Ibid*., pp. 67-69; también véase los artículos elogiosos en *El Diario*, 24 de octubre de 1938, p. 5.

18 Lora, 1960, p. 59.

y muy apropiadamente, que hasta ahora los movimientos reformistas y radicales de la generación de posguerra habían sido incapaces de formar un grupo disciplinado y dedicado, propuso remediar este problema. Culpó a «la falta de teoría socialista, el bajo nivel de las masas proletarias, la demagogia y el infantilismo extremista», por haber impedido la creación de un partido de izquierda poderosamente unificado.

> Hasta este instante el socialismo boliviano ha estado desperdigado en cien grupos de izquierda y pequeños partidos sin disciplina ni uniformidad. No han existido los vínculos morales y materiales que los uniera a todos. Muchos socialistas han dudado en actuar y se han encerrado en la teoría pura y el cenáculo, olvidándose que socialismo significa experiencia y movimiento. Otros han participado en política y desfigurado la doctrina, adoptándola para sus necesidades personales. Finalmente, los obreros se iniciaron en las luchas electorales sin brújula ni timón.

Estas, observó Marof, fueron las razones para el fracaso, pero ahora proponía edificar de nuevo y llevar a la izquierda a una etapa avanzada de desarrollo político.

Para atraer el mayor número de seguidores posible, modificó un poco sus clásicos ataques a la oligarquía, que había gobernado Bolivia hasta la guerra del Chaco, y no mencionó su famoso credo «tierras al indio, minas al Estado». Y, aunque no especificó los resultados finales, denunció que

> […] los resultados de la guerra del Chaco, que tanta sangre, tanto dinero y territorio han costado al pueblo de Bolivia, constituye la ejecutoria de la incapacidad de las viejas capas feudales y burguesas. Su ineptitud, patentizada en una ininterrumpida carrera de desastres, reclama el escobazo de la historia.

La oligarquía, sostuvo, debe ser remplazada por un partido militar de masas, de inquebrantable disciplina. Apelando a la adhesión de los sindicatos, grupos y otras piezas fragmentadas de la izquierda, terminó su manifiesto demandando que:

> Obreros, estudiantes, profesionales, indios [y] militares, todos los que forman el corazón boliviano y su entraña, tienen que agruparse alrededor del único partido que lucha por el engrandecimiento del país y el bienestar de las clases que producen.
>
> Tres millones de bolivianos sostendrán la bandera del socialismo, porque este partido es el instrumento de su liberación, de su grandeza y de su futuro porvenir.
>
> Solidarios y con una alta moral los socialistas declaran todos para uno, uno para todos. El partido por encima del interés individual. Una disciplina de hierro para todos. ¡Bolivia libre, el ideal común![19]

19 *La Calle*, 6 de noviembre de 1938, pp. 2-3.

Pero, a pesar de estas resonantes declaraciones y a pesar de su esencialmente correcta interpretación del problema de la izquierda boliviana en la posguerra, Marof y su considerable grupo de seguidores, incluyendo varios diputados de la convención, jamás lograron establecer ese partido con disciplina férrea. Aunque más militante de izquierda que sus predecesores, como el Partido Socialista de Baldivieso, el PSOB terminaría experimentando, en brevísimo tiempo, la misma trayectoria histórica de sus precursores. Sin embargo, aunque Marof no pudo curar la enfermedad que tan hábilmente diagnosticara, se estaba acercando el tiempo en que otros serían capaces de lograr lo que él tan brillantemente había propuesto.

Otra indicación del intenso crecimiento de la ideología radical izquierdista ocurrió, bajo el pasivo estímulo del régimen de Busch, con el llamado a un nuevo congreso nacional de estudiantes universitarios. Después de muchos esfuerzos fallidos, tras la guerra del Chaco, finalmente, una rejuvenecida Federación Universitaria Boliviana, a fines de diciembre de 1938, logró organizar el IV Congreso Nacional de Universitarios en la ciudad de Sucre. La llamada III Convención, que se había reunido en Santa Cruz, a principios de 1936, había sido un fracaso total,[20] pero la nueva convención no solo fue un éxito de organización, sino que logró dar expresión concreta a la ideología radical de los universitarios de la nación. En esta asamblea la FUB reformó su estatuto orgánico y su programa de principios,[21] y trató de dar un sesgo izquierdista mucho más radical, indicando que el movimiento universitario, finalmente, emergía de su estado inactivo, para ocupar su posición como uno de los elementos más avanzados de la izquierda boliviana.

Las «declaraciones fundamentales» con que empezaba su programa de principios, eran parte de un documento verdaderamente sorprendente y una de las declaraciones más revolucionarias del periodo. Comenzaba afirmando que:

> La Juventud Universitaria de Bolivia proclama y reconoce que la reforma universitaria «es parte indivisible de la cuestión social». No se puede lograr ninguna reforma universitaria sin una reforma económica y política. Ninguna acción universitaria es posible aislada de la lucha de clases. Los altos fines que persigue la Universidad, en su lucha por la emancipación del espíritu y la cultura, y el predominio de la paz y la justicia, son también los fines políticos que la clase trabajadora del mundo persigue en su lucha contra el capitalismo.

20 *El Diario*, 22 de febrero de 1936, p. 2.

21 *El Diario*, 4 de enero de 1939, p. 6.

En realidad, todos los postulados que exponía la FUB tenían el carácter de reivindicaciones de clase: «ellas serán únicamente posibles y totalmente realizables solo en una sociedad que surja de una nueva estructura económica, social y jurídica».

Para alcanzar esta nueva realidad socioeconómica y política, la FUB proponía cambiar su carácter de organización universitaria puramente profesional por una vanguardia de trabajadores intelectuales en la lucha por la justicia social. Proponía convertirse «en parte integral de la clase obrera, haciéndose cargo de su ideología, de su política y de sus tácticas», en los campos de la cultura, la educación y las universidades. Declaró que solo a través de sus propias actividades organizativas podrían los trabajadores derribar a sus opresores. En este proceso de organización, las clases trabajadoras necesitaban una vanguardia revolucionaria, y los estudiantes se declaraban, ahora, parte de esa vanguardia.

> La FUB es una organización al servicio de los proletarios manuales e intelectuales, que lucha para construir una nueva base colectiva para la sociedad. De hoy en adelante se presenta, por esta razón, como una organización avanzada, con un contenido de clase y una posición definida.

A modo de definición de esta posición, proclamó que «el liberalismo de la pequeña burguesía» había llegado a su fin, y que «las condiciones históricas del presente, demuestran la necesidad de superar los objetivos demoburgueses –sostenidos por las pasadas generaciones– y entrar a una nueva fase de lucha, de negación de la oligarquía reaccionaria de posguerra, y de afirmación socialista».

Para superar la oligarquía, era necesario subordinar, de inmediato, los intereses universitarios a las necesidades generales de la nación y de las clases trabajadoras internacionales. El movimiento de la reforma universitaria, por lo tanto, se convertiría

> […] dentro de un aspecto definido de lucha obrero-campesina por la independencia económica y espiritual de la nación y por la emancipación especial de los obreros, contra la feudal burguesía y el imperialismo, contra la reacción oscurantista y bárbara. La realización integral de las aspiraciones de la juventud boliviana sería posible solo con la condición de lograr lo primero, y de aplastar lo último. –Y concluía expresando que– en la época del imperialismo todos los problemas sociales nacionales tienen carácter internacional, como internacional es la causa que las produce.[22]

Dada la amplia interpretación plenamente marxista de la escena nacional y la claridad meridiana de su posición, el programa de acción que

22 Cornejo, 1949, pp. 297-300.

seguía a esta declaración de principios fundamentales era verdaderamente revolucionario en el más amplio sentido de la palabra.

En el capítulo sobre «La FUB, el imperialismo, el fascismo y la guerra», el programa sostenía que el imperialismo era un método usado por los países capitalistas para explotar a las naciones subdesarrolladas del mundo, como fuentes de materias primas y mercados para mercancías acabadas. Todos estos Estados, coloniales o semicoloniales, habían perdido su independencia política y económica bajo este sistema, así como sus posibilidades de autoexpresión cultural y económica. Desde 1914, Estados Unidos se había convertido en la principal potencia imperialista y su poder era dominante en el hemisferio occidental, en Bolivia y otros países de América Latina, que «no eran otra cosa que fábricas del imperialismo».

El instrumento de control usado por las potencias capitalistas, en países como Bolivia, era el de «comprar» a los gobiernos oligárquicos y luego mantenerlos en el poder. De esta manera, las clases dominantes en América Latina servían, incondicionalmente, a sus amos imperialistas, y les entregaban la riqueza de sus naciones. La Doctrina Monroe y la Unión Panamericana no eran, –agregaba el programa– sino instrumentos de aplicación de este sistema imperialista. En cuanto al imperialismo en sí, era la última etapa del capitalismo decadente, y las semillas de la destrucción estaban, ahora, claramente evidentes y conducían rápidamente a una gran guerra mundial imperialista. Finalmente, los capitalistas habían virado recientemente hacia el fascismo, o al «terror blanco», para suprimir a las inquietas clases bajas y sofocar la inevitable revolución social.[23]

Para superar al imperialismo, el fascismo y su guerra, la FUB proponía un ataque dual al capitalismo internacional y a la oligarquía nativa, que tendría como objetivo la liberación económica de Bolivia. En la esfera internacional proponía que los bolivianos unieran sus fuerzas con los oprimidos de toda América Latina para derribar la Doctrina Monroe y disolver la Unión Panamericana, remplazándola por una Confederación de Repúblicas Socialistas de América Latina, que solo un organismo como este podría internacionalizar lo canales, ríos y mares de América Latina y también proporcionaría salidas marítimas a las repúblicas mediterráneas, como Bolivia. Además, la república revolucionaria establecida en Bolivia cancelaría todas las deudas externas y llevaría a cabo «la nacionalización de las minas, el transporte y el petróleo y la socialización de la tierra, como medios de destruir el imperialismo y obtener nuestra independencia

23 *Ibid*., pp. 300-302.

política y económica». Y como antídoto a las guerras imperialistas proponía la «revolución proletaria».[24]

El programa sostenía que el problema agrario indio era el principal problema económico de Bolivia y denunciaba que el sistema feudal de tenencia de la tierra y servidumbre laboral, practicado en Bolivia, no solo retardaba la producción agrícola y esclavizaba a la gente, sino que era la base sobre la cual descansaba toda la oligarquía nacional y, finalmente, el imperialismo extranjero. Por lo tanto, el latifundio y el pongueaje tenían que ser destruidos desde la raíz hasta las ramas. En los términos clásicos de la izquierda sudamericana se sostenía que

> […] no es posible resolver la cuestión agraria mientras el presente régimen esté basado en la propiedad privada de los medios de producción. La marcha de la revolución campesina ocurrirá a través del curso histórico de la revolución socialista, que disolverá la etapa democrática-burguesa, conquistándola a través de la producción y la propiedad socializada.[25]

En cuanto a la política nacional el programa declaraba que:

> La línea de acción de la FUB –como organización de clase– está dada por la línea de clase del proletariado revolucionario. Por esta razón, su táctica y estrategia son las de la revolución social. Tomará en cuenta los periodos de flujo y reflujo del movimiento obrero, realizará el reajuste y purificación de los grupos y elementos, actuará sobre los círculos más grandes de obreros, apoyará a la formación de los *frentes de explotados* y participará, en todos, el trabajo que tienda a la toma del poder por los trabajadores, para una verdadera transformación de la sociedad: único medio de obtener la completa realización de sus aspiraciones. (Es decir, gobierno proletario).[26]

Como era de esperar, la FUB demostró un vigoroso anticlericalismo pidiendo la separación de la Iglesia y el Estado, la nacionalización de los bienes y rentas de la Iglesia, y la supresión tanto de la educación católica como del sistema monástico. Denunciaba que el reciente auge de congresos ecuménicos en Bolivia era el método de introducir el fascismo en la nación, y pedía la supresión de esos congresos y medidas contra los grupos que perseguían similares finalidades.[27]

Esta última referencia estaba dirigida, probablemente, a otro elemento radical que había nacido en las filas estudiantiles, en la posguerra, y que estaba aumentando su importancia: la Falange Socialista Boliviana

---

24 *Ibid*., pp. 303-304.

25 *Ibid*., pp. 304-308.

26 *Ibid*., pp. 310-311.

27 *Ibid*., p. 310.

(FSB). La FSB estaba modelada en base a la Falange Española, aunque de orientación mucho más católica que el partido creado por José Primo de Rivera. La FSB fue fundada en 1937, en Chile, entre universitarios bolivianos que estudiaban en la Universidad Católica y en la Universidad Nacional de Chile, en Santiago. El fundador de este grupo era el universitario de agronomía Óscar Unzaga de la Vega, cuyo partido, en 1938, estableció su primera célula boliviana en Cochabamba, donde empezó a propagarse entre los estudiantes católicos de las universidades y entre los estudiantes de los colegios católicos privados de secundaria.[28] Desde sus comienzos, hasta bien entrado el decenio de 1940, la FSB fue una organización casi exclusivamente estudiantil, significativamente apoyada por el clero, y su objetivo principal parece haber sido el enteramente negativo, de luchar contra la expansión del marxismo, tanto entre la población estudiantil así como en el escenario político, mediante métodos de contraorganización o, más generalmente, apelando a la violencia.[29]

Al concluir su convención, la FUB, a principios de enero de 1939, presentó al gobierno de Busch un programa de 17 puntos, de inmediata acción, que, con relación al programa básico de acción futura, adoptado por la convención, parecía muy blando. La FUB pidió al gobierno la redacción de nuevos códigos civiles y penales, junto con el propuesto código del trabajo. En una obvia muestra de descontento por la reciente purga de Quintanilla, pedía «la libertad de opinión sobre asuntos políticos y sociales dentro del ejército». La FUB pidió a Busch la abolición de las sociedades masónicas, asunto que ya había levantado tormentas en la convención constituyente,[30] y la remoción de todos los funcionarios políticos que defendían los grandes intereses del capitalismo. Solicitaba la construcción de viviendas para obreros, de una caja de seguro y programas de ahorro para los trabajadores, elevación de pensiones de guerra, organización de universidades populares y destinación de, por lo menos, el 30% del presupuesto nacional a la educación, además de contratar un empréstito en el extranjero para la construcción de escuelas. También apoyaba

28 Siles Salinas, 1936, pp. 154-155. Siles Salinas, miembro falangista y profesor de la Universidad Católica en Chile, es hijo de Hernando Siles. Véase también el panfleto hostil del Movimiento Nacionalista Revolucionario, 1953, p. 3.

29 Siempre apelando, de una manera insistente, a los estudiantes orientados al catolicismo, la FSB de 1940 a 1952 fue usada como fuerza de choque para las acciones populares y violencia de la oligarquía y de la Iglesia; sin embargo, en los años que siguieron a la revolución de 1952, finalmente vino a ser un partido político adulto, con propia dirección y distinta de los partidos políticos tradicionales.

30 Redactor, 1938-1939, IV, p. 360 y ss.

vigorosamente a los sindicatos de profesores y a los proyectos del gobierno para la construcción de escuelas rurales.[31]

En resumen, parecía que la FUB, que se había mantenido en silencio durante varios años, se había convertido, finalmente, en parte principal del escenario político, y, especialmente, en su franja más radical. El programa que los universitarios de la era de posguerra adoptaron y proclamaron, también indicaba que la ideología de extrema izquierda, al fin, había penetrado en los sagrados recintos de la Universidad, en grado singular, y demostraba, sin duda, que los radicales anteriormente aislados ahora tenían un firme fundamento en la juventud universitaria, base que una vez ganada, jamás la perderían. En cierto sentido, la fundación de la Falange Socialista Boliviana también indicaba el despertar revolucionario de la juventud universitaria y su tremendo potencial para una acción política revolucionaria, ya fuera de la militancia falangista de derecha o de la socialista de extrema izquierda, potencial que se iría acentuando completamente en los años por venir.

Incluso la izquierda moderada empezó a moverse, después de la inyección de vitalidad dada por la Convención de 1938, y, justamente poco después de que Marof empezara a organizar su Partido Obrero Socialista Boliviano, el expresidente de la Convención Nacional de 1938, Renato Riverín, inició charlas con varios grupos para formar un partido socialista moderado unificado, proponiendo una convención para principios de 1939.[32] Viajando por todo el país, en enero y febrero del siguiente año, Riverín logró reunir al Partido Socialista Independiente (grupo de Paz Estenssoro, Montenegro, etcétera), a la facción del PRS, los Antipersonalistas de Gabriel Gosálvez, y a varios delegados de la LEC, en una transitoria Unión Democrática Socialista, con Gosálvez como jefe. Riverín, de tendencias moderadas, incorporó en esta nueva agrupación a representantes de elementos reformistas dominantes en el gobierno, conducidos por el principal asesor civil de Busch, Gabriel Gosálvez,[33] en lo que parecía la creación de otro Partido Socialista de Estado, bajo los auspicios del gobierno. Sin embargo, todos los partidos, ministros de Gabinete y otros involucrados en el pacto de unificación circunstancial con este Partido Socialista de Gobierno, que se había firmado a mediados de 1938,[34] pronto expresaron su desilusión con

31 *El Diario*, 22 de enero de 1939, p. 6.

32 *El Diario*, 14 de diciembre de 1938, p. 7.

33 *El Diario*, 12 de febrero de 1939, p. 7.

34 *El Diario*, 28 de febrero de 1939, p. 6.

el compromiso y, en los meses siguientes, jamás se realizó la organización de un partido unificado, y el asunto fue tranquilamente archivado, debido a la falta de un firme compromiso y resolución por parte del gobierno.

Otra creación política temporal de ese tiempo, que emergió de las luchas candentes de la Convención de 1938, logró crear un partido de coalición que, por un tiempo, causó una tormenta en el escenario de la política nacional. El Grupo Orientalista, que se había formado en la Convención de 1938, emergió de ella, a fines de octubre, como un grupo poderoso y cohesivo, debido a que se había sentido agraviado por la reciente creación de un nuevo departamento independiente, en territorio oriental, y también por el agudo sentimiento regionalista que había crecido poderosamente en los últimos años de la guerra del Chaco. Los orientalistas, una facción de derecha al principio, agregaron una fuerte dosis de racismo blanco a su movimiento y, en poco tiempo, empezaron a atraer a un grupo poderoso de seguidores locales. El Partido Orientalista fue fundado oficialmente en Cobija, a principios de febrero de 1939, y no solo anunció una plataforma francamente regionalista, sino que planteó «aceptar como principio básico la integridad de cada uno de los departamentos orientales, dejando establecida nuestra identidad racial» y «sostener el principio de la defensa de nuestra raza».[35]

El partido, aparte de proponer una convención general para el mes de julio, en Santa Cruz, apeló al apoyo del presidente Germán Busch, nacido en el Beni. Sin embargo, Busch no solo rechazó la invitación a unirse a la nueva organización,[36] sino que tomó medidas positivas para destruirla, y amenazó con represalias si el partido no era disuelto de inmediato. En esta actitud, Busch contaba con el apoyo de toda la prensa de La Paz, que vio en el movimiento orientalista, sin importar las simpatías que pudiera tener con la derecha, una seria amenaza a la unidad nacional.[37] A los pocos días, los dirigentes del partido admitieron su derrota y, en un telegrama dirigido a Busch, el 14 de febrero, acordaron disolver su organización, aunque rechazaron los cargos de que eran separatistas o racistas, sino más bien promotores del desarrollo local, afirmando que su distinción racial de los indios aymaras y quechuas del altiplano era únicamente una clasificación y no una comparación injusta.[38]

---

35 *El Diario*, 5 de febrero de 1939, p. 7, y 9 de febrero de 1939, p. 6.

36 *El Diario*, 11 de febrero de 1939, p. 7.

37 *El Diario*, 15 de febrero de 1939, p. 7.

38 *El Diario*, 18 de febrero de 1939, p. 7.

Tan pronto como el movimiento orientalista fue suprimido, nuevas organizaciones aparecieron súbitamente en el escenario nacional. Estos acontecimientos, a principios de 1939, fueron acicateados por el anuncio del gobierno de que, en mayo de 1939, se celebrarían nuevas elecciones para cubrir las vacancias del congreso,[39] pero lo más importante fue la retirada de la escena de dos líderes políticos clave. El 1 de marzo llegó la noticia de la muerte en el exilio del viejo caudillo Bautista Saavedra, figura dominante en la vida política boliviana en el último cuarto del siglo.[40] El delicado equilibrio que el astuto anciano había conseguido entre los partidos políticos tradicionales y los nuevos grupos de posguerra fue inmediatamente trastornado con su muerte, y en las semanas y meses siguientes, su muerte aportó, finalmente, claridad a las borrosas y confusas divisiones políticas existentes en la nación. También, a esta altura, y por propia decisión, la nación perdió a otro importante líder de las facciones socialistas moderadas: Gabriel Gosálvez. A principios de marzo, Gosálvez anunció su decisión de dejar el Gabinete y el país, para irse como embajador a Italia.[41] Con su retiro, Gosálvez dejó al movimiento socialista de gobierno sin dirección, acabó con los esfuerzos de Riverín de formar un partido político, y hundió en el olvido a su propia facción Antipersonalista del PRS. Además, la pérdida de Gosálvez significó para Busch un gran desequilibrio en la conducción del gobierno, pues este parecía haber sido un factor político determinante para el gobierno y un influyente nivelador del carácter y mentalidad volátiles del presidente.

En cuanto a Saavedra, su salida de las filas de los partidos políticos tradicionales puso fin al liderazgo de los tiempos antiguos y a la época de los grandes caudillos civiles de la preguerra. No solo representaba una pérdida irremplazable para los partidos tradicionales, sino también para el movimiento socialista moderado de la posguerra, porque la casi genial sensibilidad política de Saavedra le permitió establecer un vínculo entre la nueva izquierda moderada con la vieja época, pero con su muerte se rompió el último poderoso eslabón con el pasado, y los moderados ahora tenían que valerse por sí mismos. Con su desaparición, los hombres de pequeña estatura política de los partidos tradicionales se convencieron

39 *El Diario*, 6 de febrero de 1939, p. 6.

40 *El Diario*, 2 de marzo de 1939, p. 6. Montes había fallecido durante la guerra del Chaco, en noviembre de 1933, y José María Escalier poco después, en agosto de 1934, y uno de los grandes líderes políticos de la vieja era, Daniel Sánchez Bustamante, también falleció en ese tiempo. Díaz Machicao, 1955b, pp. 184, 198 y 217.

41 *El Diario*, 10 de marzo de 1939, p. 6.

de que no estaban muy lejos de reunir sus grupos en un frente unido, sin la influencia perturbadora de una personalidad dinámica como la de Bautista Saavedra.

Pocos días después de su muerte, circularon rumores de un movimiento de unidad entre los partidos tradicionales de la derecha, que intentaban crear una Concordancia, como así la llamaron, de los viejos partidos rivales del pasado: el Partido Liberal, el Partido Republicano Genuino y el Partido Republicano Socialista.[42] Bajo la dirección del presidente del Partido Liberal, Alcides Arguedas, se iniciaron las conversaciones entre los tres conglomerados y el grupo Estrella de Hierro, dirigido por Roberto Bilbao la Vieja. Sus objetivos eran formar un «frente unido civil», como lo llamó Arguedas; prepararse para las próximas elecciones, promover el retorno del ejército a sus deberes profesionales y pedir la disolución del Congreso-Convención elegido en 1938-1939. Pronto, se desprendió el grupo Estrella de Hierro, sosteniendo que era un partido socialista, de naturaleza nacionalista, no internacionalista, y que no podría encontrar bases de acuerdo con los partidos políticos tradicionales. Al hacerlo, el grupo también desmintió las acusaciones de que su conservadurismo, con relación a los viejos partidos, era demasiado rígidamente doctrinario.[43]

A pesar de la retirada de este grupo, los partidos políticos tradicionales llegaron a un acuerdo histórico de unificación, y el 21 de marzo de 1939 la Concordancia emitió un manifiesto a la nación, en nombre de los tres partidos. Al describir sus ideas de partido liberal clásico, pidió el retorno del gobierno civil a Bolivia, demandando el fin de la dirección del país, por parte del ejército, en términos específicos y amenazantes. También demandó la abolición del sistema gubernamental de divisas impuesto a la industria minera, alegando que se trataba de una práctica arcaica de tiempos de guerra y, finalmente, rechazó el Tratado de Paz de 1938, porque era menospreciante del honor nacional y pidió mayores erogaciones para el rearme del ejército. En resumen, era el documento más reaccionario elaborado por los partidos tradicionales en la posguerra, e indicaba el completo abandono total de la política de intentar involucrarse con la izquierda moderada. Firmaban el manifiesto Alcides Arguedas, Enrique Hertzog, Demetrio Canelas, Waldo Belmonte Pool, Justo Rodas Eguino y José María Gutiérrez, representantes de los tres partidos políticos.[44]

---

42 *El Diario*, 9 de marzo de 1939, p. 7.

43 *El Diario*, 12 de marzo de 1939, p. 7.

44 *El Diario*, 22 de marzo de 1939, pp. 6-7; también Díaz Machicao, 1957, p. 92.

La firma del pacto de la Concordancia fue realmente una ocasión histórica en la vida política de Bolivia, porque marcó el fin del sistema político que había empezado en 1880 y gobernado la vida nacional desde entonces. Señalaba también el fin de la estructura partidaria intraclase, con sus luchas clásicas sobre las formas del gobierno liberal y, definitivamente, era el comienzo de la política de orientación clasista que causaría gran conflicto social y la formación de partidos basados en las realidades socioeconómicas de la nación. Porque con la firma de este pacto, los políticos tradicionales abandonaron su viejo sistema y abiertamente se presentaron como un partido conscientemente orientado a las clases, que defendía los intereses de la oligarquía, en una enconada lucha política interclasista, por la sobrevivencia. Aunque los firmantes del pacto de la Concordancia parecían dar a entender que se trataba de un expediente electoral circunstancial, perduró durante mucho tiempo, porque era indudable que se trataba de una respuesta a la sentida necesidad de la oligarquía de tener un frente de unidad que representara sus intereses. El Partido Centralista ya había sido una advertencia para los viejos grupos, y estos, finalmente, respondieron, olvidando sus minúsculas diferencias tradicionales y uniendo los restos de sus organizaciones detrás de un partido compacto que parecía ser capaz de defender los intereses de clase.

Entre los izquierdistas, sin embargo, los movimientos de unificación en este periodo no conducían a nada, y el estado de cambio, en la posguerra, creció aún en mayores proporciones. El desmañado Partido Socialista de Estado se disolvió cuando el nuevo ministro de Gobierno, Vicente Leytón, que justamente había remplazado a Gosálvez, anunció su negativa a adherirse a dicho partido. También el principal grupo izquierdista de Potosí, el Frente Popular, anunció su firme oposición,[45] y aun José Tamayo declaró que estaba reformando su antiguo Partido Socialista,[46] completamente aparte del partido gubernamental, que ahora estaba llegando a su fin. El colapso de ese partido se produjo en un momento grave para el gobierno, que se estaba deshaciendo de sus principales apoyos civiles, en una época en que debía enfrentar elecciones. En términos grandilocuentes, el partido gubernamental dio a entender que apoyaría su propia lista de candidatos para las próximas elecciones de mayo, mientras que los políticos tradicionales, aparentemente rejuvenecidos, anunciaban que ellos también presentarían su propia lista de candidatos, en abierto desafío a la intervención del gobierno propuesta en las urnas.[47]

45 *El Diario*, 9 de abril de 1939, p. 7.

46 *El Diario*, 12 de marzo de 1939, p. 7, y 23 de abril de 1939, p. 7.

47 *El Diario*, 15 de abril de 1939, p. 7.

Al mismo tiempo que el gobierno estaba provocando nuevas disensiones en las filas de los izquierdistas moderados, que incuestionablemente constituían su pivote principal, aunque ahora parecían incapaces de reconocerse como tal, el mismo régimen de Busch estaba empezando a experimentar problemas internos de gran magnitud. Tras un sorpresivo rechazo, que causó acaloramiento temporal, Vicente Mendoza López fue expulsado del Gabinete y remplazado, en el Ministerio de Hacienda, por el notable banquero y operador de minas, Santiago Schulze.[48] Paralelamente, comenzaron a circular noticias de grandes fraudes perpetrados contra los inmigrantes judíos, por funcionarios de las embajadas bolivianas en Europa y por los miembros locales del servicio de inmigración.

Estas acusaciones se originaron en una de las propuestas más radicales de Busch cuando, en junio de 1938, ordenó la libre e irrestricta inmigración de refugiados semitas europeos a Bolivia. Revocando la política gubernamental anterior a la declaración de Busch, el ministro de Agricultura e Inmigración, Julio Salmón, anunció el 9 de junio que el gobierno no pondría ya en vigor las restricciones especiales contra la inmigración semita y que, de ahora en adelante, la política oficial sería que «las puertas de Bolivia están abiertas para todos los hombres del mundo, sanos de cuerpo y de espíritu, que quieran venir a trabajar las exuberantes tierras que les entregaremos gratuitamente». Salmón declaró, específicamente, que los judíos estarían en libertad de ingresar al país, como todos los otros extranjeros, y que «en Bolivia no debemos hacernos copartícipes de los odios ni de las persecuciones[de] los elementos semitas en países europeos».[49] Este cambio de política era muy extraordinario, considerando la negativa casi mundial de admitir a los judíos europeos en ese tiempo, además del hecho de que muchos militares bolivianos tenían vigorosas simpatías por el nacional-socialismo y eran proalemanes, y también por la latente actitud antisemita de la izquierda hacia Mauricio Hochschild. Básicamente, se trataba de un gesto humanitario; sin embargo, uno de los factores determinantes para este cambio de actitud bien pudo ser el ofrecimiento hecho por el Paraguay, pocos meses antes, de asentar a 15.000 inmigrantes judíos austríacos en el Chaco, en el momento de la toma alemana de Austria; ofrecimiento que Bolivia había protestado, como una violación de los términos de paz suscritos en Buenos Aires. En

48 Vicente Mendoza López, como ministro interino de Educación, firmó un decreto dando autonomía a los colegios privados, lo que provocó la ira de los grupos de izquierda, estudiantes y profesores, pero que, finalmente, fue rechazado por el Gabinete. *El Diario*, 1 de abril de 1939, p. 7.

49 *El Diario*, 10 de junio de 1938, p. 7.

cualquier caso, un año después del anuncio de la nueva política administrativa, el gobierno anunció que permitiría la inmigración de unos 10.000 judíos europeos a Bolivia, pero la conducta de los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, en los trámites de inmigración, y el consiguiente fracaso del programa de asentamiento agrícola, pronto se convirtieron en asunto explosivo para el gobierno de Busch, aumentando enormemente las tensiones sociales de la nación, que también fue dañada por la guerra.

Todo este asunto explotó repentinamente, a mediados de 1939, con acusaciones de que el cónsul general de Bolivia en París, Carlos Virreira Paccieri, había amasado una gran fortuna mediante la venta de visas bolivianas. En contra de todas las regulaciones gubernamentales, Virreira había ordenado que todas las visas obtenidas por los europeos debían ser tramitadas por la Embajada de París y, en París, él había expedido, desde hacía bastante tiempo, unos 3000 pasaportes semanales, cobrando a los inmigrantes judíos entre 10.000 y 20.000 francos por visa.[50] Este *affaire,* como así se lo denominó, causó conmoción en los periódicos, los que acusaban de graves violaciones morales al gobierno, a pesar de que el Ejecutivo tardíamente destituyera a muchos funcionarios involucrados en el *affaire.*

Confrontando una crítica creciente, de naturaleza moral severa sobre el «*affaire* de inmigración», y ante una ruptura total del apoyo civil para las elecciones de mayo, Busch, repentinamente, recurrió a la acción violenta para cambiar el curso de los acontecimientos. Reaccionando, como lo había hecho, en junio de 1937, durante el gobierno de Toro, decidió que una drástica acción de purificación y rejuvenecimiento era necesaria para que el gobierno volviera a sus principales objetivos. De esta manera, para total sorpresa de la nación, Busch declaró, el 24 de abril de 1939, el fin del gobierno constitucional y el inicio formal de una dictadura.

El manifiesto que Busch emitió a la nación, en defensa de su acción, era un documento psicológico curiosamente revelador de su personalidad, porque en él trasuntaba un tema que lo obsesionaba permanentemente. Empezaba el documento describiendo los largos años de servicio desinteresado que había prestado a la nación, incluyendo la prueba suprema de la guerra. Él también, declaró, había sido testigo de la tragedia de la guerra y de las maquinaciones políticas y económicas que ella había producido.

> Y como un testigo presencial de esa tragedia oculta, concebí los mismos ideales de superación, de renovación profunda, de depuración del alma nacional que compartieron y comparten conmigo todos aquellos que

50 *El Diario*, 27 de mayo de 1939, p. 7.

> sufrieron, en carne propia, en los campos de batalla. Un idéntico dolor engendró en los combatientes un idéntico ideal de resurgimiento patriótico.

Estos ideales respaldaban la revolución del 17 de mayo que él había dirigido, y a la cual se negó a emplear para obtener poder personal, rechazando la presidencia. Fue solo la negativa de Peñaranda al cargo lo que, finalmente, lo llevó a la presidencia, en julio de 1937, declaró Busch, en lo que, obviamente, fue una interpretación simplista de los hechos. Obligado, así, a aceptar el liderato del rejuvenecimiento, apeló al apoyo de la nación, dando completa libertad a todas las facciones políticas. ¿Pero qué fue lo que ocurrió?, se preguntaba Busch. Nada, sino anarquía, fue la respuesta.

Busch había cumplido su deber; había organizado un Gabinete de coalición nacional sin la dominación de ningún grupo; había convocado a la convención constituyente para que redactara una nueva Carta y, finalmente, había puesto fin a los problemas internacionales; pero ninguna de estas acciones pudo hacer frente a la anarquía, ni conseguir la conciliación.

> Concebí, como un ideal, la reorganización de los partidos y fuerzas políticas con programas claros y definidos. Reconocí la necesidad del libre juego democrático y la acción de control y de orientación verazmente patrióticas de las fuerzas de oposición. Sostuve la conveniencia de una amplia libertad de prensa que diera como resultado el señalamiento de rumbos acertados, la elaboración de soluciones para los grandes problemas de la República y el planeamiento honrado y sereno de todas aquellas cuestiones que son vitales para el país. Pero he constatado que, lejos de lograr esos objetivos, benéficos para la colectividad, a la libertad de prensa se ha impuesto el libertinaje con un desborde violento de la diatriba, que es una negación del grado de cultura a que ha llegado la República; a la acción que debiera ser patriótica y realmente cívica de los partidos de oposición, ha sucedido una fermentación subversiva y demagógica que envenena el ambiente nacional.
>
> Pero hay algo más grave. No vacilo en afirmar que el país atraviesa un periodo de tremenda descomposición y de quiebre de todos sus valores. Parece que, como consecuencia de la guerra, hubieran saltado los resortes de la nacionalidad; anulando esos factores que hacen grandes a los pueblos; la fe en su destino, la honradez, la moral política y social, el desinterés y el espíritu de sacrificio. Solo dos pasiones se advierten en el fondo de todos los actos: el afán irreflexivo de derribar al Gobierno, por cualquier medio y procedimiento, y un ansia incontenible y sin escrúpulos de lucrar.

Esto se había reflejado hasta en la administración pública, denunció Busch, en una obvia alusión al *affaire* de inmigración. La inmoralidad pública y privada, declaró este moralista e ingenuo oficial militar, «se va convirtiendo en una enfermedad crónica». Cuando pensaba en los sacrificios pasados del pueblo en el holocausto de la guerra, se sentía ultrajado por la inmoralidad, así como ante la presencia del racismo

y el regionalismo (una alusión a los orientalistas) opuestos a las tendencias nacionalistas.

Con todo esto, Busch veía que Bolivia estaba confrontando una crisis económica de posguerra, que diariamente afectaba a las necesidades básicas de las clases media y popular. Respecto al ejército, en obvia alusión a la actitud de la Concordancia, atacó a los que deseaban dividir a las fuerzas armadas de las clases civiles, tendencia que tenía por objeto poner en acción «una inmediata guerra civil fratricida». Ante todos estos problemas, él no pudo permanecer impasible, sino reaccionar de un modo enérgico.

> Con la misma fe, con el mismo espíritu de sacrificio con que defendí a Bolivia en los campos de batalla, ofrendando mi vida en cada momento, quiero emprender una nueva campaña que salve a esta patria que se desmorona.
>
> A partir de hoy, inicio un Gobierno enérgico y disciplinado, convencido de que es éste el único camino que permitirá la vigorización de la República, en lo interno y en lo internacional. El país necesita orden, trabajo y moral para cumplir su destino.

Concluyó su manifiesto dictatorial, haciendo un llamado a todos a respaldarlo en este gran viraje de rejuvenecimiento, para salvar a la nación de los extremistas de la izquierda y de la creciente oligarquía de la derecha. El Estado, sostenía Busch, debía actuar como moderador y regular la justicia social en la esfera económica, y debía anular a todos los extremos. «Es el modelo económico y social del país el que debe inspirar nuestro programa de acción y no la adhesión intelectual o sentimental a las teorías políticas de moda». Este programa debería tener como objetivos: crear una nacionalidad coherente; defender nuestros recursos naturales en beneficio de todos; rejuvenecer el poder de defensa nacional; lograr el equilibrio en el gasto público para asegurar la estabilidad económica; proporcionar garantías para la inversión de capital y garantías positivas para el trabajo hasta que se proclamase un régimen de igualdad; construir «caminos y escuelas, y, finalmente, una férrea disciplina que reajuste los valores morales».[51]

En resumen, era el mismo programa moderado y poco imaginativo, que él siempre, públicamente, había proclamado y que había sido incapaz de aplicar. Frustrado con la falta de resultados concretos y realmente incapaz de una dirección política coherente y concentrada, debido a su propia escasez de entrenamiento político e intelectual, este honrado militar, de modo lastimoso, apeló a la nación para que respaldase su gran

51 Discurso íntegramente registrado en *El Diario,* 25 de abril de 1939, pp. 6-9.

viraje de moralidad puritana; viraje que, él creía, representaba su propio sentimiento. Enfurecido y frustrado por la falta de progreso, Busch creía que la dictadura era la «solución» al problema básico, que, esencialmente, se debía a la falta de liderazgo de su propio gobierno.

Un torrente de decretos siguió al anuncio de su dictadura. Fue suspendido el Congreso y canceladas las elecciones. Y si bien se declaraba vigente la Constitución de 1938, Busch decidió que el gobierno se regiría ahora directamente por decretos ejecutivos. De la oficina presidencial emergieron una serie de leyes que definían las *acciones* inmorales en los negocios y en el gobierno, mientras Busch trataba de legislar contra la decadencia moral que, en su opinión, estaba corrompiendo los fundamentos de la nación.

El dirigente de la Concordancia, Demetrio Canelas, en carta dirigida al ministro de Gobierno, Vicente Leytón, rechazó que los partidos políticos tradicionales fueran culpables de subversión, y, al contrario, advirtió que, con su acción, el gobierno, había dado un paso retrógrado; pero fue en vano.[52] De importancia más concreta fue la renuncia de Santiago Schulze del Gabinete, y su remplazo por Fernando Pou Mont, joven funcionario de la administración pública, sin filiación política.[53]

Sin embargo, inmediatamente después de asumir sus funciones, el nuevo ministro de Hacienda entró en acción, respecto a los largamente debatidos decretos de la guerra del Chaco, que requerían que la industria minera entregara cierto porcentaje de sus ganancias en el extranjero (es decir, pagos en oro por el estaño) al gobierno, del cual recibirían moneda nacional (es decir, divisas). Este asunto de las divisas había provocado largas controversias con los mineros e incluso la Concordancia se refirió al asunto, en su manifiesto de marzo, y el gobierno temporalmente había suspendido el requerimiento de divisas a cambio de un 25% de impuestos sobre el capital líquido y un nuevo y elevado impuesto de exportación. Pero esta solución fue modificada, a su vez, a fines de mayo y continuó el diálogo entre las empresas del estaño y el gobierno.[54] A fines de mayo, el gobierno oficialmente se ocupó del *affaire* de los pasaportes, y Eduardo Diez de Medina dejó el Ministerio de Relaciones Exteriores y fue remplazado por otro diplomático profesional, Alberto Ostria Gutiérrez.[55] Un nuevo

52 Díaz Machicao, 1957, pp. 96-98.

53 *El Diario,* 26 de mayo de 1939, p. 4.

54 Díaz Machicao, 1957, pp. 99-100; Banco Minero de Bolivia, 1941, pp. 114-121.

55 Díaz Machicao, 1957, p. 98; Diez de Medina, 1955, pp. 388-389.

Código de Educación fue aprobado introduciendo grandes cambios en la reorganización del sistema educacional de la nación y con un mayor control gubernamental.[56] Esta intensa actividad gubernamental, después del establecimiento de la dictadura, fue coronada con la firma del primer Código Nacional del Trabajo, el 24 de mayo.

El Código del Trabajo fue de gran importancia como pieza legislativa y duradera, y fue la única, de entre las muchas actividades de la dictadura de Busch, que perduraría. El código, rápidamente llegó a ser conocido como Código Busch y fue una de las mayores conquistas del movimiento obrero boliviano, que culminó largos años de agitación en favor de una legislación social importante en este campo. Al incorporar muchas de las proposiciones inicialmente enunciadas por Waldo Álvarez y posteriores elaboraciones de varias asambleas internas de directores locales del Ministerio del Trabajo, convocadas durante el gobierno de Toro, este código de 122 artículos proporcionó muchos beneficios concretos al movimiento obrero, exceptuando únicamente a los agricultores.

Elevado a la categoría superior de ley general, pocos años después, este código fundamental estipuló que un máximo del 15% de empleados y obreros de cualquier empresa podían ser extranjeros y no más del 45%, mujeres (Art. 3). Dio protección legal a los contratos de trabajo (Art. 5 y ss.), incluyendo sueldo por retiro y pensiones (Art. 13). Las justificaciones para el retiro de obreros fueron cuidadosamente enumeradas, y todas las demás razones requerirían de una fuerte indemnización por parte de las empresas (Art. 16). Previó el reconocimiento del taller cerrado y un contrato colectivo vinculante para todos los trabajadores (Art. 23 y ss.). Incluyó estipulaciones especiales para el aprendizaje y los contratos de «enganche» –es decir, contratos de empleados para trabajos fuera de la comunidad–, los cuales eran problemas especiales en el escenario laboral de Bolivia (Arts. 28-31). Dedicó capítulos enteros a los problemas de la industria artesanal y trabajo doméstico (Arts. 32-40); se decretaron vacaciones anuales pagadas (Art. 44). Y, con especificas excepciones, se estableció el trabajo semanal de 48 horas en toda la nación (Art. 46); Sugirió la conveniencia de una escala salarial uniforme, sin distinción de nacionalidades o sexos, y el desarrollo de salarios mínimos establecidos localmente (Art. 52). Esbozó prohibiciones del trabajo infantil y protección para las mujeres trabajadoras (Arts. 58-63). También, trató de promover el plan de pensiones obligatorio que, hasta el momento, solo

56 Díaz Machicao, 1957, p. 99.

había beneficiado a un pequeño número de obreros organizados (Art. 66). Proporcionó leyes de seguridad laboral e instalaciones médicas en las fábricas, mientras que decretos especiales, cubrieron los campamentos, o complejos laborales, creados por las empresas para albergar a los obreros en los campos mineros aislados. También se delineó, de forma limitada, reglamentos para las instalaciones hospitalarias y las tiendas de alimentos –las famosas pulperías (Arts. 75-77).

Una buena parte del Código se dedicó a las compensaciones por accidentes de trabajo –una práctica establecida desde hacía mucho en Bolivia–, en la que las responsabilidades de las empresas estaban cuidadosamente definidas (Art. 79 y ss.). Se reconoció el derecho de asociación para la organización de los sindicatos obreros, y a estos se les dio un conjunto considerable de derechos en materia de representación de los trabajadores, negociaciones de contratos e incluso para la creación de escuelas obreras y otras instalaciones (Art. 99 y ss.). Se estableció un procedimiento completo de arbitraje gubernamental para solucionar las potenciales huelgas con la directa intervención del Estado en los procedimientos de negociación. Estos tribunales de arbitraje con representación de trabajadores, capital y gobierno, eran los que debían emitir sus decisiones finales y vinculantes (Arts. 105-113). El derecho de huelga fue considerablemente modificado, al otorgar plenos derechos a los rompehuelgas y prohibir las huelgas revolucionarias o cualquier tipo de violencia huelguística (Arts. 114-119).[57]

En definitiva, constituía una pieza vital de legislación social y, como dijo un crítico sindical, hostil al régimen,

> […] el mérito de haber sido el primero en darnos una amplia y generosa legislación social recae en el gobierno de Busch. Es posible encontrar en él [Código de Busch] una serie de vacíos y aun de errores, pero representó un paso decisivo respecto al mejoramiento de las condiciones de trabajo de la clase obrera y de los empleados.[58]

En tanto que el Código del Trabajo tuvo importancia duradera, otra acción del gobierno dominó pronto el pensamiento total de la nación. El 7 de junio, Busch dio fin a las largas y complicadas negociaciones, regulaciones y contrarregulaciones del asunto del estaño, decretando que las empresas, de ahí en adelante, estarían obligadas a entregar al gobierno el 100% de sus ganancias en oro en el extranjero. Esta fue una proposición

57 El texto oficial del Código con las últimas ediciones se encontrará en Busch, 1946, pp. 3-34.

58 Barcelli, 1956, p. 149.

que había sido defendida, por primera vez, por la izquierda radical, en la Convención de 1938, pero aparentemente había sido combatida con éxito por la derecha. Ahora, sin embargo, dado el nuevo temperamento de acción de Busch, adoptó como lema revolucionario la cuestión de la «independencia económica», de manera similar a como Toro había utilizado su decreto para la nacionalización del petróleo. Así, esta medida fue exhumada y promulgada a la nación.

A fines de mayo, los mineros del estaño, grandes, medianos y pequeños, se unieron en un Comité Permanente de Mineros, para presionar al gobierno y obtener la abolición de impuestos especiales y de los requerimientos de entrega de divisas, que había sido impuesta a la industria en la guerra del Chaco. El gobierno de Busch, sin embargo, se había negado a abandonar esos grandes ingresos y bajo la dirección del nuevo ministro de Hacienda, Fernando Pou Mont, fue promulgado el histórico decreto del 7 de junio de 1939.[59]

El decreto estipulaba que los empresarios mineros debían entregar al Banco Central el 100% de sus ganancias (divisas), resultantes de la venta bruta de sus exportaciones, en pago de letras de cambio de primera clase (es decir, billetes de oro) antes de recibir un permiso de aduana que les permitiera la exportación de sus minerales. El artículo 38 del decreto estipulaba que

> […] toda resistencia pasiva al cumplimiento del presente decreto-ley: sabotaje, *lockout*, restricción de labores o cualquier medida directa o indirecta que trate de alterar el progreso normal de las minas para su completa explotación, serán considerados como un crimen de alta traición a la Patria, y sus administradores, directores y consejeros serán juzgados sumariamente, sin perjuicio de una intervención del Estado en la administración de la empresa o empresas culpables.

En resumen, se prometió la muerte y confiscación para todos aquellos que intentaran impedir el cumplimiento de esta ley, parando la producción de minerales.[60]

En un discurso de radio nacional, Busch, el 10 de junio, explicó nuevamente a la nación las implicaciones del decreto, afirmando que su objetivo básico era el de asegurar, de ahí en adelante, la independencia económica de la nación y promover las cooperativas y los pequeños y medianos productores de la industria minera, en oposición al actual dominio de los «tres grandes». Orgullosamente, el oficial de ejército proclamó que

---

59 Céspedes, 1956, p. 202; Díaz Machicao, 1957, pp. 101-102.

60 Banco Minero de Bolivia, 1941, pp. 121-137.

este decreto-ley «por primera vez, en Bolivia, establece un sistema de defensa de las riquezas patrias».

Gran parte del resto de su discurso se lo ocupó en dar cantidad de justificaciones posibles de esa acción revolucionaria. En primer lugar, tal acción estaba completamente justificada por la Constitución de 1938, que permitía la intervención del Estado en los procesos económicos nacionales. Además, afirmó Busch, que esa intervención se la practicaba ahora casi en todas las naciones del mundo. El control gubernamental sobre la economía no era solamente propio de los sistemas soviéticos o fascistas, sino que también era practicado en la mayoría de los países sudamericanos y aun en el mismo Estados Unidos, bajo el *New Deal* del presidente Roosevelt. Así era como podría verse, de acuerdo con esta línea de razonamiento, que la acción gubernamental de Busch estaba lejos de ser arbitraria o antidemocrática, ya que era practicada por la mayor parte de las naciones del mundo y era un instrumento esencial para preservar las instituciones y la independencia de la nación boliviana.

Esta práctica no solo era común entre las naciones, afirmó Busch, sino que también era válida por las necesidades de la sufrida economía boliviana, que acababa de pasar por una gran guerra y que también atravesaba una crisis como monoproductor colonial en la economía mundial. En cuanto al mismo decreto, de ningún modo significaba el fin de la propiedad privada, ni siquiera la confiscación de las utilidades mineras, pues la Constitución respaldaba plenamente los derechos de la propiedad privada, con la condición, sin embargo, de que todos los derechos estuvieran subordinados al interés general. Busch puntualizó que aun las monarquías como Suecia y Rumania observaban tales requisitos respecto a la propiedad privada.

Este decreto, de ningún modo, impedía la explotación privada de minerales, sino solamente afirmaba los derechos del Estado a intervenir «en el control de la explotación para impedir la fuga de capital y el empobrecimiento de la nación». De acuerdo con los términos del decreto, el Estado prometía pagar a los mineros Bs 141 por libra esterlina, sobre el 50% de sus ganancias en oro, y permitirles el uso total de la otra mitad, aunque el Estado ejercería control sobre ella. El Estado tampoco niega, puntualizó Busch, el margen de beneficio a las empresas, permitiéndoles exportar el 5% por ciento de divisas en certificados de oro al extranjero, para el pago de intereses sobre las acciones a los inversionistas extranjeros. Y, finalmente, el Banco Central se encargó de todo este asunto y en su junta de directores, según aseguró Busch, había representantes de la misma industria minera.

Busch terminó su discurso, pasando de la defensiva a la ofensiva. Por mucho tiempo, dijo, el Estado había sido pobre, a pesar de la riqueza y bonanza de la industria minera, y, ahora, debía corregirse este desequilibrio. Los sacrificios en el Chaco, declaró, demandaban una nueva era, y este acto era para lograr tal cambio. Mediante este decreto, el gobierno esperaba aprovechar los ricos recursos de este país, para los ciudadanos de la nación. Si este gran paso provocaba la caída de su gobierno, declaró Busch: «Habré caído con una gran bandera: la emancipación económica de mi Patria».

Finalmente, hizo un llamado a sus camaradas del ejército y a los excombatientes para que recordaran la voluntad del gran mariscal de Ayacucho: «Defender a Bolivia por entre todos los peligros».[61]

Este discurso fue moderado y bien organizado, según los estándares habituales de Busch, y estaba claramente diseñado para ganar apoyo popular para su gobierno, contra la esperada contraofensiva de la oligarquía minera. Pero Busch no estaba satisfecho solo con obtener apoyo del pueblo, para su acción, ni tampoco tenía realmente una idea clara de cómo respaldar su decreto con una serie de leyes radicales en todos los frentes socioeconómicos. Más bien vio esta única pieza de legislación como un gran punto de unión para la nación, en su propio impulso concebido para llevar a la ciudadanía hacia el rejuvenecimiento moral de la nación. En su discurso, pronunciado ante una gran concentración pública, el 14 de junio, auspiciada por la izquierda, los estudiantes, los obreros y los excombatientes, Busch reveló completamente sus ilusiones sobre el verdadero significado de este acto.

Busch había comenzado su discurso, disculpándose ante la gran multitud reunida en la Plaza Murillo, por haberlo preparado por escrito, declarando que, al hacerlo así, quería que sus pensamientos, intenciones y proposiciones pudieran ser claramente entendidos por todos. Agradeciendo a las masas por su apoyo, declaró en términos casi deliberadamente autoengañosos que:

> Pocas veces se ha conmovido el alma nacional, tan fervorosa y unánimemente, como hoy. Las proporciones de esta demostración popular me indican que la Nación toda, venciendo su abatimiento y su desencanto, se ha puesto de pie para defender su soberanía política y económica y para hacer un acto de fe, definitivo y valiente, en su porvenir, en su grandeza y en su destino.
>
> Pocas veces, también, se ha visto que haya una solidaridad tan absoluta y tan íntima entre gobernantes y gobernados […] En tiempos pasados las masas se movían unas veces fanatizadas por el afecto ciego a los caudillos

61 Todo el discurso registrado en *El Diario,* 11 de junio de 1939, p. 4.

> civiles o militares; otras, por el odio sectario, pero nunca como hoy, como en este momento, por un grande y noble ideal patriótico, tan noble y tan grande, que ante él desaparecen los hombres, que somos transitorios, los odios que son infecundos, los intereses que son pasajeros y las facciones políticas que casi siempre encumbran ambiciones personales para dejar firme, inquebrantable e invencible, la voluntad de todo un pueblo que proclama su derecho de vivir y su decisión de vencer.
>
> La tragedia de la guerra no ha sido estéril ni tampoco inútil el martirio de nuestros soldados. Del desastre ha surgido esta nueva conciencia patriótica, esta nueva fe profundamente bolivianista, que se expresan en el fervor de los miles de hombres que me escuchan. Ante su gesto audaz, ante su ademán definitivo, puedo afirmar: Bolivia está en marcha y nada ni nadie la detendrá en su decisión de ser, por fin, una verdadera patria, para las actuales generaciones, para las que vienen y para todos los hombres del mundo que quieran compartir nuestro destino.

Seguramente que este repentino estallido de milagrosa fe en las masas y en su unidad fue el colmo de la desilusión para el quijotesco Busch. Tan desesperadamente buscaba una patria unida, que estaba dispuesto a engañarse así mismo, pensando que esa manifestación popular significaría el fin de toda la corrupción que él había visto en el país un mes atrás, y que esa reunión masiva podría convertirse en una acción dinámica, positiva y unida. El mismo hecho de que fuera un discurso escrito y no espontáneo, indica la verdadera naturaleza forzada y desesperada del anhelo de Busch. Nuevamente, en este discurso gritó que lo había dado todo por su patria, que había buscado únicamente el bienestar de ella, y que, aun en los momentos más sombríos, jamás había perdido la fe. Con este acto, declaró darían soberanía económica a la nación, «las generaciones pasadas nos dieron independencia política, y es deuda de las generaciones presentes y futuras alcanzar la emancipación económica».

Hizo un llamado a los excombatientes, trabajadores, capitalistas y a todos los ciudadanos con ideas afines a unirse a esta marcha mística hacia el futuro y prestar su apoyo al gobierno desinteresado que los conduciría por esa senda.[62] Pero una manifestación popular auspiciada por el gobierno, sin una organización política o ideológica coherente, no genera una ola de acción revolucionaria, y este casi doloroso anhelo de Busch, de ver esa ola de regeneración, estaba condenada a un total fracaso, por lo menos en los términos de la cruzada moralista en que él la veía.

Aunque el decreto no entró en inmediata vigencia, Busch pronto se enteró de la supuesta propuesta de Hochschild para evadir las

62 *El Diario,* 16 de junio de 1939, p. 7.

estipulaciones de la ley, así que, en un arranque de cólera, de acuerdo con varios testigos oculares, ordenó la detención y ejecución del magnate. Una vez que Hochschild fue detenido, Busch sostuvo una tormentosa reunión de Gabinete, en la cual demandó la pena de muerte para el «barón del estaño», que era ciudadano argentino naturalizado. Mediante la fuerza de su voluntad y por arreglos previos con algunos de sus ministros más leales, Busch intimidó a los otros para que firmaran la orden de ejecución. Casi inmediatamente, sin embargo, los ministros se arrepintieron de su decisión y no solamente presionaron a Busch, sino que incitaron a las legaciones extranjeras para que apelasen al gobierno, en nombre de Hochschild. Ante esta intensa oposición, Busch, finalmente, cedió, archivó todo el asunto y ordenó la libertad del capitalista minero arrestado.[63] Lo más importante en toda esta crisis fue el deseo casi insano de Busch, de acción y reivindicación de su propio valor. De acuerdo con un testigo ocular, Busch había declarado en un banquete, pocas semanas antes de este suceso: «Yo, Germán Busch, demostraré a estos Patiños, Aramayos, Hochschilds, que aquí hay un presidente que hará respetar a su país».[64] Y su acción contra Hochschild, que no era legal de ninguna manera, aun bajo el decreto que todavía no había entrado en efecto, señalaba el deseo vehemente de Busch de lograr resultados dramáticos ilusorios. Parecía haber llegado a un punto de ruptura, en el que solo podía concebir acciones tan dramáticas y violentas como medios para solidificar la nación y limpiarla de su estancamiento moral.

El presidente se enfrentaba cada vez más a fantasmas que a realidad. Sin un núcleo duro de intelectuales doctrinarios de izquierda comprometidos con él, organizados en un partido viable y en posiciones de gobierno, su dictadura supuestamente «revolucionaria», fue incapaz de ir a cualquier parte; y, de hecho, el gobierno de Busch estaba regido por los mismos hombres que habían colaborado en todos los gobiernos anteriores en Bolivia. De esta manera, mientras Busch nacionalizaba el Banco Minero[65] y encomendaba su manejo a izquierdistas como Víctor Paz Estenssoro y Wálter Guevara Arze, entregaba su dirección a su antiguo

63 Céspedes, 1956, pp. 205-206.

64 *Ibid.,* p. 204.

65 El Banco Minero fue creado por Toro en 1936. Benavides M., 1955, pp. 123-126. Busch más tarde también nacionalizó el Banco Central, el 3 de agosto de 1939, haciendo del gobierno el único accionista y propietario de la institución a través de la venta forzosa de los grandes accionistas privados. *Ibid.,* pp. 129-131.

ministro de Hacienda, el oligarca Alberto Palacios.[66] Y lo que ocurría en el Banco Minero, también ocurría en el Banco Central y en todos los ministerios y departamentos del gobierno. El dictador tampoco podría lograr ningún impacto sin un partido político cohesionado detrás de su gobierno. Si bien es cierto que la izquierda estaba más desorganizada, existía un gran potencial, tanto entre los grupos en el exilio como en las organizaciones locales del frente de unidad. Pero Busch no pudo ni quiso organizar a estos radicales ni a los numerosos grupos de izquierda moderados en un partido de gobierno, y sufrió las consecuencias, que estaban completamente divorciadas de la realidad política.

De esta manera, mientras se multiplicaban los decretos que se emitían desde el palacio presidencial, tuvieron poca respuesta positiva o ningún respaldo, y pronto Busch empezó a sentirse como si estuviera legislando en el vacío. Incluso en sus propios términos, Busch empezó a darse cuenta de que nada se estaba realizando, ni para aliviar los problemas ni para limpiar el alma nacional. Había confundido una sola manifestación popular con un gran resurgimiento y una efusión emocional para él mismo. Pero en el atardecer sombrío, de aquella tumultuosa manifestación de junio no parecía haber quedado nada, y el apoyo que tan ardientemente creía Busch que había creado, a través de sus pocos discursos y algunos decretos radicales, se había evaporado por completo. Una solitaria figura, sin el apoyo organizado de ningún movimiento político o grupo militar, sin una ideología propia, y completamente dependiente de la antigua oligarquía que aún gobernaba en su administración, Busch, muy pronto, admitió la completa locura de sus propios sueños románticos y quijotescos, y, en la noche del 23 de agosto de 1939, se suicidó.[67]

---

66 Céspedes, 1956, pp. 203-204.

67 Probablemente el mejor análisis en el gran debate que se suscitó sobre si Busch se suicidó o fue asesinado, se registra en la obra de Augusto Céspedes, *ibid*., p. 207 y ss., en la cual este testigo ocular del suceso, y al mismo tiempo partidario leal de Busch, después de dar todas las razones posibles para el asesinato, finalmente concluye que Busch se suicidó. Sin embargo, en lugar de verlo como un acto inútil de un individuo insano. Céspedes ve el suicidio como el gesto político de un gran romántico, al igual que la acción de Getulio Vargas en el Brasil. Sucedió a la culminación de su carrera y, de acuerdo con Céspedes, Busch hizo más por el movimiento revolucionario en Bolivia con ese gesto vital y sangriento que cualquier otra idea o teoría. Desde el plano de la política práctica, Céspedes admite, sin embargo, que «dada su incipiente ideología, su falta de programa y de partidos revolucionarios, Busch murió cuando el ciclo de sus posibilidades de gobernante estaba cerrado. La crisis provocada por el decreto del 7 de junio demostró que el dictador era incapaz de superarla, por mucha pasión que tuviese […] Fue el

La muerte de Busch marcó el fin de la era del socialismo militar de posguerra. Fue una época en la que el ejército intentó conducir a la nación por los caminos de un corporativismo reformista, mezclado con socialismo, tanto en respuesta a sus propias necesidades de reivindicación por el desastre del Chaco, del que culpaba a los partidos políticos tradicionales, como como un simple asunto de autodefensa en un mundo civil cada vez más hostil. La toma del poder por parte del ejército se había sido facilitada por el vacío creado por la desintegración de los partidos políticos tradicionales, que, a su vez, se debió a la condena nacional, por su acción de conducir al pueblo a la terrible guerra del Chaco. Desde el gobierno de Toro hasta la formación de la Concordancia, en marzo de 1939, los políticos tradicionales estaban vagando en la soledad, sin querer comprender que los viejos días habían terminado. Sin embargo, la oligarquía, finalmente, les había hecho comprender, especialmente después de la pérdida de los caudillos históricos, su propia falta individual de poder político y los había obligado a olvidar sus históricas diferencias, y unirse,

---

representante del nacionalismo utópico que marchaba con la contrarrevolución a su lado, como sombra nefasta, disfrazada, a veces, de revolución», *ibid.,* pp. 216-217.

Si bien la izquierda siempre había acusado a la Rosca del asesinato de Busch, y todas las divisiones ideológicas de la izquierda apelaron al presidente mártir como símbolo revolucionario de vindicación, uno tiene que concluir con Céspedes que la prueba de la tesis del suicidio es abrumadora y perfectamente consistente con la personalidad conocida de Busch. Ciertamente, un cuidadoso examen de los documentos públicos revelará la psicología destructiva de la vibrante personalidad de Busch en los últimos meses de su gobierno. Sus discursos públicos apasionados, divagantes y extremadamente autodefensivos, revelan su versión distorsionadamente romántica de la realidad política y su creciente conciencia de esta distorsión, a la cual, finalmente, fue incapaz de enfrentarse.

También debería observarse que mientras Busch era esencialmente inclinado a las reformas de los problemas socioeconómicos de su día, parecía que él era incapaz de ejecutar sus pensamientos y actitudes hacia su expresión o resolución. En efecto, las acciones revolucionarias y concretamente izquierdistas que se llevaron a cabo durante su administración fueron hechas por otros o, más a menudo, hechas en oposición a sus deseos. Estableció una tónica revolucionaria e indudablemente era una expresión más sincera de la nueva generación que David Toro, pero cuando se comparan los antecedentes de ambos, es Toro quien produce más resultados concretos. En cuanto a los tres grandes acontecimientos en el periodo de Busch, el Código del Trabajo fue escrito por los funcionarios nombrados por Toro y esencialmente elaborado antes de que Busch asumiera el mando; el decreto de divisas nunca se puso en práctica, y la Constitución de 1938, el más grande producto de su periodo, fue redactado, casi enteramente, sin su activo apoyo y hacia su término, realmente fue finalizado en abierto desafío a Busch. Sin embargo, como Céspedes correctamente señala, Busch logró más con su dramática muerte que lo que hizo en vida, y el símbolo del martirio del presidente obsesionará a los contados días de los gobernantes de la oligarquía.

abierta y conscientemente, para defender los intereses de la oligarquía, formando un grupo con orientación completamente clasista.

La era del socialismo militarista había sido de notable crecimiento para la izquierda radical, pero muy especialmente para la antes inexistente izquierda moderada, y se vio la expansión de la influencia de izquierda en todos los rangos de la sociedad boliviana. A menudo, estimulada por el mismo gobierno o a menudo olvidada, e incluso perseguida, el crecimiento de la izquierda no fue controlado durante los años de la posguerra, particularmente, entre los sectores de clase media urbana: los profesionales urbanos, los trabajadores administrativos, los estudiantes universitarios, los cholos letrados y comerciantes y artesanos blancos. Estos eran los mismos grupos que, anteriormente, habían formado el núcleo duro del antiguo sistema de partidos políticos y, por lo tanto, la base política de la nación.

Fueron estos grupos, numéricamente pequeños, pero políticamente importantes, los que se sintieron más desilusionados por la guerra del Chaco, y sacudidos por el horror y el caos del desastre. Se negaron a regresar a los días de la preguerra, y fue este rechazo al liderazgo de las altas clases y la negativa a continuar alineando sus intereses con los de la oligarquía, lo que condujo a la destrucción del sistema de los partidos tradicionales. Buscando una nueva explicación de las causas de la tragedia del viejo orden y las líneas generales del nuevo, recurrieron a las ideologías radicales marxistas.

Y en los primeros años del régimen socialista militar de la posguerra, fueron esas clases las que dieron su crucial y creciente apoyo a los nuevos movimientos socialistas moderados, que estaban definiendo una posición intermedia que no había existido en el espectro de las ideologías políticas de preguerra.

Para los elementos de la izquierda radical, que tenía sus raíces, su forma e incluso su liderazgo en los días anteriores a la guerra, el periodo Toro-Busch fue la edad dorada para el desarrollo político. Los grupos vitales de obreros y universitarios, el corazón de cualquier movimiento de la izquierda radical en América Latina, alcanzaron un nuevo poder político y, al mismo tiempo, en el periodo inmediato a la posguerra, se comprometieron firmemente con la posición ideológica radical, que tuvo un desarrollo posterior a 1935. Los intelectuales marxistas del periodo de preguerra no solo establecieron su control sobre los movimientos obreros y estudiantiles en este periodo, sino que también lograron que su ideología revolucionaria fuese escuchada por la clase media e intelectual, o sea, los mismos grupos que los habían considerado no otra cosa que un sector de lunáticos, inexistente en el periodo de preguerra.

Más que cualquier otra cosa, la era del socialismo militar fue una etapa de incubación y desarrollo del radicalismo boliviano, en la que las clases media y popular empezaron a organizarse para una acción política independiente, como nunca había ocurrido en la historia boliviana. Y también fue la era de transición entre el clásico sistema de partidos políticos intraclase, basado en los históricos y serios debates sobre los términos de liberalismo, y un sistema interclase, orientado e ideológicamente comprometido, con base en las realidades socioeconómicas de la vida nacional. Mientras el general Eliodoro Camacho y Mariano Baptista creían que estaban creando partidos ideológicos en 1880, en realidad solo creaban partidos políticos de naturaleza intraclase, que diferían solamente en la forma. Estos clásicos partidos fueron, esencialmente, núcleos oligárquicos para dirigir a una masa política de clase media.

Con el impacto de la guerra del Chaco fue destruido este sistema de partidos políticos y se creó uno nuevo, de estructura revolucionaria, que, dentro de unos cuantos años, después de la muerte de Busch, maduraría como uno de los más grandes movimientos revolucionarios en la historia de América Latina.

# XII
# Quintanilla y el resurgimiento de la oligarquía

La súbita desaparición de Germán Busch, cobertura protectora del grupo de oficiales de izquierda dentro del ejército, y el caos del apoyo político de la izquierda constituyó una situación ideal para el resurgimiento de la derecha en la política nacional. Por primera vez, desde el 17 de mayo de 1936, se hizo sentir profundamente el poder, ahora desnudo, de la oligarquía. Pero, a pesar de esto, el liderazgo y los patrones del gobierno civil de preguerra no podrían ser totalmente restaurados, y es por esto que las fuerzas derechistas apelaron al mismo ejército en busca de apoyo y dirección.

Confiando en su habilidad para aislar a los oficiales izquierdistas de las posiciones de mando, el general Carlos Quintanilla, comandante en jefe del ejército, al recibir la noticia del suicidio de Busch, actuó rápidamente para llevar a su conclusión definitiva el experimento socialista militar. Con la ayuda del Estado Mayor General, que estaba bajo el control del astuto manipulador político, coronel Antenor Ichazo, apresuradamente procedió a buscar apoyo para establecerse en el poder político. En una reunión, con otros oficiales destacados, especialmente el general Bilbao Rioja, que fue reconocido como sucesor legal de Busch por la joven oficialidad del ejército, Quintanilla, mediante un despliegue diplomático, logró su apoyo para capturar el poder, como si fuera lo mejor para los intereses del ejército. Así, cuando el vicepresidente, Enrique Baldivieso, legalmente elegido, intentó asumir la presidencia, fue arrestado por el EMG, declarándose ilegal su sucesión, debido al establecimiento de la dictadura en abril pasado.[1]

1 *El Diario*, 24 de agosto de 1939, pp. 6-7; Díaz Machicao, 1957, pp. 11-112.

Sobresalientes izquierdistas de gobierno y amigos íntimos de Baldivieso, como Hernán Siles y Augusto Céspedes, junto con otros grupos universitarios, intentaron, sin éxito, reunir apoyo popular para Baldivieso y oponerse a la usurpación del ejército. Pero las tropas regulares y la población urbana eran completamente indiferentes a la suerte del vicepresidente y parecía que estaban demasiado aturdidas para reaccionar, por la muerte de Busch. Aunque las fuerzas afines a Baldivieso habían logrado atraer, a su lado, al dócil general Enrique Peñaranda, ninguna guarnición de La Paz estaba dispuesta a ir a la revuelta y, después de vanos intentos, Peñaranda nuevamente se retiró, sin gloria, a la vida civil.[2]

El 23 de agosto, Quintanilla emitió un manifiesto, prometiendo a la nación continuar con el gobierno y la política del malogrado dictador,[3] y, en un gesto para afirmar esa promesa, retuvo temporalmente en funciones a todo el Gabinete de Busch. Entre tanto, Bilbao Rioja fue promovido a la antigua posición de Quintanilla, como comandante en jefe del ejército, mientras el mismo Quintanilla continuaba haciendo gestos obsequiosos en honor al presidente fallecido.[4] Busch fue ascendido, póstumamente, al rango de teniente general y sus restos fueron enterrados en solemne ceremonia en la basílica de La Paz, el 27 de agosto. Sorpresivamente, el gobierno permitió a los principales adherentes del antiguo régimen hablar ante el féretro, y aun Baldivieso, escapando de sus guardias, hizo su aparición en el funeral y en un amargo discurso atacó la usurpación del ejército.[5] Pero, a pesar de todos estos llamamientos, el aturdido público no podía levantarse contra el golpe de Estado militar. Quintanilla, por su parte, insistía, solapadamente, en el tema de que él estaba siguiendo las huellas de su predecesor y que haría que su gran programa nacional llegara a su conclusión.

Cualesquiera que pudieran haber sido las pretensiones de Quintanilla para asumir el manto de un gobernante «socialista militar» o adoptar un régimen de caudillaje castrense, estas fueron rápidamente desechadas. Ante la popularidad considerable y el aparente compromiso de las fuerzas reformistas con Bilbao Rioja, y ante la, igualmente, poderosa presión de la Concordancia, para la convocatoria inmediata a elecciones civiles para elegir al presidente constitucional, Quintanilla se vio obligado a abandonar, muy a su pesar, cualquier idea que pudiese tener para un largo

2 Céspedes, 1956, pp. 218-219.

3 *El Diario*, 24 de agosto de 1939, p. 7.

4 Véase, por ejemplo, su discurso por radio, registrado en *El Diario*, 26 de agosto de 1939, p. 5.

5 Díaz Machicao, 1957, pp. 112-113 y 121.

periodo gubernamental. De hecho, tan reticente se mostró Quintanilla en preparar el retorno del gobierno constitucional que la Concordancia empezó a sentirse más que inquieta y amenazante.[6] Sin considerar lo mucho que podría confiar en las tendencias conservadoras de Quintanilla, desesperadamente, deseaba poner fin al sistema de juntas militares, bajo las cuales la derecha había sufrido tan enormes pérdidas.

A fines de septiembre de 1939, la Concordancia advirtió abiertamente a Quintanilla que «ya había transcurrido suficiente tiempo» para normalizar el país después de la muerte de Busch, y señalaba que estaba aumentando la impaciencia de las fuerzas políticas civiles por la demora en la convocatoria a elecciones presidenciales. También advertía a la Junta que se mantuviera fuera de la política, actuando por lo menos como fuerza independiente y, por otra parte, que no toleraría un candidato impuesto por el gobierno en las próximas elecciones.[7] Como estas advertencias no produjeron ninguna acción excepto una carta de promesas de Quintanilla,[8] la Concordancia aprobó una proclama oficial, demandando el inmediato retorno a una Constitución funcional; la convocatoria a elecciones sin mayores demoras y, finalmente, propuso una fórmula de unidad nacional con un solo candidato, tal como había ocurrido en 1930.[9]

Frente a la tremenda presión de la Concordancia sobre este asunto, así como también a la hostilidad general de la izquierda reformista y radical, que se oponía a la continuación de sus funciones, Quintanilla, finalmente, reconoció su incapacidad para continuar dominando el gobierno. El 6 de octubre de 1939, decretó la imposición de un gobierno constitucional, al declarar válida la Carta de 1938 y convocar a elecciones presidenciales para el siguiente mes de marzo de 1940. Estas elecciones designarían al gobierno constitucional por cuatro años y, de paso, abolirían el aún existente mandato de la disuelta Convención Constituyente de 1938.[10]

Una vez derrotado en el asunto de conservar el cargo tan duramente ganado, Quintanilla reveló, rápidamente, sus tendencias conservadoras y comenzó a aceptar completamente los dictados de la política básica por parte de la Concordancia. Ahora que la amenaza inmediata de los

6 Véase, por ejemplo, la carta de la Concordancia a Quintanilla, del 29 de agosto, en la cual le demandan elecciones en el tiempo más breve posible y advierten al ejército no dictar su elección política a la nación, *El Diario*, 30 de agosto de 1939, p. 6.

7 *El Diario*, 23 de septiembre de 1939, p. 6.

8 Véase *El Diario*, 24 de septiembre de 1939, p. 6.

9 *El Diario*, 5 de octubre de 1939, p. 6.

10 *El Diario*, 7 de octubre de 1939, pp. 6-7.

partidarios de Busch contra el nuevo gobierno había sido eliminada, el régimen de Quintanilla se apresuró a desmantelar el programa socialista militar. Uno de sus primeros nombramientos para el Gabinete fue el de Alberto Ostria Gutiérrez, que públicamente había roto con el gobierno de Busch, a raíz del decreto de 7 de junio y la nacionalización del Banco Central, y aunque Ostria Gutiérrez insistió en su lealtad a la memoria de Busch, su nombramiento fue el primer presagio de las cosas que ocurrirían.[11] Aunque Fernando Pou Mont estaba todavía proclamando, a fines de agosto, que el nuevo gobierno pondría en ejecución el decreto de 7 de junio, esto ya no era otra cosa que un gesto vacío. En septiembre y octubre, el gobierno emitió decretos que, de hecho, anulaban todos los requisitos de la ley de entrega del 100% de divisas.[12] Además, varios de los principales hombres del Gabinete de Busch dejaron rápidamente el gobierno. El primero fue Carlos Salinas Aramayo y luego, en septiembre, se produjo la renuncia del ministro de Gobierno, Vicente Leytón, por la decisión de desmantelar la maquinaria dictatorial.[13] Finalmente, durante el mes de septiembre, Quintanilla se reunió con los principales mineros y hacendados, y su gobierno empezó a reflejar con mayor claridad los intereses y el tono de la clase oligárquica.

Mientras el gobierno de Quintanilla viraba bruscamente a la derecha, su aparente sucesor, Bilbao Rioja, empezó a mostrar signos inequívocos de moverse a la izquierda. Bernardino Bilbao Rioja era partidario de la toma del poder de Quintanilla, que fue llevada a cabo con la ayuda del coronel Ichazo; sin embargo, Bilbao Rioja era una figura liberal, muy en la tradición de Busch. Joven oficial aviador, al estallar el conflicto del Chaco, a su conclusión había ascendido a general, después de mostrar una singular habilidad para que la fuerza aérea de Bolivia dominara los cielos del Chaco, además de demostrar su capacidad como oficial de infantería. Con similares antecedentes, tan distinguidos como los de Busch, Bilbao Rioja también tenía parecidas inclinaciones a la izquierda y se consideraba un novel miembro, de pleno derecho, de la generación del Chaco que demandaba reformas.[14] Debido a estos antecedentes, era inevitable que Bilbao Rioja, instintivamente, buscara el apoyo de los mismos grupos que

11 *El Diario*, 1 de septiembre de 1939, p. 6.

12 Díaz Machicao,1957, p. 130; Peñaloza, 1963, p. 31.

13 *El Diario*, 12 de septiembre de 1939, p. 6.

14 Para el retrato intelectual de Bilbao Rioja, realizado por un partidario y testigo ocular, véase Céspedes, 1956, p. 225.

se habían aliado con el régimen militar socialista, y que, a su vez, estos grupos le prestaran decidida lealtad.

Después de las primeras semanas de inactividad, esto es lo que exactamente Bilbao Rioja pretendía hacer: rápida y efectivamente tomó el manto del presidente caído y empezó a emplear el mismo lenguaje público de reformas y de una nueva Bolivia. A principios de septiembre, ante una entusiasmada reunión de la Legión de Excombatientes, inició su campaña pública, asumiendo la posición dejada por Busch, de presidente honorario de la LEC, y pronunció un importante discurso político demandando promover los objetivos del anterior régimen de Busch.[15] Como orador efectivo, Bilbao Rioja logró una importante respuesta afirmativa del auditorio; respuesta que la prensa conservadora vería, justamente, como una amenaza a la nueva posición de los partidos tradicionales.[16] Igualmente impresionante fue el apoyo popular general que consiguió en su visita a Cochabamba, pocos días más tarde. En una gran manifestación pública, y en un número inesperado, el pueblo se volcó para saludar al nuevo líder de la izquierda.[17] Bilbao Rioja no solo comenzó a desarrollar su apoyo popular, sino también a consolidar su liderato entre la oficialidad joven e inició intensas conversaciones con hombres como Céspedes, Paz Estenssoro, Alberto Mendoza López y con la antigua línea socialista de Baldivieso, así como con dirigentes obreros para ganar su apoyo. En torno a su figura empezó el resurgimiento definitivo de las fuerzas moderadas y de la extrema izquierda, y, para principios de octubre, la LEC, el movimiento obrero y los elementos de izquierda, realizaron una demostración masiva en La Paz, demandando la preservación del programa económico de Busch y un gobierno socialista que respondiera a las demandas del movimiento de excombatientes.[18]

La reacción de la Concordancia al movimiento renacentista de la coalición de izquierda que había apoyado a Busch, y ante el claro atractivo popular de Bilbao Rioja, fue volverse contra el héroe del Chaco. Temiendo el resurgimiento del régimen socialista militar, la Concordancia llegó incluso a atacar abiertamente no solo a Bilbao Rioja, a quien acusaba de tratar de crear una dictadura izquierdista,[19] sino a su propio ídolo,

15 El *Diario*, 5 de octubre de 1939, p. 7, y 10 de septiembre de 1939, p. 8.

16 Véase, por ejemplo, El *Diario*, 11 de octubre de 1939, pp. 6-8.

17 Díaz Machicao, 1957, p. 127; Vergara Vicuña, 1948, pp. 502-506.

18 *El Diario*, 13 de octubre de 1939, p. 7.

19 Vergara Vicuña, 1948, pp. 508-509.

Germán Busch. Pocos días después de la manifestación de la LEC, en La Paz, la Concordancia pidió a todos los excombatientes disociarse de la organización[20] y, días después, cuando Quintanilla emitió el decreto de elecciones, la Concordancia aprovechó la ocasión para emitir un manifiesto, con las firmas de Arguedas, Canelas y Belmonte Pol, agradeciendo a Quintanilla «por haber salvado a Bolivia del caos y de la opresión» del anterior gobierno demagogo y radical.[21]

No tardó Quintanilla en responder a este abierto respaldo a sus acciones en contra de Busch. El 16 de octubre pidió a la Concordancia preparar una lista unificada de candidatos para el Congreso y la presidencia, dando a entender que el gobierno respaldaría a esos candidatos.[22] La última máscara de imparcialidad del gobierno fue arrojada la noche del 26 de octubre, cuando Quintanilla, con la ayuda del coronel Ichazo, tuvo éxito en secuestrar al popular Bilbao Rioja y embarcarlo al destierro. En una actitud burda pero efectiva, Bilbao Rioja fue llamado al palacio de gobierno para una reunión especial esa noche y, una vez en el palacio, fue golpeado hasta que quedó sin sentido. Luego, en las sombras de la noche, fue llevado al centro ferroviario de Viacha y, al día siguiente, ya estaba exiliado en Chile.[23] El gobierno, entre tanto, decretó estado de sitio y anunció que había descubierto una conspiración dirigida por Bernardino Bilbao Rioja, por lo que se había visto obligado a desterrarlo.[24] Pero la supresión del indisputado candidato a la presidencia y figura política más popular desde la muerte de Busch no fue una fácil solución. Al conocerse la noticia del rapto de Bilbao Rioja, un gran porcentaje del ejército se levantó en armas, bajo la dirección del hermano de Bernardino, que era jefe del Colegio Militar. Aunque los rebeldes prontamente habían logrado el apoyo de los cadetes y de las ramas aérea y de comunicaciones, gran parte del ejército permaneció leal, de manera que se frustraron rápidamente los intentos subversivos. Por un tiempo, ambos lados maniobraron y contramaniobraron en silencio, y los rebeldes –a pesar de ser un grupo poderoso– que eran incapaces de derrocar al gobierno sin recurrir a la violencia a gran escala, en vez de llevar a cabo la insurrección, acabaron por recurrir a las negociaciones. Quintanilla, supuestamente, prometió

20 *El Diario*, 14 de octubre de 1939, p. 7.

21 Díaz Machicao, 1957, p. 133.

22 *El Diario*, 7 de octubre de 1939, p. 6.

23 Vergara Vicuña, 1948, p. 516 y ss.; Céspedes, 1956, pp. 224-226.

24 *El Diario*, 28 de octubre de 1939, p. 6.

el regreso de Bilbao Rioja a La Paz en el término de un mes, pero, una vez que los rebeldes depusieron las armas, fue violada la promesa y los principales líderes tuvieron que buscar asilo diplomático.[25]

Durante esta acción perentoria dentro del ejército, para resolver si se continuaba con la política izquierdista de posguerra o se regresaba al gobierno de la oligarquía civil, para expresar qué era lo que significaba esencialmente la batalla entre Bilbao Rioja y Quintanilla, se desarrolló una división claramente definida en las filas de la oficialidad. La mayoría de los que apoyaban a Quintanilla en esa escisión pertenecía a los antiguos oficiales de alto rango, que ya tenían estos cargos aun antes de la guerra del Chaco, y los que apoyaban a Bilbao Rioja eran los oficiales jóvenes y de rangos inferiores, que consideraban a aquel como el mejor oficial que había emergido del lado boliviano en la guerra, y les agradaba un hombre que hubiese surgido meritoriamente de la campaña. También, durante esta crisis, una de las principales figuras del ejército formuló su decisión de adhesión y, cuando el ministro de Defensa renunció en protesta contra el secuestro, fue remplazado por el general Peñaranda, que en ese momento se convirtió en el apoyo más adicto de Quintanilla.[26]

La Concordancia se apresuró a felicitar al gobierno por su excelente reacción contra el «radical» Bilbao Rioja, y también anunció su caluroso apoyo a Peñaranda y le felicitó por la decisión que había tomado durante la crisis.[27] Ese caluroso apoyo, muy pronto, devino en abierto respaldo a Peñaranda como candidato oficial a la presidencia, por la Concordancia, respaldo al que se adhirió una gran proporción de la izquierda moderada que aún creía que Peñaranda podría simpatizar con su posición.[28] En diciembre, cuando fue levantado el estado de sitio, Peñaranda apareció como el único contendor para la presidencia, y contaba con el respaldo no solo de la Concordancia y de la izquierda moderada, sino también del ejército y, aparentemente, sería el candidato único, al igual que Salamanca diez años atrás.

Pero mientras el movimiento de la izquierda moderada se dejó llevar por una falsa sensación de seguridad, la izquierda radical reconoció rápidamente el significado de los actos de Quintanilla en apoyo del resurgimiento de la élite oligárquica. A principios de enero, el ya radicalizado

---

25 Céspedes, 1956, pp. 226-228; *El Diario*, 29 de octubre de 1939, p. 6.

26 Díaz Machicao, 1954, p. 138.

27 *El Diario*, 4 de noviembre de 1939, p. 7.

28 Para el apoyo de la Concordancia, véase *El Diario*, 17 de septiembre de 1939, p. 6, y para el apoyo del moderado Partido Socialista y del Partido Republicano Socialista Antipersonalista, véase *El Diario*, 26 de noviembre de 1939, p. 6.

movimiento universitario, la FUB, se sintió suficientemente poderoso como para proclamar su propia candidatura, en oposición a la candidatura única de Peñaranda. Para esto, seleccionó al catedrático de derecho y sociología de la universidad de Cochabamba, José Antonio Arze.

Habiendo vivido en el destierro, desde su forzosa expulsión hecha por Toro, Arze había organizado un poderoso movimiento izquierdista desde Chile, hacia el final del periodo de Busch, a principios de 1939. Llamado el Frente de Izquierda Boliviana (FIB), esta organización estaba compuesta por el antiguo Grupo de Izquierda de Cochabamba y, como tal, representaba el más avanzado grupo marxista en el espectro político boliviano. Esencialmente aislados de los gobiernos del socialismo militar, estos izquierdistas de extrema habían apoyado las acciones más radicales de estos regímenes, mientras deploraban su seudosocialismo y falta de verdadera organización radical. Aunque desconfiaban completamente de Toro y Busch, eran incapaces de generar apoyo nacional, debido al gran atractivo de esos líderes moderados de izquierda. Pero la muerte de Busch había cambiado todo esto. Como el FIB señalaba en su programa, «ante la reagrupación peligrosa de la derecha en la Concordancia, la más urgente necesidad de las masas en esta hora es unificarse en un poderoso movimiento para formar un partido de su propiedad».[29] Reclamaba un partido que incorporara a los dos millones de indios campesinos, así como a las clases media y obrera, y que se basara en la ideología marxista-socialista y en los principios del materialismo histórico. Aunque representaba lo más cercano a un Partido Comunista, desde la efímera célula secreta comunista de principios del decenio de 1930, la FIB proclamaba que «tiene una completa soberanía nacional para formular su programa, estructurar su organización, y adoptar sus tácticas de lucha» y que «es una organización sin afiliación a ninguna Internacional política». También se proclamaba como partido de defensa de las instituciones jurídicas y se oponía a la acción revolucionaria contra los gobiernos democráticos. Decía su programa: «queremos un gobierno legal para ilustrar al pueblo acerca de las realidades sociales de nuestro país, para disciplinarlo en un poderoso movimiento de masas», de manera que pudiera, pacíficamente, lograr sus objetivos.[30] En resumen, la extrema izquierda ahora se sentía lo suficientemente poderosa como para buscar su completa expresión como partido político civil comprometido, en una abierta lucha electoral por el poder.

---

29 Frente de Izquierda Boliviana, 1939, p. 10.

30 *Ibid.*, p. 11.

La primera acción del FIB, después de su organización inicial en Chile, en abril de 1939, fue establecer un comité del partido que funcionaba en Cochabamba, que se reunió en junio de 1939, para formar un *petit comité*. Según las instrucciones del líder desterrado, este comité propuso un congreso nacional, para la organización de un partido izquierdista, a reunirse en Oruro, a principios de 1940.[31] Con el retorno del gobierno constitucional y los preparativos para elecciones, José Antonio Arze regresó de Chile, a principios de febrero, para ayudar a preparar, en una reunión especial en La Paz, el congreso de Oruro. En una entrevista con *El Diario,* Arze indicó su complacencia por su nominación por la FUB para la Presidencia, pero creyó que el momento no era propicio, puesto que al país aún le faltaba un partido de masas.[32] En una conferencia de La Paz, que se realizó pocos días después de su llegada, José Antonio Arze reunió al FIB, al importante Frente Popular de Potosí, a la FUB y a varios grupos regionales de la izquierda, todos los cuales eventualmente firmaron un pacto de unidad. Para el inmediato asunto de las elecciones, acordaron presentar candidaturas independientes y no apoyar a ningún candidato oficial. En este punto, seguían considerando que no podían lanzar un candidato presidencial y decidieron abstenerse de participar en las elecciones para el Ejecutivo.[33]

Pero, poco después de esta conferencia en La Paz, en la cual también tomaron parte destacada los sindicatos obreros,[34] José Antonio Arze y sus partidarios decidieron que él se presentaría como candidato presidencial, aunque no se había organizado aún la izquierda en un partido en gran escala. Era la primera vez que Arze se presentaba a una candidatura, en una campaña electoral de pocas semanas, y contando solo con el apoyo del FIB, la FUB y otros grupos radicales dispersos, con la completa oposición de la izquierda moderada. Se presentó como único candidato opositor al candidato del frente derechista unido, general Enrique Peñaranda. Sin embargo, para verdadera sorpresa de los políticos tradicionales, esta figura nacionalmente desconocida, haciendo frente a la oposición combinada de la Concordancia y a una buena parte de los socialistas moderados, sin ninguna organización política nacional que lo apoyase, y virtualmente sin prensa que lo defendiera, obtuvo 10.000 votos de los 58.000 emitidos

31 *Ibid*., p. 3

32 *El Diario*, 13 de febrero de 1940, p. 6.

33 *El Diario*, 14 de febrero de 1940, p. 4, y 21 de febrero de 1940, p. 12.

34 Véase, por ejemplo, *La Calle*. 27 de febrero de 1940, p. 5.

por el electorado blanco y cholo de las clases letradas, media y alta, propietarios y acomodados.[35] En otras palabras, ¡10.000 votos entre los elementos más importantes de la base política oligárquica habían desertado del viejo orden y adoptado la posición más radical posible! Y este número iría en aumento a manera que los años pasaran. En esta cifra de núcleo duro de 10.000 partidarios alfabetizados de la extrema izquierda, se demostraba el impacto de la guerra del Chaco, en términos concretos, sobre la sociedad boliviana.

En cuanto a las elecciones parlamentarias, las esperanzas de la oligarquía, que quería borrar el periodo de 1936 a 1939, fueron frustradas. Si bien el Senado fue ocupado por los políticos tradicionales, perdieron la Cámara de Diputados a manos de la izquierda; en una izquierda que incluía nombres tales como los de Tristán Marof, Ricardo Anaya y Abelardo Villalpando, siendo este último elegido vicepresidente de la Cámara.[36] De esta manera, aún en elecciones abiertas, con un electorado restringido y el tácito apoyo del gobierno, la Concordancia era aún incapaz de destruir los efectos del régimen socialista militar; régimen que se había adentrado profundamente en la conciencia política de la clase media de Bolivia.

Pero, al principio, la Concordancia se negó a ver el significado completo de las elecciones de 1940, y gozosamente se engañó a sí misma, con la creencia de que Quintanilla había salvado el viejo orden.[37] El 12 de abril, Quintanilla dio lectura a su discurso de despedida, dirigiéndose al Congreso recientemente elegido, y, en honor a sus servicios, la Concordancia impulsó a través del Congreso el ascenso del general Quintanilla al rango de mariscal. Esta era una acción verdaderamente extraordinaria e indicaba claramente que la derecha admitía con firmeza que Quintanilla realmente la había salvado del terror rojo. En la historia de la república solo otros dos hombres habían sido nombrados mariscales: Sucre, el fundador, y Santa Cruz, el gran caudillo liberal. Después de ellos,

35 *El Diario*, 12 de marzo de 1940, p. 17, para los primeros cómputos; ver también Céspedes, 1956, p. 231.

36 Los cálculos de *El Diario* para el Senado fueron: seis liberales, nueve socialistas republicano-socialistas y cuatro genuino-republicanos (o sea, la Concordancia, 19) y ocho socialistas e independientes. En la Cámara de Diputados las cifras fueron: veinte socialistas, quince independientes (casi todos de izquierda moderada a radical), cuatro del PSOB (partido de Marof), o sea un total de 39 asientos para la izquierda, en oposición a los 34 diputados de la Concordancia (diecisiete republicano-socialistas, nueve republicano-genuinos y ocho liberales), *El Diario*, 13 de marzo de 1940, p. 7.

37 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 12 de marzo de 1940, p. 11.

ninguna persona había pensado sentirse digna de ostentar tal título y, en el caso de Quintanilla, este incluso tenía menos derecho de reclamar tal distinción, dados sus antecedentes miserables y oscuros en la guerra del Chaco. Pero si Quintanilla fue un pobre general de ejército, para la oligarquía había demostrado ser un gran general político en tiempos de paz y, por esto, la Concordancia pretendió honrarle, aunque infructuosamente, con la mayor recompensa posible.

Sin embargo, pese a la gozosa confianza en el futuro, la oligarquía boliviana no había dado muerte al movimiento con cabeza de hidra, que había nacido en las arenas del Chaco. Su triunfo sobre Busch iba a ser efímero, y su gobierno reaccionario, circunstancial, no hizo sino alentar la rápida maduración de la moderna izquierda boliviana, que durante mucho tiempo había sido adolescente.

# XIII
# El surgimiento de la izquierda nacional

Con la elección del general Enrique Peñaranda, la frenética era de los gobiernos militares socialistas y reaccionarios llegó a su fin, y el gobierno parlamentario civil pareció dominar nuevamente la nación. Pero este interludio de gobierno representativo no iba a ser solamente un breve periodo de paz, antes del colapso total del sistema tradicional, sino que sería un momento clave en la formación de los grandes partidos radicales del periodo contemporáneo. Después de las elecciones sorprendentemente libres del gobierno de Quintanilla, la Concordancia ganó la presidencia, pero perdió el Congreso, y el general Peñaranda, un instrumento muy pobre del control oligárquico, era una figura esencialmente pasiva que no apoyaba ni rechazaba completamente los tremendos acontecimientos que estaban ocurriendo en torno a su Presidencia. Como partidario de todas las causas, sin ideología o convicción fija, se dejaba llevar por el momento, y como las fuerzas de la izquierda demostraron ser más poderosas que las de la derecha, él las aceptó tan fácilmente como a las anteriores. De muy limitada educación, era, sin embargo, una figura neutral y singularmente tolerante de la política nacional, y, bajo su régimen, el trabajo de socavamiento de los partidos tradicionales, que había empezado con Toro, fue completado finalmente.

A principios de abril, Peñaranda comenzó a organizar su primer Gabinete, en tanto que el Congreso inauguraba sus sesiones preliminares. Como era de esperar, Peñaranda incorporó plenamente a la Concordancia en su gobierno, nombrando a Alcides Arguedas como ministro de Agricultura e Inmigración y al republicano-socialista Edmundo Vásquez, como ministro de Hacienda.[1] El nuevo ministro de Hacienda se proclamó

1 *El Diario*, 11 de abril de 1940, p. 6.

partidario de la estabilización monetaria como único remedio para la inflación, creando con ello gran revuelo en los círculos de la política nacional.[2] Pero, junto con una gestión conservadora de los recursos financieros, el gobierno también audazmente anunció un plan cuatrienal de desarrollo económico. En un plan de 27 puntos propugnaba la intensificación de la red caminera, energía eléctrica y comunicaciones; la modernización del sistema ferroviario y gran impulso de la agricultura para lograr la autosuficiencia en los productos alimenticios básicos. Más que para ser llevado a cabo, este programa de cuatro años, denominado Plan de Resurgimiento Nacional, habría constituido un serio programa de desarrollo económico, pero demandaba un gran financiamiento, tanto de prestamistas locales como extranjeros para su ejecución, y el gobierno contaba, especialmente, con el de Estados Unidos para el capital extranjero.[3]

En cuanto al Congreso, sus sesiones preliminares revelaron, rápidamente, la habilidad de la izquierda moderada y radical para trabajar conjuntamente y superar a la minoría de la Concordancia. En los debates sobre las credenciales, se logró el ingreso de varios de los izquierdistas más radicales, entre ellos, el notorio Fernando Siñani, de Potosí.[4] Después de que sus tendencias iniciales se hicieron claras, el Congreso entró en receso hasta las sesiones plenarias de agosto.[5]

En el ínterin, el gobierno de Peñaranda empezó a definirse, tanto en la política interna como en la internacional. En esta última área, una de las primeras medidas fue la de terminar definitivamente con la inmigración semita y cancelar los contratos de colonización con varias agencias judías, llevando así a su conclusión el programa de inmigración de Busch.[6] Pero si su gobierno fue conservador en este asunto, en otros asumió una posición más liberal. Tomando en cuenta la guerra europea y el comienzo de una ayuda masiva de Estados Unidos, en forma de préstamos y arriendos, venta de armas y compra de artículos básicos a largo plazo, el gobierno de Peñaranda se mostró interesado en una alianza directa. Pero, a pesar de este interés manifestado, el Departamento de Estado de Estados Unidos rechazó todos los ofrecimientos de cooperación, sosteniendo que no se

2 *El Diario*, 21 de abril de 1940, pp. 6-7. Para los puntos de vista de Vásquez sobre los objetivos monetarios de su administración, véase Vásquez, 1945, pp. 114-118.

3 *El Diario*, 14 de abril de 1940, pp. 6-12.

4 *El Diario*, 23 de abril de 1940, p. 6.

5 *El Diario*, 10 de mayo de 1940, p. 6.

6 *Ibid*., y 3 de mayo de 1940, p. 6.

podría llegar a un acuerdo sobre ningún asunto, mientras no se resolvieran las reclamaciones de la Standard Oil Company. Aunque Peñaranda se sentía más simpatizante de estas reclamaciones, que los regímenes de Toro y Busch, su gobierno se vio seriamente impedido en su libertad de acción respecto a este asunto, debido a que la opinión pública en general, tanto de la derecha como de la izquierda, se negaba a permitir el regreso de la empresa petrolera norteamericana y, aún más importante, protestaba contra cualquier sugerencia de indemnización.[7] Entonces, la mayor tarea del gobierno de Peñaranda en las relaciones internacionales fue la de presionar a Estados Unidos para negociar sin solucionar primero el asunto de la Standard Oil Company.[8]

Pero no todos los bolivianos apoyaban el deseo gubernamental de cooperación con Estados Unidos, o de su posición proaliada en la guerra europea. Desde fines del decenio de 1930, en adelante, el periódico socialista independiente *La Calle* había asumido una vigorosa posición en favor de las potencias del Eje, con el argumento de que había que defenderse del gran peligro imperialista anglo-yanqui-semita. Bajo la dirección de Augusto Céspedes y otros, *La Calle*, rechazando sus orígenes socialistas moderados de la época de Baldivieso, empezó a promover la formación de un movimiento socialista «nacional», modelado con las líneas políticas de los partidos europeos. Al haberse formado en grupos efímeros de los partidos socialistas independientes, en el periodo posterior a la ruptura de los socialistas de Baldivieso, estos socialistas más radicalmente «nacionalistas», ganaron cierta coherencia en la Convención de 1938, llamándose Partido Socialista Independiente y agrupándose en torno al poderoso órgano de prensa *La Calle*, que llegó a representar su posición básica.[9]

Interpretando las nuevas posibilidades, bajo el tolerante gobierno de Peñaranda, y dándose cuenta de la necesidad de contrarrestar tanto el resurgimiento de la Concordancia como el ascenso de la extrema izquierda bajo la dirección de José Antonio Arze, estos socialnacionalistas

---

7 Para esa referencia, véase, por ejemplo, *La Calle*, 10 de julio de 1940, p. 5.

8 El ministro de Relaciones Exteriores, Ostria Gutiérrez, puntualiza que él y el subsecretario Sumner Welles, en la Primera Conferencia Panamericana de Ministros de Relaciones Exteriores, que se reunió en Panamá, en septiembre de 1939, llegaron a un entendimiento, en principio, sobre los planes comerciales y de ayuda entre las dos repúblicas, pero que, cuando Welles solicitó permiso a Washington para la firma formal del acuerdo, Hull rehusó la autorización, indicando que el asunto de la Standard Oil era *sine qua non* para cualquier negociación. Ostria Gutiérrez, 1953, pp. 384-385; también véase US Department of State, 1957, vol. v, pp. 316-322.

9 Peñaloza, 1963, pp. 37-38.

empezaron a organizarse en un partido masivo nacional, bajo el liderazgo de los diputados independientes del Parlamento. Acicateados por la posición proaliada del gobierno, por el desmantelamiento del programa económico de Busch y por las mayorías izquierdistas del nuevo Congreso, los diputados Rafael Otazo, Víctor Paz Estenssoro, Germán Monroy Block, Fernando Iturralde Chinel y Atilio Molina Pantoja, en alianza con intelectuales como Augusto Céspedes y Carlos Montenegro, formaron un núcleo partidista desde casi las primeras sesiones del congreso ordinario de 1940.[10] Comenzando como un bloque de trabajo en el Congreso, estos hombres pronto empezaron a pensarse a sí mismos como un partido unificado y, para fines del año, el nombre de Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) empezó a convertirse en un término popular para describir a este grupo, a pesar de que aún no se había realizado formalmente un congreso fundacional.[11]

Uniendo fuerzas con el ala izquierdista del Congreso, en asuntos que afectaran a la «rosca», el grupo del MNR rompió abruptamente con ellos en asuntos de política internacional. Mientras que hombres como Víctor Paz Estenssoro siempre permanecían relativamente indecisos en materia de asuntos internacionales, refiriéndose a ellos solamente en función de sus intereses nacionales y su independencia de los movimientos extranjeros, hombres como Montenegro y Céspedes formaron un ala distinta del partido, que tomó una vigorosa posición proalemana en todos los asuntos. Desde fines de 1938, en adelante, *La Calle* empezó a utilizar únicamente fuentes noticiosas de Alemania en todos sus titulares, que llenos de presentimientos respecto a las conspiraciones de los sionistas y «de los imperialistas judíos de Wall Street». Sus editoriales y noticias se volvieron tan francamente pronazis, que los contemporáneos creyeron en general, con cierta justificación, que el periódico estaba siendo fuertemente financiado por la embajada alemana.

Pero en los asuntos nacionales, el partido, aparte de su gran rechazo a la inmigración judía,[12] tenía una inusual posición izquierdista que, a veces,

---

10 *Ibid*., p. 35, y Céspedes,1956, p. 284.

11 De acuerdo con Augusto Céspedes, a quien todos citan, el partido fue organizado bajo la dirección de Víctor Paz Estenssoro, el 25 de enero de 1941, *ibid.,* p. 245, y Peñaloza, 1963, p. 38. Su programa de principios, sin embargo, no apareció hasta junio de 1942. Véase Movimiento Nacionalista Revolucionario, 1942, que fue escrito por José Cuadros Quiroga. Sobre el papel de Víctor Paz Estenssoro, como fundador del partido, véase Fellman Velarde, 1955, p. 77 y ss.

12 En su programa de principios denuncia como «antinacional […] las maniobras del judaísmo», MNR, 1953, p. 41.

se superponía al campo de la extrema izquierda. Apelando con fuerza a los elementos de la clase media, de la cual estaba esencialmente compuesto en esta primera etapa de su existencia, el grupo del MNR abogaba por una reforma social general para el bienestar de todos los ciudadanos, pero principalmente insistía en un sólido programa de nacionalismo económico. Las principales características de la política del partido fueron: la «bolivianización» de los recursos naturales, la nacionalización de las comunicaciones y, lo más importante de todo, el control sobre los tres grandes de la minería del estaño –aunque el partido aún no había adoptado una plataforma de nacionalización a gran escala. El MNR declaró que era «la organización de los bolivianos para construir su destino en una Bolivia gobernada por bolivianos».[13] Sobre el problema del latifundio y el colonato, sus primeros programas guardaron silencio y tampoco demostraron real interés en expresar su apoyo al movimiento obrero organizado. Pero el MNR fue más elocuente contra la extrema izquierda «internacional», posición que tenía un atractivo para los elementos de la clase media que necesitaban reformas y nacionalismo, pero que recelaban de las clases bajas y de los izquierdistas radicales. Debido a esto, el nuevo partido, en sus primeros días, representó una parte vital, aunque relativamente mínima, del espectro de la política nacional.

De mayor impacto y poder inicial era el movimiento que José Antonio Arze estaba generando. Después de las reuniones de febrero en La Paz, el FIB, con el Frente Popular de Potosí y muchos importantes dirigentes obreros, empezó a preparar de forma completamente sistemática la organización de un partido de izquierda verdaderamente nacionalista. En mayo y junio se realizaron conferencias regionales y, en julio, se completaron los preparativos para el congreso en que, formalmente, se fundaría el nuevo partido, y que se realizaría en Oruro, el 25 de ese mes. Con más de 150 representantes de los sindicatos obreros y de todos los partidos radicales de izquierda del país, el congreso de Oruro fue un histórico acontecimiento, porque señaló la fundación del primer partido verdaderamente nacional y de tendencias radical-obreras en la historia boliviana, el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR).[14]

Dirigido por José Antonio Arze y Ricardo Anaya, los dos principales intelectuales radicales de Cochabamba, el partido procedió a establecer

13 *Ibid*., p. 40.

14 *La Calle*, 9 de julio de 1940, p. 5; *El Diario*, 24 de julio de 1940, pp. 4 y 11, y *El Diario*, 27 de julio de 1940, p. 8; PIR, 1941, pp. 17-19.

una organización nacional y publicó su primer programa importante. Redactado por Anaya, el programa de principios del PIR, con su introducción histórico-sociológica escrita por Arze, contenía una declaración de sus objetivos y políticas, mucho más sofisticada que el programa del MNR, muy vago y grandilocuente y, al mismo tiempo, representaba la culminación de toda la corriente ideológica de la izquierda radical y del indigenismo, que se remontaba a la década de 1920.

Refutando a los que sostenían que Bolivia era un país demasiado subdesarrollado para tener una lucha de clases, Anaya, en la declaración de principios, afirmó que

> […] es preciso advertir, por una parte, que la división de la sociedad en clases con intereses antagónicos es un fenómeno universal y, por otra, que, en el grado actual de la evolución del mundo, ninguna región se halla desvinculada de los acontecimientos internacionales.

Bolivia, según Arze, estaba específicamente envuelta en esa realidad, debido a que era «un país semicolonial seriamente afectado por el imperialismo»,[15] por lo tanto, estaba preparado para el socialismo científico y la creación de un partido socialista avanzado para resolver sus conflictos de clase. Anaya sostenía que la definición clásica de la extrema izquierda afirmaba que el país estaba gobernado por una clase capitalista boliviana que actuaba en interés de los capitalistas imperialistas internacionales. De esta manera, la oligarquía local, o «rosca», como denominaban a esa clase los bolivianos de todas las tendencias, era una fuerza particularmente improductiva y antinacional, que tenía que ser remplazada en el liderazgo de la economía nacional.[16] El programa de principios reconocía que, en Bolivia, existía no solo la clásica estructura económica de clases, sino también una estructura social única, que a menudo traspasaba las líneas de clase. Si bien esto creaba tensiones raciales, la lucha principal era contra la explotación económica, y el programa del PIR sostenía que las líneas raciales no debían convertirse en barreras del conflicto social. Solamente los demagogos podrían beneficiarse con tales conflictos racistas, y en lugar de indios contra blancos y cholos, debería existir un frente unido de la clase media, los trabajadores y campesinos, contra los capitalistas, sin considerar su raza.[17]

---

15 PIR, 1941, p. 40.

16 *Ibid*., pp. 40-41.

17 *Ibid*., pp. 41-45.

Este era, en esencia, el tema respaldado por la mayoría de los pensadores socialistas-indigenistas de Indoamérica. En este sentido, el PIR a pesar de sus afinidades con un formal Partido Comunista, era suficientemente boliviano, como para estar bastante aislado de la participación y el compromiso incondicional con los temas y doctrinas de la Internacional Comunista. Combinando al poderoso grupo indigenista (que, incondicionalmente, proclamaba los planes de reforma agraria de Mariátegui) con el ala procomunista del partido, fuertemente orientada hacia el escenario internacional, el PIR mantendría, a través de los decenios siguientes, su identidad como partido marxista-leninista verdaderamente nacional. Sufrió reveses solo cuando permitió que el ala internacional del partido, y sus simpatías por Rusia, superaran la resistencia de sus miembros con mentalidad más indigenista y nacionalista.[18]

En cuanto a la lucha de clases internacional, era lógico que Bolivia, como semicolonia del imperialismo, de acuerdo con Anaya, participara plenamente en la lucha de otros grupos proletarios de todo el mundo. «La revolución del proletariado internacional por su propia emancipación, abre el camino a los pueblos semicoloniales para oponerse al imperialismo; al igual que toda lucha por la liberación nacional, contribuye a debilitar a los amos del mundo».[19]

De esta manera, el PIR reconocía esto como una lucha común mundial, sin perjudicar los intereses del proletariado nacional, y garantizaba que el partido era independiente de todos los movimientos internacionales.[20]

Al atacar a los movimientos fascistas y nacionalistas bolivianos, Arze sostenía que también deseaba que las riquezas de Bolivia fueran para los bolivianos, pero no para que los capitalistas del país continuaran explotando a los grupos proletarios. La principal preocupación del PIR era la liberación económica de las clases inferiores, y el programa advertía que los fascistas y los «social-patriotas», como, curiosamente, se llamaba a los nacionalistas de izquierda, no tenían ni una ideología sofisticada ni un verdadero compromiso con la lucha de clases, sino que deseaban únicamente confundir y engañar a la conciencia nacional.[21]

---

18 Sobre los dos grupos dentro del partido, entrevista con Ricardo Anaya, La Paz, 20 de agosto de 1963.

19 PIR, 1941, p. 45.

20 *Ibid*., pp. 45-46.

21 *Ibid*., pp. 46-47.

Esta constante referencia, en la plataforma del PIR, y en pronunciamientos similares del MNR, a otros grupos que también buscaban el apoyo de las clases bajas es una notable indicación de la gran complejidad de movimientos que se habían desarrollado en el ala izquierda de la política boliviana. Antes del conflicto del Chaco había pocos competidores por las mentes y votos de las clases bajas, pero desde el surgimiento de la generación del Chaco y el experimento del socialismo militar, la multiplicidad de grupos e ideologías, todos emitiendo propaganda a las masas bolivianas creó una conciencia de clase baja trabajadora, artesanal y urbana más políticamente consciente, que ya existía en la mayoría de las naciones latinoamericanas. Después de 1940, esta incesante educación, desde los pasillos del Congreso hasta la mentalidad minera de Catavi, empezó a crear uno de los movimientos obreros políticos más comprometidos del continente. Este recientemente surgido movimiento obrero se comprometió plenamente con la lucha política, con la fundación del PIR y, hasta mediados del decenio de 1940, el PIR sería el principal brazo político del movimiento obrero organizado.

En su programa de acción inmediata, el PIR pedía la reforma agraria a gran escala y la nacionalización total de la industria minera, el petróleo, los ferrocarriles y otros medios de transporte. Exigía, como conquista mínima, el monopolio estatal del comercio exterior y el fomento de la autosuficiencia en la agricultura, la manufactura y el procesamiento completo de todas las materias primas dentro del país. Demandaba, además, una planificación económica completa, por parte del Estado, la «socialización del crédito público» y otras medidas para reorientar la economía nacional en interés del bienestar económico de la mayoría de los ciudadanos. En un área más práctica sugería la libre importación de artículos de primera necesidad y una escala nacional de salarios, de acuerdo al índice del costo de vida, una innovación bastante sofisticada para Bolivia. En la esfera política, defendía, sorprendentemente, lo que llamaba organización sindical-socialista para los poderes ejecutivo y legislativo del gobierno. Muy semejante al pensamiento constitucional de Toro, sugería la representación parlamentaria basada en las unidades económicas de producción más que por distritos electorales geográficos. Pedía el establecimiento de un Comité Ejecutivo Nacional, basado en numerosos consejos técnicos, que remplazaría a la actual administración pública. Apoyaba la extensión del sufragio, pero se abstuvo de dar el voto para los analfabetos, pidiendo más bien que las funciones administrativas que se relacionaran con los campesinos fueran realizadas por esos mismos campesinos analfabetos, en una forma de autonomía limitada y autogobierno. Concerniente a lo que consideraba un

regionalismo fuerte y justificado en Bolivia, el PIR pedía la descentralización administrativa y la planificación económica regional, especialmente para el oriente, con el objetivo de crear una nación unificada sin regiones. Se expresaba como un partido poderosamente anticlerical, especialmente en la educación, y proponía la extensión general de una legislación social para todos los grupos no privilegiados. En los asuntos internacionales, el PIR pedía una autonomía nacional, la exclusión del fascismo y la alianza con los partidos indianistas de Indoamérica.[22]

Tal fue el programa inicial del PIR, propuesto en la convención de Oruro, en julio de 1940. Al incorporar la mayoría de los temas que había dominado la extrema izquierda boliviana, desde 1920 en adelante, los amalgamó en un programa contundente, encuadrado en el socialismo marxista y llevado adelante por un partido bien disciplinado, que tenía firmes bases en el movimiento obrero y en los grupos del Frente Único Socialista que existían en todos los principales centros urbanos de la nación. De esta manera, la convención, al fundar el Partido de la Izquierda Revolucionaria, lanzó, en Bolivia, al primer partido de izquierda verdaderamente nacional, un partido que dominaría el escenario político, desde sus primeras horas de existencia, y llevaría con efectividad a las clases trabajadoras e inferiores a la vida política nacional, como nunca antes había ocurrido; porque con la fundación del PIR, ahora, por primera vez, la izquierda radical tomó una posición dominante en el escenario político boliviano y mantuvo ese dominio de una u otra manera sobre todas las facciones, desde aquel día hasta la revolución nacional de 1952.

Debido a su repentina importancia, de la que todos los partidos rápidamente se dieron cuenta, la fundación del PIR ocurrió en medio de una violencia poco común, pues, mientras la convención se reunía solo el tiempo suficiente para fundar el partido y preparar su programa, antes de que el PIR pudiera lograr su respaldo formal, la convención fue brutalmente disuelta por una acción de turbas irresponsables, bajo la dirección de juventudes fanáticas del ala derecha.

A principios de mayo de 1940, fue restaurada la Falange Socialista Boliviana, el grupo católico fundado en Chile, en 1937, y llevado a Cochabamba por los jesuitas y otros; en 1938, había iniciado su primera acción pública, con actos totalmente negativos de gangsterismo contra la extrema izquierda. En ese mes, la juventud falangista atacó a José Antonio Arze, cuando este hablaba ante una reunión de la universidad

22 *Ibid*., pp. 64-74.

de Cochabamba, y logró que el orador abandonara el foro por la fuerza.[23] Luego, en julio, aparentemente con fondos del gobierno, 150 jóvenes falangistas armados fueron llevados en camiones de Cochabamba a Oruro y procedieron a instigar atropellos y a disparar contra los dirigentes del PIR. Irrumpieron en la universidad y en las salas de reuniones, dando muerte a un obrero. Estos hechos pronto dieron al gobierno la excusa para dictar el estado de sitio y encarcelar a los principales delegados a la convención del PIR.[24]

Pero disolver la primera convención y dar muerte al partido eran dos cosas diferentes, pues, cuando el Congreso volvió a reunirse en agosto, el PIR era un partido firmemente arraigado, con un liderazgo poderoso en el Congreso, capaz de originar gran presión sobre el gobierno. Sin embargo, el gobierno aún se negó a aceptar lo inevitable y si bien emitió un decreto de amnistía general y puso fin al estado de sitio impuesto por Quintanilla, pidió específicamente al Congreso la exclusión de los extremistas, en directa alusión a los partidarios del PIR.[25] A mediados de octubre, Peñaranda, ante la fuerte presión congresal y popular, se vio obligado a poner en libertad a los piristas. También se vio forzado a aceptar la elección de Víctor Paz Estenssoro como primer vicepresidente de la Cámara de Diputados,[26] lo que constituyó una victoria importante en favor de la izquierda y un presagio de futuros acontecimientos parlamentarios en el periodo de Peñaranda.

Mientras la izquierda se estaba organizando en partidos nacionales, con un liderazgo estable en le Parlamento, los grupos de la Concordancia empezaron a dividirse. En las reuniones preliminares del Congreso, a principios de abril, y en los debates sobre las funciones temporales y las credenciales, se percibió que los tres partidos de la coalición se estaban fragmentando. Los republicanos genuinos habían apoyado, solo a regañadientes, la candidatura de Peñaranda y, debido a su permanente indiferencia hacia el nuevo gobierno, empezaron a chocar agudamente con los liberales. En la creciente división de estos dos partidos, los republicano-socialistas se pusieron al lado de sus compañeros republicanos.[27] Al comienzo del nuevo mandato parlamentario hubo conversaciones pasajeras acerca de un nuevo partido centralista o independiente, distinto

23 *El Diario*, 15 de mayo de 1940, p. 6.

24 *La Calle*, 28 de julio de 1940, p. 5, y 31 de julio de 1940, p. 4.

25 *El Diario*, 29 de agosto de 1940, p. 4.

26 *El Diario*, 6 de agosto de 1940, pp. 7 y 9.

27 *La Calle*, 6 de abril de 1940, p. 4.

a la Concordancia, cuyo objetivo era, obviamente, separar al ala liberal de la Concordancia y los elementos más conservadores de la izquierda, y amalgamarlos dentro de una coalición equilibrada, en contra de los dos extremos.[28] Pero todos esos intentos estaban sentenciados al fracaso, porque la izquierda era consciente, ahora, de su propia fuerza y de la debilidad de los partidos tradicionales como para incrustarse en tal partido. Mientras estos intentos acababan en fracaso, las dos alas del Partido Republicano iniciaron negociaciones a gran escala, bajo la dirección del senador por el Beni, doctor Enrique Hertzog, y, a fines de 1940 y principios de 1941, la Concordancia había sido rota, dejándose de lado a los liberales y organizándose, transitoriamente, una nueva coalición de derecha de todos los republicanos.

Con la mayoría izquierdista más grande que en cualquier congreso ordinario de la historia de Bolivia, hasta esa fecha, era inevitable que las sesiones de la Cámara de Diputados y del Senado, después de agosto de 1940, se volvieran escenarios tormentosos de crecientes ataques y debates sobre la posición básica del gobierno. Consciente de su nuevo potencial, por primera vez, la izquierda empezó a atacar sistemáticamente al gobierno, forzando a Peñaranda a moverse, una y otra vez, hacia la izquierda, a pesar de que su gobierno era apoyado por la Concordancia. En octubre, una serie de cierres relámpago de minas y una huelga ferroviaria de gran alcance, causaron intensos debates en el Parlamento.[29] Luego, en noviembre, varios ministros fueron interpelados sobre asuntos tales como las condiciones de trabajo en las minas, la nacionalización de los ferrocarriles, las negociaciones con la Standard Oil y la política financiera del gobierno para hacer frente a la inflación.

Hombres como Víctor Paz Estenssoro se convirtieron en los principales oradores de estos grandes debates parlamentarios, y lograron concesiones de los ya angustiados funcionarios del Gabinete. Aunque

---

28 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 2 de agosto de 1940, p. 7, y *La Calle*, 3 de agosto de 1940, p. 4.

29 *El Diario*, 1 de octubre de 1940, p. 7, para la huelga minera, y *El Diario*, 24 de octubre de 1940, p. 8. La huelga ferroviaria fue un ejemplo perfecto de la nueva situación política. En un éxito total los huelguistas rápidamente ganaron firme apoyo en el Congreso de los líderes del MNR y PIR, quienes lograron mantener con efectividad su caso ante la opinión pública y evitar que el gobierno empleara la fuerza armada para romper la huelga. Esta íntima relación con los trabajadores fue importante para aumentar la fuerza de éstos contra el gobierno e iniciar una nueva era de cooperación entre obreros y partidos políticos. *El Diario*, 24 de octubre de 1940, p. 6, para los debates parlamentarios sobre la huelga.

muchos ministros deseaban suprimir esos enconados y siempre crecientes ataques, y sugirieron la clausura de las sesiones del Congreso, Peñaranda se mostraba extrañamente inmutable y dijo que no toleraría ningún amordazamiento directo del Congreso.[30] Su ministro de Gobierno, Joaquín Espada, propuso al Congreso una ley de seguridad y bienestar público, completamente rememorativa de la antigua Ley de Seguridad de Salamanca, pero esa propuesta fue atacada por la izquierda del Congreso, con tanta eficacia que el gobierno no insistió más sobre su proyecto de ley.[31]

Tan intensivos eran los ataques de la izquierda, que la Concordancia, nuevamente, se reorganizó a principios del nuevo año. Aunque las dos alas republicanas se unieron, temporalmente, en enero, para formar el Partido de la Unión Republicano-Socialista (PURS), dejando así al margen a los debilitados liberales, pronto se dieron cuenta de que no podrían ser tan efectivos si seguían solos.[32] En marzo, firmaron un nuevo pacto con los liberales y con un grupo oriental regionalista, conocido como Frente Unido de Beni y Pando, para formar una Alianza Nacional Democrática.[33] Si bien al fundarse el PURS se logró, temporalmente, la reunificación de las dos alas del Partido Republicano, este nuevo partido acabaría por hundirse en el estilo de la Concordancia, meramente para sostenerse contra la arrolladora fuerza de la izquierda.[34]

Aunque el Parlamento fue escenario de intensos debates y maniobras políticas, desde agosto de 1940 hasta bien entrado el año de 1941, probablemente ejerciendo, en este periodo, la acción más independiente en la historia boliviana, el gobierno estuvo profundamente involucrado en una importante actividad diplomática, bajo la astuta dirección del diplomático conservador Alberto Ostria Gutiérrez. Al resolver finalmente las relaciones con el Paraguay, Ostria Gutiérrez emprendió la mayor ofensiva para abrir el oriente boliviano. Habiendo, previamente, completado acuerdos para la construcción de un ferrocarril, desde la población fronteriza de Corumbá, en Brasil, hasta Santa Cruz, durante su primer mandato, en el gobierno de Busch, Ostria Gutiérrez, en febrero de 1941, concluyó un importante tratado con la Argentina, para la construcción conjunta de un ferrocarril desde Yacuiba, en la frontera de ese país, hasta Santa Cruz. Este ferrocarril

30 Díaz Machicao, 1958, pp. 34-40.

31 *El Diario*, 3 de febrero de 1941, p. 4.

32 *El Diario*, 28 de enero de 1941, p. 6.

33 Diaz Machicao, 1958, p. 46.

34 *El Diario*, 23 de marzo de 1941, p. 6.

iba a pasar por los principales campos petrolíferos de Bolivia y preveía la venta preferencial de petróleo producido por el gobierno boliviano en el mercado argentino, para el pago del costo de la construcción.[35] En todos estos tratados ferroviarios y petroleros con sus dos poderosos vecinos, tanto Brasil como Argentina, tácitamente, reconocieron la legalidad de la confiscación de los campos petroleros de la Standard Oil, por parte de Bolivia, y cuando funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos intentaron intervenir en estas negociaciones, ambas naciones rechazaron tal intervención.[36]

En cuanto a las negociaciones con Estados Unidos, Ostria Gutiérrez, lentamente, pero con seguridad, forzó a Washington a abandonar su política respecto a la solución del asunto petrolero, como condición *sine qua non* para una cooperación a gran escala. Amenazando con vender a las potencias del Eje e insinuando la subversión proalemana de los movimientos nacional-socialistas del país, Ostria Gutiérrez pronto obtuvo resultados. Para fines de 1940 y principios de 1941, Bolivia estaba participando en negociaciones de préstamos y arrendamientos, vendía estaño y wolfram a la RFC (Reconstruction Finance Corporation) y recibía misiones militares y económicas en Bolivia.[37] Aun la Standard Oil fue forzada a reconocer la fuerza de la posición boliviana, tanto diplomática como económicamente y, a fines de 1941, empezó a hablar de un «acuerdo» de pago mínimo en efectivo, que en esencia representaba una completa victoria de la posición jurídica boliviana en el asunto de la confiscación.

Pero si bien la Standard Oil estaba deseosa de hacer concesiones, la izquierda boliviana se volvió más implacablemente contraria a la idea. En marzo de 1941, el Gabinete anunció su deseo de negociar con la Standard Oil y, sin darse cuenta, reveló el contenido de unas notas bastante duras, escritas por Cordell Hull, en 1937, al entonces ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Finot. La publicación de las notas, y el pedido del gobierno para que el Senado aprobara su derecho a negociar, provocó grandes debates fuera del Congreso, realizándose manifestaciones masivas

35 Ostria Gutiérrez, 1953, p. 269 y ss.

36 *Ibid*., pp. 288-290.

37 En noviembre se produjo el acuerdo del estaño, *El Diario*, 26 de octubre de 1940, p. 6, y 8 de noviembre de 1940, p. 1; Ostria Gutiérrez, 1953, p. 385; en mayo de 1941, el acuerdo fue logrado con un préstamo de armamento y, en agosto, un memorándum oficial del Departamento de Estado expresó la buena voluntad de proporcionar fondos para el desarrollo económico y el envío de una comisión económica, *ibid*., pp. 385-387; también véase Wood 1961, p. 195.

contra el gobierno. El Senado, finalmente, dio su aprobación a fines de ese mes, pero el asunto dejó un amargo resabio.[38]

En el escenario interno se dio un gran debate sobre el deseo del gobierno de poner fin al sistema de múltiples tipos de cambio como medio para atacar la inflación. La izquierda atacó severamente esta proposición y creó tal tensión interna sobre el asunto, que el Gabinete se vio obligado a renunciar. En medida tendiente a poner fin a los ataques de la izquierda a su gobierno, Peñaranda ofreció el Ministerio de Economía a Víctor Paz Estenssoro, uno de los principales críticos del sistema de cambio único. Pero Paz Estenssoro no pudo influir en el gobierno aún dominado por la Concordancia, y después de una semana renunció a sus funciones. El resultado neto fue un nuevo ataque contra la política del gobierno, de parte del MNR y del PIR, entretanto el gobierno decidía implementar el esquema para el cambio único.[39]

En el debate que siguió, a principios de julio, se presentó al gobierno una excusa para reprimir a Paz Estenssoro y sus partidarios. El 18 de julio, Estados Unidos entregó al gobierno de Bolivia un documento descubierto por sus agentes secretos. Se trataba de una carta supuestamente escrita por el mayor Elías Belmonte –el antiguo ministro de Gobierno de Busch, que ahora estaba en Berlín como agregado militar de la Legación de Bolivia–, al ministro de Alemania en Bolivia, Ernst Wendler. La carta describía los planes para un *putsch* en Bolivia, al estilo nazi, que se llevaría a cabo a mediados de julio. La carta también atacaba enconadamente la política externa del ministro Ostria Gutiérrez, prometiendo cambios radicales en los acuerdos de compra de metales con Estados Unidos, la devolución de la aerolínea nacionalizada del Lloyd Aéreo Boliviano a los intereses alemanes

38 Díaz Machicao, 1958, pp. 44-45; US, *Department of State*, 1963, VI, pp. 464-477. Mientras el Senado, formalmente, aprobó los planes de negociación del gobierno, la Cámara de Diputados suspendió la sesión, sin votar sobre el tema.

39 *El Diario*, 21 de junio de 1941, p. 5; Fellman Velarde, 1955, pp. 98-99; Peñaloza, 1963, p. 42. En realidad, la intensa crisis inflacionaria que Bolivia había estado experimentando, desde 1935, empezó a nivelarse durante el periodo 1940-1943. Debido a la gran demanda de estaño, especialmente después de 1941, y a la imposibilidad de importar productos manufacturados, consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, Bolivia exportó más de lo que importó y sus reservas monetarias, que eran de solo $15,8 millones en 1939, subieron a $34 millones en 1945, y el gobierno fácilmente pudo mantener la cotización de 42 bolivianos por dólar, durante todo el periodo de Peñaranda y aun después. De esta manera, el costo de vida que se había elevado en 50% anualmente, en el periodo Toro-Busch, ahora se estabilizó a 23% *per cápita* anual, en el régimen de Peñaranda, y se estabilizaría a solo 7% *per cápita* anual, entre 1943 y 1945. CEPAL, 1958, pp. 62-63.

y la abrogación de los tratados con el Brasil.[40] El gobierno de Peñaranda actuó inmediatamente ante esta revelación y clausuró los periódicos del MNR: *La Calle*, *Inti* y *Busch* (todos publicados en La Paz), expulsó al ministro alemán Wendler y encarceló a varias figuras políticas del MNR y del fascismo, todas esas medidas fueron ampliamente apoyadas por la Alianza Nacional Democrática.[41]

Cuando el Congreso reanudó sus sesiones, a fines de ese mes, los diputados del MNR se levantaron para desafiar al gobierno, produciéndose un gran debate. Dirigido por Monroy Block, Víctor Paz Estenssoro y Fernando Iturralde Chinel, el MNR rechazó la veracidad de la carta y la idea del *putsch*, sosteniendo que el estado de sitio y la clausura de sus periódicos eran actos ilegales.[42] Si bien la coalición parlamentaria de la izquierda, de la cual el MNR era muy tenue componente, apoyó los ataques contra el estado de sitio y la clausura de los periódicos, como actos injustificados, pocos de sus miembros estaban dispuestos a apoyar la posición ideológica del nuevo Movimiento Nacionalista Revolucionario.[43] De hecho, aunque el PIR estaba tácitamente dispuesto a apoyar la petición del MNR, Tristán Marof y sus partidarios del PSOB usaron la ocasión del debate del *putsch* para atacar rudamente al MNR, como una organización «fachada» para la penetración nazi en Bolivia.[44] En los tres días de acres debates, Marof y los principales diputados movimientistas, como Paz Estenssoro y Otazo, se acusaron mutuamente de «venderse» ya sea a los imperialistas alemanes o norteamericanos.[45] Para el 29 de ese mes, las discusiones habían creado tal revuelo público que la Cámara de Diputados se vio obligada a entrar en un receso temporal y al recurso de emplear tropas del ejército para dispersar las galerías públicas.[46] En la sesión del día siguiente, Otazo atacó físicamente al diputado católico-conservador Levy, acusándolo de ser extranjero y judío, y acudiendo a los puños para probar su aseveración.[47] Si bien al final del debate se concedió un voto de apoyo a la acción del

40 Esta carta está impresa en *El Diario*, 24 de julio de 1941, p. 7

41 Díaz Machicao, 1958, pp. 53-55; también Peñaloza, 1963, p. 43.

42 *El Diario*, 26 de agosto de 1941, p. 6.

43 Véase, por ejemplo, las declaraciones del diputado del PIR, Arratia, *El Diario*, 4 de septiembre de 1941, p. 6.

44 *El Diario*, 28 de agosto de 1941, p. 6.

45 Para la colección de estos debates, véase Marof, 1941.

46 *El Diario*, 30 de agosto de 1941, p. 7.

47 *El Diario*, 2 de septiembre de 1941, p. 7.

gobierno, el resultado final fue una suave represión al MNR, partido que pocas semanas después reabrió sus periódicos y obtuvo la libertad de todos sus partidarios.[48]

Sin embargo, el debate sobre el episodio del *putsch* demostró claramente el profundo sentimiento que se había generado, en del escenario de la política nacional, sobre los acontecimientos internacionales. Jamás antes, en la historia de la política boliviana, un asunto de relaciones exteriores, que no fuese boliviano, había creado tan profundas fisuras en la política interna. Bolivia, fácilmente, se había puesto al lado de los aliados, en la Primera Guerra Mundial, y se había comprometido moderadamente con los asuntos de la guerra civil española, pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el surgimiento de la Falange y de movimientos de tipo nacional-socialista, en Bolivia, repentinamente trajeron estos problemas a sus puertas, y hasta que esos conflictos se resolvieran en el escenario internacional, la política boliviana se vería continuamente perturbada por los acontecimientos que ocurrían fuera de sus fronteras.

Si bien el ataque de Marof al MNR, rompió temporalmente la unidad izquierdista contra la Alianza Nacional Democrática, este cisma prontamente fue remediado al aumentar el ritmo de la actividad huelguística en el país. A fines de septiembre y principios de octubre, estallaron huelgas en las minas de Siglo XX, de Patiño, así como entre los ferroviarios. Aunque la huelga de Siglo XX fue rápidamente resuelta,[49] la huelga ferroviaria se convirtió en el mayor problema del escenario nacional. Ambas huelgas fueron provocadas por las demandas de los trabajadores de nuevas leyes nacionales de aumento salarial. Denunciando que los tres meses de existencia del sistema de cambio único había elevado el costo de vida en un 30%, los trabajadores demandaron el inmediato aumento de salarios y amenazaron con acciones de huelga si no obtenían respuesta a sus demandas.[50] Al mismo tiempo, el MNR y el PIR apoyaron en el Congreso un aumento salarial inmediato del 10%, medida que fue rechazada por las fuerzas de la derecha, y el gobierno reaccionó decretando estado de sitio. Pero el impulso huelguístico era demasiado grande para superarlo y, bajo la dirección de la Federación Ferroviaria de Oruro, estalló, poco después, una huelga general en apoyo del aumento salarial en toda la nación. Aunque

48 Para un análisis del gobierno de las cuestiones planteadas sobre todo el asunto del *putsch,* véase Ostria Gutiérrez, 1944, p. 133 y ss.

49 *El Diario*, 23 de septiembre de 1941, p. 7, y 24 de septiembre de 1941, p. 6.

50 *El Diario*, 11 de octubre de 1941, p. 6.

el gobierno encarceló a los principales dirigentes de la huelga y acusaba a la alianza comunista-fascista de generar todo el asunto, el movimiento huelguístico fue tan efectivo, que el gobierno se vio obligado a poner en libertad a los huelguistas y conceder un 20% de aumento.[51]

A pesar de su unidad en el asunto del *putsch* y en el apoyo a la acción antihuelga del gobierno, la coalición de la Alianza Nacional Democrática empezó a confrontar serias dificultades en los últimos meses del año, pues los llamados parlamentarios «independientes», bajo la dirección de Gustavo Adolfo Otero, que se habían aliado con los tres partidos tradicionales, decidieron retirarse de la coalición y recuperar su independencia en los debates parlamentarios. Esta medida provocó una crisis de Gabinete, puesto que la Alianza, que era el grupo principal representado en el gobierno, terminó pordisolverse para principios de diciembre.[52] La ruptura de la coalición representó tanto el deseo de los partidos de ir solos en las próximas elecciones parlamentarias de mayo de 1942, como la continua inestabilidad de los partidos de derecha, frente a la acción parlamentaria más efectiva de los partidos de izquierda. Trabajando estrechamente en los asuntos de la defensa de los recursos naturales, la oposición a un acuerdo con la Standard Oil y el amplio apoyo a las prestaciones laborales y los aumentos salariales para los trabajadores, el PIR, el MNR y varios grupos socialistas independientes empezaron a desgastar a los ministros del gabinete y a forzar la renuncia de figuras políticas principales. Especialmente en asuntos internacionales, la combinada oposición de la izquierda logró, finalmente, la renuncia de Ostria Gutiérrez, mediante ataques a su posición conservadora en la venta de metales y en el asunto petrolífero.[53]

Los asuntos de la política nacional fueron temporalmente puestos en segundo plano a fines de 1941, cuando Estados Unidos fue atacado por el Japón en Pearl Harbor. Actuando en armonía con la mayoría de los Estados americanos, el gobierno de Peñaranda rápidamente expresó su apoyo al gobierno de Estados Unidos, otorgándole un trato especial como potencia beligerante. El gobierno también congeló los intereses y capitales del Japón y Alemania en Bolivia, el 10 y 11 de diciembre, respectivamente, y anunció abiertamente su adhesión a la causa norteamericana.[54] Mientras

51 Barcelli, 1956, pp. 151-154. El PIR y el MNR aún intentaron censurar al gobierno por sus ataques a la huelga temporal ferroviaria de Oruro, obteniendo en conjunto unos 25 votos contra 52 del gobierno, *El Diario*, 29 de octubre de 1941, p. 4.

52 Véase *El Diario*, 5 de diciembre de 1941, pp. 4 y 5.

53 Sobre la cooperación parlamentaria de los dos partidos, véase Peñaloza, 1963, p. 40.

54 *El Diario*, 12 de diciembre de 1941, pp. 6 y 7.

*La Calle* y el MNR se oponían a esas acciones, el PIR, oficialmente, respaldó la política del gobierno y el 26 de enero emitió un manifiesto oficial pidiendo la ruptura de relaciones con las potencias del Eje y la eliminación de la quinta columna nacional.[55] Dos días después, el gobierno ejecutó esa acción, rompiendo relaciones con Alemania, Italia y Japón y, al siguiente día, aprobó una ley antisubversiva que estaba destinada a detener las actividades fascistas en Bolivia.[56] Aunque *La Calle*, y aun *El Diario*, continuaban publicando artículos noticiosos originados en Alemania respecto a la guerra, durante varios meses más, después de la acción gubernamental, a mediados de ese año, aquella fuente de propaganda masiva había sido clausurada finalmente.

Entre tanto, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Anze Matienzo, continuó la política de Ostria Gutiérrez, y, en la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores de Río de Janeiro, se elaboró, finalmente, una solución a la disputa con la Standard Oil. Actuando con rapidez, mientras el Congreso estaba en receso temporal, el gobierno acordó pagar a la Standard Oil la suma de 1.500.000 dólares, más los intereses, por sus gráficos y mapas petrolíferos, a cambio de lo cual la Standard Oil entregaría esos estudios a Bolivia y aceptaría que todas sus reclamaciones pendientes, entre la misma y el gobierno, sobre todas sus antiguas propiedades y maquinaria, estaban resueltas. En suma, esta fue una victoria total para la diplomacia boliviana y representó la culminación de varios años de astutas maniobras diplomáticas y económicas, que finalmente obligaron a la empresa a retroceder en su posición.[57]

En el escenario de la política interna, sin embargo, este acuerdo fue visto, por las varias facciones de la izquierda y también de la derecha con inclinación nacionalista, como una rendición derechista ante el imperialismo norteamericano, y rápidamente se convirtió en el objeto de ataque en las grandes campañas de propaganda antigubernamental. La vida política interna estaba, ahora, en constante agitación, con alivios temporales en los cortos tiempos de receso congresal. Con los partidos de la izquierda nacional actuando decididamente en el Parlamento, el movimiento obrero se sintió envalentonado como para buscar concesiones aún más grandes

55 *El Diario*, 28 de enero de 1942, p. 7.

56 *El Diario*, 29 de enero de 1942, p. 6.

57 Para las negociaciones conducentes a la solución y sus términos completos, véase Klein, 1964; Wood, 1961, capítulo VII. Jorge Muñoz Reyes sostiene que el verdadero valor de los mapas y los estudios geológicos, por sí solo, es varias veces mayor que el pago en efectivo. Entrevista con Jorge Muñoz Reyes, enero de 1961.

del gobierno y presionar por sus demandas tanto como le fuese posible. Todo esto mantuvo a la coalición de partidos de la izquierda y de los obreros en constante agitación contra el gobierno.

En enero de 1942, se produjeron, en Potosí, manifestaciones dirigidas por el PIR contra el gobierno, sobre el asunto de la ayuda gubernamental a esa ciudad, lo que provocó luchas callejeras y la iniciación de un estado de sitio decretado por el gobierno.[58] Amparándose en esta legislación de emergencia, el gobierno también, a fines de febrero, decidió tomar medidas enérgicas contra un movimiento político recientemente resucitado. Este era el antiguo Partido Obrero Revolucionario, de Aguirre Gainsborg, Marof, Valencia Vega, etcétera (POR), restaurado, y que bajo la hábil dirección del dirigente juvenil de Cochabamba, Guillermo Lora, se convirtió, de un grupo pasivo de doctrinarios trotskistas, en un vigoroso movimiento proobrero con poderosas ramificaciones en los centros mineros.[59] Declarando que el POR estaba afiliado a la IV Internacional y complotaba para derribar al gobierno, el régimen de Peñaranda, el 22 de febrero, arrestó a sus principales dirigentes y los confinó a campos de detención. El principal conspirador de este grupo, de acuerdo con la afirmación del gobierno, era Guillermo Lora, quien acababa de crear una filial de su partido –que tenía por sede Cochabamba–, en la ciudad de La Paz, con treinta miembros, y cuyo objetivo era la infiltración en el movimiento obrero.[60]

Por mucho que el gobierno suprimiera esas actividades izquierdistas y rechazara las demandas obreras, de ningún modo podía detener la creciente actividad huelguística del país. A principios de marzo, el Sindicato Nacional de Maestros convocó a su mayor huelga contra el sistema de escuelas públicas, después de dos años de huelgas cortas y de constantes disputas sobre aumento de salarios. En dura reacción a esta última medida huelguística de los profesores, el gobierno, oficialmente, anunció que el sindicato era una organización ilegal y demandó el retorno inmediato de los huelguistas a sus funciones. Pero, ahora que los maestros estaban nacionalmente organizados, demostraron que su sindicato era uno de los más eficazmente disciplinados del movimiento laboral boliviano, por lo que continuaron desafiando la opresión del gobierno y manteniendo con éxito la huelga.[61]

---

58 *El Diario*, 10 de enero de 1942, p. 7, y 13 de enero de 1942, p. 6.

59 Entrevista con Guillermo Lora, 20 de junio de 1963.

60 *El Diario*, 22 de febrero de 1942, pp. 4 y 6.

61 Sobre la huelga, véase *El Diario*, 12 de marzo de 1942, p. 7.

Frustrado ante su creciente incapacidad para controlar el movimiento obrero y evitar el éxito de la propagación de la ideología radical y el crecimiento de los nuevos partidos nacionales de la izquierda, el gobierno empezó a tomar medidas radicales. En abril, emitió una ley extremadamente rigurosa de seguridad del Estado, que aun los partidos conservadores temieron que pusiera fin a todas las discusiones políticas del Estado, puesto que entregaba al Estado la facultad arbitraria de prevenir y suprimir «todos los hechos tendientes, directa o indirectamente, a socavar el sistema social, el régimen político-constitucional, el régimen económico […] la propiedad, las relaciones de clases, etcétera», y promover una serie de acciones ejecutivas para detener el desarrollo de esas actividades. También daba al Ejecutivo el derecho de reclutar trabajadores e instaurar acciones civiles contra los agitadores de huelgas.[62]

Sin embargo, la reacción contra esa medida dictatorial fue tan poderosa, que el gobierno, finalmente, se vio obligado a derogarla,[63] y la reacción de esta oposición afectó directamente a las elecciones de mayo. Calificado de gobierno antiobrero y antizquierdista, y acusado de albergar objetivos dictatoriales, el régimen de Peñaranda y sus partidarios sufrieron grandes pérdidas en las urnas. En Cochabamba, antigua fortaleza de los genuinos, este viejo partido tradicional sufrió una derrota casi total a manos de los candidatos del PIR, dirigidos por Ricardo Anaya. El PIR también logró aumentar su control en Potosí, llevando a la cámara un total de seis diputados. El MNR también lo hizo muy bien, especialmente en La Paz, con un total de siete diputados, mientras una nueva fusión de los antiguos socialistas de Baldivieso, ahora dirigidos por Carlos Salinas Aramayo, logró un total de trece diputados y seis senadores.[64] Este llamado Partido Socialista Unificado había sido organizado en junio de 1940 por José Tamayo, del antiguo grupo socialista de Baldivieso, y por Alfredo Mollinedo, que controlaba a los remanentes del antiguo Partido Republicano Socialista Antipersonalista de Gabriel Gosálvez.[65] El más efectivo de los partidos socialistas de Estado que se había intentado organizar en los regímenes de Toro y Busch, el PSU, logró un éxito sumamente efímero. En la nueva era de la izquierda nacional, hombres como Gabriel Gosálvez y Enrique Baldivieso, ambos adherentes al nuevo partido,

62 *El Diario*, 14 de abril de 1942, pp. 6 y 12.

63 *Ibid*., p. 4, y 14 de agosto de 1942, p. 4, para su derogatoria.

64 Para los resultados del Congreso, véase *El Diario*, 21 de junio de 1942, p. 5.

65 *El Diario*, 5 de junio de 1940, p. 4, y 7 de junio de 1940, p. 6.

estaban demasiado poco comprometidos ideológicamente y carecían de un programa claramente definido, con el cual combatir al exitoso MNR, al PIR y al cada vez más poderoso POR. Aunque el PSU lo hizo muy bien en las elecciones parlamentarias, bajo el régimen de Peñaranda, su posición intermedia demostró ser más insostenible, a medida que pasaban los días y, al final del periodo de Peñaranda, la mayor parte de estos hombres o bien habían sido reabsorbidos por los partidos tradicionales o habían contraído compromisos con el PIR y el MNR. De vital importancia en la era del socialismo militar, fueron incapaces de sobrevivir en el mundo político, duramente politizado, posterior a 1940.

En las elecciones de mayo también se observó un viraje del poder dentro del grupo tradicional, ya que el Partido Liberal logró adelantar su posición, a expensas de los dos grupos republicanos. Pero, aunque los liberales lograron un total de 22 diputados, en oposición a los once genuinos y catorce republicano-socialistas,[66] el voto combinado de todos los partidos tradicionales era absolutamente pequeño. *El Diario* calculó, en un análisis poco común de poselecciones, que el número total de votos ganados por los tres partidos tradicionales en las elecciones de mayo alcanzaba solo a 14.163, mientras los partidos de la izquierda moderada y radical (PIR, MNR, PSOB, FSB y PSU) lograron un total de 23.401 –casi el doble de los tradicionales.[67] De esta manera, estos casi dos tercios del electorado letrado, tanto blanco como cholo, la cúspide de la sociedad piramidal de Bolivia, en elecciones abiertas dieron su voto a los partidos antitradicionales que demandaban cambios fundamentales en la organización socioeconómica de la cual formaban parte. Más que en otras elecciones, las elecciones parlamentarias de 1942, excepcionalmente libres, indicaron el fracaso del antiguo sistema político y la incapacidad de los partidos tradicionales, aún bajo la favorable disposición de un gobierno reaccionario y las condiciones ideales para resurgir como fuerza política dominante en la nación.

La pérdida del Congreso de 1942 a manos de una poderosa minoría izquierdista también demostró ser fatal para el gobierno de Peñaranda y señaló otro punto de inflexión en la destrucción del viejo orden. Tan pronto como se iniciaron las sesiones del Congreso, aumentó enormemente el ritmo de los ataques contra los ministros del Gabinete. Aprovechando al máximo las disposiciones constitucionales poco comunes de Bolivia, sobre

66 *El Diario*, 21 de junio de 1942, p. 5.

67 Véase *El Diario*, 3 de junio de 1942, p. 4, para descomposición de votos.

los derechos de interpelación en la Cámara de Diputados, la izquierda inició un sistemático ataque a Gabinete tras Gabinete, creando un tipo de sistema parlamentario-ministerial, bajo el gobierno del ineficaz Peñaranda. La cámara se rehusó a otorgar concesiones o aprobar proyectos de ley, a menos que se les diese plena autoridad para interrogar y desafiar a cada ministro. Esos incesantes ataques, que carecían del efectivo respaldo de Peñaranda, provocaron un flujo constante de renuncias de ministros, como protesta o por censura parlamentaria. Después de muchos meses de oposición a sus diversas negociaciones de acuerdos para la compra de wolfram, caucho y estaño, así como para los préstamos del Banco de Exportaciones e Importaciones de Estados Unidos, Anze Matienzo, en noviembre de 1942, al igual que su predecesor Alberto Ostria Gutiérrez, fue finalmente forzado a renunciar a raíz de los ataques parlamentarios. Finalmente, el 28 de noviembre de 1942, el Congreso ingresó a su receso de verano, dando, la más activa oposición parlamentaria, un respiro temporal al intensamente atacado gobierno de Peñaranda; ataques parlamentarios no confrontados por ningún presidente de Bolivia antes o después de esa época.[68]

Cuando, a fines de 1942 habían comenzado los grandes debates parlamentarios, ya estaba sellada la suerte del gobierno de Peñaranda por un incidente ocurrido en el solitario altiplano, a centenares de kilómetros de la capital nacional. Este incidente señalaría la primera batalla en la iniciación de la revolución nacional boliviana. A principios de 1940, varios sindicatos mineros locales realizaron su primer congreso nacional, pero sin tener éxito en organizar una confederación nacional.[69] Pero, si bien ese intento fracasó, la actividad sindical local prosiguió su marcha febril a pesar de la abierta hostilidad del gobierno de Peñaranda. Ayudados por las incesantes alianzas con la izquierda política nacional, que interpretaba sus necesidades en el Congreso, estos sindicatos emprendieron pequeñas y continuas huelgas para lograr mejores condiciones de trabajo. Y, a pesar de las rigurosas leyes del gobierno contra el sabotaje, que habían sido promulgadas después de diciembre de 1941, para impedir los paros de trabajo, esos grupos eran los suficientemente poderosos como para lograr algunos éxitos limitados. A fines de noviembre y principios de diciembre de 1942, hubo un buen número de huelgas en los distritos mineros de Potosí, Catavi, Llallagua y Oruro. En respuesta a esas nuevas huelgas, el

68 Díaz Machicao, 1958, pp. 73-74.

69 Barcelli, 1956, pp. 164-165.

gobierno actuó con moderación e incluso envió a su ministro de Trabajo, Juan Manuel Balcázar, a los distritos mineros para negociar con los trabajadores. El 3 de diciembre se llegó a un acuerdo con los huelguistas de Oruro,[70] y lo mismo ocurrió el 8 de diciembre en Potosí.[71] Sin embargo, los 9.300 trabajadores de las minas de Patiño, en Catavi, continuaron agitando, pidiendo aguinaldos de navidad y la aplicación del Código del Trabajo a las condiciones locales.[72] Pero el gobierno, que había demostrado buena voluntad para negociar con los sindicatos de Oruro y Potosí, se negó a tratar con el Sindicato de Oficios Varios de Catavi y, al contrario, envió tropas, bajo el mando del coronel Cuenca, para mantener el orden en Catavi. Informado de que la huelga era ilegal y por lo tanto caía dentro de la ley de sabotaje, el coronel Cuenca procedió a ejecutar rigurosas medidas por cuenta propia. Cuando el 13 de diciembre se organizó una manifestación pacífica, para protestar por el encarcelamiento de sus dirigentes, las tropas y la policía disolvieron la manifestación. Luego de pocos días de calma, en la mañana del 21 de diciembre, mineros y tropas chocaron nuevamente, solo que esta vez los soldados abrieron fuego y murieron 35 mineros. Esa misma mañana, las mujeres y los niños organizaron una manifestación masiva en demanda del inmediato cese de los disparos y negociaciones pacíficas sobre ese problema. Sin embargo, las tropas nuevamente comenzaron a disparar, aparentemente manteniendo a la multitud bajo el fuego de fusilería y ametralladoras durante varias horas, por loq ue se estimó que un gran número de personas fueron asesinadas, en lo que vino a llamarse la «masacre de Catavi».[73]

La masacre de Catavi, que se produjo en medio de un gran malestar obrero y de los primeros años dinámicos de la izquierda nacional, tuvo efectos devastadores para el gobierno de Peñaranda, ya que, habiendo manejado inadecuadamente la etapa de las negociaciones y alentando una respuesta violenta a las legítimas quejas de los obreros, el gobierno buscó frenéticamente una defensa para este asunto demasiado público. Desde las primeras horas de las manifestaciones de Catavi, Peñaranda había decretado, el 14 de diciembre, el estado de sitio para los centros mineros y había defendido su acción, alegando que sindicatos ilegales

70 *El Diario*, 4 de diciembre de 1942, p. 6.

71 *El Diario*, 9 de diciembre de 1942, p. 4.

72 *El Diario*, 20 de noviembre de 1942, p. 5, y 9 de diciembre de 1942, p. 4.

73 Barcelli, 1956, pp. 161-164. Para la versión del gobierno sobre la masacre de Catavi, véase Balcázar, 1947.

estaban agitando a los obreros, y que agitadores extremistas, promovían acciones violentas contra el gobierno.[74] Justificando el envío de tropas, con el argumento de que los trabajadores estaban conspirando para derrocar al gobierno y que esas acciones nada tenían que ver con sus legítimas quejas económicas, misma posición asumida por la Patiño Mines,[75] el gobierno empezó a buscar activamente un chivo expiatorio para echarle la culpa de los disturbios. Bajo la inciativa del ministro de Gobierno, Pedro Zilveti Arce, el PIR, debido a su supuesta estrecha asociación con la naciente organización sindical minera, fue señalado especialmente como conjunto de agente del comunismo internacional, cuyo objetivo inmediato era derrocar al gobierno. Incluso, antes de la masacre del 21 de diciembre, dirigentes obreros del PIR, como Waldo Álvarez y Fernando Siñani, habían sido encarcelados, y clausurado el periódico del partido, *El Día*, en Cochabamba.[76] Para fines de mes, Zilveti Arce, desesperadamente, intentaba suprimir los alarmantes rumores respecto a la masacre, lanzando un feroz ataque a la legalidad misma del PIR, como partido nacional, aunque jamás puso fuera de la ley a ese partido, como tenía derecho a hacerlo, según las leyes bolivianas.[77] El gobierno dio fin, con éxito, a la huelga, pocos días después de los acontecimientos del 21 de diciembre, mediante el uso de la fuerza,[78] pero la masacre de Catavi asumió tan vital importancia simbólica que no pudo ocultársela, a pesar de la censura gubernamental impuesta en toda la nación.

Si bien no eran cosas nuevas las matanzas de obreros y campesinos en Bolivia, la masacre de Catavi ocurrió en un momento completamente oportuno para la izquierda y el movimiento obrero y, por lo tanto, se convirtió en una «causa célebre», un símbolo revolucionario y unificador. Casi inmediatamente circularon rumores sobre millares de obreros degollados, extendiéndose esos rumores a toda la nación y, antes de que acabara el mes, el MNR se había colocado a la vanguardia de la izquierda, en agudos y violentos ataques al gobierno. En una protesta pública contra el gobierno, el 30 de diciembre, el MNR declaró que el movimiento huelguista de Catavi era un derecho legítimo de los trabajadores bolivianos, por sus reivindicaciones económicas, y había sido ilegalmente frustrado

74 *El Diario*, 15 de diciembre de 1942, p. 4.

75 Para las declaraciones sobre este asunto del vicepresidente de la Patiño Mines, José M. Rivera, véase *El Diario*, 22 de diciembre de 1942, p. 4.

76 *El Diario*, 20 de diciembre de 1942, p. 5.

77 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 30 de diciembre de 1942, p. 4.

78 *El Diario*, 23 de diciembre de 1942, pp. 4-5, y 24 de diciembre de 1942, p. 5.

por el gobierno y la Patiño Mines. Advirtió al gobierno que la masacre de trabajadores no desviaría a las masas bolivianas de sus justos objetivos.[79] No fue el MNR el único partido en iniciar los ataques al gobierno, ya que el 29 de diciembre, el Partido Socialista Unificado, bajo la dirección de Carlos Salinas Aramayo, oficialmente había resuelto que:

> El Comité Nacional Ejecutivo del Partido Socialista, frente a las masacres producidas en el centro minero de Catavi, donde numerosos obreros perdieron sus vidas, expresa su más enérgica condenación y demanda que el gobierno explique a la nación cuáles han sido los motivos y circunstancias de tan luctuoso suceso.[80]

Por su parte, el PIR, acusado de haber iniciado el «movimiento subversivo» de Catavi, como lo denominaba el gobierno, negó toda implicación. Sorprendidos ante el apresamiento de varios de sus dirigentes y rechazando las acusaciones de asociación comunista hechas por el ministro de Gobierno, los dirigentes del PIR no emitieron una réplica oficial hasta la primera semana de enero. Negando su afiliación internacional, la subversión y las responsabilidades por la masacre, el partido declaró, en su protesta contra el ministro Zilveti Arce, que:

> […] admitimos la justicia que les asistió y les asiste a los obreros en sus demandas, denunciamos la injusticia e inconstitucionalidad del estado de sitio, protestamos por la persecución desencadenada contra nuestro partido, y condenamos, con la mayor indignación, las masacres de diciembre, en Catavi y la más cruel e injustificada represión contra un pueblo hambriento e indefenso.[81]

De esta manera, y a pesar de la explicación de sus acciones y los pronunciamientos del gobierno sobre la masacre de Catavi, se estableció el escenario para mayores ataques al gobierno de Peñaranda sobre este asunto, por parte de los principales partidos de la izquierda que, sin tener en cuenta sus antipatías personales, se unieron en un poderoso frente antigubernamental. Por su parte, el gobierno, bajo la dirección del ministro Pedro Zilveti Arce, empezó a atacar activamente a la izquierda, señalando especialmente al PIR como el principal agente de la causa y culpándolo de todo el incidente. En una circular oficial a los prefectos de la nación, el 16 de enero de 1943, Zilveti Arce declaró que el PIR era el «grupo comunista» cuyo único deseo era el derrocamiento del gobierno. Por lo tanto, el PIR había creado la agitación en las minas, decía la circular, y había

79 *El Diario*, 31 de diciembre de 1942, p. 4.

80 *Ibid*.

81 *El Diario*, 9 de enero de 1943, p. 4.

empleado esa agitación para atacar al gobierno y no para buscar remedio económico para los trabajadores. En un paso más que tambaleante, el ministro produjo vagos «documentos» queriendo dar a entender que se trataban de manifiestos del PIR a los trabajadores. Finalmente, después de justificar la acción del coronel Cuenca y del ejército, como un caso de defensa propia, ante el lanzamiento de dinamita por parte de trabajadores encubiertos por mujeres y niños, el gobierno admitió finalmente el número de muertos en 19 y el de heridos en 30, en las varias batallas ocurridas en Catavi.[82] Esta fue la primera vez que se dieron cifras sobre víctimas, como jamás habían sido dadas por el gobierno y, de acuerdo con la tradición de tales estadísticas, la cifra alta, aun de esta mínima cantidad, indicaba la cifra probable mucho más alta de víctimas. Entre tanto, a fines de enero, después de un viaje al interior del país, Zilveti Arce nuevamente dirigió sus ataques contra el PIR insistiendo en que era una organización afiliada al comunismo que solo buscaba el derrocamiento revolucionario del gobierno.[83]

A pesar de que se insistía en que la causa para los problemas laborales provenía de los «agitadores del comunismo internacional», la izquierda permaneció firme contra el gobierno en el asunto de Catavi. De hecho, tan fuerte fue su posición y la desaprobación general del pueblo boliviano en este asunto, que incluso los partidos tradicionales se vieron temporalmente obligados a expresar su disconformidad con la posición gubernamental sobre la masacre. El 19 de enero dirigentes parlamentarios de todos los partidos, bajo la dirección del presidente de la Cámara de Diputados, Demetrio Canelas, hicieron una visita formal al presidente sobre el asunto de Catavi, y el 22 de enero dirigieron una comunicación oficial al gobierno demandando el inmediato fin del estado de sitio y una completa investigación sobre los sucesos de Catavi. Los diputados declararon que «los sucesos de Catavi, en los que murieron obreros, mujeres y niños, requieren una inmediata clarificación. La información proporcionada hasta ahora es incompleta», reiteraron los diputados y advirtieron al gobierno que no solo deseaban la documentación completa de los sucesos, sino, lo más importante, un verdadero proceso judicial de la actuación gubernamental. Finalmente, los diputados solicitaron una investigación del gobierno sobre las condiciones de trabajo, especialmente en lo que se relacionaba a los salarios de los mineros, sobre los que una misión de

82 *El Diario*, 17 de enero de 1943, pp. 4-8.

83 *El Diario*, 30 de enero de 1943, p. 4.

la OIT (Organización Internacional del Trabajo) se había pronunciado en el sentido de ser los más bajos del mundo. Este importante documento fue firmado por Demetrio Canelas (genuino), Ángel Mendizábal (liberal), Remy Rodas Eguino (republicano-socialista), Francisco Lazcano Soruco (socialista unificado), Víctor Paz Estenssoro (MNR), Ricardo Anaya (PIR), y Gustavo Navarro (PSOB), todos ellos jefes de sus respectivos partidos o representantes delegados.[84] Aunque los partidos Liberal y Republicano-Socialista eventualmente desaprobaron la conducta de sus diputados en este asunto,[85] el documento continuó significando un poderoso voto de protesta. En esencia, fue un rechazo a la defensa del gobierno sobre la masacre y, abiertamente, prometía nada menos que una investigación a gran escala de la justicia sobre este caso, en la reapertura de las sesiones del Congreso en agosto.

El gobierno reaccionó de un modo negativo ante la reclamación del Congreso, y parecía creer que el continuado ataque contra el PIR desviaría la intensa oposición que se había levantado sobre ese asunto. Con Zilveti Arce en el Gabinete, el PIR casi había sido declarado fuera de la ley, sus dirigentes no parlamentarios, encarcelados; sus periódicos, clausurados, y sus actividades políticas, hostigadas de todas las formas posibles.[86] Pero, si bien el asunto de Catavi pareció apaciguarse después de la severa denuncia parlamentaria de enero, no ocurrió tal cosa como parecía creer el gobierno. En los siguientes meses, la masacre de Catavi se mantuvo latente debajo de la superficie de la política nacional, esperando la reanudación de las sesiones regulares del Congreso, para explotar nuevamente, con fuerza demoledora, en contra el gobierno.

Peñaranda, por su parte, se sentía, ahora, lo suficientemente seguro como para realizar una empresa poco común para un mandatario boliviano y, en marzo y abril de 1943, comenzó los preparativos para una gira triunfal por América Latina y Estados Unidos.[87] Tras haber comprometido firmemente a su gobierno para cooperar con Estados Unidos –la última manifestación de ello había sido la firma de un acuerdo de ayuda económica de largo alcance, el pasado diciembre–, Peñaranda recibió el caluroso respaldo de los funcionarios estadounidenses. A principios de

84 *El Diario*, 23 de enero de 1943, p. 4.

85 Díaz Machicao, 1958, pp. 82-83.

86 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 16 de enero de 1943, p. 4; 17 de enero de 1943, p. 8, y especialmente 30 de enero de 1943, p. 4.

87 *El Diario*, 24 de febrero de 1943, p. 4.

abril, el vicepresidente de Norteamérica, Henry A. Wallace realizó una visita oficial de Estado a Bolivia, la primera de su clase en la historia de la nación.[88] Durante esta visita, el gobierno de Peñaranda emitió una declaración formal de guerra, el 7 de abril, a las potencias del Eje,[89] y el 28 de abril suscribió el pacto de las Naciones Unidas y ratificó la Carta del Atlántico. En reciprocidad, el Departamento de Estado de EUA invitó oficialmente a Peñaranda a otra visita de Estado a Estados Unidos, y este aceptó apresuradamente este logro con el que coronaba su carrera. Dejando la presidencia interinamente en manos de Waldo Belmonte Pol, presidente del Senado, Peñaranda, a principios de mayo, inició su gira de dos meses por diez Estados latinoamericanos, Estados Unidos y Canadá.[90] Durante toda la gira fueron olvidadas las consideraciones políticas, en tanto que parte de la nación observaba con orgullo la gira triunfal de su presidente. El único disturbio en esta bien organizada gira fue una violenta protesta emitida por José Antonio Arze, desde su exilio en Estados Unidos. Como profesor visitante en el Williams College, en Massachusetts, Arze logró cobertura de prensa, en Bolivia y en Estados Unidos, por su ataque contra Peñaranda y sus acusaciones de opresión dictatorial. Pero, aparte de este desafortunado incidente, todo siguió bien. En Washington, Peñaranda visitó al presidente Roosevelt, firmó la Declaración de las Naciones Unidas y recibió ayuda militar, en forma de materiales de guerra para el ejército, talleres de reparación para aviones y equipo para el Instituto Geográfico del Ejército.[91] También recibió grados honoríficos de las universidades de Columbia y Fordham, en Nueva York, y fue el primer presidente latinoamericano que visitó Canadá, oficialmente.[92] El 5 de julio de 1943, Peñaranda regresó a Bolivia después de esta exitosa gira, aparentemente como el líder respetado de la nación y con el firme control del país.[93]

Pero las apariencias superficiales eran engañosas. Entre sus propios partidarios tradicionales, había un creciente conflicto sobre la elección de un sucesor presidencial y, en agosto, con la instalación del Congreso, el inflamable asunto de Catavi nuevamente apareció en las primeras páginas

88 *El Diario*, 5 de abril de 1943, p. 4.

89 *El Diario*, 8 de abril de 1943, p. 4.

90 *El Diario*, 1 de mayo de 1943, p. 4.

91 *New York Times*, 6 de mayo de 1943, p. 8.

92 *New York Times*, 13 de mayo de 1943, p. 4; 14 de mayo de 1943, p. 22, y 19 de mayo de 1943, p. 28.

93 *El Diario*, 5 de julio de 1943, p. 1; Díaz Machicao, 1958, pp. 85-89.

de la prensa. En los primeros días del nuevo Congreso, no menos de tres interpelaciones, separadas, se presentaron en relación a este asunto. El PIR, el MNR y el diputado liberal Ángel Mendizábal demandaron, cada uno, explicaciones y la defensa del manejo del gobiernode la masacre de Catavi, en una investigación formal parlamentaria. Estas demandas iniciaron el debate más intenso de la historia parlamentaria de Bolivia.[94]

La defensa formal del gobierno, ante el Congreso, empezó el 18 de agosto con la presencia del Gabinete en pleno, y desde los primeros momentos de este debate de un mes de duración, ambas partes expresaron su odio y violencia. La apertura de la acusación correspondió al líder parlamentario del PIR, Ricardo Anaya, quien tomó esta ocasión para destruir los más que endebles argumentos del gobierno, contra el PIR, de haber causado la masacre incitando a los trabajadores. Después de atacar a las opulentas compañías antinacionales y referirse a la pobreza de las masas, el alza de precios y la caída de los salarios, Anaya concluyó ácidamente, afirmando que «en las actuales condiciones de vida, los conflictos entre el capital (boliviano) y el trabajo no han sido inventados por nadie». Luego declaró que el gobierno «feudal-burgués»,

> […] ha impuesto el orden por la masacre. Se ha obtenido la paz, pero ha sido la paz de la muerte.
>
> El gobierno, y particularmente el ministro de Gobierno, se han referido incesantemente a la preservación del orden social. Este orden social es […] de sumisión de los obreros a las empresas, de subyugación de la raza indígena a la miseria, la ignominia y la indigencia. Este es el orden social que tratan de defender.
>
> Este orden social no es nada sin el gobierno de la clase dominante que mantiene subyugado a su control al pueblo boliviano. Este orden social no tiene significación sociológica de conservación de las condiciones de libertad y trabajo para las mayorías, sino de opresión de una minoría privilegiada sobre la gran mayoría nacional.

Estas fueron las palabras más que revolucionarias para las salas del Congreso, y constituían un directo desafío al gobierno. «Si somos demagogos», gritó Anaya, «por demostrar ante el pueblo su miseria y subyugación,

94 Por razones desconocidas, los redactores del Congreso del periodo de 1940-1943 no contienen nada digno, y registran únicamente un limitado número de sesiones, con exclusión de los principales discursos. Por lo tanto, lo único que se dispone de ese periodo son los artículos de la prensa de La Paz. Afortunadamente, la prensa estaba tan preocupada por los debates parlamentarios que, diariamente, cubría e imprimía *in extenso* los discursos, documentos y votos de todas las sesiones. Además, varios partidos, para salvar las negligencias de los redactores, de cuando en cuando, publicaban folletos, registrando los principales discursos de sus dirigentes.

aceptamos entonces el título». Pero «hay únicamente un medio real de ser demagogo, el de servir como lacayo a las compañías que están estrangulando al país», y en las mentes de la audiencia, Anaya no dejó dudas de quiénes él pensaba que eran los traidores del pueblo.

Manteniendo el nivel de sus ataques, Anaya, punto por punto, demostró las numerosas falsificaciones calumniosas de Zilveti Arce contra el PIR, que fue la mejor contextualización, y concluyó acusando al ministro de Gobierno de ser realmente un nazi. Zilveti Arce era nazi, de acuerdo con Anaya, en el sentido de que voluntariamente se estaba uniendo a la derecha reaccionaria, para preservar su clase contra la ola surgente del radicalismo. Tuvo que recurrir a un baño de sangre para preservar la tiranía de la minoría.

> La masacre de Catavi [concluía Anaya] es uno de los crímenes más horrorosos que se conoce en la historia del continente americano, y la Cámara de Diputados no cumplirá su deber si no castiga ejemplarmente a aquellos que han cometido estos crímenes.[95]

El ministro Zilveti Arce replicó de inmediato a los ataques del PIR. En una forma más que cándida, Zilveti Arce empleó casi todo su tiempo en defender al gobierno por el caso de Catavi, mediante un intento bastante obtuso de demostrar que el PIR había sido fundado por el comunismo internacional y por agentes chilenos, todo lo cual nada tenía que ver con la conducta del gobierno en la huelga de Catavi. En medio de constantes desórdenes en las galerías públicas, Anaya y Zilveti Arce, de forma brutal, se calificaron recíprocamente de traidores y mentirosos, y la sesión concluyó con Zilveti Arce haciendo sus aseveraciones, indocumentadas, acerca de los orígenes extranjeros del PIR.[96] En la siguiente sesión, el ministro de Gobierno admitió su hostilidad básica al nuevo Código del Trabajo, expresando, además, que toleraría las críticas de la Falange, partido al cual tenía un alto respeto, así como las de su gran Partido Republicano Socialista y las de los dignos oponentes del MNR, pero no las de los comunistas del PIR, controlados desde el exterior.[97]

En todos sus violentos ataques al PIR, Zilveti Arce solo daba a entender su propia ineptitud política, porque era de los nacionalistas y no de la extrema izquierda de donde provenía el más grande e inmediato peligro. Incluso Zilveti Arce llegó a admitir que los comunistas estaban tratando constantemente de formar un frente unido con los partidos democráticos,

---

95 *El Diario*, 19 de agosto de 1943, p. 3.

96 *Ibid*., p. 10.

97 *El Diario*, 20 de agosto de 1943, p. 5.

para apoyar el esfuerzo bélico de los aliados. Y Anaya admitió, en una parte de su discurso, que el PIR había aconsejado moderación a los trabajadores, para no impedir el flujo de suministros de estaño para los aliados. Pero, para los nacionalistas, la posición proaliada de Peñaranda solo podía ser ofensiva, y no se vieron impedidos por consideraciones internacionales que impidieran a los nacionalistas del MNR apoyarse en una acción revolucionaria inmediata. Sin embargo, Zilveti Arce se negó a ver la realidad de la situación, hasta que fue muy tarde,[98] y al antagonizar con el único Partido de la Izquierda Revolucionaria que podía haber dado algún apoyo al gobierno, los llevó contra el paredón y los convirtió en espectadores voluntarios de la caída del gobierno de Peñaranda.

Rehusando obstinadamente admitir el error del gobierno, Zilveti Arce puntualizó que Estados Unidos empleaba tropas para aplastar las huelgas y, reduciendo a quince el número de heridos en Catavi, negó que la cifra fuese de 700 muertos, calificándola de fabricación insidiosa.[99] El tercer día de sesiones, el ministro Zilveti Arce continuaba atacando a los piristas por no haber prestado servicios en la guerra del Chaco, un argumento más que impertinente y absolutamente sin fundamento, y luego demandó que los diputados del PIR fueran expulsados del Congreso.[100]

A lo largo de esta sesión, la mayor parte de los diputados ya estaban cansados de los vituperios personales del ministro Zilveti Arce. Tanto fue así que el mismo Demetrio Canelas, expresidente de la Cámara de Diputados y jefe del Partido Genuino, se levantó para interrumpir a Zilveti Arce, en medio de una de sus diatribas, y demandarle que el gobierno defendiera su actitud en la masacre de trabajadores y respondiese a las varias preguntas importantes que se le había formulado, a saber: 1) cuáles eran las condiciones de trabajo en las minas; 2) si el gobierno sabía que el PIR estaba en ajetreos subversivos desde principios del decenio de 1930, por qué les permitió dirigir a los obreros de Catavi; 3) por qué el gobierno no había recibido a los dirigentes sindicales cuando vinieron a La Paz, en septiembre de 1942, buscando justicia, y, finalmente, 4) cuáles fueron las conclusiones de la Comisión Magruder, que el gobierno se había negado a revelar, respecto al nivel de vida de los trabajadores. Estos eran los asuntos vitales, sostuvo Canelas, y no la estúpida autopsia de las personalidades de los diputados.[101]

---

98 Véase las violentas declaraciones *post mortem* del MNR, en Zilveti Arce, 1946.

99 *El Diario*, 20 de agosto de 1943, p. 5.

100 *El Diario*, 21 de agosto de 1943, pp. 4-5.

101 *Ibid*.

Esta posición fue plenamente apoyada por la mayoría de los representantes nacionales. Al final de la tercera sesión, concluyó la interpelación del PIR, y comenzó la del más que articulado diputado liberal Ángel Mendizábal.

Mendizábal inició su discurso dudando de la argumentación total de la defensa del gobierno. Puntualizó que los primeros informes del coronel Cuenca indicaban que realmente las manifestaciones obreras eran de carácter pacífico. También se preguntó cómo las tropas podían disparar contra una multitud, calculada por el gobierno en 7000 manifestantes durante algún tiempo, sin dar muerte más que a 19 personas. También expresó su asombro, cuando todo el mundo estaba de acuerdo con que las mujeres y niños estaban al frente de la multitud de trabajadores, por cómo era posible que muy pocas de esas mujeres y niños figuraran en las listas de muertos o heridos. Mendizábal concluyó su exposición en la cuarta sesión, sosteniendo que los trabajadores vivían en una pobreza deplorable y tenían legítimo derecho de ir a la huelga, y que únicamente los ministros de Gobierno, Zilveti Arce, y de Trabajo, Balcázar, eran los responsables del desastre. «Para concluir –declaró– creo que ni el pueblo ni sus representantes tienen dudas de que los únicos autores del crimen de Catavi son los ministros de Gobierno y de Trabajo».[102]

Al concluir su exposición Mendizábal, le correspondió al MNR sostener sus planteamientos. Haciendo uso de la palabra, Víctor Paz Estenssoro, en un largo y cuidadosamente documentado discurso, aclaró la posición de su partido respecto a este asunto. No era justo que los dos ministros fueran responsables, dijo Paz Estenssoro, sino más bien todo el gobierno de Peñaranda, que «había demostrado manifiesta parcialidad en favor de las grandes empresas al confrontar los problemas sociales y empleó la violencia en su solución, política que culminó con la masacre de Catavi».[103] Respecto a los problemas sociales, puntualizó que las cifras de la Comisión Interamericana y la Comisión Magruder, relativas a las bajas calorías de consumo de alimentos en Bolivia, eran más bajas que en el Paraguay, por el hecho de que de 600.000 niños en edad escolar, solo 143.000 asistían a clases y ninguna ciudad de la nación había establecido aún un sistema sano de aguas potables.[104] Paz Estenssoro acusó abiertamente a Peñaranda de ser instrumento, tanto de la «rosca», desde su elección, como de otros dirigentes militares, cuando él dirigía el ejército nacional, y admitió que

102 *El Diario*, 24 de agosto de 1943, p. 4.

103 El discurso completo se registra en Movimiento Nacionalista Revolucionario, 1943, p. 9.

104 *Ibid*., pp. 12-15.

él y su partido no habían apreciado plenamente la doblegable personalidad de Peñaranda cuando apoyaron su candidatura a la presidencia. La «rosca», afirmó, había usado al gobierno para aplastar a los trabajadores, y la más concreta expresión de esto fue lo acontecido en Catavi. Para el MNR, dijo Paz Estenssoro, es un asunto simple. La compañía siempre ha rehusado negociar con los trabajadores, desde las primeras peticiones de septiembre hasta el estallido de la huelga en diciembre, y cuando los trabajadores apelaron al gobierno para obligar a la compañía a aceptar contratos colectivos, el ministro de Trabajo, en el más alto nivel, se negó a darles su apoyo y, finalmente, declaró que cualquier huelga potencial sería considerada como ilegal. El resultado era inevitable, considerando el firme apoyo del gobierno a Patiño, la calificación de la huelga como política y el envío de tropas a los centros mineros.[105]

Pero era a los dirigentes obreros a quienes debía apoyar el gobierno, declaró Paz Estenssoro, y fueron estos hombres los que, legítimamente, estaban defendiendo los derechos bolivianos, al demandar más altos salarios de las grandes empresas imperialistas.

> Los obreros, a quienes se les califica de agitadores sociales, son dirigentes, quienes, debido a que tienen un poco de inteligencia natural o saben leer y escribir, pueden dar cuenta de lo que está sucediendo en Bolivia, y de la explotación de la cual son víctimas junto a sus compañeros. Esta labor [de agitación social] es mucho más necesaria en Bolivia, donde las masas obreras son casi completamente analfabetas e ignorantes, debido a que el país está atrasado, está explotado […] Estos obreros no cometen un crimen cuando evitan que sus compañeros regresen al trabajo […] Realmente están defendiendo a todos los obreros de Bolivia.[106]

Respecto a la masacre de Catavi, puso en duda la acusación del gobierno de que los trabajadores habían empleado dinamita para atacar a las tropas. Si eso era evidente, lo cual Paz Estenssoro dudaba muchísimo, entonces ¿por qué no se habían registrado heridos, o muertos, entre la policía o las tropas del ejército? «¿Cómo es esto?, si los obreros atacaron a las tropas del ejército, y estas solo a último momento hicieron uso de sus armas, ¿no hubo un solo muerto ni herido entre los soldados, oficiales y carabineros?».[107]

En respuesta a los ataques del gobierno contra el PIR, declaró que «el conflicto de Catavi no es una disputa entre el PIR y el ministro de

105 *Ibid*., pp. 19-26.

106 *Ibid*., pp. 40-41.

107 *Ibid*., p. 47.

Gobierno». Era mucho más grave que eso, porque Catavi representaba la verdadera tragedia de la política y economía nacional.

> Lo que ha ocurrido ayer en Catavi, podría ocurrir mañana en La Paz, en Oruro, en todas partes, donde los obreros impelidos por el hambre desean mejorar su situación.[108] Nosotros, los diputados del Movimiento Nacionalista Revolucionario, no somos simples comentaristas de lo que ocurre en política. Esta es tarea de los que acumulan datos para la historia. Somos políticos militantes y preferimos hacer la historia. En esta disposición, declaro, honorables representantes, que, si el general Peñaranda y sus ministros no son condenados por la masacre de Catavi, el pueblo de Bolivia habrá remachado las cadenas de su esclavitud.[109]

La amenaza del MNR era completamente clara: Catavi representaba nada menos que una campaña total del gobierno para destruir el movimiento obrero, y que, de ser necesario, el MNR dirigiría a los trabajadores a destruir esa tiranía. Pero el Gabinete ni siquiera se sobresaltó ante esta declaración. Para ellos, las complicaciones del PIR con Catavi destruirían la validez del símbolo de Catavi para la izquierda revolucionaria. Sin embargo, mientras el gobierno continuaba en su posición de vituperación a los dirigentes del PIR, en las próximas sesiones,[110] el grueso de la izquierda aceptó, ahora, a Catavi como una bandera sin mancha y como un instrumento de destrucción, en su lucha contra el orden tradicional.

En los siguientes días de agosto y principios de septiembre, los debates llegaron a tales proporciones, que el Congreso tuvo que suspender sus sesiones por lo menos tres veces por los desórdenes de la barra. Hubo un momento en que el presidente de la Cámara de Diputados, Baldivieso, cuya conducta había sido ejemplarmente imparcial durante los debates, tuvo un cruce de palabras violento con el fracasado ministro de Gabinete, Zilveti Arce, quién se negaba a moderar su carácter vitriólico en los debates.[111] En los primeros días de septiembre, la desesperación del gobierno estaba estimulando realmente movimientos populacheros contra varios dirigentes parlamentarios, provocando protestas airadas del mismo Congreso.[112]

Finalmente, el 10 de septiembre, después de tres semanas, las más dramáticas de la historia parlamentaria, la Cámara de Diputados votó una resolución

---

108 *Ibid*., p. 50.

109 *Ibid*., p. 55. Este discurso también fue reimpreso, en parte, en *El Diario*, 24 de agosto de 1943, p. 4.

110 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 25 de agosto de 1943, p. 4, para las declaraciones del ministro de Trabajo.

111 *El Diario*, 1 de septiembre de 1943, p. 6.

112 Véase, por ejemplo, *El Diario*, 3 de septiembre de 1943, p. 9.

de censura. Ejerciendo toda la presión que podían sobre sus diputados, los partidos tradicionales representados en el gobierno obtuvieron solo 48 votos, siendo los de la oposición 47 y quince abstenciones. De todas maneras, por lo menos de nombre, fue una señal de derrota para el gobierno. De cada uno de los partidos tradicionales, a pesar de la presión ejercida por sus dirigentes, hubo desertores que votaron por la censura o la abstención, mientras que la izquierda votó sólidamente en contra. De los liberales, quince votaron por el gobierno, nueve por la censura y uno se abstuvo; de los republicano-genuinos, nueve a favor del gobierno, uno en contra y tres abstenciones, mientras que aun entre los propios partidarios del PRS, de Zilveti Arce, dos votaron por la censura y uno por la abstención. Del grupo de la izquierda, los socialistas unificados, once votaron por la censura, diez abstenciones y uno en favor del gobierno; el MNR, PIR y PSOB, por supuesto, todos votaron por la censura.[113]

La reacción del gobierno a la votación fue la inmediata disolución del Gabinete y su reorganización de la base de apoyo al gobierno.

Mientras Zilveti Arce continuaba en el Ministerio de Gobierno, Juan Manuel Balcázar fue eliminado del Gabinete y, de hecho, fueron remplazados todos los ministros, con excepción de Zilveti Arce y un militar. Los miembros de los socialistas unificados se unieron a las representaciones de los partidos Liberal, Republicano Genuino y Republicano. Su presidente, Carlos Salinas Aramayo, fue designado ministro de Relaciones Exteriores y otro miembro del PSU, ministro de Educación.[114] Si bien el gobierno estaba deseoso de llevar a su Gabinete a los socialistas, porque habían dividido el voto, y casi la mitad se había abstenido de la censura, su acción en el asunto de Catavi demostró ser fatal para ese partido. Casi de la noche a la mañana, el transitoriamente importante PSU empezó a desintegrarse, porque sus miembros, de Baldivieso para abajo, desertaron del partido por el asunto de Catavi, poniendo fin, de esta manera, a uno de los últimos grupos del movimiento moderado socialista que había nacido en la posguerra.

Habiendo ahogado el voto de censura sobre el asunto de Catavi, el gobierno parecía creer que la tormenta había concluido, y los partidos tradicionales iniciaron una intensa actividad para las próximas elecciones presidenciales. Durante el resto de septiembre y octubre, los cuatro partidos que formaban el gobierno llevaron a cabo una serie de conferencias que concluyeron en un pacto electoral conjunto de los liberales, los dos

113 *El Diario*, 11 de septiembre de 1943, p. 4.

114 *El Diario*, 15 de septiembre de 1943, p. 4, y 17 de septiembre de 1943, p. 6.

partidos republicanos y los socialistas unificados.[115] Estos movimientos, para encontrar un candidato presidencial común, fueron plenamente apoyados por Peñaranda. Pero mientras los partidos del centro y la derecha estaban ocupadísimos preparándose para las próximas elecciones, nada se oía de la izquierda, y un ominoso silencio rodeó sus actividades.

También empezaron a circular rumores de la lucha por el poder entre los militares mismos. A mediados de noviembre, Peñaranda visitó las guarniciones del Chaco y, a su regreso, aplastó un intento revolucionario que fue organizado por la guarnición de Cochabamba. Pero en lugar de tomar alguna acción firme, el coronel Ichazo, jefe del Estado Mayor General, pareció mantenerse a la expectativa, pues si bien había advertido el intento contra Peñaranda, se negó a reprimir a los oficiales comprometidos.[116] Estos oficiales jóvenes pertenecían a la poderosa logia secreta conocida como RADEPA. Organizada entre los prisioneros de guerra en los campamentos del Paraguay, esta logia militar secreta había resurgido súbitamente a la caída de los regímenes militares socialistas, como un elemento importante dentro del ejército. Durante el periodo de Peñaranda, los jefes superiores del ejército se habían mantenido firmes en sus posiciones nuevamente logradas, pero el crecimiento de la izquierda nacional, el deterioro de los partidos de la Concordancia y la masacre de Catavi, habían debilitado la posición de los generales dentro del ejército, y preparado el camino para la aparición de esta joven oficialidad radical. A fines de noviembre, siete oficiales de rango inferior, representando a la Logia Mariscal Santa Cruz, el brazo político de RADEPA, pidieron oficialmente el retiro de Ichazo como jefe del EMG. Aunque Peñaranda rechazó el pedido,[117] e importantes jefes del ejército, como el ministro de Defensa, Candia, y David Toro advirtieron la inminencia de un golpe militar, la Logia no fue suprimida, principalmente debido a su fuerza y a que Ichazo y varios otros generales esperaban utilizar a la Logia para sus propios fines, a pesar de que ellos no eran miembros del grupo.

A principios de diciembre, sin embargo, los signos de una inminente revuelta eran lo suficientemente claros para que el gobierno empezara a ordenar medidas drásticas, especialmente ahora que el Congreso había concluido sus sesiones. El 2 de diciembre, las elecciones municipales convocadas para ese mes fueron temporalmente postergadas por cuestiones

115 Díaz Machicao, 1958, p. 97.

116 *Ibid*., pp. 100-102.

117 *Ibid*., pp. 103-104.

técnicas.[118] El 4 de diciembre, se advirtió a los directores de la prensa que se abstuvieran de hacer comentarios políticos y, ese mismo día, se decretó, oficialmente, la guerra contra las potencias del Eje. Finalmente, el 13, debido a la declaración de guerra, fue aprobado un decreto de seguridad del Estado, que daba al ejército el virtual control de toda la nación y suprimía la mayor parte de las libertades civiles.[119] El gobierno clausuró el Club Alemán y también suspendió la publicación del periódico del MNR, *La Calle*.[120]

Entre tanto, apresuradas conferencias se realizaron entre Peñaranda y los generales superiores del ejército, entre ellos Quintanilla, Toro, Felipe M. Rivera y otros, en las que el tema principal fue el de la deserción de la oficialidad joven y las posibilidades de una prórroga presidencial del régimen de Peñaranda. Después de cuatro frenéticas reuniones, los generales, aparentemente, llegaron a una posición común, llevando a su seno a militares condescendientes como Ichazo. Como resultado de estas reuniones, los generales acordaron desterrar a los jóvenes oficiales conspiradores a distantes guarniciones del país, el lunes 21 de diciembre.[121]

Con esta actitud no se había hecho otra cosa que arrojar el guante, acelerando la hora de actuar para los jóvenes rebeldes. Aliándose estrechamente con el MNR, la Logia también apeló a Anaya y el PIR para unirse a la revolución. Aunque el PIR declinó comprometerse,[122] el MNR sinceramente se unió a ellos, junto con el mayor Alberto Taborga, jefe de Policía de Tránsito de La Paz. En la mañana del 20 de diciembre, los policías de Taborga apresaron a Peñaranda, Hertzog, Zilveti Arce y la mayoría de los miembros del Gabinete, junto con los generales Felipe Rivera, Antenor Ichazo y otros. En esa misma mañana, ocuparon la Radio Illimani, para anunciar el derrocamiento del gobierno de Peñaranda y el establecimiento de una Junta Militar, presidida por el completamente desconocido oficial, teniente coronel Gualberto Villarroel, en alianza con Víctor Paz Estenssoro del Movimiento Nacionalista Revolucionario.[123]

En medio del pasmoso asombro de la nación y de los Estados americanos, había nacido el primer gobierno de Bolivia verdaderamente revolucionario. El primer fruto de Catavi y de la nueva izquierda nacional,

118 *El Diario*, 3 de diciembre de 1943, p. 4.

119 *El Diario*, 14 de diciembre de 1943, p. 4.

120 *El Diario*, 18 de diciembre de 1943, p. 4.

121 Díaz Machicao, 1958, pp. 107-108.

122 Entrevista con Ricardo Anaya, La Paz, 20 de agosto de 1963.

123 Díaz Machicao, 1958, p. 108 y ss.; *El Diario*, 20 de diciembre de 1943, p. 1; Peñaloza, 1963, p. 55 y ss.

que fueron los tres violentos años de la era de Villarroel, haría pedazos lo que quedó de los partidos políticos tradicionales e iniciaría una era de violenta actividad política revolucionaria.

Mientras el odio, la masacre y el derramamiento de sangre señalarían a los regímenes de los militares y del MNR, el gobierno de Villarroel reavivaría a la nación. Por primera vez en la historia de Bolivia, se hizo un serio intento para liberar a los indios de su opresión, darles organización sindical y rehacerlos, dotándoles de una voz poderosamente política. Bajo la protección del gobierno, la poderosa FSTMB fue, finalmente, organizada en una confederación nacional de los mineros, y la Constitución de 1938 fue ampliada con alcances aún más revolucionarios. Pero la ejecución de las medidas de reforma fue malamente administrada y el régimen sería marcado por un riguroso reinado del terror, que concluiría con el enajenamiento de la nación. Aunque el estallido insurreccional de julio de 1946 contra el gobierno, conllevaría a que colgaran dirigentes de ese gobierno, como el presidente Villarroel y Roberto Hinojosa, a manos de la chusma, los nuevos gobiernos reaccionarios fueron incapaces de romper el auge revolucionario. Aliándose con el otrora vituperado PIR, los dirigentes de la Concordancia trataron de controlar al nuevo gigantesco movimiento obrero y recapturar a las clases medias. El único resultado de esa acción sería el retiro de los masacradores de obreros, la declinación del PIR, el crecimiento del POR y, finalmente, el surgimiento del MNR, como partido completamente reorientado hacia las masas obreras, con una sólida base de las clases media y obrera, virtualmente comprometidas en su apoyo.

A pesar del «terror blanco» de los seis años de gobierno conservador civil-militar, el MNR ganó las elecciones presidenciales de 1951, y a pesar del destierro de sus dirigentes y haber sido declarado el partido fuera de la ley, emergió en 1952, con nueva posición radical, como el líder de la izquierda revolucionaria. Amalgamándose con la mayoría de los miembros del POR, después de 1946, el agrandado MNR dirigió la revolución nacional de abril de 1952,[124] con los lemas de nacionalización de las minas y reforma agraria, de socialismo e indigenismo, con los ideales que la izquierda había estado martillando, desde 1920 en adelante, y con la creación de la coalición revolucionaria de los trabajadores y de la clase media, que definitivamente revolucionaría la sociedad boliviana.

124 Para un buen estudio de los antecedentes inmediatos que condujeron a la revolución nacional, y de sus primeros dinámicos años, véase Alexander, 1958.

# Bibliografía

## Periódicos

*El Diario,* La Paz.
*La Calle,* La Paz.
*La Razón,* La Paz.
*La República,* La Paz.

## Entrevistas

Entrevista con Jorge Muñoz Reyes, La Paz, enero de 1961.
Entrevista con el coronel Julio Díaz Arguedas, La Paz, 28 de junio de 1961.
Entrevista con el coronel Julio A. Saavedra G., La Paz, 23 de septiembre de 1961.
Entrevista con Waldo Álvarez, La Paz, 11 de octubre de 1961.
Entrevista con Guillermo Lora, La Paz, 20 de junio de 1963.
Entrevista con Ricardo Anaya, La Paz, 20 de agosto de 1963.

## Bibliografía principal

Ampuero, M. L. Dick
1926 *Organización sindicalista*. La Paz: Biblioteca Revolucionaria.

Arze Quiroga, Eduardo (ed.)
1951-60 *Documentos para una historia de la guerra del Chaco, seleccionados del Archivo de Daniel Salamanca*, 3 vols. La Paz: Don Bosco.

Ascarrunz, Moisés
1917 *El Partido Liberal en el poder, a través de los mensajes presidenciales,* 2 vols. La Paz: Arno Hermanos.

Balcázar, Juan Manuel
1947 *Los problemas sociales en Bolivia, una mistificación demagógica: La masacre de Catavi*. La Paz: s. e.

Banco Minero de Bolivia
1941 *Tasas e Impuestos sobre la industria minera de Bolivia*. La Paz: Imprenta Artística.

Biblioteca Indiana
1958 *Viajes* y *viajeros: viajes por América del Sur*. Madrid: Aguilar.

Busch, Germán
1946 *Código del Trabajo*. La Paz: Gran Editorial Popular.

Bustamante, Daniel S.
1918 *Programa político. Problemas de Bolivia en 1918*. La Paz: Imprenta Velarde.

Canelas, Demetrio (ed.)
1938 *Documentos políticos*. La Paz: Partido Republicano Genuino.

Confederación Socialista Boliviana
1935 *Programa unificado*. La Paz: s. e.

Convención Nacional de 1938
1938-39 *Redactor de la Convención Nacional*, 5 vols. La Paz: Universo.

Cornejo, Alberto
1949 *Programas políticos de Bolivia*. Cochabamba: Imprenta Universitaria.

Departamento Nacional de Propaganda Socialista
1937 *Informe presentado por el señor coronel presidente de la Junta Militar Socialista de gobierno al ejército nacional, de 17 de mayo a 31 de diciembre de 1936*. La Paz: Imprenta de la Intendencia General de Guerra.

Díaz Machicao, Porfirio
1955a La *bestia emocional, autobiografía*. La Paz: Juventud.

Diez de Medina, Eduardo
1955 *De un siglo al otro, memorias de un hombre público*. La Paz: Alfonso Tejerina.

Flores Moncayo, José
1953 *Legislación boliviana del indio, recopilación, 1925-1953*. La Paz: Ministerio de Asuntos Campesinos.

Frente de Izquierda Boliviana
1939 ¡Hacia la unidad de las izquierdas bolivianas! Santiago de Chile: Talleres Gráficos Gutenberg.

Grupo Túpac Amaru
1934 *Manifiesto, la victoria o la muerte (al pueblo boliviano: soldados, estudiantes, obreros)*. s. d.

Herndon, William Lewis, y Gibbon, Lardner
1853-54 *Exploration of the Valley of the Amazon*, 2 vols. Washington D. C.: AOP / Nicholson.

Hinojosa, Roberto
1944 *La revolución de Villazón*. La Paz: La Universal.

Humphreys, R. A. (ed.)
1940 *British Consular Reports on the Trade and Politics of Latin America, 1924-1926*. Camden Third Series, vol. LXIII. Londres: Royal Historical Society.

Lara, Jesús
1938 *Repete, diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*. Cochabamba: Canelas / Movimiento Nacionalista Revolucionario
1942 Sus *bases* y *principios de acción inmediata*. La Paz: s. e.
1943 *Víctor Paz Estenssoro* y *la masacre de Catavi*. La Paz: MNR, Servicio de Publicidad y Orientación Popular.

Malagón, Javier (ed.)
1955 *Las actas de Independencia de América*. Washington D. C.: Unión Panamericana.

Muñoz Reyes, Jorge
1937 *La caducidad de las concesiones otorgadas a The Standard Oil Company of Bolivia*, núm. 5 (23 de marzo). La Paz: Departamento Nacional de Propaganda Socialista, Cuartillas informativas.

Ostria Gutiérrez, Alberto
1953 *Una obra y un destino, la política internacional de Bolivia después de la guerra del Chaco*. Buenos Aires: s. e. (2a. ed.).

Partido de la Izquierda Revolucionaria
1943 *Programa y estatutos del Partido de la Izquierda Revolucionaria.* Cochabamba: El Día (2a. ed.).

Partido Liberal
1916 *La política liberal, formulada por el jefe del Partido, general Eliodoro Camacho*. La Paz: Imprenta Andina.

Primera Convención Nacional de Estudiantes
1928 *Programa de principios, estatuto orgánico y reglamento de debates de la Federación Universitaria Boliviana*. Cochabamba: Publicaciones de la Federación de Estudiantes de Cochabamba.

Quiroga Ch., José Antonio
1932 *La política interna en el primer periodo de la guerra. Documentos producidos en el proceso para formar el Gabinete de concentración nacional*. Cochabamba: El Imparcial.
1938 *La revolución de El Palmar. Principales documentos jurídicos del proceso.* La Paz: Universo.

Saavedra, Bautista y Edmundo Vásquez
1935 *Manifiesto programa: dónde estamos y a dónde debemos ir*. La Paz: Partido Republicano Socialista.

Sección de Prensa de Palacio de Gobierno
1936 *Bajo el régimen militar socialista ¿hay labor gubernativa?* La Paz: Imprenta Intendencia General de Guerra.

Taborga, Alberto
1956 *Boquerón, diario de campaña.* La Paz: Canadá.

Toro, David
1941 *Mi actuación en la campaña del Chaco*. La Paz: Renacimiento.

Vásquez, Edmundo
1931 *La economía y las finanzas de Bolivia. Documentos y opiniones emitidos sobre problemas emergentes de la crisis 1929-1930*. La Paz: Imprenta Atenea.
1945 *Enderecemos nuestra ruta*. Buenos Aires: s. e.

Zalles, Juan María
1942 *Crónicas*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

## Bibliografía secundaria

Academia de Ciencias Económicas
1947-48 Buenos Aires, *Las cláusulas económico-sociales en las constituciones de América*, 2 vols. Buenos Aires: Losada.

Alcázar, Moisés
1944 *Abel Iturralde. El centinela del petróleo*. La Paz: Editorial La Paz.
1957 *Crónicas parlamentarias*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos (2ª. ed.).

Alexander, Robert J.
1958 *The Bolivian National Revolution*. New Brunswick: Rutgers University Press.

1957 *Communism in Latin America*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Almaraz, Sergio
1958 *Petróleo en Bolivia,* La Paz: Juventud.

Álvarez, Moisés
1937 «La organización sindical en Bolivia». *Boletín del Ministerio del Trabajo, Previsión Social* y *Salubridad,* núm. 1 (septiembre), pp. 35-48.

Álvarez, Waldo
1952 «Fundación de la Federación Gráfica Boliviana». *Primer Congreso Nacional de Trabajadores Gráficos.* La Paz: Federación Gráfica Boliviana.

Alvéstegui, David
1957-63 *Salamanca, su gravitación sobre el destino de Bolivia*, 3 vols. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos.

Aramayo Alzérreca, Carlos
1941 *Saavedra, el último caudillo* (con prólogo de Tristán Marof). La Paz: Editorial La Paz.

Arana, Oswaldo
1963 *La novela de la guerra del Chaco: Bolivia y Paraguay* [tesis doctoral inédita]. Department of Modern Languages, University of Colorado.

Arguedas, Alcides
1922 *Historia general de Bolivia. El proceso de la nacionalidad 1809-1921*. La Paz: Arno Hermanos.
1959 *Obras completas*, 2 vols. México: Aguilar.

Arnade, Charles W.
1957 *The Emergence of the Republic of Bolivia*. Gainesville: University of Florida Press.
1965 La dramática insurgencia de Bolivia. La Paz: Juventud.

Averanga Mollinedo, Astenio
1956 *Aspectos generales de la población boliviana*. La Paz: Argote.

Banco Central de Bolivia
1936 *El Banco Central de Bolivia durante la guerra del Chaco 1931*. La Paz: s. e.

Barcelli, Agustín
1956 *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia, 1905-1955*. La Paz: s. e.

Basadre, Jorge
1948 *Chile, Perú* y *Bolivia independientes*. Barcelona: Salvat.

Baptista Gumucio, Mariano
1956 *Revolución* y *universidad en Bolivia*. La Paz: Juventud.

Benavides M., Julio
1955 *Historia bancaria de Bolivia,* La Paz: Arrieta.

Blanksten, George
1958 «Constitutions and the Structure of Power», en Harold E. Davis (ed.), *Government and Politics* in *Latin America*. Nueva York: The Roland Press.

Bonifaz, Miguel
1947 «El problema agrario indígena en Bolivia durante la época republicana». *Revista de Estudios Jurídicos, Políticos y Sociales*, núm. 18 (diciembre), pp. 65-102.

Burr, Robert N.
1955 «Balance of Power in Nineteenth Century South America». *Hispanic American Historical Review*, vol. xxxv, núm. 1 (febrero), pp. 37-60.

Canelas López, René
1946 «El sindicalismo y los sindicatos en Bolivia». *Revista Jurídica,* núm. 35 (junio), pp. 44-82.

Capriles R. Remberto y Gastón Ardúz Eguía
1941 *El problema social en Bolivia, condiciones de vida* y *de trabajo*. La Paz: Fénix.

Carrasco, Benigno
1961 *Hernando Siles*. La Paz: Editorial del Estado.

Carrasco, Manuel
1960 *Simón I. Patiño, un prócer industrial*. París: Jean Grassin Editeur.

Cerruto, Óscar
1935 *Aluvión de fuego*. Santiago de Chile: Ercilla.

Céspedes, Augusto
1956 *El dictador suicida, 40 años de historia de Bolivia*. Santiago de Chile: Universitaria.

Cleven, N. Andrew N.
1940 *The Political Organization of Bolivia*. Washington: Carnegie Institution.

Comisión Económica para América Latina
1958 *El desarrollo económico de Bolivia*. México: Naciones Unidas / Departamento de Asuntos Económicos y Sociales.

Costa du Rels, Adolfo
1942 *Félix Avelino Aramayo y su época, 1846-1929*. Buenos Aires: Domingo Viau y Cía.

Crespo, Alfonso
1944 *Santa Cruz. El cóndor indio*. México: FCE.

Díaz Arguedas, Julio
1957 *Cómo fue derrocado el hombre símbolo (Salamanca), un capítulo de la guerra con el Paraguay*. La Paz: Fundación Universitaria Simón I. Patiño.
1942 *La guerra con el Paraguay. Resumen histórico-biográfico 1932-1935*. La Paz: Imprenta Intendencia Central del Ejército.

Díaz Machicao, Porfirio
1954 *Historia de Bolivia. Saavedra, 1920-1925*. La Paz: Alfonso Tejerina.
1955a *Historia de Bolivia. Guzmán, Siles, Blanco Galindo, 1925-1931*. La Paz: Gisbert.
1955b *Historia de Bolivia. Salamanca, la guerra del Chaco, Tejada Sorzano,1931-1936*. La Paz: Gisbert.
1957 *Historia de Bolivia. Toro, Busch, Quintanilla, 1936-1940*. La Paz: Juventud.
1958 *Historia de Bolivia. Peñaranda, 1940-1943*. La Paz: Juventud.

Diez de Medina, Femando
1954 *Literatura boliviana*. Madrid: Aguilar.

Durán P., Manuel
1961 *La reforma universitaria en Bolivia*. Oruro: Universidad Técnica de Oruro.

Elter (Luis Toro Ramallo)
1938 *Una* página de la historia de Bolivia. Santiago de Chile: Nascimento.

Fellman Velarde, José
1955 *Víctor Paz Estenssoro: El hombre y la revolución*. La Paz: E. Burillo (2a. ed.).

Finot, Enrique
1954 *Nueva historia de Bolivia. Ensayo de interpretación sociológica*. La Paz: Gisbert (2a. ed.).

Fitzgibbon, Russell H.
1945 «Constitutional Developments in Latin America: A Synthesis». *American Political Science Review*, vol. XXXIX, núm. 3 (junio).

Flores, Edmundo
1955 «Taraco: monografía de un latifundio del altiplano boliviano». *El Trimestre Económico*, vol. XXII, núm. 2, pp. 209-230.

Flores Moncayo, José
1953 *Legislación boliviana del indio, recopilación 1825-1953*. La Paz: Ministerio de Asuntos Campesinos.

Francovich, Guillermo
1945 *La filosofía en Bolivia*. Buenos Aires: Losada.
1956 *El pensamiento boliviano en el siglo* XX. México: FCE.

Frerking Salas, Óscar
1948 «Las cláusulas económico-sociales en la Constitución Política de Bolivia». *Revista de Estudios Jurídicos y Sociales*, núms. 19-20 (diciembre), pp. 43-58.

Galarza, Ernst
1931 «Debts, Dictatorship and Revolution in Bolivia and Perú». *Foreing Policy Reports*, vol. VII, núm. 5 (mayo), pp. 101-118.

Germani, Gino
1962 *Política* y *sociedad en una época de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.

Gibb, George Sweet y Evelyn H. Knowlton
1956 *History of the Standard Oil Company (New Jersey): The Resurgent Years, 1911-1927*. Nueva York: Harper and Brothers.

Great Britain, Foreing Office
1905 *Trade of Bolivia for the Year 1904.* Diplomatic and Consular Reports, Annual Series, núm. 3388 (junio), Londres: His Majesty's Stationery Office.

Guzmán, Augusto
1957 *Baptista, biografía de un orador político.* La Paz: Juventud (2a. ed.).
1955 *La novela en Bolivia*. La Paz: Juventud.

Hanke, Lewis
1956 *The Imperial City of Potosí*. La Haya: Nijhoff.

Haya de la Torre, Víctor
1936 ¿A dónde va Indoamérica? Santiago de Chile: Ercilla (3a. ed.).

Herbas P., Ricardo
1939 *Una* página de la historia de Bolivia. La Paz: Voluntad (2a. ed.).

Ibáñez, Donaciano
1943 *Historia mineral de Bolivia*. Antofagasta: Imprenta MacFarlane.

Johnson, John J.
1958 *Political Change in Latin America, the Emergence of the Middle Sectors*. Stanford: University Press.

Keller, Frank Leuer
1950 «Finca Ingavi: a Medieval Survival on the Bolivian Altiplano». *Economic Geography*, vol. XXVI, núm. 1 (enero), pp. 37-50.
1949 *Geography of the Lake Titicaca Basin of Bolivia. A Comparative Study of Great Landed Estates and Highland Indian Communities* [tesis doctoral inédita]. Department of Geography, University of Maryland.

Klein, Herbert S.
1964 «American Oil Companies in Latin America: The Bolivian Experience». *Inter-American Economic Affairs*, vol. XVIII, núm. 2 (otoño), pp. 47-72.
1965 «The Creation of the Patiño Tin Empire». *Inter-American Economic Affairs*, vol. XIX, núm. 2 (otoño), pp. 3-23.
1965 «David Toro and the Establishment of 'Military Socialism' in Bolivia». *Hispanic American Historical Review*, vol XLV, núm. 1 (febrero), pp. 25-52.
1967 «Germán Busch and the Era of 'Military Socialism' in Bolivia». *Hispanic American Historical Review*, vol. XLVII, núm. 2 (mayo).
1966 «Social Constitutionalism in Latin América: The Bolivian Experience of 1938». *The Américas*, vol. XXII, núm. 3 (enero), pp. 258-276.

Knorr, K. E.
1945 *Tin Under Control*. Stanford: Food Research Institute / Stanford University Press.

López, Pedro N.
1922 *Bolivia y el petróleo.* La Paz: s. e.

López Rivas, Eduardo
1955 *Esquema de la historia económica de Bolivia*. Oruro: Universidad Técnica de Oruro.

Lora, Guillermo
1960 *José Aguirre Gainsborg, fundador del* POR. La Paz: Masas.
s. a. «De grupo de propaganda, a partido de masas» [manuscrito inédito].
s. a. «Historia del movimiento sindical boliviano (sus tendencias políticas)» [manuscrito inédito].

Loza, León M.
1939 *Bolivia, el petróleo y la Standard Oil Company*. Publicación núm. 3, de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos. Sucre: Charcas.

McBride, George McCutchen
1921 *The Agrarian Indian Communities of Highland Bolivia*. Nueva York: American Geographical Society.

McQueen, Charles A.
1925 *Bolivian Public Finance*. Trade Promotion Series, núm. 6. Washington D. C.: Department of Commerce.

Marof, Tristán (Gustavo Adolfo Navarro)
1934 *La tragedia del altiplano*. Buenos Aires: Colección Claridad, 1934.
1941 *El peligro nazi en Bolivia*. La Paz: Ediciones del Partido Socialista Obrero de Bolivia.

Marsh, Margaret Alexander
1928 *The Bankers in Bolivia, A Study of American Foreign Investment*. Nueva York: Vanguard Press.

Mendoza, Francisco (ed.)
1927 La *Misión Kemmerer en Bolivia. Proyectos e Informes*. La Paz: Arno Hermanos.

Mendoza López, Alberto
1942 *La soberanía de Bolivia estrangulada*. La Paz: Trabajo.

Mendoza López, Vicente
1940 *Las finanzas en Bolivia* y *la estrategia capitalista*. La Paz: Escuela Tipográfica Salesiana.

Montenegro, Carlos
1938 *Frente al derecho del Estado, el oro de la Standard Oil. (El petróleo, sangre de Bolivia)*. La Paz: Trabajo.
1953 *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Biblioteca Paceña / Alcaldía Municipal (3a. ed.).

Movimiento Nacionalista Revolucionario
1953 *El catolicismo frente al falangismo fascista*. La Paz: Publicaciones de la SPIC.

Ness, Norman T.
1938 *The Movement of Capital into Bolivia, Backward Country Harvard University* [tesis doctoral inédita]. Departamento de Economía, Universidad de Harvard.

Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica
1905 *Geografía de la República de Bolivia*. La Paz: Ismael Argote.

Osborne, Harold
1955 *Bolivia. A Land Divided*. Londres: Royal Institute of Internacional Affairs (2a. ed.).

Ostria Gutiérrez, Alberto
1944 *Una revolución tras los Andes*. Santiago de Chile: Nascimento.

Paz Estenssoro, Víctor
1945 «El pensamiento económico en Bolivia'', en *El pensamiento económico latinoamericano*. México: FCE.

Peñaloza, Luis
1953-54 *Historia económica de Bolivia*, 2 vols. La Paz: s. e.
1963 *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario 1941-1952*. La Paz: Juventud.

Poblete Troncoso, Moisés
1946 *El movimiento obrero latinoamericano*. México: FCE.

Prudencio Bustillo, Ignacio
1951 *La vida* y *la obra de Aniceto Arce.* La Paz: Fundación Universitaria Simón I. Patiño (2a. ed.).
1942 *¿Quién es quién en Bolivia?*. Buenos Aires: Editorial Quién es quién en Bolivia.

Reyeros, Rafael
1949 *El pongueaje, la servidumbre personal de los indios bolivianos*. La Paz: Universo.

Rojas, Casto
1916 *Historia financiera de Bolivia*. La Paz: Talleres Gráficos Marinoni.

Rosenblat, Ángel
1954 *La población indígena* y *el mestizaje en América*, 2 vols. Buenos Aires: Nova.

Saavedra, Bautista
1955 *El Ayllu*. La Paz: Gisbert (3a. ed.).

Salinas Baldivieso, Carlos A.
1938 *Historia diplomática de Bolivia*. Sucre: s. e.

Sanjinés, G. Alfredo
1945 *La reforma agraria en Bolivia*. La Paz: Universo (2a. ed. revisada.).

Schurz, W. L.
1921 *Bolivia A Commercial and Industrial Handbook*. Washington D. C.: Department of Commerce.

Setaro, Ricardo M.
1936 *Secretos de Estado Mayor*. Buenos Aires: Claridad.

Siles Salinas, Jorge
1956 *La aventura y el orden, reflexiones sobre la revolución boliviana*. Santiago de Chile: s. e.

Stokes, William S.
1945 «Parlamentary Government in Latin America». American Political Science Review, vol. xxxix, núm. 3 (junio), pp. 522-36.

Thibodeaux, Ben H.,
1946 *An Economic Study of Agriculture in Bolivia* [tesis doctoral inédita]. Department of Economics, Harvard University.

Trigo, Ciro Félix
1958 *Las constituciones de Bolivia*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Urioste, Ovidio
1940 *La encrucijada. Estudio histórico, político, sociológico y militar de la guerra del Chaco*. Cochabamba: Canelas.
1933 *La fragua. Comprende la primera fase de la campaña hasta la caída de Boquerón y el abandono de Arce*. Cochabamba: s. e.

Urquidi Morales, Arturo
1941 *La comunidad Indígena.* Cochabamba: Imprenta Universitaria.

US, Department of State
1957 *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1939*, 5 vols. Washington D. C.: Government Printing Office.
1963 *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers 1941*, 7 vols. Washington D. C.: Government Printing Office.

Valencia Vega, Alipio
1953 *Desarrollo del pensamiento político en Bolivia (bosquejo)*. La Paz: s. e.

Vásquez Machicado, Humberto, José de Mesa y Teresa Gisbert
1958 *Manual de historia de Bolivia*. La Paz: Gisbert.

Vergara Vicuña, Aquiles
1948 *Bernardino Bilbao Rioja. Vida y hechos.* La Paz: Imprentas Unidas.

Walle, Paul
1914 *Bolivia. Its People and its Resources*, (traducción de B. Miall). Nueva York: Charles Scribner's Sons.

Wood, Bryce
1961 The *Making of the Good Nelghbor Policy,* Nueva York: Columbia University Press.

Zilveti Arce, Pedro
1946 *Bajo el signo de la barbarie*. Santiago de Chile: Orbe.

Zook, Jr., David H.
1960 *The Conduct of the Chaco War*. Nueva York: Bookman Associates.

BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociocomunitarias (CIS), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La BBB es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: Historias y Geografías; Letras y Artes; Sociedades; y Diccionarios y Compendios.

**Historias y Geografías (69)**

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Anónimo: *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado [publicado])
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba* (publicado)
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia* (publicado)
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia* (publicado)
9. Barnadas, Josep: *Charcas. Orígenes históricos de una sociedad colonial* (publicado)
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX* (publicado)
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama* (publicado)
13. Calancha, Antonio: *Corónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaqa* (publicado)
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar* (publicado)
16. Coímbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni*; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Mojos* (libro fusionado [publicado])
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Isoso. Chané y chiriguanos en el Chaco boliviano* (publicado)
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el «temible» Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y THOA: *El escribano de los caciques apoderados*; *Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi*; *El indio Santos Marka T'ula*… (libro fusionado [publicado])
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia*; Buisson-Wolff, Inge: *Negerklaverei und Negerhandel in Hochperu 1545-1640* [*Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú*] (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia* (publicado)
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripciones e historia fiel de los indios, animales y plantas de la provincia de Moxos en el virreinato del Perú*

23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)
24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari* (publicado)
25. D' Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*
26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas* (publicado)
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, María del Pilar: *Amazonía norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)* (publicado)
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia* (publicado)
31. Irurozqui, Marta: «*A bala, piedra y palo*»: *La construcción de la ciudadanía política en Bolivia* (publicado)
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana* (publicado)
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1900* (publicado)
34. Lofstrom, William: *La Presidencia de Sucre en Bolivia* (publicado)
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *El Macizo Boliviano* y *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (publicado)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (publicado)
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana* (publicado)
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyu* (publicado)
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva corónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay: Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas* (publicado)
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida*
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru* (publicado)
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre, 1902-1903* (publicado)
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia* (publicado)
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata* (publicado)
56. Vargas, José Santos: *Diario de un comandante de la Guerra de la Independencia* (publicado)
57. Vázquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva* (publicado)
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones* (publicado)
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

**Letras y Artes (72)**

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Oscar: *Obra reunida* (publicado)
72. Antezana J., Luis H.: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce* (publicado)
74. Bascopé Aspiazu, René: *Obra reunida* (publicado)
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*

78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.* (publicado)
79. Cerruto, Oscar: *Obra reunida* (dos volúmenes [publicado])
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos* (publicado)
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida* (publicado)
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro* (publicado)
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente* (publicado)
84. Echazú, Roberto: *Poesía completa* (publicado)
85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre* (publicado)
86. Gisbert, Teresa y Mesa, José: *Historia del arte en Bolivia*
87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte* (publicado)
88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida* (publicado)
90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*
91. Lara, Jesús: *Yanakuna* (publicado)
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi* (publicado)
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida* (publicado)
98. Otero Reiche, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina* (publicado)
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo XX* (publicado)
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera* (publicado)
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia* (publicado)
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia* (publicado)
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejerías paceñas* (publicado)
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina* (publicado)
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida* (publicado)
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida* (dos volúmenes)
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida* (dos volúmenes)
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Viaña, José Enrique: *Cuando vibraba la entraña de plata* (publicado)
122. Wicky, Jean Claude: *Bolivia: Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida* (publicado)
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento boliviano* (publicado)
130. *Antología de la crítica y del ensayo literarios en Bolivia* (publicado)
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana* (publicado)
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia* (publicado)
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

**Sociedades (49)**

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida* (publicado)
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochirí*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida* (publicado)
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas* (publicado)
149. Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino* (publicado)
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonía, Oriente y Chaco* (publicado)

151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya* (publicado)
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Giannecchini, Doroteo: *Historia natural, etnografía, geografía, lingüística del Chaco boliviano* (publicado)
155. Guillén Pinto-Peñaranda: *Utama;* Pérez, Elizardo: *Warisata. La escuela-ayllu* (libro fusionado [publicado])
156. Holmberg, Allan y Stearman, Allyn: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano*; *No más nómadas* (libro fusionado)
157. Hurtado, Javier: *El katarismo* (publicado)
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesiástica de Bolivia*; *La Iglesia Católica en Bolivia* (libro fusionado)
159. Marof, Tristán: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y coloniaje* (publicado)
161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (publicado)
162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyeros, Rafael: *Historia social del indio boliviano. «El pongueaje»*
166. Riester, Jürgen: *Obra reunida* (publicado)
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidi, Arturo: *Obra reunida* (publicado)
171. Van den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán* (publicado)
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencia política boliviana* (publicado)
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*
185. *Antología sobre la hoja de coca* (publicado)
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

**Diccionarios y Compendios (10)**

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertonio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*

David Choquehuanca Céspedes
Vicepresidente del Estado

Julio Álvarez Quispe
Director general del CIS

CONSEJO EDITORIAL
Helena Irene Argirakis Jordán
María Magdalena Cajías de la Vega
Elías Caurey Caurey
Ramiro Reinaldo Huanca Soto
José Fernando Mayorga Ugarte
Esteban Ticona Alejo

COMITÉ EDITORIAL ENCARGADO DE LA SELECCIÓN
Adolfo Cáceres Romero (†), Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells,
Carlos D. Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo (†), Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona,
Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca (†), Godofredo Sandoval,
Gustavo Rodríguez (†), Hans van den Berg, Isaac Sandoval (†), Isabelle Combès,
José Antonio Quiroga, José Roberto Arze (editor general del proceso de selección),
Juan Carlos Fernández, Jürgen Riester (†), Luis Oporto, María Luisa Soux,
Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, María del Pilar Gamarra,
Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque (†), Rubén Vargas (†),
Verónica Cereceda, Xavier Albó (†) y Ximena Soruco.

Este libro –la obra 32 de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se terminó de imprimir en abril de 2025 en la ciudad de La Paz (Bolivia). Para su composición se emplearon las tipografías Swift, Myriad Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas variantes y tamaños. Se imprimieron 500 ejemplares en papel bond ahuesado de 70 g y el emblocado se realizó en cuadernillos costurados.

BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

Estado Plurinacional
de Bolivia